

LA ALIMENTACIÓN COMO PRÁCTICA POLÍTICA COTIDIANA

ANÁLISIS ANTROPOLÓGICO SOCIAL DE LOS GRUPOS DE CONSUMO ECOLÓGICO

CRISTINA DE BENITO MORÁN

TESIS DOCTORAL

DIRECTOR ÁLVARO PAZOS GARCÍANDÍA

DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL Y PENSAMIENTO FILOSÓFICO ESPAÑOL

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID



AGRADECIMIENTOS

A Álvaro, por sus consejos, paciencia y respeto. Por contribuir a que esta aventura haya valido la pena.

A todas las personas que me han dedicado parte de su tiempo, enseñándome a mirar más allá del alimento. En especial a Mofli, al grupo de la Piluka, a Jon, a Marina y a Lourdes. Gracias también a todos y todas las agricultoras que me han alimentado durante estos años, han compartido conmigo sus saberes y me han permitido cultivar con ellos sus tierras. No hay mejor regalo.

A mi familia y amigos, por estar siempre cerca y ayudarme a mantenerme, en todos los sentidos.

A mis compañeras de Magdalena, por haberme dejado hacer de la cocina una oficina.

A Emilio, siempre. Por los paseos, charlas, cursos, conversaciones, juegos, catedrales, clases, risas y angustias compartidas.

A Lissa Caldwell y al Departamento de Antropología de la UCSC, por su buena acogida y la puesta a disposición de todos los ingredientes necesarios para poder disfrutar de mi estancia.

A Sidney, por el ejemplo.

A mis compañeros del Departamento de Antropología que me han contagiado energías y ganas, y al programa FPU del Ministerio de Educación, por financiar esta investigación.

ÍNDICE

Introducción	p. 11
Aproximación al objeto de estudio	p. 12
Estructura del documento	p. 14

<i>Invierno</i>	p. 18
-----------------------	-------

Parte I: La alimentación como problema.....p. 26

1. Historia y configuración del sistema agroalimentario capitalista.....	p. 29
1.1 Acumulación intensiva	p. 33
1.2 Liberalización de la agricultura	p. 41
2. La constitución de la alimentación como problema social	p. 53
2.1 Biopolítica	p. 53
2.2 El fenómeno del hambre	p. 56
2.3 Medicalización de la alimentación y derecho a la salud	p. 60
2.4 Educación alimentaria	p. 68
2.5 Biopolítica alimentaria y modelos de subjetivación	p. 72
2.6 La seguridad alimentaria como dispositivo biopolítico.....	p. 77
3. La agroecología como alternativa.....	p. 85
3.1 Las redes agroalimentarias alternativas.....	p. 85
3.2 Fuentes del movimiento agroecológico.....	p. 89
3.3 La agroecología como respuesta a los problemas alimentarios	p. 98
3.4 Desarrollo de la agricultura ecológica: entre la transformación social y el capitalismo verde.....	p. 101
<i>Farmers´markets: downtown Santa Cruz</i>	p. 110
3.5 La alimentación ecológica como espacios de puntos de vista	p. 119
4. El movimiento agroecológico en Madrid	p. 123
4.1 Primera ola: los GAKS (1997-2000).....	p. 124
4.2 Segunda ola: las cooperativas integrales y las redes de coordinación (2000-2008)	p. 127
4.3 Tercera ola: la explosión de los grupos de consumo (2009-).....	p. 132

<i>Primavera</i>	p. 142
------------------------	--------

Parte II: La alimentación como práctica cotidiana p. 153

5. Puntos de partida	p. 155
5.1 Los grupos de consumo como entramados relacionales.....	p. 158
5.2 Las prácticas sociales.....	p. 162

6. Comprar, cocinar, comer	p. 169
6.1 Estrategias de adaptación a los nuevos entornos alimentarios	p. 170
6.2 Las prácticas alimentarias en grupos de consumo ecológico: factores estructurantes	p. 179
6.3 El apio, para el gin-tonic	p. 191
6.4 Las vinculaciones afectivas	p. 196
6.5 La política sin querer	p. 198
7. Planificar y producir.....	p. 203
7.1 Cultivar una huerta ecológica: la adquisición de saberes campesinos	p. 203
<i>El escarabajo de la patata</i>	p. 211
7.3 La agroecología como horizonte.....	p. 215
7.4 Complejizar la temporada	p. 219
7.5 Agricultura, naturaleza y producción	p. 225
7.6 Diferentes metabolismos naturaleza-sociedad en los paisajes agrarios	p. 229
 Verano	p. 236
 Parte III: La alimentación como práctica política	p. 245
8. El qué y el cómo de la política	p. 247
8.1 Espacio y nociones de lo político	p. 247
8.2 Miradas políticas hacia las cooperativas y grupos de consumo	p. 251
<i>Reuniones y asambleas</i>	p. 263
8.3 Sentimientos, afectos y política.....	p. 270
8.4 Cuidados, «buenrollismo», amigos y compañeros.....	p. 274
9. No alimentar el sistema. La construcción de un modelo socioalimentario alternativo.....	p. 289
9.1 El potencial de cambio de las cooperativas y los grupos de consumo	p. 289
9.2 Objetos de transformación: relaciones campo-ciudad	p. 292
<i>Un sábado verde</i>	p. 307
9.3 Un paso más allá: construir economías no capitalistas.....	p. 310
9.4 ¿Consumo político?	p. 321
9.5 Economías morales en los discursos de la agroecología como vía de transformación social	p. 331
<i>Revolver el campo</i>	p. 345
 Otoño	p. 352
 Parte IV: La alimentación como anclaje de reflexividad y transformación subjetiva	p. 359
10. La revolución comienza por nuestros frigoríficos	p. 361
10.1. Problemáticas subjetivas: coherencia, responsabilidad, autonomía.	p. 361
10.2. La construcción del consumidor implicado	p. 373
 A modo de conclusión: la vida en el centro de la política.....	p. 385

El dispositivo metodológico	p. 395
La aproximación etnográfica	p. 395
Observar y conversar	p. 399
De las relaciones de investigación	p. 405
Inventario de situaciones de observación y entrevistas realizadas	p. 408
Referencias bibliográficas.....	p. 415

INTRODUCCIÓN

Un sábado lluvioso de octubre en una plaza de Bilbao. Al fondo hay aparcados dos tractores verdes y uno azul, decorados con carteles y banderas. Delante de ellos, nueve personas sostienen una pancarta en la que se lee: «*Elikadura, herritarron eskubidea. La alimentación es un derecho, no una mercancía*».

A su derecha, un rebaño de ovejas, marcadas en verde y rosa, pastoreado por un hombre de unos cincuenta años que se apoya en su bastón. En frente de la pancarta se arremolinan en semicírculo alrededor de quinientas personas, haciendo una admirable demostración de encaje de paraguas. La mayoría adultos, aunque también algunas niñas pequeñas miran atentamente a las ovejas desde las primeras filas. Botas de montaña, chubasqueros, bufandas de lana, capuchas, forros polares, capas de lluvia, y en los cuellos de muchos, pañoletas verdes que en letras amarillas proclaman: «*soberanía alimentaria*».

La mujer que se sitúa en medio del grupo de la pancarta toma el micrófono y lee, en un tono directo y seco, el siguiente comunicado:

«Llevamos veintiséis años de política agraria europea y hay cuatro cositas que nos han quedado muy claras. Hay terceros países que cuestionan nuestras exportaciones a precios artificialmente bajos, las ayudas han sido distribuidas injustamente, y de forma discriminatoria. De forma discriminatoria porque ha discriminado un modelo, el modelo campesino y todos sus saberes, y ha discriminado a las mujeres por ser mujeres. La industrialización de la agricultura, de la ganadería, de la pesca y de la silvicultura sigue hoy día. Y el coste de los problemas sanitarios ligados a los modelos que se han apoyado con la PAC, es más elevado que el presupuesto de la PAC. Claro, que ganan enfermándonos y ganan curándonos, porque los medicamentos también nos los venden ellos. La alimentación no es una mercancía y tenemos una alternativa clara que es la soberanía alimentaria. La soberanía alimentaria también es derecho a producir, hay montones de jóvenes que quieren instalarse y que están pidiendo tierra. Hace falta acceso a la tierra. Y la tierra la tenemos, hay que ponerla a disposición de

quien quiera trabajarla. Tenemos productos que incrementan hasta un 200% entre lo que ganamos quienes los producimos y lo que pagamos cuando vamos a comprar. Pedimos transparencia en la cadena alimentaria. Alimentación sin especulación. Acercar la producción, la transformación, la comercialización, acercarnos entre nosotros, que este modelo ha jugado con eso, con el alejamiento entre nosotros. Empezamos un camino juntos, que ya viene de atrás, mujeres, hombres, sindicatos, movimientos sociales, de consumidores, campesinos, ONGs... y cogemos un compromiso con la soberanía alimentaria. Y como se dice desde la Vía Campesina: ¡Globalicemos la lucha, globalicemos la esperanza!»

Así termina la manifestación que ha recorrido por la mañana las calles de la ciudad conmemorando el Día Mundial de la Alimentación, a la que han acudido los participantes del foro de la Plataforma Rural que tenía lugar ese fin de semana. Durante dos días, pertenecientes a la, cada vez más laxa, categoría de jóvenes, se han sentado a exponer sus proyectos, sus problemas, sus deseos, sus sueños, y sus luchas relacionadas con el emprendimiento de actividades agrarias. También se han escuchado las voces más experimentadas aconsejando y advirtiendo a estas futuras generaciones campesinas.

A estos encuentros asisten, como bien se señalaba en el comunicado, desde actores institucionales, como ONGs dedicadas a la cooperación internacional y a causas ecologistas, sindicatos y organizaciones agrarias, hasta agricultores, participantes de cooperativas y grupos de consumo, militantes de diferentes movimientos sociales alimentarios, curiosos, místicos buscando la armonía perdida en las ciudades, personas que plantean un futuro en el campo, habitantes de pueblos okupados y protagonistas de experimentos de vida en comunidad. Y después de esos días de charlas, talleres, intentos de organización colectiva y alguna borrachera comunitaria, en la que se sugiere llevar tractores a los asaltos al Congreso, vuelven a sus quehaceres, en sus campos y en sus ciudades, donde, aunque ya no se privilegie un discurso crítico articulado sobre el modelo agroalimentario dominante, todos, de una u otra forma, tratan de modificar las formas de producir, distribuir o consumir sus alimentos.

Aproximación al objeto de estudio

Los cambios acaecidos tras la Segunda Guerra Mundial en la estructura política y económica internacional vinieron acompañados de un proceso de reestructuración del sistema agroalimentario, cuyas consecuencias sociales y medioambientales han dado pie al desenvolvimiento de diversos movimientos sociales centrados en la denuncia del mismo y en la propuesta de modelos alimentarios alternativos.

La alimentación forma parte de la biopolítica característica de las sociedades contemporáneas. Y no sólo en el ámbito de las políticas públicas de regulación de las poblaciones, sino también como objeto de una política de cortos vuelos, arraigada en la cotidianeidad concreta de diversos agentes sociales como las cooperativas y grupos de consumo ecológico. Es en este escenario amplio de problematización del sistema

alimentario y de reflexión sobre la alimentación misma en tanto que praxis política donde se sitúa la investigación que he llevado a cabo durante estos años.

En concreto, el trabajo de campo que he realizado se ha centrado en la observación participante en tres organizaciones agroecológicas autogestionadas de la ciudad de Madrid, que tratan de construir otras formas de producción y relación con la tierra, y otras formas de distribución, consumo y relación con los otros¹: una cooperativa de consumo de alimentos ecológicos (el Berejenal), una cooperativa de producción, distribución y consumo agroecológico (Surco a Surco), y un proyecto de producción hortícola agroecológico vinculado a diversos grupos de consumo (la Madre Vieja)².

Pero, ¿en qué consiste, para los sujetos que conforman estos colectivos, hacer de la alimentación una actividad política?, ¿de qué modos se trata de generar una transformación social amplia a partir de la producción y el consumo de alimentos ecológicos y locales?, y ¿qué comprensión de la política subyace a estos planteamientos?

El punto de partida de esta investigación es que al plantear la alimentación cotidiana como campo de intervención política, entra en juego una noción de lo político que desdibuja la línea que demarca como dos continentes separados lo público y lo privado. Hablar de alimentación desde estas coordenadas, implica, como se desprende del comunicado de la manifestación, hablar de economía, de estructura social, de ecología, de salud, y de relaciones campo-ciudad. La alimentación no pertenecería, por tanto, al ámbito de lo personal y lo privado, sino que se vuelve una cuestión política central. Pero estos colectivos no apuntan hacia una toma de poder en sentido clásico, sino a transformar las prácticas corrientes de la existencia, haciendo de la subjetividad misma de los implicados uno de sus objetos principales de actuación. Es decir, son formas de entender lo político en las que el cambio a nivel del individuo y de su vida cotidiana se considera un paso imprescindible para poder optar a un cambio social amplio. Por ello, en su inmersión en estos espacios, el sujeto es empujado a tomar una distancia reflexiva sobre sus prácticas, planteándose en qué medida éstas pueden contribuir a reproducir el modelo social dominante.

Los tres pilares en los que se sostiene el trabajo son, por tanto, las prácticas alimentarias, la política y los procesos de subjetivación, pero no de forma aislada ni arbitraria, sino en las relaciones concretas que entre ellos se entretienen en estos universos sociales. Es precisamente la búsqueda de la comprensión de la complejidad de estas articulaciones, sus condiciones de posibilidad, los fenómenos sociales a los que remiten, las representaciones sociales que las estructuran, las formas en las que se concretan y los modos de experimentarlas, la que ha guiado desde el principio esta investigación.

Resulta imprescindible situar la perspectiva de estudio con la que se van a analizar estas redes alimentarias agroecológicas, en relación a la literatura predominante

1 Algunos de estos nombres han sido modificados para respetar la privacidad de los interesados.

2 Para una explicación en profundidad del trabajo de campo y el dispositivo metodológico, se puede consultar el capítulo final.

sobre este ámbito en ciencias sociales. Las dos líneas generales de aproximación académica a estos espacios han sido, por un lado, el análisis de su potencial político y la evaluación de sus fortalezas y debilidades de cara a la obtención de cambios sociales; y, por otro, el análisis crítico de la institucionalización y del sometimiento de la agricultura ecológica a los procesos de valorización de capital, como parte de la emergencia del «*capitalismo verde*»³.

Las tensiones que emergen por los procesos de institucionalización y cooptación, las críticas a la continuidad con el paradigma neoliberal que puedan darse en estos espacios, o las utopías que se entretengan en estas prácticas, forman parte del objeto de estudio de esta investigación en tanto dinámicas propias del campo que analizamos, pero el objetivo de esta tesis no ha sido ni valorar la capacidad real de transformación de estos movimientos, ni sacar a la luz sus contradicciones. El interés, por el contrario, está puesto en la aproximación etnográfica a esta forma de hacer política anclada en la problematización de la alimentación cotidiana, en su articulación con las lógicas prácticas a las que este ámbito se ve sometido.

No trato con esto de excluir la dimensión política que esta investigación, como cualquier otra, tiene. En la elección de este campo de estudio ha jugado un papel importante el interés por aproximarme a un tema fundamental al que nuestras sociedades van a tener que enfrentarse a corto plazo: la insostenibilidad del modelo agroalimentario capitalista. En este sentido, trabajar con organizaciones que portan consigo diferentes propuestas de reorganización de dicho modelo, no es una decisión ajena a una preocupación y postura ética y política personal.

Estructura del documento

El porqué y el quehacer de los colectivos agroecológicos han de enmarcarse en los diferentes problemas asociados al modelo agroalimentario dominante que se señalaban en el comunicado de la manifestación: la pérdida de saberes campesinos, la lógica de las ayudas a la producción agraria, la dificultad de acceso a la tierra, la conversión de la alimentación en una mercancía, las enfermedades asociadas a los agrotóxicos, el poder de la gran distribución y la relegación de los agricultores a una posición marginal en el cadena alimentaria, el alejamiento de productores y consumidores, y la destrucción ecológica. Estos son tanto parte de las condiciones de posibilidad de la emergencia de estos movimientos, como elementos esenciales para comprender sus dinámicas.

Siguiendo a Lenoir (1993), a la hora de aproximarnos a un problema social es fundamental tomar por objeto de estudio la construcción de ese objeto que vamos a analizar. Por ello, como punto de partida que nos permita situar el fenómeno de la agroecología como propuesta de transformación, se vuelve necesario analizar los procesos de constitución de la alimentación como problema, tal y como estos se de-

3 Como ejemplo general de la primera perspectiva se puede revisar el trabajo de Holt Giménez y Shattuk (2011). De la segunda, puede verse Allen y Kovach (2000).

INTRODUCCIÓN

sarrollan desde el comienzo de la industrialización. Éste es el objetivo del primer bloque de este trabajo. En él partimos de que en estas problematizaciones no es el alimento en sí lo que está siendo cuestionado, sino las diferentes relaciones sociales que implica el sistema agroalimentario: la relación con el cuerpo (problemas vinculados a cuestiones sensoriales y sanitarias), la relación con la naturaleza (problemas vinculados a la insostenibilidad ecológica) y las relaciones con los otros (críticas ético-políticas al modelo agroalimentario capitalista).

En el primer capítulo se hará una revisión de la configuración histórica del sistema agroalimentario capitalista como parte de una economía política más amplia, atendiendo a las características del mismo en cada uno de estos ejes de cuestionamiento. Conocer las lógicas de la agricultura capitalista nos ayudará también a comprender las constricciones a las que se enfrentan aquellos que tratan de generar una alternativa a este sistema de producción.

Sin embargo, las características objetivas de una situación no son suficientes para que ésta sea formulada públicamente e institucionalizada como problema. Éste es un proceso conflictivo, resultado del trabajo histórico llevado a cabo por diferentes agentes sociales, a cuyo análisis nos dedicaremos en los siguientes capítulos. En el segundo, atenderemos a cómo la alimentación ha sido formulada y gestionada como parte de la biopolítica de las sociedades occidentales contemporáneas; y en el tercero, a la emergencia de las redes agroalimentarias alternativas y a sus propuestas políticas de superación de los problemas alimentarios, tal y como son definidos por parte de las mismas.

El capítulo cuatro nos sitúa en el campo concreto en el que se ha centrado la investigación, los movimientos agroecológicos madrileños. En él haremos un breve recorrido histórico que nos permita presentar sus características específicas y los principales debates que en él se articulan, y que examinaremos con profundidad en el resto del trabajo.

El segundo bloque de este documento aborda la alimentación ecológica como una práctica social.

En ciertos discursos del campo, los hábitos alimentarios se presentan como fruto de la voluntad personal y reflejo del grado de responsabilidad del consumidor. Frente a ello, mi propuesta recae en restituir las lógicas prácticas que sustentan el consumo alimentario cotidiano, sin las cuales no podemos acercarnos a la experiencia y la posibilidad de participación en estas redes. Con este enfoque se trata también de comprender en qué consiste alimentarse a través de un grupo de consumo, más allá de las razones ético/políticas del consumo responsable agroecológico.

Los capítulos 6 y 7 analizarán respectivamente las lógicas prácticas del consumo y de la producción ecológica, tal y como se concretan en estos espacios. Esta aproximación nos permitirá atender a las condiciones materiales de estas prácticas, a las disposiciones que los agentes sociales adquieren en estas experiencias y a los diferentes usos que de estas organizaciones hacen, así como a examinar de forma crítica conceptos como la responsabilidad, la naturalidad, lo local y la temporada.

Pero en estos universos sociales, la alimentación no es sólo algo que gestionar en el día a día, sino que adquiere también un significado político. Este doble nivel en el

que se mueven los grupos y cooperativas, entre la gestión práctica de una actividad cotidiana y la praxis política, es uno de los rasgos que marcan su carácter específico, diferenciándolos tanto de otros espacios de militancia, como de otros espacios de venta de productos ecológicos.

Partiendo de la consideración del alimento como materialización de relaciones sociales, en estos espacios se plantea que los hábitos alimentarios de los sujetos pueden o bien reproducir el modelo hegemónico (por ejemplo, adquiriendo en el supermercado productos procesados o de fuera de temporada), o bien contribuir a la construcción de un modelo alternativo (consumiendo productos locales y de temporada a través de canales cortos de comercialización). En el tercer bloque profundizaremos en este planteamiento, examinando cómo se concreta en las prácticas cotidianas, los debates que genera y las implicaciones que supone en las formas de concebir la política.

En el capítulo 8 atenderemos a las reconceptualizaciones de lo político en las que se apoya esta comprensión de la agroecología, las tensiones que atraviesan las diferentes formas de entender qué es y dónde se hace política, las economías morales propias de estos colectivos, y los diferentes valores otorgados a las vinculaciones afectivas en relación a la praxis política.

En el capítulo 9 pasaremos a explorar las formas en las que se concreta este hacer de la alimentación una actividad política, es decir, de qué modos se intenta, a partir de la transformación de las relaciones alimentarias, construir un modelo social alternativo al capitalismo y un modelo económico regido por una lógica diferente a la del mercado. Para ello vamos a analizar las diferentes formas de organización mediante las que se pretende incidir tanto en las relaciones entre productores y consumidores, como en las relaciones comunitarias más amplias. Todo ello nos va a llevar a la pregunta por las condiciones de posibilidad del consumo político, a examinar los debates que rodean al consumo responsable, y a exponer las tensiones existentes en estas organizaciones entre sus lógicas económicas y sus lógicas ideológicas.

Como he planteado, esta forma de concebir la política como una práctica que atraviesa la cotidianeidad, viene de la mano de la afirmación de que sin un cambio a nivel subjetivo (de las formas de hacer y de estar en el mundo de cada uno de nosotros), no es posible pensar una transformación social de largo alcance. En este sentido, las propuestas y problematizaciones de este campo trascienden el ámbito alimentario, apuntando hacia la construcción de otros modos de ser y vivir.

El último bloque de esta investigación se propone así examinar los modos de subjetivación presentes en estos espacios, haciendo referencia a las problemáticas en torno a las que han de definirse los sujetos, los dominios de la experiencia que se ponen en juego en la reflexividad que les suscitan sus prácticas alimentarias, la forma en la que la alimentación se convierte en una palanca de reflexión política/ética, y los modos mediante los que se trata de actuar sobre los otros para conseguir esos cambios.

En los grupos de consumo hay toda una serie de dinámicas y conflictos profundamente ligados la época del año. El hecho de separar este trabajo por estaciones,

responde a la voluntad de conservar, en alguna medida, esa temporalidad circular producto de la vinculación de la alimentación a las temporadas agrarias.

La descripción

A lo largo de todo el documento, se incluyen extractos de descripciones de espacios, situaciones y acontecimientos, separados del cuerpo principal del texto o bien mediante este tipo de cuadros, o bien mediante un formato específico.

Éstas no están pensadas como una forma de ilustrar las temáticas que se abordan en los epígrafes en los que aparecen. Hay una serie de dimensiones de la realidad social que resulta difícil mantener en el discurso interpretativo que predomina en el resto del trabajo, marcado por un nivel de abstracción mayor: los detalles en los que revelan las relaciones sociales, los ambientes emocionales que se generan en diferentes situaciones, o la singularidad de las prácticas y experiencias a las que nos aproximamos. Es el valor que creo que estas dimensiones tienen a la hora de comprender estos fenómenos sociales, lo que me ha llevado a incorporar al documento estas descripciones.

Frente a aquellas posiciones epistemológicas que consideran las descripciones como una recogida de datos previa al análisis científico, este trabajo se sitúa en la consideración de que estos textos son de por sí un ejercicio analítico. Toda descripción está guiada teóricamente (Lahire, 2005). Tanto la selección de lo que se va a describir, como las formas de ordenar y de establecer relaciones en la descripción, responden a la posición y los intereses teóricos de la investigadora. Como afirma Laplantine (2005), describir no consiste en transcribir, sino en construir; en realizar una composición analítica con la que acceder a lo significativo de una realidad social.

La alimentación, como hecho social total, ha ocupado siempre un lugar central en la disciplina antropológica, como medio para el análisis de aspectos económicos, políticos y simbólicos, así como para el examen de amplias problemáticas teóricas y metodológicas (Mintz y Dubois, 2002). Este trabajo se inscribe en esta apuesta, tratando mediante esta mirada a los grupos de consumo y a la densidad de dimensiones sociales que comprenden estas prácticas alimentarias, contribuir al estudio de algunas de las tendencias amplias de nuestra sociedad y a la exploración de conceptos y problemas transversales a las ciencias sociales.



INVERNO



«**P**ues la gente en invierno se queja de las coles, pero es que es lo que hay. Entonces, como es lo que hay, pues el peso de las cestas de invierno va a ser fundamentalmente de coles. Pero cada vez tenemos más variedad; más cantidad de zanahorias, de nabos, que siguen siendo coles pero bueno, de colinabos, de espinaca... Entonces como que vamos intentando dar más variedad dentro de que la línea es la col, que es lo que aguanta el invierno.

Vamos metiendo que si coles de Bruselas, que si la kale a ver este año que tal se da, la col china... En invierno tenemos realmente mayor variedad de verduras que en verano, lo que pasa es que son todas del mismo estilo y son verduras que hay que cocinar, que no se pueden comer en crudo la mayoría, la gente como que se cansa un poco más, pero es que aun así...

Porque claro, a todo el mundo no le gustan todas las coles generalmente. A alguien no le gusta el repollo, a alguien la lombarda... y tienen el problema de que se les acumulan en casa.

Aunque por otro lado para nosotros el invierno es mucho menos esclavo. Hay mucho menos trabajo en la huerta. Es más cosechar, ir plantando alguna cosa, alguna hierba... pero el curro para nada es lo mismo. Y aparte, los horarios. En invierno no madrugas mucho porque está helado y no puedes tocar la verdura ni ir con la azada porque el suelo está helado. Entonces, madrugas menos, tienes más tiempo, duermes más, coges unos kilos que luego los sudas en verano...»



Huerta Madre Vieja, febrero



Coles, inverno



Lombardas, inverno



Cestas invierno

PARTE 1

LA ALIMENTACIÓN COMO PROBLEMA

CAPÍTULO 1

HISTORIA Y CONFIGURACIÓN DEL SISTEMA AGROALIMENTARIO CAPITALISTA

Para contextualizar nuestro objeto de estudio¹, comenzaremos realizando una síntesis de los rasgos más relevantes de la evolución histórica de la agricultura desde el inicio de la industrialización, como parte de la economía política amplia².

Para ello tomaremos como punto de partida la Revolución Industrial y el desarrollo de la clase trabajadora urbana, al ser estos los fenómenos que marcan el inicio de la mercantilización de la alimentación (Goodman y Redclift, 1991). Este proceso vino marcado por la progresiva orientación hacia el mercado de la producción agrícola en detrimento de la agricultura de subsistencia, por la sustitución de los insumos tradicionales por aquellos adquiridos en el mercado, y por el declive gradual de los sistemas agrarios integrados, que se vieron reemplazados por empresas especializadas en cada uno de los segmentos (cultivos, ganado, aves...) (Pingali y Rosegrant, 1995).

-
- 1 Dado que la forma de contar la historia conlleva siempre una toma de partido, nos parece oportuno señalar que esta aproximación se va a realizar desde una postura fundamentalmente crítica con el proceso de industrialización alimentaria.
 - 2 Vamos a abordar esta cuestión desde una perspectiva internacional, aun cuando iremos introduciendo detalles relevantes del caso español, al estar nuestro terreno de estudio situado en Madrid y sus alrededores. Para un análisis más detallado de las especificidades de la agricultura española podemos consultar la obra de Gómez Benito y González Rodríguez (1997). Tengamos en cuenta que en este país el proceso de «modernización agraria» no da comienzo hasta la década de los 50. Véase como ejemplo los siguientes datos proporcionados por Naredo: «*la dosis de abonos químicos o minerales aportados en la agricultura inglesa durante principios de siglo (XX) estaban notablemente por encima de las aplicadas en España en 1950 (...) Habrá que esperar a bien entrada la década de 1950 para que el número de hectáreas labradas por tractor se situara en España a los niveles alcanzados por la agricultura inglesa o estadounidense en 1920*» (1996: 306). Para profundizar en la economía política alimentaria internacional puede consultarse: Goodman y Redclift (1991), Le Heron (1993), Friedmann (1982; 2004).

Como se ha señalado desde este campo de estudios, el ámbito agroalimentario cuenta con una especificidad con respecto a otras industrias, que condiciona y marca el proceso y las posibilidades de acumulación de capital: la dimensión biológica. Esta especificidad, que en este trabajo vamos a abordar desde diferentes perspectivas, nos interesa aquí en tanto impone diferentes restricciones a las formas de producción y consumo de los alimentos.

En primer lugar, por los procesos naturales que afectan a la producción. Aunque parte del valor creado en estos mercados proviene de estos mismos procesos biológicos (una manzana siempre vale más que una semilla), la dependencia de factores biofísicos y la temporalidad y el ritmo de estos procesos limitan las posibilidades de controlar o acelerar la producción de alimentos. En segundo, porque las necesidades y características fisiológicas de los cuerpos que han de ingerir estos alimentos, así como los componentes simbólicos y culturales que se entretajan en el consumo alimentario, limitan sus posibilidades de sustitución por productos industriales. Tal y como apunta Guthman³:

The absolute necessity of eating for social reproduction provides a ready-made market for food products, albeit a constrained one because of upper limits to appetite and outside limits to palatability (2004:64)⁴.

El proceso de desarrollo capitalista en la agricultura se ha caracterizado así por una continua búsqueda de formas de superación de estas constricciones biológicas, con vistas a generar nuevos sectores de acumulación para el capital industrial (Goodman, Sorj y Wilkinson, 1987). Esta búsqueda es, para estos autores, la clave para comprender la reestructuración del sistema de producción agraria que había prevalecido hasta el siglo XIX.

Goodman y Redclift (1991) identifican dos mecanismos mediante los cuales la industria penetró en el terreno agroalimentario: la sustitución y la apropiación. Aun cuando a veces resulta difuso el límite entre uno y otro, en líneas generales, mientras que el primero se vincula a la fase de manufactura, el segundo lo hace al proceso de producción. A su vez, ambos mecanismos mantienen una relación directa con el proceso de (des)integración vertical del sistema agroalimentario, que se traduce en el aumento de la distancia entre *«el campo y la mesa»*.

La sustitución hace referencia a los procesos que en la producción industrial de alimentos eliminan el producto natural o lo reducen a un input, gracias a las técnicas que la industria ha desarrollado para replicar las propiedades de los ingredientes, creando toda una serie de sustitutos sintéticos para los mismos (fibras artificiales, levaduras químicas, conservantes...). Mediante la introducción de estos componen-

3 Para no perder el rigor del texto, las citas se han mantenido en el idioma original. Sin embargo, para posibilitar la lectura, se incluye una traducción del sentido general de las mismas.

4 *La imperiosa necesidad de alimentarse genera un mercado dado para estos productos, pero constreñido por los límites del apetito y la palatabilidad.*

tes se consigue además que los productos finales puedan diferenciarse no sólo por sus atributos alimentarios, sino también por sus cualidades industriales (por ejemplo añadiendo calcio, omega3 o vitaminas al alimento), generando así una nueva fuente de valor añadido.

La apropiación se concreta en la desviación de funciones de la explotación agrícola hacia la industria. Hablaríamos aquí tanto de la mecanización de la producción agraria, como del uso de fertilizantes, abonos o semillas industriales.

Tratando de enfatizar el que sería el componente esencial de las dinámicas agrarias capitalistas, Guthman (2004) utiliza de forma amplia el término apropiación para dar cuenta de todos los procesos que suponen una transferencia del valor generado por el trabajo agrícola y extraído de la naturaleza, a manos de otros actores de la cadena alimentaria (en especial del capital industrial y financiero). Otros como Le Heron (1993), prefieren emplear el concepto marxista de subsunción formal para referirse a este proceso de apropiación de plusvalía. En una línea similar a la de Goodman y Redclift (1991), para este autor la clave del fenómeno reside en la necesidad de adquisición de nuevas tecnologías agrarias una vez que los agricultores se encuentran inmersos en las dinámicas de acumulación y beneficio propias del capitalismo. Partiendo de esta idea, propone tres vías fundamentales de industrialización de la agricultura, que a grandes rasgos coinciden con los mecanismos de apropiación y sustitución señalados anteriormente:

- Transformaciones en el proceso de trabajo agrario a partir de la mecanización.
- Introducción de tecnologías para suplir, modificar o reemplazar los procesos de producción biológica (semillas híbridas, agroquímicos, biotecnología).
- Desarrollo de sustitutos industriales para los productos agrarios (aceites, azúcares...).

La evolución del ámbito agroalimentario es inseparable del contexto más amplio del desarrollo de la economía política. Las políticas de precios bajos de los alimentos que se mantuvieron tanto en el Norte como en el Sur, fueron un componente básico para la consolidación de la nueva división del trabajo y de un mercado internacional de libre circulación de capital y mercancías (Goodman y Redclift, 1989). El proceso de proletarianización no puede comprenderse sin atender a la expulsión de miles de familias del entorno rural, a la nueva dependencia de los agricultores con respecto al mercado y a la posibilidad que brindaban estas medidas para mantener una política de bajos salarios en el sector industrial urbano (Goodman, 1997). Es por ello que Le Heron (1993) afirma que las políticas agrícolas de la posguerra han de ser entendidas no sólo como facilitadoras, sino como apoyos activos en la expansión del capitalismo industrial.

Por tanto, el análisis de las diferentes configuraciones del sistema agroalimentario desde la industrialización, debe atender tanto a factores tecnológicos, como a las políticas internacionales que regulan este ámbito y a las diferentes fases históricas de acumulación de capital. De hecho, a nuestro entender, esta realidad se esclarece en el momento en el que se comprende la interrelación entre estos tres elementos.

El concepto de régimen alimentario (Friedmann, 2005) puede ser útil para desplegar la variabilidad histórica de las configuraciones de los diferentes actores

y las diferentes fuerzas que han modelado las formas de producción, distribución y consumo de alimentos dentro de un contexto socioeconómico y político amplio. Este concepto tiene además la virtud de vincular las relaciones internacionales de producción y consumo alimentario, con los diferentes periodos históricos del capitalismo desde finales del siglo XIX⁵ (Le Heron, 1993).

El siguiente cuadro recoge las principales características de cada uno de los tres regímenes que se han sucedido desde la industrialización:

RÉGIMEN DE ACUMULACION	INDUSTRIALIZACIÓN AGRICULTURA	RASGOS TECNOECONÓMICOS	RÉGIMEN ALIMENTARIO
EXTENSIVO 1870 - 1920	Aplicación de nuevas tecnologías disponibles en nuevas regiones. Aumenta la productividad laboral. Primeros sustitutos industriales para productos naturales.	Especialización internacional e intersectorial basada en trigo y carne. Economías coloniales.	PRIMERO Énfasis en el volumen productivo agrario. Orientación a mercados de masas de asalariados en las ciudades industriales.
CRISIS REESTRUCTURACIÓN 1930 - 1950	Aumento de la productividad del trabajo y de la tierra gracias a tecnologías mecánicas y químico-genéticas (basadas en la hibridación y otros inputs industriales).		TRANSICIÓN Tensión entre la producción agraria y el procesamiento de alimentos.
INTENSIVO 1950 - 1970	Perfección, generalización y proliferación del modelo agroindustrial estadounidense de alta productividad.	Integración intrasectorial e internacional de los complejos de ganado y trigo. Especialización regional de la producción.	SEGUNDO Énfasis en el procesamiento de productos alimentarios y en la productividad agraria. Orientación a la transformación de las relaciones de consumo vía el cambio de dietas y la progresiva participación de las mujeres en el mercado laboral.
CRISIS REESTRUCTURACIÓN 1970 - 1990	Cambios en los rasgos naturales de la producción a partir de la genética molecular y la biotecnología.		TRANSICIÓN Tensión entre productos frescos y procesados.
INTEGRADO 1990 - ACTUALIDAD	Diferenciación en producción, comercio y finanzas.	Articulación de sistemas globales basados en la producción agroindustrial y biotecnológica de alimentos.	TERCERO Foco emergente en alimentos frescos y diferenciados por ingresos y cuestiones étnicas.

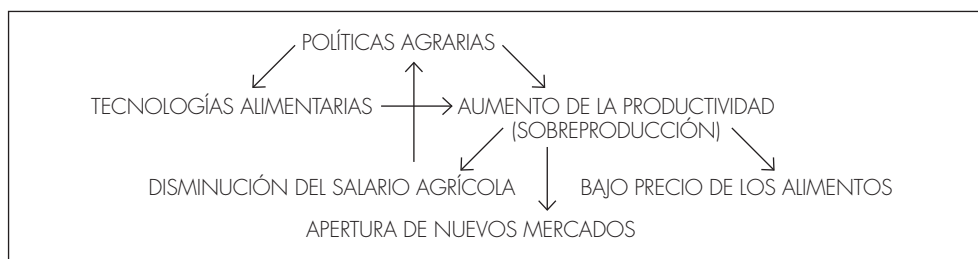
Tabla 1. Esquema de los regímenes agroalimentarios (adaptado de Le Heron, 1993)

- 5 Nótese aquí la diferencia entre este término y el de sistema agroalimentario, que no tiene tanto en cuenta los cambios históricos ni la vinculación del mismo con procesos sociales más amplios. En cualquier caso, creemos que la noción de régimen agroalimentario ha de completarse introduciendo las dimensiones ecológicas y las formas de organizar la relación naturaleza-sociedad asociadas a cada uno de ellos.

En este trabajo vamos a profundizar en los dos últimos, dado que nos ayudan a situar de forma más directa los problemas alimentarios actuales⁶. Acerca del denominado régimen de acumulación extensiva, que se extendería de 1870 hasta los años 30 del siglo XX, retendremos los que según Friedmann (2005) fueron sus cuatro legados principales: el recorte de la fuerza de trabajo empleada en el campo, la creación de explotaciones agrarias mercantilizadas, las medidas de eficiencia basadas en monocultivos extensivos, y la extensión y «democratización» de una dieta basada en el trigo y la carne.

1.1. Acumulación intensiva (1950-1970)

Tras la Segunda Guerra Mundial comienza a delinearse la estructura agroalimentaria que prevalecerá hasta la crisis de los años 70, cuyo rasgo más destacado son los sistemas de producción intensivos. La clave para comprender este régimen se encuentra en la interrelación entre el auge de la tecnología agroalimentaria y la necesidad de desarrollar nuevos mercados comerciales para dar salida a la sobreproducción generada por estas innovaciones, y favorecida por una serie de políticas públicas que, a su vez, contribuían a ese desarrollo tecnológico.



Cuadro 1. Esquema de funcionamiento del régimen agroalimentario intensivo

El aumento de la producción agrícola mediante el uso de nuevas tecnologías, reducía los precios de los alimentos, permitiendo una política de bajos salarios en el resto de sectores económicos; pero, a su vez, provocaba un problema de sobreproducción. Ésta, además de implicar la búsqueda de nuevos mercados a nivel internacional, repercutía en la disminución de los ingresos de los agricultores, lo cual, por un lado, incidía en la necesidad de grandes explotaciones e inversiones para mantenerse en el mercado, y por otro, obligaba a establecer políticas dirigidas a estabilizar la situación de los productores. Estas políticas de subsidios favorecían al mismo tiempo la implementación de los nuevos sistemas tecnológicos. Esta dinámica hay que en-

⁶ En el siguiente capítulo, aun así, nos detendremos con más detalle en este primer régimen alimentario al revisar la biopolítica del hambre.

tenderla dentro de la expansión de los mecanismos de apropiación y sustitución en busca de nuevos espacios de acumulación en el marco del fordismo⁷.

A nivel técnico-productivo, los sistemas agrarios intensivos se caracterizan por los siguientes rasgos:

- Capitalización de las explotaciones agrarias mediante la mecanización y la reducción masiva de la fuerza de trabajo empleada en el campo, con el consecuente abandono de la agricultura por gran parte de la población, y su desplazamiento a los núcleos urbanos como mano de obra barata para la industria.

Esta disminución de la mano de obra se tradujo en un aumento de los salarios agrícolas, lo cual, a su vez, contribuyó a crear el contexto adecuado para que la mecanización del campo fuera rentable (hasta entonces seguía siendo más económico la fuerza de trabajo humana y animal que la adquisición maquinaria). Por eso Naredo (1996) sostiene, al hablar de la evolución de la agricultura española, que el abandono masivo del campo ha de ser considerado tanto efecto como causa de la crisis de la sociedad agraria tradicional.

- Introducción de inputs industriales en el proceso de producción biológica (pesticidas, fertilizantes, abonos, semillas...) y expansión de las grandes empresas dedicadas a su producción.

Uno de los avances más destacados en esta línea fue el desarrollo de las semillas híbridas (resultantes del cruce de dos variedades puras) que supuso la sinergia definitiva entre la industria química⁸ y la mecánica (Goodman y Redclift, 1991). La posibilidad de mercantilizar este proceso biológico, eliminó uno de los constreñimientos principales hasta ese momento para el desarrollo del capital industrial en la agricultura.

Junto con la mecanización, el empleo de estos inputs supuso el afianzamiento de las relaciones de producción capitalistas a nivel agrario. Al aumentar la adquisición de medios de producción provenientes de la industria, se fomentaba la especialización funcional (rompiendo el ciclo integrado de ganadería y horticultura) y crecía el nivel de dependencia de las explotaciones con respecto al mercado (Naredo, 1996). Este aumento de gastos externos trajo consigo la introducción de criterios de gestión

7 Goodman y Redclift (1991) recomiendan ser cautos en la comparación de la producción industrial fordista con la producción agraria en esta misma época, dada la dificultad que existe para aplicar los principios de este régimen de producción y consumo de masas al trabajo rural. El principal terreno en el que se introducen estos principios en el ámbito agroalimentario es en la manufactura y no en el trabajo agrícola propiamente dicho.

8 Tras la Segunda Guerra Mundial muchas empresas químicas tuvieron que reorientar su mercado desde la industria armamentística hacia las industrias agrarias. Como nos recuerda Allen (2004), el aumento de la disponibilidad de fertilizantes y pesticidas en los años 50, está directamente vinculado a las investigaciones realizadas durante la guerra sobre los usos militares de estos productos químicos.

capitalista en las pequeñas explotaciones y la reducción de la mano de obra disponible en las mismas, dado que algunos miembros de la familia tuvieron que emplearse en otros sectores para conseguir un nivel de ingresos suficiente para poder hacer frente a esos nuevos gastos.

Por otro lado, este proceso desemboca en la ruptura del ciclo de nutrientes de la agricultura industrial, con importantes consecuencias ambientales como la pérdida de fertilidad de la tierra o el aumento de la contaminación. Problemas estos avistados ya por Marx en el primer libro de *El Capital*:

(...) La preponderancia incesantemente creciente de la población urbana (...) perturba el metabolismo entre el ser humano y la tierra, esto es, el retorno al suelo de aquellos elementos constitutivos del mismo que han sido consumidos por el ser humano bajo la forma de alimentos y vestimenta, retorno que es condición natural eterna de la fertilidad permanente del suelo. (...) Todo el progreso de la agricultura capitalista no es sólo un progreso en el arte de esquilmar al obrero sino a la vez en el arte de esquilmar el suelo; todo avance en el acrecentamiento de la fertilidad de éste durante un lapso dado, un avance en el agotamiento de las fuentes duraderas de esa fertilidad (citado en Riechmann, 2014a).

- Paso de ciclos energéticos cerrados a la dependencia creciente de inputs externos de energía, en especial de petróleo, en todas las fases del proceso alimentario, debido tanto a la introducción de estos insumos industriales, como a las tecnologías empleadas en el proceso de transformación, conservación, maduración, transporte y envasado de los alimentos⁹.

Éste es otro aspecto clave para comprender tanto las vicisitudes históricas del complejo agrario y alimentario como los problemas de sostenibilidad del modelo que empiezan a visibilizarse en los años 70 y que, a día de hoy, con la crisis energética como telón de fondo, se vuelve uno de los retos más importantes a los que nuestras sociedades han de enfrentarse.

- Especialización de la producción: preponderancia de los monocultivos con el correlato de la disminución de la biodiversidad y del aumento de los problemas de plagas a medida que éstas se vuelven resistentes a los pesticidas empleados (lo que a su vez se traduce en un empleo cada vez más masivo de los mismos, con desastrosas consecuencias ecológicas).

-Intensificación de la ganadería basada en el desarrollo de los piensos industriales.

9 Naredo (1996) explica cómo en 1947 el trabajo humano y el animal aportaban más del 90% de la energía mecánica en la agricultura española, mientras que treinta años después esta proporción se había invertido de tal forma que casi la totalidad de las fuentes energéticas, eran dependientes de los combustibles fósiles. Por ejemplo, la cifra de tractores de ruedas empleados en el campo español, que en 1955 era de 25.182, en 1969 ascendía ya a 228.700.

El objetivo general de la industria en este ámbito fue favorecer y consolidar la separación del ganado de los cultivos, ofreciendo inputs industriales para reemplazar las funciones complementarias de ambos seres (las plantas como comida para el ganado y los animales como fuerza de trabajo y fuente natural de abonos y fertilizantes para los cultivos). Este rasgo, si bien no es más que la consolidación de un proceso que comienza en el siglo anterior, tiene una importancia histórica fundamental recogida en su momento por Marx al hablar de la *fractura metabólica*, y es parte esencial en la quiebra de los ciclos energéticos que acabamos de mencionar. La importación de razas de ganado extranjeras, consideradas más productivas pero no adaptadas ecológicamente a los nuevos entornos alimentarios, fue también clave para generar esa dependencia de piensos industriales en su alimentación.

Fue precisamente el complejo ganadero (que incluye tanto la ganadería intensiva como los monocultivos de cereal destinados a piensos) el que más importancia tomó durante este periodo, llegando a desplazar incluso al del trigo. Así, a medida que se iba consolidando este modelo, la composición de las dietas de los países enriquecidos se transformó radicalmente aumentando de forma vertiginosa el consumo de carne y productos lácteos. Asimismo, este complejo ganadero afectó a la dedicación de las tierras productivas, de forma que cada vez más espacios de cultivo son empleados en la producción de cereales (principalmente la soja y el maíz), que sirven como materia prima para la producción industrial de piensos. En la actualidad, más del 40% de los cereales del mundo se destina a la alimentación del ganado¹⁰.

La intensificación de la producción y la mayor efectividad de los inputs empleados condujeron a un aumento considerable de la productividad. Sin embargo, este «éxito» esconde, tal y como Goodman y Redclift (1991) señalan, importantes problemas que se acentuarán en los años posteriores: la destrucción medioambiental (en la que profundizaremos más adelante) y la expulsión de miles de familias de los entornos rurales.

Como remarcan estos autores, una de las consecuencias más importantes de este modelo productivo fue la crisis de la agricultura familiar. Dado que existe una superficie mínima por debajo de la cual no es rentable el uso de métodos mecanizados, en los sistemas intensivos las pequeñas explotaciones quedan en clara desventaja con respecto a los grandes latifundios. Por ello, autores como Naredo (1996) afirman que la convivencia entre la pequeña y la gran explotación sólo puede darse cuando el cultivo se realiza con técnicas que requieren gran cantidad de mano de obra y cuyos costes por hectárea apenas disminuyen al aumentar la superficie de explotación. Aspecto que no ocurre en las economías de escala de las que pudieron beneficiarse los grandes propietarios con esta revolución industrial agrícola. Tengamos en cuenta además que, tal y como hemos explicado, la mano de obra familiar se redujo considerablemente. Todo ello supuso que fueran las gran-

10 Al no haber biocapacidad para asumir la extensión de la dieta occidental a la población mundial hay quien afirma que la dieta de los países occidentales es ecológicamente insostenible y socialmente injusta.

des explotaciones las que se encontraran en una posición favorable para la inversión y aplicación de los nuevos métodos de producción, con la consiguiente imposibilidad de la agricultura campesina para competir con éstas. Si a ello le sumamos la desaparición de explotaciones agrícolas como consecuencia de la emigración a las ciudades, entenderemos el creciente proceso de concentración y aumento de la superficie media de las mismas.

Las políticas agrarias favorecieron también este proceso así como la reconversión de los campesinos en proletariado urbano. En España, por ejemplo, se promulgaron políticas de apoyo a la concentración y al trasvase poblacional hacia la industria y los servicios, subvenciones a las importaciones de piensos, razas extranjeras, gasoil y maquinaria, facilidades de crédito para la compra de abonos y fitosanitarios, etc.¹¹ A este proceso de «desagrarización» social, contribuyó igualmente el trabajo simbólico realizado para ensalzar los valores de vida urbana y sus posibilidades de consumo, frente a la cada vez más denostada imagen que se construía en torno a las formas de vida rural y a los que allí habitaban.

A medida que la cadena alimentaria fue alargándose y que aparecieron nuevos actores en la misma, se reestructuró la red de relaciones que configura el proceso agroalimentario, consolidándose la posición de las industrias como intermediarias entre los productores agrícolas y los consumidores finales. En esta nueva estructura de poder los grandes productores, las empresas del sector agroindustrial, las industrias químicas y alimentarias y los comités de gobierno relacionados con la agroindustria, adquirieron un papel central, mientras que los agricultores vieron cada vez más reducido su margen de acción y beneficio.

Por otro lado, este aumento de la productividad, teniendo en cuenta la inelasticidad de la demanda de los productos agrarios, trajo consigo uno de los eternos problemas de la agricultura capitalista: la sobreproducción (Guthman, 2004). La intervención estatal fue básica para minimizar algunos de los riesgos de esta dinámica productiva (como una excesiva bajada de los salarios agrícolas), así como para controlar los precios de los alimentos básicos. Podemos afirmar, por tanto, que las medidas políticas implementadas durante estos años fueron una pieza esencial en la introducción y la expansión de los sistemas intensivos de producción agraria a nivel internacional.

Es preciso analizar cómo se concretó esta intervención pública en Estados Unidos, uno de los países pioneros en introducir este modelo intensivo, y cómo, desde ahí, el modelo se expandió hacia otras zonas geográficas.

A partir de los años 30, en el contexto general del *New Deal*, Estados Unidos dio un giro en su política agraria hacia un modelo esencialmente proteccionista, frente al libre comercio que había prevalecido en el régimen alimentario previo. Esta política, como mencionábamos al comienzo, generó las condiciones óptimas para la innovación tecnológica. Mediante la instauración de un sistema de subsidios, de control de precios y de protección de las importaciones, se reduje-

11 Para un análisis específico del caso español a este respecto puede consultarse a Sevilla Guzmán (1979).

ron los riesgos para los productores orientándolos así hacia la competitividad y la «mejora técnica» de sus explotaciones para aumentar sus rendimientos (adquiriendo semillas mejoradas, piensos, pesticidas, fertilizantes, maquinaria...) Esta dinámica, que Goodman y Redclift (1991) bautizaron como «*Technology/policy*», es la raíz de la crisis económica y ambiental de la agricultura que hará mella en los años 80.

El sistema de producción intensiva fue extendiéndose en los siguientes años a diferentes regiones del mundo a través de dos vías principales: las ayudas a la reconstrucción de la agricultura europea enmarcadas en el plan Marshall y la «Revolución Verde» en el Tercer Mundo.

Pero aunque esta extensión supuso cierta homogeneización de las técnicas productivas, no fue así en el caso de las políticas agrícolas. Sólo a Europa se le permitió mantener un paquete de medidas proteccionistas similar al estadounidense. Para comprender la aplicación diferencial de estas políticas necesitamos atender al contexto internacional durante la Guerra Fría. Y es que, aunque las medidas de protección y control de producción agrícola que se implementaron a través de la Política Agraria Comunitaria (PAC) tras la recuperación europea (apoyo a los precios internos, impuestos a las importaciones y amplios subsidios a las exportaciones), sacrificaban la relación histórica que el continente había tenido con EE.UU. como importador de cereal, a éste le interesaba fortalecer las economías europeas con orientación capitalista para incorporarlas como aliadas a su bloque (Friedmann, 1982). Aun así, durante los primeros años firmaron un acuerdo mediante el cual, a cambio de permitir la protección europea del trigo y los lácteos, se eximía a la soja y al maíz estadounidense de los controles a las importaciones que promovía la PAC. De forma que, aunque se promovía una protección regional del sector, éste era completamente dependiente del cereal extranjero y de las empresas internacionales que lo transformaban en piensos para el ganado. Es decir, que las agriculturas nacionales «protegidas» quedaban ligadas a la importación de inputs industriales. Es por ello que esta autora afirma que lo que subyace a las políticas proteccionistas de la PAC es la organización empresarial del complejo agroalimentario transnacional.

Por otro lado, la reducción de la demanda europea de trigo incrementó los ya amplios niveles de sobreproducción de cereal que mantenía Estados Unidos. Como veremos más adelante, cuando Europa dio el giro definitivo hacia el rol de exportador, la competencia que generó la búsqueda de mercados en los que dar salida a los excedentes, dio lugar a una aguda crisis agraria internacional.

La vía para la exportación de este modelo de agricultura intensiva y la creación de nuevos mercados comerciales en el Tercer Mundo fue la denominada Revolución Verde. Esta «revolución», que empieza a introducirse en los países asiáticos durante los 60, se basó en un proceso de industrialización de insumos agrícolas y de intensificación tecnológica (mecanización, herbicidas, pesticidas, semillas industriales...), con vistas a conseguir una «modernización agraria» orientada hacia el mercado mundial de alimentos. Aunque defendida como una de las vías para paliar el hambre en países no industrializados, las consecuencias que este modelo tuvo en

términos de desigualdad y de precarización de los pequeños productores agrícolas no tardaron mucho en hacerse ver¹². Las variedades altamente productivas de arroz, maíz, trigo y patatas que se introdujeron con estos programas, se vincularon a la expansión de los monocultivos en detrimento de las granjas diversificadas, al mismo tiempo que hicieron dependientes a los agricultores de inputs industriales importados y suprimieron el uso de miles de variedades tradicionales localmente adaptadas. La población excluida de la agricultura (principalmente pequeños agricultores que no disponían del capital suficiente como para incorporarse a este modelo productivo), creó tanto las condiciones para la formación de una clase de trabajadores sin tierra como, tras su emigración a las ciudades y dada la dificultad para reubicarse en otros sectores, todo un complejo de *slums* en las grandes urbes (Glaeser, 1987). Por otro lado, la introducción de estas variedades industriales comprometió los sistemas agrarios tradicionales, reduciendo la disponibilidad de alimentos, plantas medicinales y otros servicios ecológicos que estos proporcionaban (Friedmann, 2005). Y es que, si bien la Revolución Verde permitió incrementar de forma sustancial los rendimientos por unidad de superficie, este crecimiento estuvo acompañado por intensos procesos de erosión, eutrofización y contaminación.

Como decíamos, el incremento de la productividad asociado al modelo agrario intensivo, derivó en un importante aumento de los surpluses alimentarios¹³ que hizo más acuciante la necesidad de abrir nuevos mercados a nivel internacional. Es aquí donde hemos de introducir otra pieza fundamental para comprender la dinámica de este régimen alimentario: los programas de ayuda alimentaria (PMA) que emplea EE.UU. para dar salida a los excedentes de grano, desde la promulgación en 1954 de la ley PL480 (Friedmann, 1982). La mayoría de estas ayudas fueron concedidas como ventas a crédito de productos alimentarios en divisas nacionales inconvertibles. Esto se tradujo en la acumulación de francos, yenes, pesos o rupias por parte de EE.UU. en cada uno de los países receptores, reforzando su posición hegemónica en la geopolítica mundial. Entre 1956 y 1960 la ayuda alimentaria estadounidense representó más de un tercio del comercio internacional de trigo (Friedmann, 2005).

En los países del Tercer Mundo, los mayores destinatarios de estas ayudas¹⁴, la garantía de comida barata que proporcionaban estos programas (mediante subsidios a las importaciones), y el control doméstico de los precios, posibilitaron el desplaza-

12 Opina Illich al respecto que «*el incremento de contrarrestar el hambre con nuevos incrementos de la agricultura industrializada sólo amplía el alcance de la catástrofe por restringir la utilización de tierras marginales. El hambre seguirá aumentando hasta que la tendencia hacia la producción con empleo intensivo de capital por los pobres para los ricos se haya sustituido por una nueva clase de autonomía rural, regional, fundada en el trabajo intensivo*» (2006:751).

13 Según datos de Redclift y Goodman (1991), entre los años 30 y 70 la productividad agraria en EEUU se vio incrementada en un 150%.

14 En 1968 el 79% del total de las exportaciones estadounidenses iban dirigidas hacia estos países (Patel, 2008)

miento de gran parte de la población rural hacia los grandes núcleos urbanos, gestándose así la clase trabajadora industrial necesaria para, bajo el paraguas ideológico de la «modernización» y el «desarrollo», abrir la puerta al capital internacional en estas regiones. Para Friedmann:

The significance of the international food order lies in its contribution to the widening and deepening of capitalist relations within the world economy by shifting vastly more of the world's population away from direct access to food and incorporating it instead into food markets (1982: 255)¹⁵.

Uno de los efectos más tangibles de esta estructura de relaciones internacionales fue que países que anteriormente habían sido autosuficientes en alimentación, se volvieron dependientes de las importaciones de cereal. Esto, sumado a la brecha en la distribución de la riqueza que acompañó a este proceso de proletarianización, generó una crisis alimentaria sin precedentes cuando en los años 70, en el contexto de la crisis económica general, el precio de los alimentos básicos se disparó y las políticas de ayuda alimentaria se vieron desplazadas por las exportaciones comerciales (Goodman y Redclift, 1991). Cuando exploremos el concepto de soberanía alimentaria podremos analizar con mayor profundidad algunas de las consecuencias asociadas a este régimen alimentario, entre ellas, las hambrunas que se suceden en estos países. Tras esa crisis, para poder financiar las importaciones de comida, muchos de estos países se especializaron en productos agrícolas orientados a la exportación pero cuya finalidad, en un ejemplo más de los procesos de sustitución ya comentados, era la de servir como materia prima para la producción de aceites y aditivos para la industria alimentaria (palma, coco, cacahuets, azúcar...). El problema se agravó aún más cuando la industria consiguió desarrollar sustitutos sintéticos para estos mismos productos.

Para tener una panorámica completa del régimen agroalimentario es necesario detenerse también en la reestructuración del ámbito doméstico y reproductivo que acontece desde los años 50, y que es inseparable de la reestructuración de la producción de alimentos analizada (Mintz, 1985). Pese a que podríamos interrogar la relación entre ambas esferas en términos de causas y consecuencias, preferimos entender que la transformación de ambos ámbitos se interrelacionó de tal modo que posibilitó la emergencia de ese régimen alimentario. Esto es, lo que nos interesa visibilizar es la profunda interdependencia de los cambios en la esfera productiva y reproductiva del proceso alimentario.

Las transformaciones acontecidas en lo reproductivo (como la incorporación de las mujeres al trabajo asalariado fuera del hogar) han de entenderse como uno de los fac-

15 *La importancia del régimen alimentario internacional recae en la profundización y ampliación de las relaciones capitalistas en la economía mundial, al separar a la mayor parte de la población del acceso directo a los alimentos e incorporarla a los mercados alimentarios.*

tores básicos que posibilitaron la constitución de este nuevo régimen agroalimentario, especialmente al crear un mercado para el capital industrial relacionado con los procesos de sustitución ya comentados. La extensión del consumo de alimentos procesados y precocinados o de la adquisición de los alimentos en grandes superficies, forman parte de un contexto de reestructuración del ámbito doméstico y de intensificación de ritmos de trabajo, con el consiguiente aumento de las comidas realizadas fuera del hogar y la disminución del tiempo dedicado a la cocina. Estos cambios son inseparables de la reestructuración de los modos de producción durante el fordismo, así como de los procesos a través de los cuales sociedades formadas principalmente por productores agrarios, pasaron a estar dominadas por consumidores de alimentos.

De igual modo, el desarrollo y la difusión de todo un complejo de tecnologías domésticas (congeladores, neveras, microondas, batidoras eléctricas, ollas a presión...) fueron imprescindibles para dar salida a los productos de la industria alimentaria que, a su vez, se vio favorecida por el avance en las técnicas de preservación de alimentos (aditivos, conservantes, estabilizantes, enlatados...). La incorporación de estos nuevos electrodomésticos transformó la cotidianidad de la población occidental y sus hábitos alimentarios de una forma que no debe menospreciarse.

Es preciso señalar de nuevo, para finalizar, la modificación de la composición de la demanda alimentaria que se produjo durante estos años, con un alto incremento del consumo de productos de origen animal (carne, huevos, leche...), así como de alimentos procesados. Los principales componentes del tipo de dieta que empezó a dominar en las sociedades occidentales tras la Segunda Guerra Mundial fueron las grasas y los azúcares, complementados con almidones, espesantes, proteínas y aromatizantes (Friedmann, 2005). Este hecho lo discutiremos con mayor profundidad al hablar de las problemáticas sanitarias asociadas a la alimentación industrial.

1.2. Liberalización de la agricultura (años 70 en adelante)

Si bien en la literatura especializada se señala esta fecha como el comienzo de un nuevo régimen alimentario, este punto de inflexión está más relacionado con el fin del modelo anterior que con la institucionalización de uno nuevo. Durante casi veinte años, el sistema agroalimentario internacional se caracterizó por una profunda inestabilidad que se reflejó en sus continuas reconfiguraciones. Conectándolo con las teorías de Polanyi, Friedmann (2005) mantiene que la sucesión de esos regímenes y sus respectivas crisis reflejan lo que el autor denominaba el *doble movimiento*: la «autorregulación» y la protección estatal para contener los peligros derivados del libre mercado.

Esta inestabilidad se corresponde con el periodo general de reestructuración del capitalismo que da comienzo en los 70 y que supondrá el abandono del modelo fordista-keynesiano. Teniendo en cuenta que el régimen alimentario de la posguerra se basaba en el orden monetario internacional de dólar, el colapso de Bretton Woods sacudió también los cimientos del mismo. Por otro lado, al ser absolutamente dependiente de esta fuente de energía, la crisis del petróleo del 73 hizo también mella en el ámbito agroalimentario, que se enfrentaba por entonces a su propia crisis.

Esa crisis vino motivada por un giro radical en la organización mundial de la producción y distribución de granos, que acabó con el monopolio estadounidense del sector y con los programas de ayuda alimentaria tal y como habían sido enfocados hasta entonces. En 1973 y 1974 la URSS pactó con EE.UU. una compra masiva de grano a cambio de petróleo que hizo disparar los precios del trigo. Puesto que el régimen agroalimentario de la posguerra había separado a millones de personas del campo y, por tanto, de la provisión directa de comida, en aquellos países dependientes de la importación de trigo estadounidense, este aumento de los precios dificultó el acceso de la población a los alimentos básicos. En palabras de Friedmann:

A torrent of grains and soybeans flowing from the Free World to the Soviet bloc ended an era of surplus stocks that had begun in 1947. As in the oil crisis of the same years, prices tripled, and even though surpluses quickly returned in response to the high prices, they changed from a source of power to a liability (2005:7)¹⁶.

Poco después, Europa, tras veinte años de aplicación de medidas proteccionistas y de tecnologías intensivas, se erigió como competidora directa de Estados Unidos en las exportaciones de trigo, provocando en los años 80 una importante crisis agraria¹⁷. Así, en sólo diez años, el centro del debate se desplazó del pánico a una escasez global de alimentos, hacia la amenaza de colapso agrícola como consecuencia de las guerras comerciales por las exportaciones.

Esta crisis agraria fue una consecuencia lógica de los procesos de reestructuración de la economía alimentaria global que se habían sucedido en los últimos años (Goodman y Redclift, 1989), y puede ser considerada como la expresión de las contradicciones de las políticas agrarias proteccionistas y expansionistas que dominaron durante el régimen anterior. Estas medidas funcionaron mientras EE.UU. mantuvo la hegemonía de las exportaciones, pero en el momento en el que comenzó esa voraz competencia con otros países, se creó una inestabilidad económica que al transmitirse a las economías nacionales, provocó el colapso de las explotaciones agrarias (bancarrotas, caída de los ingresos agrícolas, bajos rendimientos del capital, dificultades para pagar las deudas acumuladas por los agricultores para la compra de tecnología industrial, etc.).

El Tercer Mundo fue, según Friedmann (2005), el gran ausente en este nuevo régimen alimentario. Pero, aunque entendemos el sentido de esta afirmación, nos parece que en esta línea es más correcta la tesis de Goodman y Redclift (1989) sobre la imposibilidad de sostener que la crisis de los 80 afectó sólo a los países del Norte. Hay una conexión marcada entre las políticas proteccionistas del Norte con las crisis alimentarias

16 *Los granos exportados al bloque soviético pusieron fin a la era de sobreproducción que había comenzado en 1947. Aunque la triplicación de los precios, a la que condujo, ajustó el nivel de sobreproducción, ésta pasó de ser una fuente de poder a convertirse en un lastre.*

17 Aunque para aquel entonces, con la entrada en el mercado de otros países exportadores como Brasil, el papel de Estados Unidos en este comercio mundial había perdido la fuerza que alcanzó en los años anteriores.

que sufrirán los países del Tercer Mundo. Además, esta «guerra por la exportación» se desarrolló en paralelo al desmoronamiento de los precios de las materias primas exportadas por estos países, como resultado de su sustitución por insumos industriales (principalmente en el caso del azúcar y los aceites). A pesar de la bajada de precios, las condiciones impuestas por los Planes de Ajuste Estructural reforzaron la política de exportaciones para poder afrontar los pagos de sus deudas externas, que habían alcanzado niveles asombrosos. Para ello se emplearon dos fórmulas: el incremento de las exportaciones tradicionales (café, azúcar, cacao...), y la introducción de nuevos productos como frutas y verduras exóticas (o fuera de temporada en los países enriquecidos), pescados y mariscos, flores, y ganado para las industrias de hamburguesas.

También en estos años, empezaron a emerger las dificultades de reproducción de este régimen alimentario derivadas de su insostenibilidad ambiental. No sólo por la dependencia de los combustibles fósiles, sino también por la paralización de la productividad agraria debido a los procesos de degradación de los suelos, de contaminación de las aguas, o de pérdida de eficacia de los fertilizantes y fitosanitarios químicos. Por ejemplo, la escarda química limpia las hierbas que compiten con el cultivo, pero también reduce la colonia de bacterias de las raíces de las leguminosas que ayudan a fijar el nitrógeno al suelo, imponiendo el uso de abonos nitrogenados. Por su parte, los plaguicidas eliminan también a los insectos beneficiosos rompiendo el equilibrio ecosistémico y haciendo que se multipliquen variedades cada vez más resistentes a los mismos, lo que desemboca en un incremento del uso de estos productos. Los productos químicos se fijan además en el agua, el aire y la tierra, contribuyendo al aumento de la contaminación ambiental. Por ello afirmaba Naredo que:

El empleo de recursos no renovables para reponer la fertilidad del suelo, para contrarrestar la acción de los insectos y malas hierbas, al deteriorar la acción de los mecanismos que aseguraban tradicionalmente la fertilidad y el control de las plagas, al degradar, en general, los ecosistemas que sirven de base a la actividad agraria, hipoteca seriamente el futuro abastecimiento alimenticio de la humanidad (1996:321).

La degradación de los suelos debido a los procesos de erosión, salinización, pérdida de nutrientes o contaminación, supone una disminución de la capacidad fértil de la tierra, problema que trata de solventarse mediante el empleo de más abonos químicos, que a su vez revertirán en una mayor pérdida de fertilidad. Este ciclo de destrucción, como sostiene el autor, pone en jaque las posibilidades futuras de producción de alimentos.

El modelo agrario capitalista está íntimamente ligado a la crisis ecológica que enfrentamos¹⁸, no sólo por cómo se ve afectado por ella, sino también por cómo afecta a la

18 La crisis ecológica no sólo hipoteca el sistema agrícola, sino que altera las condiciones de reproducción de todo el sistema de producción capitalista. La crisis económica que vivimos desde 2008 no puede comprenderse sin comprender los factores ecológicos que toman parte en ella. De igual forma, no pueden plantearse salidas a la misma sin tener en cuenta estas constricciones. Pero, aunque volveremos sobre este tema de forma superficial en algunos puntos del trabajo, en esta tesis no vamos a ahondar sobre estas cuestiones. Si se quiere profundizar en este punto puede consultarse a Riechmann (2014a).

misma. Sólo como ejemplo, se estima que el 40% de las emisiones de dióxido de carbono provienen de este modelo de producción. Por esta razón Allen (1998) mantiene que la agricultura industrial destruye las condiciones ambientales de producción de las que depende.

En esa época, además, gracias a publicaciones como la famosa *Primavera Silenciosa* de Carson, aumentó la conciencia de las consecuencias sanitarias de la exposición y la ingesta de todo el arsenal químico del que dependía la producción de alimentos. Como veremos, a partir de estas problemáticas se abre también la puerta a la institucionalización de prácticas agrícolas que hasta el momento habían permanecido en los márgenes, entre las que destaca precisamente la agricultura ecológica.

En el panorama de crisis que hemos descrito, se hizo necesario establecer unas nuevas reglas de juego para la reproducción de la agroindustria. Y si hubo un hito básico en esa nueva reconfiguración de la economía política alimentaria fue la inclusión de la agricultura en los acuerdos del GATT (que en este proceso se convertirá en la OMC), con la culminación en 1996, tras una década de negociaciones, de la Ronda de Uruguay. Según Weis (2007) el acuerdo del GATT en materia agrícola supuso un antes y un después en el desarrollo de la economía alimentaria global, en tanto que restringió la soberanía de los gobiernos para establecer sus propias políticas agrarias. Pero, pese a la relevancia de la inclusión de la agricultura dentro de los acuerdos de libre mercado, no se puede afirmar que ésta fuera la primera vez que ciertos países vieron condicionadas sus políticas agrarias a las decisiones de instituciones internacionales o terceros gobiernos.

Hasta entonces, durante las rondas que se desarrollaron desde el establecimiento del GATT en el 47, los subsidios agrícolas habían mantenido un trato especial con respecto a otras mercancías. De esta forma se pudo desarrollar el aparato de políticas proteccionistas estadounidenses y europeas visto en la sección anterior. Pero a finales de los 80, Estados Unidos, que había sido el principal defensor del tratamiento singular de la agricultura en los acuerdos de libre comercio, cambió su postura proteccionista por una a favor de la liberalización del sector. Este viraje respondía a la constante necesidad de apertura de mercados internacionales, y a las dificultades que estaba encontrando para sostener el sistema de subsidios agrícolas, sumado al riesgo de eliminarlos unilateralmente en ese clima de competitividad descrito. También en este momento eran crecientes las presiones de las grandes empresas transnacionales, especialmente las vinculadas al ámbito biotecnológico, a favor de la apertura del comercio agrícola¹⁹.

Las medidas que se establecieron tras la Ronda de Uruguay iban destinadas, en la línea general de la OMC, a reducir las «barreras innecesarias» para el comercio y las prácticas comerciales discriminatorias de los gobiernos, evitando así las «dis-

19 Aunque, según Friedmann (2005) en esta época los intereses de estas corporaciones iban más allá del comercio en sí, incluyendo entre sus principales preocupaciones asuntos como las leyes sobre la propiedad intelectual (la posibilidad de patentar los seres vivos resultantes de la modificación genética).

torsiones del mercado» (Swinbank y Tanner, 1996). Esto es, una restricción a los subsidios, a los controles de las importaciones y a las regulaciones domésticas de los precios. Al final de la Ronda, tanto Estados Unidos como Europa reformularon sus políticas agrícolas con vistas a disminuir el volumen de producción y lograr una estabilidad en los precios del mercado mundial. Una de las vías mediante las que se consiguió este objetivo fueron los acuerdos con agricultores para que abandonaran o limitaran su producción a cambio de la concesión de subsidios²⁰. Sin embargo, en lo que al control de las importaciones se refiere, los cambios no fueron tan drásticos, manteniendo ambos bloques una actitud proteccionista hacia sus agriculturas. Por esta razón, muchos gobiernos del Sur han denunciado la falsedad e injusticia de estos acuerdos (Patel, 2008).

La desregulación de la agricultura y el dominio del capital agrícola transnacional se convertirán en dos de los rasgos más importantes de este régimen, que Goodman (1997) caracteriza como globalización agrícola²¹. Siguiendo a Le Heron (1993), los procesos a los que se elude al hablar de globalización de la agricultura serían el carácter cada vez más internacional de las fuerzas y organizaciones que entran en juego en el sector, y la organización de sistemas de producción agraria integrados a nivel transnacional. En cualquier caso, no hemos de olvidar que, ya en el periodo anteriormente descrito, los sistemas alimentarios habían sido sometidos a un proceso de internacionalización como resultado de la mayor integración de los mercados internacionales, de las tecnologías compartidas y de la homogeneización de los patrones de consumo (Goodman y Redclift, 1989).

En este periodo las grandes empresas alimentarias y los grandes distribuidores se convirtieron en los protagonistas del universo agroalimentario. Tal y como analiza Sevilla Guzmán (1979), la evolución de la agricultura dentro del desarrollo del capitalismo supone una creciente interrelación con otros sectores económicos, de forma que ésta pierde su carácter relativamente autónomo para estar cada vez más dominada por las fuerzas productivas y los intereses del resto de sectores.

Nos encontramos por tanto con una nueva configuración de las relaciones de poder en este espacio. En ella el sector agrario deja de ser el principal componente del sistema agroalimentario en lo que respecta a su peso específico en la cadena de valor, dando paso a un sistema en el que la importancia económica y el poder de

20 Una de las mayores críticas a la PAC recae en el sistema de concesión de subvenciones y la dependencia que éstas han generado. La explicación del paisaje productivo de muchos países es más fácil encontrarla hoy en estas ayudas económicas que en las necesidades alimentarias de las poblaciones.

21 Hemos de ser prudentes con el uso del término globalización. Por un lado, como señala Goodman (1997) el papel de los Estados sigue siendo esencial para determinar el rumbo de la agroindustria y el futuro de la alimentación. Por otro, las formas de producción agrícola siguen siendo múltiples. De hecho, aún hoy la agricultura campesina tiene un papel esencial en la alimentación de más de la mitad de la población. Sería por tanto un error entender por globalización la homogeneización de las prácticas productivas agrícolas. El nivel de la cadena alimentaria donde más ha afectado la transnacionalización ha sido el de la distribución.

decisión recaen cada vez más en la gran distribución (Sanz Cañada, 1997). De esta manera, surgen nuevas formas de dominación del campo, disminuyendo la capacidad de negociación de precios de los agricultores, que quedan aprisionados entre las industrias agrarias que les suministran los bienes esenciales para producir, y las encargadas de comprar, vender y transformar sus productos.

La expansión de la gran distribución ha de conectarse también con esa reestructuración de los ritmos de vida cotidianos a la que hemos referencia. En un mundo donde el tiempo se vuelve uno de los bienes más preciados, estos espacios se han apoyado en la flexibilidad horaria y en la «comodidad» que para los consumidores supone encontrarlo todo en la misma superficie. Es llamativo cómo, en relativamente pocos años, se ha naturalizado esta forma de hacer la compra, siendo, como veremos, uno de los hábitos más complicados de modificar a la hora de introducirse en los grupos de consumo.

Las nuevas relaciones que se establecen entre el capital industrial y financiero dentro del proceso general de financiarización y desregulación de la economía fueron esenciales para el desarrollo de estos nuevos complejos agroindustriales (Marsden y Whatmore, 1994). Se hace así evidente, una vez más, la imposibilidad de desligar la alimentación de los procesos políticos y económicos amplios en los que se inserta. En cualquier caso, señalar el creciente poder de las empresas transnacionales²² en el juego, no debe conducirnos al error de minusvalorar el papel que las políticas públicas han tenido y tienen en el ámbito agroalimentario, empezando por el de posibilitar la entrada y la consolidación de este tipo de agentes privados en el mismo. Fue de hecho el Estado, como ya hemos visto, el que creó las condiciones para que se pudieran dar estos procesos de capitalización de la agricultura mediante programas de crédito para la venta de maquinaria, subvenciones para combustibles, reformas agrarias en contra de la propiedad comunal de la tierra, racionalización del proceso agrícola, investigación en desarrollo tecnológico, políticas de control de los precios, etc. (Goodman et al 1987)²³.

Muestra de cómo el capital financiero penetra cada vez más en los procesos de producción agraria son los mercados de futuro de los alimentos, desregulados desde 1999, en los que se fijan los precios de los productos básicos por agentes que nada tienen que ver con la producción alimentaria (como, por ejemplo, los bancos). Este tipo de mercados, que comenzaron con una función estabilizadora en base a una negociación de campesinos y empresarios sobre los precios de las cosechas venideras, se han convertido en espacios de especulación, provocando importantes desajustes entre los precios y los niveles reales de producción

22 El mercado agroalimentario se caracteriza por su concentración. Son muy pocas las multinacionales que acaparan cada tramo de la alimentación. Por poner un ejemplo, en el estado español, sólo 7 empresas controlan el 75% de la distribución alimentaria (Vivas, 2014).

23 Esto pone en evidencia el error de considerar al mercado y al Estado como dos agentes antagónicos. Como nos recuerda Polanyi (1989), el liberalismo económico ha sido siempre establecido y mantenido a través de un despliegue de continuos intervencionismos estatales. (Neo)Liberalismo y *laissez faire* no son términos equivalentes.

agrícola. De esta forma se generan lo que podríamos llamar «burbujas alimentarias», como la que se produjo entre 2005 y 2008 cuando los precios de los productos básicos aumentaron más de un 80%. Desde el estallido de la burbuja tecnológica de los 2000, y más recientemente con el estallido de la burbuja inmobiliaria en 2007, el número de especuladores en estos mercados ha crecido de forma exponencial²⁴. Frente a los 13.000 millones de dólares invertidos en este mercado en 2003, en 2008 la cuantía ascendía a más de 300.000 millones (Kaufmann, 2011).

Además de la importancia de las nuevas técnicas de información, procesado y transporte que facilitan el comercio a larga escala de los productos alimentarios, en las innovaciones tecnológicas de este régimen destaca la aplicación de la biotecnología a los alimentos, mediante la creación de las semillas transgénicas a partir de las cuales se obtienen los alimentos modificados genéticamente. Estos alimentos se caracterizan por portar en sus cadenas de ADN genes de otros organismos que se insertan en los laboratorios con dos finalidades principales: la tolerancia a herbicidas (en el 90% de los casos) y la resistencia a determinados insectos.

La capacidad técnica para modificar las características biológicas de las variedades comerciales abrió un nuevo terreno de acumulación de capital, creando nuevas posibilidades de desarrollo del mercado agroalimentario (Goodman y Redclift, 1991). Entre las estrategias que la industria ha seguido para aprovechar estas oportunidades emergentes se pueden destacar dos:

- Adquisición de empresas de semillas por parte de empresas químicas y farmacéuticas. Con esta fusión empiezan a introducirse los «*inputs packets*», consistentes en la venta conjunta del pesticida y de la semilla de la planta modificada genéticamente para resistir al mismo²⁵.
- Política de patentes: extensión de la propiedad intelectual a las semillas y plantas generadas en estos laboratorios. En su máxima expresión, esta dinámica empresarial está conduciendo a intentos de patentar plantas y cultivos tradicionales que forman parte de los recursos locales de muchas comunidades, en una operación que autores como Shiva (2001), califican directamente de «biopiratería».

Hoy, a semejanza de lo que ocurrió en los albores del sistema capitalista mundial, las empresas transnacionales de la farmacéutica, la biotecnología y la ingeniería

24 Más de un tercio de los beneficios netos de Goldman Sachs en 2009 provenían de sus inversiones en estos mercados. Otras conocidas instituciones financieras que han participado en estos mercados de futuro, a través de sus índices de productos básicos, han sido Lehman Brothers, Barclays o Deutsche Bank (Kaufman, 2011).

25 Quizás el ejemplo más conocido sea el Round Up y las semillas de soja Round Up Ready creadas por Monsanto.

genética procuran transformar a los indios en recursos. Pero no de trabajo, sino en recursos genéticos, en instrumentos de acceso no ya al oro y a la plata sino, a través del conocimiento tradicional, a la flora y a la fauna bajo la forma de biodiversidad (de Sousa Santos, 2005:149).

El desarrollo de la industria biotecnológica en agricultura ha sido protagonizado por unas pocas empresas transnacionales, que han sabido introducirse en el ámbito universitario a través de programas de becas, favoreciendo así que las investigaciones en este ámbito estuvieran orientadas hacia el mercado. Pese a ello, esta tecnología se ha defendido tradicionalmente como mecanismo para mejorar la productividad en el Tercer Mundo o para solucionar hambrunas²⁶. Este tipo de argumento, sin embargo, abstrae la biotecnología de las estructuras de poder nacionales e internacionales que determinan sus aplicaciones, perpetuando así la ficción de que los impactos tecnológicos pueden evaluarse de forma ajena a cuestiones de clase, estructura social y distribución de los ingresos y la riqueza (Goodman y Redclift, 1991).

Los problemas de los cultivos transgénicos no pueden separarse de las relaciones sociales específicas en las que se desarrollan. Si bien cuestiones como la contaminación de otras cosechas por parte de estas semillas, o los posibles problemas de salud derivados de la ingesta de estos alimentos o de la exposición a los pesticidas complementarios a los mismos, pueden considerarse independientes de la forma social concreta en la que se desarrollen estos sistemas productivos, muchos de los problemas asociados a los transgénicos provienen de la estructura de poder que generan. La dependencia de los campesinos a las empresas y a los créditos bancarios para poder desarrollar sus cultivos, o el acaparamiento, por parte de un número muy reducido de empresas, de las semillas y de su supuesta propiedad intelectual, son algunas de las cuestiones más polémicas que rodean a esta tecnología alimentaria²⁷.

Otra de las nuevas estrategias de acumulación de capital por parte de la industria dentro del terreno agrícola, que está tomando un papel central en los últimos años, son los agrocombustibles. Según datos de Reeves (2007) sólo entre 2004 y 2007 la inversión de capital empresarial en este terreno aumentó un 700%. Esta «fiebre del oro verde» es inseparable de la crisis energética a la que se enfrentan nuestras sociedades, en particular del pico del petróleo. Tanto Estados Unidos como Europa han desarrollado planes para reducir a largo plazo la dependencia de las importaciones de petróleo a través del uso de estos biocombustibles. Pero, pese a que esta fuente de energía se promueve como energía «limpia», el desastre ecológico que suponen estas plantaciones se hace cada vez más evidente²⁸.

26 Resulta hasta simpático que se siga sosteniendo que los transgénicos van a terminar con el hambre en el mundo cuando los cuatro cultivos principales (soja, maíz, colza y algodón) no son empleados en la alimentación humana, sino en la fabricación de piensos y biocombustibles.

27 La apuesta actual de la biotecnología alimentaria es la nanotecnología. Para un análisis en profundidad de la misma se puede consultar el monográfico «La biología sintética: desafíos éticos, políticos y socioeconómicos» en el volumen 131 de la revista Viento Sur.

28 Véase Holt Gimenez y Shattuk (2009).

La producción de biocombustibles abre por un lado un nuevo mercado para la sobreproducción de cereal, a la vez que, por otro, incrementa el valor de estos productos. El aumento de los precios de los alimentos básicos que se dio entre 2007 y 2008, guarda de hecho estrecha relación con este mercado. Por otro lado, la geografía de los agrocombustibles se expresa en grandes extensiones de terreno que pasan a cultivarse con palma, canola, soja o maíz, destinados no al consumo humano, sino a la fabricación de etanol o biodiesel. De forma gráfica, las tierras se emplean para alimentar máquinas y no personas. Para los países del Sur, principales productores de estas materias primas, esto supone otro obstáculo para alcanzar una soberanía alimentaria.

A nivel de consumo, hay dos cambios especialmente relevantes para nuestro objeto de estudio que se producen en esta época: la progresiva sustitución de la homogeneidad alimentaria por una creciente diferenciación de la oferta, y el aumento de la demanda de productos frescos²⁹.

El auge del mercado de fresco se tradujo en la recomposición de las agriculturas nacionales. En el caso español, por ejemplo, el desarrollo de los sistemas de regadío y de las huertas del levante fue parte de una estrategia que buscaba aprovechar las oportunidades que en ese momento se abrieron para la exportación de frutas y verduras al mercado internacional (Etxezarreta y Viladomiu, 1989).

Teniendo como objetivos la estandarización de los productos y la minimización de las fluctuaciones de temporada, la industria de la producción de fresco se ha caracterizado por una selección genética orientada a facilitar los requisitos de las cadenas alimentarias (selección de variedades con mayor resistencia para exportar, más fácilmente transportables...), por la diversificación de las fuentes geográficas de aprovisionamiento, y por las operaciones de larga escala (particularmente la distribución transnacional). La expansión de este sistema globalizado de distribución de verduras y frutas fue posibilitada por la mejora de las cadenas de frío y por el desarrollo de técnicas de maduración en refrigeración mediante gases³⁰ (Friedland, 1994).

En líneas generales, el mercado de fresco se caracterizó por la supresión de las particularidades espacio-temporales. Como consecuencia de este proceso, a mediados de los 80 se empieza a naturalizar el consumo de las mismas variedades hortícolas durante todo el año y el consumo habitual de variedades exóticas (por ejemplo, las frutas tropicales).

La fuerza que toma en estos años la sanitización de la alimentación, es otra de las piezas necesarias para entender la expansión de este mercado. Aquí sería importante atender al establecimiento del concepto de seguridad alimentaria por parte de

29 Quizás este incremento situado en el tiempo del consumo de productos frescos nos puede llevar a cuestionar la defensa de la alimentación tradicional como una alimentación basada en frutas y verduras.

30 Tomemos el caso de los limones. Estos normalmente se refrigeran entre 3 y 6 meses antes de su venta. Se recogen verdes y se tratan con óxido etileno para que se vuelvan amarillos y se introducen en soluciones de carbonato sódico y otros fungicidas. Finalmente se les da una capa de cera para que luzcan brillantes (Lupton, 1996)

la FAO (en su vertiente de calidad), así como al desarrollo de todas las normativas relacionadas con la misma, y a la preocupación por la incidencia cada vez más alta de toda una serie de enfermedades ligadas a los hábitos alimentarios: cardiovasculares, obesidad, diabetes o cáncer. Dada la importancia que a nuestro entender tiene esta cuestión como uno de los factores de posibilidad de la emergencia de la alimentación ecológica, dedicaremos el próximo capítulo a analizarlo en detalle.

En segundo lugar hemos de mencionar, como dijimos, la progresiva diferenciación y personalización de la dieta que acontece con respecto al periodo anterior, mediante el desarrollo de gamas específicas para cada uno de los productos³¹. Tal y como analiza Roseberry (1996) en relación a la expansión del mercado de los cafés gourmets, podríamos afirmar que ésta se convierte en la época de la variedad y la elección alimentaria. Coincidiendo con lo que Harvey (1998) denomina el régimen de acumulación flexible del capitalismo, las estrategias de las empresas alimentarias se dirigen cada vez más a la identificación de nichos de mercado específicos y a la diversificación de la producción en relación a dichos segmentos. Los nuevos métodos de fraccionamiento de los alimentos dirigidos a aislar los componentes de los productos naturales, que promovieron la industria química y farmacéutica, fueron esenciales para el desarrollo de estos mercados, en tanto que muchos de estos productos «personalizados» se basan en la inclusión de determinados atributos industriales. Mediante estas técnicas, aunque la forma física del alimento permanezca inalterada, la industria puede jugar con su composición, eligiendo entre todo un repertorio de materias primas que le permite por un lado reducir costos y, por otro, darle un valor añadido al producto final. Estas estrategias de diversificación de la oferta son comprensibles dentro de un marco en el que la inelasticidad de la demanda y la «saturación» de este mercado, obligaba a abrir nuevas vías de creación de valor para poder mantener una dinámica de acumulación y crecimiento dentro de las lógicas de la economía capitalista.

Será interesante para esta tesis tener en cuenta, además, la interrelación entre estas nuevas formas de producción y marketing (no podemos dejar de lado el papel que la publicidad juega a este respecto), con las nuevas pautas de consumo basadas en la creación de identidades y estilos de vida específicos a partir de la adquisición de determinados bienes. Aspecto éste que ya adelantaba Mintz en su obra *Dulzura y Poder*, afirmando que «*en el mundo occidental nos convertimos cada vez más en lo que comemos, cuando fuerzas sobre las que no tenemos control nos convencen de que nuestro consumo y nuestra identidad van de la mano*» (1985:267).

Como decimos, éste es uno de los temas que serán discutidos a lo largo de este trabajo dado que forma parte de las características del objeto de estudio al que aquí nos acercamos. Y es que, dentro de los nuevos mercados que más peso toman en esta línea se encuentran el de productos saludables y el de locales/tradicionales, ambos con una estrecha relación con los alimentos ecológicos (Marsden y Whatmore, 1994).

31 Quizás uno de los ejemplos más evidentes a este respecto lo encontramos en el mercado de lácteos. En cualquier supermercado hoy día podemos encontrar innumerables variedades de leche (entera, semidesnatada, desnatada, sin lactosa, con calcio, con omega 3, de soja, de almendras, con vitaminas, con hierro, de avena, de almendras, de arroz, fresca...).

Como analizaremos más adelante, creemos que la expansión de este mercado ha de situarse en estas estrategias de valorización promovidas por la industria alimentaria desde los años 90. Por el momento, podemos afirmar que no es de extrañar que ante el proceso de industrialización alimentaria que se ha descrito, la naturalidad de los productos se haya convertido en un reclamo por el que muchos consumidores están dispuestos a pagar un precio más alto.

El protagonismo que la salud y la «naturalidad» empiezan a tomar en el terreno alimentario viene de la mano de lo que será uno de los temas fundamentales rodeando a la cuestión agraria desde finales de siglo: la sostenibilidad de la producción y de los patrones de consumo. En un contexto en el que muchas de las contradicciones asociadas a los regímenes alimentarios estudiados empiezan a afluir en términos de erosión y salinización de suelos, aumento de la resistencia de las plagas, contaminación y enfermedades asociadas a los tóxicos empleados en el proceso de producción y a los componentes de los piensos animales, la pregunta por métodos alternativos de producir y consumir alimentos empieza a ocupar un espacio central no sólo para los movimientos tradicionalmente críticos con el sistema (agroalimentario) capitalista, sino para las instituciones encargadas de mantenerlo.

CAPÍTULO 2

LA CONSTITUCIÓN DE LA ALIMENTACIÓN COMO PROBLEMA SOCIAL

La industrialización del sistema agroalimentario se desarrolló en paralelo a la instauración de formas de gestión política de la alimentación propias del régimen de gubernamentalidad que se constituye con la modernidad. En él, la problematización de la alimentación ha pasado por tres cuestiones principales: la producción, ligada a los problemas de escasez y de hambre, en el marco del establecimiento de una economía liberal y de la constitución de un mercado mundial de alimentos; los racionamientos necesarios para mantener cuerpos productivos en ciertos espacios/momentos sociales (prisiones, campos de trabajo, guerras...); y, finalmente, la relación entre alimentación y salud (el problema de las enfermedades), en el marco general de las políticas sanitarias y de higiene social. En este capítulo vamos a adentrarnos en estos tres ámbitos haciendo énfasis en las tecnologías de poder que operan en ellos.

En este recorrido veremos cómo las formas en las que la alimentación se ha formulado como problema se insertan en las lógicas de medicalización de lo social propias del biopoder descrito por Foucault (1980). El uso de este concepto en este trabajo se justifica en la medida que nos permite conectar las formas específicas en las que la alimentación se plantea como asunto político, con las lógicas más amplias de racionalización e intervención sobre los fenómenos vitales a las que alude el término. Es en este sentido y para esta realidad para la que vamos a emplear esta noción, y no con un afán totalizador que trate de englobar en ella la complejidad de los fenómenos sociales, políticos y económicos que operan en nuestras sociedades.

2.1. Biopolítica

Foucault (2004) denomina biopoder a un régimen de gubernamentalidad que se configura entre los siglos XVIII y XIX, apoyándose en la articulación de dos tecnologías de poder. Por un lado, una anatomopolítica de los cuerpos (ligada a las técnicas disciplinarias), y por otro, una biopolítica de las poblaciones (ligada a las técnicas de seguridad). Según Foucault, lo distintivo del biopoder es que en él la vida

se constituye como objetivo político, a través de la puesta en marcha de estrategias de racionalización de los procesos propios del ser humano en tanto especie biológica (reproducción, muerte, natalidad, enfermedad y, por supuesto, alimentación)¹.

Esta aproximación se inserta dentro de la perspectiva antisustancialista de Foucault a la hora de analizar el poder. En una línea similar a la de Elias (1982), para él, el poder no debe entenderse como sustancia sino como «*un conjunto de mecanismos y procedimientos cuyo papel o función y tema, aun cuando no lo logren, consisten precisamente en asegurar el poder*» (2004:14). Por ello, en sus diferentes obras, se concentra en un análisis de las diversas tecnologías de poder en relación a momentos históricos específicos. Dentro de esos dispositivos de poder distinguirá el legal o jurídico, propio de la soberanía, el disciplinario y el de seguridad. Con esto no plantea una sucesión lineal, donde la aparición de uno nuevo barra al anterior. Lo que interesa al autor es la complejidad de las articulaciones entre los diferentes dispositivos en momentos históricos y sociedades concretas.

En la gestión del fenómeno alimentario las tecnologías de poder que adquieren mayor relevancia son las disciplinarias y las de seguridad. De forma muy breve, las primeras se caracterizarían por una intención de modelar las conductas para producir determinados tipos de sujeto, prohibiendo lo «malo» y obligando a lo correcto. La disciplina actúa sobre el individuo mediante mecanismos de vigilancia y corrección, que a través de su trabajo sobre el cuerpo, reformarán las «almas» de los sujetos para hacerlos dóciles y productivos. Las segundas, por su parte, se centran más que en la prohibición, en controlar y gestionar las conductas, al margen de consideraciones morales. La seguridad «deja hacer», dado que entiende que actúa sobre procesos «naturales», necesarios e inevitables. No hay aquí una división binaria entre lo prohibido y lo prescrito como en el caso anterior, sino una fijación de los «límites de lo aceptable». Es por ello que la libertad es un elemento esencial de estos dispositivos. De lo que se trata es de limitar o regular una realidad física para que se mantenga en niveles óptimos.

Por otro lado, mientras la soberanía actúa sobre el territorio y la disciplina sobre el cuerpo, las tecnologías de seguridad lo hacen sobre dos conceptos fundamentales que se van a articular a partir de este momento: la población y el medio.

La población, como personaje político que surge en el siglo XVIII, no hace referencia a un conjunto de sujetos de derecho, sino a un conjunto de procesos que hay que manejar en sus aspectos naturales y a partir de ellos (Foucault, 2004). El desarrollo de saberes como la estadística y su descubrimiento de las regularidades en los fenómenos de población, fue fundamental para la institución de esta tecnología de poder. Y al igual que no se habla de pueblo, sino de población, no se habla de territorio sino de medio.

1 Vázquez (2009) señala que existen dos usos del término biopolítica. En un sentido amplio se asimila al término biopoder que hemos descrito, en un sentido restringido se asociaría a esos mecanismos de seguridad propios de la gestión de los procesos vitales de las poblaciones. El uso que vamos a dar al término biopolítica se hará en su sentido amplio, especificando si nos referimos a sus mecanismos disciplinarios o de regulación de las poblaciones.

Ambos conceptos comparten la consideración del espacio de gobierno en términos de su naturalidad. No se actúa sobre una realidad cualificada, sino sobre una física.

La fuerza del análisis de las tecnologías de poder, se encuentra, según lo entendemos, en su puesta en relación con los procesos históricos que se sucedían en estos momentos. La necesidad de ese tipo de administración de los cuerpos se gesta en el marco del capitalismo y del auge del liberalismo económico (Foucault, 2009). De hecho, la naturalización de los fenómenos sociales propia de la biopolítica, puede entenderse en paralelo a la comprensión de la economía liberal como ley natural. Es desde estas coordenadas económicas desde donde toma sentido la puesta en marcha de estos dispositivos de poder. Es decir, el «descubrimiento» de la persona como realidad biológica y las problemáticas que se plantean a ese nivel, son inseparables de la constitución de la economía política y de los problemas específicos que se generan en este régimen socio-económico (como la salubridad de las ciudades, la gestión del hambre, el estímulo o la contención de la reproducción....). Esta biopolítica busca tanto una inserción controlada de los cuerpos en el aparato productivo, como el ajuste de los fenómenos de población a los procesos económicos.

Entrando en materia de alimentación y en cómo ésta se concibe y gestiona desde este tipo de gubernamentalidad, podemos tomar el ejemplo que el mismo Foucault (2004) emplea para mostrar la mutación en las técnicas de poder que marca el surgimiento de los dispositivos de seguridad: el establecimiento del principio de la libre circulación de los granos. Lo que muestra el autor a partir de este caso, es que en cierto momento la escasez deja de entenderse como un flagelo para pasar a presentarse como realidad natural. En esta transición el hambre, considerado como un factor necesario para poder mantener el principio de libre circulación de los alimentos, deja de concebirse como un fenómeno a eliminar.

Durante los siglos XVII y XVIII los gobiernos trataban de prevenir la escasez en base a una serie de estrategias jurídicas y disciplinarias (restricciones a los precios, al acopio, a la exportación y al cultivo y obligación de venta y de cultivo). El mercantilismo se apoyaba en un sistema anti-escasez que intentaba que los granos se vendieran al precio más bajo posible, que los campesinos tuvieran la menor ganancia posible, y que los habitantes de las ciudades pudieran alimentarse de la forma más barata posible, para así poder mantener los salarios en el nivel más bajo posible (Foucault, 2004). Este sistema, que fracasaba continuamente en sus objetivos, fue sustituido por el principio de libre circulación del grano que proponían los fisiócratas, considerado como una estrategia de seguridad contra la escasez más eficiente. Desde esta óptica, sin embargo, la escasez deja de entenderse como realidad a evitar para considerarse como un fenómeno natural. De lo que se trata desde aquí no es de influir sobre la escasez sino sobre la realidad del grano:

La unidad de análisis ya no será a la sazón el mercado con sus efectos de escasez y carestía, sino el grano, con todo lo que puede sucederle y en cierto modo le sucederá naturalmente, en función de un mecanismo y de leyes que serán alteradas tanto por la calidad del terreno, el cuidado puesto en el cultivo, las condiciones climáticas, como por la abundancia o la escasez, el envío al mercado, etc. (ibíd.:48).

Se intervendrá entonces en ese elemento de la realidad que es la oscilación abundancia/escasez, tratando de limitarlo pero nunca de impedirlo, mediante un dispositivo de seguridad consistente en favorecer el alza en los precios del grano, despejando al mercado de los obstáculos que prevalecían hasta entonces (libertad de exportación, de acopio, suprimir límites a los precios...). En este nuevo modelo, aunque la escasez, como dijimos, desaparezca como flagelo, no lo hace como fenómeno:

Se va a permitir la creación y desarrollo de ese fenómeno de carestía y penuria en tal o cual mercado (...), ese fenómeno va a provocar justamente su auto-moderación y su autorregulación. De ese modo ya no habrá escasez en general, con la condición de que para toda una serie de gente, en toda una serie de mercados, haya cierta escasez, cierta carestía, cierta dificultad para comprar trigo y por consiguiente cierta hambre; después de todo bien puede ser que algunos se mueran de hambre (...). La escasez como flagelo desaparece, pero la penuria que hace morir a los individuos no sólo no desaparece sino que no debe desaparecer (ibíd.:53-54).

Este ejemplo de Foucault nos interesa especialmente porque nos permite conectar la constitución de un determinado sistema agroalimentario en el marco del capitalismo, con las formas en las que van a ser administrados los fenómenos alimentarios a partir de entonces, comenzando por la cuestión del hambre.

2.2. El fenómeno del hambre

Si bien la realidad de las sociedades en las que toma importancia el movimiento de la alimentación ecológica se suelen caracterizar por el giro hacia la calidad y no la cantidad² como preocupación alimentaria, las formas en las que la alimentación ha sido introducida como fenómeno de población han pasado en primer lugar por el problema de la escasez. Las preocupaciones posteriores, enmarcadas en la calidad, son deudoras de las formas específicas de comprensión y actuación sobre los cuerpos, la salud y la vida que se articulan a partir de esta época, y de las técnicas de saber/poder desarrolladas para gestionar estas realidades. Es decir, ambas problemáticas, la cantidad y la calidad alimentaria, están atravesadas por la lógica biopolítica; aunque cada una de ellas presentará una serie de especificidades ligadas a los desarrollos históricos de esta tecnología de poder.

Para profundizar en esta cuestión es de gran ayuda el estudio de Mike Davis (2006) en torno a las hambrunas de finales del siglo XIX vinculadas las sequías producidas por el fenómeno de El Niño. Esta obra nos permite acceder al planteamiento que se hará del fenómeno del hambre global desde la implantación de ese primer régimen alimentario industrializado, que da comienzo en 1870 con la consolidación del mercado mundial de alimentos en el contexto colonial.

Entre 1876 y primeros del siglo XX, coincidiendo con la época dorada del capitalismo liberal, hubo al menos 30 millones de muertos por hambre y enfermedades

2 Realidad que parece volver a estar cambiando con la crisis sistémica que vivimos.

derivadas de la malnutrición. Estas hambrunas, como explica Davis, no pueden comprenderse sin atender a tres aspectos que vinieron de la mano de la industrialización alimentaria:

- Las políticas de libre comercio: aumento de precios de los cereales, exportación de la producción hacia las metrópolis, y empobrecimiento general de los campesinos por la incorporación forzosa de los minifundios a los circuitos productivos y financieros controlados desde el extranjero.
- Las transformaciones de las relaciones sociales fruto de la expansión del régimen colonial: desmantelamiento de las formas tradicionales de propiedad comunal de la tierra y de la producción orientada hacia la subsistencia.
- Los cambios en las relaciones con el entorno: deforestación como consecuencia del aumento de la superficie dedicada a la explotación agraria para la exportación.

Pese a ello, en toda la obra se comprueba la proliferación de explicaciones del hambre en términos naturalistas, relacionándola exclusivamente con la inestabilidad climática que generaban los fenómenos de El Niño y La Niña (sequías e inundaciones). El objetivo era, según el autor, demostrar que la inestabilidad económica global no se debía al fracaso de las instituciones capitalistas, sino que tenía un origen astronómico. El mercado era así presentado como un fenómeno físico, relacionando los ciclos económicos con los ciclos atmosféricos. Se promulgaba que el hambre dependía de otros fenómenos naturales como el clima, y que se ajustaría por sí solo en el momento en el que el mercado, siguiendo su ciclo natural, encontrase un nuevo equilibrio.

Amparándose en esta máxima del libre comercio, las intervenciones de los gobiernos para revertir la situación fueron mínimas. Por ejemplo, Lytton, líder del gobierno central de la India durante la hambruna de 1876-78, emitió órdenes estrictas de no interferir para disminuir el precio de los alimentos. Para justificar esta posición se basaba en la afirmación de Adam Smith de que el hambre aparecía como consecuencia de la violencia que los gobiernos ejercían en el mercado cuando intervenían para remediar «*lo inconveniente de la escasez*». De esta forma, el mercado se concebía como el único medio efectivo para luchar contra el hambre. De hecho, nos recuerda Davis que durante esta época, «*los comerciantes de cereales prefirieron exportar una cantidad récord de 6,4 millones de toneladas de trigo a Europa en 1877-78, en vez de aliviar el hambre de la India*» (2006:46).

Pero el autor demuestra a lo largo de su investigación cómo, pese al dogma liberal de la omnipotencia de los mercados, «*las grandes hambrunas victorianas crearon y aceleraron las mismas fuerzas socioeconómicas que aseguraban que las hambrunas ocurriesen en primer lugar*» (ibíd.:28). Esto es, que en primer lugar, el origen real de las hambrunas fue el libre comercio global de los cereales que hizo que los déficits en las cosechas, producto de las conmociones climáticas, se tradujeran en un impacto sobre los precios a nivel mundial. Y en segundo, que la expansión colonial y la consolidación de este régimen agroalimentario, bailó al ritmo de las sequías y las hambrunas. En medio de éstas los comerciantes de granos seguían generando beneficios, las cosechas seguían exportándose a Inglaterra (entre 1875 y 1890, coincidiendo con la peor ham-

bruna de la India, las exportaciones anuales de cereales aumentaron de 3 a 10 millones de toneladas), y el gobierno colonial seguía aumentando sus ingresos a través de los impuestos sobre la tierra. Parte del capital que llegaba a Inglaterra, completamente dependiente del crédito comercial que generaba en Asia, era invertido en el desarrollo de las grandes infraestructuras de transporte en EE.UU., Argentina, Canadá e India, asegurando así la consolidación de ese mercado internacional del grano. La inversión en infraestructuras de salud pública o que aseguraran una cierta estabilidad alimentaria en las colonias, fue por el contrario, prácticamente nula. Por otro lado, muchos de los pequeños campesinos que perdieron sus tierras se desplazaron a otras regiones para realizar trabajos en condiciones de semiesclavitud para el gobierno colonial, lo cual era uno de los beneficios directos que la no intervención sobre la realidad del hambre tenía para el gobierno inglés. Esto nos devuelve a esa reflexión de Foucault acerca de cómo el mantenimiento de cierto nivel de escasez se vuelve necesario en la lógica de los dispositivos de seguridad.

En este punto es interesante introducir algunas de las reflexiones en torno a la biopolítica que realiza Mendiola (2009) al hablar, precisamente, de la producción de alimentos. Este autor sostiene que la aproximación a esta realidad pone en evidencia cómo el hacer vivir propio de este régimen, es indisociable de la apertura a un «hacer-dejar-morir».

Para Foucault (1980), la soberanía se regía por la fórmula «hacer morir y dejar vivir», frente a la biopolítica que se sintetiza en el contrario: «hacer vivir y dejar morir». Como ya hemos dicho, en este régimen la vida se vuelve el terreno de actuación y la razón de ser de la política, al mismo tiempo que el poder «abandona la muerte». Mendiola (2009) remarca que esto no implica que la biopolítica sea ajena a la producción de muerte que caracterizaba al modelo soberano. Para él, el dejar morir no remitiría tanto al abandono de los sujetos a su suerte como a dispositivos que hacen que se les deje morir, de ahí el término «hacer-dejar-morir». Así, *«el hacer-dejar-morir es un hacer morir que no opera necesariamente a través de la muerte directa en la que barruntar el brillo asesino cuanto por la destrucción paulatina (también ella normativizada) de los cimientos que mantenían con vida a la vida»* (ibíd.:48). La biopolítica encerraría, de esta forma, una tensión entre la producción de vida y la producción de muerte. Los espacios de la *tanato-política*, tal y como acabamos de comprobar, suelen ser los márgenes sociales y geográficos; espacios que en la búsqueda de recursos naturales, productos comercializables y mano de obra, se ven reestructurados de tal forma que se dificulta en ellos el desarrollo de la vida misma.

Las consecuencias a nivel ecológico y social de la nueva configuración del sistema agroalimentario capitalista en el marco de las relaciones coloniales que se imponían a nivel global, tuvieron una incidencia esencial en las astronómicas cifras de muertos por hambre y malnutrición en lo que después se conocerá como el Tercer Mundo, a la vez que ayudaron a consolidar la posición hegemónica de las principales metrópolis.

El elemento nuevo que queremos enfatizar, con respecto a lo analizado en el capítulo anterior en torno al sistema agroalimentario capitalista, es la forma en la que el hambre es problematizado y gestionado en este contexto: como realidad natural

explicable por factores físicos (nivel de población, fenómenos climáticos...), que otra realidad natural era la única encargada de solucionar (el mercado). El hambre, en este movimiento, se desgaja de las relaciones sociales de las que es producto.

El otro escenario en el que la problemática del hambre toma protagonismo en el siglo XIX, fue el proletariado naciente de los países industrializados. En «*La gran transformación*», Polanyi describe las condiciones de miseria a las que se vieron abocadas miles de personas en el contexto de la industrialización y la institución de un mercado auto-regulador. En Inglaterra, la liberalización agrícola que comenzó con el movimiento de los *enclosures*, repercutió también en la degradación de las condiciones de existencia de los campesinos, que emigraron como mano de obra para la industria urbana emergente. En una primera etapa se impidió la formación de un mercado libre de trabajo mediante las subvenciones que concedía el sistema Speenhamland pero, a la larga, se comprobó que este sistema repercutía de forma aún más negativa en las clases trabajadoras. Durante esta época el problema de la pobreza y su gestión por parte del gobierno, fue formulado por Bentham de la siguiente manera:

La pobreza es la naturaleza que sobrevive en la sociedad, su sanción física es el hambre. En la medida en que la fuerza de la sanción física es suficiente, la utilización de una sanción política resultaría superflua. Lo único que se necesita es un tratamiento científico y económico de los pobres (citado en Polanyi, 1989:196).

Al igual que veíamos en el ejemplo anterior, se confía en las leyes naturales del mercado para enmendar la situación de miseria.

En estas declaraciones de Bentham se entrevé otro de los elementos que Foucault entiende como clave de esta nueva razón gubernamental: la racionalización del ejercicio del poder, entendida como un cálculo de costes, beneficios, probabilidades y riesgos, referido a los fenómenos de población tal cual se dan naturalmente, gracias al conocimiento que aportan, entre otras ciencias, la estadística. El desarrollo de una «ciencia política» (frente al «arte de gobernar») orientada hacia el gobierno de las «poblaciones» es, tal y como estamos viendo en estos ejemplos, inseparable de esa economía liberal, que funciona de forma autónoma al resto de campos de lo social.

Gracias al desarrollo de la ciencia del gobierno la economía pudo centrarse en determinado nivel de la realidad que hoy caracterizaríamos como económico, y en virtud de ese mismo desarrollo se pudo recortar el problema específico de la población. Pero podríamos decir igualmente que gracias a la percepción de los problemas específicos de la población y el discernimiento de ese nivel de realidad que recibe el nombre de economía, el problema del gobierno pudo por fin pensarse, medirse y calcularse fuera de marco jurídico de la soberanía (Foucault, 2004:111).

Con la abolición del sistema Speenhamland y el establecimiento de la nueva ley de pobres de 1834 se condicionó la ayuda social al ingreso en las *workhouses* (esa suerte de internados para pobres en los que se realizaban trabajos para el Estado

a cambio de la provisión del mínimo para la supervivencia). Este tipo de instituciones tuvieron una importancia fundamental para el caso que aquí nos ocupa, ya que los problemas de su administración fueron clave para el desarrollo de toda una serie de saberes sobre el cuerpo y la salud que marcaron un cambio en las relaciones con el alimento.

El desarrollo de la biopolítica fue de la mano del desarrollo de determinados tipos de conocimiento sobre la población, que fueron tanto condición de posibilidad como consecuencia de la implementación de esta tecnología de poder. En palabras de Foucault,

A partir de la constitución de la población como correlato de técnicas de poder pudo constatare la apertura de toda una serie de dominios de objetos para saberes posibles. Y a cambio, como esos saberes recortaban sin cesar nuevos objetos, la población pudo constituirse como correlato privilegiado de los mecanismos modernos de poder (ibíd.:92).

Como nos recuerda Coveney (1999), fue precisamente de ese requerimiento de saberes para el control de la población y sus movimientos, del que emergió una visión científica y racional de la alimentación. Ésta se concretará en el nacimiento de la ciencia nutricional, vinculada en sus orígenes a la necesidad de racionalización de las dietas en espacios como las *workhouses*, las prisiones o, posteriormente, los campos de trabajo coloniales.

Los problemas que planteaba la alimentación en este contexto podrían formularse de la siguiente forma: ¿cuál es el mínimo que necesitan ingerir los pobres para poder seguir siendo productivos y que suponga el mínimo desembolso al Estado?, ¿cómo podemos cuantificar el hambre?, ¿en qué medida la alimentación puede relacionarse con el desarrollo de enfermedades que suponen un mayor costo para el gobierno?, ¿cuál es el estado nutricional óptimo en función de la edad, el sexo o el trabajo desarrollado? Cullather (2007), en su revisión sobre la historia de la caloría, también apunta en esta dirección, asegurando que el propósito de esta unidad de medida fue hacer legibles para el Estado los hábitos alimenticios y el estado nutricional de la población, para intervenir en consecuencia.

Para poder declarar el hambre como problema social se requería unas medidas precisas que permitieran valorarlo científicamente. Pero, recordemos, no es una pulsión moral o humanitaria la que pone en marcha estos mecanismos, sino un afán de gestión racional de la población (entendida como especie), con vistas a garantizar el buen funcionamiento del sistema económico y productivo.

La alimentación desde este momento se analizará como una realidad natural ligada a las funciones fisiológicas de los cuerpos, y como clave para mantener a los organismos en un estado de salud óptimo, que les permitiera desarrollar sus funciones productivas sin contraer enfermedades que supusieran costos elevados para la administración.

2.3. Medicalización de la alimentación y derecho a la salud

Un hito fundamental para el desarrollo de la nutrición fueron las investigaciones sobre el metabolismo humano llevadas a cabo por Atwater a finales del siglo XIX. Este científico, basándose en las leyes de la termodinámica, asimiló la comida a la

«gasolina» que el cuerpo-máquina necesitaba para funcionar, y mediante su «calorímetro de respiración» consiguió medir las unidades de energía (calorías) que proveían los diferentes tipos de alimentos. Así quedó establecido el análisis del alimento en términos energéticos. Posteriormente, a partir de estos descubrimientos, diseñó una serie de dietas diferenciadas según el tipo de trabajo que cada persona realizaba, encaminadas a conseguir una suerte de «economía alimentaria», en la que la eficiencia y la limitación del gasto se convirtieron en los ideales que debía perseguir el régimen alimentario. Se consiguió así establecer los requisitos de la dieta mínima y los parámetros de la dieta óptima, satisfaciendo esa necesidad de racionalización de las dietas a la que nos hemos referido.

Estos parámetros se vieron progresivamente enriquecidos con la identificación de los nutrientes que el cuerpo humano necesita para funcionar correctamente (grasas, proteínas, minerales, vitaminas, carbohidratos y agua), y su necesaria proporción en el organismo.

Desde estas primeras experimentaciones, el conocimiento científico en torno a la comida y al cuerpo creció de forma exponencial, permitiendo la comparación de las dietas entre clases sociales y naciones, y la creación de diferentes categorías de población según sus necesidades nutricionales (mujeres, niños, embarazadas, ancianos...). A partir del siglo XX la dieta de todos los miembros de la población se vio problematizada en función de estos términos (Lupton, 1996).

En esta época, el hambre se convirtió en una preocupación importante para los gobiernos europeos, al mismo tiempo que empezaron a reconocerse como derechos fundamentales el acceso a la salud y a la alimentación. La malnutrición, concebida como la antesala de la infección, necesitaba ser erradicada para conseguir un estado de salud óptimo para la población. Según Barona, *«la dimensión económica y política del hambre, la malnutrición, la dieta equilibrada, la cocina saludable, las calorías o los nutrientes, hicieron de la alimentación un factor de estabilidad social y política, de salud pública y de modernización social»* (2014:28). Dimensión política porque el hambre era un factor de inestabilidad social, la extensión de una dieta nutritiva estimulaba la producción agrícola, y la proliferación de enfermedades derivadas de la mala alimentación tenía como consecuencia una menor productividad y un mayor gasto en atención.

La búsqueda de una dieta equilibrada tomó mucha relevancia durante el periodo de entreguerras, momento en el cual en la mayor parte de los países occidentales se superaron los problemas de escasez. Fue en este contexto en el que, por primera vez, la Sociedad de Naciones planteó un programa global para la erradicación del hambre y la malnutrición con vistas a mejorar la salud general de la población. El conocimiento científico desarrollado por médicos y nutricionistas en torno a las enfermedades carenciales y a los parámetros de necesidades alimentarias fue el fundamento de la formulación del concepto de dieta saludable, así como el referente para las políticas agrarias y la producción industrial de alimentos. Para la investigación y difusión de estos estándares de la dieta sana, así como para evaluar el estado nutricional de las poblaciones, fueron imprescindibles, en diferentes momentos, las actuaciones de organizaciones internacionales como la FAO, la

OMS, la OIT, La Organización de Higiene de la Sociedad de Naciones, el Instituto Internacional de Agricultura o la International Health Board (perteneciente a la Fundación Rockefeller).

Fue entonces cuando la alimentación se construyó como problema social tal y como lo conocemos en nuestros días, en estrecha conexión con el desarrollo de la producción intensiva de alimentos (ese segundo régimen alimentario al que nos referimos), con el enfoque biopolítico de la gestión de poblaciones, con la racionalización de los procesos vitales, con el auge del conocimiento médico y experto, y con el particular significado que la salud adquiere en este contexto.

La dieta óptima debía sustentarse sobre bases fisiológicas según los coeficientes calóricos y las tablas de valores de los productos alimenticios en calorías, nutrientes, vitaminas y minerales. Los requisitos de la dieta mínima se definieron con precisión para poder aplicar ese conocimiento en tiempos de guerra y escasez, y para la organización de la ayuda alimentaria. A su vez, el establecimiento de estándares fisiológicos establecía los límites entre normalidad y patología, las formas clínicas de las carencias alimentarias y la malnutrición (Barona, 2014:63).

Esto es, la alimentación en general y el hambre en particular, comienzan desde este momento un proceso de medicalización en sentido amplio, al ser problematizadas, definidas y abordadas en términos clínicos (como, por ejemplo, la comprensión médica del hambre como epidemia). Al mismo tiempo, la nutrición se insertó en el espacio necesario para armonizar el desarrollo económico y la salud pública, volviéndose en este sentido un saber/poder de vital importancia para los gobiernos. Hablamos por tanto de una nueva economía política de la alimentación en la que la nutrición se convirtió en un factor clave en la política económica internacional y en las políticas sanitarias.

Sin negar la objetividad de las enfermedades relacionadas con las pautas alimentarias, la preocupación por la dieta sana y lo que por ella se entiende no puede explicarse sin tener en cuenta factores de orden sociocultural, entre ellos las nociones de salud que se vehiculan en estos discursos. Como nos recuerda Fassin (1996) las definiciones de la salud no tienen un carácter neutral, sino que se relacionan con determinados objetivos y lógicas institucionales. Y el espacio político de la salud que se abrió con esta transición en las técnicas de gobierno, hizo de ella una categoría normativa y un campo de intervención específico que puso en evidencia, con la instauración del campo de la salud pública, las nuevas relaciones de poder que se articulaban en torno al cuerpo.

El desarrollo de esta especialidad no puede entenderse sin el auge que el movimiento higienista experimentó durante el siglo XIX. Este movimiento se sirvió del conocimiento estadístico para legitimarse científicamente y para implantarse en el centro de las acciones gubernamentales. Aunque, en un primer momento, el higienismo se centraba en la gestión de las epidemias y enfermedades infecciosas, pronto jugó también un papel importante en la regulación del trabajo y en otros espacios cotidianos, constituyéndose paulatinamente en un área de intervención médico/política más amplia.

Fassin (1996) sostiene que en el movimiento de ampliación de la salud pública (hasta abarcar la totalidad de la población y de los comportamientos humanos) estaba en juego una nueva definición de la salud y una nueva función de la medicina que conducirán hacia la medicalización de la sociedad y la politización de la salud. Retomando el análisis de Castel, el autor muestra cómo, a partir de entonces, los sujetos empezaron a formar parte de diferentes categorías, producto de combinatorias de factores de riesgo (niños, ancianos, fumadoras, embarazadas...), al mismo tiempo que el valor otorgado a la prevención de riesgos hizo que el campo de intervención de la medicina se extendiera por todos los dominios de la realidad social. La enfermedad se racionalizó y «naturalizó», excluyendo de su interpretación y manejo cualquier factor ajeno a los procesos fisiológicos, y la salud se convirtió en un valor con el que problematizar los comportamientos cotidianos de los sujetos.

Sobre esta «medicalización de la vida» que vuelve patológicos fenómenos que hasta entonces se encontraban fuera del campo de intervención médica, ha reflexionado extensamente Ivan Illich. Para él, la expansión del monopolio médico sobre la asistencia a la salud coarta la libertad de las personas respecto a sus cuerpos y niega el derecho de cada uno a enfrentar el dolor, la enfermedad y la muerte, privándonos de los referentes culturales necesarios para afrontar el sufrimiento. La concepción de la salud que se impuso con este proceso es técnica (como el correcto funcionamiento del cuerpo-máquina), clínica (definida en términos médicos), abstracta y biológica (se limita a la entidad orgánica). Asimismo es una noción de salud que, al colonizar cada vez más espacios vitales, se convierte en una meta distante y difícil de alcanzar, lo que nos vuelve más vulnerables al control médico y al consumo de productos farmacéuticos. La salud como horizonte imposible al que uno tiene derecho en virtud de la justicia social, como derecho que se concreta en demandas de acceso equitativo a las facilidades médicas³. Esta reivindicación del derecho a la salud, así como del derecho a la alimentación saludable, clave en nuestro objeto de estudio, nos lleva, una vez más, a la reflexión de Foucault en torno a cómo en nuestra sociedad los derechos de los sujetos se asientan en sus procesos vitales, al mismo tiempo que *«las fuerzas que resisten se apoyan en lo mismo que aquel (el poder) invade: en la vida del hombre en tanto que ser viviente»* (1980: 175).

Y llegamos aquí al núcleo de la biopolítica. Si tenemos en cuenta que los fenómenos concernientes a la reproducción social han estado presentes como preocupación política en todo momento, lo específico de esta tecnología de poder no es que tome la vida como objeto, sino la concepción de la vida con la que trabaja. Tal y como plantea Agamben (1998), lo característico de esta tecnología de poder es su ejercicio no sobre la vida entendida como vida buena (*bíos*), sino sobre la dimensión biológica del ser

3 Frente a esto opone una concepción de salud que *«designa el grado de autonomía dentro del cual una persona ejerce control sobre sus propios estados biológicos y sobre las condiciones de su ambiente inmediato»* (Illich, 2006:731), y, por tanto, inseparable de la libertad. Para él gozar de buena salud no significa sólo gozar de éxito sino también disfrutar de él y ser capaz de sentirse vivo en el gozo y el dolor, tal y como estos se formulan socialmente en cada época histórica.

humano (*zoé*), de tal forma que los sujetos políticos dejan de ser definidos jurídicamente para pasar a ser definidos en tanto seres vivos. Se trata por tanto de una vida des-cualificada, propia de seres humanos como organismos vivientes, convertida en un objeto técnico de intervención política.

Resulta llamativo que precisamente fueran los campos de internamiento, espacios biopolíticos por excelencia tal y como señaló este autor, uno de los más importantes laboratorios para la investigación clínica sobre la malnutrición y la inanición (Barona, 2014). Asimismo, es interesante el paralelismo existente entre la ciencia nutricional y el desarrollo de la agricultura química. De hecho, científicos como Liebig fueron pioneros en ambos ámbitos. Lo que comparten estas formas de conocimiento es esa comprensión biologicista de la vida, equiparada a procesos químicos susceptibles al control y la racionalización científica, así como cierta visión económica de la misma, con la continua búsqueda del aumento de la productividad y la eficiencia de los procesos biológicos⁴.

La noción de vida como entidad sustancial englobada en la categoría de «vida humana», sustituye, según Illich (2008), a la noción de persona. Esta noción de vida, que surge en el siglo XIX de la mano de la instauración de la ciencia de la biología, a la vez que potencia la expansión del control institucional sobre la misma, vacía de contenido a la noción legal de persona. En sus palabras, «una vida está sujeta a la administración, al mejoramiento y a la evaluación en términos de recursos disponibles, lo que es impensable cuando hablamos de una persona» (2008:612). Esta nueva concepción de la vida como realidad natural y manejable, como propiedad, valor, recurso y derecho, como objeto de gestión médica, profesional y administrativa, fue el correlato del nacimiento de la biopolítica poblacional.

Pero, como nos recuerda Mendiola (2009), la biopolítica contemporánea no tiene sólo como especificidad la producción de nuda vida sino el trabajo de indistinción entre ésta y la *bios*. Algo que se puede comprobar en cualquiera de los mensajes nutricionales actuales que promueven cierto tipo de alimentación como pilar de un estilo de vida saludable, presentado como fuente de la felicidad humana. Los discursos nutricionales se caracterizan por sus ausencias. No hay ninguna atención al placer, al sabor, a todas las relaciones y vínculos sociales que rodean a la producción y al consumo de los alimentos. La funcionalidad biológica aparece como el único factor relevante a la hora de alimentarse. Elegir la dieta en función del aporte nutritivo es considerado así la pauta de comportamiento racional y razonable, lo cual no podría comprenderse sin atender a la mirada que la nutrición arroja sobre los alimentos.

La ciencia nutricional se basa en un modelo de componentes, esto es, clasifica los alimentos en función de sus nutrientes específicos (vitaminas, minerales, hidratos...), con una concreción cada vez más compleja a medida que estos se han ido identificando y aislando con mayor exactitud. No se trata sólo, por ejemplo, de que un pro-

4 Tal y como se comprueba en el estudio de Carolyn Merchant (1980), en la nueva concepción de la naturaleza desacralizada que acompañó a la revolución científica y al paradigma mecanicista se gesta ya esta noción de vida.

ducto tenga tal cantidad de vitaminas, sino del grupo concreto al que pertenecen las mismas; al igual que distinguimos entre tipos de grasas («buenas» y «malas») o de carbohidratos (de absorción lenta o rápida). La evaluación de la salubridad de un alimento se basa en estos mismos constituyentes: alimentos sanos o «buenos», serían los que tienen un alto contenido en vitaminas o minerales; alimentos insanos o «malos», aquellos que destacan por las grasas saturadas. A partir de esta determinación se realizan las recomendaciones alimentarias que tratan de potenciar la ingesta de determinados nutrientes y la evitación de otros.

Autores como Scrinis (2013) califican este acercamiento a la alimentación como el «reduccionismo nutricionista», poniendo de relieve cómo la nutrición se caracteriza por el estudio descontextualizado de los procesos bioquímicos y de los efectos en los organismos de cada uno de los nutrientes tomados de forma aislada. Además, se trata de un saber con pretensión universal, válido en cualquier tiempo y sociedad, y para cualquier persona que pertenezca a las categorías que ella misma crea.

De esta mirada al alimento se derivan varias consecuencias. En primer lugar, la devaluación del conocimiento tradicional y el auge del conocimiento experto. No podía ser de otra forma en un modelo en el que los sentidos dejaron de ser los medios adecuados para conocer las cualidades de la comida, y en el que la única fuente fiable de información⁵ proviene de las determinaciones científicas llevadas a cabo en laboratorios, y plasmadas en las etiquetas de los productos.

Las principales figuras de transmisión de estas recomendaciones nutricionales no son sólo los médicos y nutricionistas, sino también las propias industrias agroalimentarias que, a través de sus institutos de investigación, avalan científicamente los reclamos publicitarios que hacen de sus productos (Scrinis, 2013). Este aspecto ha sido criticado por los posibles intereses comerciales en la promoción de determinados alimentos, así como por la clara colisión entre ciertas técnicas empleadas por estas industrias y lo que se entendería como un alimento sano (por ejemplo, el aspartamo, edulcorante estrella de los refrescos «lights», que se presentan como más saludables que los normales, tiene demostrados efectos cancerígenos).

Pero es que la determinación de la dieta óptima, concepto que por otra parte ha demostrado una gran mutabilidad, no depende únicamente del avance de la ciencia nutricional. Factores como la producción y las políticas agroalimentarias pueden ejercer una importante influencia en las recomendaciones nutricionales. Díaz y Gómez (2008) exponen en un artículo cómo, por ejemplo, las campañas publicitarias del Ministerio sobre los plátanos, el azúcar, el aceite de oliva o las sardinas, se explican mejor como estímulo del consumo de estos alimentos para dar salida a la producción nacional, que

5 Sin embargo es interesante constatar lo que Scrinis (2013) denomina el *mito de la precisión de la nutrición*. Las relaciones entre la comida y la salud son tan complejas que el alcance del conocimiento nutricional es siempre limitado. Sin embargo, y pese a que son continuos los cambios en las pautas recomendadas por los expertos, sigue manteniéndose la ilusión de que sus recomendaciones sobre la dieta se asientan sobre bases científicas incuestionables. Podemos leer una aproximación a esta mitología nutricional en el artículo de Yates-Doerr (2012).

como recomendaciones por su valor dietético o nutricional, a pesar de que muchas veces sus cualidades nutricionales vengan avaladas por la opinión de célebres expertos.

En segundo lugar, nos parece importante destacar la conexión que este modelo de los constituyentes tiene con el desarrollo de la industria agroalimentaria y los mecanismos de sustitución que hemos expuesto en el capítulo anterior. Por un lado, la visión reduccionista del alimento contribuye al desarrollo de la industria de los suplementos nutricionales, en tanto que presupone que los nutrientes pueden ser sintetizados y consumidos aisladamente sin que esto repercuta en los beneficios de su ingesta. Por otro, posibilita la explosión de los alimentos funcionales: aquellos que, gracias a una operación de ingeniería alimentaria, cuentan con determinados componentes añadidos que supuestamente generan una serie de beneficios en la salud del organismo (como, por ejemplo, una leche enriquecida con vitaminas). Por esta razón la preocupación por la salud y la dieta puede acelerar la eliminación de determinados aditivos químicos, pero al mismo tiempo seguir impulsando los alimentos procesados y sometidos a técnicas industriales. Para Scrinis (2013), el desarrollo de estos alimentos funcionales potencia el control y la concentración empresarial sobre el proceso alimentario.

Como nos recuerda Barona, la nutrición generó:

Un conocimiento científico que no fue capaz de provocar una respuesta política global ni cambiar la dinámica del mercado de alimentos pero que proporcionó los fundamentos científicos y técnicos para el desarrollo de una industria alimentaria potente impulsando además la producción farmacéutica de nutrientes y vitaminas (2014: 274).

Colocando el almacén de la cooperativa con uno de sus consumidores durante mi trabajo de campo, comenzamos a comentar el buen sabor que tenían los huevos. Él dijo que era una pena no poder probar cómo sabían fritos. Cuando le pregunté por qué, contestó que comerse un huevo frito era «*un pecado*». Al no saber si se refería a que al freírlo perdía alguna cualidad, le volví a preguntar por qué era un pecado, y su respuesta fue que los fritos eran muy malos para la salud. Más tarde, cuando nos tocó organizar el apartado de las algas, empezamos a comentar esta vez el mal sabor que tenían. El consumidor se quedó unos segundos pensativo y al final dijo que, en realidad, prefería comerse el huevo frito insano al alga sana.

Esta noción del «*buen comer*» como un «*comer sano*» ha ido extendiéndose por diferentes capas sociales hasta conseguir que se considere irracional comer algo «*insano*» simplemente porque esté bueno. La noción de salud que parece entrar en juego al plantear esta dieta sana se asemeja a la que Illich (2006) define como capital acumulado y empleado para producir un rendimiento llamado «*tiempo de salud*». Este capital se entiende que aumentará invirtiendo, entre otras cosas, en una buena alimentación.

En las próximas páginas examinaremos cómo ha llegado a incorporarse y a naturalizarse esta pauta de comportamiento alimentario, siguiendo la sugerencia de Fassin acerca de que:

Probablement faudrait-il encore faire appel aux analyses de Elias sur le rapport à soi et à son corps, sur les phénomènes d'interdépendance et d'autocontrôle, ce qu'on appe-

lle individualisation, pour comprendre la manière dont ces savoirs et ces valeurs de la santé publique ont pu aussi bien trouver leur place dans la culture contemporaine, conduisant les individus à transformer leurs pratiques en matière d'alimentation ou de sexualité, afin de se conformer aux nouvelles prescriptions et aux nouveaux interdits de l'hygiène moderne (1996 : 273)⁶.

El monstruo de la coca cola

En una de las cooperativas de consumo ecológico que he conocido en el trabajo de campo, la educación alimentaria constituía una de sus líneas principales de intervención social. Entre los programas encaminados a tal fin, organizaban para alumnado de colegios públicos (entre 8 y 12 años normalmente) visitas a su local los días de reparto. En ellas, varias colaboradoras y trabajadoras de la cooperativa hacían un recorrido a los estudiantes en el que les enseñaban las diferentes hortalizas y frutas, les comentaban sus propiedades y les explicaban resumidamente el funcionamiento de la cadena alimentaria. Durante estas charlas, planteadas en forma de juego, trataban de advertirles con múltiples tácticas de los peligros y daños de la alimentación industrial, ensalzando las ventajas sociales, económicas y sanitarias del consumo de productos ecológicos de temporada. Tras este primer momento, se dejaba que los niños ayudaran al resto de colaboradores con el pesado y procesado de los alimentos que se iban a vender ese día.

Estas visitas, de las que los estudiantes solían salir contentos, descargados e incluso con nuevas vocaciones de fruteros, concluían con un desayuno ecológico en el que podían probar todo tipo de productos hasta entonces extraños para ellos (como por ejemplo las algarrobas).

Un día, tras finalizar el desayuno, mientras los niños estaban aún de pie alrededor de la mesa, apareció corriendo desde la cocina uno de los trabajadores de la cooperativa gritando con voz malvada: «Viva la coca-cola, viva la coca-cola». A lo que las alumnas respondieron entusiasmadas «viva la coca-cola». Entonces el personaje malvado volvió a gritar: «Vivan las chuches». Y todos volvieron a corearle: «vivan las chuches».

Como no parecía haber conseguido el efecto deseado, les advirtió lo siguiente: «El que dice viva la coca cola y vivan las chuches, dice viva la obesidad y la diabetes. Así que, ¿qué preferís, este desayuno o la coca cola?»

6 Probablemente haría falta remitirse a los análisis de Elias sobre las relaciones con uno mismo y con su cuerpo, sobre los fenómenos de interdependencia y autocontrol-lo que llamamos individuación-, para comprender la forma en la que el saber y el valor de la salud pública pudo encontrar un lugar en la cultura contemporánea, conduciendo a los individuos a transformar sus prácticas alimentarias o sexuales para que encajaran en las nuevas prescripciones y prohibiciones de la higiene moderna.

Exceptuando alguna voz que dijo el desayuno, la respuesta más escuchada fue «*la coca-cola*».

El personaje, más serio esta vez, insistiendo en su objetivo, les dijo: «*pero ya os han explicado cuáles son los problemas de la coca-cola*». A lo que una niña respondió, sencillamente: «*sí, es mala pero rica*».

2.4. Educación alimentaria

Si retomamos el análisis foucaultiano, en la apertura del poder hacia la vida aparece una doble lógica que se retroalimenta: un régimen disciplinar para el cuerpo y una regulación biopolítica de las poblaciones. Estas dos tecnologías de poder, si bien se concretan en técnicas diferentes, no han de ser consideradas en términos excluyentes, dado que «*el corpus disciplinario es activado y fecundado en gran medida por el establecimiento de los mecanismos de seguridad*» (2004:19). La población aparece como objeto, en tanto blanco al que apuntan los mecanismos de seguridad, y como sujeto al que se le pide que se conduzca de determinada manera. Las diferentes autoridades tratan de modificar uno de los niveles interviniendo sobre el otro: actuar, por ejemplo, sobre la salud de la población inculcando hábitos de higiene a los individuos en sus hogares, o sobre los hábitos de los individuos reformando el espacio urbano y el medio en el que viven (Rose, 2007).

En el caso que nos ocupa, para hacer efectiva esa política nutricional de ordenamiento a nivel de población resultó imprescindible un trabajo de modelación de conductas que actuara a nivel del cuerpo de los individuos. Es decir, que para conseguir determinados objetivos de salud a nivel poblacional, se hizo necesaria la incorporación por parte de los individuos de determinados hábitos alimentarios.

Barona (2014) relata en su estudio cómo las campañas de difusión nutricional y de educación alimentaria fueron piezas clave en la búsqueda de esta transformación de los hábitos alimentarios, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial. Éstas fueron dirigidas principalmente a los niños, mediante programas escolares, y a las mujeres, para paliar «la ignorancia» que las conducía a alimentar incorrectamente a sus familias. A través de ellas, el mantenimiento y la promoción de la salud personal y familiar, en la frontera entre las preocupaciones políticas por el bienestar de la nación y las técnicas personales de cuidado de sí, se convirtieron en un valor central que las autoridades trataron de inculcar a los ciudadanos (Rose, 2007). Los responsables de esta difusión fueron tanto nutricionistas, médicos y personal sanitario, como maestros, trabajadores sociales y especialistas en economía doméstica, lo que pone en evidencia la capilaridad de estas tecnologías de poder.

Estas campañas buscaban actuar sobre dos factores: la disponibilidad alimentaria (una ingesta suficiente de calorías) y la composición de la dieta (difusión de hábitos alimentarios saludables). Vamos a detenernos en este segundo componente.

Hemos visto ya que en estos años la dieta general de la población en los países occidentales sufrió una importante transformación con el aumento de consumo de carne,

productos lácteos y alimentos industriales. Un cambio que vino acompañado de una reducción de las enfermedades carenciales y de un desplazamiento de los problemas derivados de la escasez a los derivados de la sobrealimentación y el sedentarismo. En este contexto, las enfermedades conectadas con la alimentación con mayor prevalencia entre la población comenzaron a ser las cardiovasculares, algunos tipos de cáncer, la diabetes o la obesidad (medicalizada y calificada como epidemia).

Las formas de gestión de estas enfermedades, más que a la intervención sobre los factores socioestructurales que explican el aumento de su incidencia, han ido encaminadas a la problematización de los «estilos de vida» de los sujetos (alimentación, ejercicio físico, gestión del estrés...), relacionando ciertos hábitos cotidianos con el riesgo de padecimiento de las mismas. Además, dado que este tipo de enfermedades se vinculan a una especie de continua ineficacia en la gestión de la dieta por parte de los individuos, su solución se presenta en términos de proporción de información y de una educación alimentaria encaminada a modificar pautas de comportamiento propias de estilos de vida poco saludables.

De esta proposición se desprenden varias consecuencias. En primer lugar, al relacionar los comportamientos alimentarios con factores de riesgo, esto es, al jugar continuamente con los posibles futuros para los cuerpos que pueden derivarse de la ingesta de determinados alimentos, se extiende la creencia de que todos estamos potencialmente enfermos pese al estado de salud presente (Rose, 2007; Coveney, 1999). Puesto que cualquiera puede entrar en alguna de las categorías que se relacionan con determinados tipos de enfermedad, nadie puede pretender escapar al imperio del riesgo (Fassin, 1996). Este pensamiento epidemiológico que asocia factores con patologías en términos de probabilidad, deriva así en esa medicalización de lo social que hemos visto con Illich, para quien *«la sociedad se ha convertido en una clínica y todos los ciudadanos se han hecho pacientes»* (2006:669). Para hacer frente a este riesgo potencial en el que se encuentra la población, se pondrán en marcha diversos sistemas de vigilancia, como es el caso de los controles médicos que mediante analíticas determinan si ciertos marcadores se encuentran en el rango adecuado y advierten de excesos o deficiencias de vitaminas o nutrientes.

Quizás uno de los casos más notorios de los últimos años sea el del colesterol. Un colesterol alto predispone al padecimiento de enfermedades cardiovasculares por lo que es necesario llevar una dieta y un estilo de vida adecuado para reducirlo. Nótese, como dice Rose (2007), que este tipo de indicador no es una patología en sí misma; lo que se está tratando aquí no es una enfermedad, sino un riesgo.

Esta lógica de la prevención conduce a que no sea necesario el padecimiento de determinadas patologías para problematizar el consumo alimentario en términos sanitarios. Esto es, podemos introducir en nuestra dieta suplementos vitamínicos *«por si acaso»*, dejar de comer ciertos alimentos porque podemos engordar, reducir el consumo de sal para no tener hipertensión en un futuro, etc. Lo que nos lleva de nuevo a Illich (2006) y a esa concepción de la salud como una suerte de capital en el que se ha de invertir cotidianamente con estas pautas de comportamiento.

En una línea similar, Rose (2007) habla del desplazamiento de la biopolítica de los polos salud-enfermedad a la preocupación por el mantenimiento y la optimización del cuerpo saludable. En su opinión, las tecnologías médicas no buscan ya curar las enfermedades una vez manifestadas, sino controlar y mejorar los procesos vitales del cuerpo, haciendo patente cómo la salud, como imperativo, valor y normativa, se ha vuelto un elemento clave en los regímenes éticos contemporáneos. Y ésta, en las últimas décadas, no pasa ya sólo por el tratamiento de la enfermedad, sino por la maximización de las potencialidades del cuerpo viviente. Casi cualquier capacidad del cuerpo o la mente humana se concibe hoy día como susceptible de mejora. Es aquí donde entran con fuerza los alimentos funcionales y los suplementos vitamínicos a los que nos hemos referido. Coincidiendo con Rose, Scrinis (2013) caracteriza la última era de la nutrición, que sitúa en torno a los años 90, por poner el foco no tanto en los efectos negativos de los nutrientes «malos», como ocurría en las décadas anteriores, sino en los atributos funcionales de determinados nutrientes para mejorar determinadas capacidades del organismo.

Rose liga este fenómeno con una conversión de la vida en una suerte de empresa estratégica en la que los individuos:

(...) are increasingly obligated to formulate life strategies, to seek to maximize their life chances, to take actions or refrain from actions in order to increase the quality of their lives (2007:107)⁷.

Lo que nos lleva directamente a la segunda consecuencia de las formas dominantes de plantear y gestionar las enfermedades alimentarias. El discurso que pivota en torno a la relación entre la enfermedad y el estilo de vida presupone la posibilidad de la persona para alterar voluntariamente sus hábitos alimentarios, en tanto que estos se presentan como fruto de sus propias decisiones. A este planteamiento subyace una determinada concepción del sujeto y de la acción en consonancia con las teorías del *homo oeconomicus* y de la elección racional. Esto es, un sujeto que actúa en base al cálculo, en un espacio abstraído de las condiciones sociales en las que se toman las decisiones y de los constreñimientos de la acción.

Derivada de esta noción aparece la que para muchos autores es la característica más llamativa de los mensajes nutricionales modernos: la responsabilización del individuo sobre su estado de salud (Coveney, 1999; Fassin 1996; Biltekoff, 2013; Scrinis, 2013). Aunque sean los médicos los que prescriben las pautas correctas de alimentación, corresponde al individuo (o a los padres en el caso de los menores) el control eficaz de la dieta.

En la actualidad, aunque el Estado mantiene la responsabilidad que adquirió en los siglos XVIII y XIX de asegurar a la población unas condiciones de salud óptimas,

7 Se les obliga cada vez más a formular estrategias vitales, a maximizar sus oportunidades vitales, a «actuar» o «abstenerse de», con vistas a incrementar su calidad de vida.

delega a los individuos toda otra serie de responsabilidades sobre enfermedades y accidentes, de tal forma que:

We have seen an intensification and generalization of the health-promotion strategies developed in the twentieth century, coupled with the rise of a private health insurance industry, enhancing the obligations that individuals and families have for monitoring and managing their own health. Every citizen must now become an active partner in the drive for health, accepting the responsibility for securing their own well-being (Rose, 2007:63)⁸.

Fassin (1996) remarca la existencia de un vínculo directo entre el giro de la salud pública hacia la educación del individuo en hábitos de higiene y este énfasis en la responsabilidad personal. Para él, éste constituye el último estadio del desarrollo de esta disciplina: la prevención individual. La concepción que domina hoy día a este respecto en las políticas públicas, es que la mejora de la salud colectiva ha de pasar necesariamente por el trabajo a nivel de individuos, corrigiendo sus conocimientos, sus actitudes y sus prácticas. Pero, una vez más, lo novedoso no es el hecho de que se hagan recomendaciones personales para prevenir ciertas enfermedades, sino, como afirma el autor, ese conglomerado de cálculos estadísticos, determinación de riesgos para la población y biologización del sujeto en el que se inserta.

La salud pública existe hoy como cultura, como un conjunto de normas, saberes y valores concernientes a la gestión del cuerpo, más o menos compartidos por toda la población (Fassin, 1996). Esto no quiere decir, en ningún caso, que todos los sujetos se amolden estrictamente a las normas pautadas por los médicos y nutricionistas. El patrón dietético se explica por los alimentos accesibles, por componentes sociales y culturales (tradición, clase social...), por actitudes emocionales (comer aquello «*que nos gusta*») y por los diferentes valores simbólicos otorgados a los alimentos (Barona, 2014). Además, como veremos a lo largo de la tesis, las elecciones alimentarias se hacen siempre en el marco de lógicas prácticas, mucho más complejas que la valoración de los alimentos en términos nutricionales y sanitarios, o la búsqueda de la correspondencia con un modelo abstracto de dieta equilibrada⁹. Pero esto no impide, sin embargo, que una buena parte de la población problematice sus hábitos alimentarios en términos sanitarios. No podríamos entender si no por qué es tan común que mucha gente declare «*sentirse mal*» después de haber ingerido ciertos alimentos, o que trate de compensar pautas «*insanas*» con «*actividades saludables*».

8 *La intensificación y generalización de las estrategias de promoción de la salud desarrolladas en el siglo XIX, unidas al aumento de la industria de los seguros sanitarios privados, realzan las obligaciones que los individuos y las familias tienen a la hora de controlar y gestionar su propio estado de salud. Cada ciudadano debe ahora convertirse en un parte activa en la búsqueda de la salud, aceptando la responsabilidad de asegurar su propio bienestar.*

9 El hecho de que las prácticas alimentarias no respondan a la libre elección de los sujetos toma un cariz especial en el caso de aquellas personas que tienen constreñimientos objetivos (como el poder adquisitivo) para poder establecer ciertas pautas alimentarias, pero que siguen siendo interpeladas por ese discurso que les responsabiliza por no poder alcanzar esos estándares.

2.5. Biopolítica alimentaria y modelos de subjetivación

Desde la perspectiva de Foucault el sujeto no existe a priori de las relaciones de poder sino que se constituye en las mismas. Es decir, el poder no sólo comporta una prohibición o represión, sino también una producción: el poder crea sujetos. Por ello, toda tecnología de poder viene ligada a la construcción de un determinado tipo de subjetividad.

Como acabamos de ver, en la biopolítica alimentaria contemporánea aparecen problemáticas que atañen directamente a esta cuestión, como la construcción de sujetos responsables. Pero el planteamiento de la responsabilidad personal trasciende el ámbito sanitario y alimentario; es un rasgo inseparable de la racionalidad neoliberal que enfatiza en todos los ámbitos sociales esa responsabilidad del individuo para gestionar sus asuntos y asegurar su futuro (Rose, 2007). Para Laval y Dardot (2013) constituye, de hecho, la esencia de lo que llaman el «neosujeto»:

Dado que el sujeto es plenamente consciente y dueño de sus elecciones, también es plenamente responsable de lo que le ocurre: a la «irresponsabilidad» de un mundo que se ha vuelto ingobernable debido a su propio carácter global, le corresponde en contrapartida, la infinita responsabilidad del individuo en cuanto a su destino, su capacidad de tener éxito y ser feliz (2013:349).

La responsabilidad personal es la contrapartida de la libertad propia de este régimen de gubernamentalidad; al partir de que los sujetos toman libremente sus decisiones, se entiende que estos serán responsables de sus consecuencias. Pero esa libertad, como nos recuerda Foucault (2009), no es un dato previo con el que juega el liberalismo, sino algo que es preciso producir y organizar para su correcto funcionamiento. El liberalismo no acepta la libertad, dice el autor, sino que se propone fabricarla a cada instante. Podemos así afirmar que el dispositivo biopolítico de gestión poblacional necesita construir sujetos libres y, por tanto, responsables de esa libertad.

Como veíamos al principio del capítulo, los regímenes de seguridad presuponen este tipo de sujetos a los que no se trata de conducir en términos morales, sino de regular en sus conductas, de forma que éstas entren dentro de los límites de lo aceptable en función de determinados factores de riesgo. Un ejemplo de este modelo de gestión de las libertades lo encontramos, en nuestro ámbito, en el caso de la propuesta a nivel europeo de gravar con altos impuestos los alimentos calóricos para luchar contra la «*epidemia de la obesidad*». Ni se prohíben estos alimentos, ni se denuncia el papel de las prácticas de la industria agroalimentaria en estos problemas sanitarios. Los problemas de la ingesta de la «*comida basura*» se contemplan en términos de factor de riesgo en ciertas patologías, y sólo se aplican medidas económicas para recaudar un dinero que quizás compense el aumento del gasto médico que supone a los países la contracción de estas enfermedades por parte de la población. Las autoridades se encargarán de proporcionar, a través del etiquetado y de campañas publicitarias, la información necesaria para que estos sujetos libres puedan conducirse correctamente, pero

no entrará aquí una lógica de la prohibición como en el caso de los dispositivos disciplinarios. Tengamos en cuenta además que prohibir ciertos alimentos o calificarlos como «*malos para la salud*», atenta contra los intereses económicos de la industria agroalimentaria¹⁰ y contra el sistema de libre mercado. Como hemos dicho, es necesario mantener el postulado de la libertad de los comensales para elegir racionalmente sus alimentos.

Sin embargo, aunque sean las tecnologías de seguridad las que predominan en la biopolítica alimentaria, éstas confluyen con otro tipo de técnicas de corte disciplinario. La nutrición y la educación alimentaria, como estamos viendo, han tenido desde el principio una voluntad de reforma de las conductas de los sujetos, y aunque ésta no siempre esté marcada por una valoración moral, ni por un recorte de la realidad entre lo correcto y lo incorrecto, en ocasiones sí se inserta en este tipo de lógicas.

Al analizar el campo de salud pública Fassin (1996) ya nos advierte de que ésta se constituyó a la vez como saber y como disciplina. El higienismo tenía una pretensión de transformación social, inseparable de un reformismo moral que se alcanzaría mediante la modificación de los hábitos cotidianos de los sujetos. En esta misma línea, Coveney (1999) sostiene que la nutrición tiene una doble dimensión: como conocimiento empírico y como disciplina espiritual. El conocimiento nutricional no consiste únicamente en hechos, figuras y recomendaciones de expertos, sino que también provee unas pautas para que los individuos puedan acomodar sus hábitos alimentarios a aquello que se considera «bueno»:

Nutrition promoted healthy habits and clean efficient living and it provided a set of problems around which individuals were required to self problematise their thoughts and deed (1999: 28)¹¹.

La nutrición es por tanto ciencia y moral, una moral que retoma y resignifica muchas de las preocupaciones históricas en relación con la comida, la salud, el cuerpo y el placer. En virtud de este componente axiológico, los ideales dietéticos no pueden ser entendidos como una simple reflexión objetiva sobre hechos nutricionales. Bajo el lenguaje aparentemente neutral de la ciencia, la nutrición impone toda una serie de valores y de ideales sobre el deber ser de las personas, apoyándose en preceptos morales preexistentes en cuanto a las formas de manejo del apetito. En particular, en los valores del ascetismo y la moderación que se vehiculaban en los discursos religiosos (Biltekoff, 2013; Coveney, 1999).

10 Un buen ejemplo de ello lo encontramos en la «*Guía de Buenas Prácticas para la Elaboración y Comercialización de los Productos Ecológicos*» elaborado por el Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación en 2007, en el que se dan pautas para promocionar los productos ecológicos, advirtiendo de que la exaltación de sus cualidades no puede hacerse en perjuicio de los alimentos convencionales. http://www.magrama.gob.es/es/alimentacion/temas/la-agricultura-ecologica/buenas_practicas_o8_tcm7-8088.pdf

11 *La nutrición promovió hábitos saludables y vidas eficientes, y proporcionó una serie de problemas alrededor de los cuales los individuos debían cuestionar sus pensamientos y acciones.*

Ejemplos del uso de la nutrición como cruzada moral a lo largo de la historia, los encontramos en los movimientos higienistas y de la nueva nutrición, dirigidos en especial hacia la clase obrera, cuyas almas se pretendía transformar mediante la reforma de sus hábitos alimentarios. Biltekoff (2013) relata también cómo en EE.UU., durante la Segunda Guerra Mundial, mantener una alimentación equilibrada se publicitaba como vía para contribuir al éxito del país en el conflicto y, por tanto, como algo propio de un «buen ciudadano».

El cambio que acontece en los mensajes nutricionales actuales con respecto a estos ejemplos, es que hoy día se apela a la racionalidad y a la salubridad más que a cuestiones propiamente éticas. No se trata de ser mejor persona o de contribuir a la nación, sino de cuidar y mantener el organismo en perfecto estado de funcionamiento. Esto es, ese control de sí en materia de alimentación no se inscribiría en una ética asentada en el papel del individuo en el colectivo, como ocurría en épocas anteriores, sino en una práctica individual orientada hacia su propio futuro (Lamine, 2008), en la que son los valores biomédicos y propios de la existencia en tanto cuerpo los que se vuelven centrales (la salud o la vida).

Pero, más allá de estas diferencias, el autocontrol sigue siendo una pieza fundamental en la relación que se insta a la persona a tener con su alimentación. Díaz y Gómez (2008) sostienen que el cuerpo perfecto/saludable no sólo constituye un signo de salud sino también de la capacidad de autorregulación del individuo. Por la misma razón, el cuerpo obeso se asemeja simbólicamente a la enfermedad, a la irracionalidad y a la debilidad de espíritu; a un sujeto incapaz de controlar sus propios apetitos. Aunque parezca que estas prácticas ascéticas se vinculan únicamente con una preocupación corporal, implican también un juicio sobre «el alma» de las personas (por ejemplo, aquellos que se alimentan con «*comida rápida*» son tachados por otros de «*inconscientes*» o «*irresponsables*»). Es así que este tipo de discursos funcionan en cierto nivel como escala con la que categorizar a los sujetos, sobre la base de unos patrones socialmente situados. Si tenemos en cuenta la correlación que existe entre esas pautas alimentarias «insanas» con la pertenencia a las clases sociales más bajas¹², podemos entender por qué se habla de la imposición de los valores de clases medias y altas a través de este tipo de discursos (Guthman, 2003)¹³.

Sin embargo, dado que como hemos visto, la libertad (como concepto abstracto y vacío de cualquier contenido moral) es la máxima de este régimen de gubernamental-

12 Evidentemente no se trata de que el McDonald's pertenezca a la «cultura de la pobreza». Son muchos los factores socioestructurales los que explican esta correlación. Entre otros, la cercanía de determinados espacios de venta de alimentos, los ritmos de trabajo y la capacidad adquisitiva.

13 Algunas madres de los alumnos que recibían los talleres de educación alimentaria en una de las cooperativas en las que he trabajado (la gran mayoría de colegios de barrios populares), llegaron a quejarse a los responsables por el tipo de mensajes que los niños recibían en estas charlas. En concreto, por presentarlas indirectamente como mujeres que estaban «*envenenando*» a sus hijos con el tipo de alimentación que les daban. El argumento principal que empleaban en sus quejas era su limitación económica para poder basar su dieta en productos ecológicos.

dad, esta moderación alimentaria puede llegar a colisionar con los discursos de exaltación del gozo propios de la sociedad de consumo. De hecho, para Laval y Dardot:

El ideal de dominio de sí ya no caracteriza a la subjetividad propiamente neoliberal. La libertad se ha convertido en una obligación de mayor rendimiento. La normalidad ya no es el dominio y la regulación de las pulsiones, sino su estimulación intensiva como fuente energética primordial (2013:365-66).

De lo que se trata entonces es de jugar activamente con el espacio de libertad para que los individuos acaben sometiéndose por sí mismos a ciertas normas. En otras palabras, de conseguir el autogobierno del individuo. Es por ello que Fassin (1996) entiende que el sometimiento a estos hábitos saludables es incomprensible sin tener en cuenta ese «proceso de civilización» estudiado por Elias (2009). Ese autocontrol sería fruto de un proceso de interiorización del control social que se originó como consecuencia de una serie de transformaciones en la estructura social, que impusieron la subordinación de los afectos inmediatos a otro tipo de objetivos a largo plazo.

Aunque parezcan fuerzas que apuntan en direcciones contrarias, en la industria de la alimentación saludable la libertad y el disfrute tratan de amoldarse a la racionalización y contención de los hábitos alimentarios, mediante discursos que enfatizan el placer de mantener un cuerpo sano. En ella se ofrecen posibilidades ilimitadas de consumo, nuevas experiencias culinarias y productos con mejores cualidades sensitivas que los convencionales que, además, ayudan al individuo a prevenir y/o tratar disfunciones corporales o a mejorar la salud y la belleza de su cuerpo (alimentos funcionales, ecológicos, *slow food*, suplementos, «superalimentos», semillas, aceites...). De esta forma, contención y hedonismo no se muestran como aspectos incompatibles en tanto que la primera conduciría al segundo (Lupton, 1996).

Como iremos examinando, la tensión que se produce por la confluencia entre técnicas disciplinarias y técnicas de seguridad en la relación del sujeto con la alimentación atraviesa por completo nuestro campo de estudio. En un amplio sector de estas corrientes críticas hay una clara problematización moral de la alimentación, una voluntad de reforma de las conductas a este respecto y una división tajante entre lo bueno y lo malo cuando de comer se trata. Desde aquí el cuestionamiento a las prácticas alimentarias no se formula en términos (exclusivamente) sanitarios, sino también ético/políticos, planteándose aspectos como a quién benefician y a quién perjudican unos determinados hábitos alimentarios (que adquiera la comida en este establecimiento, que compre determinados productos...). Sin embargo, desde estas posturas se comparte también esa noción de la responsabilidad ilimitada de los individuos a la hora de elegir sus «opciones de existencia» (que en este caso contribuirán más o menos a la justicia social), y por tanto, también el postulado de la libertad (de elección). Esto se refleja en el propio calificativo empleado para definir este tipo de consumo: el «*consumo responsable*». Este hecho, junto con la exaltación del poder del consumidor, del emprendimiento y de la ciudadanía activa, hace que desde ciertas posiciones se haya señalado la continuidad de estos movimientos alimentarios con el paradigma neoliberal.

Depuración interna

Durante una jornada de trabajo en una cooperativa mantengo la siguiente conversación con una consumidora sobre su experiencia con las limpiezas hepáticas.

-Pues ojalá se extendiera más esto, además de la cantidad de dinero que se ahorrarían las arcas públicas si se hicieran más limpiezas... Porque todos los problemas que vienen de la mala alimentación...

-Pero habrá que hacer algo más que la limpieza, ¿no?- pregunto.

-Sí, pero es que una vez que haces la limpieza y ves la mierda que sale pues ya te motivas a seguir cuidándote, a dejar de comer mal...

Pone entonces el ejemplo de un conocido suyo que también ha empezado ahora a hacer este trabajo de purificación, al que describe como *«el típico muy grande, de 37 años, que ha hecho toda la vida lo que le ha dado la gana, ha comido lo que ha querido, fumaba un montón, con una vida de estrés de ejecutivo...»* En esas condiciones, *«tenía todas las papeletas para que le diera un infarto, porque además la treintena es la peor edad, y ahora con esto ha ganado un montón. Se ha alargado la vida.»*

Entonces pasamos a hablar sobre el último informe de la ONU sobre Seguridad Alimentaria y sobre las cifras de personas que tienen problemas asociados a la *«mala alimentación»*. Está escandalizada porque el número supera al de personas con problemas de desnutrición. Califica este hecho de *«escalofriante»*, y reflexiona: *«además no hacemos nada, no somos capaces de dejar de comer las cosas que nos gustan pero que nos matan»*.

Finaliza recordando el caso de su madre:

«Alucino cuando voy a su casa y veo su nevera, ella que fue la que me enseñó a comer de temporada, y tiene siempre tomates, calabacines, berenjenas... y además muy poca verdura. Y no le puedes decir nada. Claro que vienen de otra época en la que han pasado mucha escasez, pero claro, no comían esas cosas porque no podían, no han interiorizado nada. Y ahora son los peores para cambiar de hábitos. Mi madre tiene muchos problemas de salud, pero lo único que quiere son medicamentos. Si le planteas que cambie de dieta para poder vivir con mayor calidad de vida, se ríe. Claro, porque estas cosas son a largo plazo y lo que queremos es, si nos duele la cabeza, tomar un analgésico que nos lo quite en el momento, no saber de dónde viene el problema. Aunque también es algo que fomentan las industrias farmacéuticas porque les interesa.»

Al analizar la tensión entre los valores hedonísticos y ascéticos en materia de alimentación en las sociedades de consumo, Lupton (1996) identifica la prevalencia de un patrón de conducta circular. Los sujetos se permiten comer *«cosas malas»*, surgen sentimientos de culpabilidad que tratan de paliar llevando una dieta saludable durante un tiempo hasta que vuelven a permitirse algún pequeño placer, que luego tratan de compensar de nuevo regresando a esa dieta saludable. Pero, sea que

la persona se autocontenga o que se deje llevar por el capricho, aparece siempre un distanciamiento reflexivo con respecto a las prácticas alimentarias anclado en la problematización estética y sanitaria del cuerpo.

Este trabajo de distanciamiento y reflexividad promovido por la educación alimentaria como estrategia de las políticas de salud pública ha facilitado, a nuestro parecer, la introducción de las problematizaciones ético/políticas de la alimentación que promueven los movimientos agroalimentarios alternativos. Dicho de otra forma, consideramos que ese trabajo de modificación de pautas de consumo que vino de la mano del desarrollo de la ciencia nutricional, como técnica de gubernamentalidad biopolítica, ha sido fundamental para la introducción de este otro tipo de reflexividades en torno al comer. De hecho, el saber nutricional ha servido también de punto de apoyo para este movimiento de consumo alimentario que reclama el derecho a una alimentación saludable, ecológica, justa y local.

2.6. La seguridad alimentaria como dispositivo biopolítico

Hay otro conjunto de cuestiones dentro de los problemas asociados a la alimentación en relación con la salud de la población a los que nos gustaría hacer referencia para finalizar: aquellos vinculados al dispositivo de la seguridad alimentaria. No estaríamos hablando aquí, como en el caso anterior, de patologías asociadas a los malos hábitos alimentarios, sino de «alarmas» puntuales derivadas de la ingesta de productos en mal estado, con determinados patógenos o altos niveles de toxicidad. Problemas, por tanto, que se originan en las fases de producción y transformación de los alimentos y no en las pautas de consumo. La defensa de la alimentación ecológica puede enmarcarse en ambos ejes. Si, por un lado, se proclama como un alimento seguro en tanto libre de productos químico-sintéticos en su elaboración, por otro son productos que tienden a considerarse más salubres dado que su consumo supone habitualmente una dieta «equilibrada» y rica en productos frescos. Es así que durante el trabajo de campo se ha observado que muchas personas se acercan a los grupos de consumo afirmando que *«quieren obligarse a comer más sano»*, o que están *«tratando de comer mejor»*.

Los «escándalos alimentarios» que se han sucedido desde los años 80 del pasado siglo (vacas locas, gripe aviar, gripe porcina, contaminación por e-coli....) han contribuido a la generalización de una creciente desconfianza con respecto a la alimentación, derivada del desconocimiento de los consumidores de las formas de producción de la comida que ingieren. Hoy día, la seguridad es socialmente admitida e institucionalmente reconocida como uno de los principales problemas que rodean a la alimentación. No obstante, las preocupaciones por la adulteración de los alimentos han sido una constante desde los inicios de la industrialización agraria, especialmente a medida que la distancia entre los espacios de producción y de consumo fue en aumento. Nos recuerda a este respecto Ferrières (2002) la estrecha interconexión entre el desarrollo de las primeras normativas sobre la calidad alimentaria y los procesos de urbanización en Occidente, los avances de la microbiología y la higiene, y el desarrollo de la química orgánica. Desde comienzos del siglo XIX ciertas corrientes

alimentarias enfatizaron la necesidad de comer productos sin procesar, denunciando las adulteraciones que sufrían los alimentos en los procesos de transformación. La alimentación sana se entendía desde aquí como la que había sufrido la mínima intervención, como la más «natural» posible.

Sin embargo, aunque este tipo de preocupaciones hayan estado siempre presentes, tenemos que situar la aproximación contemporánea a la «seguridad alimentaria» en la crisis alimentaria de los años 70 a la que hemos hecho referencia en el capítulo anterior (Allen, 2004). Fue de hecho en la Conferencia de la FAO sobre la Alimentación Mundial de 1974 cuando se empieza a utilizar este concepto y a dar prioridad a las acciones encaminadas a conseguir este objetivo, definido, en la Declaración de Roma de 1996 como: *el derecho de todas las personas en todo momento al acceso físico, social y económico a suficientes alimentos inocuos y nutritivos para satisfacer sus necesidades alimenticias y sus preferencias en cuanto a los alimentos a fin de llevar una vida activa y sana*.

En líneas generales, cuando hablamos de seguridad alimentaria podemos diferenciar dos vertientes: la primera hace hincapié en la disponibilidad de alimentos y la segunda en la calidad (entendida como inocuidad) de esos alimentos disponibles. Suele entenderse que los problemas alimentarios de los países enriquecidos conectan con esta segunda versión al haber superado, en principio, los problemas de abastecimiento. Vamos a centrarnos por tanto en esta segunda vertiente, que además es la que más directamente se relaciona con nuestro objeto de estudio.

La seguridad alimentaria no es únicamente un concepto sino toda una serie de normativas e instituciones destinadas al control y la estandarización de la producción de los alimentos, de forma que cumplan unos parámetros de calidad en los que el nivel del riesgo para la salud humana se considere aceptable. Tras la publicación de un libro blanco sobre esta cuestión, se inauguró en 2002 la Agencia Europea de Seguridad Alimentaria (EASA), que marcaba la seguridad de los alimentos como prioridad en las agendas de los Estados miembro. Tras ésta, se constituyeron agencias similares a nivel nacional. En España se creó ese mismo año la Agencia Española de Seguridad Alimentaria, actualmente incluida en la Agencia Española de Consumo, Seguridad Alimentaria y Nutrición (AECOSAN).

En general, las acciones de estas instituciones pasan por determinar los límites tolerables de ciertos posibles contaminantes en los alimentos, por regular los productos permitidos en las diferentes fases de la cadena alimentaria y por establecer las medidas de control adecuadas para que, en caso de que surjan problemas de contaminación, se pueda realizar una gestión óptima de los riesgos. Todo ello, como se lee en la web de la AECOSAN, con el objetivo general de «*proteger la salud y la seguridad de los consumidores*»¹⁴. Uno de los principios básicos que guían su funcionamiento es la importancia de la trazabilidad, es decir, de la posibilidad de hacer seguimientos de los alimentos a lo largo de todas las etapas de la cadena, de tal forma que «*cuando surge un peligro el encargado de la gestión del riesgo debe*

¹⁴ <http://aesan.msssi.gob.es/>

estar en condiciones de rastrear el alimento peligroso (...) limitando la exposición de los consumidores y los efectos económicos que puedan tener las medidas para las empresas» (de León, 2008:97).

Como comentábamos, en los últimos años, tras la sucesión de esos escándalos alimentarios, se está potenciando por parte de diferentes instituciones políticas nacionales e internacionales un discurso alarmista sobre los riesgos de los alimentos. Esto ha llevado a que se asuma acríticamente por parte de muy diferentes actores que los comportamientos alimentarios pueden justificarse, explicarse o analizarse por la prevalencia de un creciente «*miedo a comer*». Pero constatar la existencia de este discurso público y de esos escándalos alimentarios, no debe llevar a suponer que estos determinen la experiencia cotidiana de los sujetos con respecto a su alimentación.

Podemos avanzar que en este trabajo nos vamos a alejar de las explicaciones sociológicas de las prácticas alimentarias que han hecho de la cuestión del riesgo y el miedo pilares centrales de su exposición. Tras el trabajo de campo realizado podemos sostener que, pese a que el «*ya no sabe uno lo que come*» flota en algunas conversaciones, esa «desconfianza» se encuentra lejos de explicar las prácticas alimentarias cotidianas de los comensales. Lo cual no significa que el riesgo alimentario que pesa en el imaginario colectivo no cumpla ningún papel en el acercamiento de los sujetos hacia prácticas agrarias alternativas, o que no se haya empleado la seguridad de los alimentos ecológicos como reclamo para el desarrollo de este mercado.

Dado que escapa a nuestro objeto de estudio, no vamos a ahondar aquí en los análisis críticos que se han hecho de las crisis alimentarias particulares (vacas locas, gripe porcina, gripe aviar), denunciando las sombras que éstas han tenido y su conexión con determinados intereses económico-políticos. Pero sí examinaremos la seguridad alimentaria como tecnología de seguridad del régimen biopolítico tal y como lo hemos analizado hasta ahora.

Podríamos establecer que esa creciente preocupación por la calidad alimentaria no proviene únicamente de un incremento de los riesgos asociados a la ingesta de los alimentos, debido a la tecnificación de su producción, ni del aumento del conocimiento científico sobre los mismos, sino que hay otras lógicas y estructuras sociales en las que cobra sentido y se posibilita este significado otorgado a la alimentación en estas normativas y políticas. Una vez más, con esto no estamos negando la objetividad de la existencia de toda una serie de patologías asociadas a la producción industrial de la comida, sino que nos cuestionamos el valor social otorgado a estos riesgos, las formas políticas de gestión de los mismos, y la reproducción de ciertas estructuras de poder y conocimiento en los dispositivos de la seguridad alimentaria¹⁵.

Las instituciones encargadas de gestionar la seguridad alimentaria analizan los componentes biológicos y sintéticos de los alimentos determinando sus efectos en los organismos, para poder así establecer los umbrales de peligrosidad. En virtud de estos,

15 La solución a los problemas derivados de la producción industrial de alimentos pasa más por la transformación radical de esas formas de producción y del sistema social que necesita de ellas, que por una controlada «gestión del desastre».

mientras el componente se encuentre dentro del rango, podrá estar presente en un alimento sin que se considere inseguro. Muchos de los componentes incluidos en la lista de aditivos permitidos en los alimentos no son inocuos para la salud humana, pero se considera que, mantenidos en ciertos niveles, su peligrosidad es aceptable¹⁶. Los componentes no son considerados buenos o malos sino más o menos riesgosos.

Estos riesgos alimentarios son entendidos en términos puramente biológicos y gestionados de forma puramente técnica. Más que asociarlos a las formas de producción de alimentos o a los niveles de contaminación de las sociedades industriales, se entienden como aspectos «naturales» que pueden ocasionar problemas técnicos y que reclaman, por tanto, mayor control e intervención científica. Goodman (2000) advierte del peligro de las connotaciones tecnocráticas de este dispositivo, asegurando que los discursos que se producen dentro de sus coordenadas terminan por legitimar el papel preponderante de la industria y tecnología agroalimentaria. Todo lo que escapa a estos controles sanitarios se considera peligroso. Así, por ejemplo, comentaba una maestra de infantil en una reunión de educación alimentaria la paradoja de que los niños tenían prohibido por normativa sanitaria traer bizcochos caseros para celebrar su cumpleaños con las compañeras, pero no así regalarles bolsas llenas de chucherías. El efecto simbólico de estas pautas en la percepción del riesgo alimentario no es tampoco despreciable. Paseando por las calles de la Paz un amigo se preguntaba en qué momento en Europa habíamos pasado a considerar los puestos de comida callejera como una potencial fuente de peligros y enfermedades, en vez de disfrutar abiertamente de la comida casera.

Y es que uno de los argumentos empleados con más frecuencia a la hora de justificar las normativas de seguridad alimentaria es el de mejorar la confianza de los consumidores con respecto a los alimentos. Sobre este punto, vamos a defender la funcionalidad de la construcción de un consumidor inquieto/desconfiado para el progresivo aumento del control científico-técnico de la producción alimentaria, que está a su vez, al servicio de los intereses económicos de la agroindustria capitalista.

De un lado, la mayoría de las prácticas tradicionales en relación a la producción y distribución de alimentos han sido prohibidas bajo el argumento de la seguridad alimentaria o del no cumplimiento de ciertos estándares sanitarios (tengamos aquí en cuenta que el cumplimiento de estas normativas requiere un desembolso económico que delimita socialmente a los que pueden y no pueden permitírselo). De otro, es habitual que la prohibición de alguna práctica en nombre de la seguridad alimentaria repercuta positivamente en la industria. Por ello, en el informe de GRAIN sobre sanidad alimentaria se asegura que:

Las acciones del gobierno y la industria en relación con la sanidad alimentaria dan pocos indicios de que reconozcan algún problema con la producción industrial de alimentos (...) Por el contrario tienden a reforzar el poder de la gran industria mientras

16 De hecho estas listas están siendo modificadas continuamente. Productos que se han permitido durante años en la industria agroalimentaria van siendo prohibidos en ciertas partes del mundo a razón de sus altos niveles de toxicidad (véase por ejemplo, el bromuro metilo o el DDT).

minan e incluso criminalizan la producción campesina a pequeña escala y las tradiciones locales de producción alimentaria (2011:5).

Las medidas de seguridad alimentaria, que surgen habitualmente a consecuencia de negociaciones comerciales, juegan un papel esencial como herramienta de control del acceso a los mercados, o bien obligando a abrirlos o bien limitando el acceso a los mismos. En el mencionado informe se cita el siguiente ejemplo:

A fines de la década de 1990, la Unión Europea prohibió los productos pesqueros de la India debido a que supuestamente se había encontrado en ellos un factor de riesgo sanitario inaceptable. Pero la definición de «sanitario» puede ser absurda. Se pedía, entre otros requisitos, que el piso y los techos de las bodegas portuarias de pescado fueran lavadas con agua potable —esto en un país donde una parte importante de la población carece de ella. Para los pescadores y procesadores de India, el objeto de esta norma no es proteger al consumidor final; se trata de imponer condiciones que sólo las compañías de la Unión Europea pueden cumplir, impidiendo así que las empresas de la India lleguen al mercado europeo (2011:9).

Lo mismo ocurre con la producción agraria. David Runsten, representante de la asociación de agricultura familiar de California (CAFF), me comentaba en una conversación cómo estas normativas suponían un ataque frontal a la actividad de los pequeños campesinos y a las prácticas agroecológicas. Para él, las regulaciones agrícolas de la que denominaba la «*mafia de la seguridad alimentaria*» se caracterizan por promover «*agriculturas estériles*», transformando los paisajes en espacios meramente productivos en los que desaparece toda forma de vida no destinada a la comercialización, como ocurre ya en algunos de los valles clave de la agricultura industrial californiana. Resaltaba además que, como ya hemos comentado, son los grandes productores los mejor posicionados para realizar las inversiones necesarias para poder cumplimentar las normativas sanitarias, que no hacen distinción entre tamaños ni nivel de actividad.

Así lo explica Ken Kimes, dueño de una importante granja ecológica californiana:

The product is guilty until proven innocent, and that's becoming the starting point for all of this food safety stuff. You are producing dangerous food because it's produced outside in a field with the natural environment, and you've got to prove to me that you are guaranteeing the safety of this food when it comes to the consumer (Rabkin, Reti y Farmer, 2012:61)¹⁷.

En resumen, podríamos establecer que la alimentación en las sociedades occidentales contemporáneas ha sido formulada como problema público a partir de las conse-

17 El producto es culpable hasta que se demuestre lo contrario, éste es el punto de partida de la seguridad alimentaria. Estás produciendo comida peligrosa porque se produce en el campo, en un ambiente natural, y tienes que probar que estás garantizando la seguridad del alimento.

cuencias médicas de la nutrición, en el marco del derecho a la salud y del derecho a la seguridad alimentaria. La alimentación plantea problemas en términos económicos, energéticos (necesidad de mantener cuerpos productivos) y sanitarios (disminuir el número de enfermedades nutricionales y gestionar el hambre y la escasez); problemas que son inseparables de la emergencia del capitalismo, del establecimiento del mercado mundial de alimentos y del sistema agroalimentario industrial. Estas preocupaciones pasan por la cuestión de la producción de los alimentos (producir suficientes para toda la población), por el control técnico de los riesgos alimentarios que pueden surgir en el proceso productivo, y por la educación en hábitos alimentarios saludables.

Mediante este dispositivo de poder se trata de que las personas (entendidas como organismos vivos) racionalicen sus hábitos alimentarios, apoyándose en una reflexividad previa sobre la alimentación pero dotándola de nuevos contenidos y cuestionamientos.

Las coordenadas en las que estos problemas han sido formulados han sido técnicas, científicas y médicas, abstrayendo la compleja red de relaciones sociales que sustenta el proceso alimentario en todas sus fases e implicando en ellas determinadas concepciones de cuerpo, salud y vida propias del régimen biopolítico.

Pero, junto con este movimiento, surge también una corriente, a cuyo examen nos dedicaremos en el próximo capítulo, que apoyándose también en el derecho a la alimentación y la salud, arroja otra mirada sobre el sistema agroalimentario, introduciendo cuestionamientos de tipo ético y político sobre el proceso de producción de alimentos y las relaciones sociales en él implicadas. Este tipo de movimientos, en los que hemos situado la investigación, si bien en algunos aspectos difieren de estas formas dominantes de plantear los problemas alimentarios, son asimismo deudoras de conceptos, valores, problemáticas y relaciones sociales propias de la biopolítica neoliberal.

CAPÍTULO 3

LA AGROECOLOGÍA COMO ALTERNATIVA

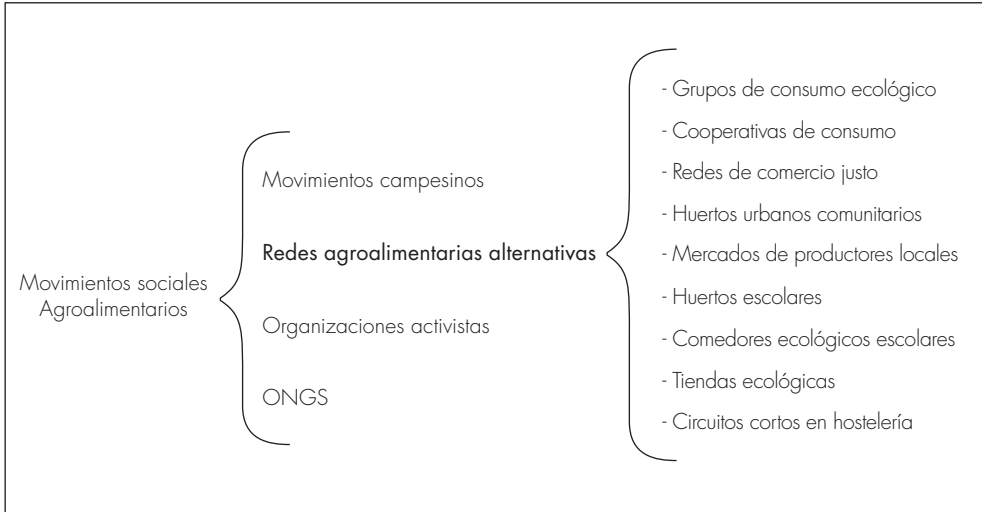
3.1. Las redes agroalimentarias alternativas

Como respuesta a los problemas socioecológicos asociados al sistema agroalimentario capitalista, y apoyados en conceptos como el de sostenibilidad o seguridad alimentaria, aparecen lo que de forma amplia podríamos denominar los movimientos sociales alimentarios contemporáneos. Aclaramos desde el principio que al hablar de movimientos no estamos dando por hecho la existencia de una articulación formal y organizada entre las diferentes corrientes, más bien nos referimos al espectro de iniciativas cuyas críticas y propuestas pivotan en torno al sistema alimentario, y que comparten en ese sentido cierto sustrato común. Aun así, como veremos más adelante, no son sólo cuestiones relativas a la alimentación las que cobran importancia en la articulación de estas organizaciones. Muchas de ellas han estado desde el principio vinculadas a colectivos críticos con el capitalismo y descontentos con el sistema social en sentido amplio.

Pero estos movimientos no han de conceptualizarse únicamente en términos de reacción ante o de respuesta a los mencionados problemas, dado que han sido también actores fundamentales en el proceso de institucionalización de los mismos. Es decir, por un lado estas corrientes se enmarcan en el contexto descrito sobre la configuración de los problemas alimentarios, entendiendo ésta como una de sus condiciones de posibilidad, pero, al mismo tiempo, en tanto que sus críticas y reivindicaciones han pasado a formar parte de un «sentido común» amplio, hemos de recuperar el papel activo que han realizado y realizan en la identificación y legitimación de dichos problemas.

Dentro de estas corrientes encontramos tanto organizaciones dedicadas a la investigación crítica, la denuncia pública y al activismo, como lo que desde la sociología rural se han denominado las *redes agroalimentarias alternativas*. Es dentro de estas últimas donde se sitúa nuestro trabajo de campo, en concreto, en los grupos y cooperativas de consumo agroecológico.

Con este término Goodman, Dupuis y Goodman (2012) hacen referencia al conjunto de iniciativas en las que se trata de construir sistemas de producción, distribución y consumo de alimentos que superen los problemas vinculados al sistema alimentario capitalista (desde sistemas de venta directa de alimentos ecológicos hasta las redes internacionales del llamado comercio justo, pasando por huertas comunitarias). Definición que nos parece apropiada para el trabajo en tanto que lo que remarca es esa intencionalidad de reconfigurar las relaciones sociales implicadas en el proceso alimentario, sin entrar, como otros, en valoraciones de cuán alternativa es la alternativa.



Cuadro 1. Esquema de movimientos agroalimentarios alternativos

A diferencia de otro tipo de agrupaciones que se han articulado en torno a la alimentación, estas redes se inscriben en el eje de la calidad entendida en un sentido amplio. Esto es, estos sujetos no se organizan para reivindicar el acceso a los alimentos en genérico sino a un tipo particular de ellos (lo cual no impide que en algunas de estas redes, como en ciertos proyectos de huertos comunitarios, el problema del acceso al alimento por parte de la población excluida sea una preocupación importante). Pero, por otro lado, el foco no está en el producto en sí, no hay una cuestión prescriptiva sobre lo que se puede y lo que no se puede comer en función del tipo de alimento o de su estado, como pudiera ocurrir en el caso del vegetarianismo, el veganismo o con los crudívoros, sino que más bien se centran en las formas y relaciones de producción. Como veremos, ni el hecho de que esté certificado como ecológico legitima de por sí el consumo de ese alimento. Esto, como muestra Lamine (2008) en su trabajo sobre los consumidores «bio-intermitentes», implica una mayor variabilidad de prácticas alimentarias, argumentaciones, justificaciones y terrenos de reflexión.

Gran parte de estas redes agroalimentarias alternativas se basan en la agroecología¹ como proceso de producción y como propuesta política. A partir del examen del desarrollo del movimiento agroecológico como perteneciente a esas redes, podemos profundizar en la genealogía de los problemas alimentarios contemporáneos y examinar los principales puntos de discusión que se dan en estos espacios, lo cual nos sirve a su vez para presentar el campo en el que hemos trabajado.

No es ésta sin embargo la única propuesta de agricultura alternativa con la que nos encontramos en la actualidad. Tenemos por ejemplo el caso de la permacultura que se desarrolló en los 70 gracias a los impulsos de los australianos Bill Mollison y David Holmgren, y que entroncaba con la filosofía de la mínima intervención de Fukuoka. Éste fue el impulsor en Japón en los años 40-50 de la «agricultura natural», basada en la filosofía zen de la no acción (*wu wei*) plasmada en cuatro principios básicos: no labrar la tierra, no eliminar las malas hierbas, no intervenir contra plagas y enfermedades y no realizar aportaciones de compost. La explicación del manejo que propone radica en el «respeto e imitación de la naturaleza» y forma también parte de una filosofía integral que persigue el desarrollo espiritual. La permacultura adopta algunas de sus técnicas y trata de crear hábitats sostenibles planificando los espacios como ecosistemas naturales en los que se incluirían las relaciones entre todos los seres y la atención a todas las energías. El proceso de diseño de estos espacios tendría como objetivo una integración adecuada de las necesidades del sistema ecológicas, económicas y sociales, para que a largo plazo se pueda auto-regular y mantener su equilibrio con intervenciones mínimas.

Podríamos también hacer referencia a la agricultura biodinámica, que cuenta con un sistema de certificación específica y que tiene mucha relevancia en ciertos países europeos como Alemania. Esta agricultura fue desarrollada desde los años 20 por Rudolf Steiner, fundador de la antroposofía. La biodinámica se centra en conocer los procesos de todas las fuerzas vitales, tratando de comprender las interacciones entre los subsuelos, el suelo, las plantas, los animales y el cosmos. De esta forma la granja es concebida como una entidad orgánica formada por organismos interdependientes. Aunque tiene puntos en común con la agroecología, a diferencia de la tendencia que ésta ha tomado en los últimos años, la agricultura biodinámica se considera más cercana a un sistema filosófico esotérico que a una técnica de producción dentro del paradigma científico moderno.

Pero el precedente más importante de la agricultura ecológica actual se encuentra en la propuesta de Sir Albert Howard, considerado por muchos como el padre de esta práctica agraria. Para Howard, partiendo de que la vida era algo más que sus componentes analizables, el suelo debía ser entendido como un proceso y no como una sustancia (Belasco, 1989). Basándose en los métodos tradicionales de producción de

1 Aunque ésta es una de las palabras que marcan fronteras en el campo, por cuestiones pragmáticas los términos agroecología y agricultura ecológica van a ser empleados por mi parte de forma indistinta en toda la tesis. Se explicitará si en algún momento el uso de uno u otro término marca una toma de posición.

India, país en el que estuvo trabajando a principios de siglo XX, este botánico inglés desarrolló una serie de técnicas de producción y compostaje «ecológico» que se extendieron posteriormente a países occidentales con la ayuda de la Soil Assotiation británica. Esta asociación, fundada en 1946 por personajes como Lady Eve Balfour, fue fundamental en el desarrollo británico del movimiento de agricultura ecológica y es en la actualidad la responsable de más del 70% de las certificaciones de productos ecológicos que se realizan en el país².

La agroecología entendida como proceso de producción toma mucho de estas agriculturas aquí señaladas así como del manejo tradicional de la tierra de las economías campesinas que aún hoy siguen manteniendo millones de personas en el mundo. Pero, aunque señalemos estas propuestas como raíces de la actual agricultura ecológica, no hemos de olvidar que desde el comienzo de la industrialización fueron muchas las figuras que señalaron los peligros que para los suelos tenía el sistema de producción intensivo y dependiente de inputs petroquímicos. Según Allen (1998), aunque ya con los «*enclosures*» del siglo XVIII se alzaron voces críticas con la modernización agrícola, fue principalmente a partir de los primeros movimientos conservacionistas de Gran Bretaña y EE.UU. del siglo XIX cuando se dio un llamamiento a la toma de conciencia sobre los problemas de este «progreso agrario». Así, por ejemplo, pensadores como Marx o Kautsky fueron tempranos a la hora de articular reflexiones sobre los problemas derivados de la industrialización agrícola (fractura metabólica, uso de fertilizantes, etc.).

Si aplicáramos los criterios que se emplean en la definición actual de agricultura ecológica la gran mayoría de las pautas agrícolas de la humanidad hasta su industrialización podrían calificarse como tal. Pero la agricultura ecológica entendida como un discurso y una praxis específica no surge hasta la segunda mitad del siglo XX en Centroeuropa y EE.UU. Entendiéndola de esta forma restringida (y no tanto como una suerte de agricultura pre-industrial o tradicional), quizás lo «revolucionario» de su perspectiva fuera precisamente el integrar agricultura y ecología, en el sentido de entender los sistemas agrícolas como sistemas ecológicos. Steve Gliessman, una de las figuras más importantes en la institucionalización de esta ecología de la agricultura, afirma en esta línea que conseguir que la gente comenzara a pensar en el sistema agrario como un ecosistema fue un paso fundamental (Rabkin et al., 2012).

Para él la agroecología se definiría como una aproximación ecológica a la sostenibilidad del sistema alimentario en su totalidad. Así, entre sus principales características podemos señalar el considerar los ecosistemas agrícolas como las unidades principales de estudio, la rotación de cultivos, el manejo integral de las plagas, las técnicas conservacionistas de la labranza del suelo, el reciclaje y uso de residuos de cosecha y estiércol, la integración de la producción animal y vegetal, la diversidad de cultivos y un uso reducido de productos químicos sintéticos (Altieri y Nicholls, 2000). Si bien, en un principio, estos agricultores ecológicos partían de una serie de

2 Ver: <http://www.sacert.org/>

principios básicos (como rotación de cultivos, compostaje, no utilización de fertilizantes ni pesticidas químicos), y se movían más en base a la experimentación.

A la agroecología como alternativa al sistema de producción capitalista y como solución a los problemas asociados al mismo se llega por muy diversos caminos, algunos aparentemente contradictorios. No es extraño encontrar posiciones y motivaciones muy heterogéneas que confluyen en la defensa de esta forma de producción, siendo de hecho ésta una de las características más llamativas del campo. Guthman (2004) señala entre sus fuentes principales los movimientos ecologistas, los movimientos higienistas y defensores de la pureza alimentaria, y los movimientos contraculturales articulados en el «*back-to-the-land*» de los 70-90 (que podríamos llamar los asentamientos rurales alternativos). A estos vamos a añadir³, porque nos parecen fundamentales, los movimientos campesinos que se han articulado en los últimos 40 años (algunos muy respaldados por determinadas ONGs dedicadas a la cooperación internacional) y los movimientos anticapitalistas que surgen al calor de la ola anti-globalización de los 90. Pasamos a examinar brevemente las aportaciones de cada uno de ellos.

3.2. Fuentes del movimiento agroecológico

a) Movimientos higienistas, naturistas y defensores de la alimentación natural

Este tipo de corrientes, centradas en una reflexión sanitaria sobre los efectos de la alimentación en los cuerpos, han sido importantes para la agroecología en la medida en la que ésta, recuperando muchos de sus discursos, se presenta como una alternativa saludable a la alimentación industrial. Sobre las formas y consecuencias de los planteamientos de la relación entre alimentación y salud que se han articulado en los últimos siglos hemos reflexionado extensamente en el capítulo anterior. Por lo tanto, vamos a limitarnos a señalar aquí algunas referencias y sus conexiones con los planteamientos agroecológicos contemporáneos

El movimiento de la nueva nutrición, ligado al higienismo, surge en EE.UU. en el siglo XIX. Sus adeptos buscaban la regeneración y el progreso humano a través de la re-educación en hábitos alimentarios y estilos de vida. Con un discurso apoyado en el saber nutricional y con un marcado componente moralizador, trataron de inculcar nuevos hábitos de consumo, denunciando los peligros de la alimentación industrial y ensalzando las virtudes de los productos naturales y sin procesar (*whole foods*). Dos de sus máximos representantes fueron Sylvester Graham y John Harvey Kellogg. El primero fue un evangelista de Philadelphia que enfatizó los beneficios de la dieta vegetariana denunciando los problemas morales y de salud que se derivaban de la ingesta de carne. El segundo, emparentado con el movimiento adventista, se servía de las mismas justificaciones religiosas y sanitarias para defender la importancia de

3 Sin pretender con esta lista agotar todas sus fuentes. Podríamos citar también los movimientos tradicionales o los anti-industriales.

la ingesta de cereales. Pese a que sus cruzadas fueron dirigidas en primera instancia hacia la clase obrera, el verdadero calado lo encontraron en la burguesía.

En España, este tipo de posiciones frente a la alimentación industrial se articula especialmente en el movimiento naturista, que tuvo mucha relevancia en las primeras décadas del siglo XX y, tras una disminución de su actividad durante la guerra y la dictadura, en los años 70-80. Algunas de las cooperativas ecológicas más veteranas de Madrid provienen precisamente de esta rama. Aunque dentro del naturismo existen diferentes corrientes, todas coincidían en promulgar un retorno a las leyes naturales y en la defensa de la regeneración individual como medio para recuperar la vida en armonía con la naturaleza. Para ello se apoyaban, como pieza fundamental de su medicina, en el vegetarianismo y la curación mediante aguas (Roselló, 2003). Esa salubridad del cuerpo a la que apuntaban se entendía como requisito fundamental para la evolución humana.

Como vimos al examinar la nutrición, la percepción del alimento que predomina en estas posiciones pasa por su consideración en términos de componentes y nutrientes. La alimentación como vía para la obtención de un determinado estado de salud se centra en el aporte de vitaminas, proteínas, minerales o grasas de cada uno de los productos, en función de los cuales se considerará más o menos apto para incluir en la dieta. Incluso desde algunas posturas a aquellos con escaso aporte nutricional se les niega la categoría de alimentos.

El aporte a la agricultura ecológica de estas corrientes (en su versión contemporánea) lo encontramos, como decimos, en las problemáticas planteadas desde el ámbito del cuerpo que promulgan la importancia de una alimentación sana y natural. Esta idea circulará en el movimiento de la agricultura ecológica, en el que la conexión simbólica entre ecológico y natural se vuelve fundamental. Aunque la cuestión sensitiva del alimento (gusto, olor, sabor...) pudiera derivarse también de esta preocupación, estos movimientos suelen tener un componente más ascético que no enfatiza tanto esa visión del comer como placer y disfrute. Otras corrientes como el *slow food*, que también incorporan de alguna forma la agricultura ecológica, sí cuentan con este componente hedonista pero se alejan de estas posturas más morales y centradas en la salud de los cuerpos.

Como veremos, la preocupación por la salud es algo presente en casi todas las posiciones del campo agroecológico, pero concebida de diferentes formas y articulada en discursos heterogéneos. Aunque se comparta la preocupación por la alteración y la degradación de los cuerpos bajo este modelo social, no son equiparables las corrientes que promueven «*una vida en armonía con nuestros cuerpos y con la naturaleza*», que las que buscan «*estilos de vida saludables*» que las que declaran que «*es el sistema capitalista el que crea hábitos alimentarios enfermantes*».

Desde ciertas posiciones la salud se concibe en términos políticos, consiguiendo así aunar la preocupación por el cuerpo y la preocupación colectiva bajo la misma postura crítica ante el sistema capitalista. No obstante, en otros casos el énfasis en la salud entra en conflicto con las posiciones más «políticas». En el mismo movimiento naturista ya se daban este tipo de tensiones entre las corrientes «dietéticas y biologicistas» y aquellas otras en las que el componente de

transformación social era ineludible, como era el caso del naturismo libertario. Véase como ejemplo, el siguiente escrito de Antonia Maymón publicado en 1927 por la revista *Generación Consciente*:

Cierto que hoy el naturismo se compone de una mayoría de enfermos, y éstos no buscan en su mayoría nada más que la salud física; pero de esto a querer impedir que los naturistas sanos de cuerpo y con amor a la humanidad, busquemos en el naturismo la regeneración social hay un abismo, que no lo salvarán ni los doctores ni quién quiera impedir que en el naturismo se vea representada la idea salvadora de la transformación social (citado en Roselló, 2003:123).

b) «Back to the land» y movimientos neorurales

Entre los años 60 y 80 del siglo XX florecen en algunas zonas rurales asentamientos basados en los principios de autogestión y autosuficiencia. En estos enclaves se empiezan a entrelazar los métodos más tradicionales de producción agraria con la búsqueda de estilos de vida «alternativos» y «comunitarios», combinando así los objetivos políticos con fuentes para el sustento material de estas personas, provenientes en su mayoría de espacios urbanos (Belasco, 1989).

Muchos de estos asentamientos fueron los primeros espacios de experimentación con prácticas agrarias alternativas como la agroecología o la permacultura. Tengamos en cuenta que la mayoría de estos precursores no tenían experiencia previa en la producción agrícola viniendo, como venían de grandes ciudades. Por ello, las revistas relacionadas con estas técnicas productivas que empezaron a publicarse en estos años tuvieron un papel fundamental en su extensión, y en la acumulación y transmisión de un cuerpo inicial de conocimientos agroecológicos⁴.

Estos proyectos jugaron también un papel esencial en la creación de algunos modelos de venta directa que se han hecho protagonistas en la escena agroecológica en los últimos treinta años, como los Community Supported Agriculture (CSAs)⁵ estadounidenses, a partir de los cuales comienzan a entretorse estas redes agroalimentarias alternativas basadas en la alimentación ecológica, local, de temporada y sin intermediarios. Más allá de las particularidades que toman en cada espacio concreto, en líneas generales estas agrupaciones se basan en la relación directa entre el productor y un grupo de consumidores a los que se reparte periódicamente cierta cantidad de verduras (en algunos casos junto a otros productos) a cambio del pago de una cuota fija. De esta forma se trata de eliminar a los intermediarios presentes en

4 Una interesante revisión de los primeros años de la agricultura orgánica en EEUU vinculada al *back to the land* lo encontramos en Rabkin et al (2012) y en Belasco (1989).

5 Este modelo se inspira en el *teikei* japonés y será el modelo que posteriormente adopten los AMAPs (Association pour le Maintien de une Agriculture Paysanne) franceses. En España, un modelo similar lo encontramos en la propuesta relativamente reciente de la COAG de la Agricultura de Responsabilidad Compartida (Proyecto ARCO).

la cadena alimentaria, consiguiendo así reducir el coste energético de la producción y aumentar el ingreso que el agricultor recibe por su producto. El compromiso de permanencia o el pago por adelantado que se suele solicitar a los consumidores en estas agrupaciones asegura, además, un mínimo de estabilidad al pequeño productor.

Hoy, con cierta idealización del mundo rural en contraposición a la vida en las grandes urbes, a la que se une un escenario socio-ecológico proclive a la explosión de estas corrientes, el movimiento neorural sigue siendo fundamental en el desarrollo de la agricultura ecológica. Quizás no desde una perspectiva tan «rupturista» como predominaba en esos años sino más orientada al autoempleo, pero manteniendo esa concepción del campo como espacio de autonomía y ese componente de búsqueda de formas alternativas de existencia. Como iremos viendo a lo largo de este trabajo, una faceta importante de las cooperativas agroecológicas es precisamente la de permitir la reproducción de muchos de los jóvenes que deciden «*volver al campo*» para emprender diferentes proyectos agrícolas que les permitan llevar a la práctica «*otras formas de vivir*» acordes a sus valores. Esta problemática de la coherencia vital impregna gran parte del movimiento agroecológico.

c) *El movimiento ecologista*

Nos vamos a detener especialmente en este punto para asentar algunos de los temas que vamos a ir analizando a lo largo de la tesis, así como por la centralidad que ha tenido en las prácticas agroecológicas. Ya nos recuerda Allen que:

The sustainable agriculture movement wouldn't exist without the growth in environmentalist sentiment and the environmental movement that arose during the late 60s and early 70s (2004: 137)⁶.

Aunque hoy día ciertos conceptos relacionados con el ecologismo forman parte del sentido común de nuestras sociedades (Milton, 1996), este movimiento tiene una historia muy reciente. Las bases para el desarrollo de la ecología como ciencia las sienta Haeckel en 1866. Pero no es hasta un siglo después, cuando Barry Commoner formulará lo que se consideran las leyes básicas de esta disciplina: todo está conectado con todo lo demás, todo debe ir a parar a alguna parte, la naturaleza es la más sabia y no existe la «barra libre» en ella.

Fue también en los años 70 cuando el interés público por las cuestiones ambientales comenzó a tener impactos políticos significativos (ibíd.). En 1972 se convoca la primera conferencia de la ONU sobre Medio Ambiente en Estocolmo y se publica el famoso informe del MIT encargado por el Club de Roma sobre *Los límites del crecimiento*, en el que se constata una realidad fundamental que vincula ecología y economía: en un planeta con recursos finitos no se puede crecer de forma ilimitada. Máxima fundamental para el planteamiento de formas alternativas de producción de alimentos que no dependan de

⁶ *El movimiento de agricultura sostenible no existiría sin el crecimiento del sentimiento ambientalista y del movimiento ecologista que se dio a finales de los 60 y principios de los 70.*

una fuente de energía que será cada vez más limitada como es el caso del petróleo. En el campo agroecológico esta conexión entre agricultura y energía es una pieza fundamental de muchos de los discursos que apuntan hacia formas de alimentación más sostenibles.

En esta época se fue difundiendo también cierta conciencia medioambiental de la mano de las recién nacidas organizaciones ecologistas activistas como Amigos de la Tierra o Greenpeace (Santamarina, 2006).

La vinculación (o no) entre ecología y política fue desde el principio una de las principales fuentes de división del movimiento ecologista. La tesis de Milton (1996) al respecto es que, aunque los términos concretos se hayan ido modificando, siempre han existido dos tipos de ecologismo, uno más social y otro más técnico: ecologismo vs. ambientalismo; conservacionismo vs. ecologismo; ecologismo tecnocéntrico vs. ecocéntrico. Es interesante rescatar el carácter conflictual del movimiento y la que será una de las principales líneas de ruptura que más fuerza toman en los últimos años, en especial a partir de la formulación del concepto de desarrollo sostenible en el Informe Brundtland (1987): ¿es compatible el ecologismo con el capitalismo? O, dicho de un modo más exacto, ¿puede haber un desarrollo económico bajo la lógica capitalista que sea sostenible en términos ambientales? Esta disyuntiva será de vital importancia en el movimiento de la agricultura ecológica que explota durante esos años. Como vamos a ver a continuación, se trata del mismo debate que subyace al de la definición del alimento ecológico y su mercantilización.

Fue también a partir de ese informe y de la Conferencia de Río de 1992 cuando se dio un claro giro a nivel institucional, y el término sostenibilidad empezó a introducirse en el lenguaje político y empresarial en un proceso que Santamarina (2006) ha calificado de normativización de lo ecológico. Éste se concretaría en la creencia de que el sistema sólo necesita pequeños ajustes de mercado para lograr un «desarrollo ecológico», eliminando la idea de la necesidad de una reestructuración integral del mismo. Estos ajustes se conseguirían mediante una serie de normativas destinadas al control y la regulación medioambiental, y mediante la creación de dispositivos técnicos y jurídicos encargados de su gestión. Esto es, que ante la cuestión anteriormente planteada, se respondería un sí. Capitalismo y sostenibilidad ambiental son realidades compatibles⁷.

Según la autora, este movimiento respondería a una doble estrategia: enmascarar las causas y el verdadero alcance de los problemas medioambientales y, por otro lado, adaptar las demandas ecológicas a la lógica del sistema dominante. Como veremos en el caso de la alimentación ecológica en tanto sector de mercado, el componente

7 El problema es demasiado complejo para lo que aquí podemos abordar, de hecho hay quienes lo califican de una cuestión *epocal* por la centralidad que tiene para la sociedad actual. Se podrían escribir páginas y páginas analizando los choques frontales del capitalismo con los límites biofísicos del planeta. Valga aquí una pequeña síntesis que se puede extraer del análisis de Riechmann (2014a). La reducción de sostenibilidad a ecoeficiencia encaja sin problemas dentro de la noria de la producción capitalista. Pero si por sostenibilidad se entiende que *los sistemas económico-sociales han de ser reproducibles (más allá del corto plazo) sin deterioro de los ecosistemas en los que se apoyan*, esta es una cuestión claramente incompatible con las lógicas de valorización y crecimiento intrínsecas al capitalismo.

de sostenibilidad aporta un valor añadido a los productos que permite aumentar los beneficios económicos empresariales.

Dejando a un lado este breve apunte histórico, es importante señalar que una de las principales aportaciones del ecologismo a la propuesta de la agricultura ecológica es la concepción del mundo y la naturaleza como un sistema global de interdependencias biológicas. La agroecología, como hemos visto, considera los sistemas agrícolas como ecosistemas y los entiende en su relación con otros ecosistemas. En esta línea, los movimientos ecologistas, tanto en su versión activista como científica, han sido actores fundamentales para la identificación y difusión de los problemas medioambientales asociados al sistema de alimentación industrial⁸.

De esta concepción del mundo como sistema global de interdependencias se extraen formas de pensar y de relacionarse con el entorno contrarias a las que sienta la concepción moderna de la naturaleza que se desarrollan en su máxima expresión bajo el sistema capitalista. Sintetizando, podríamos decir que, como se señala desde los estudios ecofeministas, la representación moderna y desacralizada de lo natural se basa en su contemplación como un recurso económico susceptible de transformación al antojo de la voluntad humana para conseguir su dominación (Merchant, 1980; Shiva y Mies, 1998)⁹.

Sin embargo, también es oportuno recordar las críticas que autores como Ingold hacen de la noción del medioambiente globalizado. Este autor, sin negar la importancia de los problemas ecológicos, señala cómo:

What may be called the global outlook may tell us something important about the modern conception of environment as a world which, far from being the ambience of our dwelling, is turned in upon itself, so that we, who once stood at its center, become first circumferential and are finally expelled from it altogether (...) The notion of global environment far from making humanity's reintegration into world, signals the culmination of a process of separation (2000: 209)¹⁰.

-
- 8 Ya señalamos en el epígrafe anterior que las consecuencias ecológicas del sistema agroalimentario capitalista ponen en jaque su propia reproducción. Los problemas de erosión, salinización y contaminación de suelos, agua, aire, la pérdida de biodiversidad, la ruptura del ciclo de nutrientes, su dependencia del petróleo, el aumento de la resistencia de plagas o su contribución al cambio climático, son sólo algunos de los resultados que se derivan de una agricultura orientada al beneficio económico.
 - 9 En cualquier caso aquí nos parece importante incorporar la matización de Puleo (2011) acerca de la imposibilidad de reducir la visión de la naturaleza de los siglos XVII y XVIII a un proceso mecanicista de desencantamiento de mundo natural sin esquematizar en exceso un periodo que fue rico en ideas y actitudes contrapuestas.
 - 10 *Lo que podríamos llamar la «visión global», puede decirnos algo importante acerca de la concepción moderna del medio ambiente como un mundo que lejos de ser el lugar que habitamos, se vuelve sobre sí mismo de tal forma que nosotros, que una vez estuvimos en su centro, nos desplazamos hasta ser expulsados de él. La noción de medio ambiente global, lejos de conseguir la reintegración de la humanidad en el mundo, señala la culminación de un proceso de separación.*

Esta representación del mundo natural como *exterioridad objetivable* y previa a lo humano (que interviene para dominarlo o cuidarlo), puede ligarse en cierto sentido con el tipo de discurso científico sobre el que se ha asentado la legitimidad de los movimientos ecologistas.

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, los estudios en clave ambiental y ecológica comenzaron a multiplicarse, desarrollando un corpus de conocimiento sobre el cual se apoyarán todos los movimientos ecologistas activistas. Para Yearley (1993) en la medida en la que las organizaciones ecologistas comienzan a adoptar este *ethos* científico, sus posturas empezaron a encuadrarse en una suerte de apuesta por la «administración del desastre» y por la buena gestión de los recursos naturales. Es aquí donde el ecologismo entronca con esa perspectiva biopolítica que ya hemos analizado. Como sostiene Muñoz, a partir del conocimiento que aporta la ecología:

Las formas de regulación procurarán un manejo de las poblaciones y sus recursos en relación con sus ambientes naturales, incorporando de manera permanente nociones de conflicto, riesgo y peligro que afectan el equilibrio entre la población y el medio ambiente, y ante las cuales deben accionarse mecanismos de seguridad que procuren regular dentro de ciertos límites dicha relación (2008:7)¹¹.

La tecnocracia es una de las sombras que acechan a los movimientos ecologistas, en los que lo deseable o indeseable parece a veces justificarse sólo en base a valores cuantificables, datos y predicciones. Juanma Agulles, escritor de una de las revistas de crítica a la técnica más relevantes en nuestro país, exponía en una charla cómo no era necesario contar con ese tipo de datos para constatar el desastre ecológico del capitalismo: «*basta con pasear por una ciudad, con mirar el paisaje de los campos, con visitar las zonas rurales*». Con su habitual criticismo demoledor, Riesel y Semprum plantean, en la misma línea, que, sin negar que la realidad sea menos abrumadora de cómo la describen los científicos ecologistas, «*no hay ninguna necesidad de contadores Geiger o análisis toxicológicos para saber hasta qué punto es mortífero el mundo de la mercancía: antes de padecerlo como consumidor, cada cual ha de soportarlo como trabajador*» (2011:35).

Esto es, ¿necesitamos estudios científicos que constaten la degradación de la naturaleza para legitimar una lucha anticapitalista? Podríamos aquí cuestionarnos por qué tiene tanta fuerza el argumento de la degradación biológica frente a otro tipo de críticas que puedan hacerse a este modelo social. Esto es, una cosa es constatar que los problemas ecológicos (agotamiento de recursos, crisis energética,

11 Es aquí donde Riesel y Semprum (2011) encuentran uno de los mayores problemas de los discursos catastrofistas sobre la crisis ecológica. Para ellos, los llamamientos a plegarse a «los imperativos de lo vivo» calumnian sistemáticamente la libertad y allanan el terreno a la proliferación de normativas que, en nombre de la racionalidad ecológica y de la supervivencia colectiva, pretenden administrar cada reducto de la existencia humana. Y esto sería común tanto a «capitalistas» como a «revolucionarios».

cambio climático por mencionar algunos) suponen un límite a la reproducción del sistema capitalista, y otra que el centro de gravedad de la crítica al sistema recaiga en esos problemas.

Como hemos dicho, en el ecologismo existe una división entre las perspectivas más técnicas (que tratan la ecología como un ámbito separado del económico-político) y aquellas con un componente social y político. Pero aunque en las corrientes de la ecología política las reflexiones en clave axiológica en torno a la buena vida sean uno de los pilares centrales de sus discursos, estos siguen recurriendo a una legitimidad científica basada en el cálculo para justificar tanto la crítica al sistema como la propuesta alternativa. Este *fetichismo del conocimiento cuantitativo*, por retomar la expresión de Semprum, sigue bebiendo de una noción de la naturaleza como objeto predecible y administrable; la naturaleza entendida como ecosistema.

Una de las líneas de problematización de la alimentación contemporánea parte precisamente desde esta concepción ecosistémica, cuestionando el sistema de producción, distribución y consumo alimentario en términos principalmente energéticos y ecológicos. No queremos decir con esto que ésta sea la «postura ecologista» como tal, ni que todas las problematizaciones alimentarias que se plantean la cuestión de lo natural o el medioambiente partan de aquí. El cuestionamiento de las relaciones con la naturaleza que aparece en las problemáticas alimentarias actuales puede proceder de consideraciones más de tipo ético, cultural, político e incluso espiritual, y articularse en términos de justicia, de tradición o de libertad más que de imposibilidad material objetiva para mantener el modelo, o de necesidad para la supervivencia humana.

d) Movimientos campesinos y movimientos anticapitalistas

Unimos a estos movimientos al partir ambos del cuestionamiento a las relaciones socio-políticas que subyacen al sistema alimentario (lo que se compartiría también desde el ecologismo social y político).

El alimento, como veremos, es concebido por parte de muchos agentes del campo agroecológico como algo que tiene un cuerpo y un alma. El «*alma*» serían precisamente las relaciones sociales que subyacen al proceso alimentario y que cristalizan en cada producto que ingerimos. Como afirmaba uno de los fundadores de una cooperativa de consumo: «*estamos comiendo sociedad, comiendo una relación social concreta*». Es esta concepción de la comida como materialización de relaciones sociales la que posibilita la comprensión del consumo alimentario en términos políticos y del comer como expresión ideológica. De esta forma, estas dos corrientes han sido y son esenciales para iluminar en qué se concretan estas relaciones bajo el sistema capitalista.

Los movimientos campesinos se han centrado en la denuncia de los problemas que para los pequeños productores tiene este modelo alimentario (la conversión de los agricultores en generadores de materia prima para la industria con la consecuente pérdida de poder, precios injustos, desaparición de las zonas rurales, expulsión de los campesinos de sus tierras, estigmatización de los saberes y de la figura del agricultor, dependencia de los campesinos del mercado, pérdida de soberanía alimenta-

ria, dificultades para los pequeños productores...). Un caso paradigmático lo encontramos en el Movimiento de los Trabajadores sin Tierra brasileño (MST), todo un referente para los movimientos agroalimentarios actuales. Estos movimientos han sido también actores fundamentales en la denuncia de la tecnología transgénica y del entramado de poder que supone, como ha sido el caso del KRRS en India o de la Confédération Paysanne francesa, por citar algunos ejemplos.

Muchas de estas organizaciones se unieron bajo la Vía Campesina Internacional, organización que definió en 1996 el que será uno de los conceptos clave para estas redes que examinamos, reforzando así las conexiones entre movimientos campesinos y la agroecología como movimiento social: la soberanía alimentaria¹². Ésta se define como: *el derecho de los pueblos a definir sus propios sistemas agrícolas y alimentarios, garantizando el abastecimiento de alimentos locales, sanos y «culturalmente adecuados» producidos de forma sostenible*. Este concepto no sólo intentaba superar la idea de la seguridad alimentaria manejada por la FAO, sino que sirvió como herramienta de lucha ante la liberalización de la agricultura que tenía lugar con la ya estudiada constitución de la OMC y la importancia que el capital financiero internacional tomaba en este sector. En esta línea, la soberanía alimentaria reivindica el derecho a controlar las importaciones baratas, a la producción para el consumo local y no para la exportación, al uso de la tierra para necesidades de la población y no para los monocultivos de biocombustibles y piensos transgénicos, etc. A diferencia del concepto de seguridad alimentaria analizado, esta propuesta pone el énfasis no únicamente en el acceso a los alimentos, sino al control descentralizado y democrático de los recursos productivos (di Masso, 2012)¹³. En el paraguas de la soberanía alimentaria se aglutinan actualmente una gran variedad de actores, intereses y formas de hacer, pero todos confluyen en la propuesta de que sean los pueblos y no los intereses del capital internacional los que dicten la producción, la distribución y el consumo de los alimentos.

Es aquí donde aparece esa línea de unión fundamental entre movimientos campesinos y movimientos anti-capitalistas. Al conformarse ese régimen alimentario que hemos denominado «liberalización agrícola», la alimentación se vuelve uno de los ámbitos donde el movimiento anti-globalización naciente va a dirigir sus críticas. De hecho en muchas de las contracumbres y foros sociales mundiales que se organizan durante estos años confluyen todas estas corrientes críticas (movimientos campesinos, antiglobalización...). Los sectores anti-capitalistas centrados en el ámbito de la alimentación recogen esas reivindicaciones campesinas y hacen hincapié en cómo el consumo de alimentos convencionales perpetúa el poder que las grandes multinacionales ejercen sobre la alimentación, en la denuncia de la conversión del alimento en mercancía, en las raíces sociopolíticas del hambre y en la distribución injusta de los alimentos. La participación en redes alimentarias alternativas basadas en circui-

12 En España, la Plataforma Rural es una de las organizaciones más relevantes de las vinculadas a los planteamientos de la Vía Campesina.

13 Para profundizar en el concepto y desarrollo de la propuesta de la soberanía alimentaria pueden consultarse di Masso (2012) y Desmarais (2008).

tos cortos, como son los grupos y cooperativas de consumo ecológico, es promovida desde aquí como la alternativa al sistema alimentario dominante que superaría los mencionados problemas¹⁴.

En el caso específico de Madrid, en especial en sus primeras etapas, no podemos separar la configuración del movimiento agroecológico del mapa de los movimientos sociales de la ciudad ni del movimiento anti-globalización, superponiéndose en ocasiones sus dinámicas y conflictos.

3.3. La agroecología como respuesta a los problemas alimentarios

Vistos ya los problemas principales que rodean a la cuestión agroalimentaria tal y como son señalados desde estas diferentes fuentes, podemos sintetizar la propuesta agroecológica como alternativa al sistema hegemónico en los siguientes puntos:

- Una relación directa entre agricultores y consumidores que transforme el modelo de relación campo-ciudad que se establece en el sistema alimentario capitalista, y que apunte hacia la soberanía alimentaria de los pueblos. Evitar la figura de los intermediarios supone disminuir el control de la cadena alimentaria por parte de grandes empresas multinacionales y el consumo energético asociado a los «*alimentos kilométricos*». Por otro lado, revierte en el apoyo a los pequeños productores, lo que a su vez mantendrá vivos los espacios rurales, posibilitará la incorporación de jóvenes al campo, evitará la desaparición de las pequeñas explotaciones, dignificará la actividad campesina, y conseguirá un sistema de precios justos que permita superar la precariedad de estos agricultores.
- Unas técnicas específicas de manejo del suelo y los cultivos que respeten el ciclo de nutrientes, ecológicamente sostenibles, basadas en el mínimo uso de pesticidas y herbicidas, y no tan dependientes de los combustibles fósiles. Esto incidiría por un lado en una relación diferente con la naturaleza que trate de evitar los problemas ecológicos creados (sustentabilidad en el sentido amplio), y por otro, en la disminución de la dependencia de los productores con respecto a las empresas de semillas, productos fitosanitarios, maquinaria agrícola, etc.

Principios agroecológicos para el manejo sustentable de agroecosistemas

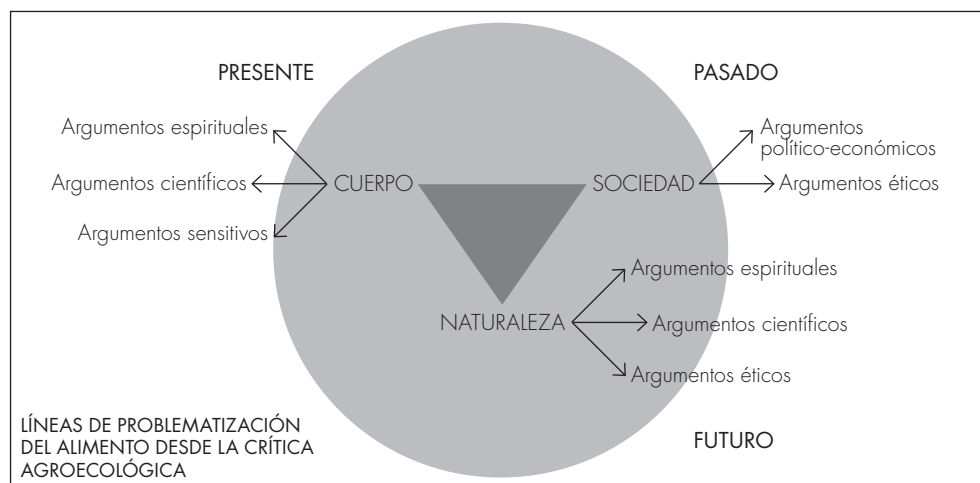
1. Diversificación vegetal y animal a nivel de especies o genética en tiempo y en espacio.

¹⁴ A pesar de que dentro del anti-capitalismo haya muchas corrientes que sean críticas con este «*paradigma alterglobalizador*» propio de los Foros Sociales y las contra-cumbres, la línea argumentativa para justificar la propuesta agroecológica como alternativa al modelo hegemónico sigue en todos los casos un camino similar.

2. Reciclaje de nutrientes y materia orgánica, optimización de la disponibilidad de nutrientes y balances del flujo de nutrientes.
3. Provisión de condiciones edáficas óptimas para crecimiento de cultivos manejando materia orgánica y estimulando la biología del suelo.
4. Minimización de pérdidas de suelo y agua manteniendo la cobertura del suelo, controlando la erosión y manejando el microclima.
5. Minimización de pérdidas por insectos, patógenos y malezas mediante medidas preventivas y estímulo de fauna benéfica, antagonistas, alelopatía, etc.
6. Explotación de sinergias que emergen de interacciones planta-planta, plantas y animales y animales- animales.

Cuadro 2. Principios agroecológicos (extraído de Altieri y Nicholls, 2000)

- El consumo local y de temporada, que se traduce en la recuperación de variedades tradicionales y en un modelo alimentario más sostenible.
- Un modelo de alimentación sana y de calidad, tanto por el aumento del consumo de productos frescos, como por la ausencia de productos químicos sintéticos en los alimentos. Asimismo hablaríamos de productos cuyas cualidades sensitivas son mucho mejores que los de la agricultura convencional (especialmente en cuanto al olor y al sabor).
- Un cambio en las relaciones sociales amplias y en los hábitos cotidianos: apoyar la creación de espacios comunitarios, recuperar el gusto por la cocina, evitar comprar en espacios como los supermercados, y plantearse, a partir de aquí, otro tipo de consumos y sus alternativas responsables.



Cuadro 3. Líneas de problematización del alimento

Fijándonos en las diferentes formas de plantear la agroecología como una alternativa al sistema alimentario hegemónico, nos damos cuenta de que todas las reflexiones sobre los problemas alimentarios se anclan en tres ejes diferentes: el cuerpo, la sociedad y la naturaleza. Pero, en cada uno de estos focos de reflexividad, los cuestionamientos pueden tomar diferentes formas.

Por ejemplo, los problemas relativos a la pérdida de contenido nutricional de los alimentos procesados; a la falta de cualidades sensitivas debido a los procesos de conservación y maduración a los que se someten los alimentos en el proceso de producción industrial; o a la imposibilidad de mantener el estado de salud óptimo para desarrollar todas nuestras cualidades espirituales siguiendo una dieta basada en productos industriales; comparten un cuestionamiento al alimento que pasa por la relación con el cuerpo. Sin embargo, el tipo de argumentos empleados en estos discursos difieren en cada uno de los casos: de los más científicos (nutricionales), a los sensitivos, pasando por otros de tipo más trascendental. Lo mismo ocurre en el caso de la naturaleza. Aquí podemos encontrar planteamientos basados en la necesidad de respetar y cuidar el medioambiente, en las consecuencias objetivas que tiene el modelo alimentario para la reproducción de los ecosistemas, o en la importancia de la conexión con la tierra y de una vida en armonía con la naturaleza para poder desarrollarnos como personas. En el eje social, los problemas del modelo alimentario hegemónico pueden formularse con un enfoque más anclado en lo político/económico, partiendo de la importancia de la autogestión, de la soberanía, de trascender el modo capitalista de sociedad; o con otro que ponga el énfasis en las cuestiones de justicia e igualdad. Aunque en este caso resulta mucho más difícil separar estos dos ámbitos¹⁵.

Estos diferentes planteamientos están también ligados, por otra parte, a concepciones específicas del alimento, algunas de las cuales ya hemos revisado en estas páginas. Por ejemplo, el alimento como suma de sus constituyentes ligada a la visión nutricional; el alimento como materialización de relaciones sociales habitual en los cuestionamientos de tipo social; o el alimento como placer o tentación, propia de los argumentos sensitivos.

Se incluye en el cuadro una línea temporal en tanto que todas las problematizaciones se apoyan de una u otra forma en el tiempo. Ya sea en un pasado aniquilado (cómo era y cómo es ahora nuestra forma de comer) o en un futuro a construir (cómo es y cómo queremos que sea el sistema alimentario).

Estos tres focos de reflexividad conllevan, como vemos, un cuestionamiento a relaciones sociales específicas: la relación con el cuerpo, la relación con los otros y la relación con la naturaleza.

15 Es importante tener en cuenta que los discursos de un mismo agente social pueden pivotar en diferentes ejes y emplear varios de los argumentos que aquí se recogen. Esto es, este cuadro nos sirve como herramienta analítica para clarificar las diferentes relaciones que están en juego en los cuestionamientos a la alimentación y las distintas perspectivas desde las que estos pueden hacerse, pero no para clasificar a los agentes en función de cómo se sitúan en este mapa.

Partiendo de que estas son el tipo de relaciones sociales que nos constituyen como sujetos, podemos sostener que aunque estas problematizaciones partan de la preocupación por la comida, finalmente con lo que estamos tratando es con procesos de subjetivación. Como ya vimos al revisar la nutrición como dispositivo biopolítico, las formas de plantear la alimentación como un problema van ligadas a la aparición de determinadas problemáticas subjetivas, a determinados ideales de persona y a una toma de conciencia con respecto a las propias prácticas. Si bien, en ocasiones, estos cuestionamientos a la alimentación pueden hacerse de una forma más abstracta y ajena a uno mismo, durante el trabajo de campo se ha podido comprobar que lo más habitual es que estas problematizaciones pasen por un cuestionamiento de sí, por una reflexión sobre las formas de estar en el mundo y por una toma de posición en cuanto a las formas en las que el sujeto debe insertarse en estos ámbitos relacionales.

Este hecho, que retomaremos en el último bloque de este trabajo, tiene una relevancia especial para nuestro estudio, puesto que una de las concepciones de la política que están en juego en este universo social pone un acento explícito en la necesidad de reforma de las subjetividades para conseguir determinados objetivos de cambio social.

3.4. Desarrollo de la agricultura ecológica: entre la transformación social y el «capitalismo verde»

Hasta finales de los 80, la agroecología estuvo muy vinculada a los movimientos contraculturales urbanos anglosajones y a los asentamientos rurales alternativos. Aun así, ya en los 70 aparecen los primeros intentos de coordinación e institucionalización de un movimiento agroecológico a nivel mundial. Sirva de ejemplo la creación en París en 1972 de IFOAM (Federation of Organic Agricultural Movements), institución clave en lo que a la certificación, a la normativización y a la creación de las bases para un mercado orgánico internacional se refiere. Sin embargo, como decimos, en esta época todavía existía poco interés por parte de las administraciones y de la industria por este mercado, que se caracterizaba por la falta de criterios de armonización entre lo que los diferentes productores vendían como alimentos ecológicos. No es de hecho hasta los años 90 cuando se puede empezar a hablar de una verdadera homogeneización de las técnicas de producción ecológicas.

La agricultura ecológica ha sido desde el principio un terreno de lucha; siempre ha habido un tira y afloja entre los que entendían estas prácticas como una forma más sostenible/más sana de producción, y los que las comprendían como una alternativa radical al «sistema» (Guthman, 2004). Este tipo de tensiones, aunque expresadas de diferentes formas, son casi transversales a gran parte de los movimientos sociales, en especial a los que se articulan alrededor del consumo. Normalmente se defenderá la tesis de que la no consideración de factores de justicia social en la concepción de la práctica hace más fácil que la lucha pueda ser cooptada e integrada en el circuito capitalista (si bien, como nos recuerdan Goodman et al. (2012), todas las redes alimentarias alternativas han necesitado siempre al mercado para su reproducción).

Por ello es importante enfatizar que aquí no partimos de la existencia de una agricultura ecológica pura que se haya ido corrompiendo con el paso de los años, sino de

que, con el paso de los años, nuevos actores han ido implicándose en el proceso de definición de la misma y ésta ha sido usada para distintos propósitos, complejizando cada vez más las líneas que separan la agricultura ecológica «transformadora» y la «comercial», y multiplicando los debates en torno a las prácticas que permitirían que un alimento pudiera recibir el calificativo de ecológico. Es decir, la resignificación de los términos convencional y alternativo aplicados a los sistemas alimentarios ha formado siempre parte del movimiento agroecológico y sigue haciéndolo en estos días.

En este sentido resulta muy interesante la perspectiva de Guthman (2004) cuando analiza la institucionalización de la agricultura ecológica en California (desarrollo de normativas, creación de empresas certificadoras...). Esta autora remarca cómo en este proceso el movimiento agroecológico jugó también un papel activo fundamental. Con esta visión se pretende romper esta idea de la «parasitación» por parte de elementos externos (industria, mercado, gobiernos) de la primigenia agricultura ecológica practicada en los márgenes sociales.

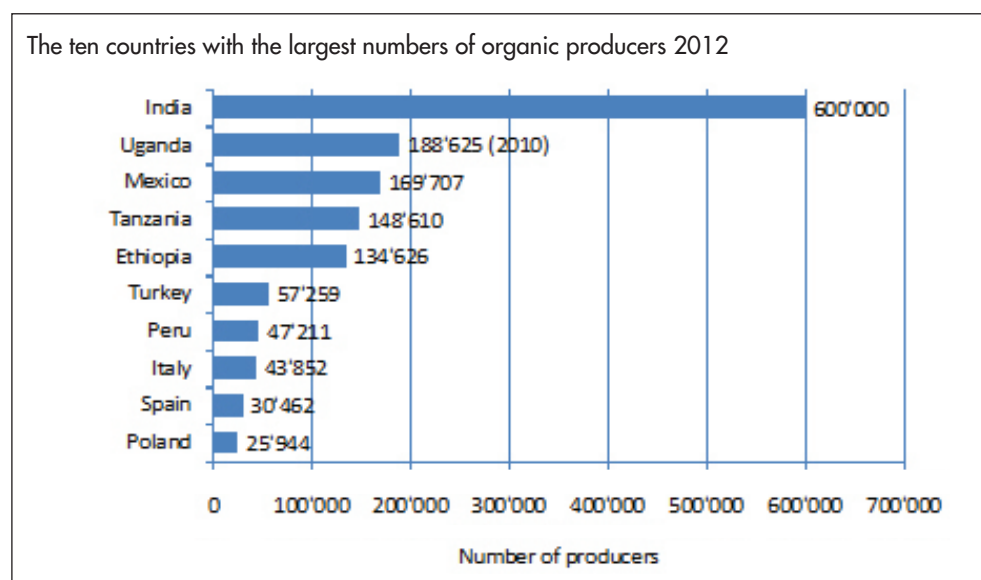
Como veremos, la propia definición de lo que puede o no considerarse como agricultura ecológica es una de las principales luchas de este campo. Pero aunque nuestro análisis cuestiona la marcada separación entre dos espacios, sí es importante tener en cuenta esa contraposición entre dos formas de agricultura ecológica: alternativa/transformadora vs. convencional/industrial/mercantilizada. Durante mucho tiempo se empleaba en el campo la distinción agroecología vs. agricultura ecológica para marcar la diferencia entre esas dos posiciones. Mientras que la primera recogería esos aspectos sociales y políticos, con una visión más integral y transformadora, la segunda pondría únicamente el énfasis en las técnicas productivas y no en las relaciones sociales de producción, quedando así perfectamente integrada como nicho de mercado en las lógicas capitalistas¹⁶. Hoy por hoy hay quienes piensan que la palabra agroecología ha sido también «recuperada» por parte del sistema y que, por lo tanto, esa distinción ha perdido fuerza, por lo que prefieren hablar de agriculturas campesinas.

Hay quienes, por otro lado, ponen el centro en el sello y distinguen entre la agricultura certificada (más cercana al mercado) y la no certificada (más alternativa). Sin embargo, muchas propuestas que teniendo en cuenta otros criterios podrían clasificarse como agriculturas alternativas, sí han apostado por la certificación. A este respecto es interesante la declaración de uno de los miembros más veteranos de una de las primeras redes de grupos de consumo de Madrid, quien aseguraba que aunque antes la certificación era algo a lo que no daban mucha importancia, en la actualidad, con el aumento vertiginoso de productores ecológicos, empezaba a ser para ellos una de las únicas vías para asegurarse cierta confianza en los métodos de producción. Vemos así como tampoco se puede

16 Esta distinción entronca con la tensión salud-política que ya hemos mencionado. La salud es entendida como la motivación individualista-capitalista para entrar en estos circuitos, y la parte política la que, aun siendo fundamental, se deja de lado en la interpretación que la industria agroalimentaria o las políticas públicas han hecho de la alimentación ecológica.

emplear la posesión del sello como criterio para diferenciar esos dos tipos de enfoque en la agroecología.

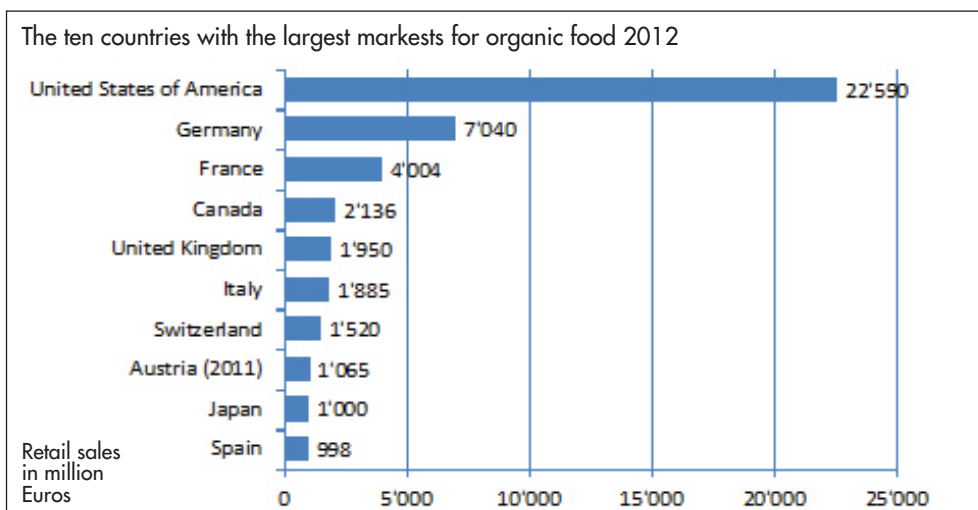
En cualquier caso, este tipo de debates pone de manifiesto lo que podríamos pensar como una de las principales líneas de división del campo agroecológico, la que va del más al menos «mercado» (entendiendo por esto una orientación al beneficio económico y un funcionamiento bajo la lógica empresarial). Aunque esta distinción sea compleja¹⁷, eso no niega la existencia de una pauta de agricultura ecológica que reproduce las mismas lógicas de la alimentación convencional exceptuando el uso de ciertos insumos, y que se aleja por tanto de otras formas de hacer agricultura ecológica. Véase como ejemplo el hecho de que muchos de los productos ecológicos que se consumen en los países enriquecidos, en los que se sitúan los principales mercados, provienen de países del Sur, que siguen comprometiendo su soberanía alimentaria al orientar sus cultivos hacia la exportación de alimentos.



Cuadro 4. Los diez países con mayor número de productores ecológicos.

Fuente: Informe FiBL-IFOAM 2014.

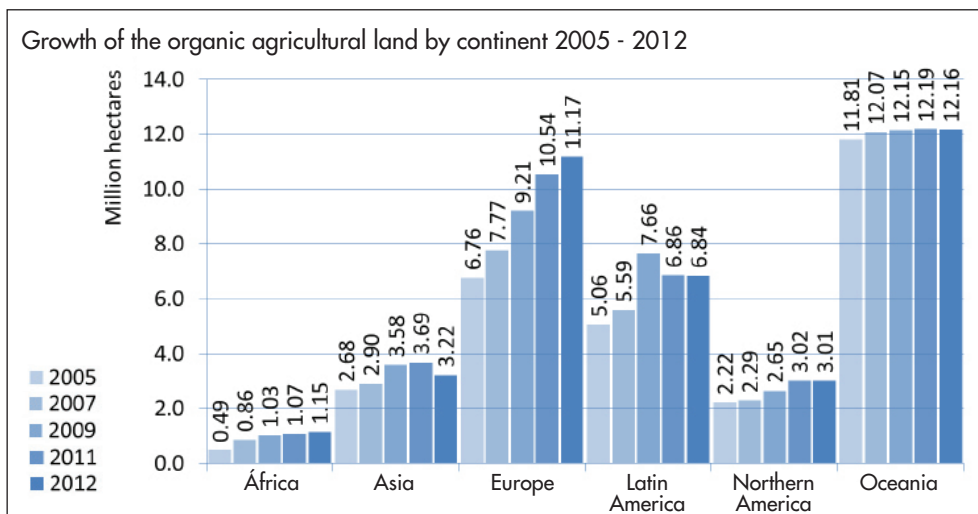
17 Como prueba de lo difuso en ocasiones de los límites entre la agricultura ecológica más institucional y más alternativa, tenemos el ejemplo estadounidense, donde en los últimos años se ha procedido a la regulación pública en algunos estados de los mercados agrícolas y los CSAs, o donde organizaciones como la Fundación Kellogg sostienen con cuantiosas donaciones diversos programas de redes agroalimentarias alternativas, como algunos huertos comunitarios en barrios obreros, programas de farm-to-school o iniciativas para promocionar la agricultura local.



Cuadro 5. Los diez países con mayores mercados de comida orgánica.

Fuente: Informe FiBL-IFOAM 2014.

La polémica en torno a la mercantilización de la agricultura ecológica se ha agudizado a medida que se ha ido desarrollando una potente industria internacional de productos ecológicos. Según los datos publicados por Organic Monitor, el mercado mundial de los productos ecológicos movió en 2012 cerca de los 64 billones de dólares, frente a los 15 de 1999. La superficie de cultivo en ecológico a nivel mundial ha experimentado también un aumento constante, tal y como puede verse en esta gráfica:



Cuadro 6. Crecimiento de la tierra empleada en agricultura ecológica por continentes: 2005-2012.

Fuente: Informe FiBL-IFOAM 2014

Según Guthman (2004) no es casualidad que la explosión de la agricultura ecológica coincida con una época de reestructuración del capitalismo en general y del sistema alimentario en particular. Como ya vimos, en los años 80, una de las formas de creación de valor que cobró más relevancia en la industria alimentaria fue la de la «individualización» del consumo mediante su orientación hacia determinados sectores de la población. La construcción del producto ecológico como nicho de mercado ha de ser enmarcada dentro de este movimiento. Siguiendo este argumento, la autora defiende que el alto coste de los productos ecológicos está directamente relacionado con esta estrategia de creación de valor en base a la diferenciación de los productos. Es decir, para ella los alimentos ecológicos no son consumidos principalmente por la clase media/alta debido a su precio, sino que su precio responde a que son productos dirigidos específicamente a este estrato social.

Los escándalos alimentarios, como hemos dicho, contribuyeron también a crear un terreno propicio para que adjetivos como tradicional, orgánico, sano o ecológico, ganaran fuerza como valor añadido¹⁸. La construcción de ese valor simbólico del alimento ecológico fue también de la mano de la creación de este nuevo sector de mercado. Este proceso es inseparable de la difusión de términos como el de sostenibilidad y de la progresiva implantación de cierto discurso ecologista en cada vez más capas sociales. El valor añadido asociado a estos productos generó un interés en comercializadores y distribuidores, de forma que paulatinamente los alimentos ecológicos fueron haciéndose hueco en los pasillos de los hipermercados. En este proceso también se produjo una progresiva «profesionalización» de los agricultores ecológicos, que se vieron sometidos al cumplimiento de toda una serie de estándares y normativas de producción, almacenaje, distribución y seguridad alimentaria para poder operar con estos distribuidores.

Pero este tipo de preocupaciones por la calidad no sólo crearon nuevas oportunidades de mercado, sino que también sirvieron como plataforma de movilización y crecimiento de los movimientos sociales alimentarios y de las redes que aquí examinamos (Goodman et al., 2012). Ejemplo de ello sería la importancia que las campañas anti-transgénicos de los 90 tuvieron para dar fuerza a la alternativa agroecológica y a los grupos y cooperativas de consumo. Con ellas se establecieron redes que agrupaban a diferentes actores concernidos por estos problemas, creando importantes alianzas entre los circuitos alimentarios alternativos y los movimientos ecologistas y campesinos. Hasta entonces, pese a que existía una reflexión crítica sobre la relación entre sistema agroalimentario y problemas ecológicos, o a que el tema central de aquella *Primavera Silenciosa* fuese los efectos de los pesticidas, las vinculaciones entre estos grupos habían

¹⁸ Al igual que en su momento el escándalo del DDT de 1969-72 también hizo aumentar el interés por la producción orgánica (Belasco, 1989)

sido más bien difusas¹⁹ (Guthman, 2004).

En estas campañas se ponía en evidencia las conexiones entre los problemas sanitarios, ecológicos y sociopolíticos (especialmente en lo concerniente a la frágil situación de los campesinos) del régimen alimentario dominante. También se denunciaba cómo muchas de las políticas públicas alimentarias se encuentran sometidas a los intereses de los grandes capitales del complejo agroindustrial. Uno de los ejemplos más utilizado para ilustrar este hecho fue el fenómeno de «las puertas giratorias», esto es, el paso de accionistas de industrias agroalimentarias a personajes clave de instituciones públicas encargadas de formular esas políticas y viceversa²⁰. La incidencia en la arena pública de estas críticas fue un factor fundamental para la toma de conciencia generalizada sobre ciertas zonas grises del sistema alimentario, en especial en el terreno sanitario, lo cual, como decimos, conllevó un aumento de la demanda de productos ecológicos. Qué efectos tiene para la salud humana el consumo de alimentos modificados genéticamente es algo que aún no se sabe con seguridad, pero la inquietud por ello ha servido para que muchas personas traten de asegurarse alimentos que no provengan de estas semillas.

Conceptos como el «principio de precaución», el derecho a la información del consumidor a través del sistema de etiquetado o la seguridad alimentaria en su vertiente de calidad, tomaron así fuerza en los circuitos alimentarios alternativos. A este tipo de enfoque basado en el derecho a la información subyace esa figura del «consumidor reflexivo» al que se le presupone tanto el conocimiento para evaluar los riesgos alimentarios, como el poder adquisitivo para actuar/comprar en consecuencia. Lo cual, para Goodman y Goodman (2001), está profundamente vinculado a la reducción del concepto de alimentación sostenible a estándares de producción y a su inclusión en el discurso de la seguridad alimentaria. Cuando esto sucede, para estos autores, la agricultura ecológica entra con facilidad en el terreno neoliberal de la libre elección y la soberanía del consumidor, aspecto que ya hemos resaltado anteriormente como parte constituyente de esta realidad.

Una de las explicaciones más comunes sobre ese proceso de reducción de la agricultura ecológica a los estándares de producción recae en la implantación del sistema de certificación oficial (nacional e internacional): en tanto que los estándares sólo pueden jugar con cuestiones cuantificables, el significado del alimento ecológico se ha estrechado hasta abarcar únicamente el producto y las técnicas, olvidando todo

19 De todos modos las lógicas políticas son más complejas y están atravesadas por otro tipo de factores (relaciones de poder, lógicas prácticas, enfrentamientos y conexiones personales...) De la existencia de conexiones objetivas entre colectivos no se sigue una inmediata alianza. Así, por ejemplo, muchos movimientos de sostenibilidad no se vinculan con los de seguridad alimentaria comunitaria. También, en ocasiones, movimientos políticos más amplios sirven de hilo de collar para articular proyectos aislados, como puede ser el caso de proyectos de huerta ecológica que llevan muchos años funcionando en solitario y que en determinado momento se incluyen en «el movimiento de transición», o en iniciativas populares por la soberanía alimentaria.

20 El documental «*El mundo según Monsanto*» recoge de forma muy clara este fenómeno.

lo concerniente al proceso de producción²¹. Para algunos críticos, en este proceso se perdió también parte del contenido transformador que portaba el movimiento.

Las primeras normativas sobre producción ecológica fueron promovidas por diferentes asociaciones del ámbito que se erigieron en certificadoras privadas a finales de los 70 (CCOF en California, Soil Assotiation en Gran Bretaña, IFOAM a nivel internacional). Más adelante, como reflejo del interés que fue creando esta nueva industria, algunas administraciones públicas desarrollaron normativas específicas con las que trataron de aunar los criterios certificación de los productos ecológicos. En Europa, la primera normativa comunitaria se estableció en 1991, aunque ya antes países como Francia o Dinamarca habían desarrollado sus propias regulaciones. Este proceso de normativización fue clave para la mercantilización de la agricultura ecológica; el establecimiento de estándares de producción internacionales que garantizaban el cumplimiento de unos requisitos mínimos de todo producto etiquetado como ecológico, fue condición de posibilidad del desarrollo del mercado internacional de estos alimentos.

Otra de las explicaciones que se proponen sobre la reducción del significado del alimento ecológico, apunta hacia el movimiento de «cientifización» en el que esta agricultura se vio envuelta desde los años 90. En esta época, la demanda de legitimación científica de estas prácticas agrarias cristalizó en toda una serie de estudios que buscaban demostrar la efectividad y la productividad de la agricultura ecológica. Asimismo, multitud de instituciones universitarias comenzaron a desarrollar programas de formación en agroecología. En ellos predominaba una concepción de la agroecología en tanto técnica productiva que, para Allen (2004), dejaba de lado el cuestionamiento político/social propio de los inicios del movimiento:

The framing of sustainable agriculture in a natural science discourse and the adoption of its epistemological positivism are at the root of the failure to interrogate the assumption that achieving agricultural sustainability is possible without changing social relations (2004:70)²².

Sin embargo, es justo señalar que desde algunos de los enfoques agroecológicos se señala específicamente la necesidad de superar el paradigma científico actual, incluyendo conocimientos y prácticas tradicionales, y no desligando los procesos alimentarios del contexto sociopolítico en el que se inscriben (Sevilla Guzmán, 2006).

La vía de desarrollo que la agroecología ha tomado en esa parte del campo en la que se ha centrado nuestra investigación, en la que ésta se concibe como medio de

21 Así por ejemplo, la cuestión del compostaje, tan central en la filosofía de la agricultura ecológica, no se recoge dentro de los requisitos de certificación. Ello sin contar con cómo cuestiones sociales o laborales son totalmente silenciadas dentro de estos estándares.

22 *El encuadramiento de la agricultura sostenible en el discurso de la ciencia natural y la adopción de su epistemología positivista, se encuentran en la base de la asunción de que se puede alcanzar la sostenibilidad agrícola sin modificar las relaciones sociales.*

transformación social, ha sido la proliferación de circuitos cortos de comercialización e iniciativas de venta directa: desde el modelo de CSA que ya hemos presentado, a los grupos de consumo y cooperativas de producción/consumo.

Una iniciativa muy importante en esta línea, aunque en España está aún poco desarrollada²³, es la de los mercados agrícolas (*farmers' markets*) que, si bien comienzan a instaurarse en los 70, han crecido de forma muy significativa en los últimos 10 años, en especial en espacios urbanos occidentales. Este tipo de mercados tienen la ventaja para el agricultor de poder dar salida a la producción sin tener que garantizar un mínimo de kilos o una mínima variedad como sucede con los modelos de cestas. En cualquier caso, la mayoría de los agricultores con los que se ha trabajado que participaban en este tipo de mercados combinaban varios modelos de venta. Muchos consumidores prefieren también esta forma de adquisición debido a su flexibilidad y a la facilidad de «ajustarse a sus preferencias». Sin embargo, no todos los productos que se venden en estos mercados son ecológicos o están certificados como tal. Esto responde a la prioridad que se le da, desde las organizaciones que los impulsan, al consumo local como forma de apoyo a los pequeños productores.

Y es que el auge de este tipo de mercados ha de ponerse en relación con la relevancia y el nuevo significado que adquiere lo local a medida que se fue consolidando ese mercado mundial de productos ecológicos. Si bien en ciertos ámbitos y momentos la agroecología se vinculaba (a veces implícitamente) con una alimentación de temporada y enraizada en el territorio cercano, la presencia cada vez mayor de frutas exóticas o verduras de fuera de temporada ecológicas, pusieron en evidencia que local y ecológico no tenían por qué ir de la mano. En este contexto, irrumpe el debate sobre si es preferible el consumo de productos ecológicos o el de productos locales (aunque no estén certificados o incluso aunque no hayan sido producidos con criterios estrictamente ecológicos). Y aquí lo local gana a veces el terreno a lo ecológico, especialmente entre los sectores más críticos con la alimentación capitalista industrial.

Con este movimiento se trata de recuperar la importancia de la dimensión comunitaria hacia la que apuntaban las primeras redes alimentarias alternativas, que, para algunos, había quedado sepultada bajo lo sostenible y lo saludable en el proceso de institucionalización de la agroecología al que hemos hecho referencia. Vemos una vez más cómo el universo de la alimentación ecológica se va configurando en la dialéctica entre la incorporación por parte del mercado y las estrategias de resistencia a la mercantilización de la misma, y en el permanente proceso de negociación y conflicto en el que se ensartan los movimientos sociales y las corrientes hegemónicas (Goodman et al., 2012).

23 Sin embargo existen diversas iniciativas recientes que caminan en esta dirección. En Granada ya se ha instaurado el Ecomercado que sigue más o menos la idea de los *farmers' markets*. En Madrid aparecen mercados puntuales como el organizado en el solar de Antonio Grilo (Malasaña), en Matadero o en la Casa de Campo. Todo parece apuntar a que en los próximos años estos mercados van a ganar fuerza como vía de distribución de los productos ecológicos.

En esta confluencia de lo local y lo comunitario, en la última década empezaron también a ganar importancia proyectos de agricultura urbana como las huertas comunitarias o las huertas escolares, que, en su gran mayoría, producen en base a la agricultura ecológica u otras técnicas alternativas como la permacultura. Muchas de estas iniciativas, a diferencia de las ya comentadas, dan prioridad al acceso universal a una alimentación sana, introduciendo cuestiones de clase y raza en el discurso, y a la creación y fortalecimiento de los vínculos sociales a través de estas prácticas²⁴. Ello en parte para compensar la tendencia que la agroecología habría tomado en los últimos años en la que, para Goodman et. al (2012), la lucha por la justicia social se vio desplazada por programas locales de emprendimiento para mejorar las oportunidades económicas de los pequeños campesinos.

24 En Madrid contamos con la Red de Huertos Urbanos y Comunitarios, la cual juega actualmente un papel clave en el ámbito de los movimientos agroecológicos como vía de difusión, concienciación, y propuesta de otros modelos de ciudad. Aunque en España pocos huertos urbanos están orientados prioritariamente al autoconsumo, en otras regiones estos emplazamientos tienen una importancia fundamental a la hora de garantizar el acceso a productos frescos para determinados sectores de la población. Por ejemplo, muchas zonas de EE.UU., la mayoría habitadas por población negra e inmigrante, son conocidas como «*food deserts*» al ser materialmente imposible acceder a alimentación fresca sin disponer de vehículo motorizado. El caso de Oakland es representativo de esta función social de los huertos comunitarios, en los que se reparte gratuitamente la cosecha a los miembros de la comunidad. Por esta razón estos proyectos se enmarcan a veces como movimientos de seguridad alimentaria, pero, a diferencia de los movimientos anti-hambre, rechazan el enfoque asistencialista y buscan formas de empoderamiento de las personas. Aun así, la mayoría de estos proyectos son dinamizados por población blanca de clase media.

FARMERS' MARKET: DOWNTOWN SANTA CRUZ



Ilustración 1. Camión farmers' market

Los farmers'markets estadounidenses comenzaron a desarrollarse en los años 70 como forma de sostenimiento de los pequeños productores locales. El mercado de *Downtown Santa Cruz* es el más antiguo de todos los que se realizan en este área. En sus orígenes fue impulsado por la Santa Cruz Community Farmers'Markets en colaboración con la Santa Cruz Downtown Assotiation. La primera estaba formada por diferentes agricultores de la zona, en su mayoría ecológicos, interesados en dar salida a su producción y en promocionar la comida local. La segunda vio en esta iniciativa una vía para revitalizar el centro de la ciudad, que había quedado devastado tras el terremoto de 1989. Tiempo después las organizaciones se separaron, siendo actualmente la Santa Cruz Community Farmers'Market la única responsable de la gestión del mercado.

El mercado, que comienza a la 13.30 y dura hasta la caída del sol, se realiza en una explanada, de una cuadra aproximadamente, situada en una de las calles principales del centro de la ciudad, Cedar Street, en su intersección con las calles Lincoln y Elm. La organización paga una cantidad al mes al ayuntamiento por el alquiler de este espacio. Este lugar acoge otros eventos de venta directa como el mercadillo de antigüedades del primer domingo de mes.

Una línea imaginaria divide en dos el espacio. La parte de la izquierda, más pegada hacia Lincoln, está dedicada casi exclusivamente a la venta de productos frescos (verduras, frutas y flores). La parte de la derecha es la zona de restauración y de venta de productos no alimentarios (telas, jabones, cerámica). El pasillo que las divide es una zona de transición en la que se mezclan los últimos puestos de fresco, con otros dedicados a alimentos procesados y de origen animal (lácteos, conservas, carnes y pescados, té, pan, miel...). La zona del fresco está más dominada por las relaciones de compra-venta y la zona de la restauración por el esparcimiento y socialidad. Son muchos los que primero acuden a hacer sus compras y luego se sientan en una de las mesas de la otra zona a comerse bajo el árbol algunas de sus adquisiciones.

Aunque en realidad se puede acceder por cualquier lugar, hay cuatro «entradas» principales, producto del hueco que dejan los puestos, e indicadas por dos conos naranjas que custodian unos carteles de fondo negro, letras blancas y marco color madera. En ellos, además de darte la bienvenida, te recuerdan las normas del mercado: *No smoking, No animals, No unpermitted sales*.

Hay otro tipo de carteles «oficiales» que se distribuyen por el espacio con información sobre los productos o novedades que se pueden encontrar ese día, notificaciones sobre



Ilustración 2. Entrada al mercado

de estabilidad, mientras que los carteles, cubos y conos, aunque suelen ponerse en la misma zona, son más variables en su ubicación y pueden cambiarse de lugar varias veces en el mismo día si es necesario.

En cualquier caso, algunos de los puestos tienen mayor «fijeza» que otros. Tanto en cuanto a los productos que ofrecen como en la disposición que de los mismos hacen. Así, el puesto de productos de la India se reproduce exactamente igual de semana en semana, mientras que, por ejemplo, el de *Live Earth Farm* cambia de color a medida que cambia la temporada y cada semana expone en una mesita delantera una composición diferente realizada con sus verduras. «Se trata también de pasárselo bien» dice la encargada de hacer estas pequeñas obras artísticas cuando le comento cómo me gusta su puesto. «Venir al farmers' markets a veces parece como ir a una galería», comenta una cliente.



Ilustración 3. Carteles de información

eventos que se van a realizar en el mercado, etc. Como las noticias varían cada semana estos carteles están escritos en tiza blanca. Las únicas partes impresas son «Información» y «Santa Cruz Farmers' market», ubicadas en la parte de arriba y de abajo de los mismos.

Junto con los diferentes cubos de basura que traen al mercado (basura normal, compost, reciclaje), estos serían los principales elementos móviles del espacio, si obviamos el hecho de que todos los elementos en este mercado son móviles. Lo que los diferenciaría en este caso es que los puestos tienen una ubicación fija y dan mayor sensación

La estructura de los puestos es la misma para todos: toldo de plástico blanco sostenido por cuatro patas metálicas y mesas de plástico plegables. Los más grandes utilizan también varias sombrillas de apoyo para cubrir todo su material. Detrás del puesto se aparca el vehículo con el que transportan las verduras.

Sin embargo, hay múltiples elementos que marcan diferencias importantes entre ellos: el tipo de vehículo aparcado, los materiales con los que exponen sus verduras, el tipo de mantel que cubre la mesa, el tamaño del puesto, los materiales empleados para poner el precio de los productos, el número de personas que venden, el tipo de cartel que usan para anunciar el nombre de su granja, el tipo de báscula y de bolsas en las que te entregan las verduras... Para participar en el mercado, según me cuenta



Ilustración 4. Puesto Live earth farm

una de sus organizadoras, es necesario rellenar un formulario que luego la dirección valora, teniendo en cuenta, entre otras cuestiones, la cercanía y el tipo de productos que se ofrecen. Y es que la asociación parece ser la encargada de crear un ambiente propicio al buen desarrollo del libre mercado, cuidando que no se establezcan monopolios y que haya al menos dos puestos en los que se venda cada producto, pero, al mismo tiempo, que no se cope la oferta ni se den prácticas de «competencia desleal» (por ejemplo, que no haya diferencias de precio demasiado notables o que la entrada de nuevas granjas no ponga en peligro las ventas de los más veteranos). El precio que los agricultores pagan poner sus puestos varía en función de la cantidad de dinero que se estima que pueden hacer en cada mercado. Así, por ejemplo, el del downtown, al ser uno de los más concurridos, es uno de los más caros.

Los actores del mercado podrían dividirse en tres categorías:

a) gente detrás del stand

Aquí podemos diferenciar entre los «farmers» propiamente dichos, los vendedores de los puestos de comida y los vendedores de artesanías. Dentro de ellos también se puede distinguir entre los que están específicamente contratados para acudir a los mercados (como ocurre con la mayoría de los vendedores de comida, aunque también en algunos puestos de verduras) y aquellos que o bien trabajan, o bien son dueños de las diferentes empresas

(que en este caso son los menos. Es algo que va en proporción al tamaño de la granja: las grandes traen a sus empleados).

b) gente delante del stand: caminantes-curiosos-clientes del mercado.

Aquí, el paisaje social es bastante variado dentro de dos coordenadas dominantes: blancos, clase media-alta. Ésta es una de las principales críticas que los académicos han hecho de estos espacios. Pese a que se intenta que el mercado sea una forma de poner a disposición de la gente productos sanos y de calidad, e incluso participan en programas sociales como los *Food Stamps*, estos siguen siendo «white spaces» en los cuales se prioriza el sostenimiento de los pequeños agricultores locales sobre la consecución de la justicia social. Aunque, por otro lado, la propia ciudad está marcada por la predominancia de este tipo de personas. Si bien es verdad que hay otros dos actores habituales de las calles de Santa Cruz que no suelen transitar por el mercado: latinoamericanos y vagabundos.

Los blancos de clase media alta son aun así muy variados. Hay muchísimas familias con carritos de bebé o con bebés atados al pecho con modernas y étnicas telas diseñadas específicamente para ese fin. Hay también un espectro de hippies, rastafaris y alguna gente extravagante. Jóvenes desde los veintitantos (los adolescentes serían otra sección de la población poco representada en este espacio), adultos y mayores. Gente que camina con carritos de la compra, con bolsas de tela, con mochilas, señoras que pasean sujetando con una mano sus cestas de mimbre e incluso alguno que arrastra maletas con ruedas. Gente que camina sola y gente que camina acompañada. Gente que lleva sus bolsas llenas y gente que no compra nada.

Muchos dicen que el Farmers' Market es un evento social. A la gente le gusta ir para encontrarse con los demás y pasar un rato. Hay quienes parecen especialmente vestidos para la ocasión. Es frecuente encontrar pequeños grupos de gente parada en diferentes puntos de las calles centrales del mercado, hablando, poniéndose al día.

c) personajes fronterizos.

Todo el espectro de personas que mantienen una relación comercial con los caminantes/clientes pero sin vender directamente ningún producto (músicos, los encargados del parking de bicis, los que van al mercado a publicitar diferentes eventos y repartir propaganda, los managers del mercado...)

Los puestos se disponen en líneas paralelas formando amplios pasillos por los que la gente puede caminar. La parte de fresco la componen tres calles. En la primera, en la izquierda, encontramos: Twin Girls Farm (que vende sólo frutas: kakis, granadas y naranjas), Happy Boy Farm (uno de los puestos más grande de verduras variadas, famosos por sus bolsas de mezclas para ensaladas por 3 ó 5 dólares, con flores incluidas), un puesto de nueces y dos puestos de frutas no certificadas como ecológicas. A la derecha Live Earth Farm (verduras variadas), un puesto de germinados, Rodoni Farms (que se dedica básicamente a las coles), un puesto donde un hombre de unos 60 años vende sólo diferentes hojas para ensaladas y el puesto de información del mercado. Uno de los principales cometidos de este último es canjear los *Food Stamps*, que desde hace unos años se aceptan en los farmers' markets. Estos forman parte de un programa de asistencia social del gobier-

no en el que se entregan a los beneficiarios una serie de vales para canjear por comida. Parece ser que en un principio estos vales se entregaban en formato papel, pero desde hace unos años lo transformaron a formato electrónico, lo cual supuso algunas dificultades para el mercado dado el coste de las máquinas encargadas de canjearlos.

En el puesto de información suelen sentarse los diferentes managers del mercado cuando no están dando vueltas haciendo sus gestiones o controlando que todo marche correctamente. Un día, por ejemplo, una de ellas justificaba su retraso a su compañera que la estaba esperando para el relevo, contando cómo había tenido que atender una «*drum situation*» que se les había presentado al fondo del mercado. Ésta consistía en «*un grupo de hippies tocando como locos sus tambores bajo el árbol*». Se había encargado de que parasen.

Dirty Girl Products

Sobre un camión blanco, limpio, con aspecto de nuevo, se despliega una pancarta negra que en letras blancas reza: DIRTY GIRL PRODUCTS, Santa Cruz. Sobre las íes, cruces en vez de puntos. A la derecha de éste hay una pizarra blanca de las de rotuladores. Tiene escritos el nombre y los precios de varios de los productos. Debajo hay apoyados varios botes de lo que parecen ser conservas de salsa de tomate. Las chicas en cuestión son dos jóvenes estadounidenses, blancas, de unos 30 años, sin ningún aspecto de “suciedad”. Una lleva un jersey de lana y un moño desordenado que recoge sus cabellos castaños. La otra, gorra, trenza a un lado, camiseta de deporte y gafas de sol. Frente a ellas hay tres mesas de plástico cubiertas por manteles de tela de motivos andinos. En la mesa de la izquierda hay cuatro cestas de plástico negro de cargar verduras. Contienen cebollas y chalotas a granel y manojos de puerros atados con una cinta de plástico en la que se lee: organically grown. En la mesa del centro, que es la más larga de todas, una caja negra, igual que las otras pero dispuesta boca abajo, sirve como superficie sobre la que se exponen más manojos de puerros. Al lado de ésta una cesta de mimbre volcada hacia delante contiene lechugas romanas. A su derecha otra cesta, más pequeña y ovalada que la anterior, en la que hay pequeñas escarolas. A continuación se sitúa la báscula electrónica en la que pesan los productos y tras la que se hacen las transacciones. A la derecha de la báscula hay dispuestos directamente sobre la mesa algunos ramilletes de brócoli y de acelgas, cuyas brillantes pencas rojas dan un tono de color que contrasta con los apagados verdes y blancos que predominan en esta época del año. Varias personas con verduras en la mano hacen cola en frente de la báscula mientras la chica de detrás de la mesa las va pesando y reclamando una determinada cantidad a cada uno. La tercera mesa se sitúa en frente de ésta, pero dejando un espacio que funciona a modo de pasillo por el que circulan los clientes y curiosos. Hay tres cestos de mimbre redondos y profundos rellenos de judías, de esos en los que dan ganas de hundir la mano hasta el fondo. Cada uno de ellos está lleno de una variedad diferente. Unos carteles blancos sostenidos por clips metálicos anuncian la variedad y el precio: Yellow Beans: 5\$/pound; Romano Beans: 5\$/pound; Cannellini Beans: 5\$/pound. Las primeras son amarillas, finas y alargadas, las segundas verdes,

Cuenta en una entrevista Nesh Dhillon, responsable de la asociación de Santa Cruz Farmers' Market, que durante el 2001 y el 2002 hubo una crisis en este mercado debido a que se les estaba «descontrolando» porque «venía mucha gente a tocar, a pasar el rato, a tocar los tambores... básicamente a pasárselo bien y eso estaba creando tensiones. Los clientes ponían problemas, los vendedores ponían problemas y los negocios del centro también. Así que todas esas actividades tuvieron que trasladarse fuera del mercado».

Sin embargo, aún hoy, siempre hay uno o dos músicos que amenizan el paseo por estos pasillos. Eso sí, todos dedicados al folk estadounidense, nada demasiado «ruidoso». A excepción de una vez que tocaba una banda jamaicana, nunca he escuchado en este espacio música que invitara al baile. Y es que, en general, el espacio auditivo de este lugar marca una diferencia importante con otro tipo de mercados callejeros que nos pueden venir a la cabeza. Aunque siempre hay un rumor de fondo y cierto «hilo musical», no destacan unas voces sobre otras y nadie grita precios ni vocea las propiedades y ventajas de sus productos.



Ilustración 5. Variedad de peras

Cerrando esta primera calle se sitúa un puesto dedicado exclusivamente a la venta de narcisos. Es uno de los espacios olfativos más agradables de todo el mercado. Tanto que dan ganas de pasar por delante una y otra vez. Venden a tres dólares los ramilletes. Muchísima gente pasea con ellos en la mano y adornan también algún que otro puesto. A la derecha de éste suelen colocarse mesas de organizaciones locales que van variando cada semana. A veces encontramos el periódico local «Sentinel», a veces una organización de apoyo al Tíbet, a veces una de yoga y conciencia.

La segunda calle la componen, a la izquierda: un puesto de verduras producidas por cultivo hidropónico que es el único de todo el mercado que no cubre un toldo,

Frog Halley (dedicados a las más exquisitas y exclusivas variedades de pera y a las conservas), dos puestos pequeños de fruta, uno de aguacates y el de Route 1 Farm (otro de los más antiguos productores dedicados a diferentes variedades hortícolas). A la derecha Thomas Farm (flores), Windmill Family Farm (famosos por sus coles, pero con verduras variadas), Casalegno Family Farm (variedad de frutas y verduras) y un puesto de dátiles (nunca hubiera uno imaginado la existencia de tal cantidad de variedades).

La tercera calle es donde da comienzo esa transición a la que me referí. A la izquierda: Bluehorn Farm y Pinnacle, ambas de verduras variadas, una mujer que vende arroz y almendras y el guarda bicis (que es gratuito, pero se espera al menos una buena propina). A la derecha frutas y conservas, el puesto de la carne, el de leche y el de queso. Estos tres están en una de las zonas menos transitadas del mercado. Seguidos por el puesto de la miel y productos hechos con propóleo, que hace ya pasillo para entrar en la siguiente calle.

Durante la temporada de verano, cuando el tiempo aún invitaba a quedarse en camiseta, se situaba aquí también un puesto de masajes. Al otro lado del pasillo están los puestos de las granjas Dirty Girl y Lonely Mountain. Cerrándola, al fondo, un puesto dedicado exclusivamente a las manzanas. Deben vender unas 10 variedades. Siempre hay delante una persona ofreciéndote en un plato trocitos para degustar.

Uno de los pequeños placeres de pasear por el mercado consiste precisamente en ir probando las muestras que te ofrecen en cada puesto. En algunos son fijas: al igual que está la chica de las manzanas, está el chico de las peras de la Frog Halley Farm, las muestras de mermelada de ésta última, las de naranja de Twin Girls, o las de samosas del puesto indio. Pero a veces hay algunas sorpresas de nuevos productos. La otra vía de llenarse la boca gratuitamente es que te ofrezcan algo del puesto cuando hablas con los dependientes, lo cual es especialmente agradecido en el de dátiles y en el de helados. Es interesante en cualquier caso el despliegue de medidas de seguridad sanitaria para realizar estas catas. Para probar las mermeladas colocan dos cestas de cucharas de plástico. Una para las nuevas, otras para las usadas. La persona detrás del mostrador controla que uses una cuchara diferente para cada una de las degustaciones que hagas. Cuando te dan a probar trozos de fruta hay una persona que pincha cada trozo en su tenedor y te ofrece para que tú lo tomes con la mano, cuidando de no tocar el utensilio. Nunca se te ocurra pretender morder directamente la pieza que ponen delante de tu boca. Si el formato es un plato el procedimiento es similar al de las mermeladas. No debería uno usar sus manos para coger estas frutas a no ser que quiera que caigan sobre él miradas de reprobación.

Pinnacle Farm

Delante de una furgoneta blanca hay dos mesas de plástico dispuestas en forma de ele. Las mesas están cubiertas por unos manteles también de plástico a cuadros verdes y blancos, sobre los que se colocan directamente los diferentes montones de verduras: cebollas, puerros, lechugas, brócoli, kale. Entre las mesas y el camión dos hombres están atareados pesando bolsas de verduras. Ambos mexicanos, de unos 50 años. Uno de ellos viste una sudadera de algodón con capucha y un gorro de lana. El otro, camisa de cuadros de felpa. Ambos pantalones vaqueros. Del toldo de plástico cuelgan: una pancarta blanca en la que está escrito el nombre de la granja en letras azules (Pinnacle Farm. Organic Products), dos rollos de bolsas de plástico blanco tipo sección de verduras del supermercado y dos básculas de las de aguja. En la parte delantera del puesto, a ambos lados, hay sobre el suelo varias cajas de cartón puestas unas encima de otras con más verduras en su interior (patatas rojas y blancas, pimientos rojos, pimientos naranjas y amarillos, pimientos italianos, cebolla morada, cebolla dulce). En cada una de las cajas hay pegado un post-it verde en el que, con rotulador negro, está escrito el precio de cada uno de los productos. En este puesto a veces cuesta acceder a los vendedores porque normalmente la mesa central está llena de gente seleccionando verduras y esperando a que les cobren. Aquí dicen un gracias y no un thank you al despedirse.



Ilustración 6. Narcisos

Entre el puesto de la miel y el de Dirty Girls se abre un pequeño pasillo que da paso hacia la zona de la comida procesada. El primero de los puestos ofrece variedades de chucrut. Cuando comenzó la temporada de las coles organizaron en el mercado un taller para enseñar a prepararlo.

Aquel día todos los carteles de información contenían curiosidades y preguntas, a modo de trivial, sobre el repollo. Es de las mejores campañas que he visto para promocionar el consumo de esta verdura. Este tipo de actividades las realizan desde el *Food Sheed Project*, una iniciativa de educación alimentaria cuyo objetivo es: «promocionar la construcción de relaciones entre agricultores, restaurantes, tiendas, individuos y organizaciones en el marco de la agricultura ecológica y la justicia social». Realizan un evento al mes

durante la temporada de verano (hasta octubre aproximadamente)

Más a la derecha hay un puesto de pasta fresca, seguido del puesto de la Penny Ice Creamery, una de las heladerías artesanas más antiguas de Santa Cruz, famosa por la originalidad de sus sabores (yogur de pepino, sésamo negro, mascarpone y frambuesas...)

Desde aquí sale una calle pequeña, aproximadamente de la mitad de tamaño que las anteriores. En ella, a la izquierda, se sitúa el puesto de marisco y pescado, donde puedes comer ostras por 5\$, el «Salchichero» (carnes y embutidos) y un puesto de productos gourmets de la India. A la derecha, el puesto de Companion Bakers, una tahona local donde venden todo tipo de panes y dulces artesanos, el de Lulu's Café que posee varios negocios en la ciudad y un puesto de jabones naturales y *chai* indio. Tanto desde este último como desde el de Companion Bakers se da paso a lo que sería propiamente esa zona de restauración, que ya no está formada por calles sino por el espacio libre que dejan las furgonetas y los puestos de comida situados en los márgenes del recinto.

A la sombra de un frondoso árbol que queda aproximadamente en el centro de esta improvisada plaza hay esparcidas varias mesas de picnic donde la gente se sienta a comer (no necesariamente la comida comprada en los puestos). Los días soleados estas mesas están muy solicitadas, siempre hay gente merodeando mientras esperan a que alguna se libere. A los pies de otro árbol se acomoda un joven guitarrista que toca, con voz desencantada, baladas suicidas de rock y pop estadounidense.

Lonely Farm Products

Un autobús escolar amarillo típico americano hace de pared trasera de este puesto, situado junto a una de las puertas oficiales del mercado, a pie de Cedar St. Según la dependienta es lo más cómodo que han encontrado para transportar toda la verdura. El amarillo del autobús combina con esa escala de tonos tierra que predomina en el puesto durante esta temporada. La armonía de los colores es tan llamativa que uno se pregunta si eligen los productos por su estética. Aquí atienden un chico y una chica, ambos jóvenes, de no más de 35 años. Es un puesto grande (utilizan dos estructuras), dispuesto en forma de ele excepto por una mesita situada en el centro. Sobre ella hay un cartel blanco en el que se lee CCOF, Certified Organics, con un logo con un sol al lado, y cuatro cestos de mimbre llenos de cebolla. A modo de banderas de oración tibetanas cuelga, a lo largo de los dos toldos, una especie de guirnalda roja, amarilla y naranja. En cada trozo de papel hay una letra. En conjunto dicen: Lonely Mountain Farm. Además de este indicador, en cada extremo hay apoyados en el suelo unos carteles de madera con el nombre de la granja bajo un dibujo de un tren atravesando una especie de desierto. Las mesas de delante del autobús están cubiertas por una única tela granate. El resto de ellas por telas de saco. La mesa granate tiene dos filas de verduras. Algunas están colocadas en cajas de madera rústicas (naranjas, calabazas), otras en cestas de mimbre (hinojo, patata, cebolla, jengibre). En la parte central se sitúa la báscula electrónica con la que pesan las verduras. Delante de ella, dispuestos en forma de pirámide, hay unos botes de conserva de tomate al natural que hacen los dueños, convenientemente etiquetados. Las mesas de los lados exponen una sorprendente riqueza de variedades de Winter Squash (calabazas). Las hay verdes, amarillas, las típicas naranjas y redondas que estos días decoran casas, tiendas y despachos, cacahuete, alargadas, gordas, con motas, bicolors... Para guardarlas, se ha elegido también la combinación de cajas de madera y cestas. Como no es un puesto especialmente concurrido, es muy fácil pararse aquí cinco minutos a charlar con los agricultores y preguntarles dudas, cosa que hacen muchos de sus clientes.

Si nos entra hambre podemos elegir entre: pizzas cocidas al horno de piedra, crepes vegetales, pollos asados, comida india, comida mexicana (Santa Cruz debe ser de los lugares fuera de México donde haya más taquerías por metro cuadrado), batidos y zumos o el plato del día de la furgoneta metálica. En general los precios son altos y las raciones pequeñas. Quizás eso explique por qué es habitual ver a la gente sacando de sus bolsas sus propios tupperts.

Como dije, el tipo de interacciones que se dan en esta parte del mercado son de alguna forma diferentes al resto, dado que no es la relación compra-venta la que predomina. Diríamos más bien que es un espacio marcado por el encuentro. Y aunque no hay grandes grupos de gente sentados, como no lo hay en ninguna parte de esta ciudad (a no ser que sean vagabundos), sí que podemos ver gente sentada en los bordillos de las aceras charlando tranquilamente, algo casi imposible de contemplar en el resto de Santa Cruz, el *súmmum* de la concepción de la calle como espacio de tránsito.

3.5. La alimentación ecológica como espacio de puntos de vista

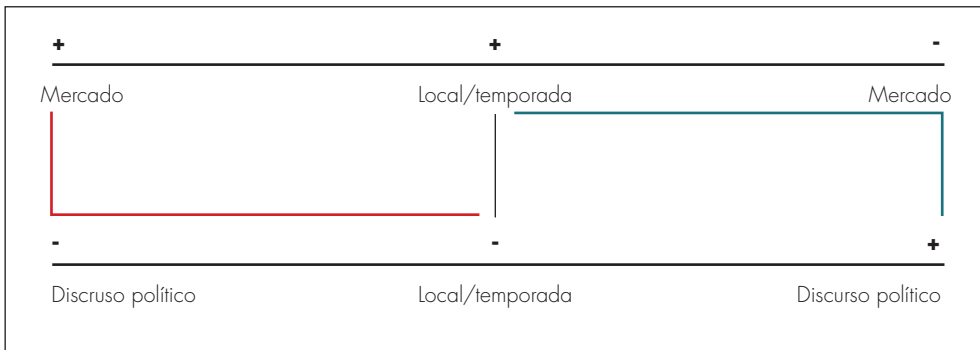
Teniendo en cuenta por un lado la multiplicidad de usos y concepciones de lo que en principio podría parecer una práctica única y, por otro, las limitaciones que estamos abordando para mantener una concepción del universo agroecológico como compuesto por dos bloques separados y contrapuestos, nos parece mucho más oportuno aproximarnos a esta realidad empleando una perspectiva relacional que ordene las posiciones en función de su semejanza y diferencia con respecto a otras existentes. Para ello vamos a servirnos del concepto de Bourdieu del espacio de puntos de vista.

Este tipo de planteamiento anti-esencialista nos permite comprender que no existe la alimentación ecológica y los diferentes puntos de vista sobre la misma, sino precisamente diversos posicionamientos sobre la misma articulados entre sí por relaciones de aproximación y rivalidad. Por tanto, el análisis de cada postura frente a la agroecología no puede hacerse en términos absolutos, sino poniéndola siempre en relación con otros puntos de vista que coexisten sobre esta cuestión²⁵. Por ejemplo, no podríamos comprender los discursos y prácticas de los agentes para los cuales la alimentación ecológica constituye una opción política sin ponerlos en relación con aquellos para los cuales no lo es.

Ya hemos visto a lo largo de estas páginas que existen diversas cuestiones en torno a las cuales disputan los diferentes agentes concernidos por la cuestión de lo agroecológico (consumidores, grupos y cooperativas de consumo, administración pública, agricultores, empresas certificadoras, industria transformadora, empresas de distribución, etc.). Partiendo de estos asuntos en juego (la definición de lo ecológico, la tensión entre salud/política, la tensión entre ecológico/local o la cuestión de mercantilización), podríamos trazar una tentativa de mapa en el que situar las diferentes posiciones y discursos en función de tres líneas diferentes: la que va del más al menos mercado (orientación al beneficio económico e inclusión en los circuitos de mercado convencional), la que va del más al menos discurso político (discurso explícito sobre los problemas sociales de la agricultura capitalista) y la que va del más al menos importancia de lo local y la temporada.

La cuestión de la salud y de lo ecológico no está recogida en el mapa ya que estos son componentes comunes a todas las posiciones del campo, es decir, su presencia/ausencia son poco significativas a la hora de diferenciar los discursos. Lo que varía en estos casos son las formas de concebir estos términos, la forma en la que se articulan con otros polos del discurso y la importancia otorgada a los mismos. En todos estos aspectos vamos a profundizar en los próximos capítulos.

25 No hemos de olvidar que las posiciones en el espacio de puntos de vista están en relación con las posiciones que ocupan los sujetos en el campo social amplio. Es decir, que un análisis de los puntos de vista para ser completo necesitaría remitir a las estructuras sociales relevantes para entender ciertas tomas de posición (por ejemplo posición que ocupa la persona en el campo cultural, político, económico/profesional...).



Cuadro 7. Espacio de puntos de vista de la alimentación ecológica

La línea roja representaría esa agricultura ecológica más convencional y «mercantilizada», y la azul la alternativa, la «transformadora», en la que se sitúa el trabajo de campo. Sin embargo, como hemos estado exponiendo, es difícil encontrar en este espacio estas posiciones tan «puras» y marcadas, especialmente para el segundo caso. Así como es evidente que la producción ecológica de un supermercado convencional está orientada al beneficio económico, no tiene ningún propósito rompedor y prescinde de lo local, muchos proyectos agroecológicos que han sido objeto de esta investigación tienen un carácter más híbrido (por ejemplo, aunque todos dotan de importancia a lo local y la temporada, la cooperativa de consumo o el proyecto hortícola se situarían hacia el medio en la línea del mercado; éste último también se situaría en el medio de la línea del discurso político).

Incluso dentro de lo que podríamos llamar los discursos alternativos, son múltiples los pequeños detalles que marcan diferencias entre los proyectos, y que articulan en este sentido nuevos espacios de puntos de vista. Algunos de estos serían: el tipo de implicación necesaria de los consumidores, la posición ante intermediarios y distribuidores, el modelo de crecimiento de los grupos, la implicación política deseable en otros movimientos y luchas, el alcance social (llegar a capas amplias de la población o moverse en un ámbito autoreferencial), la necesidad de «educar» a los consumidores en los motivos políticos del consumo ecológico, los modelos de organización y toma de decisiones, la necesidad de apoyar a agricultores profesionales frente a los jóvenes que experimentan con la producción ecológica o las formas de abordar las alianzas entre campo y ciudad. Parte del trabajo que nos hemos propuesto en esta investigación ha consistido en desentrañar las relaciones de competencia que se dan en torno a estas cuestiones, identificando las diferentes posiciones y trazando con ellas una mirada en la que se recoja la pluralidad de puntos de vista coexistentes.

CAPÍTULO 4

EL MOVIMIENTO AGROECOLÓGICO EN MADRID

El objetivo de este capítulo es trazar una breve historia del desarrollo del movimiento agroecológico en la ciudad en la que se asientan los grupos y cooperativas con los que he trabajado. Ésta es una tarea complicada tanto por la escasez de material sobre el tema desde una perspectiva amplia (más allá de las historias específicas de cada grupo), como, principalmente, porque como se ha podido comprobar en numerosas ocasiones en el trabajo de campo, esta historia es un objeto de lucha para muchos de sus protagonistas. Quiénes fueron los pioneros, por qué se dieron determinados conflictos, qué circunstancias condujeron a la creación o a la disolución de organizaciones, o cuáles son los verdaderos intereses de algunos colectivos, son cuestiones que han surgido en algunas ocasiones con tal pasión que daba la impresión de estar atendiendo a una verdadera batalla. Y mientras que algunos parecen estar un paso más allá de estos conflictos, otros aún los recrean en muchas de sus reuniones grupales. Quizás por ello, cuando se pregunta por estos asuntos la respuesta más común empieza con un *«cada uno te va a contar esto desde su perspectiva, según las experiencias que haya tenido»*. Lo cual es evidentemente cierto. Al igual que es evidente que esta exposición está condicionada por las personas a las que se ha tenido acceso y a las que no, por sus propias posiciones y por la reconstrucción que de ellas se ha hecho. Aun así trataré de presentar los diferentes puntos de vista sobre estas polémicas siguiendo la recomendación de Lenoir (1987) de estudiar a los agentes que llevan a cabo las luchas simbólicas y las estrategias que ponen en práctica sin pretender zanjarlas.

A pesar de las dificultades, este ejercicio puede ser una modesta contribución a una visión general del desarrollo de este movimiento en Madrid. Este pequeño recorrido histórico nos va a servir para presentar algunos de los debates y líneas de discusión del campo, a cuyo análisis nos vamos a dedicar en el resto de los capítulos: la importancia de las lógicas prácticas del consumo, la política como asunto en juego y la subjetividad como objeto de actuación y reflexión en estos espacios.

A partir de los documentos revisados y analizados a los que se ha tenido acceso y de las entrevistas mantenidas con diversos personajes «históricos» de la agroecología

madrileña, podemos aventurarnos a establecer tres etapas del movimiento agroecológico en Madrid.

4.1. Primera ola: los GAKs (1997-2000)

Parece existir un acuerdo en que los primeros grupos de consumo organizados fueron los Grupos Autogestionados de Konsumo (GAKs), que empezaron a funcionar en 1997 tras una reunión en Amayuelas (Palencia) organizada por la Plataforma Rural en noviembre de 1996. Antes de la fundación de esta Red de GAKs existían en Madrid algunos grupos de consumo y algunos espacios de adquisición de productos ecológicos que no estaban coordinados entre sí y cuya visibilidad era escasa.

A esa reunión acudieron miembros de diversos colectivos de movimientos sociales vinculados al movimiento Anti-Maastrich. En ella se puso de manifiesto la importancia de establecer vínculos entre los agricultores ecológicos y los consumidores urbanos para evitar la necesidad de exportar esa producción, y se dieron a conocer productores de Castilla y León que buscaban establecer un canal de venta directa en espacios urbanos para construir una red regional sobre la base de grupos de consumo.

Tras el encuentro, se puso en marcha este proyecto con diversos grupos de consumo en Madrid¹ y un productor de verduras en Burgos que coordinaba a otros productores de la zona. El modelo de funcionamiento de estos grupos es el que prevalece en muchos de los actuales: consumidores que se encargan de realizar pedidos a productores que reciben quincenal o semanalmente en un espacio que les prestan para la ocasión. Estos grupos funcionaban de forma autónoma y se coordinaban mediante la realización de una asamblea mensual a la que acudían representantes de cada uno de ellos. En otoño de 1997 elaboraron un tríptico de difusión con el que consiguieron la conformación de nuevos grupos. En él se definían como:

«Grupos de personas (o familias) que se organizan para comprar de forma diferente sólo alimentos de temporada; consumir alimentos de calidad, ecológicos; pagar un precio justo que valore el trabajo necesario y la forma de producir los alimentos; establecer relaciones directas entre agricultores/as y consumidores/as basadas en la confianza y la solidaridad mutua».

Durante sus primeros años paraban su actividad en verano, pero a partir de 1999 pudieron mantener la campaña anual. También en ese año centralizaron el reparto en dos únicos puntos de la ciudad: el centro social Seco y la Lavandería en Vallecas, asumiendo ellos la distribución interna.

Los principales problemas a los que se enfrentaban estos pioneros eran los relacionados con la cuestión logística, aspecto que aún hoy sigue siendo una de las claves que marca la vida de los grupos: búsqueda de locales, gestión de pedidos, alcanzar

1 A raíz de ese encuentro se establecen los grupos de Lavapiés, Vallecas, Canillejas, Hortaleza, Ekkaia y Frawen, a los que poco después se unen Estrecho y CAES.

volúmenes mínimos de compra para abaratar costes, búsqueda de productores y distribución interna (¿quién se hace cargo de los repartos: consumidores o productores?, ¿cómo generar ingresos suficientes para dar continuidad a los repartidores?, ¿todos los grupos han de contribuir por igual al transporte independientemente de su tamaño?, ¿cómo mantener una continuidad en el volumen del consumo que no repercuta en el precio del transporte?). Por esta razón siempre se menciona que la autogestión del consumo exige un importante esfuerzo organizativo y participativo.

Todas estas cuestiones adquieren además en estos grupos una dimensión no solamente práctica sino también ideológica, por las repercusiones que tienen en el tipo de consumo responsable que se trata de promover. Así, por ejemplo, los criterios de elección de productores y las formas de afrontar los conflictos con ellos, son decisiones que implican un determinado posicionamiento político. Éstas pueden pasar por apoyar a pequeños productores o a productores que vendan en grandes superficies, por cambiar de productor cuando hay problemas con la cosecha o mantener el compromiso de apoyo, etc. En esta línea, una de las características de este campo es ese doble nivel en el que se suelen desarrollar las reuniones y asambleas de los grupos: el más puramente práctico/logístico y el ideológico/político; aspecto que es uno de los núcleos a partir del cual se van a desplegar muchas de las reflexiones que ha suscitado esta investigación.

«*Nosotros entramos en esto por política*», me comentaba una de las asistentes al encuentro de Amayuelas. Otro de ellos aclaraba que fueron dos las líneas ideológicas que se discutieron y asentaron en estos primeros GAKs. Por un lado, lo relativo a los canales cortos de comercialización y a las alianzas campo-ciudad: asegurar un precio justo a los agricultores, que no se exportara la producción, «*que nuestro dinero fuera a parar a los pueblos y no a supermercados o al Corté Inglés*»... Como se lee en un documento elaborado durante la época: «*La relación de los GAKs con sus proveedores no es sólo una relación de compra-venta, se trata de una relación política (...) que se preocupa de la transformación de la relación productor-consumidor y de nosotros mismos como consumidores*».

Esa relación entre productores y consumidores debía estar marcada por el apoyo mutuo, y partir de que «*el desarrollo de la producción agroecológica de alimentos sólo es posible desde el compromiso de redes de distribución urbanas que aseguren un volumen de compra y unos precios justos a los productores*» (Ruíz, de Cabo, Gracia et al. 2006:116).

La segunda línea ideológica era la importancia de la autogestión como propuesta anticapitalista y, por tanto, la comprensión de la participación en la Red de GAKs como una forma de militancia. Aunque todos los grupos compartían este planteamiento, se abría aquí una línea de debate entre si la autogestión del consumo era una forma de militancia que se bastaba a sí misma, o si era necesario que el movimiento agroecológico participara de forma activa en otro tipo de luchas o se encaminara a acciones más allá de la propia gestión de sus pedidos. Defensores de la segunda postura, desde el GAK del CAES se sostenía que: «*nuestra actividad se enfrenta a las políticas del capitalismo global y a su efectos en la forma de alimentación. Sin unir ambas cosas, sólo tenemos el interés individual de agru-*

parnos para comer mejor» (Ruíz et al., 2006:123). Como veremos, esta polémica persiste aún en el movimiento agroecológico.

En estos años se crean en la región otras cooperativas de consumo que siguen hoy en funcionamiento como el Cantueso o Ecosol. Esta última cuajó a partir de movimientos higienistas y naturistas, y tomó como modelo proyectos enmarcados en otras áreas del Estado con mayor desarrollo de la agricultura ecológica.

A nivel estatal, aunque existía desde 1989 el Consejo Regulador de la Agricultura Ecológica, ésta tenía todavía una posición muy marginal. Según uno de los fundadores de Ecosol, fueron los grupos de consumo los que abrieron el mercado ecológico, que en esos años era prácticamente inexistente a nivel interno, a excepción de regiones como Andalucía, Euskadi o Cataluña, donde los propios productores habían impulsado este tipo de consumo en las ciudades. Estos primeros grupos crearon una Coordinadora Estatal, que posteriormente se fue desgajando a nivel regional, en la que se discutieron una serie de criterios mínimos comunes para establecer lo que podía ser considerado como producción ecológica.

Otro debate que todavía tiene importancia en el campo y que ya se esbozaba en estos primeros años tiene que ver con cómo incorporar a más sectores sociales sin degradar los principios políticos de estos colectivos, algo que se suele expresar en la oposición simbólica entre el *«consumidor concienciado»* y el *«eco-yuppie»*. ¿Cómo conseguir que otras personas se unan a nosotros sin ser clientes?, ¿cómo transformar la subjetividad del consumidor?, ¿cómo extender el consumo ecológico más allá de la clase media/alta? Estas preguntas eran fundamentales para los grupos porque experimentaban una disminución progresiva de su tamaño. La pérdida de participantes dificultaba el funcionamiento de la red y suponía que menos personas tuvieran que asumir todas las tareas de gestión, con el desgaste que esto conllevaba. Si algo había claro era que para asegurar su propia reproducción era necesario crecer. El debate residía en el modelo de crecimiento que resultaba más adecuado y en el tipo de gente de la que debían nutrirse.

Aunque en esta época todavía era poco frecuente escuchar estos discursos alimentarios en los colectivos políticos, es necesario destacar la vinculación que ha tenido desde el principio el movimiento agroecológico con el espectro amplio de los movimientos sociales de la ciudad, lo cual hace que muchas de sus dinámicas estén marcadas por las relaciones existentes en ese marco social. Según Vivas (2010) esto reflejaría la necesidad que muchos activistas tenían de buscar alternativas en lo cotidiano, más allá de las campañas de movilización política en las que participaban. Aun así, desde ciertas posiciones, la alimentación sigue considerándose hoy como una lucha menor, frente a movilizaciones basadas en reivindicaciones de clase que apuntan hacia el ámbito productivo estrictamente hablando. Comentaba en una entrevista un miembro de una cooperativa que sus amigos al principio no entendían la cantidad de horas que dedicaba a ella *«porque les parecía algo así como menos importante, como que lo importante era otra cosa, esto era secundario, que la lucha era la lucha y estaba donde estaba. El MST sí lo veían mejor porque era más de estar en la calle pero lo de cultivar...»* Ante esto hay quien afirma que:

El dogmatismo obrerista y productivista otorga a la condición del asalariado una milagrosa conciencia revolucionaria y desconsidera las reivindicaciones transversales (alimentación, género, ecologismo...) como si estas reivindicaciones no constituyeran la trama cotidiana de la clase obrera. Ambos prejuicios explican el absentismo de dicha izquierda en la construcción de una subjetividad antagonista en múltiples aspectos de la vida cotidiana de la clase trabajadora (Morán, 2006).

La aparición de estas concepciones de lo político ligadas a lo cotidiano y lo reproductivo, que implican una necesaria reconstrucción de las subjetividades, es uno de los temas centrales de esta investigación.

4.2. Segunda ola: las cooperativas integrales y las redes de coordinación (2000-2008)²

En esta etapa, de especial agitación, comienza a consolidarse un movimiento agroecológico fuerte en la ciudad.

La Red de GAKS, compuesta por aquel entonces por unas 60 familias, se encuentra con el problema del abandono del proyecto por parte del agricultor que les proveía, lo que condujo a la disolución de la red de productores con la que trabajaban. A partir de ese momento contactaron con agricultores de la zona de la Vera e intentaron potenciar la creación de otra red de productores en esa región.

Por otro lado, en el año 2000 nace Bajo el Asfalto está la Huerta (BAH), un modelo de cooperativa unitaria (producción-distribución-consumo), que tuvo durante esta época un papel protagonista, adquiriendo una posición dominante en el campo de los movimientos agroecológicos de la ciudad. A diferencia de los GAKs, este tipo de cooperativa integra en su seno a los consumidores, organizados en grupos, y a los productores, que conforman el «grupo de trabajo». En este caso los consumidores no realizan pedidos a los productores, sino que el grupo de trabajo reparte semanalmente la cosecha entre todos los grupos de la cooperativa (lo que se conoce como *cesta cerrada*). Cada consumidor contribuye con una cuota fija mensual, determinada en asamblea e independiente de la cantidad o calidad de la cosecha recibida, y debe comprometerse con el proyecto un mínimo de tiempo (una o dos temporadas agrarias).

En los años posteriores, como veremos, el modelo del BAH se replicó en otras cooperativas. Éstas tuvieron un calado especial en el sector «autónomo» de los movimientos sociales madrileños, al estar muchos de sus miembros vinculados a colectivos políticos pertenecientes al mismo. En un libro publicado por dos miembros del BAH explican que, aunque se trataba de incluir a personas no militantes, en los primeros años de la cooperativa abundaban *«los simpatizantes de la órbita autónoma, libertaria o de la izquierda más o menos radical relacionada con los nuevos movimientos sociales»* (López y López, 2003:203).

2 Esta fecha no tiene un carácter cerrado. El final de esta etapa y el comienzo de la siguiente podría ubicarse en el abanico entre 2008 y 2010.

El BAH lo crean personas vinculadas a la Asociación Malayerba de la facultad de Biología de la Universidad Autónoma. En un principio formaron un grupo de debate y reflexión sobre autogestión y territorio al que llamaron Bajo el Asfalto está la Huerta, en el que convergían militantes de cuatro movimientos sociales: okupación, ecologismo, cooperativismo y estudiantil (López y López, 2003). De este grupo nacieron varios proyectos, uno de ellos la cooperativa integral³.

Esto sucedía en un contexto general en el que muchos colectivos de ese sector autónomo empezaron a apostar por la creación de cooperativas. Así lo relataba uno de los integrantes de este primer grupo del BAH:

«En el movimientos autónomo, libertario empezaba a haber cierta necesidad de proyectos más estables, más de fondo, que trabajasen más creando espacios sociales y articulando redes de cooperación, pero también proyectos en el cotidiano, que en el cotidiano generasen otras formas de vida, y a partir de ahí nos gustaba mucho este lema: «si no vives como piensas acabarás pensando como vives», que creo que es una frase que resume bien... y ese es el momento en el que había un boletín que se llama Molotov que luego se transforma en Diagonal, es el momento en el que se crea Traficantes de Sueños, es un momento en el que hay un cambio fuerte por ejemplo en la Escuela de la Prospe y se empieza a meter mucha gente moderna y cambian de centrarse en educación de adultos para empezar a abrirse a población inmigrante, otro proyecto importante que era la Biblio que trabajaba con población inmigrante, que podía ser el embrión de lo que luego fueron las ODS. Como que era un momento en el que nos bullía eso, y a nosotros nos molaba lo agrario y entonces dijimos, pues venga, esta propuesta de okupar este espacio puede ser una oportunidad para generar un modelo alternativo en el que la población gestione el espacio».

En una entrevista con un miembro de otra cooperativa similar, Surco a Surco, él afirmaba que las tres patas que sostuvieron estos proyectos fueron el apoyo mutuo, la autogestión y la agroecología. En ese orden. Esto es, que la cuestión de la alimentación en sí, no tenía entonces un papel tan central:

«Casi te diría que la alimentación es la que menos peso tenía, que la gente que lo creó a lo que le daba mayor importancia era a todo el tema de la horizontalidad, de la gestión colectiva, del apoyo mutuo...que el venir de la precariedad de la lucha contra el sistema pues hace que sea importante este tipo de trabajo colectivo. Casi más que la agroecología diríamos el campo, porque la agricultura ecológica al final... Sí, yo creo que fue el campo lo que le dio mucha fuerza a estas cooperativas, en comparación con otras cooperativas que se crearon en su momento, que eran también potentes pero al dedicarse a otras cosas, a servicios y demás, pues seguían dependiendo mucho de subvenciones y de contratos y... Son experiencias muy interesantes pero yo creo que estas cooperativas

3 Otro fue los Apisquillos, que siguen siendo referentes en ganadería ecológica en la sierra madrileña.

fueron muy fuertes sobre todo en cuanto a que el estar en el campo, el trabajar temas de cultivo, te daba mucha libertad, te permitía seguir siendo muy autónomo».

Esto es algo que se refleja también en los proyectos iniciales de estas cooperativas. Por ejemplo, el primer fundamento que se recoge en la propuesta para la creación de Surco a Surco es la autogestión, planteada como medio para «*superar los valores y costumbres capitalistas que tenemos interiorizados*». Del mismo modo, el BAH ordena sus principios básicos de esta manera: cooperación, autogestión, asamblearismo, autonomía, anticapitalismo, agroecología y relaciones con otros movimientos sociales.

El 18 de marzo de 2000, unas 150 personas procedieron a okupar las que serán las primeras tierras del BAH. Según uno de sus protagonistas, este acto fue «*más político que otra cosa*». Antes de la okupación, los miembros del colectivo se habían puesto en contacto con otras organizaciones para recabar apoyos. Así lo recordaba uno de sus miembros:

«Era gracioso porque llegábamos y decíamos, mirad, vamos a crear una experiencia productiva, no sabemos producir, no tenemos ni siquiera herramientas, y no os vamos a decir dónde, vamos a conseguir la tierra porque la vamos a okupar, ni siquiera os vamos a decir cuándo, pero sí queremos que nos apoyéis y nos dejéis dinero porque necesitamos invertir, entonces luego el dinero os lo devolveremos con el producto de la huerta, que era bastante improbable...unos chavales que...pero el caso es que nos apoyó una cuanta gente.»

Uno de esos apoyos básicos lo recibieron de la Red de GAKs, que compartió con ellos su infraestructura de distribución. Además, varios de los grupos de la Red se integraron como grupos de consumo de la cooperativa unitaria, solapándose así la distribución del BAH con la de los agricultores de la Vera. Este solapamiento suponía dificultades a sus miembros por la doble militancia a la que estaban sometidos. Pero, sobre todo, planteaba problemas a algunos grupos por los diferentes puntos de vista que existían sobre las formas y los contenidos del consumo agroecológico en cada organización, lo cual condujo al abandono del proyecto BAH por parte de algunos GAKs. Sin embargo, en tanto que muchos otros grupos seguían participando en la cooperativa, los problemas se mantuvieron. Finalmente se produjo una ruptura en la Red de GAKs con el abandono de los grupos de Hortaleza y CAES.

Más adelante, el resto de GAKs decidieron cambiar su nombre por el de Red Autogestionada de Consumo (RAC). Actualmente la RAC está compuesta por 7 grupos. Del GAK del CAES nacerá en 2007 la cooperativa de consumo La Garbancita Ecológica, que agrupa varios GAKs que se crearon posteriormente, grupos de consumo y consumidores individuales.

Los principales puntos de tensión entre el BAH y la Red de GAKs eran el trato y la priorización de los productos de la Vera, la gestión del transporte y de la distribución, la participación en otros ámbitos de movilización y, a otro nivel, las formas de crecimiento y la necesidad de mantener el debate sobre las diferencias entre produc-

tores y consumidores. Vamos a examinar estas dos últimas cuestiones dado que nos introducen en importantes debates del campo.

En las cooperativas integrales se trata de «igualar» la posición de consumidores y productores, rechazando incluso el uso de estos términos, al integrar a ambos en la misma estructura. El BAH aboga así por la corresponsabilidad producción-consumo, buscando *«un modelo de organización e identidad unitarias que supere la falsa separación de intereses entre productores y consumidores»* (López y López, 2003). Esto se traduciría en que todos se hacen igualmente responsables del funcionamiento de la cooperativa, sin distinguir, aparte del trabajo en la huerta, entre tareas propias de cada uno.

Frente a esto, hay quienes sostienen que es necesario el reconocimiento de las especificidades de ambas partes, en tanto que *«creer que eliminando de nuestro lenguaje la dicotomía productores-consumidores se disuelve la fractura construida durante siglos entre campo-ciudad es una fantasía»* (Ruíz et. al, 2006:110). De hecho, algunos actores criticaban a las cooperativas unitarias el hecho de que en ellas el apoyo mutuo solía tener una dirección prioritaria del consumo hacia la producción: *«Esta desaparición dogmática sólo sirve para impedir que afloren las diferentes dinámicas y necesidades existentes entre productores y consumidores, estableciendo una relación de subordinación estructural de la red de consumidores hacia la cooperativa de productores»* (GAK CAES, 2002)⁴.

Desde la posición del GAK del CAES, los *«productores profesionales»* han de encargarse de la autogestión de su producción, mientras que los consumidores han de hacerlo sobre la parte relacionada con los pedidos, el transporte y la distribución; estableciendo entre ellos relaciones de apoyo mutuo que partan del reconocimiento de las especificidades de los problemas cotidianos de cada parte (Ruíz et al., 2006).

Esta posición se explica, entre otras razones, por los problemas en la calidad y la cantidad de las verduras producidas en algunas cooperativas unitarias, que se daban debido a la dinámica de continua reposición del grupo de trabajo, y/o a la falta de pericia de sus miembros (sobre todo en sus primeros años). Aunque esto varía en función de los grupos y de sus épocas, es habitual escuchar quejas de los consumidores de estas cooperativas acerca del estado de sus cestas (*«se produce más ideología que verduras»*, *«parece que estás apadrinando un huerto»*). Incluso uno de los fundadores del BAH, recordaba con cariño que en las primeras asambleas bromeaban con que el grupo debía llamarse *«lechugas a talego»*, porque definía a la perfección la clave de la transacción que se realizaba.

En el debate del crecimiento se enfrentan dos modelos. El primero apuesta por la inclusión del mayor número posible de consumidores para poder crear un movimiento organizado de consumo agroecológico y absorber la producción de estos agricultores. En el segundo, el número de consumidores está limitado por los re-

4 GAK del CAES: La crisis de los GAKS <http://www.caesasociacion.org/index.php/archivo/1281-lacrisisdelosgaks>

querimientos del modelo organizativo, estableciendo un máximo de personas para que la toma de decisiones pueda seguir siendo horizontal y la asamblea operativa. Este modelo, propio de las cooperativas unitarias, para los defensores de la primera perspectiva, no resuelve el problema de los pequeños productores ecológicos que siguen teniendo que exportar sus productos, con el despilfarro energético añadido, y produce espacios «*autoreferenciales*» que no consiguen trascender el núcleo de los movimientos sociales. Para los segundos, el primer modelo pone en jaque la horizontalidad y la participación democrática de los miembros en la gestión del grupo.

Para salvar estas tensiones entre tamaño y horizontalidad, en determinado momento el BAH apuesta por una forma de crecimiento que consiste en multiplicarse creando diferentes cooperativas unitarias autónomas. De aquí surge en 2002 Surco a Surco, y más adelante, el BAH Galápagos, el BAH San Martín, el BAH Alcarria y el BAH Valladolid. Según uno de sus miembros, en 2005, había catorce grupos en todo el Estado que funcionaban con este modelo.

Otro de los hitos fundamentales de esta etapa fue la creación, a finales de 2001, de la Coordinadora de Grupos de Consumo Agroecológico de Madrid, que buscaba gestionar compras comunes y difundir el consumo agroecológico. En ella participaban Asalto de Mata, Ecosol, el Cantueso, la Dragona, Redes, RAC, Subiendo al Sur, el GAK de Hortaleza, el GAK del CAES, y posteriormente, la Eskalera Karakola. Ésta jugó un papel activo en el área de agroecología del «*Movimiento contra la Globalización, la Europa de la Guerra y el Capital*» que se puso en marcha entre enero y junio de 2002, coincidiendo con la presidencia europea de turno por parte del gobierno español. Uno de los objetivos de la coordinadora, tal y como se recoge en un documento de 2002, era «*permear el movimiento anti-globalización con contenidos de agroecología y consumo*». Esto coincide con los intentos que se dan en esta época de introducir el discurso agroecológico en el mapa de los movimientos sociales, para lo cual las diferentes acciones relacionadas con la alimentación y la agricultura ecológica que llevaron a cabo las cooperativas unitarias en las «*Semanas de Lucha Social*» de aquellos años, o las jornadas y cursos de formación que se impartieron, fueron también fundamentales.

En 2005 hubo una crisis en la Coordinadora de Grupos, tras la que se disolvió y se reorganizó sin alguno de sus miembros. Actualmente sigue en funcionamiento pero sólo quedan en ella tres grupos: Ecosol, Cantueso y Tres Cantos. El debate principal que llevó a esa quiebra tenía que ver con la implicación de esta organización en otras luchas políticas, asunto que, como hemos dicho, flotaba desde el principio en estos colectivos. Mientras que para algunos era necesario la participación activa como Coordinadora en diversas movilizaciones, para otros la participación política en el propio grupo de consumo era demasiado desgastante como para incidir en otras áreas. En uno de los grupos se aseguraba, por ejemplo, que «*esta forma de consumo es para algunas personas un esfuerzo más que suficiente de transformación*». Por otro lado, los ritmos de la toma de decisiones asamblearia en colectivos formados por gente tan heterogénea, no cuadraban con las urgencias que requerían ciertas decisiones de movilización.

Pero la Coordinadora siempre se concibió como una organización política que ponía en evidencia *«nuestro papel como consumidores y ciudadanos legitimando el consumismo irracional de la sociedad actual»*. En esta línea, uno de sus miembros afirmaba que *«los votos en el supermercado son más decisivos que los que depositamos en las urnas»*. Aparecen aquí algunos de los debates que giran en torno a la posibilidad de un consumo político y a las diferentes formas de entender la praxis política en los que vamos a profundizar posteriormente⁵.

El contexto político nacional de aquel entonces afectó también a las relaciones y dinámicas que se establecieron en los movimientos agroecológicos⁶. La llegada del PSOE al Gobierno en 2004 generó, según algunos actores, un escenario político en el que muchos movimientos sociales relajaron su discurso y posiciones. Para los miembros del GAK del CAES este hecho se vio muy reflejado en las campañas del movimiento contra los transgénicos y afectó también a las dinámicas de la Coordinadora.

Por otro lado, en estos años comienza a impulsarse la agricultura ecológica a nivel estatal dentro de los parámetros del mercado convencional, lo cual también va a incidir en las formas que toma este movimiento alternativo y en los debates que en él se establecen. En 2005 el Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación (MAPA) empieza a diseñar una estrategia para fomentar el consumo de alimentos ecológicos, reuniéndose con diferentes actores implicados en este campo (aunque en estas reuniones el consumo ecológico autogestionado se vio poco representado). El modelo de consumo ecológico que se promovía desde el MAPA era, sin embargo, muy diferente al que proponían estos grupos. Con el crecimiento de la producción ecológica que sigue los canales convencionales de comercialización, y la promoción de la misma por parte de las administraciones públicas con discursos basados en la vida saludable y el desarrollo sostenible, se intensifica la necesidad de diferenciación por parte de este movimiento alternativo, al tiempo que toman fuerza los debates sobre la venta en supermercados o tiendas, la entrada en el circuito de certificación ecológica, la importancia de lo local y la temporada, el tipo de consumidores a los que se dirige la producción ecológica, o el precio de estos productos.

4.3. Tercera ola: la explosión de los grupos de consumo (2009-actualidad)

En esta última etapa se consolida el mercado de productos ecológicos enmarcado en las lógicas del sistema alimentario convencional. En 2011 el valor de la producción ecológica en origen se situó en España en torno a los 813 millones de euros. Según los

5 En cualquier caso, no fueron sólo cuestiones ideológicas las que condujeron a la quiebra de esta organización. Las dinámicas relacionales entre personas concretas, las diferentes formas de hacer y decir, los diferentes intereses personales, etc. afectan igualmente a estos colectivos y a sus ciclos vitales.

6 Algo que también está ocurriendo en la actualidad, con el cambio en la composición del gobierno municipal y autonómico.

últimos datos publicados por el Ministerio de Agricultura⁷ entre 2001 y 2012, el número de operadores se duplicó, pasando de 14.000 a 32.000. El número de elaboradores, que en los 2000 era prácticamente inexistente (566), asciende actualmente a los 3000, lo cual nos da una idea del desarrollo de la industria de transformación de productos ecológicos (mayoritariamente la relacionada con la producción vegetal).

Por otro lado, en las últimas reformas de la PAC se empiezan a incluir ciertas líneas de acción centradas en la «modernización ecológica» del sistema alimentario convencional. La apertura de estas líneas de ayuda y subvenciones supone un estímulo tanto para el establecimiento de nuevos productores, como para la conversión de agricultores convencionales en agricultores ecológicos. Sin embargo, aunque hoy España es el quinto país en superficie dedicada a la producción ecológica, es al mismo tiempo el tercer exportador de materias primas y productos ecológicos (destinados la mayoría a los mercados europeos). Es decir, que si bien el mercado interno de productos ecológicos está creciendo, todavía no alcanza los niveles ni las características de los que se consideran los principales países consumidores. La necesidad de potenciar el mercado interno para estos alimentos ha llevado a diferentes campañas de difusión del consumo ecológico por parte de las Administraciones Públicas, al mismo tiempo que es cada vez más frecuente encontrar gamas de productos ecológicos en supermercados convencionales.

Este hecho nos lleva de nuevo a ese debate primigenio sobre qué puede considerarse un producto ecológico, y plantea a estas iniciativas el reto de cómo potenciar sus propias redes y evitar que se imponga un consumo ecológico que no cuestione los principios del sistema agroalimentario capitalista (que, como dicen en la Garbancita Ecológica, «*se trata de un crecimiento que contiene casi todos los paradigmas de la producción industrial menos los agrotóxicos*»). Por ejemplo, en la RAC comentaban que había sido necesario crear una serie de criterios de elección de productores en los que el precio fuera en último lugar dado que, en los últimos tiempos, era frecuente que ciertos consumidores sugirieran el cambio de proveedor cada vez que encontraban productos más baratos, rompiendo así con los principios de apoyo y fidelidad a los agricultores que plantean los GAKs desde sus inicios.

La consolidación de este mercado coincide con un cambio de equilibrio en el campo agroecológico «alternativo», que es lo que, según nuestro criterio, diferenciaría esta etapa de la anterior. De proyectos más vinculados a la autogestión y los movimientos sociales autónomos, con un carácter político muy marcado, a la proliferación de grupos de consumo, no vinculados a estas redes previas, en los que la cuestión de la alimentación toma el papel relevante. Es decir, que aunque las cooperativas unitarias siguen funcionando, pierden su papel protagonista, y los nuevos proyectos que aparecen se enmarcan

7 Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medioambiente: «*Caracterización del sector de la producción ecológica española en términos de valor, volumen y mercado. Septiembre 2012*» Disponible en: http://www.magrama.gob.es/es/alimentacion/temas/la-agricultura-ecologica/Actualizaci%C3%B3n_Caracterizaci%C3%B3n_Sector_P_Ecol%C3%B3gica-Sept.2012-Informe_Final_definitivo_-Web-.20.11.12_tcm7-232360.pdf_tcm7-232360.pdf

en la línea de grupos de consumo. Tal y como explican todas las personas entrevistadas, hoy existen muchísimos modelos de consumo agroecológico en canales cortos y con un planteamiento de transformación social, y mientras mantengan esas coordenadas mínimas, todos se consideran *«igualmente válidos»*. Como decía un miembro de Ecosol:

«hay cajas, hay consumo militante donde tienes que echar muchísimas horas y comer-te sólo lo que haya en el huerto, hay grupos de consumo que se organizan para diferentes productores... Hay incluso tiendas que han montado personas que provienen de los grupos de consumo. Hay biodiversidad y eso es importante».

Aunque las formas de organización puedan ser similares, son diversos los discursos del campo que justifican la existencia de estos grupos. Desde aquellos enmarcados en los ámbitos más insurgentes que practican un *«consumo combativo»* como forma de revolución anticapitalista, hasta aquellos situados en los ámbitos de la antiglobalización y las organizaciones internacionales para la defensa de los campesinos. Del mismo modo, como comentamos, existen otra serie de detalles que diferencian a actores que parecen muy cercanos en el campo, como estar dispuestos a colaborar con instituciones públicas, la defensa de la necesidad de empresas intermediarias, la formación de los precios, la labor de concienciación de los consumidores...

Más o menos en estas fechas empiezan a darse algunos problemas importantes en el BAH que llevarán al abandono del proyecto del grupo de trabajadores de la cooperativa. Posteriormente, algunos de ellos crearán otras cooperativas como Me Planto o A Casco Puerro, todas ellas ubicadas en Perales de Tajuña que sigue siendo actualmente uno de los enclaves agroecológicos más importantes de Madrid. Uno de sus miembros relataba así la crisis de aquellos años:

«En 2006 o así empezaron ya debates.... se perdió esa capacidad y en mi opinión personalísima empezó a haber un poco más debates desde.....unos principios ideológicos....más desde un....Nos entró un poco más de miedo a la creatividad, al no tener referentes quizás. Yo lo digo así y otra gente diría que el BAH se empezó a desviar y que tenía una deriva... ¿cómo se dice? No reaccionaria....Reformista. Cogió una deriva reformista porque no tenían las cosas claras».

A este respecto, un miembro del SAS afirmaba:

«Creo que morimos de éxito (las cooperativas), como que en un momento fue tal la explosión, tanta gente que quería entrar en ellas, unas listas de espera interminables, y tenías esa fuerza, pero empezamos igual a mirar más hacia fuera que hacia dentro, que es normal también pero no supimos ver qué nos estaba pasando. Y empiezas a meter a gente, para que crezca, pero igual la gente...»

Algunos de los miembros más veteranos de los grupos y cooperativas coinciden en que en este momento se produjo un cambio en las motivaciones dominantes de aquellos que se unían a sus organizaciones:

«Hubo como una primera oleada de gente preocupada por el tema de la autogestión y del trabajo político digamos, mucha de esa gente ya no está. La gente que entra ahora a los grupos viene sobre todo preocupada por el tema de la alimentación sana, ven las verduras más que nada. De lo otro poco» (miembro del SAS).

«De hecho en el BAH como que estaba más acostumbrada a ese entorno más politizado, más concienciado, pero sí es verdad que los últimos años del BAH también iba llegando gente, como se puso tan de moda la alimentación ecológica, rollo herbolario, alimentación sana, soberanía alimentaria...entonces mucha gente que empezó a venir mucho por el tema sólo de la alimentación y no tanto la ideología política» (ex miembro del BAH).

Lo cual coincide a grandes rasgos con la contraposición que hacen en la RAC entre los grupos veteranos y los grupos nuevos.

Esto no conlleva de por sí la desaparición del componente político en estas agrupaciones. Tengamos en cuenta que muchas de estas estructuras siguen implicando un trabajo fuerte de autogestión y toma de decisiones horizontales (independientemente de lo que motive a sus miembros a unirse a ellas), y que, además, el discurso de la soberanía alimentaria y el apoyo a los pequeños agricultores locales sigue ocupando un lugar central en la gran mayoría de estas organizaciones.

Una persona vinculada al BAH desde hace muchos años planteaba la posibilidad de que la agroecología hubiera dejado de concebirse como la palanca de movilización política frente a otro tipo de luchas en las que se involucraban los miembros de la cooperativa a través de su participación en otros colectivos. Al haber planteado la alimentación como actividad política pero no pública (por las escasas acciones de visibilización y la poca implicación como colectivos agroecológicos en luchas transversales), la autogestión de esta parcela de la cotidianeidad o la adquisición de los alimentos fuera de los circuitos capitalistas clásicos, se vuelve para muchos una parte fundamental del «deber ser» de una persona crítica con el sistema, pero no se está dispuesto a invertir el tiempo y el trabajo que requieren esas cooperativas para su reproducción, dado que se milita en otro tipo de colectivos cuyos contenidos se considerarían más relevantes en el momento político-social actual (denuncia al capitalismo financiero, defensa de los servicios públicos, modelos energéticos alternativos, exclusión social y precariedad por los recortes...). Esta cuestión nos introduce de lleno en el debate sobre lo político que impregna la agroecología y que vamos a analizar en capítulos posteriores.

Quizás para comprender este giro sea también importante tener en cuenta la conexión de la alimentación (ecológica) con la centralidad que adquiere el ideal de la vida saludable al que nos hemos referido en el segundo capítulo. En este sentido es interesante señalar que algunos de estos grupos y cooperativas cuentan con una línea de acción encaminada hacia la educación alimentaria de niños y jóvenes, y colaboran en ocasiones con algunos programas de nutrición y educación implementados en las escuelas por parte de la administración pública y organismos privados (como el programa SI o las campañas de prevención de la obesidad

infantil del Ministerio de Sanidad). Estos consisten tanto en acciones de formación en alimentación saludable y agroecología como en introducir productos ecológicos en los menús escolares.

En cualquier caso, lo que interesa recalcar en esta etapa es esa transición hacia otro modelo de funcionamiento, donde además de cooperativas y grupos de consumo autogestionados (que siguen siendo activos y creciendo)⁸, empiezan a destacar grupos en los que la implicación del consumidor en las tareas de gestión se reducen al mínimo (en muchas ocasiones a preparar y recoger la cesta de productos). Esto se vuelve posible gracias a dos vías: la vinculación a un productor de cesta cerrada y la profesionalización de la gestión. Esta última puede tomar la forma de una central de compras, en la que se libera a algún miembro del grupo para que se responsabilice de esta cuestión, y/o de la vinculación a proyectos de distribución.

En cuanto a la primera de estas vías hemos de tener en cuenta que la crisis de este modelo capitalista, ha potenciado un movimiento de jóvenes que arriendan o recuperan tierras familiares en desuso para iniciar proyectos de producción agroecológica. Estos proyectos necesitan de grupos de consumo en el entorno para dar salida a sus productos y garantizar su viabilidad. Muchos de estos jóvenes agricultores mantienen el modelo de cestas cerradas de las cooperativas (donde no hay decisión sobre los productos), pero se vinculan de otra forma a sus grupos de consumo, sin participar en estructuras comunes de coordinación y gestión (lo cual no implica que no se reúnan puntualmente, que no mantengan el contacto directo, o que los consumidores no acudan a las huertas a conocerlas y a colaborar en algunas tareas).

La distribución ha sido otro de los nichos de empleo para algunos miembros del ámbito de los movimientos agroecológicos, que han intentado crear redes de productores en zonas cercanas a Madrid para poder ofrecer sus productos a los grupos de consumo, encargándose ellos del contacto con los agricultores y facilitando así la tarea a los consumidores. Algunos ejemplos de estas estructuras de distribución serían Madrileñam, Las Colmenas o Tierra de Ojos Verdes. Esta tendencia, que ha crecido en los últimos años, adquiere en este ámbito un significado especial por la polémica que rodea a la figura del intermediario. No olvidemos que uno de los principios básicos que animaron a la creación de las redes alimentarias alternativas era precisamente potenciar el contacto directo entre productores y consumidores. Aun así, algunos de estos proyectos de distribución tratan de mantener los principios básicos de los canales cortos de comercialización, facilitando la labor no sólo a los consumidores sino también a los productores (aunando pedidos, pagos y liberándolos del transporte y entrega...).

Éste es el caso de la Ecomarca, cuyos miembros llevaban años vinculados al consumo ecológico autogestionado. En una entrevista con uno de sus trabajadores, éste

8 El BAH de Perales, el BAH San Martín, Surco a Surco (SAS), Me planto, A casco puerro a nivel de cooperativas unitarias que siguen funcionando en Madrid. A la RAC también se han unido grupos nuevos en los últimos años y siguen organizando jornadas de difusión. Los GAKs se concentran en la cooperativa de consumo La Garbancita Ecológica y siguen creándose nuevos grupos.

comentaba cómo, tras una primera etapa de recelo, los grupos fueron poco a poco aceptando este proyecto entre otras razones por el esfuerzo que hicieron por crear una figura de distribución diferente a la convencional:

«Una cosa que hemos hecho bien, es ser lo más respetuosos posibles con el proceso de soberanía alimentaria y la red de grupos de consumo de Madrid. La parte que más importante nos parecía era cambiar la figura de la intermediación. Aquí los proveedores siempre fijan los precios, nosotros no regateamos y somos totalmente transparentes con lo que nos llevamos. Otra parte importante es que se sepa quién es el productor y se le pueda contactar. Los consumidores saben quiénes son los proveedores y se pueden poner en contacto con ellos directamente. De hecho suele ser una conversación a tres bandas para que siga habiendo contacto entre grupos y proveedores. Y tener también una relación de confianza. (...) Y que nosotros venimos de ese mundo, que llevamos 15 años en grupos de consumo, que no ha sido como "mira estos que de repente llegan aquí" y la gente lo sabía».

Él encuadraba este cambio de percepción de su proyecto en el movimiento más amplio de proliferación de empresas de economía social que se vivía en la ciudad: *«yo creo que todo este proceso ha hecho que de repente se vea bien que haya gente que se dedique a estas cosas y eso tiene que ver con que La Ecomarca se acepte (...) Mucha gente da el salto y se ve que no está mal que entre nosotros nos hagamos intercambios económicos».*

Según explicaba, hacía tiempo que los consumidores, y sobre todo los proveedores, habían detectado la necesidad de organizar conjuntamente el consumo agroecológico (hacer pedidos conjuntos, compartir distribución, tener un local para almacenar productos...). Pero, aunque se habían llevado a cabo varios intentos desde los movimientos sociales para tal fin, siempre se topaban con el problema del esfuerzo de que requerían. *«Si alguien de repente tiene hijos, le dan un Erasmus, se va de viaje o son exámenes de repente...cuesta mucho más...».* Es desde esta constatación que, para él, algunos sectores de la militancia empezaron a entender que *«profesionalizar ciertas cosas no está tan mal».*

Por otro lado, existen grupos en los que una o más personas se dedican profesionalmente a la gestión de los pedidos cobrando un salario por esa labor. Este formato posibilita el aumento de la variedad de productos y de los consumidores, reduce costos de distribución y transporte, y permite que los productores puedan dar salida a mayor cantidad de producto. Por ello se plantean como estructuras que superan los problemas logísticos de los grupos de consumo y que posibilitan la creación de un movimiento amplio de consumo ecológico organizado. Ejemplos de este modelo serían las ya mencionadas cooperativas La Garbancita Ecológica y Ecosol. Estos casos son interesantes porque, aunque su estructura posibilite escasa implicación por parte de los consumidores en las tareas de gestión, desde las organizaciones se espera alta participación y compromiso. Es decir, que aunque ellos nunca se definirían como una tienda, algunos consumidores establecen este tipo de relación con estas cooperativas, lo cual genera diversos problemas, ricos para el análisis de las prácticas de consumo y de las estrategias identitarias en los que profundizaremos más adelante.

A nivel de movilizaciones, las «*Semanas estatales de lucha contra los transgénicos y por la soberanía alimentaria*» celebradas desde 2009⁹, han supuesto una importante conexión de estos colectivos con las luchas globales, afianzando el discurso de la soberanía alimentaria entre sus miembros. Precisamente una de las estructuras de coordinación más importantes que se crean en estos momentos fue la ISAM (Iniciativa por la Soberanía Alimentaria de Madrid), cuya actividad da comienzo en 2008. Este tipo de iniciativas surgen en diferentes ciudades a raíz del manifiesto final del Foro para la Soberanía Alimentaria Nyéléni, celebrado en Mali en 2007, en el que se instaba a la creación de movimientos locales por la soberanía alimentaria¹⁰.

Un miembro del SAS hacía el siguiente recorrido histórico diferenciando dos momentos y dos formas de hacer; el primero se correspondería a la etapa de *Rompamos el Silencio* (RES) que coincidía con el auge de las cooperativas unitarias, y el segundo a una etapa en la que toman más peso otro tipo de actores institucionales y el discurso de la *alterglobalización*:

«Veníamos del RES, de cuando se recuperaron las semanas de lucha social, creo que debió ser por 2005 o algo así, hasta 2007 más o menos. Teníamos un centro de medios súper potente en esa época y fue... ¡Buah! Esos sí que eran buenos años, cómo nos los pasamos ahí... Claro, era también cuando el BAH era el BAH y estaban en su momento más potente. Hacíamos unas acciones que eran una locura, montamos un huerto en la calle ésta donde el Fnac y el Corte Inglés, en Preciados... En la ISA pues ya cuando vinieron las ONGs se tranquilizó un poco, como que todas las acciones tenían que ser más políticamente correctas, no sé, todo un poco más ordenado. Aunque seguíamos unos cuantos que veníamos más de las luchas autónomas y tal, pero...»

En 2009 la ISAM planteó en el Foro Social de Madrid una serie de reuniones entre grupos de consumo y productores que dieron lugar al proyecto de la Rehuerta, en el que se pretendió crear estructuras de coordinación entre ambas partes, sacando a la luz las mayores dificultades de unos y otros, y realizando las acciones necesarias para potenciar un movimiento agroecológico en la capital. Pero quizás uno de los resultados más visibles de esta organización fue la creación del mapa de la soberanía alimentaria en Madrid, siguiendo esa tendencia que se impuso en algún momento en los colectivos políticos para visibilizar su labor.

Otra red de coordinación que se creó en estos años fue la Red Agroecológica de Lavapiés (RAL), uno de los barrios con mayor número de grupos de consumo. Desde ella se organizan diferentes visitas a productores y eventos de difusión como las Jornadas Agroecológicas de Lavapiés y los Encuentros de Nuevos Productores.

⁹ Las más relevantes fueron, probablemente, la de Zaragoza en 2009 y la de Madrid en 2010.

¹⁰ Este foro estaba organizado por Vía Campesina Internacional, Amigos de la Tierra Internacional, ONGD dedicadas a la Soberanía Alimentaria y otras organizaciones internacionales. Por esta razón, hay quienes critican que son agendas impuestas desde arriba y no estructuras surgidas desde la base.

El 15M afectó al movimiento agroecológico, por un lado, por la reconfiguración del mapa de movimientos sociales que supuso y, por otro, por la cantidad de grupos de consumo que nacieron bajo su abrigo. Algunos entrevistados han llegado a plantear que a nivel de barrio uno de los mayores logros de las asambleas populares fue la revitalización de este tipo de consumo.

Una de las consumidoras de Arganconsumo, grupo nacido de la asamblea popular de Arganzuela, afirmaba, en esta línea, que el 15M había sido clave para conectar en el barrio a personas con intereses similares con las que poder organizar este tipo de iniciativas. A su vez, el paso previo por este movimiento, dotó de cierta base y experiencia asamblearia a los miembros, lo cual les fue muy útil en la autogestión de su grupo de consumo:

«La mayoría de gente estábamos en Lavapiés todo el día. O sea que si quieres alguna actividad la tienes allí. Pero para el barrio no había. Pero teníamos muchas ganas de vivir el barrio. Porque Lavapiés, es eso, mucha gente que está de paso...En el grupo somos gente de aquí, familias, muchos de fuera, pero que viven el barrio. Y eso me hacía mucha ilusión (...) El 15M nos ayudó mucho en la asamblea porque cuando empezamos había gente de su padre y de su madre y ahí aprendías que podías entrar en una asamblea pensando una cosa y salir pensando otra»

Según diferentes personas entrevistadas, quizás sea la Red de Huertos Urbanos y Comunitarios una de las organizaciones que hoy por hoy tiene mayor incidencia pública en la difusión de la agroecología en la ciudad ya que, aunque no está directamente vinculada con el consumo, sí genera espacios de aproximación a otras formas de producción que pueden servir de base para generar un interés en el consumo de estos alimentos.

En los últimos años el tipo de iniciativa más novedosa que parece ir introduciéndose en la capital es la del mercado como vía de distribución de alimentos ecológicos. Algunos en una línea similar a lo que podrían ser los citados *farmers' markets* (aunque con menor periodicidad), y otros como puestos de venta permanentes en mercados de Madrid (el Mercado de San Fernando es uno de los casos más conocidos). Por otro lado, algunos de estos proyectos agroecológicos se están uniendo a iniciativas como el Mercado Social de Madrid, clave del desarrollo de las propuestas de economía solidaria y alternativa que se están tomando forma en la ciudad.

Puede que estas nuevas formas de distribución, junto con el auge mencionado de los nuevos intermediarios que tratan de dotar de infraestructuras estables a los grupos de consumo, marquen la entrada a un nuevo escenario del universo de las redes agroalimentarias alternativas. Para algunos actores del campo, este giro supone cierta pérdida del contenido más radical que portaban las redes anteriores. Para otros, supone un afianzamiento del consumo ecológico y la posibilidad de reproducción de estas formas de producción alternativas. En cualquier caso, con estas formas más puramente mercantiles, se acrecientan esos debates identitarios sobre la diferenciación con respecto a la agricultura ecológica convencional, a la vez que algunos de esos criterios de distinción se vuelven más sutiles (por ejemplo vender en tiendas, tener intermediarios...).

Para finalizar hay que destacar los intentos de coordinación general del movimiento agroecológico que están teniendo lugar en este último año: la puesta en marcha de un sistema de certificación social participativa, y la propuesta de una serie de medidas para potenciar la soberanía alimentaria con las que poder establecer un diálogo con los poderes políticos. Ambas se encaminan a «*salir de lo micropolítico*», a pelear por la visibilidad pública de la soberanía alimentaria, y a incidir en la legislación de la forma necesaria para dotar de un espacio estable en la ciudad a los circuitos agroecológicos.



PRIMAVERA

«CON LA VUELTA DE PERSÉFONE A LA TIERRA RESURGE LA VEGETACIÓN LATENTE DURANTE EL INVIERNO»



La llegada de la primavera inaugura un nuevo ciclo temporal. Los campos empiezan a llenarse de dientes de león, amapolas, estramonio y todo tipo de flores silvestres. Pero en la huerta es aún una época de transición, la verdura de invierno se está acabando, se reparten las últimas patatas y calabazas almacenadas, y aún no ha llegado la verdura de verano.

Si nos fijamos en esos cuadros en los que se muestran las verduras de cada temporada, los meses de abril a junio son siempre los más vacíos. En el que hay en la nevera de mi casa, que hizo una asociación vasca de agricultura ecológica, aparecen sólo cebollas, coles, acelgas, rabanitos, zanahorias, lechugas, puerros, cebolletas, ajetes, nabo, rúcula, espinacas, apio, habas y guisantes. Puede parecer una lista larga pero nada comparado con las treinta y seis variedades que se recogen en el mes de septiembre. Durante estos meses, cuando se les pregunta a los agricultores por la huerta, suelen responder con *"un poco floja, aunque muy bonita"*. En esta época se preparan las tierras y se siembran todos los cultivos de verano. *"Hay que limpiar, estercolar, preparar la tierra, sembrar todo y ponerle mucho mimo"*. Al menos las tres primeras semanas, *"hasta que los cultivos empiecen a tirar"*. Las huertas que no cuentan con pozo se encuentran también con el problema del riego, porque dependen del agua que haya caído durante enero y febrero, ya que hasta a abril no les abren el Canal.

En las cooperativas, las cestas cerradas vienen más vacías que en otros momentos del año. En aquellas cuyo precio se fija en función del número de kilos se emplean diferentes métodos para compensar esta escasez: comprar patata o cebolla a otros agricultores, dar vales por un kilo de tomates extra en verano o, simplemente, cobrar menos. En aquellas que funcionan con cuota fija los consumidores tendrán que resignarse y esperar a los meses buenos que están por llegar.

Lo mismo que ocurre con la verdura sucede con la fruta. En una cooperativa de consumo, una trabajadora recuerda un día a sus compañeras que *"en mayo nunca ha habido"*

fruta de verano, aunque se nos olvide". Ellos están ofreciendo cítricos (naranjas y limones), y plátanos. Para solventar esta escasez, en la última semana se han puesto en contacto con varios productores, uno de los cuales se dedica a la producción de fresas ecológicas en un pueblo de Madrid.

Tras hablar con él de las condiciones, deciden no ofertar este producto por el precio al que quedaría para la venta final. La explicación que dan a los colaboradores de esta postura es que, pese a que el precio sea justo debido a la carga de trabajo que conlleva la producción de estas frutas en ecológico (son fresas minúsculas que tiene que recoger el agricultor a mano una a una por los matorrales), es igualmente prohibitivo para la mayoría de sus consumidores. Ellos quieren vender productos ecológicos a precios populares y no convertirse en una tienda para gente de clase alta. Pese a todo, el productor les ha dejado una partida de varios kilos para que las probaran, así que, de forma excepcional y fuera de pedido, se ofrecen esa semana en el catálogo.

A la entrada del local, en el tablón de anuncios, colocan un cartel que en grandes letras dice: *"Atención tenemos excedentes de fresas 9 eur/kg y fresón 6 eur/kg."* Es el único producto fresco cuyo precio está escrito. Sobre uno de los palés colocan varias cajas de fresas, el resto se guardan en cámara para que no se pongan malas por el calor.

Una de las frases que se escuchan con más frecuencia durante el día, es *"¿quedan fresas?"* Muchos consumidores se sorprenden de que se ofrezcan, ya que es la primera vez, y preguntan por ellas. Las trabajadoras y colaboradoras suelen explicarles por encima la situación descrita anteriormente y remarcar su coste (a veces, incluso en barra, cuando van a pagar les preguntan si han visto el precio). Esto se hace en ocasiones con tono de disculpa, como

si trataran de justificar ante los consumidores la presencia de un producto con un precio tan elevado. Es habitual también que esta explicación termine con un comentario acerca del sabor de las fresas: *"pero están buenísimas", "son una delicia, eso sí"*.

A medida que avanza el día, las cajas de fresas van desapareciendo. A las 17:00 sólo quedan algunas de fresones.

Al día siguiente, pregunto a una de las trabajadoras por las fresas y responde:

"No quedo ninguna, si incluso hoy venía algún consumidor preguntando si quedaban. Yo creo que es un error porque si la gente lo quiere pagar pues se pueden meter en la cesta, aunque sea vendiendo en menos peso. Es que están buenísimas. Y yo les decía lo del precio, pero les daba igual, la gente se quería dar un capricho y ahora no hay casi frutas..."





Huerta la Madre Vieja lista para cultivar



Huerta Madre Vieja, marzo



Regando la huerta, abril



Semilleros

PARTE 2

LA ALIMENTACIÓN COMO PRÁCTICA COTIDIANA

CAPÍTULO 5

PUNTOS DE PARTIDA

En un parking delimitado por una Iglesia, un colegio y una verja metálica que lo separa de la calle, aparca cada miércoles a partir de las 19.00 una furgoneta blanca. La puerta lateral, abierta, deja a la vista unas cuantas cajas de plástico negras llenas de verduras. Su contenido, idéntico en todas ellas, varía cada semana. Hoy tienen: patata blanca, calabaza, zanahoria morada, romanescu, cebollas y una lechuga. Un chico joven, rondando los 30, se apoya en la furgoneta. Lleva barba, pelo corto por delante y largo por detrás y una rasta que le llega a la altura de los hombros. Viste camisa de cuadros azules de felpa, vaqueros y botas de montaña. Saca de la furgoneta una báscula cubierta por restos de barro y manchas del contacto con el jugo de algún alimento. La báscula tiene una pata rota y baila si el chico no le pone una funda que guarda en algún rincón de la furgoneta. La superficie metálica en la que se colocan los productos a pesar se desencaja con mucha facilidad. El joven coloca sobre ella una cesta vacía que empleará para pesar fruta si fuera necesario.

Durante una hora y media va llegando gente escalonadamente. Se acercan a la furgoneta, saludan, abren bolsas en las que el chico deposita el contenido de una cesta, charlan y se marchan. Algunos le piden también mandarinas. Éste procede a pesar el número de kilos solicitado y la persona le paga en el momento la cantidad reclamada. A medida que pasa el tiempo y se va haciendo de noche resulta más complicado realizar esta operación porque el lugar no está iluminado. Varias personas bromean con que le van a tener que regalar una linterna.

Cuando comenzó el grupo de consumo de la Parroquia, el reparto se realizaba en una habitación en el piso inferior de la Iglesia, una sala de las que utilizan para dar catequesis, que los curas cedieron para esta actividad. Se descargaba la verdura de la furgoneta, que venía a granel, y, una vez en la sala, se preparaban las cestas. Sin embargo, el agricultor considera desde hace un tiempo que es un esfuerzo innecesario bajar y subir con las verduras, por lo que trae las cestas ya montadas y las entrega a los consumidores desde la misma furgoneta de transporte. Este nuevo *modus operandi* es también objeto de comentarios de mofa por parte de algunas de las per-

sonas que recogen la cesta, que le señalan entre risas su creciente parecido con un vendedor ambulante.

Por este aparcamiento hay mucho tránsito de gente que entra o sale de misa, o que va a recoger a sus niños de las actividades extraescolares que se realizan en el edificio adyacente a la Iglesia. Muchos miran con curiosidad la «operación verduras» que se despliega en este patio exterior del colegio agustino y varios se acercan a preguntar qué se está haciendo. En las épocas en la que el agricultor tenía muchos excedentes vendía al peso las verduras sobrantes a todos aquellos que quisieran comprarlas, fueran o no miembros del grupo de consumo. Varias personas hicieron habitual este tipo de relación, pero hace ya tiempo que no trae suficientes productos como para ofrecerlos a estos consumidores puntuales.

A mi llegada, se encuentran en el perímetro de la furgoneta, además del joven agricultor, una pareja, hombre y mujer, de unos 60 años (padres del agricultor), un chico de unos 30 (amigo del colegio del agricultor), y una mujer de unos 50, en chándal de lycra, de los de salir a correr elegante (madre de una amiga del colegio del agricultor). Aparece justo otra mujer de edad similar y se saludan todos. El chico joven nos enseña unas fotos de su hija en el móvil. Tiene tres meses. Todos admiramos lo guapa que es y demás cosas que se suelen decir en estos casos. Se despide, le dice al agricultor «*luego te veo*». La mujer del chándal le pregunta por la huerta. La otra mujer (madre de otra amiga de su colegio) le pide que le envíe un e-mail con todos los grupos que tiene y horarios de recogida porque tiene una amiga interesada. «*Se interesó porque el otro día para cenar les preparé un romanescu, así, rehogado con bechamel, que estaba buenísimo* (acompaña el comentario con un gesto de besarse los dedos), *vamos, todas mis amigas estaban encantadas diciendo que ellas también querían eso tan rico*». Se ríen todos. No le queda cerca ninguno de los grupos, pero «*que se desplace, que nosotros tenemos la suerte de tenerlo al lado de casa, pero no pasa nada por irse un poco más lejos*» (dentro del bucle infinito del ahorro energético hay quien no estaría de acuerdo con esta afirmación). Se baja de un coche otro chico joven, en traje, amigo del parque del agricultor, con una cesta vacía en la mano que intercambia con este por otra llena. Se disculpa por no tener tiempo, tiene que llegar a algún otro lado. A la pregunta obligatoria de «*qué tal*», responde con un «*pues no muy bien porque vengo de currar*». Tras unos cinco minutos de charla, risas y rechazo de mandarinas (aún no han gastado las de la semana pasada), las dos mujeres se marchan, cada una por su lado, con sus bolsas llenas.

El agricultor habla con su padre acerca de quedar el siguiente viernes con una persona del pueblo a la que le tienen arrendadas unas tierras. Su padre era el dueño del terreno donde se montó el huerto de esta organización, antes de cedérselo a su hijo. Además de ésta, tiene otras tres parcelas en propiedad que arriendan para cultivo de cereal (que es a lo que se dedican casi todos los agricultores de la zona) y que está pensando en cederle para que pueda sacar algo de dinero con el que vallar la del huerto (no es infrecuente el saqueo de verduras) y empezar con su proyecto de frutales.

Al rato se acerca otra mujer, de unos 55 años, peinada con coleta, viste un abrigo rojo de paño que le tapa hasta las rodillas. Habla mucho. Me saluda: «*¿Cómo te va*

todo? Hace mucho que no te veo». Le cuento por encima. Se ríe del agricultor por «*estar como los tanos*». Es la abuela la niña de las fotos. Le comentamos lo guapa que está su nieta y ella nos empieza a hablar orgullosa de su vida de abuela. Cuando empezaron los repartos de este grupo aún no tenía nietos. En menos de dos años, su hija mayor y su hijo pequeño han sido padres.

Estos ratos de encuentro semanal permiten compartir los trayectos vitales de los consumidores. En otra cooperativa de consumo una de sus trabajadoras aseguraba que eso era lo que ella más apreciaba. Por eso prefería los días de venta de excedentes a los de reparto dado que, al ser más tranquilos, le permitían dedicarse más a los consumidores. Así, ella comentaba cómo había visto crecer un niño o acompañado a una mujer durante todo su proceso de enfermedad, desde que le diagnosticaron un cáncer hasta que afortunadamente se curó. Frente al tipo de relaciones por las que parecía abogar la dirección de la cooperativa, ancladas en coordenadas políticas (de educación, sensibilización, militancia...), para ella, este tipo de vínculos, «*más cotidianos, más cercanos*», eran con los que más cómoda se sentía.

Después de pedir tres kilos de mandarinas (quería naranjas, pero hoy no han traído) se ponen a comentar los detalles del bautizo conjunto de sus dos nietos que se celebrará en esta iglesia en abril. El agricultor va a ser el padrino de la niña. A su madre y a la abuela les hace mucha ilusión. A él también. La madre nos cuenta como casi llora cuando se lo pidieron. La abuela está encantada de que no dejen a los invitados regalar nada a los niños. «*No es de recibo que un bebé tenga tantas cosas. Hay que educar a los hijos desde pequeños*». Al rato desaparece. Cuando los padres del agricultor van a montar en su coche se cruzan de nuevo con ella y se quedan charlando otros veinte minutos. Después, ella volverá a por sus mandarinas y su cesta. De ahí marchará a ver si encuentra a la trabajadora social de Cáritas porque quiere donar cosas para el mercadillo benéfico.

Nos quedamos solos un rato. Aparecen tres personas más con las que se establecen dinámicas similares. Una pareja con un niño pequeño que caminan de la mano con él en medio (son los cuñados del padre de la niña de la foto, prima de este chiquillo), otra mujer de esa misma quinta (madre de otro amigo del parque) que estaba interesada en comprar naranjas porque «*se le acaban en nada*» bebiéndose un zumo diario, y una chica joven que nos cuenta que la semana pasada se le olvidó ir a por la cesta y su compañero de piso (amigo del agricultor, de la universidad) se enfadó mucho con ella, pero que espera que ya se le haya pasado.

Por último llega una madre con su hija (madre y hermana de otro amigo íntimo del agricultor). Sonríen mucho. La hija le pregunta si no le interesaría certificarse en ecológico porque ha estado hablando con las chicas del herbolario de al lado de su casa y le han dicho que, aunque les parecía muy interesante, sin el sello allí no podían vender nada. De todos modos van a intentar montar un grupo de consumo, pero la trabajadora del herbolario le ha dicho que su jefa no puede enterarse, porque sin certificado se pueden meter en un lío. El agricultor responde que no, que el sello ecológico es necesario para vender a tiendas y a él no le compensa gastarse ese dinero para que además vayan a hacerle controles. Él prefiere moverse con la confianza de la gente. Pone como ejemplo que él se permite a veces comprar plantel

convencional cuando no tienen en la tienda en ecológico o cuando el ecológico sale mucho más caro. «*Total, luego no le echamos químicos*». Este tipo de práctica no tendría cabida si tuviera el sello. Al igual que le ocurriría con las semillas. Si tienes el sello, o bien certificas tus propias semillas o sólo puedes emplear aquellas que vengan comercializadas como agricultura ecológica, pero ellos guardan siempre las semillas de sus plantas y no les apetece tener que pasar por este tipo de control. Ellas están de acuerdo, le dicen que se fían mucho de él. «*Si no tienes necesidad, pues no compensa, claro*».

Las prácticas de agricultura ecológica en estas organizaciones, como veremos en este bloque, son complejas y van mucho más allá del seguimiento de una serie de normativas. Cada agricultor emplea sus propias tácticas y juega de manera diferente con los elementos de la realidad en la que se mueve. Si no disponen del dinero suficiente para poder emplear únicamente «inputs» certificados, como ocurre en la mayoría de las ocasiones, trabajan con modelos híbridos, utilizando, por ejemplo, abonos, semillas o plantas no ecológicas pero tratando luego de complementar con técnicas agroecológicas de manejo del suelo, de control de plagas o de cultivo. Algunos nuevos agricultores declaraban al presentar sus proyectos que la agroecología era para ellos un horizonte y un proceso. Algo a lo que pretendían llegar algún día, pero que tenían que alcanzar poco a poco, a medida que dispusieran de mayores conocimientos e ingresos. Cultivar un huerto requiere una multitud de pequeñas decisiones y prácticas sometidas a diferentes constreñimientos y avatares, que requieren de flexibilidad y de cierta creatividad y que se mueven normalmente en una temporalidad urgente. Por ello, como decimos, no hay una forma única de hacer agricultura ecológica, al igual que este calificativo poco informa de las prácticas que hay detrás, excepto en cuestiones elementales, como el empleo de ciertos insumos agrícolas.

Aunque falta aún una persona por recoger la cesta (la madre de otro amigo suyo del barrio, que tiene encargado a su hijo el ir a buscarla pero a éste se le olvida con frecuencia), el agricultor decide irse porque tiene prisa. Trata de contactar con él, pero al no lograrlo determina: «*si la quiere, que venga mañana a por ella*».

5.1. Los grupos de consumo como entramados relacionales

La particularidad de las relaciones que se conforman en este espacio pone en evidencia muchos de los problemas que supone partir de la noción de grupo como categoría analítica. Antes de entrar en el análisis de estas prácticas nos parece importante aclarar esta cuestión dado que, al ser éste el nombre con el que se designa a esta realidad (grupo de consumo), corremos el riesgo de confundir esta caracterización «emic» con un concepto teórico. La noción de grupo remite a un conjunto de individuos con una serie de motivaciones, expectativas y conciencia comunes, dando a veces por sentado el tipo de relación que se establece entre ellos. El grupo se presenta como una suerte de sujeto colectivo, dotado de una entidad que es inexistente como tal.

En el campo, de hecho, se suele emplear la distinción entre «*grupos de consumo*» (organizados) y «*puntos de recogida de productos*», para subrayar la diferencia en-

tre un espacio al que la gente acude sólo a recoger los pedidos y lo que sería un verdadero grupo. Éste se caracterizaría por:

- Coordinación entre sus miembros para el pedido, recepción, distribución y pago de los alimentos mediante una serie de tareas rotativas.
- Contar con identidad y objetivos comunes, explicitados y consensuados.
- Reuniones periódicas para gestionar los asuntos cotidianos y trabajar en la construcción de esa identidad común.
- Conocimiento de sus miembros y contacto cotidiano entre ellos a través de diferentes medios como e-mails, teléfono, etc.

A estos grupos se les supone una mayor conciencia con respecto a la importancia y al porqué de la agroecología, por lo que además se entiende que facilitan la tarea al agricultor (se organizan mejor, comprenden las particularidades de la verdura de la huerta, se solidarizan más con los problemas, etc.)

El grupo de la Parroquia que acabamos de presentar encajaría dentro de la categoría de *«punto de reparto»*, dado que no existe ninguna coordinación entre sus miembros, ni se hacen cargo de ninguna labor aparte de la recogida de la cesta (que ni siquiera montan ellos), ni se reúnen, ni tienen ningún tipo de identidad grupal. Pero si empleáramos acríticamente esta distinción, pudiera parecer que, frente a *«grupos organizados»*, en este espacio no hubiera ningún tipo de vinculación entre los consumidores o que estos acudieran al reparto únicamente a recoger sus verduras. Como hemos visto, nada más ajeno a su realidad.

Otro de los grupos de consumo conectados a este agricultor, el adscrito al centro social Tabacalera, sí encajaría en principio en ese ideal de *«grupo organizado»*. En él se realizan asambleas, se coordinan entre sí para realizar pedidos y organizar las cestas, hay cargos rotativos de organización, se vinculan a redes más amplias de coordinación, parece haber cierto discurso grupal sobre el deber ser de la agroecología, etc. No obstante, muchos de sus miembros no se conocen entre sí, muchos consumidores acuden a los repartos a recoger su cesta y se marchan y algunos llegan incluso cuando las cestas ya están montadas y el agricultor y la mayoría de sus compañeros de grupo han abandonado el local.

Si asumiéramos esa distinción afirmando que la Tabacalera es un grupo porque están organizados y tienen identidad compartida y la Parroquia no es un grupo porque no se organizan entre ellos ni probablemente se consideran a sí mismos como integrantes de un grupo, ¿dónde dejaríamos el estudio de las diferentes formas de adscripción, participación y relación que configuran cada uno de estos espacios? No hemos de olvidar que hablamos de un universo social con una amplia diversidad de agentes, intereses, motivaciones y formas de pertenencia, y esto es independiente del tipo de grupo del que hablemos. En *«grupos organizados»* hay quien no se interesa por la huerta ni por el agricultor, y en *«puntos de recogida»* hay quien ha desarrollado un compromiso muy fuerte. Algunos grupos de consumo se coordinan para el pedido y la recepción de verduras pero no tienen asambleas periódicas, otros, sin embargo, sí dan un peso importante a estas reuniones pero no se comprometen a recibir una cesta fija del agricultor...

Dado que el término «grupo» no informa por sí mismo ni a nivel objetivo ni subjetivo de las relaciones que lo constituyen, hemos creído conveniente en esta investigación plantear los grupos como realidades relacionales, de forma que, siguiendo a Cucó (2004) el modelo de pertenencia y relación se convierta en un aspecto a investigar y no en un aspecto dado. Por ejemplo, en el caso del grupo de la Parroquia, el grueso del colectivo lo conforman amigos y familiares de las personas que iniciaron el proyecto agrícola (especialmente padres y hermanos). Este rasgo es fundamental a la hora de entender el tipo de relaciones que se establecen entre productor y consumidor y entre los consumidores entre sí. Aquí el agricultor es más «hijo», «amigo de mi hijo», «amigo de mi hermano» o directamente «amigo», que productor. Los consumidores, a su vez, son más «padres», «amigos» y «padres de amigos», que consumidores. Las personas que no tienen esta relación directa no se alejan mucho de esta tipificación ya que suelen ser los «vecinos de los padres de...», «el primo de...», «la amiga de la hermana de...», etc. En cuanto a los consumidores entre sí, hablamos también en muchas ocasiones de los padres de amigos de sus hijos, algunos de los cuales ya se conocían (al ser amistades que comenzaron durante el colegio), y otros que, pese a no conocerse directamente, sí conocían a los hijos (más habitual entre los amigos del barrio). El grupo de consumo ha supuesto en este caso un refuerzo de esas relaciones y una profundización en el conocimiento de unos y otros, que ha vuelto más cercanas también a estas dos generaciones.

Así, partiríamos de unos vínculos y una confianza que, si bien se transforma y redefine en esta actividad, se había conformado en otros espacios sociales, previamente a la puesta en marcha del grupo de consumo. Aquí la relación productor-consumidor ha sido desde el inicio una relación diferente a la estrictamente mercantil. Esto no impide, por supuesto, que en según qué situaciones, se privilegie el aspecto económico de la relación.

Este rasgo marca una diferencia importante con respecto al resto de los grupos de consumo vinculados a este agricultor, aunque generalmente en todos hay algún contacto personal: o bien algún amigo/conocido directo, o, en segundo grado, algún amigo de un conocido/amigo/familiar suyo (se ha dado el caso de grupos que se han puesto en contacto con él por haber visto anunciada su página web en algún lugar, pero, hasta la fecha, ninguno de estos ha llegado a buen puerto). Otros de sus grupos están conformados por amigos que se juntan para comprarle la verdura, otros por compañeros de trabajo, otros por madres y padres de colegio, otros por vecinos de un mismo pueblo, otros por estudiantes y profesores de una misma universidad, otro por militantes vinculados a un centro social... En cada uno de estos casos hay diferentes vinculaciones con el espacio y diferentes relaciones entre los miembros y con el agricultor, y estas especificidades pueden verse oscurecidas al emplear el término de grupo como categoría de análisis.

Pero esto no impide la relevancia del estudio del grupo en tanto objeto de construcción por parte de los sujetos. Esto es, preguntas como ¿cuándo y para quién se torna importante ser o no ser un grupo?, ¿de qué forma se intenta construir una identidad grupal?, o ¿en qué medida ciertas actividades van dirigidas a la formación de una conciencia común entre los miembros de los grupos?, han sido impor-

tantes en la investigación. Tengamos en cuenta que en la misma definición de qué es y qué no es un grupo aparecen otra serie de intereses y rivalidades propias de este campo de estudio.

Estas formas de clasificación van acompañadas de una jerarquización en una escala valorativa y remiten también a mecanismos identitarios. Además, estos términos connotan diferentes realidades según las posiciones desde las que se emitan los discursos. Al igual que hemos mencionado la diferenciación entre grupos de consumo y puntos de recogida, en otros espacios se vuelve importante la contraposición entre cooperativas y grupos de consumo. De forma análoga a la anterior, a las primeras se les presupone mayor implicación de los consumidores, organización y trabajo político, que a los segundos. Pero, sin negar la parte objetiva de esta afirmación, hay que tener en cuenta que en las cooperativas también hay consumidores que no tienen mayor implicación que el pago y la recogida de la cesta. Esto es, la ya mencionada heterogeneidad de los participantes de los grupos haría difícil de por sí sostener este tipo de posición, pero también fijándonos a nivel colectivo esta presunción se vuelve problemática.

Tomemos de nuevo el caso del grupo de la Parroquia. De todos los grupos a los que reparte este productor éste es probablemente en el que se da más espacio a conversaciones que trascienden las cuestiones de la huerta y las cestas, y en el que las relaciones consumidores-productor son más densas afectivamente. Aun cuando el compromiso con el agricultor no mane de una fuente político/ideológica, no por ello es menos consistente que en otros grupos (de hecho es el más longevo) y, pese a que las relaciones entre los consumidores no pasen por una gestión compartida de su alimentación, en los repartos y en las visitas a las huertas se generan importantes lazos afectivos entre ellos. Del mismo modo, la relación productor-consumidor, como ya hemos apuntado, no sólo se mueve en términos económicos, algo que se entiende como uno de los ideales de cambio político en los grupos de consumo organizados o de las cooperativas.

Como estamos viendo, estos términos y estas clasificaciones no sólo se emplean para definir determinadas relaciones, sino que en ocasiones vienen de la mano de una presunción de motivaciones, preocupaciones y posiciones ideológicas de los miembros. Por ejemplo, en una de las cooperativas con las que he trabajado, los puntos de recogida (entendidos como agregados de «consumidores individuales») se asociaban con esa figura del «eco-yuppie» a la que ya me he referido en alguna ocasión, mientras que los grupos organizados lo hacían con la del consumidor responsable.

Si vamos un paso más allá, podríamos cuestionar no sólo que los grupos organizados/autogestionados estén conformados por consumidores responsables mientras que esos puntos de recogida lo estén por *eco-yuppies* o personas poco concienciadas con la agroecología, sino el hecho de que las prácticas alimentarias puedan ser leídas en estos términos. Es decir, ¿podemos explicar la participación en un grupo de consumo en base a un compromiso con un consumo responsable proveniente de una decisión derivada del conocimiento de los problemas del sistema agroalimentario hegemónico?, ¿las prácticas de los sujetos pueden diferenciarse en función de su

mayor o menor responsabilidad como consumidor?, ¿el uso de un término como consumidor responsable presupone una determinada relación con la cotidianeidad de la alimentación?, ¿no está acaso la alimentación sometida a otro tipo de lógicas sociales y de condicionantes más allá de la voluntad, la reflexión y las elecciones de los consumidores?

5.2. Las prácticas sociales

En esta investigación partimos de que no podemos comprender la posibilidad y la experiencia de participación en estos espacios sin remitir a una serie de factores que trascienden la elección, el cálculo y la voluntad. Por ello hemos tratado de comprender lo que en ellos sucede incorporando los factores que se derivarían de su análisis en tanto práctica social.

Como vimos en capítulos previos, muchos de los discursos dominantes sobre hábitos alimentarios se apoyan en la figura de un consumidor reflexivo y responsable de las decisiones que toma libremente. En nuestra investigación, al plantear la alimentación como una práctica social queremos cuestionar esta visión, subrayando la importancia de tomar en consideración tanto las disposiciones de los agentes como las condiciones materiales en las que se desarrolla la acción, a la hora de comprender las múltiples microprácticas que supone participar en un grupo de consumo.

Para hacer esta aproximación vamos a basarnos en las teorías de la práctica esgrimidas por autores como Bourdieu, cuya propuesta no podría comprenderse sin introducir el concepto de *habitus* (aun cuando, como explicaremos más adelante, nuestro trabajo no se va a apoyar directamente en él). Éste da cuenta del sistema de disposiciones que conforman los esquemas de percepción, apreciación y acción incorporados por los sujetos, que se encuentra en el principio de las prácticas sociales. Para este autor, las estructuras sociales no se objetivan únicamente en las instituciones sino también en los cuerpos a través de la interiorización del *habitus*. Estas disposiciones, en tanto que producto de la inmersión del sujeto en determinados universos sociales, están socialmente estructuradas, al mismo tiempo que, al condicionar en cierta forma las prácticas que éste realiza, han de ser consideradas como estructurantes de las mismas. Puesto que la «exterioridad» es interiorizada por el agente a través de estas disposiciones, no tendría ya sentido plantear la tensión que históricamente han mantenido las epistemologías objetivistas y subjetivistas, entre las fuerzas «exteriores» (objetivas) y las «interiores» (subjetivas) como principios explicativos de la acción.

El concepto de disposiciones va a ser empleado en este trabajo para dar cuenta de cómo ciertos esquemas de percepción, apreciación y acción incorporados por los agentes se movilizan en el desarrollo de estas prácticas alimentarias, y de aquellos que se incorporan en la inmersión en este universo social. Pero es desde un punto de vista más micro y situacional (en el análisis de cómo los agentes llevan a cabo sus prácticas concretas, de los trayectos de entrada a estas organizaciones, de las transformaciones que requiere en la relación cotidiana con el alimento, y de las dificultades que acarrea), y no desde el interés por su génesis y por la conformación de los *habitus*, que incluiremos la noción de disposiciones en el análisis.

Subrayar la cuestión de las disposiciones lo consideramos además fundamental para evitar el riesgo de considerar que la creatividad y la astucia de los agentes de la que hablaremos, orbita en un espacio de libertad total. La teoría de la práctica de Bourdieu no niega cualquier capacidad de agencia al sujeto pero postula una especie de «libertad controlada» por estos esquemas sociales incorporados. Es decir, deja espacio al dinamismo creador de la práctica, si bien éste siempre se entiende condicionado histórica y socialmente: *«el habitus hace posible la producción libre de todos los pensamientos, todas las percepciones y todas las acciones inscritos dentro de los límites que marcan las condiciones particulares de su producción y sólo éstas»* (Bourdieu, 2008:89). De esta forma, las prácticas no pueden explicarse ni por la reproducción mecánica de ciertos condicionamientos ni por una continua e imprevisible creación de novedad, superando así, en la línea que ya hemos planteado, la reducción de la sociología a una física objetivista de las estructuras materiales, o a una fenomenología constructivista de las formas cognitivas (Bourdieu y Wacquant, 2005). Como veremos a continuación, la creatividad en estas prácticas que vamos a examinar es fundamental, pero está siempre limitada, no sólo por los *habitus* o por la posición social que ocupe el agente, o por su acceso a determinados capitales, sino también por la configuración material y relacional del espacio en el que opera y por otras estructuras que condicionan la vida cotidiana.

El análisis de las prácticas no trata de explicar una acción o una conducta en términos individualistas o psicológicos, sino de vincular las condiciones sociales en las que se ha constituido el *habitus* que las ha engendrado con las condiciones sociales en las que éste opera (Bourdieu, 2008). Dado que el *habitus* es interdependiente de la situación, las prácticas no pueden comprenderse más que en la confluencia de ese pasado incorporado a través de distintas trayectorias sociales y distintas posiciones en la estructura social, con el contexto social presente en el que se desarrollan (Lahire, 2004). Como afirma Pinto, desde esta perspectiva:

Le monde social vu comme le règne des lois exactes mais cachées d'une sorte de physique mathématique fait place à une conception différente qui relève plutôt de l'économie domestique: un agent s'ajuste à des situations avec les ressources d'un apprentissage permettant de s'épargner au travail de calcul et de réflexion (2002:63)¹.

Es decir, que es a partir de la captación en el acto por parte del agente de la forma de relación de los elementos que definen la situación específica en la que está inmerso, que éste, gracias a las disposiciones adquiridas, sabe lo que ha de hacer y hace. El sentido práctico no funciona en el vacío, sino siempre en un lugar y momento concretos en los que los objetos en juego se interconectan de determinados modos que se asemejan a o se diferencian de otros.

1 *El mundo social visto como el reino de las leyes exactas deja lugar a una concepción más próxima a la de la economía doméstica: un agente se ajusta a las situaciones con los recursos de su aprendizaje, ahorrándose así el trabajo de cálculo y reflexión.*

Pero el ajuste entre las disposiciones y la situación no se hace de una forma intencional, con un planeamiento explícito-consciente por parte del sujeto del sistema de principios que guían su acción. La práctica no consiste en el seguimiento de una serie de reglas. Aunque pueda existir una cierta «unidad de estilo» en las prácticas sociales, aunque un analista, en virtud de ese «privilegio de totalización²» que ostenta, pueda llegar a ser capaz de reconstruir esos principios coherentes que se encuentran en el principio de la acción y que hace que los agentes sin ser *racionales* sean *razonables*, la lógica de la práctica es imprecisa: «*no tiene ni el rigor ni la constancia que caracteriza a la lógica-lógica, capaz de deducir de la acción racional principios explícitos y explícitamente controlados y sistematizados*» (Bourdieu, 2008:163). Como recuerda Bourdieu, las prácticas sólo cumplen sus funciones en la medida en la que involucran principios que no son sólo coherentes (en tanto que dependen de esos esquemas interiorizados), sino también prácticos en el sentido de cómodos. Y esa comodidad es dependiente de la *economía de lógica* que los caracteriza. Son cómodamente dominados y manejables porque responden a una lógica pobre.

Lo propio de la práctica es excluir la cuestión de su razón de ser: *la lógica de la práctica no comprende sino para actuar* (ibid.:146) y desconoce sus propios principios. Pero esa «maestría adquirida» (mediante la internalización de las disposiciones) permite enfrentarse a la ambigüedad e incertidumbre que caracteriza a la acción de un modo casi automático. En función de lo que se está haciendo, de aquello de lo que se trata, y de las contingencias que pueblan cada momento y lugar, el sentido práctico:

Selecciona ciertos objetos o actos y por eso mismo algunos de sus aspectos y, reteniendo aquellos con los que tiene algo que hacer o aquellos que determinan que tiene que hacer en la situación que se tiene en consideración, o tratando como equivalentes objetos o situaciones diferentes, distingue propiedades que son pertinentes y otras que no lo son (ibid.:143).

Si una mirada como ésta se puede arrojar sobre cualquier práctica social, creemos que es especialmente adecuada para un ámbito como el de la alimentación, que se encuentra condicionado por las posiciones y trayectorias sociales de los agentes, por factores que estructuran temporal y espacialmente la vida cotidiana y por las condiciones materiales y los contextos específicos en los que se desenvuelve la acción. La alimentación está sometida a la lógica práctica, «*la de lo impreciso, la del más o menos, la que define la relación habitual con el mundo*» (Bourdieu y Wacquant, 2007:52). En este sentido se inscribe dentro de lo que de Certeau (2000) entiende como el dominio de las tácticas, en el que se sitúan gran parte de las actividades cotidianas. En concreto, el autor, junto con Giard y Mayol, se sirve de esta noción para aproximarse a las formas de habitar la ciudad, de caminar, de cocinar o de leer. Y es

2 Que Bourdieu define cómo la capacidad de proporcionarse y proporcionar la visión sinóptica de la totalidad y de la unidad de las relaciones.

desde una perspectiva similar a la que ellos emplean, atenta al ámbito de lo micro (sin por ello reducir a él lo social), desde la que vamos a incorporar este concepto a nuestro análisis.

Pese a que en ocasiones de Certeau presente estos trabajos con una mirada crítica a la obra de Bourdieu, pensamos que sus perspectivas pueden entenderse de forma complementaria. De hecho, la crítica que le plantea no se centra en la existencia de estas lógicas prácticas de las que estamos hablando, sino en cómo Bourdieu, al moverse en un nivel de abstracción más amplio, acaba dejando de lado la concreción de la experiencia práctica. Esto es, que para él en el paso del estudio etnológico de las prácticas a la formulación de la teoría sociológica del *habitus*, Bourdieu prescinde de la descripción de las estrategias concretas que los actores ponen en marcha, para concentrarse en la justificación de este constructo teórico al que de Certeau atribuye un carácter dogmático. Sin embargo, lo que éste denomina tácticas coincide en grandes rasgos con el terreno de las prácticas sociales a las que alude Bourdieu, que es el nivel en el que vamos a centrar el análisis de la alimentación en los próximos capítulos: ese tipo de cálculos que se oponen a la racionalidad estratégica, que tienen cierta movilidad pero siempre unida a los azares del tiempo, que no tienen una síntesis intelectual en forma de discurso sino en «*la decisión misma, acto y manera de aprovechar la ocasión*» (2005: L).

De este modo, ambos autores confluyen en plantear que este nivel de lo real posee una relación específica con la temporalidad. Al igual que de Certeau caracteriza las tácticas por su necesidad de «*tomar al vuelo las oportunidades que le ofrece el instante*» (2005:43), Bourdieu (2008) sostiene que lo propio de las prácticas es funcionar en la urgencia³. La práctica está ligada al tiempo, se actúa en condiciones que excluyen la distancia, la dilación, el retroceso o la reversibilidad.

Ese sentido práctico que no se enreda con reglas ni principios, menos aún con cálculos o deducciones, excluidos de todos modos por la urgencia de la acción que «no admite dilación», es lo que permite apreciar en el acto, en un golpe de vista y en el fuego de la acción, el sentido de la situación y producir inmediatamente la respuesta oportuna (ibíd.:166).

La reintroducción del tiempo en el análisis de las prácticas (aspecto que obvian las perspectivas objetivistas), conduce necesariamente a la reintroducción de la incertidumbre que las caracteriza. Los agentes, como ya hemos dicho, no siguen en su hacer de forma consciente unas pautas trans-situacionales y no saben con certeza cómo va a resolverse la situación en la que actúan. Por ello, sin caer en «*la antropología imaginaria de las teorías de la acción racional*», será más apropiado entender la práctica desde la «*dialéctica de las estrategias*» que desde la «*mecánica del modelo*».

3 La ignorancia de esta relación de la práctica con el tiempo es de hecho uno de los principales errores teóricos que Bourdieu atribuye a muchas perspectivas sociológicas que confunden el tiempo de la teoría (totalizador, destemporalizado, distante) con el tiempo de la práctica.

Al aproximarnos a la teoría de la práctica tratamos de romper con un modelo de explicación de la acción basado en las decisiones conscientes de los individuos o en la aplicación de una serie de normas. Esto implica, entre otras cuestiones, la premisa de que no podemos dar cuenta de los grupos de consumo remitiéndonos únicamente a las razones políticas que los sujetos esgrimen para justificarlos. Partiendo de esta postura, el capítulo que sigue se acerca más a la propuesta de Brunori, Rossi y Guidi (2012) de centrarse en cómo se consolidan, entran en crisis o se transforman las rutinas alimentarias cotidianas, en vez de considerar cada acto de consumo como una elección deliberada. Pero no queremos reducir el análisis de las prácticas al ámbito del consumo. Por ello vamos a presentar también una serie de reflexiones sobre el funcionamiento de las lógicas prácticas en el quehacer cotidiano de los agricultores en las huertas ecológicas que proveen las verduras de estos grupos.

Al plantear la alimentación (en todas sus fases) como una práctica cotidiana estamos haciendo énfasis en las múltiples contingencias que afectan a cómo se cultiva, se compra, se come y se cocina, en las distintas estrategias que los agentes emplean para moverse en estos nuevos contextos alimentarios, en la necesidad de desarrollar ciertos saberes prácticos para poder funcionar en estos escenarios, en los múltiples factores que los agentes movilizan en sus cálculos, en las formas en las que las personas toman sus decisiones sobre qué hacer en su imbricación con la propia situación y sin necesidad de un distanciamiento reflexivo, y en la imprecisión de la lógica que siguen al actuar. Todo lo cual tendrá que ser analizado considerando tanto la importancia de las disposiciones ya incorporadas que se actualizan en esta actividad y las que han de incorporarse, como las características específicas de los contextos de acción en los que se desenvuelven las prácticas.

En resumen, el foco de este bloque que exponemos a continuación está en la pregunta por la concreción de las prácticas alimentarias en los grupos de consumo, con una atención especial a los diferentes usos que se hacen de estos espacios, a las tácticas que se emplean a la hora de comprar, preparar o producir los alimentos y a los condicionantes materiales de las mismas. De esta manera trataremos de trascender las explicaciones dominantes del consumo ecológico, tanto en términos de conciencia y responsabilidad social como de signo de clase social, así como de no reducir la actividad de estos agricultores al seguimiento de una serie de pautas características de la producción en ecológico.

CAPÍTULO 6

COMPRAR, COCINAR, COMER

A diferencia de otro tipo de movimientos sociales, las redes agroalimentarias alternativas implican cambios en una parcela fundamental del día a día como es la alimentación; cambios que pasan en primer lugar por la corporeidad del sujeto: comer de otra manera, acostumbrarse a determinados sabores y olores, a determinadas texturas, aprender nuevos gestos con los que preparar determinados alimentos...

Los grupos y cooperativas de consumo no son tan sólo un lugar alternativo en el que hacer la compra sino que reconfiguran todo el espacio en el que se desarrollan las prácticas alimentarias de las personas que en ellos participan. Las formas de comer, de cocinar y de comprar se ven reestructuradas por las nuevas condiciones materiales y la nueva configuración relacional en las que se desenvuelven. Este es el aspecto que consideramos más relevante para el análisis de la particularidad de esta forma de alimentación, y no tanto lo específico del producto en sí, el hecho de que sea ecológico (aun cuando esta circunstancia sí va a marcar una serie de condicionantes, como la adaptación a la temporada agrícola o la menor durabilidad de las verduras al no llevar conservantes). Por ello este trabajo hubiera sido muy diferente si se hubiera centrado en el consumo ecológico en otros contextos, tales como tiendas especializadas o grandes superficies.

Las prácticas alimentarias se sitúan en un nivel muy elemental de la vida cotidiana. Como se dice con frecuencia en estos espacios cuando se quiere apelar a las potencialidades de transformación social contenidas en la agroecología, *«todos necesitamos comer todos los días»*.

Bajo el sistema silencioso de los hábitos alimentarios se acumulan múltiples gestos, ritos, códigos, ritmos, elecciones, usos aprendidos y costumbres practicadas (de Certeau, Giard y Mayol, 1994). Alimentarse uno mismo y alimentar a los otros es una práctica mental y manual en la que es necesario organizar, decidir, prever, memorizar, adaptarse, modificar, inventar, combinar, tener en cuenta los gustos de los demás, variar los menús, satisfacer las prescripciones de la dieta que se sigue, amoldarse a los requisitos de lo que cada uno entiende como una buena alimentación,

al presupuesto familiar, etc. Toda esta amalgama de elementos interconectados se moviliza en una actividad tan rutinaria como es la de hacer la compra o preparar la comida. Y aunque estas suelen ser cuestiones que se pierden en lo invisible de lo cotidiano, en estos grupos, debido a ese cambio en la configuración del entorno alimentario del que estamos hablando, toman un papel central en las conversaciones, en las preocupaciones e incluso en las satisfacciones de sus componentes. Por ello no podemos analizar estos espacios sin atender a este nivel, sin aprender a:

Regarder ces manières de faire, fugitives et modestes, qui sont souvent le seul lieu d'inventivité possible du sujet: inventions précaires sans rien qui les consolide, sans langue qui les articule, sans reconnaissance qui les exhausse; bricolages soumis à la pesanteur des contraintes économiques, inscrits dans le réseau des déterminations concrètes (ibid.:220)¹.

Como hemos dicho, no podemos reducir la complejidad del consumo en estos espacios a los argumentos sobre su razón transformadora que en determinados momentos exponen algunos actores. Dicho de otra forma, el objetivo político (la soberanía alimentaria, la sostenibilidad, la revolución social...) y los métodos para conseguirlo (transformar las relaciones campo-ciudad, comer de temporada...), no nos hablan de la manera en la que se concreta a nivel cotidiano la participación en grupos autogestionados de consumo ecológico. Pensamos además, y este es un tema sobre el que profundizaremos en capítulos posteriores, que la intersección entre estas lógicas prácticas y las lógicas políticas que aquí operan, nos ofrece una de las claves para comprender esta realidad social.

6.1. Estrategias de adaptación a los nuevos entornos alimentarios

Los martes es el día de reparto en Surco a Surco, cooperativa que cuenta con diferentes grupos en Madrid. Yo acudo al grupo de la Piluka, centro cultural autogestionado del Barrio del Pilar. Las plazas en este barrio, limitadas por dos calles amplias (Monforte de Lemos, al norte y Melchor Fernández Almagro, al sur), forman un auténtico laberinto de escaleras y pasillos. Para acceder a algunas has de entrar por otras. Para la gente que no habita en ellas, encontrar una en concreto supone un reto. La ventaja que tiene la plaza en la que se ubica la Piluka es que en su lateral izquierdo hay un hórreo gallego, que sirve de referencia para preguntar por el lugar si uno se ha perdido, o para saber que va por el camino correcto cuando vislumbra su tejado al subir las escaleras desde la plaza inferior.

Los repartos se realizan en el piso inferior del local, en un espacio situado entre «la tienda gratis» (lo primero que se encuentra bajando por la escalera) y la sala grande,

1 *Mirar esas maneras de hacer, fugitivas y modestas, que son normalmente el único lugar de creatividad posible para el sujeto: invenciones precarias sin nada que las consolide, sin lenguaje que las articule, sin reconocimiento que las eleve; bricolajes sometidos a los estreñimientos económicos, inscritos en la red de determinaciones concretas.*

que emplean varios grupos para reuniones y actividades. El espacio, un cuadrado pequeño (no llega uno a dar dos pasos antes de toparse con la pared y seis personas completarían el aforo), está distribuido de la siguiente forma: en la parte izquierda, donde se encuentra la puerta por la que se accede, hay una estantería metálica con cuatro baldas en las que se colocan las doce cestas del grupo. La estantería no está bien anclada a la pared por lo que, si no se tiene cuidado a la hora de subir las cestas cargadas, se corre peligro de sufrir algún daño. A su izquierda, se ubica una cajonera metálica de dos cajones en la que hay una etiqueta blanca desgastada, donde figuran escritas con rotulador negro las iniciales «SAS». Encima de la cajonera hay pegados varios carteles: una planificación agrícola, los nombres y teléfonos de los componentes del grupo y un recordatorio: «somos 12 cestas». En la pared de enfrente se sitúa un mueble similar a los de cocina, y al lado de éste hay un cubo de basura negro y grande con una bolsa que suele estar llena de hojas de verdura.

A las 19.30 están terminando de preparar las cestas. Ésta es una tarea rotativa de la que se encargan dos grupos cada semana. Las personas responsables han de acudir al centro alrededor de las 19.00 y distribuir de forma equitativa la verdura que previamente ha dejado la repartidora en el local (no se emplea báscula). Esta labor suele prolongarse durante una media hora. A partir de las 19.30-20.00 comienzan a llegar los consumidores a recoger sus cestas; aparecen por goteo, a veces coinciden entre sí, a veces no. La recogida suele ser un gesto rápido y muy centrado en la tarea: llegar, vaciar, llenar, cargar e irse. Cuando se coincide con otros compañeros, es habitual charlar mientras se realiza el proceso, pero estas conversaciones no suelen prolongarse más allá.

Es día de pago.

-¿Tenéis llaves, alguno?-pregunto

-Sí, ahora abrimos.

Un chico joven de expresión tranquila saca del bolsillo de su pantalón una llave pequeña con la que abre el primer cajón de la cajonera metálica. En su interior hay dos botes de cristal, uno con una etiqueta que dice «garbanzos», otro que lleva otra en la que pone «cestas». Ambos contienen billetes y monedas. Uno a uno de los presentes vamos introduciendo nuestro dinero en el segundo bote. A continuación se extrae del cajón un taco de cuartillas de papel en las que hay una especie de tabla pintada a mano con bolígrafo. En la parte superior está escrito el nombre del mes; en el lateral, los nombres de los dueños de las cestas. Una vez que se ha pagado se escribe en el recuadro correspondiente la cantidad que se ha añadido al bote. Nadie controla esta operación.

Al rato el chico pregunta si ya hemos pagado todos y tras la afirmativa general procede a cerrar de nuevo con llave el cajón.

Sacamos nuestras bolsas de plástico grandes, de las que venden ahora en los supermercados (complemento estrella de los consumidores de estos grupos, aunque parece que últimamente se está imponiendo la vuelta al carrito de la compra), para introducir en ellas el contenido de las cestas y, mientras tanto, charlamos sobre las verduras que vienen esta semana. Una mujer comenta que nunca había tenido la nevera «tan llena de verde», hay productos que no sabe ya para qué

usar. Da comienzo entonces el que es el tema de conversación por excelencia en estos espacios. El chico vegetariano nos pregunta qué pensamos hacer con el repollo que viene esta semana. Le explico una receta de canelones. Concluye que lo hará rehogado. Otro joven, de reciente incorporación al grupo, cuenta que la semana anterior preparó una especie de crema de remolacha sobre la que se habló en algún encuentro anterior del grupo. Resalta su color. A la mujer le parece que la remolacha sabe demasiado a tierra, el chico de expresión tranquila y yo la preferimos cruda en ensalada. El cocinero ha hecho fotos con el teléfono y nos las enseña. En la imagen aparece una chica joven, rubia, sonriendo, sentada en una silla frente a una mesa en la que hay dos platos de porcelana blanca que contienen un líquido de color rosa fucsia brillante que parece el resultado de exprimir chicles de fresa. Una rama de perejil colocada en el centro adorna el plato, resaltando aún más su tono.

«*Es increíble que eso sea una verdura*», se comenta. El chico nos cuenta que la semana anterior hizo un guiso al que le echó un poco de lombarda y se lo llevó al trabajo. Todos los compañeros le preguntaron, asombrados, qué era eso. Tenía un color rarísimo porque al mezclarlo con vinagre cambia mucho el tono de la col. De hecho, ha hecho experimentos, que también ha fotografiado, de la lombarda con y sin vinagre. Nos enseña las fotografías para que apreciemos la variación del color. La mujer dice que el otro día la cocinó con manzana y piñones, que así está muy rica y que va a mandar la receta a la comisión del libro de recetas.

Que el tema de conversación habitual en estos espacios sean las recetas de cocina se debe a que las estructuras de estos grupos implican tener que gestionar una cantidad de verduras más elevada que aquella a la que la gente suele estar acostumbrada y una variedad con la que no todo el mundo está familiarizado. No hay entrevista en la que no surja esta cuestión y no hay casi ningún contexto en el que no aparezca el tema. Incluso en reuniones y asambleas, en las que se discute a otro nivel de la gestión de los grupos de consumo, se dan con frecuencia desvíos de la conversación que apuntan hacia estos trucos y saberes culinarios.

En una entrevista que mantuve un año después con Diego, el consumidor del pasaje que acabamos de leer que estaba iniciándose a la cocina, me comentaba lo siguiente:

-¿Y lo que es con la cesta de verduras que tal?

-Complicado, complicado, complicado, la verdad. Me voy haciendo pero me está costando.

-¿Por cantidad?

-Por cantidad, por el ritmo de vida... Porque claro, por ejemplo, antes de venir me he puesto con... tenía un brócoli de la semana pasada en la nevera y me he puesto a cocerlo. He tenido un rato y he dicho lo voy a cocer. Y no lo he terminado de cocer. Sólo me ha dado tiempo a una parte. No hay tiempo para cocerlo, para meterlo en el congelador... Pero es que...el tiempo al final te machaca para cocinar, para dedicar un poco de tiempo a pensar qué haces, cómo...

-¿Coges todas las semanas?

-No, cada dos

-¿Y sois dos en casa?

-Sí. Tampoco somos tantos, pero es sobre todo eso, preparar la comida. Además, claro, esta verdura se estropea mucho antes. Prepararla a tiempo para que no se te estropee.

-Y cocinar...

-Claro, y sacarle partido y probar cosas nuevas y demás, pero como todo, hay que aprender.

Para participar con «éxito» en un grupo de consumo hay que aprender. No se trata sólo de comprar en un espacio diferente, también es necesario transformar muchos hábitos alimentarios. Comer más verdura, limpiarla más a fondo (el cajón de las verduras de la nevera de un miembro de un grupo de consumo suele tener un fondo de barro que hay que limpiar periódicamente), no poder elegir la que se va a consumir, comer sólo verdura de temporada, planificar la compra con antelación, comer cosas que no te gustan especialmente, dedicarle más tiempo a la cocina o implicarse en las tareas de gestión de la alimentación (montar cestas, hacer pedidos, pagar a productores, hacer reuniones, ayudar en las huertas, etc.), son algunas de las cuestiones a las que una persona tiene que acostumbrarse cuando pertenece a estas organizaciones.

Para aproximarnos a esta dimensión de las prácticas de consumo, comenzaremos examinando las tácticas que emplean los consumidores para adaptarse a los principales problemas que les plantean estos nuevos contextos alimentarios: no tener la posibilidad de elegir los alimentos que reciben (característica básica de las cestas cerradas), la acumulación de verduras y la monotonía de la temporada. Posteriormente, profundizaremos en los factores que estructuran las posibilidades de llevar a cabo estas prácticas.

Derivado del hecho de no poder elegir las verduras que llegan en la cesta, una de las situaciones que más dificultades genera a estos agentes, es tener que consumir alimentos que no les gustan. Para solventar este problema se abren dos vías, una que tiende hacia la huida y otra hacia la adaptación (ésta última más común en personas que utilizan estos grupos como una manera de forzarse a comer de forma diferente). Dentro de las tácticas de huida destaca el don. Regalar las verduras que menos gustan o que cansan es una práctica a la que la mayoría de los participantes de estos grupos ha recurrido en algún momento. Así representaba una consumidora lo que ella definía como el «*momentazo trueque*» que tenía con un amigo que le sacaba a pasear a los perros por las mañanas²:

-Mira que preciosa col. Toma, para ti.

-Ay, noo

-Sí, sí

2 Con su madre parecía seguir el mismo esquema: «mira mami lo que te traigo, riquísimo».

-No, no, no

-Que de verdad, que sí, que te la lleves, que es genial. Encima están muy ricas.

Una segunda táctica pasa por el intercambio entre los consumidores en el momento de recogida de las cestas («te cambio mi lombarda por tus espinacas»), recurso que un agricultor había observado en algunos de sus grupos:

«Esto se hace en algunos grupos en los que la gente es avispada. El que no es avispaado se va cabizbajo a casa con su lombarda pensando en que se le va a pudrir con la otra que tiene ahí metida. Pero es que luego hay gente que vuelve a venir la lombarda y dice «joder, pues todavía tengo la otra en la nevera» y a lo mejor hace tres semanas o cuatro que le has dado la última y es como, venga hombre, para eso regálala.»

Estas tácticas son promovidas por los agricultores porque de su empleo depende también la permanencia de los consumidores. Saben que alguien que no sepa movilizar una serie de recursos para hacer frente a estas cuestiones terminará por abandonar el grupo.

Dentro de las tácticas de adaptación, la forma más fácil de hacer frente a este problema pasa por encontrar métodos de preparación que «camuflen» el sabor de la verdura indeseada. Ya que muchos productos dependiendo de la receta se pueden hacer más fáciles de consumir, ésta es una de las formas con las que la gente trata de irse acostumbrando a incluir determinados alimentos en su dieta. En este terreno gana el recurso a las especias, la bechamel y los purés.

Los purés son también una buena manera de lidiar con la puntual acumulación de verduras en la nevera, otro de los problemas comunes de los consumidores de cestas cerradas. En ellos se puede emplear mucha cantidad de un mismo producto e introducir todo aquello con lo que no se sabe qué hacer o que se va a estropear. Esto ocurre también con otras preparaciones como las tortillas, los zumos, las pizzas o «las quiches, que admiten de todo». Para evitar la acumulación, también se puede recurrir a la conserva o a congelar (sobre todo las verduras de hoja y las que se estropean antes), o, de nuevo, si no se manejan estas técnicas o no se tiene tiempo para ellas, a regalar algunos alimentos. Estas son las tácticas que emplea Cristina, consumidora de un grupo de cesta cerrada, que vive con su marido, su padre y su hijo y es la única encargada de la cocina en su casa:

«Algunas veces pues he regalado algunas cosas, si veo que se me han juntado dos piezas de repollo pues igual a alguien de la familia se le va dando algo para que no se vaya estropeando, aunque en general sí se come, pero si no, vamos, pues se va congelando también o...ahora, por ejemplo, he hecho unos botes de remolacha en conserva.»

Por otro lado, aparece el problema de la variedad de recetas al que esta misma consumidora hacía referencia:

«Lo más difícil es el no estar repitiendo siempre la misma forma de comérselas, porque si no acaba siendo cansino, porque claro, las verduras de temporada son las que son, si tienes todas las semanas calabaza y todas las semanas haces lo mismo pues al final te acabas cansando, entonces hay que buscar variedad en la forma de prepararlas».

Acostumbrados a la oferta propia del sistema agroalimentario capitalista, comer sólo de temporada y encontrar en la cesta los mismos productos cada semana, especialmente en épocas como el invierno o la primavera, suele resultar muy monótono a los consumidores (algo que, en general, es valorado negativamente). De hecho, en alguna asamblea se ha aplaudido entre risas el fin de la temporada del repollo o de la escarola.

En este punto se abre un espacio a la creatividad y al intercambio de conocimientos prácticos entre los miembros de los grupos. Por eso es tan importante en estos ámbitos hablar de las diferentes formas en las que se han cocinado las verduras o subir a Internet recetas para que todo el mundo tenga acceso a ellas (especialmente si hablamos de verduras «difíciles» o «cansinas»). Tengamos en cuenta que, sobre todo en grupos de cesta cerrada, la cocina se mueve más en un «¿qué hago con la verdura que tengo?», que en un «¿qué receta quiero hacer y que necesito para ella?». Aunque depende de la ocasión en la que se vaya a cocinar, el proceso suele partir de identificar los ingredientes con los que se cuenta, para luego pensar en una receta posible con ellos, valorar si hace falta algún otro ingrediente o si bien éste se puede sustituir por otro del que se disponga, y prepararla. Para un consumidor de la cooperativa Surco a Surco, esto supone un reto, que en su casa, que comparte con varios amigos, han convertido casi en una especie de juego: *«estamos con nuestras competiciones de a ver quién cocina mejor. Hay pique por ver quién hace los platos más ricos ¡y con lo que haya en la nevera!, ¿eh? Que comprando es muy fácil, pero a ver a quién se le ocurre algo bueno con las cosillas que hay».*

Otra forma de escapar de la monotonía de las verduras de temporada es combinar los grupos de consumo con otros espacios de compra, lo cual también es útil cuando las cestas cerradas son escasas o cuando no se ha planificado bien el pedido semanal en el caso de las cestas abiertas. A este respecto se observan diferentes prácticas: algunos sólo completarán con otras verduras de temporada y otros están dispuestos a comprar alimentos de fuera de temporada si los necesitan para una receta específica; algunos complementan cestas cerradas con grupos de consumo abiertos en los que adquieren todo lo que no sea verdura o alguna hortaliza en el caso de que no esté llegando en su grupo, otros acuden a fruterías y puestos de mercados de barrio, y otros aprovechan la visita al supermercado, en el que adquieren otro tipo productos, para hacerse con esas cebollas que les han dejado de repartir en sus cestas.

«Si me falta algo que no me hayan dado y lo necesito lo compro fuera, obviamente. Procuro buscar que sea ecológico, busco en alguna gran superficie si tienen una parte de verdura ecológica, pero vamos, sí que compro alguna vez alguna cosa de verdura» (consumidora Madre Vieja).

«Si luego un día quiero hacer un plato para una cena y necesito..., pues igual compro algo que no sea de temporada, no me pongo estricta. Pero de la verdura de la compra que yo hago sí, a no ser que sea algo puntual que necesite, suelo comprar más o menos ecológico para el día a día» (consumidora la Biblio).

En estos problemas y tácticas tiene una gran influencia el tipo de verdura del que estamos hablando. Hay verduras más fáciles y otras más difíciles y, por tanto, verduras con trayectos más o menos largos. Algunas se consumen nada más llegar a casa, mientras que otras pasan largo tiempo en la nevera antes de ser regaladas a otra persona, las hay que pasan de la nevera al congelador y de ahí a la nevera de nuevo, y otras, aunque cuesta reconocerlo, de la nevera a la basura.

La borraja: nunca una verdura había dado tanto que hablar

Recopilación de extractos de conversaciones en diferentes días de reparto en grupos de cesta cerrada entre el agricultor y los consumidores en torno a esta verdura:

-Vi un reportaje por Internet que te explicaban cosas muy complicadas...y luego me dijo una amiga que con pasarle un trapo húmedo le quitas la capa esta...Y me enteré de que tienen un montón de propiedades y vitaminas.

-No jodas tío, borraja, ¡qué coñazo!

-Pero si es de gourmet.

-Sí, de gourmet.

-¿Qué es esto?

-Borraja.

-¿Borraja? ¿Y cómo se hace? ¿Cómo se cocina? Nunca he cocinado esto.

-Pues está muy rica.

-Hay un vídeo en el youtube que te lo explica. Tienes que hervirla tres minutos y entonces se quita esa tira que es lo que pincha, y ya luego pues la cocinas como quieras....rehogada...

-¿Qué haces con ello?

-Pues rehogada con ajito está muy rica.

-A mí me gusta más bien frita.

-¿Habéis visto como la hace Arguiñano? La limpia directamente con un estropajo y así ya le quita toda la capa.

-Qué bien que en esta cesta ya no hay borraja. No puedo con ella.

-Pues prepárate porque la semana que viene te vuelve a tocar.

Cuadro 1. La borraja

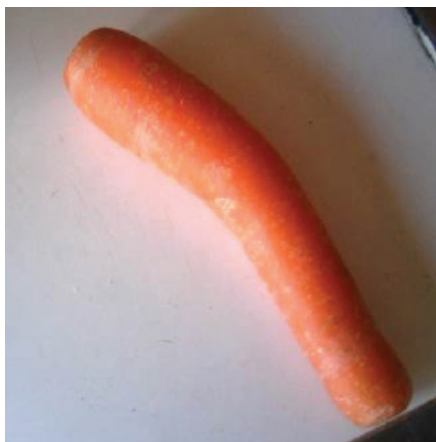
Los criterios para su inclusión en uno de estos términos pasan por el tiempo de preparación o de limpieza que requieren (poca preparación: lechugas, cebollas, puerros; mucha preparación: calabaza, habas, borraja) y su durabilidad (aguantan poco: acelgas, espinacas; aguantan mucho: coles, patatas), hasta el hábito de cocinarlas y comerlas (habituales: tomates, pimientos, calabacín; poco habituales: cardo, borraja, nabo, apio).



La zanahoria que viene esta semana en la cesta no es completamente naranja. Más bien tiene un tono entre amarillento y anaranjado. Tiene forma de cono, muy delgadita por debajo y ancha por la base de la que nacían las hojas verdes. El rabo de abajo hace una especie de curva. El resto no tiene un grosor uniforme: en algunos momentos ensancha, en otros se estrecha y se retuerce.

La piel tiene pegados algunos trozos de barro y de algunas partes le salen pelos muy finos. Al pelarla huele.

Hay que tener cuidado en esta operación de no llevártela entera en sus partes más finas y de que no se quede el cuchillo atascado en esos nudos que hace. Es una labor delicada en la que hay que poner atención. El corte de esta zanahoria es limpio. Las rodajas tienen un centro verdoso, un círculo blanquecino y un último círculo de ese color amarillento/anaranjado. Está un poco blanda, pero tiene un sabor dulzón muy agradable y tarda muy poco en cocerse.



La zanahoria que compramos el otro día en la frutería tiene un color naranja chillón y algunas motas blancas. La piel es fina. Pelarla es mucho más sencillo ya que es mucho más lisa. Hace una ligera curva, pero no tiene ningún nudo. Es más ancha y cunde más. Una zanahoria de éstas equivale a tres o cuatro de las otras. La textura es más consistente. Cuesta más cortarla y al hacerlo parece que estás resquebrajando algún tejido. Las rodajas son completamente naranjas, aunque el círculo del centro es un poco más pálido que la capa exterior. Comida en crudo es más dura, hay que masticarla muy bien. Requiere mucho más tiempo de cocción.

Cuadro 2. Zanahorias

Aunque en este punto afectan también los gustos personales y las asociaciones simbólicas que cada uno hace a los productos (como ocurre con determinadas comidas que algunos asocian a la posguerra, tales como el centeno, la algarroba o los boniatos, o con las comidas que gustan especialmente porque traen recuerdos de la infancia), en general, por factores culturales, los tomates, las cebollas, las patatas o las lechugas son verduras poco problemáticas. Aunque estas últimas por ejemplo, hay que limpiarlas bien porque normalmente *«vienen con todo tipo de compañía: barro, caracoles, gusanos...»*, lo cual introduce un grado más de dificultad si lo comparamos con las bolsas de ensalada que se venden ya lavadas y cortadas en las tiendas. Lo mismo ocurre con los puerros, en los que el barro se introduce por dentro de cada una de sus capas. Las patatas son productos fáciles que en general gustan, pero también tienen una dificultad añadida, al tener a veces esas formas inexplicables, se tarda en pelarlas el doble de tiempo que una patata comprada en el supermercado.

Verduras habitualmente problemáticas son las borrajas, los cardos o el colinabo, porque no hay costumbre de comerlas y, en el caso de las dos primeras, por el tiempo de limpieza y preparación que requieren. Las coles, aunque cuentan con sus entusiastas, tampoco suelen ser las verduras más agradecidas, pero tienen la virtud de conservarse durante semanas, dotando de un poco más de tiempo al consumidor para pensar cómo incluirlas en alguno de sus platos.

Almudena es una agricultora joven, de unos 30 años, que lleva un año repartiendo cestas a un grupo de consumo y que anteriormente estuvo vinculada a diferentes grupos y cooperativas como consumidora. Ella, una amiga suya (consumidora de su grupo) y yo pasamos una tarde sentadas en un parque hablando sobre su proyecto. Al final nuestra conversación se acabó convirtiendo en un tratado sobre gustos, trucos y recetas de cocina:

Almudena (AL) -*A mí me pasa que si no me gusta...El brócoli no me gusta pero me lo hago con bechamel y queso.*

Antropóloga (AN) -*Es como yo con el repollo, yo lo meto por ahí, mientras no sea solo...*

AL -*A mí el repollo ¿sabes cómo me gusta? Lo cortas muy finito, lo echas crudo a la sartén, con aceite y que se haga, se haga y queda como...cuando fríes cebollita y está más rico que cocido. A mí cocido me gusta menos, pero salteado con cebolla...*

Amiga (AM) -*A mí lo único que no me gusta es la cebolla.*

AN -*La lombarda también me da problemas.*

AM -*La bechamel con el quesito lo mata todo.*

AL -*La lombarda con bechamel no pega mucho ¿no?*

AM -*Sí, pero hay que saltearla con pimentón.*

AN -*Yo voy poco a poco y descubro cosas que digo...qué ricas, pero otras aún... Las acelgas siempre es como «ay, a ver cómo me las como»...pero ya voy encontrando cosas de «así sí me gustan»*

AL -A mí la verdura, es que me hablas de acelgas y se me hace la boca agua, como con el chocolate.

AM -A mí ahora no me importaría tener unas para lavarlas, cocinarlas y sofreírlas...Me gustan con patatas.

AN -¿Y con el nabo qué hacéis?

AM -Pues croquetas de nabo con rúcula, buenísimas, y queso. O el nabo gratinado con bechamel...Yo hago unas virguerías con el nabo...quiche de nabo.

AL -Sí, yo se los regalaba siempre cuando me tocaban muchos en la cesta.

AM -Si no, al puré.

AN -Claro, pero es que no hago tanto puré.

AL -A mí me encantan los cardos, los descubrí hace poco y me encantan, y la gente cuando repartimos cardos nos mira como...«¿qué es eso?»

AM -Pues yo nunca he sabido cocinar la hoja de parra, no sé cómo. La he cocido y me queda fibrosa.

AL -A lo mejor es el tipo de parra o el momento de cocerla.

AN -Yo las he comido alguna vez como envolviendo el arroz.

AL -Pues yo la tiro -dice la agricultora- le quito la hoja. Me pasa lo mismo que con las algas, que me dan un asco...se me pegan al paladar y no hay manera de quitarla.

AM -Se pusieron de moda hace años y yo las tomaba mucho. A mí me gustaban unas que eran como fideillos negros.

AN -A mí me saben a mar, muy fuerte.

AM -Pero una vez que te lo planteas que es que saben a mar pues cuanto más sabe a mar más rica está. Porque un algo que no sabe a mar ni es alga ni es nada. A mí me pasaba hace tiempo lo mismo pero luego un día asumí que tenía que saber a mar y que la textura era ésa, entonces lo ves desde otro punto de vista y ya sí me gustan.

6.2. Las prácticas alimentarias en grupos de consumo ecológico: factores estructurantes

Al plantear que en los grupos de consumo se transforman las formas de comprar, cocinar y de comer, al requerir el desarrollo de nuevas estrategias con las que hacer frente a las condiciones que se imponen en estos contextos, no queremos caer en una suerte de determinismo ambientalista que postule que las características materiales de estos nuevos escenarios condicionen unidireccionalmente las prácticas de consumo.

Del mismo modo, es importante evitar el planteamiento de que esas tácticas que los consumidores utilizan para enfrentarse a los problemas que se les presentan en los grupos dependan únicamente de la elección y creatividad de cada uno. El empleo de estas estrategias no se da en un espacio de libertad, sino en el que dibuja la intersección entre las características de estos contextos de acción, con la posición social, los recursos y las disposiciones de los agentes.

Las prácticas, como nos recuerda Lave (1988), se constituyen en la relación dialéctica entre las personas que actúan y los escenarios en los que se desarrolla la actividad. En esta línea vamos a profundizar en los rasgos objetivos relevantes del entorno en el que se desarrollan las prácticas alimentarias y de las personas que las llevan a cabo, entendiendo que es en la relación entre ambos polos en la que se constituye aquello que estamos examinando. Con este ejercicio se pretende trazar una suerte de tablero de juego, con el que nos será más sencillo analizar a posteriori los movimientos y recorridos de los agentes.

En un seminario sobre agroecología una de las ponentes, vinculada a una cooperativa de consumo, calificaba de paradoja que el aumento de la «*inseguridad alimentaria*» y de la desconfianza hacia la alimentación industrial no repercutiera en un crecimiento inmediato de los grupos de consumo ecológicos. Quizás la respuesta a esta aparente contradicción haya que buscarla en este nivel de concreción de las prácticas alimentarias.

a) Factores relativos a los contextos de acción

Ya se ha apuntado cómo el consumo ecológico en grupos de consumo difiere del consumo ecológico en tiendas o grandes superficies en cuanto a las condiciones materiales en las que se desarrolla. Pero los grupos de consumo no son uniformes a este respecto. Cada uno tiene unas características específicas relativas a sus formas de organización que van a marcar diferentes escenarios de actividad. Dentro de éstas, las más relevantes son:

- Ubicación del espacio y facilidades para su acceso: transporte público cercano, parking propio o próximo, posibilidad de acceder al punto de distribución con vehículo privado...
- Cesta cerrada o abierta: la posibilidad (o no) de elección de los productos que se van a consumir. En los grupos de cesta abierta, por otro lado, no suele ser necesaria una periodicidad fija de los pedidos.
- Horarios de pedido (en caso de cestas abiertas) y de recogida. Este aspecto está ligado a la posesión de un espacio propio dentro de un local. Los grupos que cuentan con un espacio suelen tener mayor flexibilidad de horarios de recogida de las cestas (hasta dos o tres días). En los grupos que no cuentan con esta infraestructura los horarios son mucho más limitados (incluso con sólo un margen de dos horas).

Un agricultor vinculado a varios grupos de consumo consideraba que disponer de un local era también uno de los factores fundamentales para que los grupos pudieran desarrollar una estructura organizativa. De hecho, afirmaba haber comprobado que aquellos colectivos que no disponían de un espacio para dejar las cestas de un día para otro, se disolvían pronto y funcionaban peor que aquellos que sí contaban con esa posibilidad. Lo cual coincide con la opinión de un miembro de una veterana red de grupos de consumo, quien afirmaba que el primer requisito para desarrollar el consumo agroecológico mediante grupos de consumo era facilitar el acceso a locales gratuitos en los que hacer los repartos.

- Acceso social: hay grupos abiertos, que admiten siempre nuevos consumidores, y grupos cerrados, que funcionan con listas de espera cuando tienen cubiertas sus

plazas. Podríamos hablar aquí también de ciertas características que repercuten en que los grupos se nutran de gente del entorno cercano o en que amplíen su alcance social (por ejemplo, si la ubicación del grupo es pública y visible, si el grupo está vinculado a otro colectivo previamente existente, si se publicita...).

- Precios: en los grupos de cesta abierta los precios se fijan para cada producto, mientras que en los de cesta cerrada se funciona con cuota fija. Éstas pueden ser dependientes o independientes de la cantidad de verduras que se reciba.
- Requisitos de implicación de los miembros: recogida de la cesta, realización del reparto, realización del pedido y pago a los proveedores, asambleas, apoyo en las tareas de la huerta, y participación en comisiones. El grado de responsabilidad que el consumidor debe asumir está en relación con el tipo de gestión que se realice en el grupo. En grupos autogestionados el nivel de implicación asciende (más aún si se trabaja con varios productores), mientras que en aquellos que cuentan con personas que se dedican profesionalmente a estas tareas, la implicación del consumidor suele ser menor.

En el siguiente cuadro recogemos una caracterización en función de estos criterios de los diferentes tipos de grupo en los que he desarrollado el trabajo de campo:

MODELO DE GRUPO	CESTAS	ENTRADA	HORARIOS Y ESPACIOS DE RECOGIDA	PRECIO	COMPROMISO CON OTRAS TAREAS
I Madre Vieja (grupos de consumo asociado a un proyecto hortícola)	Cerradas	Limitada	Horarios fijos, un día a la semana en horas concretas por las tardes. Algunos grupos disponen de local y otros no. Algunos locales son accesibles en coche y otros no	Fijo en función del número de kilos	En algunos grupos reparto de cestas No hay personas contratadas para la gestión, pero en muchos de sus grupos los pedidos se limitan a la cesta de verduras de este productor
II Surco a Surco (cooperativa producción-consumo)	Cerradas	Limitada	Tres días a la semana. Disponen de local. Se puede acceder con coche y transporte público	Cuota fija independiente de la cantidad	Asambleas de grupo Asambleas de cooperativa Comisiones Reparto y recogida de las cestas Sábados verdes Autogestión (no hay personas contratadas para esta labor)
III El berenjenal (cooperativa de consumo)	Abiertas	Abierta	Un día a la semana (todo el día). Disponen de local, fácilmente accesible en coche pero no en transporte público	En función de los productos	Elaboración de cesta. Colaboración en el procesado de verduras y otras tareas, pero existen personas contratadas para esta labor

Tabla 1. Modelos de grupos de consumo

Aunque estos factores, en general, tienen un carácter estable (sobre todo si los comparamos con los concernientes a los agentes sociales), no pueden ser considerados en términos absolutos. Por ejemplo, la ubicación del grupo influye en relación a su cercanía al espacio de trabajo o residencia de cada persona, aspectos que sí pueden variar en el tiempo. Por otro lado, en función de las características del agente concreto, algunos de estos factores toman más relevancia que otros. Una demanda de implicación alta en un grupo de consumo será más problemática para personas con hijos pequeños y jornadas de trabajo partidas, que para estudiantes universitarios con pocas responsabilidades.

Incluso la percepción del mismo hecho objetivo varía en función de cada sujeto. El carácter cerrado de la cesta hay quien lo valora como algo negativo por no poder elegir, mientras que a otros les quita «*el problema de pensar qué comprar cada semana*». Encontrar con frecuencia algún insecto en las lechugas que se reparten en los grupos de consumo es algo a lo que se enfrentan todos los consumidores. Algunas personas lo encuentran desagradable, mientras que a otras les hace ilusión, porque la consideran una «*lechuga viva*», («*no como las de los supermercados en las que todo está muerto*»). Es decir, que el contexto impone una serie de constreñimientos que están fuera del control de los sujetos, pero estos son experimentados de forma diferente por cada uno de ellos.

Para entender esta diferencia nos puede ser útil la distinción que Lave (1988) realiza entre las arenas y los escenarios (*settings*) de actividad. Las primeras hacen referencia al contexto que se impone a los sujetos con condiciones no negociables. Los segundos, a las formas de vivir ese contexto, a la parte cualitativa del espacio que depende de los usos y las formas de relación con el mismo. Cada persona, en función de sus características objetivas y subjetivas, del estilo de sus prácticas y de la posición que ocupe en la red de relaciones que conforman el grupo, experimenta una versión particular de cada «arena» de actividad. La cooperativa de consumo para una persona que vive cerca de ella, tiene las mañanas libres y le gusta pasarse de vez en cuando a buscar excedentes, se despliega en unas coordenadas diferentes de las de otra que utiliza a la cooperativa como proveedora para su grupo de consumo y participa en todas sus reuniones y tareas de gestión. La cooperativa que vive el que está contratado por ella difiere de la que vive el consumidor puntual y ambas difieren de la que vive el que la entiende como su espacio de militancia. Un consumidor con ganas de prepararse una crema de calabacín estará encantado con que le haya tocado una pieza de dos kilos en la cesta, mientras que otro puede pedir que se lo cambien porque no le entra en la nevera (la tiene llena, entre otras cosas con alguna col de la semana anterior que, como hace calor, si la saca se le va a poner mala) y además no le va a dar tiempo a cocinarlo hasta tres días después y no quiere que se le estropee.

b) Factores relativos los agentes sociales

Aunque no sea un requisito previo³, un determinado esquema de apreciación de la

3 Muchas de las personas con las que se ha hablado aseguraban que no sabían nada de agroecología ni de la organización del sistema agroalimentario capitalista, ni de los problemas de la alimentación industrial, ni de la filosofía de los grupos de consumo, hasta que empezaron a formar parte en ellos.

agroecología (considerar este tipo de productos y colectivos como portando un determinado capital simbólico), puede ser importante a la hora de entrar y permanecer en un grupo de consumo. Este valor suele residir en la salubridad del producto, en su sostenibilidad ambiental o en la contribución a determinados proyectos políticos.

En la realización de estas atribuciones influyen los trayectos sociales de los agentes. Así, por ejemplo, es muy común encontrar consumidores que se unen a grupos durante o tras una experiencia de enfermedad porque valoran que esta alimentación es más sana, o que militantes de ciertos movimientos sociales entiendan que los grupos de consumo son una forma de contribuir a la soberanía alimentaria y de construir una sociedad más justa. Ciertas disposiciones⁴ que se hayan adquirido en otros espacios sociales pueden también ser relevantes a este respecto, como una relación con el alimento en términos sanitarios, la consideración del consumo como un asunto político o el cuestionamiento de las prácticas cotidianas en función de su sostenibilidad ambiental.

Cuando se pregunta a los consumidores por sus trayectos de entrada suelen articular discursos en términos de motivaciones directamente relacionadas con estas concepciones de la agroecología (buscar una alimentación sana, romper con un modelo de alimentación injusto...). Sin embargo, al igual que existen ciertas condiciones sociales en estas motivaciones⁵, existen también otras que posibilitan o limitan su actualización. Con esto queremos decir que si bien este tipo de apreciación, fruto de experiencias y posiciones sociales, puede ser un factor de peso para entender el interés por estos espacios, éste no puede ser el único a tener en cuenta a la hora de explicar el trayecto de entrada y la inclusión en un grupo de consumo. Por ejemplo, al preguntarle a una consumidora cómo empezó en Surco a Surco, ella declaraba:

«Pues estábamos en una asociación en Carabanchel y una de las chicas que estaba de monitora de ocio y tiempo libre allí estaba en el SAS de Móstoles, y hablando, pues podríais montar un grupo. SAS quería crecer y nosotros estábamos ahí, teníamos un grupo de gente que era estable, nos los propuso Ana, nos gustó y montamos un grupo en la asociación».

Más adelante en la conversación afirmaba sin embargo que a ella lo que le hizo entrar fue «otra forma de hacer política». Esta motivación puede ser importante a la

4 Vamos a entender el término de disposición en el sentido de esquemas de percepción, apreciación y acción adquiridos en procesos de socialización, que los agentes han incorporado y movilizan en determinadas situaciones.

5 Topamos aquí con el polémico tema de la clase social. ¿Es la alimentación ecológica expresión de un gusto de clase? ¿Son los grupos de consumo más abiertos, más populares, que las tiendas ecológicas y supermercados para la clase alta? Esta investigación no se ha centrado sistemáticamente en esta cuestión pero sí podemos decir que el nivel cultural de estos sujetos suele ser medio-alto (casi todas las personas a las que se ha entrevistado tenían estudios universitarios) y que, aunque el paisaje social es más diverso en cuanto a niveles de ingreso, se intuye un corte en su estructura tanto por arriba como por debajo. En estos espacios no es común encontrar personas pertenecientes ni a las clases más desposeídas ni a las más privilegiadas.

hora de entender por qué le pareció una buena idea unirse a la cooperativa, pero en su caso fue el contacto con Ana, la disponibilidad de un local y la existencia de un grupo de gente estable previamente conformado, lo que posibilitó dicha unión.

«Un actor no puede ser definido por una sola situación» (Lahire: 1998:76). El término «consumidor» poco nos habla de la situación específica de cada sujeto, de su forma de inclusión en otros ámbitos de actividad, de su posición en la estructura social, de sus recursos disponibles, de su relación con el alimento o de otros factores que van a condicionar igualmente la entrada y las experiencias en los grupos de consumo.

Dentro de todas las variables que caracterizarían a los diferentes agentes las que nos parecen más pertinentes para el análisis de este campo de actividad específico son:

- Capital económico: disponer del dinero suficiente para pagar las cuotas fijas de las cestas cerradas o los pedidos de las cestas abiertas. En este último caso hay mayor flexibilidad ya que el número y la cantidad de pedido se puede ajustar en función de la situación económica de cada momento.
- Capital social: vínculos con personas que pertenecen ya a grupos de consumo (que es la forma de entrada más común), contacto con determinados ambientes sociales en los que existan grupos o cooperativas, y contar con la cooperación de otras personas para el pedido, la recogida o la preparación de los alimentos (por ejemplo, alguien que vaya a recoger a los niños del colegio mientras el consumidor acude a por el pedido, alguien que ayude con los pedidos por Internet en el caso de no tenerlo y/o no saber utilizarlo...)
- Entorno tecno-alimentario disponible. Como nos recuerdan Brunori et al, los hábitos de consumo están basados en sistemas socio-técnicos. «*It's hard to imagine systems of provision based on supermarkets without the existence of private cars and refrigerators (2012:8)*»⁶.

Un ejemplo de ello que puede parecer banal pero que sin embargo es determinante, lo encontramos en la siguiente conversación entre un hombre y una mujer de unos 60 años pertenecientes a un grupo de consumo de cesta cerrada durante uno de los repartos:

-Las acelgas ya cuando las hicimos el otro día...Es que hay que darse prisa, hacerlo antes.

-Yo las meto en una bolsa y a la nevera, porque si no...- le comenta ella.

-Ya, pero ¿sabes qué pasa? Que la nevera que tenemos es muy pequeña, tendríamos que comprar otra pero...

Dentro de las tecnologías que cobran importancia para este consumo destaca, en primer lugar, el acceso a Internet, sin el cual no se pueden realizar los pedidos en las

6 Es difícil imaginar sistemas de provisión basados en supermercados sin la existencia de coches privados y refrigeradores.

cestas abiertas u organizarse con el resto de compañeros para las tareas requeridas en las otras cooperativas (éste es de hecho el principal método de comunicación en estos espacios). Por otro lado, como se ve en el ejemplo, una nevera y un congelador amplios son casi indispensables para la gestión de una cesta cerrada. Además, la posesión de toda otra serie electrodomésticos va a condicionar las posibilidades de preparación de alimentos y el tiempo requerido para ello: el horno, la batidora (casi de primera necesidad en estos grupos para las cremas y purés), una batidora de vaso para zumos, la olla exprés, el microondas, o algunos más especializados como el wok, las ollas de cocinar al vapor o todos esos aparatos asociados a las dietas crudi-veganas como licuadoras, deshidratadoras o ralladores especiales.

- Composición del hogar. El número de personas que se alimenten a través del grupo de consumo afectará de un lado a la adecuación de la cantidad de verduras que reciban (por ejemplo, a las personas que viven solas y reciben una cesta cerrada les suelen sobrar verduras) y, de otro, a la posibilidad de reparto de las tareas de cocina (en el caso de que ésta sea una labor compartida dentro del hogar). Como me comentaba un consumidor de cooperativa de cesta cerrada, que comparte casa con otras siete personas, *«lo bueno es que al ser tantos no tienes casi que cocinar, yo no cocino todos los días ni por asomo, vamos, me muero, que eso es lo que le pasa también a mucha gente, pero aquí, ya ves, pues te toca cocinar dos o tres veces a la semana, que cuando te toca tienes que cocinar para un montón, pero son menos veces»*. Otro consumidor de cesta cerrada, que vive con cuatro compañeros de piso resaltaba este mismo aspecto: *«en mi casa estamos organizados por turnos, cada día nos toca cocinar a uno y entonces es más fácil»*.

La posición que la persona ocupe en esa red será también importante en la forma de experimentar estas prácticas; no suelen hablar de la misma manera de los grupos de consumo aquellos a los que les toca preparar y cocinar los alimentos, que aquellos que cuentan con otra persona encargada de esta labor.

- Estructura de la vida cotidiana: horarios de trabajo, responsabilidades, tiempos dedicados al cuidado de los otros (por ejemplo, tener hijos limita el tiempo disponible, aunque por otro lado suele ir acompañado por el interés por mantener una dieta saludable y libre de químicos) y el tiempo libre restante.

Tengamos en cuenta que los requisitos de estos nuevos contextos alimentarios afectan también a las formas de organización de la temporalidad cotidiana. En los grupos en los que es necesario planificar con antelación el pedido, es necesario estar pendiente de los días en los que se abre y se cierra éste y, además, calcular en ese momento los productos que se necesitarán dentro de una semana.

Un grupo de consumo, como afirmaba una consumidora de la Madre Vieja, puede estructurar la semana: *«ir a por la cesta en algún momento puede ser un engorro pero eso también te organiza. A mí me ayuda a planificarme porque yo sé que ese día a esa hora hay que estar y ya lo tienes ahí»*. Otra consumidora que lleva muchos

años en Surco a Surco, hablaba así de la implicación que se requería: *«Tienes que saber que tiene que haber unos huecos determinados en tu agenda (...) Al final los martes han entrado en... ¿tú qué días no puedes? Yo los martes no puedo. Los martes son de Surco a Surco. Es una rutina, para bien o para mal. Yo lo martes voy a Surco a Surco»*. Pero no se trata sólo del día de recogida, sino que, como esta misma consumidora afirmaba, *«eres tú el que pone el freno del tiempo que le va a dedicar a la cooperativa porque si no podría ser toda tu vida»*, especialmente en estos espacios en los que hay múltiples reuniones y comisiones de trabajo.

Por otro lado, en general, gestionar una cesta de verduras implica pasar un tiempo considerable a la semana en la cocina, preparando o conservando los alimentos.

La falta de tiempo es sin duda el aspecto al que más consumidores aluden cuando se habla de los problemas para participar en grupos de consumo. Esta justificación que hacía una mujer (de entre 45-50 años, madre) a la trabajadora de la cooperativa cuando reclamaba a su grupo de amigas un poco más de implicación en el proyecto, es bastante representativa de la forma en la que los consumidores suelen plantear esta limitación:

«En un mundo perfecto claro que vendríamos aquí a ayudar pero es que...anda que no nos gustaría a nosotras poder juntarnos todas las semanas un rato para tomar café y organizar nuestras cosas tranquilamente. Pero mira, yo vengo ahora porque acabo de salir de trabajar, mi amiga no puede venir esta tarde y le tengo que dejar el pedido en casa de otra, la otra que ahora tiene un lío tremendo y no sabe a qué hora va a llegar...Yo, como sé en qué situación estáis vosotros pues vengo a hacer las cajas y llevármelas y así facilitaros las cosas pero ya más no podemos. Si el proyecto que tenéis es muy bonito, sería bonito poder hacerlo. Si algún día me toca el premio del Nescafé...»

Pero a la vez, cómo veremos, éste es también uno de los temas que más polémicas plantean: *«¿es cuestión de tiempo o de organización e interés?»* Es frecuente escuchar en el campo que es la falta de esfuerzo, la comodidad y las pocas ganas de implicación, lo que impide la formación de un movimiento masivo de consumo responsable. Sobre esta cuestión profundizaremos más adelante cuando estudiemos la confluencia de las lógicas prácticas y las lógicas políticas en estas organizaciones, pero, como introducción al tema, puede ser interesante recuperar una entrevista con un consumidor de uno de los grupos de la Madre Vieja que ha pasado en los últimos años de ser un estudiante perteneciente al colectivo agroecológico de su universidad, con una visión de la alimentación ecológica centrada en la necesidad

7 De hecho, es probable que ellas estuvieran en un grupo como éste (cooperativa de cesta abierta) precisamente porque les da la posibilidad de no implicarse en él más que como consumidoras. Su estructura facilita una vinculación laxa al mismo, permite hacer la compra, recogerla y marcharse sin más obligaciones y da flexibilidad a la hora de elegir qué, cuánto y cuándo se quiere consumir.

de información y concienciación, a tener un trabajo fijo que no le deja mucho tiempo libre. En este extracto se percibe cómo en esta trayectoria empieza a considerar que puede haber otros factores, además de la voluntad, que dificulten la vinculación a los grupos de consumo.

-¿Y cuáles serían para ti las dificultades para consumir de esta manera?

-Pues en general dentro de esta sociedad en la que vivimos acomodada pues es difícil a una persona sacar tiempo. Acomodada y ocupada. Pues sacar tiempo, dedicar su tiempo libre o parte de su tiempo libre a ir a por la verdura, a montar su cesta o a acercarse a algún sitio a recoger su cesta. Es muchísimo más cómodo ir al supermercado, que tienes todo, llegas después de currar y después de hacer tus cosas y lo compras todo del tirón. Pues eso yo creo que es el problema.

-¿Que la gente renuncie a esa comodidad?

-O comodidad o parte de su tiempo a eso. Sí, es comodidad, es comodidad. Yo creo que es el mayor problema.

-Aunque luego muchos grupos tampoco requieren más que el que puedas acercarte a recoger la cesta

-Sí, parece que no lo requiere, pero bueno, es pensar que tengo que ir allí tal día o algo así....no sé, la gente lo quiere fácil, lo quiere en su casita y rápido. Yo creo que ese es el problema. Pero también es quizás fruto de la falta de pleno entendimiento del propio concepto y de creértelo. Porque si te lo crees y lo entiendes no es que no te va a costar, es que te alegrará.

-¿A ti te alegra?

(Risas)

- A mí me alegra y me gusta, pero sí que ahora que estoy trabajando lo entiendo también, esa falta de disponibilidad está ahí. Está con nosotros. Es nuestra forma de vida, ya nos supone unos cuantos obstáculos, dedicarte a tus cosas en general, no sólo alimentación, sino a tus cosas.

- Saberes y destrezas en torno a la cocina disponibles: recetas, conservación de alimentos, trucos para aprovechar al máximo las verduras.

- Hábitos alimentarios con los que parte cada consumidor, producto de todos los factores que hemos examinado hasta ahora: el tipo de dieta que sigue, preferencias alimentarias, costumbre de cocinar, comer dentro o fuera del hogar, planificar con antelación la dieta o la compra o tender más a improvisar, frecuencia con la que se va a comprar, etc.

Ésta va a ser una de las cuestiones que más pesen en las diferentes formas de experimentar las constricciones que impone la estructura de los grupos de consumo en las formas de alimentación. Por ejemplo, mientras que las personas que no están acostumbradas a cocinar expresan con frecuencia en los repartos sus agobios con determinados alimentos, las personas que sí lo están suelen plantear la situación en términos similares a los de esta consumidora (perteneciente a un grupo de cesta cerrada):

«Yo he cocinado siempre y creo que es cuestión de organización y de hábito. Cuando tú tomas una decisión de este tipo la tomas, con sus pros y sus contras. Que te obliga a cocinar, sí, que te obliga a estar cada semana pendiente de las verduras, sí, que viene con más barro, sí, pero por el contrario tienes mejor producto, mejor sabor, te va a saber todo a gloria bendita, te lo ponen en la puerta...Yo comprendo que hay mucha gente que no...pero claro, a lo mejor se lo pueden dar guisado ¿no? No es cuestión de tiempo, porque yo precisamente no tengo mucho tiempo que me sobre, tengo un trabajo, tengo familia, tengo un padre mayor del que me tengo que ocupar, cocino, limpio, me ocupo de mi casa, es decir, pues es cuestión de organización».

- Otro tipo de disposiciones generales. La declaración que acabamos de leer nos sugiere que tener interiorizados ciertos hábitos de organización y planificación, de trabajo en colectivo, o de sacrificio del tiempo personal para el cuidado de los otros, pueden ayudar a funcionar mejor en este contexto alimentario (como sucede por ejemplo con muchas mujeres con familia o con algunos militantes). Este aspecto lo destacaba una persona que lleva muchos años vinculada a una cooperativa de producción-consumo, *«se nota de dónde viene la gente, porque al final funciona de otra forma. La gente que está acostumbrada a funcionar en asamblea entra en Surco a Surco y desde el primer día, funciona».*

El estudio de las relaciones entre estos dos bloques de factores es fundamental tanto para analizar las posibilidades y limitaciones de entrada a los grupos como la experiencia de participación, las prácticas y rutinas que en ellos se generan.

En cuanto a la primera de estas cuestiones, este enfoque problematiza la idea de que cualquier persona puede estar en cualquier tipo de grupo de consumo. Esto es, de que son sólo factores puramente subjetivos, de conciencia y decisión, los que explican la inclusión en los mismos. ¿Por qué entonces los consumidores del grupo de Tabacalera comparten todos un aire de familia (gente joven, comprometida, profesional, culta, con un vestir similar...) y por qué es difícil encontrar a cierto perfil de gente en cooperativas de producción-consumo? Imaginemos una persona de casi 40 años, que viva sola, sin experiencia en colectivos militantes autogestionados y sin contactos con ese mundo, con horarios de trabajo muy extensos, que no le dedique mucho tiempo a la cocina y que no sienta especial predilección por las verduras. Para esta persona en primer lugar va a ser difícil entrar en contacto con este tipo de grupo. Si por alguna casualidad lo hiciera, tendrá muchas dificultades para compaginar sus horarios y hábitos de alimentación, con la gestión de una cesta cerrada de verduras y la implicación en el resto de tareas propias de la cooperativa.

Esto es algo que en ocasiones los propios consumidores reconocen:

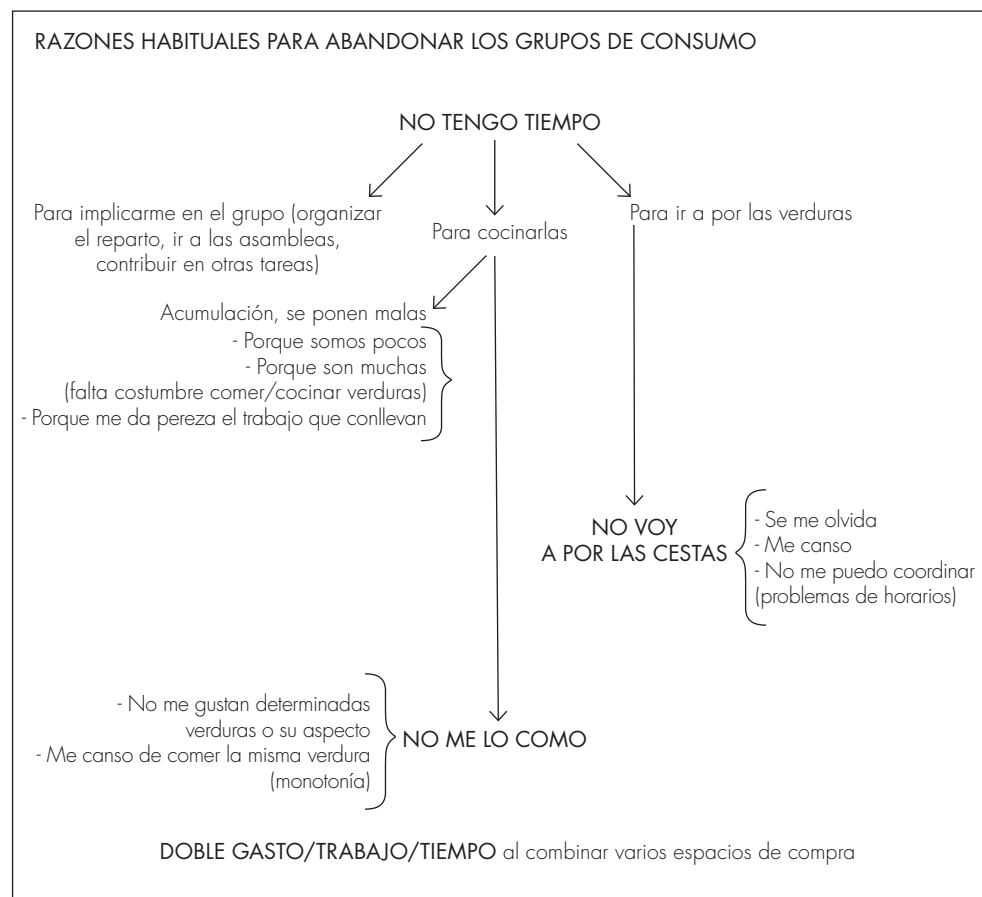
-Hombre, yo por ejemplo hay cosas de Surco a Surco que me resultan complicadas para replicar porque, por ejemplo, no veo a mis padres entrando en Surco a Surco. Sí me veo a mí dentro de 30 años en Surco a Surco, pero no veo que pueda entrar gente a la que no, que...mi hermano mismo no entraría en Surco a Surco.

-¿Por?

-El tiempo. Sí...igual no le da tanta importancia ni a la parte política ni a la parte alimenticia... No entraría, yo creo, no, no entraría.

Otra consumidora, perteneciente desde hace años a otra cooperativa similar, al reflexionar sobre ciertos problemas de participación y actividad que se estaban dando en la misma, comentaba que las estructuras de funcionamiento no se habían sabido adaptar al cambio generacional que se había dado.

«Cuando tienes 20 años te da igual pasarte tres horas en una asamblea discutiendo con los amigos, pero cuando eres más mayor y tienes ciertos horarios, te tienes que despertar temprano para ir a trabajar o tienes hijos, quieres que las asambleas sean lo más dinámicas y operativas posible. Que te sorprendes mirando el reloj o pensando "venga, vamos ya a pasar de tema", aunque no lo digas».



Cuadro 4. Razones habituales para abandonar los grupos de consumo

Si nos fijamos en las razones más comunes para abandonar los grupos, nos damos cuenta de que la aparición de estos «consumidores fallidos» no responde a la falta de interés por la alimentación responsable o saludable, sino a que no se consigue realizar ese ajuste entre estructuras vitales y requerimientos de la organización. Ocurre también con frecuencia, como destacaba la última consumidora citada, que las variaciones que se producen en las condiciones de existencia de los agentes repercuten en la salida de los grupos. Mudarse de casa, tener hijos o cambiar de trabajo pueden llevar al abandono del grupo de consumo y, en ocasiones, a sustituirlo por otro espacio de adquisición de productos ecológicos. Cuando se producen estos cambios muchas personas buscan alternativas más «cómodas» a su nueva situación para seguir comprando productos ecológicos. De un grupo de cesta cerrada a uno de cesta abierta, de uno de cesta abierta autogestionado a otro donde no se tenga responsabilizar de ninguna tarea, de grupos a tiendas o mercados, etc. Por eso le decía un consumidor de un grupo de cesta cerrada a una mujer que estaba dudando entre si entrar en su grupo o hacerlo en otro: *«yo te recomiendo la comodidad como criterio, al final, a largo plazo es lo que más te va a tirar... pero comodidad entre grupos ¿eh? No comodidad de que te vayas al supermercado»*.

Podemos afirmar que, en general, si no se produce cierta articulación entre todos los factores que hemos examinado, es difícil que la persona entre y permanezca en un grupo de consumo. Aunque en este punto se debe distinguir entre «la decisión» de entrar en un grupo y las prácticas propias del estar en un grupo, como acciones caracterizadas por temporalidades diferentes. En el primer caso, puede ser más fácil contar con cierto espacio reflexivo para valorar si los requisitos del grupo se adaptan a las posibilidades de la persona (por ejemplo, que el horario de recogida no le coincida con otra actividad, que le quede cerca de su casa, que le cuadre en el presupuesto...)⁸. Aunque, por otro lado, no pueden «calcularse» a priori todas las implicaciones de participación en un grupo, todos aquellos aspectos que va a ser necesario encajar, ni todas las situaciones con las que una persona va a tener que enfrentarse. Por su parte, las prácticas cotidianas dentro de los grupos suelen estar más caracterizadas por la urgencia, por la flexibilidad, por las contingencias, por el cambio repentino de planes y la necesidad de reorganizarse (se alargó la reunión del trabajo y tengo que llamar en el último momento a mi hijo para que vaya a por la cesta, comimos varios días fuera y al final se empezó a poner mala la calabaza con la quería hacer la quiche...).

Esta articulación entre los escenarios y las características de los agentes no remite por tanto al razonamiento previo del sujeto que valora antes de entrar en acción sus posibilidades en función de sus recursos y del contexto específico, sino que se trata de algo que se da en el mismo desarrollo de las prácticas. Por ello es necesario atender también a las disposiciones requeridas y constituidas específicamente en estos espacios sociales.

8 Esto no impide en ningún caso que factores no reflexivos condicionen el acceso a estos espacios o lo imposibiliten (como hemos señalado en el caso de las disposiciones adquiridas o de la posesión de cierto capital social).

6.3. El apio, para el gin-tonic

Una de las trabajadoras de una cooperativa de consumo ecológico, solía defender que sin una concienciación sobre el valor político del consumo responsable, las personas no harían el esfuerzo de comprar en grupos o cooperativas de consumo. Al hablar del esfuerzo hacía referencia a las dificultades que suponía hacer la compra a través de estos espacios en comparación con un supermercado o una tienda (algunas de las cuales se han expuesto a lo largo del presente capítulo). La pregunta que se abre aquí es si es necesario este trabajo de sensibilización para garantizar que se produzcan esos cambios en los hábitos alimentarios o para compensar el esfuerzo que supondría renunciar a las comodidades de una tienda.

En primer lugar podríamos preguntarnos qué es lo que es necesario cambiar. En este trabajo vamos a sostener que no es una idea sobre la alimentación, sino la relación práctica con la misma. Y en este nivel no se requiere tanto un trabajo de concienciación (o al menos no sólo)⁹ como una nueva forma de habitar el mundo y de relacionarse con el entorno que pasa por la adquisición de nuevos esquemas de percepción y acción en relación con el alimento, y por la creación de valencias afectivas entre los miembros del grupo. Examinaremos ahora la primera de estas cuestiones.

Antes hablábamos de cómo las prácticas se generan en la interrelación entre los agentes y los contextos de acción. Como hemos visto, estos agentes tienen un pasado incorporado en forma de determinados esquemas de acción, percepción y apreciación que movilizan en función del contexto específico. Los contextos en los que se llevan a cabo estas prácticas alimentarias varían con respecto a los que las personas suelen estar acostumbradas y por ello se producen con frecuencia lo que Lahire (1998) denomina «crisis del sentido práctico». Según el autor, éstas se producirían en los momentos de desacoplamiento entre los hábitos incorporados y las situaciones. En estas, desaparece esa «complicidad ontológica», ese ajuste mágico del que habla Bourdieu, entre el *habitus* y el mundo que lo determina: «*Crisis de adaptación, crisis de lazos de complicidad o de connivencia ontológica entre lo incorporado y la nueva situación, dichas situaciones son numerosas y multifor-mes y caracterizan la condición humana en las sociedades complejas, plurales y en transformación*» (ibíd.:73).

Para las personas que empiezan a formar parte de estos espacios como consumidores se hace necesaria la incorporación de nuevos esquemas de acción que se adapten a estas nuevas situaciones, generar una nueva rutina que funcione sin necesidad de tener que estar continuamente pensando sobre ella. Con esto no queremos decir que se parta desde cero. Como ya hemos visto, disposiciones previas pueden facilitar mucho el paso por un grupo de consumo. Pero hay otras que han de ser aprendidas, como ocurre en el caso de aquellos que no saben cocinar o no saben conservar los

9 Ésta es una de las discusiones principales de este campo, que gira en torno a las técnicas más adecuadas de transformación de sí y en la que vamos a profundizar en la última parte de este trabajo.

alimentos, o no saben cómo preparar determinadas verduras que suelen ser habituales en las cestas, o no están acostumbrados a planificar la compra con antelación, o no tienen el hábito de comer en casa ni de cocinar las cosas antes de que se pongan malas, ni de congelar, o están acostumbrados a comprar la verdura que les apetezca sin importar la época del año, o no comen tantas verduras, o quizás no acepten con facilidad el comer con frecuencia productos que no les gustan demasiado, o no le dan demasiado valor a la alimentación y no tienen costumbre de dedicar buena parte del presupuesto familiar a la compra de productos de mayor calidad o un sinnúmero de cuestiones más. Si no se incorporan estos nuevos esquemas, es difícil que la persona pueda permanecer en el grupo de consumo a medio o largo plazo.

A esta misma conclusión llegan estos autores tras la realización de un trabajo de campo con los equivalentes italianos (GAS) a los grupos de consumo:

Network attachment is established when a new pattern of consumption is turned into routines that work: the weekly appointment is no longer forgotten, the quantities purchased are adjusted to weekly consumption, the price is deemed reasonable, the family adapts to the new menu and tastes, new roles in the family have consolidated, new skills are learned in cooking and conserving food (Brunori et al., 2012:21)¹⁰.

Cuando esta rutina se instaure, alimentarse a través de un grupo de consumo, deja de ser un esfuerzo, no porque no haya verduras que a uno no le gusten o porque no le cueste cocinar o no le canse tener que ir a determinadas reuniones, sino porque se han generado una serie de recursos prácticos con los que afrontar estas situaciones. De hecho, cuando los consumidores se refieren a estas dificultades no suelen expresarlas en términos de sacrificio/renuncia/voluntad, sino de aprendizaje y habituación: «*hay que acostumbrarse*», «*hay que hacer un «click»*», «*hay que aprender*».

Este aprendizaje no requiere de una suerte de educación formal en nuevos hábitos, sino que se da a medida que el sujeto se involucra en esta actividad. Quizás en este sentido la descripción del «*click*» que hacen los consumidores sea más apropiada. Llega un momento en el que estas nuevas situaciones dejan de suponer esas crisis del sentido práctico porque se han incorporado nuevos esquemas de percepción y acción que se ajustan a los escenarios de las prácticas. Como ya hemos afirmado, estos esquemas no remiten a un ámbito de reflexividad previa a la acción. No tratamos con individuos autocontentidos confrontados a una realidad exterior, sino con personas imbricadas en el mundo en el que viven (Ingold, 2000) Los sujetos no perciben o razonan aislados de su ambiente sino que lo hacen habitando en él, en el desarrollo de las propias prácticas, valorando los objetos en función de

¹⁰ La vinculación a estas redes se establece cuando el nuevo patrón de consumo se convierte en rutinas que funcionan: la cita semanal no se olvida, las cantidades compradas se ajustan al consumo semanal, el precio se considera razonable, la familia se adapta a los nuevos menús y sabores, se consolidan nuevos roles familiares, se aprenden nuevas destrezas de cocinado y conservación de los alimentos.

sus usos, sus posibilidades, sus limitaciones, sus problemas. Estas apreciaciones dependerán de las formas de relación del sujeto con el mundo. La percepción y la cognición son procesos encarnados.

Por ejemplo, un consumidor habrá construido una nueva rutina alimentaria efectiva no solamente cuando consiga encajar sus horarios y obligaciones con los que le impone el grupo de consumo, sino también cuando la percepción del objeto de consumo, de las verduras en este caso, se haga en esos términos de posibilidad más que de limitación (en especial en los casos de cesta cerrada).

Tomemos como ejemplo el caso de un consumidor de un grupo de cesta cerrada, varón, que vive con su pareja (con la que comparte las labores de cocina) y su hija pequeña, que trabaja a jornada completa y recoge su cesta en un centro social de Lavapiés. Un día de reparto encuentra unas ramas verdes alargadas con hojas al final y le pregunta al agricultor qué es. Éste le responde «apio». El consumidor dice que huele muy bien y le pregunta cómo se hace. El agricultor, que por otro lado tiene la ventaja de ser bastante «cocinillas», le dice que puede echarlo a cualquier guiso, puré o sofrito, o incluso a las ensaladas en crudo. Dos semanas después vuelve a venir apio en la cesta. El consumidor dice «*me encanta como huele, lo tengo metido en agua en la cocina para que huela así toda la casa, ahora, no me gusta nada como sabe, no me lo como*». Dos semanas después vuelve a venir un manojo de apio en la cesta. Esta vez el consumidor expresa alguna queja. «*¡Otra vez apio! ¡No sé qué hacer con él!*» Y uno de sus compañeros le responde: «*A mí me encanta para los gin-tonics, tienes que probarlo así*». El siguiente reparto en el que viene apio, el consumidor simplemente se limita a meterlo en su carrito de la compra sin hacer más comentarios¹¹.

Ejemplos como éste se observan continuamente en las situaciones de reparto. Siempre hay consumidores agradecidos porque les han revelado un nuevo truco para que no se les pongan malos los ajos, una receta para aprovechar los tomates que vienen blandos o una nueva forma de cocinar la lombarda. Cuando este tipo de saberes se han incorporado a la práctica cotidiana, la persona deja de percibir los componentes aislados de la cesta de verduras en términos problemáticos, y esboza, en el mismo momento en el que se encuentra con ella, sus diferentes posibilidades, sus «*affordances*» utilizando el término que Ingold (2000) recupera de la psicología ecológica de Gibson. Así, por ejemplo, en un reparto de la Madre Vieja, nada más recibir la cesta una consumidora que iba con su hijo pequeño de la mano se giró para decirle: «*¿has visto que acelgas más ricas me han dado para tu puré?*». La percepción de las acelgas por parte de esta consumidora se realizaba directamente en términos del uso que de ellas iba a hacer. Del mismo modo que cuando los tomates demasiado maduros se perciben como salsa, gazpacho o salmorejo; las espinacas como ingredientes de una quiche o las piezas de calabaza como crema.

11 Aunque dos semanas después vuelve a estar cansado del apio y declara haberlo dado por perdido.

No se trata con esto de plantear este proceso como una actividad mecánica. Este aprendizaje es un proceso abierto y en continua renovación. Ya hemos dicho antes que la creatividad en las formas de preparar los alimentos tiene aquí un espacio muy importante para contrarrestar la monotonía de las cestas. Hay días que a los sujetos les apetece innovar con las verduras o que piden en su cesta abierta algún producto que desconocen, sólo «*para probar*». Si se tiene éxito en esta operación, se contará además con una nueva carta con la que jugar en situaciones futuras.

Cuanto mayor es el stock de posibilidades, menores problemas da la cesta. Algunas personas que llevan muchos años consumiendo en este tipo de espacios han desarrollado un verdadero arte del aprovechamiento de las verduras: saben que las raíces de los puerros se pueden rebozar y freír, que la pulpa que sobra de hacer zumos con zanahorias, remolachas o calabazas se puede emplear posteriormente en tartas o patés vegetales, que la patata no se congela bien o que si metes en una bolsa de plástico las verduras de hoja aguantan más en la nevera, hacen conservas de tomate, de pisto, de repollo, confitan los ajos, pican el apio para mezclarlo con la sal, introducen tomates secos o pimientos en botes de aceite, hacen mermeladas de cebolla, etc. Estos saberes prácticos, que en otros momentos históricos formaban parte del día a día en cualquier hogar, se recuperan de nuevo no sólo por una cuestión de intención museística (no dejar que se pierda todo ese conocimiento), sino porque vuelven a tener valor y sentido en las prácticas ordinarias de los sujetos¹². La adquisición de estos saberes se basa por un lado en la propia experiencia práctica y por otro, quizás el más importante, por el compartir con los otros. No sólo entre consumidores y agricultores de los grupos, sino también con amigos, vecinos, compañeros de trabajo o familiares (cuántos consumidores no han agradecido alguna vez una llamada a sus madres o abuelas para que les explicaran cómo cocinar determinados alimentos).

Los consumidores que llevan un tiempo involucrados en grupos de consumo, se refieren con frecuencia incluso a determinado momento en el que se produce un cambio en su forma de percibir la verdura convencional o las pautas hegemónicas de consumo alimentario:

«Yo cada vez voy menos al mercado, ya casi sólo me como lo que hay de temporada en el GAK porque es que cuando voy, miro las cosas y pienso en la cantidad de tóxicos que tienen que tener, me da no sé qué comprarlo» (trabajadora y consumidora de una cooperativa de consumo)

«Lo que sí me he acostumbrado, que es una tontería, cada uno con su locura, a mí no se me ocurre comprar tomates en diciembre, que me parece bien que la gente los compre, pero me he acostumbrado a comer de la huerta. Me adapto y llevo mucho tiempo adaptándome a lo que es la temporada» (consumidora de diferentes modelo de grupo y agricultora)

12 Ya hemos visto cómo, aun así, dentro de estas estrategias de adaptación a las características singulares de estos contextos, también son recurrentes las de «huida»: regalar o deshacerse de aquellos productos que no gustan o que no va a dar tiempo a cocinar.

Es significativo de la adquisición de un nuevo sentido práctico esta declaración de que ya a uno «*ni se le ocurre*» comprar tomates fuera de temporada. Esto es, no es necesaria una continua reflexión de las razones ecológicas y sociales por las que no se debería realizar ese acto, sino que simplemente esa posibilidad ha desaparecido, se «*ha acostumbrado*» a hacerlo de otra manera. Algunos consumidores hablan de cómo, de hecho, se les hace rara la ingesta de productos de fuera de temporada (cuando comen fuera de casa) y cómo incluso llegan a despreciar su sabor (que se entiende más bien ausente). Del mismo modo, a personas que llevan tiempo en grupos de cestas cerradas les es difícil al abandonar el grupo volver a acostumbrarse a pensar qué verduras comprar cada semana, y lo experimentan como un peso, un agobio, al igual que experimentaban así tener cestas cerradas cuando comenzaron en los grupos. Esas disposiciones habían quedado aletargadas durante los años en los que se cambió la pauta de consumo alimentario, momento en el cual fueron otras las que se adquirieron y actualizaron.

Como siempre, este proceso de aprendizaje, de adquisición de hábitos, no se produce de forma uniforme. No sólo hay consumidores «fallidos» que abandonan los grupos, sino que también se encuentran con frecuencia casos de lo que Lahire (1998) llama «adaptaciones mínimas sin convicción», en las que los actores se apoyan en algunos esquemas incorporados para soportar una situación y acoplarse a ella sin demasiado sufrimiento, pero sin llegar en ningún caso a sentirse «*como peces en el agua*». Esto es algo que sucede con más frecuencia en algunas cooperativas en las que hay dos ámbitos de acción diferenciados: la parte militante y la parte de la alimentación (aunque se entiendan irremediablemente unidas). Hay a quienes les encanta todo lo que rodea a las asambleas, los días de trabajo en la huerta y la autogestión, pero no acaban de encontrarse a gusto con la parte alimentaria y viceversa.

De todos modos, tampoco tratamos con este planteamiento de dejar fuera cualquier viso de reflexividad en estas prácticas. Este tema es especialmente relevante en el caso que nos ocupa en tanto que precisamente de lo que se trata es de introducir ciertos hábitos reflexivos en el consumo de alimentos (e idealmente del consumo en general). Esta reflexividad suele venir ligada a contextos y situaciones específicas. Por ejemplo, determinadas reuniones en las que los participantes se juntan para exponer los problemas del sistema agroalimentario o la propuesta política de la agroecología. Los foros que organiza Plataforma Rural cada dos años serían un perfecto ejemplo de una situación que está construida para propiciar ese tipo de relación de distanciamiento con respecto a las prácticas alimentarias: tres días de talleres, charlas, debates y visionado de documentales en torno a la cuestión, en los que se exige que las personas identifiquen problemas, propongan alternativas y construyan planes de acción. Algunos grupos con los que se ha hecho trabajo de campo cuentan con rituales periódicos de activación de esa reflexividad (en asambleas semanales), pero en otros estas situaciones son mucho más esporádicas (una vez al año por ejemplo).

En un plenario de una cooperativa sus dinamizadores afirmaban: «*aunque a veces nos olvidemos nos movemos por lógicas diferentes al sistema dominante. Ésta es*

una forma de hacer política». Es frecuente escuchar este tipo de comentarios que aluden a ciertos «*momentos en los que te das cuenta de lo que estás haciendo*». Estos pueden darse cuando entran consumidores nuevos con mucho entusiasmo y energía, cuando salta algún escándalo relacionado con la producción industrial de alimentos, o cuando en una visita a la huerta el agricultor muestra el esfuerzo que le supone sacar la producción adelante. Así se refería a ellos en una conversación casual una consumidora veterana de una cooperativa de producción/consumo:

«A veces uno rutiniza lo que hace y al hacer esto parece que su significado queda en suspenso. Que cuando entra gente nueva a veces te vuelven a llenar de energía porque están alucinando con lo que hacen, porque les parece increíble poder acceder a verdura fresca... son esos momentos en los que te das cuenta de lo que estás haciendo y de la importancia de lo que estás haciendo. Aunque muchas veces se haya convertido en el "pff...que pereza, tengo que ir a por la cesta"».

Estos momentos y situaciones parecen servir para recordar cuál es el sentido original de la práctica, para detener el flujo del día a día, las prisas, los agobios, las risas con los compañeros, las reuniones y las cestas, y volver a poner sobre la mesa la trascendencia de todas esas microprácticas tan nimias y cotidianas que conlleva la alimentación a través de un grupo de consumo. Así, sus integrantes pueden «*re-motivarse*», «*reafirmarse en sus prácticas*» y, como decía un trabajador de una cooperativa, «*evitar que las urgencias nos hagan olvidar los objetivos*».

6.4. Las vinculaciones afectivas

«Lo colectivo es muy difícil de describir, porque lo mismo que el deseo, no se ve. En cambio, cuando se descompone y empieza a faltar, nos damos cuenta y lo echamos de menos (...). Lo colectivo es un deseo de estar juntos que no puede imponerse (...). Se expresa en un estremecimiento de la vida social a través de relaciones sociales personalizadas. Y aunque no todos se conocen necesariamente, por lo menos se reconocen en un deseo compartido»
(Laplantine, 2010:40).

Llegamos ahora a lo que pensamos que es el segundo pilar para la realización de ese «*click*», esa adaptación que hace que la participación en los grupos de consumo no sea entendida como un esfuerzo: los procesos de creación de vínculos emocionales entre sus miembros.

«Son rituales, coger tus verduras, irte a tomar tus cañas e invadir el bar de verduras. Solemos salir a tomar una caña siempre. Es que también somos de bares. Solemos quedarnos. Es que yo creo que al final cuando te quedas en un grupo es porque estás a gusto» (consumidora SAS, 35 años, 8 años en el grupo).

«Mis compañeros también han mostrado sus ganas de ir a por la cesta, pero bueno, yo me ofrecía siempre porque también era y es una oportunidad de ver a

mis amigos en ese momento de los repartos» (consumidor Madre Vieja, 30 años, 2 años en el grupo).

«La gente de esta cooperativa también son gente más conocida, más allegada, con más cariño, con lo cual también la relación es más próxima, es distinto (compara con otra cooperativa en la que compraba antes las verduras). Además concretamente a mí me lo han puesto en la puerta, con lo cual es lo más cómodo del mundo, porque es ir, recoger la cesta, charlotear y volver (...). Sueles charlar un poco con uno, con otro, con gente que hay ahí que ya son conocidos de otras veces» (consumidora Madre Vieja, 50 años, 2 años en el grupo).

«Juntarnos y a echar una partidita y tomarnos unas cañas y ya está yo creo que eso ayuda mucho a la cooperativa porque ya tienes mejor relación con la gente, te implicas un poco más. Al final lo que pasa en los sábados verdes es si no va nadie de mi grupo yo no voy y haciendo eso ayuda a que conozcas a más gente y digas ah bueno pues van estos pues yo también, porque ya tienes trato con dos o tres y tiran de ti» (consumidor SAS, 35 años, 3 años en el grupo).

En todos estos extractos los consumidores apuntan en la misma dirección: los espacios de *socialidad* y las vinculaciones afectivas que se generan entre las personas que participan en los grupos y cooperativas son fundamentales para la continuidad y la implicación de los miembros. Como hemos dicho anteriormente, los grupos son redes relacionales. Y estas relaciones no sólo tienen una parte objetiva (agricultor-consumidor; trabajador-militante...), ni pueden caracterizarse únicamente por ser relaciones de poder o relaciones económicas. Sin incluir en el análisis estas *«interdependencias que se basan en conexiones emocionales de carácter personal»* (Elias, 1982:165), estaríamos dejando de lado un componente fundamental de cualquier realidad social.

La socialidad, para Simmel (2002) remite a ese tipo de relaciones sociales que encuentran en el estar el uno con el otro, para el otro y contra el otro, su propia finalidad; esas uniones que se cimientan en un estar juntos puramente sociable. En algunos grupos hay espacios más marcados para este tipo de socialización (días de paella en la huerta, sábados verdes, cañas después del reparto, fiestas...) y características que favorecen que los miembros de los grupos generen estos lazos (ser grupos pequeños, tener horarios de recogida limitados, tener reuniones/asambleas, que haya días de trabajo colectivo u ocio en la huerta, etc.) Pero, en general, son interacciones que permean cualquier tipo de situación (desviaciones de la asamblea para hablar sobre una película, charlas durante los repartos o en el procesado de las verduras...), y en cualquiera de los grupos siempre hay ese espacio que se caracteriza por estas socializaciones *«acompañadas de un sentido por ellas, de una satisfacción por el hecho de estar socializado, por el valor de la formación de la sociedad como tal»* (ibíd.: 82).

No es lo mismo ir a recoger una bolsa de verduras y marcharse a casa, que ir, quedarse un rato, encontrarse con gente cercana, tomarse algo, y luego volver. Ni es

equiparable ir a por un pedido que está preparado y volver a casa, que ir y quedarse un rato hablando con la trabajadora de la cooperativa, a la que conoces, que sabe por lo que estás pasando, y que te pregunta cómo lo llevas¹³.

Cuando se generan estas valencias afectivas, las rutinas del grupo de consumo se vuelven más suaves, pesan menos. Asimismo, son este tipo de vinculaciones las que ayudan a generar un «sentido del nosotros» fundamental para los objetivos políticos de estas organizaciones y para comprender los significados otorgados a estas experiencias.

Como prueba de su importancia, durante la investigación hemos visto varios casos de personas que, pese a haberse mudado de domicilio e incluso teniendo a quince minutos de su nueva casa grupos de consumo de otras o de la misma cooperativa, continúan vinculados a su grupo habitual (*«es que son ya muchos años», «es que me da pena dejar a la gente», «ya hay confianza», «me gusta el barrio»...*). Teniendo esto en cuenta, cobra sentido la declaración que hacía una consumidora veterana de Surco a Surco: *«aquí hay mucha gente que entra y sale porque no engancha, pero si te engancha, te engancha»*.

Dado que este tema toma una relevancia especial en ciertas formas de hacer política que se plantean en estos espacios profundizaremos sobre ello en el próximo bloque.

6.5. La política sin querer

A lo largo de este capítulo hemos ido exponiendo toda una serie de transformaciones que no se producen de una manera reflexiva o intencional, sino que son producto de la inclusión en una nueva configuración social, de las condiciones que imponen estos espacios alimentarios y del desarrollo de estrategias de adaptación a las mismas.

Para empezar, el cambio de dieta con la disminución de la ingesta de alimentos procesados o provenientes de explotaciones altamente tecnificadas, y el aumento de la de productos frescos. Todos los consumidores concuerdan en que desde que están en los grupos de consumo (especialmente si son de cesta cerrada), comen mucha más verdura de lo que lo hacían antes de entrar. Pero, como ellos mismos sostienen, lo hacen *«porque el hecho de tener todas las semanas una cesta de obliga a ir comiéndola quieras o no quieras»*. De hecho, es también común que los sujetos jueguen con estas circunstancias como técnica de control de sí mismos y, conscientes de que son escenarios más proclives a mantener el tipo de dieta que se considera saludable, se apunten a los grupos para *«forzarse a comer mejor»*. En una reunión que mantuvieron unos agricultores con un grupo de personas que estaban interesadas en montar un grupo, una de ellas (hombre de 35 años, que vive solo) expresaba como

13 Una vez más, esto no algo que ocurra en todos los casos, no se deriva directamente del hecho de integrarse en uno de estos colectivos. Hay personas que por determinadas circunstancias no llegan a generar este tipo de vinculaciones en los grupos (porque por sus horarios sólo pueden ir a por la cesta cuando ya no hay nadie, porque tienen hijos pequeños y no pueden quedarse tomando algo con sus compañeros, etc.).

motivación *«quiero verdura buena y obligarme a comerla, porque si no la tengo ahí no me la tomo»*.

Lo mismo ocurre con la verdura de temporada. Aunque como hemos dicho, es frecuente la combinación de espacios de compra para completar lo que se adquiere a través del grupo, también es cierto que, como apuntaba otra consumidora, *«si tengo coles en la nevera y compro tomates al final se me va a poner mala la col»*. Esto, de alguna manera, también repercute en que se reduzcan las visitas a los supermercados o disminuya la cantidad de productos que se adquiere en ellos. *«Mis compras en el supermercado son ya bastante simbólicas. Es que con legumbres, con pasta... (que adquiere a través del grupo), pues carne, refrescos, cervezas, algún congelado de vez en cuando, alguna pizza...»* (agricultor Madre Vieja).

En segundo lugar, deberíamos hablar de la parte pedagógica inherente al propio hecho de pertenecer a un grupo de consumo. El consumidor no sólo aprende más recetas o trucos de cocina como los que hemos visto en estas páginas, sino también sobre la huerta, sobre los ciclos naturales, sobre la situación del mundo rural, sobre sistema agroalimentario, y, en otro orden y en algunos tipos de cooperativa, aprende también sobre formas de gestión colectiva de la cotidianeidad, toma en común de decisiones, ritmos militantes, etc. Una vez más, este tipo de aprendizaje se genera en el propio desarrollo de las prácticas cotidianas de alimentación en este tipo de espacios. Es a partir de la preocupación por el estado de las verduras que reciben o por la ausencia de determinados productos en algún momento del año, como muchos consumidores se interesan por las labores agrícolas, el efecto de las condiciones climáticas en los cultivos, la pérdida de variedades... y, desde ahí, como decía un consumidor, *«se empiezan a entender muchas cosas»*.

Quizás antes de estar en un grupo una persona no sabía de la existencia de las zanahorias moradas, de las acelgas rojas o de los calabacines blancos. La pregunta de por qué estas variedades no se encuentran habitualmente en las tiendas conduce directamente a entender la homogeneización de la producción propia de los sistemas intensivos que revisamos en el primer capítulo. Lo mismo ocurre cuando los consumidores comienzan a entender que el hecho de que la estética de los alimentos ecológicos no cuadre con la que estamos acostumbrados a ver en una frutería no afecta a su sabor, sino que es consecuencia de un manejo del cultivo diferente y del no empleo de métodos de conservación o maduración industriales.

De la misma forma, sólo por el hecho de estar en un grupo y comprometerse con un agricultor, se contribuye a la estabilidad de pequeñas fincas agroecológicas, se permite la instalación y permanencia de pequeños productores que no dependan de las grandes cadenas de distribución para su supervivencia y se dan algunos pasos para mantener *«un mundo rural vivo»*.

Por último, nos encontramos con la creación de relaciones comunitarias y de espacios de encuentro. La territorialización de los grupos de consumo construye un espacio de encuentro periódico entre vecinos, permite conocer e integrarse en la cotidianeidad de los otros y contribuye a *«tejer barrio»*. Una consumidora señalaba a este respecto que la creación de su grupo de consumo fue muy importante para conocer a gente cercana con las mismas inquietudes, con las que poder hacer otras

cosas aparte de consumir verduras ecológicas. Como ya hemos señalado, los vínculos afectivos que se generan entre los miembros de los grupos son parte fundamental de la satisfacción que generan estas experiencias. En este sentido, podríamos decir que este tipo de espacios no sólo descansan en, sino que crean sociedad.

Si, como se hace desde estas organizaciones, dotamos de un sentido político a este tipo efectos de los grupos de consumo, nos encontramos aquí con lo que podríamos llamar una suerte de «*política sin querer*», sin necesidad de intención consciente. No queremos decir con esto que no se den casos en los que sí que exista esa intención (que una persona se vincule a una cooperativa por «*conciencia política*»), sino resaltar el hecho de que ésta no es imprescindible para que se produzcan determinadas transformaciones. Esto nos lleva de nuevo a la pregunta con la que abrimos esta reflexión sobre la necesidad del trabajo de sensibilización y concienciación para obtener ciertas transformaciones de sí que conduzcan a un cambio social amplio. Por el momento, vamos a dejar apuntada esta cuestión, que retomaremos en capítulos posteriores.

CAPÍTULO 7

PLANIFICAR Y PRODUCIR

Antes de adentrarnos en este capítulo es preciso señalar que el grueso de los datos que se van a exponer en él provienen del trabajo de campo realizado en dos huertas con características similares: la de la Madre Vieja y la de la cooperativa Surco a Surco (SAS). En ambos casos hablamos de pequeñas explotaciones, con pocos recursos materiales, que funcionan con un sistema de cestas cerradas, y que son manejadas por agricultores jóvenes que no tenían experiencia previa en huertas productivas. Ninguna está certificada oficialmente como agricultura ecológica pese a emplear este tipo de métodos productivos. La principal diferencia entre ellas que hay que tener en cuenta para lo que aquí vamos a analizar es que en la primera, funcionan con varios grupos de consumo a los que se les garantiza un mínimo de kilos por cesta, mientras que en la segunda, todos los grupos pertenecen a la misma estructura y funcionan con cuotas fijas independientes de la cantidad de verdura que se reciba.

7.1. Cultivar una huerta ecológica: la adquisición de saberes campesinos

Los integrantes de los grupos de consumo de cestas cerradas suelen proponer a los agricultores modificaciones en la planificación de cultivos: que se añadan variedades, que se reparta menos de algún producto, que se aumente de otros... Para sistematizar esta cuestión y poder planificar la producción de forma participativa, un consumidor (ingeniero de profesión) creó una herramienta informática especializada. La idea consistía en, partiendo del número total de horas trabajadas en el huerto, asignar una cantidad de ellas a cada miembro de la cooperativa para que las pudiera repartir, según sus preferencias, entre los diferentes cultivos (a aquellos que uno quisiera aumentar se le asignarían más horas y a aquellos que a uno no le gustaran se le quitarían horas). Si se conseguía calcular las horas aproximadas que se empleaban en cada cultivo específico, una vez que todos hubieran rellenado la plantilla con su reparto del tiempo, se obtendría, gracias a una serie de fórmulas matemáticas, una tabla en la que se indicaría el número de plantas ideal a cultivar de cada variedad. Quedé encargada en mi siguiente jornada de trabajo en la huerta de presentar

esta idea a las agricultoras y recoger sus opiniones, haciendo especial hincapié en los factores que consideraban relevantes para poder hacer este tipo de cálculo y que la herramienta no contemplaba.

Saqué el tema mientras conducíamos la furgoneta hacia el huerto. Una de las trabajadoras, madre, que lleva en el grupo unos ocho años aproximadamente, respondió: *«eso es como querer meter en un Excel el trabajo de ser padre, es imposible contabilizar algo así en plan matemático y me parece hasta ofensivo»*. Según me explicó luego, el problema no residía en hacer una planificación conjunta, algo que le parecía buena idea, sino la manera de plantear esta herramienta en base a un cálculo de horas. *«Parece como si nuestro trabajo se pudiera reducir a un tema de números y horas, pero no se trata de eso, depende de tantas cosas... y has de estar allí para verlo, para saber qué es lo que necesita, eso no se puede calcular»*. Lo que esta agricultora trataba de resaltar es que, pese a que hay determinadas labores que se prevén a priori y pueden calendarizarse (por ejemplo, la época de siembra), es imposible determinar con antelación el número concreto de horas que se va a dedicar a cada cultivo porque es algo que depende de cómo en cada momento se interconectan las múltiples variables que afectan a los requerimientos de la huerta.

«Por ejemplo, si escardas pronto el cultivo igual tardas tres horas, pero si lo dejas pasar puedes tardar tres días. Pero es que a veces uno no puede hacerlo a tiempo porque tiene que sacar adelante otros trabajos y en ese momento hay que priorizarlos. Y luego de un año para otro cambia un montón, o de si ha llovido o no a tiempo, o de si alguien se pone malo, de si la patata tiene escarabajo o no, o de si igual estás teniendo una buena conversación con tu compañero y vas un poco más lenta...»

Para poder tomar las decisiones pertinentes en función de estas variables, como dice la agricultora, hay que *«estar ahí»*. No es algo que pueda sistematizar una herramienta informática, sino algo que el agricultor percibe en cada jornada de trabajo. De hecho, en algunas huertas, aunque esté más o menos establecido el plan del día, lo primero que se hace al llegar es darse un paseo para *«ver cómo va todo»* (que las plantas crezcan bien, que no les haya afectado la lluvia o el hielo, que no haya plagas, que la tierra esté húmeda...), y determinar si urge alguna labor que no se hubiera tenido en cuenta. El estado de cada planta puede en estos momentos encerrar ciertos indicios de *«lo que hay que hacer»* a los que no se puede acceder si no es en la entrada en relación con ellas. A lo sumo, como ella expresaba, se podría, si se han hecho bien los registros, calcular a posteriori el tiempo aproximado que se ha empleado en un cultivo, pero éste es un valor que variará de año en año.

El proceso de producción agraria se ve afectado por múltiples factores que escapan al control del agricultor, entendiendo por control capacidad de previsión:

«Es todo una gran incertidumbre (...) si todo se te va a dar bien, que no se vayan a hacer todas las lechugas de golpe, que no te roben, que no se pudra, que no te entre una plaga y no te enteres y se lo fulmine en dos días, que no caiga una helada... Son miles de cosas que se nos escapan y al final es un círculo de incertidumbre y de cosas que no somos plenamente los que las manejamos» (agricultor Madre Vieja).

Una materialización de este hecho aparece en los diferentes registros de actividades que utilizan en la huerta del SAS. Los agricultores los dividen dos categorías: los de «la teoría» y los de «lo que al final pasa»¹. La planificación anual de las cestas que se reparte a los consumidores (véase dibujo) y el calendario de tareas forman parte de esta primera categoría, y el registro semanal de la cosecha y el de plantaciones, de la segunda. Los documentos «teóricos» se elaboran en función del año anterior. Tomando la referencia de los registros de lo que «al final sucedió», elaboran un plan anual de trabajo: qué se quiere sembrar, cuánta cantidad creen conveniente de cada tipo de planta, cuándo deberían realizar determinadas tareas...

Al preguntarles sobre los factores que pueden incidir en la variación entre estos dos tipos de documentos, las respuestas comienzan siempre resaltando la amplitud de variables que habría que tener en cuenta para poder determinarlo: «son tantas cosas las que pueden influir que a veces incluso a nosotros nos cuesta entender qué es lo que ha fallado en un cultivo específico, nosotros apuntamos lo que pensamos que ha afectado para ir aprendiendo y haciéndolo mejor pero no siempre estamos seguros»(agricultora SAS).



Ilustración 1. Planificación anual de cestas de Surco a Surco

- 1 Como dice Bourdieu (2008), «el calendario sustituye por un tiempo lineal homogéneo y continuo el tiempo práctico» (ibid.:134) que como ya hemos explicado se desenvuelve en un ritmo totalmente diferente, caracterizado por una temporalidad urgente, irreversible, por un «tiempo que apremia o que atropella». Por ello no es posible el encuadre perfecto entre ambos tipos de registro.

Pese a estas dificultades, podemos mantener que es la interacción de cuestiones como las condiciones de la tierra y sus características, el tipo de riego, los factores climáticos, la aparición de plagas, el tipo de tecnología que se emplea en el proceso productivo y los factores relativos al trabajo agrícola (por ejemplo si la persona trabaja a mejor o peor ritmo, enfermedades, despistes, conocimiento y experiencia...), la que marca el resultado de cada temporada agrícola. Unos elementos están tan sumamente ligados a los otros que cualquier variación en ellos afecta a la totalidad del trabajo y de la cosecha. Por ejemplo, si ha llovido demasiado no se puede pasar el tractor para preparar la tierra a tiempo, con lo cual los cultivos se retrasan y eso afectará a que en determinado momento del año las cestas vengan más vacías de lo que se esperaba. Algunas de estas cuestiones se pueden tener en cuenta para años posteriores, pero otras son imprevisibles.

Tenemos que partir entonces de que el marco en el que se desarrolla la labor agrícola se caracteriza por la necesidad de tener en cuenta una multitud de pequeñas contingencias a la hora de tomar decisiones. Pero esta toma de decisiones, de forma análoga a lo que veíamos en el capítulo anterior, se encuadra más que en un espacio de reflexividad, en una temporalidad urgente en la que se movilizan de forma no intencional determinados esquemas (de percepción, apreciación y acción) incorporados por los agricultores. Estamos hablando de nuevo de lógicas prácticas.

Estos nuevos agricultores, para desarrollar su labor, necesitan adquirir no sólo conocimientos en torno a las condiciones y los requerimientos específicos de su tierra, las necesidades de las especies vegetales y animales que la habitan, la tecnología agraria, las formas de riego, los momentos adecuados de cultivo y cosecha o la forma de gestión y prevención de plagas, sino incorporarlos de tal forma que puedan movilizar en cada contexto específico el tipo de competencia requerida sin necesidad de recurrir a esa teoría. Es decir, que necesitan adquirir una serie de esquemas que les permitan tanto la ejecución eficaz y «automática» de las tareas, como desarrollar la necesaria flexibilidad para valorar, en función de las configuraciones específicas de los elementos que afectan a la huerta, cómo deben conducirse. Estamos, por tanto, tratando con competencias que, siguiendo a Descola (2012), proceden más de un «saber cómo» que de un «saber qué». Operaciones *«que no movilizan tanto conocimientos explícitos organizables en proposiciones sino una combinación de aptitudes motrices adquiridas y de experiencias diversas sintetizadas en una competencia»* (ibíd.: 159).

En este sentido, el aprendizaje de la labor campesina tiene tonos similares al que este autor describe sobre la caza entre los achuarenses americanos. Para ellos uno sólo puede convertirse en un buen cazador cuando ha alcanzado la treintena. Al interrogarse sobre qué tipo de aprendizaje marca la diferencia en el lapso temporal entre la juventud y la madurez del cazador, Descola concluye:

Completa sin duda su saber etológico y su conocimiento de las interdependencias ecosistémicas, pero lo esencial de su experiencia consiste, probablemente, en una aptitud cada vez más acabada para interconectar una multitud de informaciones heterogéneas, estructuradas de tal manera que permiten dar una respuesta eficaz e inmediata a cualquier tipo de situación (...). Sobre la naturaleza de esta aptitud, en la que sólo el efecto

es mensurable, quien no es cazador queda reducido a las conjeturas pues el lenguaje no puede expresar de manera adecuada casi nada de todo ello (ibíd.:160).

Los saberes prácticos, para llegar a ser eficaces, exigen, independientemente del papel que la mediación lingüística haya cumplido en la instauración del conocimiento, una retirada del lenguaje, que los conocimientos no dependan de una pauta reflexiva sino que se basen en esquemas cognitivos capaces de *«adaptarse a una familia de tareas emparentadas y cuya activación no intencional sea tributaria de cierto tipo de situación»* (ibíd.:159). Es probablemente por esta razón por la que, como se ha comprobado en el trabajo de campo, a los agricultores les resulta extremadamente complicado explicar cómo saben lo que saben o por qué actúan como actúan². Y es también desde aquí, desde donde podemos entender el enfado de la agricultora cuando se le presentó la idea de medir la labor agrícola con un criterio estrictamente cuantitativo, dado que, aun cuando pueda parecer que su trabajo se desarrolla de forma mecánica (gracias a ese *sentido práctico* desarrollado), son múltiples y complejos los elementos que han de valorarse en cada situación.

La incorporación de conocimientos toma también un sentido literal, ya que mucho de este *saber hacer* pasa por la adquisición de determinados gestos, la corrección de las posturas, la colocación correcta de cada parte del cuerpo o la ubicación específica en el espacio para garantizar la eficacia del procedimiento. Cada una de las tareas que me han encomendado cuando he ido a trabajar con los agricultores en la huerta venía acompañada de una descripción minuciosa de la forma apropiada de disponer del cuerpo para ejecutarla (tanto para ganar rapidez como para evitar, en la medida de lo posible, el dolor físico): cómo coger correctamente la azada y la cantidad de fuerza a emplear en cada movimiento, cómo recoger entre los dedos las semillas de tal manera que luego puedas ir esparciéndolas con agilidad, cómo disponer el cuerpo a la hora de plantar, por dónde sujetar el cubo con las semillas para tener las manos libres para lanzarlas justo en el momento en el que tu compañero abre el hueco en el surco... Con el tiempo, estos esquemas se incorporan de tal forma que se llegan a desarrollar cuerpos-básculas (aunque recurren a ella para comprobar, saben calcular cuántos kilos han cosechado en función de las cestas rellenas y del peso que soportan sus brazos) y cuerpos-metro (saben trasladar el marco de plantación ideal al número de palmos de sus manos).

El problema que se les presenta con frecuencia a estos nuevos agricultores es el de cómo adquirir este tipo de saberes y esquemas prácticos. Las formas de manejo agroecológico, como ya comentamos, toman mucho de las prácticas agrarias tradicionales. Los campesinos han contado siempre con múltiples tácticas de adaptación a todas esas contingencias y factores imprevisibles de los que estamos hablando (como vemos en el siguiente cuadro). Pero este acervo cultural, con la implantación del sistema de producción intensivo-industrial, ha quedado en nuestra sociedad relegado a una posición marginal. Más aún en los espacios concretos en los que se

2 *«Precisamente porque los agentes no saben nunca completamente lo que hacen, lo que hace tiene más sentido del que ellos saben»* (Bourdieu, ibíd.:111)

ubican estas huertas, en los que hay pocas personas que puedan transmitir estos conocimientos: la Vega del Jarama en el caso de la Madre Vieja y el Valle del Tiétar en el caso del SAS. En el primero, pese a los planes que hubo en algún momento en el gobierno madrileño para convertirlo en la huerta que alimentara a la ciudad, casi todos los productores se dedican al cultivo intensivo de cereal. En el segundo, aunque abundan las huertas familiares de autoconsumo, en la zona en la que trabajan los agricultores la gran mayoría se dedican a la ganadería. A esto hay que añadir el hecho de que tampoco han podido incorporar estos esquemas en otros espacios sociales, ya que ninguno tenía experiencia previa en este tipo de producción hortícola.

LIMITANTES AMBIENTALES	OBJETIVOS O PROCESOS	SISTEMAS O PRACTICAS AGRICOLAS ESTABILIZADORAS
Espacio limitado	Utilización máxima de recursos ambientales y tierra	Policultivos, agroforestería, cultivos a distintos pisos, huertos familiares, zonificaciones de cultivo según altitud, fragmentación de la finca, rotaciones, etc.
Pendiente	Control de erosión, conservación de agua	Terrazas, agricultura en contorno, barreras vivas y muertas cubierta de barbecho y/o cultivo continuo, muros de piedra, arripe, etc.
Fertilidad del suelo	Mantenimiento de la fertilidad, reciclaje de materia orgánica	Barbecho natural y/o mejorado, rotaciones de cultivos y policultivos con leguminosas, recaudación de litera, abonamiento, abonamiento verde, pastoreo animal en campos en barbecho, desechos humanos y basura del hogar, restos de hormigueros que pueden ser usados como fertilizantes, uso de depósitos aluviales, uso de malezas y barro acuático, cultivo en hileras con leguminosas, incorporación de hojas, ramas y otros residuos, quema de vegetación, compost, etc.
Inundación o exceso de agua	Utilización de cuerpos de agua en forma integrada con la agricultura de agua	Agricultura sobre camellones, campos zanjados, diques, etc.
Manejo de agua a través del riego	Uso óptimo del agua disponible	Control de drenaje con canales y presas de freno, campos hundidos hasta nivel del agua, riego salpicado, riego de canal alimentado por agua de pozos o agua subterránea, de lagos o depósitos.
Lluvia impredecible	Optima utilización de la humedad disponible	Uso de cultivos y variedades tolerantes a la sequía, uso de indicadores de clima, cultivos múltiples que utilicen mejor la humedad residual al final de la temporada lluviosa, uso de cultivos con periodos cortos de crecimiento, arripe (mulch)
Temperaturas extremas	Mejoramiento del microclima	Sombreamiento, espaciamiento de la siembra, uso de cultivos tolerantes a la sombra, manejo de viento con vallas, cercos vivos, rompevientos, control de malezas, arado poco profundo, labranza mínima, policultivos, agroforestería, cultivo en callejones, arripe.
Incidencia de plagas	Protección de cultivos, mantenimiento de bajas poblaciones de plagas	Siembra densa, permitir algo de daño, uso de vallas y/o cercos, uso de variedades resistentes, policultivos, aumento de enemigos naturales, caza, colecta directa, uso de insecticidas y repelentes botánicos, siembra en épocas con bajo potencial de plagas, etc.

Tabla 1 Ejemplos de sistemas tradicionales de manejo de suelos, agua y vegetación. Extraído de Altieri (1991)

Dada esta situación, los agricultores empiezan tratando de poner en práctica las técnicas básicas de cultivo en ecológico (que pueden conocer a través de múltiples manuales, cursos y visitas a proyectos en funcionamiento o experiencia en pequeñas huertas), para ir poco a poco y de forma continua, adquiriendo nuevas competencias con las que conseguir «*afinar más*» y que «*todo vaya saliendo mejor*»³. Para ello también van probando constantemente nuevas tácticas para mejorar los problemas que se les presentan: cómo ahorrar tiempo en el riego o en las labores de preparación del terreno, cómo ofrecer durante todo el año una cesta con variedad de productos, cómo conseguir que les aguanten más tiempo ciertas hortalizas... Como me comentaba una agricultora del SAS, se trata de «*trabajar en estos fallos para, de a poquitos, ir construyendo el ideal*».

Por ejemplo, en la huerta de la Madre Vieja tenían problemas para conseguir pimientos rojos porque las matas se morían antes de que hubieran podido alcanzar esa tonalidad. Al ser una de las plantas más sensibles pensaban que era posible que no soportara algunos de los residuos que pudiera contener el agua de riego del canal (jabones) y se murieran las raíces al contacto con ella. Para solventarlo hicieron caso al consejo que les dio el pastor y compraron una pequeña bomba para regarlos directamente con el agua de la escurriembre que, gracias a la labor de filtración del suelo, está más limpia.

El caso de este grupo es interesante para lo que estamos tratando porque sus dos agricultores han cursado estudios superiores relacionados con la ingeniería agrícola. Sin embargo, según ellos cuentan, estos conocimientos no les prepararon para el trabajo en la huerta. Las formas de adquisición de estas competencias han pasado más bien por: «*la pura experiencia*» (si un año no se han dado bien las patatas porque se han retrasado con la escarda y se les ha «*asalvajado*» el terreno, el siguiente año pondrán más atención en limpiar las hierbas a tiempo), «*lo que te van contando los consumidores*» (si la escarola está muy amarga o los puerros demasiado pequeños), «*el ensayo/error*» (experimentan con el cultivo de ajos en seco y entienden que al menos deberían darles un par de riegos si la climatología no está de su parte porque si no se quedan muy pequeños), y los consejos que les han ofrecido sus vecinos de parcela que llevan años cultivando una huerta de autoconsumo:

«los abuelillos que tenemos de vecinos que ponen huerta para casa desde hace más de 20 años siempre nos han ayudado bastante y nos han dado consejos de cómo plantar, cómo regar, cuándo hacer las labores...Al principio sobre todo estaban muy encima, sobre todo para decirnos que lo hacíamos mal y para reírse de nosotros. Pero con bondad, con buen fondo, con la intención de enseñarnos, vamos. Y sí que nos han enseñado a regar, porque por inundación no te enseñan a regar en la universidad, sólo te lo cuentan. Entonces son los que nos han enseñado a regar bien regado y a plantar y tal...»

3 Por eso la reposición continua de los trabajadores en algunos de estos grupos de consumo supone un problema central, al impedir la reproducción y el afianzamiento de estos conocimientos.

Otro de los problemas que a este respecto se suele presentar en este tipo de proyectos está relacionado con las formas de tenencia de la tierra. Los conocimientos agrícolas son conocimientos situados. Necesitan saber cuáles son las especificidades de la tierra que trabajan y del espacio en el que ésta se ubica para ir mejorando su labor y desarrollando nuevas técnicas con las que resolver los problemas específicos que aparecen. Pero la mejora de la tierra y de las cosechas requiere una temporalidad de largo alcance, ya que son pequeños los cambios que pueden hacer de año en año. Por eso, si los agricultores no tienen la tierra en propiedad, como ocurre con frecuencia, una subida repentina del precio del alquiler o la no renovación de una cesión, implicaría que tuvieran que, de alguna forma, volver a empezar. Este no es el caso de ninguna de las huertas que examinamos, pero en el SAS han llegado a rechazar parcelas de mejor calidad que la que tienen (en alquiler), por rentabilizar el tiempo y el trabajo invertidos en la mejora de su terreno.

EL ESCARABAJO DE LA PATATA

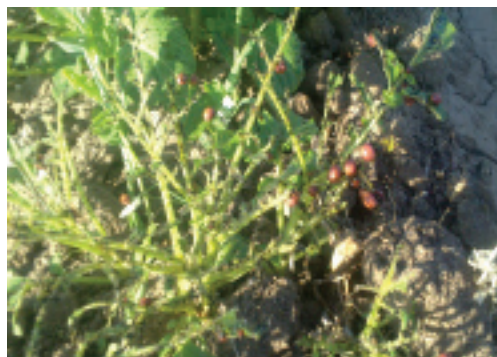


Ilustración 2. Planta de la patata devorada por el escarabajo

La misión para hoy en la huerta consistía en eliminar los escarabajos de la patata que habían empezado a reproducirse y a comerse las plantas (aunque se llame «de la patata» también parece tener debilidad por berenjenas y tomates). Este bichito, con un simpático cuerpo de rayas oscuras sobre un fondo medio amarillo, es una de las plagas más comunes en las huertas de toda Europa, Estados Unidos y partes de Centroamérica, y tiene un alto poder destructivo: las larvas y los adultos se van alimentando de las hojas hasta que llegan prácticamente a acabar con la planta. En un vídeo de propaganda de la Checoslovaquia soviética lo conside-

raban una plaga imperialista que habían enviado los estadounidenses (parece ser originario de Colorado) para destruir su economía agraria y debilitar a la población.

El último día que fueron a trabajar a la huerta les rociaron con piretrina, un preparado que se utiliza en agricultura ecológica contra algunas plagas, por lo que estaban expectantes por ver el estado en que se encontrarían hoy las plantas. El plan que tenían era matar una a una las larvas que hubieran resistido aplastándolas con las manos, reventar los huevos amarillos que ponen en el dorso de las hojas, y recoger los escarabajos adultos e introducirlos en un cubo para su posterior incineración. Pablo estaba preocupado dado que el verano anterior este bicho se comió todas sus plantas de berenjenas.

Llegamos a la huerta. Comentan que no está Julián, el vecino de parcela con el que tienen muy buena relación. Dice Pablo: *«mejor, así no se ríe de nosotros cuando nos vea lo que vamos a hacer»*.

Preparamos el material necesario para la matanza (guantes y cubos de plástico) y nos desplazamos hacia la zona de las patatas. 23 líneas, más de 1000 plantas, esperan obtener en torno a los 2500kg de esta plantación. Comenzamos la labor. Pablo y Rubén están sorprendidos de la cantidad de larvas que hay en cada planta, las más afectadas pueden tener hasta 30, algunas se han quedado ya prácticamente sin hojas. Teniendo en cuenta que aún queda un mes para la cosecha, si la plaga sigue avanzando se quedarán sin nada. Tras una hora y media de aplastar bichos Pablo juzga con desesperación que es una pérdida de tiempo lo que estamos haciendo. Tardamos demasiado. Es una tarea imposible entre tres personas y además no conseguimos eliminarlos todos. Se va al pueblo a comprar agua diciendo *«haced lo que queráis»*. Cuando regresa, a la media hora, sólo hemos completado media línea. Vuelve a decir que no puede ser, que no tiene sentido.

Se juntan Rubén y él para valorar la situación y discutir posibilidades. Es uno de esos momentos que se dan a veces en la huerta en los que, al confrontarse una necesidad de actuación urgente con los principios ideales del manejo agroecológico, se interrumpe el «auto-



Ilustración 3. Escarabajo de la patata adulto

matismo» del trabajo abriéndose un espacio a la reflexividad sobre las prácticas.

Pablo habla de «echar veneno». «No me hace ninguna gracia pero es lo que hay, no podemos perder todas las patatas». Parece que la piretrina ha matado a los adultos, pero han eclosionado todas las larvas en los días pasados y es imposible que puedan deshacerse de ellas con ese producto. «Nos arriesgamos a quedarnos sin nada, o a que en vez de sacar 2500 kg saquemos 800». No hay tiempo para consensuar una decisión con los consumidores. Si las dejan un día más podrían perder casi todo el cultivo, como ya les pasó. Rubén no dice mucho. «Sé que no hay mucho más pero me da mucha rabia». Pregunta qué le

van a decir a los consumidores. Según Pablo lo tendrán que entender. Le digo que habrá quien no lo haga. Responde que le da igual y critica a «la gente teórica». Dice que va a hablar con Julián, que ha llegado ya, para preguntarle qué es lo que le echa él a las patatas.

Las diferentes formas de organización de los grupos de consumo configuran el espacio en el que se toman este tipo de decisiones. Probablemente en otro tipo de cooperativas se hubiera dejado perder la cosecha. En el SAS por ejemplo, cuando se han encontrado con plagas de este tipo han probado con diversos productos naturales y nunca han recurrido a químicos. Pero ellos no dependen de garantizar un número de kilos y productos para obtener sus ingresos. En su caso, al funcionar con cuota fija, la pérdida de ciertas cosechas no afecta a la economía general de la cooperativa, y por otro lado los consumidores están más acostumbrados a asumir este tipo de situaciones. Sin embargo, si en la Madre Vieja se pierde la patata tendrían que comprársela a otros agricultores porque es un producto de consumo básico y porque además sirve para alcanzar el peso que requiere cada cesta, sobre todo en esta temporada del año.

Nos quedamos Rubén y yo. Dice que él lo intentaría con piretrina una vez más, pero que entiende que Pablo después de lo que pasó el año pasado con las berenjenas no se vaya a arriesgar. «Es una pena», digo yo. Responde que sí, que le dan ganas de llorar. Se aparta a un lado y se da la vuelta. Volcamos el cubo con los insectos que hemos recogido y los pisoteamos.

Vuelve Pablo y tira dos sobres de pesticida registrados por Syngenta (una de las principales multinacionales agroalimentarias, fuerte en la industria química y transgénica, protagonista de las críticas de las organizaciones de soberanía alimentaria). «Esto es lo que le echa, y tiene 4 bichos nada más, y las plantas mucho más altas». Nos vamos a Villaconejos, al almacén donde venden estos productos. El ambiente es denso y mustio. Pablo piensa en las opciones para los próximos años: rociar desde el principio con piretrina (parece ser que esta vez han



Ilustración 4. Huevos del escarabajo

esperado demasiado, ya hace tiempo que vieron asomar los primeros escarabajos). Deciden que es mejor escribir un email a los consumidores explicándoles bien la situación y luego hablarlo con ellos en persona en los repartos. Le pide a Rubén que a la vuelta haga fotos a las plantas más dañadas para incluirlas en la carta. Comentarios puntuales tipo «*qué rabia*», «*nos han ganado*» o «*¿cómo lo harán en otros sitios para controlarlos?*» rompen de vez en cuando el silencio general durante el viaje.

Compramos dos sobres del preparado. Cuestan dos euros y medio cada uno. «*Encima son baratos*» dice Rubén. Desayunamos en el bar del pueblo y volvemos al huerto. Pablo se pone una mascarilla, prepara su mochila para fumigar y emplea el resto de la mañana en esta labor mientras nosotros escardamos las cebollas y pimientos. Es una imagen difícil.

Las respuestas de los consumidores al email que se incluye a continuación comparten una estructura similar: primero dicen sentir lo ocurrido, luego les agradecen la sinceridad y la confianza y finalmente aseguran fiarse de su criterio para la toma de este tipo de decisiones.

«*Hola a todos.*

Como algunos de vosotros ya sabíais, desde hace cosa de un mes aparecieron en la huerta los primeros escarabajos de la patata, llegando a un punto esta misma semana en que la eclosión de los huevos ha sido brutal y el número de larvas atacando el cultivo era algo inimaginable, devorando plantas enteras y dañando muy seriamente otras, haciendo peligrar muy seriamente el rendimiento final, puesto que aún falta alrededor de un mes para su cosecha y los tubérculos están en pleno crecimiento.

Hemos intentado desde entonces controlar la plaga mediante productos naturales, autorizados todos para la agricultura ecológica, primero con combinación de aceite de neem y vicar a modo de reforzante y después con piretrina, siendo muy escasa la incidencia de ésta, controlando sólo a los adultos de manera eficaz, pero no a la infinidad de larvas, que seguían causando daños y de las que sólo murió un pequeño porcentaje.

Comenzamos también a hacer una recogida manual de los adultos y larvas, aplastando los huevos planta a planta, pero al ser tal la plaga y tener una superficie aproximada de 1000 m2 de patatal, nos vimos frustrados pues era imposible acabar con todos y salvar el futuro de la cosecha.

Finalmente, este lunes 3 de junio, tras pensarlo seriamente, valorando la posibilidad de perder la cosecha e incluso de que la plaga se extendiese a otras zonas de la huerta y que la situación fuera irreversible, hemos decidido tratar con un insecticida químico, con-



Ilustración 5. Invasión de escarabajo en la huerta

cretamente «actara», habiendo acabado con la poca población adulta que quedaba y con la totalidad de las larvas ya emergidas. En la aplicación de este insecticida hemos utilizado una mochila distinta a la que solemos utilizar para los productos naturales que normalmente utilizamos. Las patatas se encuentran en un extremo de la huerta y separadas por varias líneas vacías del resto de los cultivos. Los siguientes tratamientos volverán a ser con piretrina (natural), haciendo un par de ellos a la semana, para controlar a las larvas que puedan aparecer ahora, que esperamos sean pocas.

Os aseguramos que ha sido una decisión muy dura, frustrante y triste para nosotros. No esperábamos que la plaga alcanzase estas dimensiones y tener que recurrir a un químico de síntesis no es en absoluto de nuestro agrado. Confiamos en que a partir de ahora no se nos vaya de las manos ninguna plaga, ponemos todo nuestro empeño en ello día a día, al igual que en sacar una verdura sana y de calidad durante todo el año.

Esperamos que comprendáis este incidente y que no haya problemas por consumir estas patatas (por otro lado, incontables son los tratamientos de las patatas que podéis encontrar en cualquier frutería o superficie...), pero si en algún grupo no os parece bien esta realidad y decidís que no queréis consumir de esta patata, lo comprenderemos y buscaríamos alguna fórmula alternativa para completar los kilos de las cestas.

Adjuntamos unas fotos de la situación que nos encontramos el lunes al llegar a la huerta, para que os hagáis a la idea de la gravedad del asunto...

Nos seguiremos levantando cada mañana con la ilusión de producir alimentos, no mercancías, de trabajar con la agroecología como herramienta de cambio social, de alimentar a personas de forma sostenible y justa ecológica y socialmente.

Muchas gracias por todo.»

7.2. La agroecología como horizonte

Aunque caractericemos todas estas huertas con el calificativo de agroecológicas por ese sustrato común que hay entre ellas (una serie de ideales, de prohibiciones, una cierta filosofía de relación con la tierra), no hay dos formas iguales de practicar la agroecología. Teniendo en cuenta todas las contingencias, formas de organización y caminos posibles que hemos repasado hasta aquí, la agricultura ecológica no puede sino concretarse en estrategias múltiples imposibles de homogeneizar. Cada huerto ecológico tiene sus propias formas de cultivar y de manejar la tierra.

De hecho en estos grupos hay muchas situaciones en las que es difícil alcanzar, o incluso se cuestionan, los principios de lo que se entendería como la agricultura ecológica «oficial». Un ejemplo de esto último lo encontramos en el ya mencionado debate en torno a la certificación. No estar certificados es para muchos agricultores una toma de posición explícita que aboga por no entrar en la lógica de la agroindustria capitalista a la que conduciría la posesión del sello⁴. Como decía una agricultora del SAS, para ellos es preferible emplear abono de los ganaderos locales no ecológicos a comprar el abono certificado que procede de zonas alejadas al espacio de producción, no sólo por una cuestión de ahorro energético o de ruptura de ciclos ecológicos, sino también porque es una forma de construir redes locales de cooperación entre horticultores y ganaderos.

«Agroecología no quiere decir estrictamente ecológico. A veces se valora más si tú tienes un contacto para poner el estiércol con un ganadero de tu pueblo, aunque el ganadero no sea en ecológico, quiere decir que no tienes del todo tu huerta en ecológico, pero si ser todo en ecológico supone que te tengas que traer el estiércol de Navarra, estás pagando no sé cuántos kilómetros de gasolina que ya sabemos lo que implica, además de encarecer precios...(...) Agroecológico pues a lo mejor le compramos los huevos a uno que vive ahí en el pueblo que a lo mejor le da pienso a la gallina o no es del todo ecológico pero está allí, es una cosa local ¿no?»

La no posesión del sello, como ocurre en el caso de estas huertas concretas que examinamos, permite mayor variabilidad de las prácticas agrarias (al no tener que someterse a criterios recogidos en las normativas oficiales), lo que, por otro lado, aumenta, en ciertas situaciones, los dilemas entre seguir un ideal

4 Sin embargo, hay también casos en los que deciden apostar por esta certificación para poder emplear otras formas de distribución de los productos (espacios legalizados de venta de productos ecológicos) o alcanzar otros segmentos de población (que no se vinculen a grupos de consumo)

ecológico o guiarse por otro tipo de criterios más pragmáticos⁵.

Uno de los casos más extremos de este tipo de tensiones es el que hemos visto en relación a la gestión de una plaga descontrolada (¿debemos perder la cosecha y mantenernos fieles a los principios agroecológicos?); ejemplos más cotidianos pueden ser utilizar una variedad de semilla que no sea local pero que sea más productiva, adquirir plantel convencional más económico y luego cuidarlo con principios agroecológicos, emplear plásticos para acolchar el suelo y así agilizar y reducir las tareas de escarda, etc. Las formas de solución de estas tensiones, que van a variar en cada caso particular, afectarán, como veremos a continuación, a las cosechas y a lo que los consumidores reciben en las cestas.

En muchas ocasiones es también la falta de medios la que dificulta la gestión «*estrictamente ecológica*» de la huerta. Tanto a nivel de recursos económicos (el precio de los insumos certificados es siempre más alto), como de fuerza de trabajo (los problemas de «*la falta de tiempo*»), y de medios (por ejemplo, una limitación del espacio de cultivo disponible).

Esta precariedad⁶ de las huertas repercute en que lo ecológico se conciba como un ideal a alcanzar con paso lento, como proceso y horizonte. Decía una agricultora del SAS: «*lo ideal sería que fuera localista, sin intermediarios y ecológico, pero bueno, hasta que no sea todo eso pues ir caminando pasito a pasito. Y en el SAS todavía estamos en esas*». Ese «*estar en esas*» abarca cuestiones como el tipo de plantel, de semilla y de abonos que utilizan, una buena rotación y asociaciones de cultivos, las formas de manejo y control de plagas, o el tipo de tecnologías empleadas en el proceso productivo.

Por ejemplo, en estas huertas se compra en ocasiones semilla convencional, que suele ser mucho más barata que la ecológica. El «ideal» en este caso sería que los agricultores pudieran ir guardando su propia semilla de una a otra cosecha, lo cual les ayudaría a que lo ecológico atravesara todo el proceso productivo y, además, les abarataría los costes. Pero, para poder hacer eso probablemente necesitarían ampliar el terreno y poder permitirse un jornal más, algo que no entra dentro de sus posibilidades a corto o medio plazo.

5 Hay que tener cuidado con entender por ello que cuando no se posee el sello no se cumplen los criterios ecológicos. Como ya hemos dicho, la definición de agricultura ecológica en estas normativas reduce el término a las cuestiones relacionadas con las fuerzas productivas (y en cualquier caso, permite en ciertas situaciones el uso de insumos no ecológicos.) En estos huertos en los que no hay certificación las prácticas agrarias son también agroecológicas. Lo que varía es la concepción de este término. Cuestiones básicas desde la perspectiva agroecológica como la diversidad de cultivos que caracteriza estas huertas, no son necesarias para poseer el sello ecológico.

6 Aun así hay que diferenciar entre la precariedad elegida y la asumida. Esto es, hay múltiples tecnologías que podrían ahorrar mucho trabajo en la huerta cuyo no empleo es una decisión consciente que responde a sus planteamientos ético-políticos (herbicidas). Otras sin embargo son simplemente inalcanzables para estas cooperativas (un tractor).

«Porque tú puedes sacar semilla cuando cultivas una sola variedad para que no se hibride y entonces empezamos a poner distintas variedades de calabaza, de estas de cuello largo que es más carnosa y dulce, y para sacar semilla ya sería que alguien se dedique en exclusiva a eso y que tenga las plantas lejos para asegurarse de que no se haya hibridado. Guardamos de algunas cosas, pero no nos da la capacidad para tener otro huerto de semillero, no podemos cuidar para mantener la semilla, es que es mucho curro, hay mucho hortelano que lo hace pero suele ser más hortelano de huerta familiar, pequeña» (agricultora SAS).

El trabajo que supone guardar las semillas sería incompatible en este caso con sacar adelante una cosecha suficiente para los consumidores. Ocurre algo parecido con el tema del compost, de la fabricación de fertilizantes o pesticidas caseros ecológicos, o de las técnicas de rotación de cultivos y barbecho. Todo esto se hace, según ellos afirman, *«en la medida de lo posible»*, teniendo en cuenta la limitación de las tierras disponibles o el trabajo extra que supone a las tareas cotidianas de la huerta. Y a este respecto hay momentos en los que se entra en un bucle de difícil solución. En tanto que estas huertas son autogestionadas, la única manera de aumentar los ingresos es aumentar el número de consumidores; pero si ese ingreso extra no es suficiente como para poder pagar el sueldo de un nuevo trabajador, el aumento del número de cestas supone tener que dedicar más tiempo a la cosecha y al reparto, en detrimento de la dedicación a estas tareas de mejora (por no hablar de que el incremento de los consumidores dificulta las formas de gestión asamblearia por la que abogan algunas de estas cooperativas). Por otro lado hay que tener en cuenta que cada cesta es, además de unas horas de trabajo, un espacio de tierra y un espacio en la furgoneta, y que, por tanto, el aumento de la producción ha de jugar siempre con este tipo de límites.

En la última declaración que hemos expuesto, la agricultora del SAS realiza una diferenciación importante: la huerta productiva frente a la huerta familiar/pequeña. Y es que, al igual que manejar un huerto ecológico con más recursos materiales es un trabajo distinto al que ellas hacen, mantener una huerta pequeña de autoconsumo o aprendizaje también difiere de lo que tienen entre manos. De hecho, muchos agricultores sí tenían experiencia en este tipo de huerta más pequeña y todos coinciden en señalar que, aun así, tuvieron que aprender casi desde cero cuando entraron en estos proyectos.

«Porque tú puedes cultivar, yo me he tirado bastante tiempo en redes de huertos de Madrid, en huertos urbanos, pero una cosa es cultivar, que tú pongas tu planta y salga el tomate y otra cosa es cultivar para hacer cesta, que todas las semanas durante todo el año siempre haya algo para comer» (agricultora El Bancal).

Esta diferencia recae, a su juicio, en tres aspectos principales: la necesidad de asegurar una producción constante, el hecho de que sea el medio de vida del agricultor (lo cual habría que matizarlo en el caso de las cooperativas de cuota fija donde el salario está garantizado independientemente de los resultados del trabajo), y el ritmo al que se trabaja (que crea una relación diferente con el tiempo: hay que ser productivo, eficiente, sacar el trabajo para adelante, no se puede perder tiempo en ciertos detalles, etc.)

«Acostumbrados al ritmo y a la meticulosidad de un huerto pequeñito, acostumbrados a tenerla más de libro pues no tiene nada que ver. Aquí el trabajo es más a saco, pues que no hay que ir tanto al detalle, sí que hay que ir con cuidado pero no es dejarlo bonito, es ser eficiente en el curro. No hay que pararse, hay que correr, que hay mucho curro» (agricultor Madre Vieja).

Una huerta productiva con pocos recursos, al estar sujeta a otro tipo de constreñimientos, no siempre es compatible con seguir al pie de la letra los ideales de la agroecología. Por eso este agricultor suele diferenciar también entre los *«teóricos de la agroecología»* (aquellos que poseen conocimientos teóricos pero ninguna experiencia en huertas productivas, aunque sí quizás en otras más pequeñas, urbanas, de autoconsumo...) y la agroecología de *«la práctica real»*, la que ellos hacen⁷. Aunque hay una relación de tensión y según los momentos se tiende más hacia uno u otro polo, la eficiencia en el trabajo cuando hay que sacar una cosecha adelante para asegurarse un salario, es a veces difícil de compatibilizar con ciertas prácticas agrarias alternativas (*«va a venir un jabalí y se va a comer tu espiral»*, decía en broma un agricultor en referencia a ese tipo de diseño de huerto que se propone desde la permacultura), y con la búsqueda del criterio estético tan asociado a esas huertas ecológicas modelo (como dice este agricultor *«no se trata de dejar tu huerta bonita»*).

Una tarde de trabajo en las huertas del SAS la pasamos cosechando los últimos ajos y preparándolos para almacenarlos en el pajar. La tarea consistía en juntar diez, atarlos con un cordel y colgarlos de las vigas. Mientras lo hacíamos, la agricultora con la que trabajaba me comentaba que durante algunos años los enristraban de forma tradicional, pero que habían tenido que dejar de hacerlo porque en el tiempo que tardabas en acabar una ristra habías hecho diez de la forma actual. Parece que no a todos los trabajadores les gustó esta decisión, pero ella se había negado a seguir con las ristras: *«es verdad que quedaban preciosas en las cocinas y que a los consumidores les gustaba mucho más, pero yo no me puedo pasar cinco tardes dejándome las manos en eso»*.

Pero, no es sólo el criterio de la productividad y la eficiencia el que toma importancia para estos agricultores⁸. Hemos recogido aquí el ejemplo del cuadro de planificación de las cestas del SAS, lleno de colores y dibujos, cuya autora justificaba diciendo que era mucho más bonito hacerlo así que poner cruces en un Excel. Del

-
- 7 En una jornada de trabajo, un amigo de los agricultores de la Madre Vieja les comentó que asustaron a unos amigos suyos que fueron a visitarles para preguntarles sobre el proyecto ya que estaban pensando en empezar algo similar. Parece ser que los chicos no se hacían una idea de la cantidad de trabajo que suponía la huerta. Cuando se lo contó, uno de los agricultores se asombraba diciendo que no sabía qué se creía la gente. El otro en seguida les caracterizó como *«unos teóricos que se habrían leído cuatro libros de permacultura y ya se creerían que sabían»*.
- 8 En cierto sentido, sus prácticas agrarias ya son de por sí una forma de cuestionarlo. Si no, en vez de pasar horas quitando con la azada o la mano las «malas hierbas» se limitarían a rociar la huerta con productos destinados a eliminarlas.

mismo modo prefería hacer la planificación de los cultivos en base a dibujos hechos a mano de los terrenos de cultivo, que utilizar una herramienta informática de visualización de parcelas agrícolas. «*A nosotros nos gusta más lo artesanal*», me comentaba. Hay una parte de cuidado, de «*mimo*», como ellos dicen, que es fundamental tanto para afianzar a los consumidores, como para que ellos se sientan satisfechos con el trabajo que realizan.

En la relación con los consumidores, esta tensión entre lo estético y la eficiencia, suele aparecer al discutir sobre las formas de presentación de las verduras. Dada esa falta de tiempo, a veces las verduras vienen con barro, apiladas unas encima de otras o con cara de haber estado horas en una furgoneta. Pero los agricultores son conscientes de que «*todo eso hay que cuidarlo para que los consumidores estén contentos*», y por eso, en la medida de lo posible una vez más, se trata de poner las verduras de hoja en bolsas para que no lleguen tan malas, de quitar la primera capa de los puerros o los ajetes que es la que más barro suele tener, de atar las espinacas en manojos o de meter los tomates *cherry* en tarrinas de plástico (como decía un agricultor de la Madre Vieja: «*todas esas pijerías a las que nos tienen acostumbrados los supermercados al final funcionan*»).

Por otro lado, la afirmación de los agricultores de que el objetivo de su trabajo no es tener una huerta bonita, no impide que cuando consideran que la tienen, cuando un cultivo se les está dando bien o encuentran verduras «*hermosas*», no se sientan orgullosos de ello. Todos presumen de sus tierras cuando están limpias de hierbas y con las plantas sanas en pleno rendimiento, de lo bien que les ha quedado un túnel o de la calidad de la verdura que están repartiendo. Y es que la relación con la tierra no puede nunca reducirse a su aspecto económico-productivo. Los agricultores de la Madre Vieja se quejan con frecuencia de las visitas que reciben de intermediarios interesados en distribuir sus productos que, para no mancharse los zapatos, no se dan un paseo por la huerta para ver sus verduras y se limitan a hablar de precios. Se niegan a establecer una relación comercial con este tipo de actores, porque no quieren tratar con «*gente a la que la huerta no le interesa*» y que no sabe apreciar el trabajo y esfuerzo que supone sacarla adelante.

En este sentido cobra también relevancia esa analogía entre criar un niño y tener un huerto que hacía esa agricultora, porque el vínculo que se genera con la huerta para ellos tiene un aspecto claramente emocional y no podríamos entender lo que supone este trabajo sin tenerlo en cuenta.

7.3. Complejizar la temporada

Los grupos de consumo, como hemos visto, reivindican una alimentación local y de temporada, en base tanto a argumentos ecológicos (respetar los ciclos de la naturaleza, ahorro energético...), como políticos (una alimentación no capitalista de apoyo a los pequeños agricultores).

Aunque en este epígrafe nos vamos a centrar en el análisis de la temporada, esta noción es inseparable de lo local. Dado que algo puede o no considerarse «de temporada» en función de una referencia geográfica, la primera necesidad de un gru-

po de consumo agroecológico a la hora de seleccionar sus productos, es definir el criterio de localidad que va a emplear⁹. Esta tarea presenta más dificultades en los grupos de pedidos abiertos que trabajan con diferentes productores, pero en el caso de los grupos estamos examinando, que funcionan con un único huerto a través de cestas cerradas, el criterio se simplifica: «de temporada» significa de temporada en la huerta concreta que les provee los alimentos. La alimentación de temporada está además comúnmente asociada a una alimentación más «*natural*», entendiendo por esta noción lo acorde a los ciclos biológicos y exento de intervención humana. Comer «*lo que hay*», «*lo que la huerta da en cada momento*» o «*lo que toca*», son el tipo de expresiones en las que se vehicula esta idea. Pero, ¿responde el contenido de las cestas únicamente al criterio de la temporada agrícola?

No pretendemos aquí presentar la temporada agrícola como una construcción social. Son factores biofísicos los que determinan que algunas plantas puedan crecer bajo una serie de condiciones y no bajo otras. Y es en ese sentido en el que se plantea que comer las verduras de la temporada armoniza con los ciclos naturales. Pero sí vamos a cuestionar que el tipo de cultivos que hay en estas huertas pueda explicarse sólo haciendo referencia a esta cuestión.

Como ya hemos introducido en estas páginas, aunque los factores biológicos limitan los productos que pueden o no cultivarse en un momento dado del año, la elección de unos u otros, de las cantidades que de cada uno se siembran, así como el resultado final del cultivo, responden también a otra serie de criterios que podríamos clasificar en cuatro grupos: culturales, tecnológicos, prácticos y relativos a la experiencia y pericia de los agricultores.

- Culturales: estos factores hacen referencia a la tradición culinaria de cada sociedad. Las plantaciones han de adaptarse a los gustos y preferencias alimentarias de los consumidores, que están modeladas social y culturalmente. Aunque los agricultores siempre introducen variedades diferentes y productos que no son tan comunes de consumir, hay algunos que, por estos factores culturales, nunca pueden faltar (vimos en el caso del escarabajo de la patata cómo este cultivo es esencial en un grupo de consumo madrileño porque es uno de los productos básicos de nuestra dieta). Y por tanto, a la inversa, hay variedades que podrían cultivarse en un momento dado del año pero que no se incluyen en la planificación (como algunos tipos de verduras originarias de otros países que no se han generalizado en éste). En cualquier huerta agroecológica californiana, con un clima parecido al nuestro, vamos a encontrar

9 Esto que puede parecer tan evidente plantea también, como veremos en capítulos posteriores, dilemas a los miembros de los grupos de consumo. Hay alimentos que nunca son de temporada en una ciudad como Madrid (plátanos, aguacates, naranjas...), por lo que se hace necesario ampliar los límites de lo local. En estos casos a veces se emplea una definición política del espacio: entraría en esa categoría, por ejemplo, todo lo que se haya podido producir en España (y por ello en algunas cooperativas nunca ofertan productos de otros países, pero sí plátanos canarios). Pero productos de consumo habitual como el cacao, el azúcar, el té o el café, plantean otro tipo de dificultad, ya que nunca se producen en espacios cercanos.



Ilustración 6. Plantación de Kale (Santa Cruz, CA)

plantadas varias líneas de *kale*, mientras que en Madrid, son casi inexistentes.

-Tecnológicos: el uso de ciertas tecnologías, como hemos expuesto, puede agilizar las labores de la huerta posibilitando una mayor dedicación al cuidado de los cultivos, y ayudar a mejorar la calidad de las cosechas. El debate en este tipo de agriculturas se genera en torno a dónde situar la línea que traza el límite de la tecnología aceptable para seguir hablando de un manejo ecológico del suelo. En él se encuentran desde posturas más «*primitivistas*» (que rechazarían por ejemplo cualquier maquinaria dependiente de combustibles fósiles), hasta la que expresó un agricultor en la presentación de un estudio sobre la vuelta de los jóvenes al campo:

«Aunque haya a quien le parezca que la vuelta al campo es esconderse en el monte con tu azada a comer bayas a nosotros no. A mí me encantaría tener la huerta tecnificada, pero a ver quién lo paga. No uso la azada porque me guste sino porque no tengo dinero para comprarme un tractor».

Aunque todos estos agricultores coinciden en rechazar el uso de determinados productos, como los pesticidas sintéticos, en otros casos aparecen diversos posicionamientos sobre la inclusión de determinadas tecnologías. Una agricultora del SAS me comentaba una vez que ellas podrían llenar la huerta de plásticos para no tener que escardar y ganar tiempo, pero eso era algo que no «*les motivaba*», que no lo entendían como formando parte de la agroecología. Sin embargo en otras huertas sí es frecuente recurrir a ellos para el acolchado: «*tampoco pasa nada y además se pueden guardar de un año para otro*», dicen en la Madre Vieja.

Existen por otro lado una serie de técnicas que permiten adelantar o mantener los cultivos durante más tiempo. Quizás el ejemplo más paradigmático sea el de los invernaderos. Dado el alto precio de estos artefactos, estos proyectos no se pueden permitir disponer de ellos, pero sí pueden plantearse el uso de mantas térmicas o la construcción de pequeños túneles tapados con plásticos, para mantener ciertos cultivos en invierno sin que les afecten las heladas. En una asamblea de una cooperativa en el mes de diciembre pregunté en el momento de valoración de las cestas si alguien sabía por qué no había lechugas. Inmediatamente una de las asistentes me respondió que no era época. Cuando le comenté que unos amigos sí estaban repartiendo lechugas en las cestas, me dijo «*tendrán plásticos*», acompañando la frase de un gesto que daba a entender que estaban rompiendo alguna regla ecológica. Que



Ilustración 7. El túnel de la polémica

no hubiera lechugas en este grupo no respondía tanto a «*la temporada*», como a la decisión de no emplear este tipo de tecnologías.

- Prácticos: una parte de la explicación del contenido de la cesta responde a los criterios prácticos que los agricultores manejan a la hora de planificar la producción. El cálculo del cultivo de invierno resulta más sencillo al realizarse por unidades (tan-

tos repollos/lechugas/puerros...por consumidor). El del verano tiene otro nivel de complejidad ya que requiere determinar a cuántos consumidores puede alimentarse con una mata (de tomate, calabacín, pimiento...). Esto es algo que van ajustando poco a poco, ya que aunque en un primer momento pueden servirse de datos de otras huertas para hacer el cálculo, es un aspecto que varía en cada tierra específica. Los productos de raíz tipo remolachas/zanahorias/nabos se siembran «*en mucha cantidad*» en el caso de la Madre Vieja, y contando más o menos el número de semillas necesarias por consumidor en el del SAS. Aun así siempre se siembra de más, por los imprevistos.

Según me comentaba un agricultor, a la hora de elegir los cultivos que van a plantar han de tener en cuenta las siguientes variables: el trabajo que dan (en su mantenimiento y cosecha), el espacio que ocupan (marcos de plantación), el tiempo que tardan en crecer (y por tanto tiempo que están ocupando su parte de la parcela), y el aguante del producto en la tierra (si tardan más o menos en espigarse y echarse a perder antes de cosecharlos).

Por ejemplo, una agricultora del SAS me indicaba en una ocasión, que aunque la zanahoria era un cultivo que apreciaban sus consumidores, estaban pensando en reducir la cantidad cultivada por el trabajo de cuidado que requerían: «*es genial poder tener zanahorias hasta febrero y a la gente le encanta la zanahoria pero es muchísimo trabajo, se tarda un montón en aclarar, por eso las últimas que hemos dado eran tan pequeñas, porque no nos dio tiempo, se nos juntó con otro curro*».

Ejemplos de plantas que dan mucho trabajo son el tomate, las judías, los guisantes, los espárragos, la alcachofa y las fresas. Salvo en el caso de los tomates, que es un cultivo imprescindible por cuestiones culturales, el resto no se reparten con mucha frecuencia en las cestas de estos grupos. De hecho son cultivos que los agricultores suelen introducir «*para ir probando*», cuando ya llevan varios años trabajando en la huerta. El aspecto positivo de estos «*cultivos difíciles*», según otro agricultor, es que pueden venderse a precios más altos, pero esto es algo de lo que sólo se pueden beneficiar aquellos que juegan con diferentes espacios de distribución y venta de excedentes (lo que no ocurre en el caso del SAS). Por el contrario, plantas que requieren poca dedicación son la lechuga, el calabacín, la berenjena, la borraja o el cardo. Quizás por esta razón, estas dos últimas abundan en las cestas de la Madre Vieja pese a que no siempre sean bien recibidas por los consumidores. Otros cultivos que se suelen plantar en cantidad son los considerados «*muy agradecidos*», esto es, aquellos que rebrotan con facilidad y de los que pueden obtener mucha producción, como la acelga o el apio.

Por otro lado, hay plantas que requieren mucho espacio para crecer o que tardan mucho tiempo en hacerlo (como los ajos). En estos casos, dependiendo de la cantidad de terreno que tengan disponible podrán plantearse incluirlas o no en la planificación, o repartir más o menos durante la temporada. También es importante valorar a la hora de planificar si la planta aguanta mucho tiempo en la mata (repollo o lombardas) o si se espiga rápido (como la coliflor o el romanescu). El último plan de plantación de coles de la Madre Vieja responde, por ejemplo, a este factor: «*Hemos*

pensado este año en vez de meter los repollos, las lombardas y las coles de Bruselas en cada tanda que plantamos (hacen cuatro durante el año), meterlas todas en las primera, porque como aguantan mucho así podemos repartir gordas todo el año y tener en los momentos en los que hay menos de otras cosas».

En su caso concreto, además, al asegurar un número de kilos por cesta, es fundamental realizar la planificación teniendo en cuenta el peso de las diferentes variedades. Según uno de sus agricultores, hay verduras «*para que la cesta esté bonita*» y otras que «*dan peso*», y en la huerta tiene que haber una proporción equilibrada entre ambas.

Finalmente, en la decisión de incluir determinados cultivos, influye la cantidad total de variedades hortícolas que pueden crecer en cada momento del año. Mientras que estos agricultores suelen buscar nuevos productos que puedan cosecharse en las épocas «*más flojas*» (finales de invierno y primavera), en verano, «*hay cosas que podríamos meter pero como ya hay tanto pues no hace falta*».

- Experiencia y pericia de los agricultores: en la medida en la que los agricultores hayan incorporado ese «saber hacer» del que hablábamos al principio de este capítulo, la calidad de las verduras y las posibilidades de la cesta aumentarán. Como ya hemos comentado, éste es un aprendizaje continuo que se refleja en las mejoras que van introduciéndose de año en año (por ejemplo: preparar las tierras a tiempo, regar bien, blanquear escarolas, aporcar bien los puerros, sembrar y cortar las verduras en el momento justo...).

Además de los factores que afectan a lo que se cultiva en una huerta en cada época del año, también es necesario contar con las variables que entran en juego en lo que en concreto se reparte cada semana en la cesta. Una diferencia importante al respecto entre el SAS y la Madre Vieja, es que los primeros sólo tienen un día de reparto a la semana, mientras que los segundos tienen tres días consecutivos. En este último caso, se hace imprescindible a la hora de cosechar asegurarse de que vayan a disponer de suficiente producción para todos los grupos de la semana. Al preguntarles a sus agricultores sobre cómo calculan el contenido de las cestas responden que «*se lo inventan*»¹⁰. Pero ese «*inventar*» es una operación en la que se movilizan muchas variables: si las lechugas van a estar listas para cortar en dos días, si se van a espigar las coliflores si se las deja un día más, que haya suficiente cantidad de acelgas para toda la semana, no repartir al mismo grupo lombarda dos semanas consecutivas, etc. Pero, por otro lado, tener tres días de cosecha les facilita que cada planta se corte en el momento adecuado y que llegue en un estado óptimo al consumidor. Sin

¹⁰ Respuesta habitual a una pregunta que está tratando de que el agente haga explícita las reglas de acción que no pertenecen a la lógica práctica. Ya nos recuerda Bourdieu que «*desde el momento en el que el agente reflexiona sobre su práctica, situándose en una postura cuasi teórica, pierde toda posibilidad de expresar la verdad de su práctica y sobre todo la verdad de la relación práctica con la práctica*» (ibid.:145).

embargo en el SAS, en muchas ocasiones para evitar que algún producto se eche a perder (se espigue o madure demasiado), tienen que cosecharlo días antes de que se vaya a repartir. Al no disponer de un sistema de refrigeración que permita conservar la verdura, cuando llega a Madrid puede haber perdido calidad. Aunque para ellos, decía una de sus agricultoras, *«es preferible repartir un producto que no esté en su punto a dejarlo morir en la mata»*.

7.4. Agricultura, naturaleza y producción

Teniendo en cuenta todas las variables analizadas podemos afirmar que lo que en cada momento se reparte en las cestas (lo que en estos casos se entiende como las verduras de temporada) responde a una interacción de factores biológicos y sociales. Estos factores se imbrican de tal forma que sólo es posible separarlos en el ejercicio analítico. Como se ha visto, de toda la gama de productos que pueden cultivarse en un momento dado en función de las condiciones biofísicas, la elección de unos u otros remite necesariamente a factores de orden sociocultural. Del mismo modo, para el desarrollo del cultivo es necesario tanto que se den las condiciones climáticas y físicas apropiadas, como que los agricultores manejen ciertas técnicas productivas. Es decir, que es la relación entre estos dos órdenes de la realidad la que marca lo que comerán estos consumidores. Esto nos conduce a cuestionar tanto la concepción de que el agricultor *produce* las verduras como aquella que lo borra del proceso productivo.

En algunos discursos de los consumidores de estos espacios se vehicula una concepción de la agricultura como un proceso en el que serían sólo factores ajenos al control humano los que explican sus resultados. Tal es así que una consumidora de uno de estos grupos que se quejaba de la poca cantidad de verduras que había recibido en las últimas cestas, expresaba con timidez sus dudas en torno a si eso era *«normal, natural»*: *«yo es que a veces no sé si es que es lo que hay»*. Como hemos visto al principio, ésta es una idea que aparece con frecuencia cuando se emplea la temporada agrícola como justificación del contenido de las cestas. Las verduras que recibes son *«las que tocan»* en un momento del año, y *«lo que toca»* es algo que en ocasiones se presenta como independiente del manejo que los agricultores hayan podido hacer de la tierra¹¹. Esto puede entenderse si tenemos en cuenta que gran parte de estos consumidores no poseen experiencia ni conocimiento sobre la labor campesina. Pero incluso en ciertas situaciones, cuando se dan problemas en la producción, los mismos agricultores pueden preferir acogerse a la fuerza legitimadora con la que cuenta el argumento de lo natural en estos espacios y mantener esa concepción de su no intervención sobre los resultados de la cosecha para evitar

11 Claro que hay situaciones en las que son factores ajenos a su acción los que han pesado en el estado de las verduras, como ocurre sobre todo cuando una climatología inesperada afecta a su crecimiento o a su estado (hay cosechas que se pierden por granizadas repentinas o por falta de lluvia antes de que esté disponible el agua de riego).

que sus prácticas sean cuestionadas¹².

Sin embargo, como acabamos de mostrar, la huerta es cualquier cosa menos un paisaje «natural», si por natural se entiende ajeno a las dinámicas sociales y a la intervención humana. Las verduras no crecerían sin ese bagaje de conocimientos y técnicas que los agricultores han incorporado para desarrollar su labor.

Los espacios agrarios no dejan de ser sistemas naturales intervenidos, artificializados. En un ecosistema silvestre, «natural», los flujos de materia y energía, la sucesión de especies y las relaciones entre los distintos sistemas se autorregulan. Son, por definición, sistemas sostenibles. En el caso de los agroecosistemas, la mano del campesino simplifica su estructura y favorece el predominio de ciertas especies. Se trata de un equilibrio forzado que requiere la aportación de una energía externa al ecosistema: el trabajo agrícola (Badal, 2014:58)¹³.

La labor del agricultor consiste en, dentro de los límites de la temporada, crear y mantener las condiciones ambientales que requiere cada tipo de planta para su crecimiento. Algunas no están bajo su control pero, como ya hemos visto, forma parte de sus conocimientos el saber adaptarse a estas limitaciones recurriendo a una serie de tecnologías (el agricultor no puede afectar a la climatología pero sí puede utilizar mantas térmicas para que las plantas estén a una temperatura óptima). Cuando, con ayuda del agricultor, confluyen las condiciones que la planta requiere para su desarrollo (determinadas por cuestiones biológicas), ésta crecerá adecuadamente, pero no podemos sostener que sea el agricultor en sentido estricto el que la hace crecer, la hace crecer su propia naturaleza (pese a las polémicas que rodean a este término creemos que en un caso como éste puede ser adecuado recurrir a él). Por esta razón Ingold plantea que:

The work of the farmer or herdsman does not make crops or livestock, but rather serves to set up certain conditions of development within which plants and animals take on their particular forms and behavioral dispositions. We are dealing, in a word, with processes of growth (2000: 77)¹⁴.

12 Va a ser interesante volver a estas diferentes concepciones sobre «la temporada» y la labor agrícola cuando analicemos ciertas dinámicas que se establecen en los grupos cuando el contenido de las cestas o el estado de las verduras no responde a lo que los consumidores esperan. Estas son el tipo de situaciones en las que aparecen con mayor claridad las tensiones entre las lógicas económicas y las lógicas políticas que operan en los grupos de consumo.

13 Sin embargo, como veremos a continuación, desde nuestro punto de vista es problemático mantener la visión de la fuerza de trabajo agrícola como exterior al sistema.

14 La labor del agricultor no hace crecer los cultivos o el ganado sino que sirve para crear ciertas condiciones de desarrollo en las que las plantas y los animales toman sus formas particulares y sus disposiciones de comportamiento. Estamos tratando, en una palabra, con procesos de crecimiento.

Es así que para el autor sería más bien este término de crecimiento y no el de producción o creación lo que caracteriza lo que ocurre en una huerta¹⁵ (entre otros espacios). Podemos retomar aquí la analogía que realizaba la agricultora del SAS entre el trabajo del agricultor y el de ser padre: la huerta hay que cuidarla, asistirla, pero no crearla como si habláramos de crear un artefacto¹⁶. De hecho Ingold recurre a esa misma comparación: tanto en el caso de los niños como en el de la cría de animales o plantas, la labor de la persona es proporcionar las condiciones óptimas para que pueda producirse el proceso de maduración.

A esa noción de producción aplicada a la agricultura subyace, según el autor, la concepción hegemónica de la naturaleza en el discurso de la ciencia moderna, deudora del racionalismo y el mecanicismo: la naturaleza entendida, no como organismo vivo, sino como ente pasivo y opuesto a la cultura, que las personas han de dominar y controlar en pos del progreso civilizatorio; la naturaleza como campo de investigación y experimentación científica, y como objeto por explotar y mejorar (Merchant, 1980; Descola, 2012)¹⁷. Algunos ejemplos históricos de esta concepción se encuentran en el pensamiento de figuras como Bacon, para quien el objetivo de la ciencia era dominar la naturaleza y someterla *hasta sus fundamentos*¹⁸, o Newton, que la entendía como una gran máquina de la cual era necesario conocer las leyes que la gobernaban para poder predecirla y controlarla. La

-
- 15 Pero hay un factor temporal que permite mantener esa ficción de que son las personas las que producen las plantas, que consiste en que éstas crecen a un ritmo mucho más lento que los que las cultivan. Sin embargo, Ingold (2000) sostiene que cuanto más tardan en crecer y más tiempo viven las plantas, más artificial resulta esa distinción. En el caso de los árboles, por ejemplo, resulta insostenible.
 - 16 Aunque Ingold sostiene que lo que llamamos «*hacer cosas*» (la manufactura de artefactos) responde también a un proceso de crecimiento y no de creación. Pero este tipo de reflexión escapa a las intenciones de este análisis.
 - 17 Visión instrumental de la naturaleza que será reforzada con el desarrollo del capitalismo. Harvey (1996) cree que es indispensable comprender la articulación de estas metáforas de la naturaleza con el desarrollo de la economía política en Europa entre los siglos XVII y XVIII. Para el autor, cada concepto de naturaleza tiene siempre un efecto político determinado: «*The discussion of the discourses of nature has much to reveal about how the discourses themselves conceal a concrete political agenda in the midst of highly abstract, universalizing and frequently intensely moral argumentation*» (Harvey, ibid: 174). En esta dirección apunta también Merchant (1980) cuando afirma que esta concepción de lo natural fue necesaria para legitimar el modo de intervención sobre la misma que requería el proyecto de la ciencia occidental. Para ella, como señala el ecofeminismo, esta lógica de la dominación de la naturaleza se funda además en los mismos preceptos que legitimaban la dominación de los otros en función de la raza y el género. Esta visión de la naturaleza como conjunto de procesos biológicos susceptibles de predicción, regulación y control, se relaciona, como hemos visto, con la lógica biopolítica que hemos examinado en el capítulo 2.
 - 18 Sin embargo, Bloch diferencia la concepción de Bacon de la dominación de la naturaleza de la que se impondrá tardíamente en el capitalismo, argumentando que para éste era fundamental el principio *natura parendo vincitur* (a la naturaleza se la vence obedeciéndola), mientras que en la economía y sociedad burguesas, aunque este principio siguió vivo «*se vio obstaculizado por el interés en una explotación de la naturaleza, que no tiene nada en común ni menos está en relación con la natura naturans que Bacon todavía conoce*» (2006:236).

producción, desde aquí, se entendería como la acción sobre la naturaleza ejercida desde un foco situado en un plano ontológico superior: la sociedad, la ciencia (recordemos que en este tipo de dicotomías como la de naturaleza-sociedad, los pares de opuestos se sitúan en planos asimétricos).

Pero, como Descola (2012) sostiene, esta noción de producción, como modo de concebir una acción sobre el mundo y una acción específica de engendramiento entre un sujeto y un objeto, no es algo universal, como puede comprobarse en la representación sobre la actividad agraria que predomina entre los achuare de la Amazonia: *«las mujeres achuare no producen las plantas que cultivan: tienen con estas un comercio de persona a persona, y se dirigen a cada una para tocar su alma y así ganar su concurso, favorecer su crecimiento y ayudarla en los escollos de su vida, tal cual lo hace una madre con sus hijos»* (íbid.: 466).

Podríamos sostener por tanto que el agricultor más que *producir* la verdura, si por producir entendemos controlar la naturaleza para que se adapte a sus propósitos, lo que hace es someterse a la dinámica productiva inmanente al mundo natural, proporcionando el cuidado necesario para que las plantas puedan desarrollarse (Ingold, 2000). Ésta es una concepción de la agricultura más cercana a la que manejan los agricultores con los que se ha hecho trabajo de campo (que coincide a su vez con la de los agricultores ecológicos entrevistados por Hansen, Noe y Hogring, 2006). Ellos no entienden su trabajo como un proceso de dominación o control de la naturaleza, sino como una forma de acompañar los procesos naturales interviniendo para mejorar sus condiciones (como ocurre, por ejemplo, con las técnicas de mejora del suelo).

Esta manera de entender la agricultura no como forma de «producción» alimentaria ni como un proceso únicamente dependiente de factores biológicos, sino como una labor en la que el campesino se dedica a proporcionar las condiciones óptimas para el crecimiento de los cultivos, nos conduce a establecer una mirada crítica sobre la comprensión de lo natural y lo social como entidades fácilmente separables¹⁹. Los agricultores no actúan sobre una realidad externa a ellos mismos, dado que:

If humans beings on the one hand and plants and animals on the other can be regarded alternatively as components of each other's environments then we can no longer think of humans as inhabiting a social world of their own over and above the world of nature in which the lives of all other living things are contained (Ingold, ibid.:87)²⁰.

19 Para una revisión en profundidad sobre la genealogía del dualismo naturaleza-cultura en Occidente véase Descola, 2012:102-144.

20 *Si los seres humanos por un lado, y las plantas y animales por otro, pueden ser considerados alternativamente como componentes de los ambientes de cada uno, entonces no podemos seguir pensando en los humanos como habitando un mundo social propio, por encima del mundo de la naturaleza en el que están contenidas las vidas del resto de seres vivos.*

7.5. Diferentes metabolismos naturaleza-sociedad en los paisajes agrarios

Lo que en agricultura ecológica se cuestiona es el grado y las formas adecuadas en las que las personas pueden intervenir para crear las condiciones ambientales óptimas para el desarrollo de los cultivos, poniendo el foco en que esta intervención no haga peligrar la reproducción de los agroecosistemas, como ocurre en el manejo agrario industrial-intensivo. Para ello se vuelve necesario construir otro tipo de relaciones con la tierra y los cultivos, o si se prefiere, usando los términos de Goodman y Goodman (2001), transformar las relaciones metabólicas entre naturaleza y sociedad. Como ejemplo Badal (2014) nos recuerda que mientras que la agricultura industrial modifica el entorno para satisfacer las exigencias fisiológicas de la semilla, la agricultura campesina procura que la semilla se adapte a su entorno.

Sólo es necesario comparar los paisajes que producen uno y otro tipo de agricultura para entender que las posiciones con respecto a esta cuestión son diametralmente diferentes. Si concebimos el espacio como una materialización de relaciones sociales (Harvey, 1996), comprendemos que el conflicto entre las diferentes prácticas socio-ecológicas asociadas a estos tipos de agricultura (que establecen diferentes relaciones con los otros y la naturaleza, y prescriben distintos modos de habitar el mundo), se refleje necesariamente en las distintas formas espaciales en las que se concreta cada uno. Aunque más que de «espacio» como concepto neutro/objetivo, estaríamos hablando aquí de territorio o paisaje en el sentido que Ingold (2000) lo emplea. Para el autor, el paisaje no es la superficie neutra, la página en blanco preexistente en la que se inscriben las relaciones sociales, sino algo inseparable de las prácticas sociales, que depende de las experiencias que sostiene y de las actividades que se llevan a cabo en él.

En las diferencias entre estos paisajes agrícolas que podemos ver en las fotografías no sólo pesa que en unos se haga un manejo ecológico del suelo (en sentido estricto) y en otros no, sino, fundamentalmente, que unos responden a una agricultura de tipo «familiar», basada en el policultivo y no orientada al mercado capitalista, y otros a una de tipo industrial-intensivo. Los paisajes agrarios industriales, los conforman interminables líneas de una sola variedad, perfectamente trazadas y limpias de toda hierba no mercantilizable. Estos monocultivos para algunos pueden entenderse como una metáfora de la propuesta del orden social dominante: la *monocultura*, la homogeneización y la mercantilización de los procesos vitales (Standart Thinking, 2014).

En las huertas ecológicas de estas cooperativas, sin embargo, diferentes tipos de verdura crecen en líneas que suelen estar un poco torcidas ya que se hacen con la ayuda de una cuerda atada a dos palos, que sirve como guía para la plantación. Aunque los agricultores dedican mucha parte de su trabajo a eliminarlas, las hierbas crecen por todos lados. Andar por ellas en primavera es como andar por el campo, los cultivos comparten espacio con amapolas, margaritas, dientes de león y todo tipo de plantas silvestres²¹.

21 Pese a ello, hay ciertos espacio/tiempos de estas huertas, como después de pasar el tractor o cuando los cultivos empiezan a crecer con los surcos limpios de hierbas, que guardan cierta semejanza con los paisajes de la agricultura convencional.

Sin embargo, es preciso recordar que el incremento de la biodiversidad en este tipo de agroecosistemas responde a una estrategia de reproducción. Tal y como expresa Badal:

Acostumbrados al desierto biológico de los monocultivos estas imágenes nos trasladan a una realidad de ensueño. Es fácil dejarse llevar por el entusiasmo. Pero los campesinos no desarrollaron su forma de producción pensando en el bien de la humanidad. Contaban con fuerzas limitadas. Los recursos estaban ahí y tenían que aprovecharse de la mejor manera posible. La apropiación diversificada del territorio no es más que otra de sus estrategias de supervivencia. No podían permitirse el lujo de jugárselo todo a una sola carta (2014:58-59).



Ilustración 8. Huerta SAS



Ilustración 9. Huerta SAS



Ilustración 10. Huerta Madre Vieja



Ilustración 11. Huerta Madre Vieja



Ilustración 12. Plantación de lechugas en el valle de Salinas (tomada de mavenphotoblog)



Ilustración 13. Agricultura en el Valle de Salinas (tomada de The Guardian)



Ilustración 14. Producción en invernadero, Almería (tomada de Indalobranc)



Ilustración 15. El mar de plástico almeriense (tomada de alpujarrasostenible)

¿Qué es una lechuga?

- Vitaminas
- Algo que no hay que cocinar pero sí lavar bien
- Una planta
- El fruto del trabajo de un agricultor
- Lo que no me gusta y le regalo a mi vecino
- La base de una cena ligera para no engordar
- Parte de la cesta del grupo de consumo de la semana pasada
- Lo que se puede plantar en los márgenes de los cultivos
- Algo que compro a 0.50 en el supermercado
- Un alimento que ayuda a dormir
- Lo que me gusta preparar cuando invito a mis amigos a cenar
- La base de mi explotación que vendo por una cantidad simbólica a un gran distribuidor





VERANO



Huerta Madre Vieja julio
Página anterior: Calabacín, La Madre Vieja

Llega el verano y con él todas las verduras que los consumidores han estado esperando durante todo el año: tomates, calabacines, berenjenas, pimientos... Es la época del gazpacho, el salmorejo, el pisto, la salsa de tomate y las conservas. Sin embargo, con el verano vienen también las vacaciones y el desprendimiento de las rutinas cotidianas. Incluso algunos consumidores que se quedan en Madrid, prefieren no comprometerse a recoger su cesta durante estos meses. En algunos grupos se organizan mantener un pedido mínimo, otros «cierran» durante el mes de agosto, otros tratan de buscar sustitutos y en otros, se cuelga un cartel en la pared en el que los consumidores marcan con una cruz las semanas que van a ir a recoger para que se reparta la cosecha entre los presentes.

Esta disminución de la demanda resulta muy frustrante para los agricultores de los grupos que no funcionan mediante cuotas fijas, porque pueden perder dinero y tener que regalar parte de las verduras que producen. Por ello, la «cuestión del verano» supone uno de los mayores retos a la organización del consumo agroecológico mediante el modelo de grupos. En la editorial de una revista publicada en verano de 2011¹ por una cooperativa de consumo, planteaban así el problema:

«Las vacaciones rompen las rutinas del trabajo de consumo responsable. Ya se sabe que, aunque gastemos horas en actividades de dudosa utilidad, nos cuesta mucho dedicar algunos minutos a causas que merecen la pena, como la compra de alimentos ecológicos. Pero esto se puede modificar. No podemos crear de golpe los canales de comunicación que necesitamos pero sí podemos acordarnos de hacer el pedido por internet para las fechas que estamos en Madrid durante el verano. También podemos aumentar la proporción de frutas y verduras ecológicas en nuestra

dieta, más saludables y baratas, disminuyendo las grasas «trans», el azúcar refinado, la carne y los productos industrializados, insanos y más caros. De esta manera transformamos algo negativo (la vergüenza por abandonar a nuestros agricultores cuando más nos necesitan) en algo positivo (colaboramos con ellos, desarrollamos el consumo responsable agroecológico y mejoramos nuestra salud y nuestra coherencia).»

Para tratar de solventar esta situación, en esta cooperativa se pone en marcha cada año una campaña que apela a la responsabilidad de los consumidores en el mantenimiento del consumo ecológico los meses de verano, si se quiere realmente transformar las relaciones campo-ciudad y apoyar el trabajo de los pequeños productores con los que trabajan. El siguiente es un extracto de uno de los comunicados con los que se abrió la campaña de 2012: «Cuando la huerta ecológica avanza, los consumidores responsables no podemos retroceder»²:

«En pleno verano, cuando la oferta de frutas y verduras ecológicas se multiplica, la demanda de l@s consumidor@s responsables se divide. Cuando más nos necesitan l@s agricultor@s para comercializar sus productos y defender sus economías, nos olvidamos de ell@s y abandonamos nuestros buenos hábitos de compra ecológica. En las puertas del verano del 2012, nos volvemos a formular la pregunta: ¿qué hacer para evitar que el volumen de compra de l@s consumidor@s se reduzca, en julio al 50% y en agosto al 25%? Pedimos a l@s consumidor@s, que planifiquen y realicen su compra ecológica durante el tiempo que estén. El verano es una buena ocasión para conocer el consumo agroecológico participativo y autogestionado».

A estos problemas de distribución y venta de verduras, hay que añadir la dificultad de

1 Disponible en: <http://www.lagarbancitaecologica.org/garbancita/index.php/nuestras-publicaciones/971-revista-tachai-de-los-gaks-y-la-garbancita-ecologica-no-30-septiembre-2011-digital>

2 Disponible en: <http://www.lagarbancitaecologica.org/garbancita/index.php/consumo-responsable-en-accion/1114-cuando-la-huerta-ecologica-avanza-los-consumidores-responsables-no-podemos-retroceder>



Pimientos



Berenjena



Cesta agosto

las condiciones en las que se desarrolla el trabajo hortícola durante estos meses. Además de ser una época en la que se concentran muchas tareas (preparar la huerta de invierno, cuidar la de verano, controlar las plagas y las hierbas que crecen por doquier, regar...), las condiciones climáticas son especialmente difíciles (a partir de las 12.00 el sol en la huerta se convierte en algo insostenible). A lo cual hay que sumarle el factor mosquitos, que en la huerta de la Madre Vieja campan a sus anchas, y con sus picaduras deforman los cuerpos de los agricultores.

Por todas estas razones, la temporada de verano es probablemente la más complicada para estos productores agroecológicos:

«En verano hay que madrugar muchísimo y trabajar muchísimo también y es cansancio continuado. De abril a octubre no se para. Y sobre todo de finales de junio a principios de septiembre es un no parar. Y madrugar mucho y descansar poco. Pero bueno. El primer año fue muy duro pero como tampoco era plena dedicación y no estábamos a saco, no te dabas cuenta. El segundo año fue ya cuando estábamos metidos en faena y dijimos «ojo, esto sí que exige un sacrificio y un tal». Pero es lo que hay. Somos conscientes de que en verano hay que madrugar si quieres que te cunda. Luego llega el otoño y el invierno y la primavera, y no puedes ir pronto porque está helado, tienes más tiempo para hacer otras cosas y vives más relajado (...). Son dos temporadas, dos momentos del año muy diferenciados.

Encima es eso, que en verano no dejas de hacer cosas, de salir, de tener vida social, que a lo mejor sería lo suyo, descansar más. Que al final vives un poco en el límite de la fuerza y hay semanas que son horribles y luego que si las fiestas, que si salir, que si ir a tomar algo, que quedas por la noche... Entonces vas acumulando cansancio pero, mientras se pueda, lo seguiremos haciendo. Que hay que disfrutar del verano está clarísimo, clarísimo. Y, claro, sin vacaciones. Y hay que aprovechar los fineses, las fiestas de los pueblos, cualquier plan que se pueda para desconectar de la huerta...

Que si siempre tenemos la huerta en la cabeza, en verano más. Estás con las preocupaciones de que no salgan plagas, que salga todo bien, que no te roben, colocar todo..., y de lo que estás plantando salga adelante y currando para que

salga adelante. Entonces eso, hay que aflojar los fineses (...). Porque el ritmo normal de la gente en verano es, por lo menos, tener una semana de vacaciones, y vas viendo cómo se va un amigo, luego otro, luego uno que se coge dos meses de vacaciones y es como «le mato». En la vida voy a tener dos meses seguidos de vacaciones, ni dos semanas, bueno dos semanas con un poco de suerte sí pero no un mes. Pero ya uno se habitúa a eso, se lo toma con humor y reza para que le toque la lotería, bueno rezar no, pero...»

CAPÍTULO 8

EL QUÉ Y EL CÓMO DE LA POLÍTICA

8.1. Espacio y nociones de lo político

El espacio político de la alimentación no se reduce a las políticas públicas alimentarias, sino que abarca todo el campo de disputas en torno a las relaciones sociales que sustentan un modelo agroalimentario específico (en sus fases de producción, distribución y consumo), así como aquellas prácticas sociales en las que el alimento constituye la palanca movilizadora para reivindicar un cambio social.

Como vimos a raíz del estudio de la biopolítica alimentaria contemporánea, la falta o escasez de alimento reconocida como injusticia y como resultado de una estructura social desigual ha sido y sigue siendo un factor fundamental para la constitución de numerosos movimientos políticos. Pero los colectivos que aquí examinamos difieren de las organizaciones obreras o campesinas que han luchado por «*la conquista del pan*», no solamente por el hecho de que se apoyen en los aspectos cualitativos y no cuantitativos de la comida, sino porque se inscriben en un terreno de lucha en el que se pone en juego una conceptualización diferente del dominio de lo político³.

En el caso que nos ocupa, al sostener que, como expresaba una integrante de una cooperativa cordobesa, «*comiendo también se lucha*», la acción política no se limita a lo que tradicionalmente se ha comprendido como perteneciente al ámbito público, sino que actúa también sobre los pequeños detalles, normalmente relegados al ámbito de lo privado, en los que se entiende que la estructura social se reproduce día a día. En líneas generales, se puede plantear que esta forma de concebir la alimentación cotidiana inscribe (en parte) la acción política en el ámbito reproductivo, tanto por el carácter de su objeto, como por su intención de poner en evidencia el papel que

3 Vamos a partir en el trabajo de una concepción relacional de la política, entendiendo que ésta se concreta en la definición que en cada época y sociedad se hace de los ámbitos público y privado, y de sus interacciones (Fassin, 1996).

ésta juega en los procesos de reproducción social en sentido amplio, de la formación social en tanto sociedad, de sus sujetos y sus relaciones (Narotzky, 2004). Para muchos de los integrantes de estos movimientos, se trata de hacerse consciente de cómo en la alimentación cristalizan determinadas relaciones sociales de producción que es necesario transformar. Y para realizar estos cambios no sólo se recurre a estrategias políticas «clásicas», sino que los gestos más aparentemente banales y cotidianos se conciben como oportunidades para llevar a cabo acciones transformadoras. Pero, como iremos analizando, las relaciones sociales que se cuestionan en estos ámbitos no se restringen a la esfera productiva, sino que abarcan aspectos como los vínculos sociales, las relaciones con uno mismo y las «*formas de vivir*».

En este sentido, es una forma de entender lo político que toma mucho de movimientos sociales como el ecologismo y el feminismo. Ambos, como afirma Puleo (2011), revalorizaron prácticas y aspectos de lo privado, pensando como político lo que se entendía como natural, y permitiendo analizar la cotidianeidad en sus relaciones de poder. Esta puesta en cuestión desde un ángulo sociopolítico y moral de los hábitos cotidianos y, por tanto, la llamada a actuar sobre los detalles del día a día para obtener la transformación buscada, es una característica fundamental del movimiento agroecológico. Asimismo la crítica feminista⁴ a la funcionalidad patriarcal de la escisión y jerarquización de la esfera pública y la doméstica, tal y como fue formulada por el liberalismo político (Moore, 2004), es una de las piedras angulares de la concepción de lo político que subyace a este movimiento. Como nos recuerda Fassin, la vida privada no es una realidad natural sino histórica, en permanente desplazamiento, que sólo puede entenderse en relación a lo que se considera la esfera de lo público:

(...) ce qui est en permanence l'objet de transformations et de déplacements, à savoir le limite entre le public et le privé. Il ne suffit pas en effet de dire que la politique s'inscrit dans l'espace public, il faut ajouter qu'il contribue à le produire en agissant sur la frontière symbolique, et parfois physique, qui le sépare du monde privé (1996:23)⁵.

No obstante, del reconocimiento de cómo el ámbito privado está configurado por estructuras político-económicas, o de cómo en él hay asuntos políticos en juego, no se desprende necesariamente que éste se entienda como espacio para la transforma-

4 Con esto no estamos dotando de un carácter necesariamente feminista a estas organizaciones. Pese a que en muchos de los grupos sí adquieren importancia las cuestiones de género en las formas de organización interna o como objeto de investigación por parte de sus integrantes, es incluso llamativa la escasa problematización a nivel de discurso público de las tareas de cuidado o de la asignación de roles de género en el ámbito doméstico en las tareas relacionadas con la alimentación.

5 *El límite entre lo público y lo privado es continuamente objeto de transformaciones y desplazamientos. No basta con decir que la política se inscribe en el espacio público, es necesario añadir que contribuye a producirlo, actuando sobre la frontera simbólica, y a veces física, que la separa del mundo privado.*

ción social. Podemos tomar el ejemplo de movimientos históricos como el surrealismo o el situacionismo, que han hecho de la vida cotidiana un objeto de intervención, reivindicando y peleando por un reencantamiento de la misma, sin plantearlo como un asunto político, aun reconociendo que es un determinado modelo social el que conduce a la miserabilización de la cotidianeidad. Por ejemplo, la práctica de la deriva podría leerse como una forma de romper con las estructuras que impone el capitalismo al hacer un uso no consumista del espacio público, pero no hay una pretensión de alcanzar una transformación estructural mediante estos paseos por la ciudad. Sin embargo, en este caso hablamos de planteamientos que, postulando que «*lo personal es político*», sí plantean la vida cotidiana como un terreno de acción política. A través de la modificación de «hábitos personales», considerados habitualmente como parte del dominio de lo privado (no sólo la alimentación sino también las relaciones amorosas, las formas de crianza, el ocio, las prácticas sexuales, las formas de desplazamiento...), se contribuiría a transformar las estructuras sociales que sustentan el mundo que habitamos.

Pero esta conclusión, que los cambios en lo privado tienen una determinada repercusión política, no está tampoco, como veremos, exenta de polémica en el campo que analizamos. Y es que, aunque desde un principio en la investigación ha habido un interés específico por aproximarse a lo que he denominado una «política de lo cotidiano»⁶, sus implicaciones, sus prácticas, sus especificidades y tensiones, a medida que he ido avanzando en el trabajo de campo me he dado cuenta del error de partir de una supuesta noción de lo político que subyacería a los planteamientos del consumo alimentario como práctica de transformación social. Más bien lo que sucede es que éste es uno de los asuntos en juego que se disputan en estas organizaciones⁷. Y es que, como hemos visto con Fassín (1996), el límite entre las esferas pública/privada, y por tanto, la definición de lo político, no es algo que pueda entenderse nunca como un asunto cerrado.

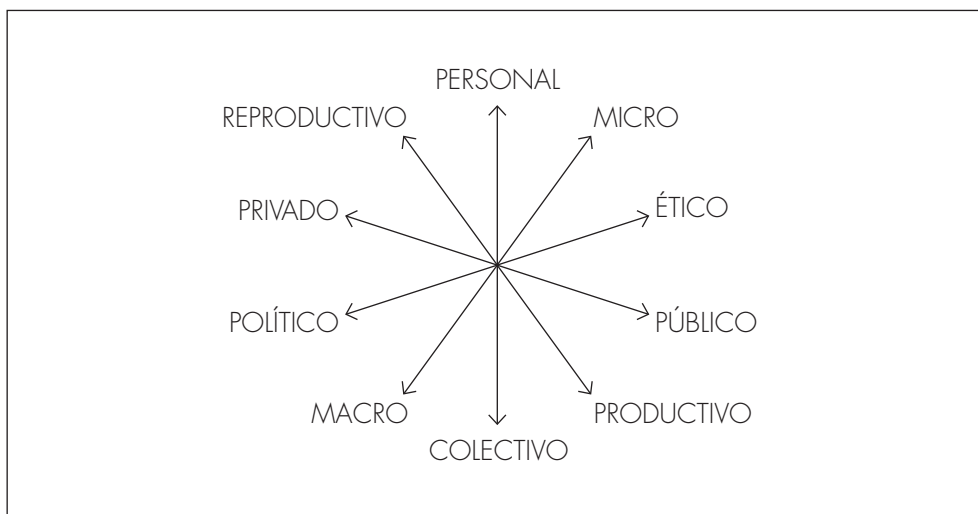
En esta línea, en las entrevistas mantenidas durante la investigación, diferentes agentes de diversas cooperativas, con distintos recorridos militantes, han contrapuesto dos concepciones de la política: una más «clásica», más «ideológica», más

6 Que podría ser equivalente al término micropolítica si por ella entendemos esas formas de activismo que hacen entrar en la arena de lo político asuntos normalmente relegados al ámbito de lo privado, descolgándose de los macroproyectos de transformación social, del imaginario clásico de la revolución y de los métodos tradicionales de la lucha política. Aun así prefiero no emplear este término por no desligarlo del modelo teórico en el que lo emplean Guattari y Deleuze (1988), en el que no nos vamos a apoyar en este trabajo, y por las múltiples lecturas que de él se hace tanto en investigaciones académicas como en el ámbito activista.

7 Algunas de estas disputas están relacionadas directamente con el objeto específico de las organizaciones, la agroecología, pero otras son transversales a multitud de movimientos sociales, como por ejemplo los métodos adecuados para conseguir un cambio de modelo social. En este punto, tenemos que volver a recordar que las cooperativas y grupos del campo agroecológico madrileño están muy ligadas a otros colectivos políticos y que, por tanto, sus afinidades y competencias históricas (tanto entre organizaciones como entre sujetos concretos) se reproducen también en estos espacios.

«*militante*», relativa a «*las relaciones de producción*»; y otra más «*creativa*», más «*flexible*», más «*posmoderna*», relativa a «*lo cotidiano*». Creemos que estos dos conceptos se pueden entender como tipos ideales que funcionan como polos de referencia en las tomas de posición que al respecto hacen los sujetos y, en este sentido, nos es útil mantener esta oposición. Pero hay que considerarla como una dicotomía incapaz de plasmar la complejidad de la realidad a la que se refiere.

La concepción de la vida cotidiana en general, y de la alimentación en particular, como terreno de transformación social, hace entrar un juego todo un complejo bloque de tensiones que recogemos en el siguiente cuadro, en torno al cual pivotan las diferentes nociones de lo político que operan en estos espacios⁸:



Cuadro 1 Líneas de tensión en la definición de lo político

Por tanto, ésta es una realidad que podemos de nuevo entender como un espacio de puntos de vista en el los agentes se sitúan en función de las formas específicas en las que, en cada situación, articulan las relaciones entre estos polos. Cada posicionamiento al respecto, remite necesariamente a esta red de relaciones que subyace a la definición de la acción política.

8 Aunque al plantear la alimentación como asunto político se trata normalmente de desdibujar las fronteras que separan esas realidades y las contraponen (lo micro y lo macro, lo productivo y lo reproductivo, lo ético y lo político...), éstas siguen siendo efectivas en muchas situaciones cotidianas de los grupos de consumo. En especial, como veremos, en las que algunos agentes reivindican una esfera de vida privada fuera del campo de lo político, o en las que se discute sobre el alcance de una política centrada en lo reproductivo.

No olvidemos tampoco que estos debates se ven complejizados por el hecho de que no todos los sujetos dotan de un carácter político a esta actividad, que algunos le encuentran un aspecto social difuso pero no ideológico y que otros, aunque consuman en las cooperativas por razones ético/políticas, no las conciben como sus espacios de militancia. Como veremos, la tensión entre lo privado-personal y lo colectivo-político es como una espiral que en estos espacios va alcanzando niveles cada vez más detallados de la realidad.

Una persona puede plantear que la alimentación tiene un componente político por considerar que lo que comemos está sometido a los intereses de la agroindustria capitalista (lo privado está moldeado por lo público). Pero que reconozca este componente no implica necesariamente que defienda que los hábitos alimentarios contribuyen a sostener ese modelo productivo (los cambios en lo cotidiano no suponen cambios políticos). En el caso de que se parta de que estos hábitos juegan un papel en la reproducción del sistema social, se puede plantear o bien que estos forman parte del terreno de la ética personal (parte de la vida privada), o bien que tienen una repercusión política (y por tanto que aquellos que no transforman sus hábitos alimentarios son unos «*individualistas*» que no se preocupan por lo colectivo). Pero incluso, a pesar de asumir la necesaria transformación de los hábitos personales para conseguir cambios sociales más amplios, nos encontraríamos con la tensión entre si es válido hacer esos cambios de forma individual (que releguen al ámbito privado), o si es necesario vincularse a un movimiento colectivo organizado para que los cambios tengan una repercusión real (que se visibilicen en el terreno público).

Por eso, aunque partamos del examen de esa política cotidiana, vamos a presentarla en su carácter conflictual y abierto, tratando de situar estos debates en las prácticas cotidianas de los grupos de consumo.

8.2. Miradas políticas hacia las cooperativas y grupos de consumo

La amplitud de aspectos que abarca el proceso alimentario y, por tanto, las múltiples miradas desde las que éste se puede abordar, marcan una de las primeras disputas a la hora de plantear lo político de la agroecología: el enfrentamiento entre la producción y el consumo. Al hablar de la alimentación como una práctica política hay quienes, por un lado, se centran en los aspectos del proceso productivo, enfatizando la importancia del mantenimiento de un modelo campesino asentado en lo rural e independiente de las empresas agroalimentarias. «*Aquí hablamos de soberanía alimentaria, de defender unos derechos para los pueblos y los agricultores, lo que hagan los consumidores es otra cuestión*», afirmaba un veterano militante de Vía Campesina. Y «*soberanía alimentaria*» lo definía como un término eminentemente político, que no tenía «*nada que ver con los alimentos sanos y ecológicos que uno pueda consumir en su casa*», sino con la construcción de un modelo social alternativo al capitalismo. El punto de partida en este caso es que, pese a las acciones particulares de los consumidores, sin actuar sobre las condiciones de los agricultores y las estructuras productivas, se seguirá reproduciendo el mismo modelo. Hay quienes, por otro lado, aun partiendo de la importancia de desarrollar otro modelo

de producción de alimentos y de transformar las relaciones sociales de producción que sustentan el proceso agrario, se centran en el aspecto del consumo. Su punto de partida en este caso es que sin incidir en la parcela de lo que cada día comemos y compramos, no es posible cambiar el modelo agroalimentario.

No hay que entender con esto que éstas sean dos posiciones necesariamente enfrentadas, dado que habitualmente se reconoce su complementariedad para el alcance de la soberanía alimentaria. Por otro lado, aunque hay organizaciones que se pueden encuadrar de forma general en uno u otro polo del debate (por ejemplo, un grupo de consumo se sitúa en esta última posición y una organización de lucha campesina en la primera), más que identificar estas posiciones con personas o colectivos concretos, debemos entender que son posturas por las que transitan los agentes en función de situaciones específicas⁹.

Pero, tal y como se comprueba en las siguientes declaraciones, en el ámbito del consumo también aparecen importantes diferencias en cuanto a las formas de abordar y plantear la dimensión política que caracteriza a estas organizaciones:

«Los grupos de consumo tienen una parte política porque en ellos se hace red social y los consumidores tienen contacto directo con los agricultores» (agricultora grupos de consumo).

«Crear dentro del sistema un sistema alternativo al mismo es muy potente. Y además permite que haya setenta personas haciendo ese trabajo de apoyo mutuo, porque en otras cooperativas no hay esa gestión horizontal y en común por parte de tanta gente como hay aquí (...) A mí, personalmente, lo de ecológico me da un poco lo mismo, al final nos vamos a morir igual. Lo que realmente tienen estas cosas es el potencial humano, las relaciones que creas con la gente que te está dando de comer, el potencial de trabajo colectivo, eso es lo más fuerte que tiene» (consumidor cooperativa producción/consumo).

«El conocimiento, la actitud y la responsabilidad ante la propia alimentación es un acto político, de soberanía alimentaria. Educarnos para alimentarnos con dignidad

9 Como nos recuerda Narotzky (2004), dado que son procesos integrados, es difícil separar en la práctica la producción del consumo, por lo que esta diferenciación podría resultar un poco artificial. Puesto que uno de los objetivos principales de estos grupos es la transformación de las relaciones campo-ciudad, en todos ellos hay una actuación sobre el ámbito productivo, ya sea incluyéndolo directamente en la organización como en las cooperativas integrales, o como una determinada postura de solidaridad ante los agricultores. Pero sí existen organizaciones que, desde un planteamiento más macro, se dedican a la defensa de la soberanía alimentaria, sin actuar directamente sobre el ámbito del consumo, tratando de incidir en las políticas públicas, denunciando las prácticas de las multinacionales agroalimentarias y el acaparamiento de tierras o reivindicando los derechos de las campesinas. Es desde ahí desde donde podríamos establecer esa diferencia entre colectivos más centrados en la producción y colectivos más centrados en el consumo.

y de forma saludable, teniendo en cuenta las consecuencias de nuestra elección, es una tarea necesaria, hoy más que nunca. Las personas involucradas en asociaciones/redes/cooperativas de consumo agroecológico, consideramos que esta es una aportación real y concreta que podemos compartir con otras personas preocupadas que se esfuerzan, desde otras dimensiones de lo social (inmigración, salud, educación, feminismo, sindicalismo, entre otras), por construir un mundo más humano y sostenible hacia el futuro¹⁰» (trabajadora de cooperativa de consumo).

«Nosotros no queremos renunciar a la parte política, entendemos el grupo de consumo como un ente político dentro de aumentar la red de agroecología, de canales cortos de comercialización, de educar en por qué llegan o no los productos, cuáles son los ciclos del campo, vas introduciendo cosas como soberanía alimentaria...» (Trabajador proyecto de distribución de alimentos ecológicos a grupos de consumo).

«En la alimentación industrializada y mercantilizada los países ricos tenemos una enorme accesibilidad a un montón de alimentos en la distribución globalizada que pone en peligro la seguridad alimentaria de otros pueblos y generaliza una alimentación procesada y de baja calidad nutricional que nos enferma. La abundancia de oferta en los países ricos tiene que ver con una producción basada en agrotóxicos y transgénicos y el acaparamiento de tierras de los países empobrecidos para dedicarlas a esa producción globalizada mientras se acrecienta el hambre al reducirse las tierras para alimentar a la población local. Para salvar a la agricultura familiar de sus demonios necesitamos de un consumo responsable agroecológico, condición para la seguridad y la soberanía alimentaria¹¹» (cooperativa de consumo).

«Teníamos la idea de reconstruir un espacio social que fuese más allá del precio y en el que no hubiese ni precio ni salario. Como que esas categorías no nos gustaban y queríamos generar un modelo de producción y consumo más desde el interés colectivo, desde la propiedad colectiva de los medios de producción» (ex-agricultor cooperativa producción/consumo).

Como vemos, son múltiples las coordenadas de los discursos que justifican la dimensión política del consumo agroecológico. Algunos se apoyan en la soberanía alimentaria como concepto político, y desde ahí enfatizan la necesidad de crear canales cortos de comercialización. Otros, vinculan la alimentación saludable y la seguridad alimentaria con la soberanía alimentaria y la construcción de una sociedad más justa, y otros enfatizan los problemas agroalimentarios derivados del modelo hegemónico (transgénicos, tóxicos, desigualdad, control de las multinacionales...). Hay discursos que plantean las cooperativas de consumo como espacios políticos por el trabajo colectivo

10 Disponible en <http://www.lagarbancitaecologica.org/garbancita/index.php/hambre-y-comida-basura/104-globalizacion-agricultura-y-alimentacion-entre-el-hambre-y-la-comida-basura>

11 Disponible en <https://es-la.facebook.com/GarbancitaEcologica/posts/643045615813376>

autogestionado que se realiza y por poner en práctica un modelo político-económico y relacional alternativo; y discursos que se centran en el contacto directo entre productores y consumidores, y la generación de redes comunitarias.

Estas diferencias de enfoque son las que explican las clasificaciones que se hacen en el campo entre modelos de grupo «*más o menos políticos*». Como ya vimos en el bloque anterior, algunos miembros de las cooperativas entienden éstas como «*más políticas*» que los grupos de consumo porque estos carecen del componente de autogestión colectiva de un modelo económico y relacional alternativo. Al mismo tiempo, para los miembros de los grupos de consumo, las tiendas, los «*puntos de recogida*», o los grupos en los que la gestión está delegada a un tercero, tienen un carácter «*menos político*», al no ser espacios autogestionados y no establecer contacto directo con los productores. Este tipo de distinciones se realizan especialmente cuando se trata de reforzar la identidad colectiva de la organización y evitar su «*deriva hacia otros modelos*», y/o cuando aparecen problemas de implicación por parte de los consumidores («*esto no es un grupo de consumo*», «*nosotros no somos una tienda*», «*cada vez nos parecemos más a un grupo de consumo*»...). Éstas son, a su vez, las situaciones en las que en la cotidianeidad de estos colectivos se suelen situar las discusiones en torno a lo político (más allá de aquellas que permiten desplegar otro tipo de reflexividad, como foros o plenarios).

Para sintetizar, si bien todas tratan de extender la acción política a los ámbitos cotidianos, podríamos diferenciar tres tipos de respuesta amplia a la pregunta de por qué es político un grupo/cooperativa de consumo: aquellos que enfatizan el trabajo de autogestión colectiva (del consumo o de la producción y el consumo, en función del carácter de la organización), aquellos que plantean su contribución a la soberanía alimentaria mediante la puesta en marcha de canales cortos de comercialización, y aquellos que se centran en el cambio de hábitos alimentarios como vía para la consecución de la soberanía y la seguridad alimentaria. Estas dos últimas posiciones tienen en común poner el foco de acción en una forma de consumo con la que transformar el modelo agroalimentario, mientras que en la primera, aunque la alimentación tome un papel relevante, no constituye estrictamente el centro de sus prácticas. El énfasis, en este caso, no está puesto en la lucha contra un modelo agroalimentario, sino en la construcción de espacios cotidianos alternativos que sigan un determinado planteamiento político-económico-existencial: espacios de autogestión, horizontalidad, apoyo mutuo, encuentro, intercambio y educación política. Ésta es la posición que suele asociarse a las cooperativas de producción/consumo¹². Así, un integrante del BAH comentaba que la gente que empezó en el primer grupo de trabajo entró por una dedicación exclusivamente política: «*podríamos haber hecho zapatos, pero nos gustaban menos*». Desde aquí, lo político se concreta en poner en práctica un modelo de funcionamiento económico diferente al del mercado y en la función pedagógica que a este respecto supone la participación en un colectivo de este tipo.

12 Aun así no hay que entender con esto que todos los integrantes de las mismas participen de esta posición.

Aunque también en estas cooperativas se realiza una importante crítica al modelo agroalimentario capitalista y se defiende la soberanía alimentaria; y la autogestión y la horizontalidad son rasgos fundamentales de algunos grupos de consumo centrados en la creación de canales cortos, los discursos y prácticas que configuran estas posiciones poseen una diferencia sutil que nos interesa rescatar.

Un agricultor, militante de un partido trotskista, distinguía en este sentido entre la consideración de los grupos de consumo como fin en sí mismos (que se correspondería con lo que hemos definido como grupos que dan menos peso a la alimentación) o como herramientas para la consecución de la soberanía alimentaria. La diferencia estribaba, según su punto de vista, en la vinculación (o no) de estas organizaciones a movimientos políticos con un alcance más macro¹³. En tanto que, para él, las limitaciones políticas de los grupos de consumo eran evidentes, se situaba en esta última posición, distanciándose de lo que calificaba como la mera creación de *«islas de autogestión»*.

Es llamativo cómo este tipo de metáfora aparece con frecuencia en los discursos de los sujetos implicados en las cooperativas de producción/consumo. Algunas hablan de nubes, otros de playas desiertas y paraísos. Imágenes todas que remiten a lugares escindidos de la realidad social dominante y a espacios oníricos propios de las utopías sociales y políticas.

«Me dicen anda baja de tus nubes, y es como: «¡pero es que se está tan a gusto en la nube que para qué voy a bajar a esa mierda que tenéis ahí montada, yo me quedo aquí!» Lo que pasa es que también es cierto que pierdes algunas veces, o sea, el escalón entre tu nube y la realidad, como tengas muchas nubes y saltes de nube en nube, ya dices espérate, que no, que no, que no, que no, que bajes, que esto no es así» (consumidora SAS).

Ese *«escalón entre la nube y la realidad»* es precisamente uno de los aspectos que más polémicas suscita en cuanto a las formas de concebir la acción política: ¿cómo se gestiona la distancia que media entre lo que las cosas son y lo que queremos que sean?

Posturas más centradas en lo cotidiano, en transformar, aquí y ahora, las formas de existencia, correrían el riesgo de encerrarse sobre sí mismas hasta el punto de perder conexión con la realidad. La pregunta que eleva Fernández al reflexionar sobre las filosofías del deseo condensa el tipo de peligros que en el campo se entiende que acompañan a estas posturas: *«un problema que todavía subsiste es el*

13 Aunque esta distinción pueda ser operativa en el campo, hay pocos grupos que mantengan cierto posicionamiento político y realmente se consideren un fin en sí mismos. Pero es en los distintos fines a los que pretenden contribuir donde encontramos más riqueza de planteamientos y, por tanto, más fuentes de conflicto (crear espacios autogestionados donde poner en marcha otras formas de funcionamiento económico y relacional, crear soberanía alimentaria, alimentarse de forma sana y justa...).

de qué valor pueda tener este tipo de experiencia vital de cara a la construcción de espacios de verdad comunes y colectivos, más allá de los ensueños de una existencia particular» (2011:285). Pero, por otro lado, posturas que sólo dedican fuerza a luchar contra lo que se rechaza, sin tratar de construir una alternativa, no llegan a experimentar otras formas de funcionar: *«se quedan en lo teórico y siempre se están dando cabezazos contra la pared»*, decía un consumidor del SAS.

Y este tipo de dilema no sólo aparece a nivel de organización, sino que puebla muchas de las reflexiones de los sujetos que participan en estos espacios. Así lo podemos ver en las declaraciones de dos miembros del BAH durante las respectivas entrevistas que mantuve con ellos. El primero, que participó activamente en los primeros años de la cooperativa y en la actualidad se dedica a la dinamización agroecológica de entornos rurales, recordaba así el panorama político en el que se inscribió su creación: *«empezaba a haber cierta necesidad de proyectos que trabajasen más en el cotidiano, que en el cotidiano generasen otras formas de vida. Y, a partir de ahí, nos gustaba mucho este lema: si no vives como piensas, acabarás pensando cómo vives»*. Pero más adelante, mirando hacia el pasado, hacía la siguiente reflexión:

«yo creo que los grupos de consumo que la gente se los ha tomado como activismo político, han tenido una visión de lo político muy centrada en lo cotidiano (...). No quiero decir que no haya que hacerlo, pero igual hubiera sido posible que algunas personas se retiraran más de la gestión cotidiana de los grupos de consumo y se dedicara a construir una visión más política en torno a las alianzas locales por la soberanía alimentaria».

El segundo, fue trabajador de la cooperativa durante algunos años. Actualmente se encuentra desvinculado de los movimientos sociales agroecológicos y vive en un pequeño pueblo de Toledo. Mientras que, por un lado, decía no ver claro *«ese rollo hippie¹⁴ de aislamiento y yo con mi mundo»*, porque *«por mucho que tú te vayas donde Cristo perdió el gorro con tu verdad, vas a tener una serie de circunstancias que no las puedes cambiar»*, por otro planteaba que su apuesta política por el momento era *«vivir de una manera más sencilla»*.

Pero ¿puede considerarse *«llevar una vida más sencilla»* como una forma de hacer política? Aquel agricultor trotskista opinaba al respecto: *«eso es rebajar mucho el concepto de la política. Eso es algo que uno puede hacer para sentirse mejor consigo mismo, pero no tiene ninguna repercusión política. Tú puedes vivir como te dé la gana pero siempre hay otras lógicas económicas y políticas por encima que te afectan igualmente»*. Es decir, que mientras que desde algunas posiciones

14 El «rollo hippie» es el término con el que normalmente se designa en el campo a estas respuestas ante el descontento que terminan en cierto aislamiento con respecto a la realidad sociopolítica de la sociedad amplia, a las que no se considera políticamente efectivas. Por ejemplo, en nuestro caso, ciertos proyectos de vida comunitaria en entornos rurales. A lo largo del trabajo veremos más ejemplos en los que se emplea este término con este sentido peyorativo.

estas prácticas cotidianas, entre las que se encuentra el consumo de alimentos ecológicos, se encuadran en una postura moral sin repercusiones en lo público, desde otras no es posible delinear el límite entre ambas esferas. Lo ético sería indisociable de lo político.

Esta tensión forma parte de un debate más amplio en torno a la relación de lo político con otras dimensiones de la realidad. Esto es: ¿hay vida privada fuera de la militancia o todas las prácticas deberían estar atravesadas por una suerte de postura ético/política?, ¿podemos distinguir lo político del resto de ámbitos del día a día? Hay para quienes no existe una esfera de lo personal o lo privado, sino que todas las prácticas pueden ser cuestionadas ideológicamente. Desde estas posiciones, se trata de llevar lo político un paso más allá, al ámbito micro, al que otros consideran el terreno de las opciones personales.

Pero aunque se defienda que lo político no está separado de lo personal, nunca se cuestiona ideológicamente desde estas posiciones todo el espectro de las prácticas cotidianas. Lo interesante entonces es examinar qué ámbitos específicos de lo privado pasan a problematizarse desde este eje. Por ejemplo, en su libro *La Broma*, Milan Kundera (2006) describe cómo en su momento el partido comunista se consideraba legitimado para intervenir y decidir sobre las relaciones amorosas de sus miembros¹⁵. En tanto que éstas podían favorecer o perjudicar al partido, formaban parte de los asuntos públicos, no de la vida privada de los sujetos. Algo hoy día muy poco habitual dentro de cualquiera de estas organizaciones que, por el contrario, sí entienden la alimentación cotidiana como un asunto político y pueden llegar a afirmar, como hizo un participante de un foro de la Plataforma Rural, que la defensa de la soberanía alimentaria «*es incompatible con el consumo de palitos de merluza congelados*».

Gran parte de estas discusiones no se despliegan en debates abstractos o en asambleas políticas, sino en el mismo desarrollo de las prácticas ordinarias de los grupos de consumo, cuando surgen problemas de implicación de los consumidores y cuando se exige a otras personas determinadas formas de hacer. En estas situaciones, la defensa de un espacio de libertad personal sirve como apoyo para la legitimación de determinadas conductas (tales como comer determinados productos industriales).

Por ejemplo, en una cooperativa de consumo, muchas de las situaciones de tensión entre trabajadores y consumidores se generaban por las diferentes tipificaciones que cada uno de ellos hacía de ciertas prácticas cotidianas. Mientras que, para los trabajadores, la adquisición de determinados productos se encuadraba en ese tipo de actos de apariencia banal pero con importantes repercusiones políticas y, por tanto, trataban de intervenir en esas conductas, para algunos consumidores,

15 Esto nos lleva también a complejizar lo novedoso de la política de lo cotidiano y su redefinición del ámbito público y privado. Aunque se redefinan en ella los dominios y las formas de actuación política, la política más «clásica» (que es la que en el campo se suele identificar con los partidos marxistas tradicionales), no era tampoco ajena a los asuntos personales o a las arenas de la moralidad.

formaban parte de su espacio de decisión personal y se violentaban e incomodaban al «*sentir invadida su intimidad*»¹⁶.

Tengamos también en cuenta que, como hemos dicho, muchas personas ni sienten ni usan los grupos de consumo como espacios políticos, algunas porque no les dotan de este contenido y otras porque, al participar en otros colectivos, no pueden implicarse en ellos a este nivel. Por eso, un miembro del BAH sostenía que la gente que quería hacer militancia de la agroecología siempre iba a ser minoritaria. Del mismo modo, un trabajador de una nueva iniciativa de distribución a grupos de consumo, justificaba el papel de su organización como una forma de facilitar el trabajo tanto a la gente que no tuviera un interés político por la autogestión de la alimentación, como a los militantes de otros colectivos¹⁷: «*en mi grupo son gente muy militante pero dedican su militancia a otra cosa. Yo de hecho en mi grupo de consumo mi acto político es el de consumir, bueno, y las asambleas... y organizarme colectivamente, que ya es de por sí un aspecto político, pero no tengo fuerzas para echarle más logísticamente*».

Es habitual que en estos casos el consumo en estos espacios se defienda como una *opción política* (personal), pero no como un *hacer político*. Así, por ejemplo, un consumidor muy implicado en otros movimientos sociales, me comentaba que él abandonó su grupo de cesta cerrada porque al no ser ése su espacio militante, no estaba dispuesto a comer constantemente cosas que no le gustaran o a pasarse horas en asambleas «*discutiendo sobre verduras*». De hecho, desde el comienzo de la crisis y la articulación de movimientos sociales dirigidos a la denuncia de los recortes, los desahucios o el capitalismo financiero, muchos de estos grupos han experimentado un doble movimiento: un aumento significativo del número de integrantes (ligados, en muchos casos, a asambleas del 15M) y, al mismo tiempo, una disminución de la implicación activa de sus miembros. «*Ahora mucha gente utiliza la cooperativa como provisión de alimentos pero no como el foco principal de su actividad política, ahora además se mueven tantas cosas en las que no hemos sabido implicarnos como colectivo...*», me señalaba una consumidora de una cooperativa, que percibía cómo en los últimos años habían perdido la centralidad en los movimientos sociales de la que habían gozado en otra época.

16 Los responsables de esta cooperativa mantenían en situaciones diversas la lógica del sacrificio de los intereses individuales frente al interés colectivo, hasta el punto de que pocas prácticas podían encuadrarse en el ámbito de la libertad personal. Así, por ejemplo, una de las trabajadoras me señalaba una vez que no podía permitirse a una persona mayor comer «*lo que le diera la gana*», fumar o mantener otro tipo de hábitos insalubres, dado que eso iba a repercutir en que otra persona tuviera que hacerse cargo de ella cuando cayera enfermo.

17 Cuando se trata de ampliar las bases de los grupos de consumo se llega muchas veces a esta especie de callejón sin salida: si quieren aumentar su universo y no reducirse al ámbito militante, muchos de los nuevos consumidores muestran poco interés en el trabajo de autogestión; si se restringen al ámbito militante, muchos de los consumidores están desbordados por su actividad en otros colectivos y no tienen tiempo para el grupo de consumo. Como decía un trabajador de una cooperativa: «*algunos por ecoyuppies y otros por hipermilitantes, pero al final ninguno se implica*».

Otra de las líneas de debate que se abre en este hacer política de lo cotidiano, tiene que ver con su verdadero alcance como estrategia de cambio social. Para algunos, optar por este tipo de movimientos impide aspirar a la construcción de un contrapoder, y obliga a renunciar a la implicación y participación en los asuntos públicos y estructurales. Desde las concepciones políticas más clásicas, estas luchas centradas en la alimentación suelen identificarse con el corto alcance y no considerarse como «*verdaderamente políticas*», sino como parte de lo que llaman la «*revolución personal/interior/individual*». Una vez más, vemos cómo en estas tensiones se contraponen lo político/colectivo con lo ético/personal.

Algo en contra de lo cual se posicionaba aquel antiguo agricultor del BAH que participó en los inicios del proyecto: «*teníamos una vocación de transformación política y queríamos construir, en lo cotidiano, puentes a transformaciones políticas muy fuertes. Teníamos necesidad de enfrentar la cuestión del poder*», afirmaba. Estos colectivos, en su opinión, pueden concebirse como repliegues sobre sí mismos o como «*semillas de cambio*». Es decir, como espacios de experimentación que, de forma paulatina, pueden ir generando un cambio sociocultural amplio que acompañe o preceda a una transformación política en sentido restringido: «*el sentido de esto quizás era mantener vivos los experimentos sociales que, en los momentos en los que se resquebraja el sistema, pueden ser el sustrato, las propuestas vivas a partir de las cuales construir algo nuevo*¹⁸».

Así lo entendía también un consumidor de una cooperativa de producción/consumo, cuando me comentaba en una entrevista qué era lo que a él más le interesaba de esa forma de hacer agroecología:

«esto te permite experimentar y llegado el momento poder plantear alternativas de decir tengo esto y esto funciona porque lo hemos probado, porque llevamos años trabajando así y funciona. Y es que va a llegar un momento que va a ser necesario eso. Vale, muy bien, hemos llegado aquí, tenemos el poder, capacidad de decidir, ¿y qué hacemos?»

Pero aun así, la pregunta de si los grupos agroecológicos deberían vincularse a otro tipo de luchas más amplias o si, por el contrario, pueden considerarse como una actividad política suficiente debido al esfuerzo que requiere la autogestión de la alimentación, siempre ha estado presente en estos colectivos.

Un problema habitual que surge cuando se opta por la primera opción recae en que, dado que el vínculo de unión de los integrantes de los grupos no pasa necesariamente por una cuestión ideológica sino por una preferencia alimentaria, se generan muchas dificultades a la hora de tomar una postura común ante los asuntos

18 Tengamos en cuenta, en cualquier caso, que ésta es una reflexión a posteriori sobre el papel político de las cooperativas de producción-consumo y no su intención inicial. Este tipo de significado otorgado a estos proyectos ha sido adquirido fundamentalmente a partir de la explosión de las asambleas populares tras el 15M.

públicos. Una consumidora de la RAC me comentaba que éste fue un gran debate en los primeros grupos autogestionados de Madrid: *«había gente que quería que fuéramos como red de grupos a la huelga general, pero para eso la gente tiene ya sus sindicatos y con la diversidad que había en los grupos era imposible ponerse de acuerdo para algo así»*.

Durante mi trabajo de campo, cuando se planteó la posibilidad de firmar como cooperativa un manifiesto sobre la actuación de determinado sindicato, una de las consumidoras escribía diciendo: *«en ningún momento nadie nos pidió que firmáramos o estuviéramos de acuerdo con ningún tipo de ideario social o político (...)»*. Entiendo que un grupo de consumo a lo único que me obliga es a consumir». Al debatir sobre este tipo de cuestiones, muchos de los representantes de los grupos de consumo planteaban que los consumidores no tenían por qué estar *«en contra de todas las instituciones»*, ya que quizás lo único que les interesaba era *«comprar alimentos de calidad y a buen precio»*. *«No hace falta comulgar con ruedas de molino para entrar en un grupo de consumo»*, les planteaba una consumidora a aquellos que pretendían que adoptaran una postura anticapitalista como colectivo.

Sin embargo, otra consumidora de una cooperativa, al reflexionar sobre su evolución, planteaba que uno de los factores por los que había *«perdido fuerza»* recaía en no haberse sabido vincular a otros movimientos asamblearios que habían surgido en la ciudad, lo que la había conducido, finalmente, a un proceso de *«enclaustramiento»*. Pese a los intentos realizados por *«repolitizarse»*, según comentaba, no conseguían articular un discurso político oficial. Por esta razón, uno de los grupos más veteranos de la cooperativa había decidido disolverse. *«Estábamos desvirtuando la cooperativa como grupo político y lo estábamos convirtiendo en un mero grupo de consumo con un poco más de participación»*, argumentaban en su manifiesto de despedida.

Para entender mejor este tipo de debates hemos de fijarnos en qué se concreta la militancia en estas organizaciones. Una *«persona implicada»* en una cooperativa de producción/consumo participa en las asambleas de gestión, realiza puntualmente los repartos de verduras que le corresponden, acude a las jornadas de trabajo en la huerta, participa en alguna comisión de trabajo, y organiza, o al menos acude, a las actividades extraordinarias de financiación (fiestas, catas, talleres...). En otras cooperativas de consumo, los *«consumidores activos»* colaboran en el procesado y recepción de los pedidos, en pegadas de carteles, en las actividades de educación alimentaria con menores, en cursos y talleres...

El hecho de que muchas de estas prácticas se alejen de la imagen clásica de la acción política¹⁹ (pasar un día en la huerta escardando cultivos o una tarde en un alma-

19 Muchos intentos por dotar de un sentido transformador a las prácticas cotidianas de los grupos de consumo se enmarcan en la necesidad de aumentar la implicación de los consumidores en las estructuras organizativas. *«Tenemos que conseguir que la gente entienda que pesar tomates es un acto político»*, planteaba como estrategia una consumidora de una cooperativa, al discutir sobre la necesidad de conseguir más colaboradores para las tareas de procesado de los pedidos.

cén empaquetando garbanzos), sumado al carácter cotidiano del objeto de transformación hacia el que apuntan, nos puede ayudar a entender por qué, para muchos, la agroecología sigue considerándose como una «*lucha de segundo grado*» que ocupa las posiciones bajas de la jerarquía de los objetos políticos. No así si se enfoca desde la cuestión productiva (la lucha campesina, la lucha por las tierras, la lucha contra las multinacionales), pero sí al hacerlo desde el ámbito del consumo. En este punto juegan también un papel importante las formas en las que se concrete la praxis política del colectivo. Aunque el objeto de lucha pertenezca al ámbito de lo personal, si ésta se articula en términos colectivos y visibles públicamente, es más habitual que se tipifique como acción política. Por el contrario, cuando esta actividad se restringe a la cotidianeidad privada de las organizaciones, como ocurre en muchas cooperativas y grupos de consumo, aparecen muchas reticencias para identificarlo como tal (especialmente por parte de agentes sociales con trayectorias militantes encuadradas en esa «*política clásica*»). Como decía aquel miembro del SAS, sus amigos de Euskadi entendían que participara en el MST porque «*era de manifestarse y estar en la calle*», pero no entendían que dedicara su militancia a «*una huerta*».

Éste es un tema que ha aparecido con frecuencia durante el trabajo de campo, tanto en forma de queja («*la gente se cree que esto no es importante*») como de sorpresa («*no me imaginaba que hubiera tanto detrás de la alimentación*»). Posicionándose ante este tipo de críticas, decía sin embargo un miembro veterano de una cooperativa agroecológica:

«Yo he estado y estoy metido en mil fregados, siempre he estado en colectivos, pero como esto nada, lo que yo he aprendido en esta cooperativa no lo he aprendido en ningún otro lado (...) Vamos, que me digan a mí algo de si no es potente una cooperativa así. Es el trabajo de llevar a la práctica algo que se dice mucho. Es una experiencia real productiva. Porque en casa sí haces tus cosas, pero más de los cuidados, de lo reproductivo. Pero, en una sociedad así, tener un proyecto productivo donde estás llevando a la práctica todas estas ideas y haciendo dentro del sistema, porque estás dentro, pero haciendo algo diferente, donde tienes que gestionar el tema económico... yo creo que ahora es de las experiencias más potentes de lucha».

De esta declaración es interesante resaltar también cómo, pese a que él en otros momentos de la entrevista hablaba de la importancia del «*cuidarse, de lo micro y lo reproductivo*», a la hora de justificar la potencia política de las cooperativas agroecológicas, el énfasis lo pone en sus aspectos productivos.

Esta complejidad se refleja asimismo a la hora de determinar cuál es el verdadero espacio de la política dentro de las cooperativas. Al hablar aquí de espacio hacemos referencia tanto al sentido físico del lugar (¿dónde se hace política?: en casa, en la calle, en la asamblea, en un reparto, en la huerta...) como a las tareas que lo conformarían (¿cómo se hace política?: yendo a por la cesta, ayudando en los repartos, dando charlas, manifestándose...). Aunque se problematice desde este ángulo el ámbito de lo reproductivo y lo privado, para algunos son los plenarios, las reuniones, las comisiones, las asambleas o los actos públicos de protesta, los espacios propiamente

políticos de los grupos de consumo. Es decir, que el hecho de que aparezcan otras formas de concebir lo político, no implica que las categorizaciones más clásicas dejen de ser operativas en estos espacios. Así, al hablar con los agricultores de una cooperativa en torno a mi investigación, mientras que una defendía que ella hacía política sembrando semillas y no tenía necesidad de vincularse a proyectos más amplios, otra me comentaba que si me interesaba *«el tema de la política»* tenía que acudir a la asamblea porque *«allí sí había debates»* (no como en la huerta, que entendía como el espacio de trabajo), y otro remarcaba que donde verdaderamente se hacía política era en el plenario anual porque las asambleas eran algo *«demasiado operativo»*. Sin embargo, incluso reconociendo el carácter político de una asamblea, dentro de los grupos también se problematiza este espacio como actividad política suficiente. En estas discusiones es la tensión entre lo micro y lo macro la que prevalece. Un ex integrante de una cooperativa sostenía así que: *«muchas veces me da la impresión que desde el BAH, y mucha otra gente, hemos entendido que la política se hacía en mantener las reuniones de los martes y yo creo que nos ha faltado mirar un poco más allá y plantear proyectos con una visión más territorial, quizás»*. Hay también quienes cuestionan su alcance político por el objeto de discusión en torno al que se desarrollan. *«Toda la tarde discutiendo sobre la ética del riego»*, bromeaba un exintegrante de una de éstas cooperativas. Otro, por estas mismas razones, recordaba las asambleas como algo agotador: *«me cansé de pasar horas hablando sobre cómo plantar las verduras y si los puerros podían ponerse aquí o allá»*.

Pero también, en ocasiones, estas formas más clásicas de entender cómo y dónde se hace política se subordinan a otro tipo de prácticas no inscritas en la arena pública. *«Que un niño tire una cocaola y un bollo a la basura es un acto mucho más revolucionario que estar en la calle con pancartas dando voces»*, afirmaba una trabajadora de una cooperativa de consumo.

Una consumidora de una cooperativa agroecológica contaba un día a sus compañeras que la habían expulsado de otra cooperativa por *«falta de compromiso político»*, al llegar siempre tarde a las asambleas por sus horarios de trabajo. Para desmentir esta acusación (estaba muy ofendida con el hecho de que, en sus palabras, la hubieran *«expulsado por hippie»*), argumentó lo siguiente:

«Además había participado de forma activa en todas las fiestas que habían organizado, yo me llevaba a casa la borraja que éstas dejaban por ahí porque les daba pereza limpiarla, incluso les ofrecí que se vinieran un día a casa para meter toda la borraja en la bañera y yo les enseñara a prepararla... vamos, ¡que le digan a una militante de CNT que no tiene compromiso político!»

Como vemos, ella contrapone una forma más clásica de expresar el compromiso político (participar del espacio público de gestión y toma de decisiones), con otra que se centra en el ámbito de lo reproductivo (hacerse cargo de una de esas verduras que poca gente sabe cómo gestionar y enseñar a las demás a cocinarla). Sin embargo, una vez más, el argumento final que emplea para justificar su implicación política es su vinculación al sindicato anarquista.

REUNIONES Y ASAMBLEAS

La asamblea de la Piluka se realiza un martes al mes en el piso de arriba del local. En algunas ocasiones se emplea una sala que se encuentra a la izquierda de la puerta de entrada y en otras, las mesas situadas al fondo de la barra del bar. Un programa informático se encarga de enviar un recordatorio con la fecha y hora de la asamblea a todos los miembros del grupo. A este correo electrónico la gente va respondiendo para confirmar su asistencia y la hora de llegada, o informar, dando o no la razón, de que no pueden acudir.

Podríamos diferenciar a los integrantes del grupo entre los que son casi elementos fijos en estos eventos, los que están casi siempre ausentes (por lejanía, trabajo o responsabilidades familiares), y aquellos que forman parte del grupo variable (a veces van unos, a veces otros). La media de asistencia suele ser de unas diez personas, de las aproximadamente veinticinco que componen esta sección de la cooperativa.

Esta reunión coincide con el día de reparto. Los que llegan con tiempo bajan primero a la parte de abajo a recoger sus cestas y luego comienzan a tomar asiento alrededor de alguna de las mesas. Hay personas que se sientan rectas en las sillas y otras están medio recostadas en los bancos, o con las piernas apoyadas encima de otra silla. Hasta que da comienzo la asamblea, se entablan conversaciones que no necesariamente tienen que ver con la cooperativa. Muchas de las personas que participan se conocen desde hace tiempo y tienen una relación muy estrecha. Algunos se llenan vasos de agua y otros optan por el botellín de cerveza. En el centro de la mesa se dejan pipas, frutos secos, patatas u otros aperitivos que la gente va comiendo durante la reunión. Cuando se considera que ha llegado un número de personas razonable se empieza la asamblea, pero a lo largo de ésta suelen ir incorporándose otras que, por uno u otro motivo, no han podido acudir a tiempo.

Uno de los integrantes que más tiempo lleva vinculado a la cooperativa es el que suele ejercer el rol de moderador. Tan acostumbrado está el grupo a su papel que, en las pocas ocasiones en la que no ha podido asistir, se percibe cierta desorientación y mayor desorden para realizar la reunión. Siempre viene acompañado por su perra que, mientras la gente habla, se dedica a dar vueltas por la sala y, cuando se cansa, se sienta en el banco al lado de su dueño como si fuera una integrante del grupo más. Aunque se trata de rotar esta tarea, él suele ser también el que va redactando el acta a medida que transcurre la reunión, para lo cual emplea un ordenador portátil. Su estilo es muy particular, con mensajes cortos, sencillos y alguna broma intercalada. Pocas veces el acta sobrepasa una cara.

El ritmo de estas asambleas es muy dinámico y no suelen prolongarse más de una hora. Se enumeran los puntos a tratar, que son más o menos fijos, la gente interviene hasta que se da por terminado, y se pasa al siguiente. Aunque hay quienes hablan más que otros y gente que no interviene en ningún momento, nadie acapara la palabra. En ocasiones, se forman conversaciones paralelas entre algunos de los asistentes. Otras veces todo el grupo se dispersa del punto principal que se está tratando para discutir sobre otros temas, hasta que alguien sugiere volver a centrarse en el orden del día.

El ambiente es, por lo general, distendido. La gente habla, come, bebe, se ríe, mira el teléfono móvil, propone... En muchas ocasiones hasta se bromea con las propias formas

de hacer del grupo. No suelen tocarse temas que generen polémicas ni establecerse discusiones profundas que requieran mucho tiempo. Solamente cuando se habla de la falta de participación en alguna actividad o en el centro cultural en el que se ubica el grupo, se percibe algo más parecido a una tensión, que aun así, suele ser resuelta, de forma rápida, exponiendo las razones particulares de la poca implicación y haciendo propósito de enmienda.

La asamblea de grupo tiene una línea de comunicación bidireccional con la asamblea general. Por un lado, se tratan temas que en esta última han decidido «*bajar a los grupos*» para que estos se posicionen, y por otro, lo que en ella se hable habrá de «*subirse a la asamblea general*», ya sea para volver a discutir sobre ello o para realizar alguna propuesta que, entonces, tendrá que volver a «*bajar a los grupos*».

Los temas fijos a tratar en cada asamblea son:

- las cuentas, que consiste en repasar si todos los integrantes llevan al día el pago de sus cuotas y aprovechar para pagar el siguiente mes.
- el estado de las cestas, en el que se comenta si alguien quiere dejar el grupo y si alguien está interesado en unirse a él.
- valoración de las cestas, en el que cada consumidor da su opinión sobre el estado y la calidad de las verduras que han recibido ese mes. Es habitual que este punto se prolongue charlando sobre recetas y trucos de cocina.
- otros temas, ya sea la organización de algún evento extraordinario, decidir sobre alguna propuesta de la asamblea general, cuestiones que tienen que ver con el local en el que se ubican o con alguna comisión, etc.
- próximo sábado verde y próxima asamblea general, en el que se dan las fechas para cada uno de los eventos, se comenta quién tiene pensado acudir al primero y se recuerda quién debe acudir a la segunda.

Cuando se da por finalizada la asamblea algunos vuelven rápidamente a sus casas y otros se quedan un rato más hablando y poniéndose al día, especialmente en los meses en los que todavía queda algo de luz natural cuando concluye la reunión y el calor invita a compartir unas cervezas antes de regresar.

Las reuniones de los cursos de formación que se realizan en la cooperativa de consumo, tienen lugar en una sala a la que se accede por una puerta situada a mano izquierda del recibidor, en el local en el que se llevan a cabo las tareas de gestión. Su pared derecha linda con el despacho de una de las trabajadoras, el cual está separado por una puerta blanca que, según los días y la actividad que se esté llevando a cabo, se encuentra abierta o cerrada. Cuando se realiza el curso suelen dejarla abierta para que se pueda llegar rápidamente a los teléfonos que no dejan de sonar, mientras que cuando se emplea para realizar otro tipo de reuniones y, especialmente, cuando la sala es ocupada por personas ajenas a la organización (delegados sindicales, asociaciones...), la puerta se cierra generando mayor sensación de privacidad.

La cara norte de la sala tiene cuatro ventanales que dan acceso a unos balcones estrechos que asoman a la calle, que únicamente se usan para fumar. Cuando están abiertos

se escucha el ruido del tráfico como un murmullo constante. Entra mucha luz, los días de verano no hace falta encender las lámparas hasta las ocho o las nueve de la tarde.

La forma de la habitación es rectangular y cuatro columnas situadas en medio de la misma hacen de frontera entre los dos espacios en los que se divide la sala. La mitad de la derecha, pegada a las ventanas, es en la que se desarrollan los encuentros sociales; la mitad de la izquierda, se emplea como almacén. El suelo de la primera mitad es de madera, el de la otra de baldosas. El techo, con figuras doradas talladas, está atravesado por dos tubos fluorescentes que iluminan la mesa de trabajo. La altura de este espacio, sumada al número de ventanas, podría provocar sensación de amplitud, sin embargo, al albergar tantísimos objetos, se produce más bien la sensación contraria.

Lo más llamativo de esta habitación es la mezcla entre lo majestuoso de las estructuras fijas del espacio (las puertas, columnas, ventanales, techos, chimenea), y lo desgastado del resto de elementos que lo componen (muebles viejos, rotos...). Más allá del estado en el que se encuentran estos últimos, es más bien su disposición la que contrasta con las primeras (cosas amontonadas, destartaladas, papeles repartidos por toda la sala...). Es como un híbrido entre casa señorial y oficina de juzgados de los años setenta.

El lugar de reunirse se distribuye de la siguiente forma:

Al lado de las ventanas se sitúan nueve mesas cuadradas de madera oscura que, al estar pegadas entre sí, dan la impresión de ser una mesa alargada y ancha. Ésta se usa tanto para realizar estos cursos como para todas las reuniones numerosas que se llevan a cabo en la cooperativa. La distancia entre dos personas sentadas frente a frente es grande, si estiraran los brazos sólo llegarían a rozarse. A su alrededor hay unas quince sillas, con respaldo verde acolchado. Algunas tienen ruedas y son reclinables, otras son rígidas. En medio de la mesa siempre hay tacos de papeles acumulados, algunos de ellos fijos (como el taco de hojas en sucio para tomar apuntes, por si a alguien se le ha olvidado traer las suyas) y otros que van cambiando (diversas convocatorias a manifestaciones, textos fotocopiados del curso que se está realizando, carteles...). Estos últimos, cuando se quedan obsoletos, también se usan para escribir por el reverso. La gente que se sienta en el lado más cercano a la puerta, ve por las ventanas los balcones del edificio de enfrente asomando entre ramas de árboles.

En la pared derecha de esta parte de la sala cuelga un póster con la cara de Marx que dice: «*Manifiesto del Partido Comunista: 1848-1998. Un fantasma que recorre Europa, el fantasma del comunismo*». Más allá de la puerta que da acceso al otro despacho, hay un mueblecito negro con tres baldas. En la de arriba hay una pila de folios y, encima de ellos, un teléfono blanco y sucio al que a veces pasan las llamadas desde secretaría. En las de abajo, se acumulan también papeles y carpetas (en general cualquier superficie de esta sala sirve como mesa donde acumular montañas de papeles: un radiador, una silla, una televisión, el tope de la chimenea...). Encima de este mueble hay un calendario, del año 2005, en el que aparecen figuras de colores de hombres y mujeres sosteniendo banderas rojinegras. En letras blancas se lee: «*Luchando, arriesgando, haciendo futuro*».

En la pared de la izquierda, empezando por las ventanas, se encuentra: una televisión vieja cubierta con un trapo blanco, una chimenea de mármol con muchos papeles encima sobre la cual cuelga una pizarra verde, como de escuela de pueblo, una mesita baja con un aparato de vídeo y otro televisor antiguo. Estos están enchufados en la pared de

las ventanas, de modo que el cable se extiende por todo el suelo. La pizarra a veces se emplea durante los cursos para explicar teorías marxistas.

La otra mitad de la sala, o el pseudo-almacén, alberga objetos de lo más diverso. Pegada a la pared de la izquierda hay una estantería con archivadores, libros fotocopiados (varios ejemplares de *El Capital*, *Tachai: bandera roja en la agricultura*, *La voluntad de poder...*), artículos fotocopiados, panfletos, trípticos de grupos de consumo y productores ecológicos, libros antiguos sobre política... Tienen mucho polvo. A su lado se ubica un mueble de madera sobre el que se apoya una impresora en uso.

La pared del fondo la cubre otra estantería de madera, con veintiocho cajas de cartón numeradas que contienen distintos materiales archivados. A su izquierda se encuentra una puerta semiculta, que no mucha gente conoce, por la que se accede al pasillo que llega a otro despacho y a uno de los baños. Al lado de esta puerta hay un armario metálico sobre el cual se acumulan tres cajas de cartón. A la izquierda de este armario, en el suelo, se despliegan también varias cajas de cartón, unas encima de otras, que sostienen una televisión antigua que no está en uso.

El espacio comprendido entre ambas estanterías y las columnas, lo ocupa una mesa de oficina blanca de cuya superficie casi no se ve un ápice. Sobre ella encontramos montañas de papeles, un juego de mesa antiguo (*«Descubrir la hora y el tiempo»*), una pantalla de ordenador, una linterna y una taza blanca que contiene unos alicates y un destornillador. A su lado, se acumulan varias sillas, unas encima de otras, algunas verdes, otras con tabla para escribir; diez cajas de cartón con papeles; carteles y pancartas de manifestaciones antiguas; bolsas de cartón llenas de papeles; una pizarra negra; y varias bolsas de plástico.

Hay tantas cosas que es casi imposible fijarse en todas ellas. Tiene un aspecto muy desordenado, como de dejadez. Aunque observarlo con detenimiento puede ser apasionante ya que siempre descubres algún objeto en el cual no habías reparado hasta ese momento y que no esperabas encontrar ahí. En cualquier caso, las columnas hacen que cuando se está reunido en la sala no se le preste atención a esa parte del espacio, como si existiera una pared invisible. A excepción de algunas personas de la organización que utilizan la puerta del fondo para ir al baño, nadie circula por este lado de la habitación. Sólo cuando la afluencia de asistentes es muy alta algunos tienen que sentarse en este espacio, lo que les coloca en una posición muy periférica en las situaciones de interacción.

Los cursos se realizan cada quince días, por la tarde, alternando jueves y viernes. En principio se sigue el programa elaborado por los responsables de la cooperativa, en el que se marca de qué se va a hablar en cada sesión y en base a qué textos. Sin embargo, hay flexibilidad en este punto, y puede alargarse lo que estaba programado para un día, a dos, si así lo solicitan los asistentes. A las sesiones acuden entre diez y trece personas. Hombres y mujeres, de entre veinticinco y sesenta años. Excepto una persona que participó en la primera parte del curso, el resto están vinculadas de alguna forma a la cooperativa (trabajadores, consumidores, cooperativistas...). Su ubicación en la sala es bastante fija, aunque cambie el lugar exacto, la gente suele sentarse, al menos, en el mismo lado de la mesa.

A las últimas sesiones han dejado de acudir las encargadas de las labores administrativas de la cooperativa. Aunque hacen apariciones puntuales, normalmente se quedan en la secretaría trabajando y atendiendo a las llamadas. No se sabe si por decisión propia

o por obligación. En las primeras sesiones ellas manifestaban que les costaba un poco seguir los cursos y hablaban desde una posición de inferioridad con respecto al resto de los asistentes («yo no sé tanto como vosotros», «me siento una ignorante en comparación con...», «partiendo de que tengo menos conocimientos que mis compañeros...»).

Las sesiones son situaciones bastante estructuradas, cuyas pautas se repiten con poca variación un día y otro. Prevalece la sensación de que todo ocurre según lo esperado, sin sorpresas, sin que acontezca nada que escape a las expectativas de la situación. El ambiente suele ser rígido, parecido a veces al de un examen en el que se tuviera que demostrar que se han leído los textos y la gente se jugara cierta parte de su identidad en sus intervenciones. Si bien, en algunas ocasiones se rompe esa seriedad con pequeños momentos de esparcimiento. El cansancio es otra de las emociones predominantes en los cursos, en especial los viernes por la tarde, y en general a partir de las 20.00, momento en el que los debates pierden intensidad y proliferan caras y posturas de agotamiento.

En concreto, el desarrollo de una jornada de curso puede dividirse en tres grandes momentos:

a) Antes de comenzar.

Cuando la gente llega, si aún no hay nadie en la sala, suele quedarse ojeando libros en el recibidor. Cuando entran en la habitación suelen repasar los textos y apuntes en silencio. De vez en cuando se entablan algunas conversaciones informales que giran en torno a acontecimientos recientes, como una manifestación, alguna actividad...

Cuando está sentado un número considerable de personas, y no falta nadie de la organización, da comienzo la sesión.

b) La sesión propiamente dicha. Que se estructura a su vez de la siguiente forma:

Presentación. Una de las responsables de la cooperativa expone el orden del día de la jornada. Éste suele incluir algunos temas finales que trascienden el contenido del curso. Acto seguido, se nombra a la gente que falta y a la que se ha excusado.

Ponencia del primer texto por parte de aquellas personas que se hayan responsabilizado de ello en la sesión anterior. Mientras hablan los ponentes, hay gente que toma apuntes y gente que simplemente escucha. Cuando se alargan mucho, empiezan a aparecer caras distraídas y miradas hacia el infinito.

Silencio. Cuando acaba la exposición la gente baja la cabeza, repasa sus notas, escribe algo u ojea los textos aparentando que se está ocupado con algo, lo cual les eximiría de intervenir. Suele ser un momento tenso. Cuando se ha prolongado demasiado, las cabezas comienzan a erigirse y alguien empieza a hablar.

Debate. Comienza con alguna intervención corta sobre la ponencia en la que se remarca el interés de alguna información o se lanza alguna pregunta. Suelen ser las mismas

personas las que «rompen el hielo» o, más bien, hay personas que nunca lo hacen. Tras esto, se animan varias personas a hablar de forma breve.

Durante el debate las interacciones están bastante enfocadas. El centro de interés común es la persona que está hablando. Pero, por otro lado, hay multitud de pequeñas interacciones más difusas que discurren en paralelo y que implican, por lo general, a dos personas y pocas palabras (se intercambian miradas, se comparten dudas en bajito, alguien escribe algo y se lo da a leer a la persona que tiene al lado...)

Dependiendo del día, las intervenciones se encadenan con fluidez o bien entre una y otra se intercalan largos silencios que, como en el caso anterior, crean un ambiente de tensión. Los días en los que el contenido del curso es más «denso» se suele justificar la pereza conversacional en base a la dificultad del tema tratado.

En estos momentos parece que se espera que hable alguno de los responsables de la cooperativa, como se esperaría que hablara el profesor de una clase o el moderador de un grupo. Al mismo tiempo, parece que ambos se esfuerzan por retrasar lo más posible sus intervenciones, como lo haría alguien que está enseñando a sus hijos a actuar sin ayuda y no actúa más que cuando lo considera imprescindible. Tanto el silencio de unos como la contención de los otros, indican los distintos planos en los que están situados.

Ella suele hablar primero. Repasa el texto de nuevo, comenta los datos que le resultan más interesantes, aporta otras informaciones. Sus intervenciones son bastante pedagógicas (sobre el sistema agroalimentario, historia de la agricultura, agricultura ecológica...), ordenadas y largas (entre cinco y veinte minutos). Normalmente, tras su charla se animan otras personas a opinar o le hacen preguntas sobre algunos de los temas que ha expuesto.

En algún momento de la sesión habla él, dependiendo de lo animado del debate tarda más o menos en hacerlo. Sus intervenciones duran entre diez y treinta minutos. Al ser tan prolongadas suele intercalar fórmulas del tipo: «*dos ideas más y ya acabo*», «*y con esto ya termino, de verdad*». En ellas rescata los temas que le resultan más interesantes de los tratados hasta ese momento, recapitula y ordena contenidos, y da alguna lección magistral empleando, en ocasiones, la pizarra. Mientras habla gesticula mucho y hace diversos movimientos corporales, extiende los brazos, golpea la mesa, se expande. El espacio que ocupa con estos movimientos es mucho mayor que el de cualquier otra persona. Su tono de voz cambia constantemente. En ocasiones grita para darle más intensidad a lo que está exponiendo (normalmente cuando critica el comportamiento de otras personas u organizaciones), a veces habla más relajado. Durante sus intervenciones casi todo el mundo toma apuntes, algo que no ocurre con el resto. Cuando termina la intervención se produce un silencio prolongado. Esto le preocupa porque tiene miedo de ser desmovilizador. Normalmente la que retoma el debate es la otra responsable. Si no, se pasa a exponer el segundo texto.

Una de las reglas implícitas del curso es que todos los asistentes deben hablar por lo menos una vez en cada sesión. La exposición de un texto podría considerarse como intervención, por lo cual los ponentes tienen menos presión en este sentido. Algunos de los comentarios dan más la sensación de tener como objetivo cumplir con esta norma que aportar alguna idea.

Las sesiones se prolongan durante cuatro horas sin interrupción. La última hora suele hacerse cuesta arriba y afloran los gestos de cansancio y las miradas al reloj de muchos de los presentes.

Ronda de evaluación. Cuando pasan las 21.00 se aprovecha un momento de baja intensidad en la conversación para cerrar la sesión con una evaluación de la jornada. Ésta se hace por turnos en el sentido de las agujas del reloj. El carácter forzado de estas intervenciones se refleja tanto en la manera de expresarse, como en el contenido de las mismas. Se repiten siempre las mismas fórmulas: «*me ha gustado mucho*», «*ha sido muy interesante*», «*las ponencias han estado muy bien*», etc. Sin embargo hay quien emplea este turno de palabra para explayarse y hablar todo lo que no lo ha hecho durante el debate.

Éste es el momento en el que se aprovecha también para designar a las personas que se harán cargo de los textos de la siguiente sesión. Tras la ronda de evaluación, algunos días se comentan otros asuntos, fuera del curso, que las personas de la organización consideran importantes (se informa acerca de alguna actividad, se pide ayuda para alguna tarea, etc.)

c) Cierre

Una vez dada por finalizada la sesión (siempre más tarde del horario pautado), la gente se levanta de sus sillas. Algunas personas se despiden y se van rápidamente, otras se quedan charlando unos minutos sobre temas ajenos al curso y alguna trabajadora ofrece excedentes de verduras.

8.3. Sentimientos, afectos y política

Al comienzo de mi trabajo de campo asistí a una serie de reuniones entre representantes de diferentes grupos de consumo que trataban de crear una red de coordinación local. En cierto momento, las tensiones que se generaron entre algunos de los participantes, reflejadas en el tono de las actas e emails que se enviaban, llevaron a uno de los sujetos a declarar que *«estaba muy triste»* por lo que estaba pasando y por la forma en la que se estaban desenvolviendo las interacciones. Ante esto, otros advertían de lo que consideraban *«estrategias de victimización»*, manteniendo que centrarse en las *«cuestiones sentimentales»* era una manera de obviar los hechos políticos. *«Yo también estoy muy triste porque me hayas engañado, pero no estamos aquí para hablar de eso»*, afirmaba una consumidora. Antes de la última reunión que se llevó a cabo, algunos consumidores escribieron al grupo resaltando la importancia de *«evitar los malos rollos»* que se estaban creando: *«me gustaría participar en un espacio distendido en el que sepamos resolver los conflictos dialogando y en buenos términos, con cariño y cercanía. Darnos confianza y permitirnos errores los unos a los otros sin exaltaciones»*. Días después, un miembro de otro grupo afirmaba:

«En política hay que tener en cuenta el resultado y no las putas buenas intenciones de los militantes radicales. Aquí no estamos hablando de ética ni de filosofía, en política las cosas son así. Y parece que somos incapaces de ver el hecho político más allá de la forma. Al final, te crucifican por culpa del rollo emocional, por decir lo que está pasando».

En la última reunión, una de las integrantes sostenía, en una línea muy diferente, que no podía entender cómo habían llegado a tratarse de esa manera: *«yo seré muy sensible, pero no estoy cómoda en un sitio en el que se habla así a los demás. No estoy acostumbrada ni quiero estarlo. Esos comentarios son muy ofensivos y me parece que es una actitud destructiva»*.

Como vemos, en esta situación aparecen confrontadas dos formas de gestión de los sentimientos en las relaciones que se establecen en el seno de estos grupos²⁰. Mientras que para algunos, los sentimientos, en política, sólo juegan un papel de distracción, para otros no es posible desconectar las acciones encaminadas a la transformación social de una atención a las *«formas de tratarse»* y a los estados emocionales de los miembros del colectivo. Es interesante resaltar que los defensores de esta primera postura, agentes con amplia trayectoria militante en colectivos marxistas clásicos, señalaban, de forma crítica, que en los movimientos sociales actuales se había producido un cambio en los tonos emocionales dominantes. Un cambio que se reflejaba,

²⁰ Aunque nos centramos en los grupos de consumo porque es con ellos con los que se ha hecho este trabajo de campo, este tipo de problemáticas están presentes en todo tipo de movimientos sociales. Es probablemente el hecho de que los grupos se vinculen a este universo lo que hace que en ellos tengan tanto peso estas cuestiones.

para ellos, en la importancia que los sentimientos y «*los cuidados*» adquieren hoy día en las interacciones cotidianas en estas organizaciones.

En este «*giro emocional*» de los movimientos sociales, se urge a prestar atención no sólo a los objetos de lucha de los colectivos, sino también a las relaciones que establecen sus miembros, y a dedicar a su cuidado y mantenimiento gran parte de la energía grupal. Esta importancia dotada a lo que algunos autores denominan la «micropolítica de los grupos» (Vercateuren, Crabbé y Müller, 2010), viene acompañada por la preeminencia de una serie de valores morales y una determinada forma de entender el papel de las vinculaciones sociales en cualquier organización que aspire a una transformación social, que tiene un carácter histórico específico y que se contrapone a otros «modos de militar» que dominaban en otros momentos y organizaciones.

En esta línea puede ser interesante recuperar el concepto que Gould (2009) utiliza para el análisis de los movimientos de lucha contra el SIDA de colectivos LGTB en Estados Unidos: *el habitus emocional*. En su estudio, esta autora, apoyándose en el concepto de Bourdieu que ya hemos presentado en el bloque anterior, propone hablar del *habitus emocional* para analizar las disposiciones emocionales que se incorporan en la socialización en ciertos colectivos, y que define de la siguiente forma:

(...) the emotional habitus of a social group provides members with an emotional disposition, with a sense of what and how to feel, with labels for their feelings, with schemas about what feelings are and what they mean, with ways of figuring out and understanding what they are feeling. An emotional habitus contains an emotional pedagogy, a template for what and how to feel, in part by conferring on some feelings and modes of expression an axiomatic, natural quality and making other feeling states unintelligible within its terms (ibid.:34)²¹.

Sin embargo, Gould tiene más interés en el análisis del tono emocional que dominaba en las campañas de estos activistas (en concreto del surgimiento a raíz de determinados hechos históricos de un paradigma de la confrontación), y de los valores y sentimientos que se expresaban a través de ellas, que en los diferentes estilos afectivos y modos de vinculación que se considera deberían regir en las relaciones que se establecen entre las integrantes de los movimientos sociales, que es el aspecto que queremos recatar aquí. A pesar de ello, el estudio de Gould y el uso que de este concepto hace, nos sirve para resaltar cómo en el

21 *El habitus emocional de un grupo social provee a sus miembros de una disposición emocional, de un sentido sobre qué y cómo sentir, de etiquetas para sus sentimientos, de esquemas sobre qué son y qué significan los sentimientos, de maneras de comprender lo que están sintiendo. Un habitus emocional contiene una pedagogía emocional, un patrón de qué y cómo sentir, al conferir a ciertos sentimientos y sus formas de expresión una cualidad natural y axiomática que hace que otros estados emocionales se vuelvan ininteligibles desde esos términos.*

campo se incorporan determinados esquemas emocionales que, de forma no consciente, configuran parte de las interacciones entre los miembros. No tanto en cuanto a las formas legítimas de sentir, sino a las formas permitidas y no permitidas de tratarse, así como al lugar que lo emocional/afectivo ocupa en la práctica política.

En las páginas siguientes nos proponemos explorar esta diversidad de posiciones sobre las formas adecuadas de organización de los afectos y la creación de «*los vínculos de lucha*» a los que se refería un miembro veterano de una cooperativa. Es en este ámbito, marcado por lo que Elias (1982) denomina las valencias afectivas y la pertenencia a un nosotros, y Lahire (2002), las realidades fuera de campo, en el que nos adentramos a continuación. En él, el foco del análisis no está puesto en las relaciones de competencia ni en los rasgos objetivos de la relación entre agentes sociales²², sino en las formas en las que las interacciones propias de las «*formas lúdicas de socialización*» (Simmel, 2002) generan determinados vínculos afectivos entre los sujetos, y en los modos de experimentación de estas relaciones. Este examen no puede separarse del estudio de los valores que prevalecen en estos universos sociales, de las diferentes nociones de la praxis política que entran en juego, ni de los distintos planteamientos sobre el papel de los sentimientos en la misma.

Para estudiar esta interrelación entre las dimensiones afectiva, moral y política en las prácticas cotidianas de estas organizaciones agroecológicas²³, nos vamos a apoyar en el concepto de economía moral.

Esta noción fue formulada en primer lugar por E. P. Thompson. Con ella trataba de incluir en el análisis de las revueltas campesinas no sólo elementos materiales-objetivos sino parte de la experiencia vivida por estos sujetos. En concreto, se trataba de exponer las normas y obligaciones sociales propias del funcionamiento de la economía precapitalista que el nuevo sistema económico quebraba, para evitar el análisis de la revuelta como simple reacción ante el estímulo del hambre. Según Fassin (2012), el concepto en Thompson comprende dos niveles de análisis diferentes: por un lado, el sistema de intercambio propio de las sociedades anteriores a la economía de mercado, y por otro, las normas y obligaciones que establecen la frontera entre lo permitido y lo prohibido. Más tarde, Scott se valdrá de este mismo concepto para aproximarse a la resistencia de los campesinos del sudeste asiático entre los que realizó su trabajo de campo. Sin embargo, a diferencia de Thompson, este autor no emplea la noción de economía moral para adentrarse en el ámbito normativo, sino para resaltar los valores que sostienen la expresión de las emociones (Fassin, 2009).

22 Aunque será en cualquier caso necesario, como he señalado, entender también el espacio de relaciones de competencia que se genera entre las diferentes formas de valorar la centralidad y funcionalidad de estas relaciones en la praxis política.

23 Más adelante nos serviremos de este mismo concepto para analizar las formas emocionales y morales de los discursos que adoptan los discursos de defensa del consumo responsable.

En este trabajo vamos a emplear este concepto de una manera similar a la propuesta por Fassin (2012), quien extiende su uso al análisis de otros espacios sociales, más allá de las clases oprimidas y las sociedades tradicionales²⁴. Para él, la economía moral puede definirse como la producción, distribución, circulación y utilización de emociones, valores, normas y obligaciones en el espacio social. En esta definición reúne así tanto los aspectos normativos a los que Thompson dotaba de mayor centralidad, como los valores y las emociones que enfatizaba Scott, considerándolos todos como elementos interrelacionados.

Il s'agit de nous demander comment un ensemble de valeurs, de sentiments et d'émotions s'est constitué comme dominant, légitime et évident dans un cadre historique, politique et social donné, et comment cette économie morale est subie, utilisée, combattue, réappropriée, relayée, concurrencée par différents groupes sociaux et par les individus qui les composent (2012:17)²⁵.

El concepto de economía moral entronca así con las teorías filosóficas para las cuales emociones y valores son realidades indisociables (Fassin, 2009). Esta dimensión axiológica se concreta también en una serie de cuestionamientos y reflexividades en torno a uno mismo que se ponen en juego en los modos de subjetivación que operan en diferentes espacios sociales²⁶. En nuestro caso, esto implicará la necesaria atención en el análisis a la conexión entre las concepciones de la praxis política, el papel que en ella se le dota a las relaciones afectivas entre sus miembros, los valores que rigen las luchas y las formas de subjetivación presentes.

Para realizar este análisis es importante tener en cuenta que, como destaca Fassin (2012), la moral en la vida cotidiana no aparece en forma de reglas o principios abstractos, sino entremezclada con otras dimensiones de la realidad social de tal forma que se vuelve imposible diferenciarla de lo político o lo económico. Este énfasis en la «impureza» de lo moral nos conduce a estudiarla no tanto en juicios o dilemas explícitos, sino en discursos y prácticas cotidianas que no tienen por qué contar con un contenido ético evidente.

24 Aspecto que retoma de Daston, quien aplica el concepto de economía moral a la producción científica moderna. Sin embargo, en contra del uso que esta autora hace de la noción, Fassin defiende la importancia de mantener la imbricación de la economía moral con la dimensión política de la realidad social tal y como hacían Thompson y Scott.

25 *Se trata de preguntarnos cómo un conjunto de valores, de sentimientos y de emociones se convierte en dominante en un marco histórico, político y social dado, y cómo esta economía moral es impuesta, utilizada, combatida, reapropiada, transmitida, por diferentes grupos sociales y por los individuos que los componen.*

26 Para Fassin (2012) estas subjetividades éticas serían precisamente la expresión a nivel microsocial de las economías morales que se desenvuelven en el espacio macro. Aun así, el concepto de economía moral puede emplearse tanto para la sociedad general como para grupos o segmentos específicos. Aquí va a ser empleado para analizar etnográficamente esta realidad micro.

Son muchos los autores que desde hace tiempo han reivindicado la importancia de la dimensión afectiva o emocional²⁷ en el estudio de los movimientos sociales, contestando a aquellos trabajos que se centraban únicamente en sus aspectos cognitivos²⁸. Con este ánimo, Goodwin, Jasper y Polleta (2001) editaron una serie de artículos en los que se pone en evidencia lo ineludible de esta dimensión en el análisis tanto de las vías de entrada a estas organizaciones como de su cotidianeidad. En ellos no sólo se da importancia al tipo de sentimientos que suelen vincularse a un movimiento social, como la rabia, la pasión, el rechazo o la ilusión, sino que se muestra el papel que lo emocional tiene en las relaciones recíprocas de los sujetos que construyen día a día esos movimientos. En esta línea, para este trabajo va a ser fundamental aproximarnos a la red de vinculaciones afectivas que se teje en estos espacios y al cuestionamiento en términos políticos y éticos que de ellas se hace.

Aunque aquí nos estemos centrando en el terreno de la política, la dimensión afectiva constituye la faceta sociosubjetiva de cualquier relación social (Goodwin et al., 2001). En este contexto específico que estamos examinando, esta faceta del colectivo político cobra una importancia fundamental independientemente de la actividad que desarrollan. Pero aun así, no hemos de olvidar que esta dimensión debería formar parte de cualquier análisis sociológico. Como indica Elías:

Los sociólogos están acostumbrados a contemplar las vinculaciones entre las personas sobre todo desde la perspectiva del ‘ellos’ (...) Estos son puntos de vista importantes pero no se puede abordar adecuadamente el problema de las interdependencias sociales limitándose sólo a interdependencias impersonales. Sólo se adquiere una visión más completa cuando se integran en el ámbito de la teoría sociológica las interdependencias personales y sobre todo las vinculaciones emocionales de los hombres como eslabones de unión de la sociedad (1982:165).

8.4. Cuidados, «buenrollismo», amigos y compañeros

Illouz (2010) describe en *La salvación del alma moderna* la ampliación de los dominios de la perspectiva terapéutica-comunicativa a diferentes ámbitos sociales que anteriormente no se regían por ese tipo de lógicas y discursos, como por ejemplo la empresa o la familia. Esa perspectiva se caracterizaría por una forma específica de «conceptualizar y discutir las emociones y el yo en la vida cotidiana y de manejar la vida emocional» (ibid.:29). En ella, la comunicación verbal y emocional se con-

27 Aunque podríamos diferenciar estos términos, en el trabajo los vamos a emplear indistintamente. Lo que nos interesa no es la dimensión «privada», de una emoción o un sentimiento sino su papel en las relaciones sociales que en este ámbito se establecen. Como plantea Calhoun (2001) la perspectiva sociológica no entiende las emociones como un fenómeno psicológico e interno sino como algo producido y modelado por lo social.

28 Aunque es sin duda un tema interesante y sería necesario reconsiderar la oposición tradicional entre razón y emoción, no consideramos éste el lugar para entrar en un debate tan complejo como la separación o vinculación de ambos procesos.

vierte en un elemento central de la sociabilidad, con el objetivo de, en sus palabras, *«inculcar el control emocional, un punto de vista neutral y la capacidad de escuchar e identificarse con los otros y de llevar adelante relaciones que sigan procedimientos de discurso justos»* (ibid.:300). Las resonancias de las descripciones que presenta en su análisis con muchas de las situaciones en las que, como investigadora, he participado durante mi trabajo de campo, nos conducen a preguntarnos por la posible extensión de ese «estilo emocional» que Illouz examina a lo largo del libro, al ámbito de ciertos movimientos sociales.

Es la asamblea general de la cooperativa. Un grupo de personas está sentado alrededor de una mesa en una habitación alargada y estrecha dentro de un local. La mesa ocupa prácticamente la totalidad de la superficie del cuarto, la completan unas estanterías llenas de libros y carpetas y otra mesa pequeña con un ordenador. En el lado opuesto a la puerta se sientan siete personas. Una de ellas tiene en frente un ordenador portátil en el que va escribiendo. En el otro lado hay trece, casi sin espacio entre ellas. La gente ha llegado tarde y se ha ido acomodando como ha podido, intentando no interrumpir demasiado. La persona que escribe en el ordenador enuncia el punto del orden del día que toca tratar y los representantes de cada uno de los grupos van respondiendo por turnos. En el momento en el que se está exponiendo el estado de cada uno de los grupos asoma por la puerta una chica y saluda, un poco atropellada. Llega bastante tarde. Viste unos vaqueros y un jersey de lana de colores, muy apropiado para el frío que hace en el local. Una mujer ensalza la belleza de la prenda. Habla con un tono de voz muy suave. Hace un comentario sorprendida sobre la cantidad de gente que hay. Le responden, en broma, que se ha quedado sin sitio. Parece ya dispuesta a quedarse de pie cuando una mujer, echándose a un lado, le dice que le hacen hueco en un momento y le sugiere que vaya a buscar una silla. Ella obedece y se sienta justo al lado de la puerta, lugar que queda aproximadamente en el medio de esa parte de la mesa.

El chico que escribe con el ordenador le reclama a la recién llegada el Informe Agrícola. Ella despliega una hoja de papel arrancada de un cuaderno con algunos garabatos escritos en tinta azul. Alza la cabeza y pregunta con timidez: *«¿y de mi grupo no hablo?»*. Da a entender con su gesto que tiene ganas de hacerlo, por lo que el chico le dice que puede hablar de ambos temas. Y ella procede.

«En el grupo estamos ahora en una época un poco de desierto. Ahora es cuando nosotros empezamos a coger las vacaciones... Una está de excedencia porque se ha bajado a recoger aceitunas así que hizo sus horas de este mes en noviembre. Y otra se quería ir en enero seis meses de excedencia, aunque al final no puede porque no tiene dinero, pero se quiere marchar y no sabe cuándo va a ser... Bueno, y el otro dijo que se iba en marzo y eso nos ha cogido a todas por sorpresa y nos ha dejado un poco tocadas. Es una época un poco extraña. No sé, yo creo que igual estaría bien, quizás, que interviniera el grupo mestizo».

Lanza una mirada fija e interrogativa al chico que toma el acta.

A medida que expone la situación su tono se vuelve más preocupado. Cuando utiliza al principio el término desierto parece querer referirse a un momento cíclico y sin más trascendencia que las vacaciones anuales. Sin embargo, cuando termina queda claro que ese desierto tiene otras connotaciones que son percibidas como problema, lo cual se refleja en la declaración de que «*están tocadas*», en los silencios y en la petición de ayuda al grupo mestizo. Éste está compuesto por una serie de personas de la parte consumidora de la cooperativa cuya función es mediar, «de forma urgente», en los conflictos que se dan en el grupo de trabajadores cuando estos así lo reclaman. Según los comentarios de diversos miembros de la cooperativa estos conflictos son habituales pero pocas veces se solicita la intervención de esta figura «pacificadora». Durante sus siguientes intervenciones esta sensación de preocupación va tomando más fuerza, dado que emplea palabras como «*fantasma*» y «*soledad*» para calificar el momento por el que está pasando.

El chico del ordenador y ella discuten porque el grupo mestizo, al que pertenece, ya les había ofrecido ir un fin de semana, pero el grupo de trabajo no respondió. Parece ser que el acceso a internet es deficiente en el pueblo, pero eso les lleva a una nueva discusión sobre la necesidad de pagar una conexión para que la relación pueda funcionar.

Toma la palabra entonces un hombre de unos cincuenta años, también integrante del grupo mestizo, quien le pregunta qué han pensado hacer con el tema del trabajador que quiere marcharse. El hombre piensa que el grupo tiene que ir en una línea y que es importante acoplar las necesidades personales con las necesidades del grupo y que, por tanto, una persona no puede marcharse si no es el momento adecuado para el colectivo. Dice que es muy importante que se hablen esas cosas a tiempo, de cara a prevenir conflictos que luego hacen mucho daño. «*Queremos cuidarlos, tenemos que aprender a cuidarlos y a cuidarlos mejor*», concluye. Le pregunta si no tienen reuniones entre ellos para hablar de estos temas.

Ella vuelve a incidir en la imagen de la época fantasma.

«Está siendo muy difícil comunicarnos y encontrarnos... Nosotros, ya sabéis que apreciamos mucho la flexibilidad que tenemos en el trabajo y que en realidad hay mucha gente dispuesta a hacer horas en el huerto cuando haga falta. Si cuando lo sabemos con antelación no pasa nada, el problema es esta incertidumbre que, no sé a mis compañeros, pero a mí me está matando un poco. Aunque luego también piensas que esas personas no pueden saber nada con antelación, estamos viviendo al día».

La dinámica de la situación sigue esta misma línea. Todos escuchan mientras ella expone sus preocupaciones y sentimientos, y el consumidor del grupo mestizo da algún consejo. Finalmente, el chico del ordenador le propone que busquen un día del fin de semana para reunirse.

En este pasaje podemos percibir la introducción de esas lógicas emocionales y comunicativas, de las que habla Illouz, en la cotidianeidad de estos movimientos sociales. En primer lugar, por el hecho de dotar de un espacio específico a la exposición de los sentimientos de los miembros del grupo y de que estos sean entendidos como parte de los objetos sobre los que tiene que actuar el colectivo. En segundo, porque una vez que concluye la pequeña discusión sobre el uso de Internet, los problemas de organización del grupo de trabajo no se discuten en términos de la incidencia que puedan tener en el buen funcionamiento de la cooperativa, sino desde el punto de vista de las emociones que provocan a la persona que los está exponiendo. Durante los últimos minutos de esta interacción, el ambiente que genera el silencio de todos los presentes, a excepción de la trabajadora que está expresando cómo se siente y del consumidor que le aconseja sobre formas de gestión emocional, recuerda más al de una terapia grupal que al de una reunión de gestión política. Finalmente, por la institucionalización de una figura como el grupo mestizo, dedicada al cuidado de las relaciones afectivas entre los trabajadores.

Esta «lógica de los cuidados» se traduce en una suerte de gestión racional de las emociones, que pasa por una atención específica al estado emocional del grupo y sus integrantes, y por una serie de normas implícitas sobre la comunicación de los estados anímicos y sobre las formas de relacionarse. Con un lenguaje y unas formas que, como hemos señalado, recuerdan en ocasiones a las narrativas y situaciones terapéuticas, los participantes de los colectivos son llamados a expresar sus sentimientos, a no hablarse mal, a respetar las necesidades y deseos de cada uno de ellos, a apoyarse en los momentos sentimentales bajos, a aprender y practicar una comunicación no violenta a la hora de la resolución y exposición de los conflictos, a ser asertivos... En definitiva, a contar con todo un cúmulo de habilidades socio-emocionales a partir de las cuales puedan construirse unos vínculos entre los integrantes que concilien, en sus prácticas políticas, la atención a uno mismo (a sus deseos, necesidades y sentimientos) con la cooperación con los otros. Es decir, que esta atención a las maneras de vincularse y relacionarse dentro de los grupos tiene una dimensión colectiva y otra relacionada con el «cuidado de sí». Es necesario que las personas que participan en los grupos no «se quemem», para lo cual es imprescindible saber ralentizar, descansar, resistir las urgencias y parar²⁹.

Esta forma ideal de comportamiento, parte de un axioma que Illouz entiende como propio de la visión terapéutica/comunicativa del mundo: *«todos los vínculos pueden ser formados y mantenidos a través de la capacidad de los miembros para expresar verbalmente sus necesidades, sus emociones y sus metas y para negociar a través del lenguaje»* (2010:177). Parece, por tanto, que esta configuración emocional

29 Ese elogio a la lentitud, al respeto de los ritmos de los procesos colectivos y al reconocimiento de nuestros límites, que comprende la lógica de los cuidados, también aparece, como veremos, como uno de los elementos principales en los imaginarios de la vida buena que el movimiento agroecológico quiere construir. Estas características se asocian a lo rural/natural en contraposición a los modos de vida urbano y las lógicas productivistas del capitalismo.

con la que nos encontramos en estos colectivos forma parte de un movimiento más amplio, en el que diversas relaciones y espacios sociales (la familia, las relaciones de pareja, las relaciones pedagógicas...) empiezan a ser pensados y problematizados desde una economía moral en la que los afectos, el respeto, el cuidado o el tacto se vuelven elementos centrales.

La atención a las relaciones de cuidado en colectivos políticos tiene sin embargo una historia reciente, o así al menos lo expresan algunos sujetos que provienen de otros espacios de militancia vinculados a las luchas obreras de los 70-80. Un ejemplo de ello lo hemos visto en la descripción que hemos realizado anteriormente sobre los conflictos en las reuniones de coordinación de los grupos de consumo.

Para comprender la aparición de esta lógica en el marco de los movimientos sociales puede ser sugerente la teoría de Illouz sobre la confluencia entre el feminismo y la psicología en el interés por llevar las emociones a lo público, sometiéndolas a un proceso de disciplinamiento y posibilitando así la conversión de espacios «privados» en espacios «micropolíticos»³⁰. Dado que la «política de lo cotidiano» bebe profundamente de los movimientos feministas, podríamos plantearnos si es desde esta conexión desde la cual la cuestión de los cuidados ha llegado a tomar ese papel en estas organizaciones. Casi parece una conclusión lógica que la politización de actividades cotidianas y del ámbito de lo privado y lo reproductivo, tenga también por objeto la atención a las relaciones afectivas que en estos espacios se crean. Sin embargo, para poder sostener con firmeza este tipo de explicación se requeriría una investigación de mayor profundidad que la que yo he podido realizar al respecto. Pero, en cualquier caso, lo que nos interesa enfatizar en este trabajo es el hecho de que la afectividad se haya convertido en uno de los asuntos en juego dentro de este campo, sobre el que los agentes se sienten interpelados a posicionarse, ya sea para restarle o recalcar su importancia.

No obstante, las personas que durante el trabajo de campo han planteado la importancia de los cuidados, presentaban esta conclusión como fruto de sus experiencias militantes más que como una norma derivada de la adscripción a un movimiento político (por ejemplo, según un razonamiento del tipo: puesto que soy feminista he de prestar atención a estas dimensiones). Un ex-integrante de varias cooperativas de consumo y diferentes movimientos sociales afirmaba, por ejemplo, en una entrevista:

«Al final yo el miedo, bueno, el análisis que hago de todo este tiempo de habérmelo trabajado, de estar mejor, peor, ver, oír y callar, pues el análisis que hago es que los proyectos colectivos, no sé muy bien por qué, pero al final de donde son más débiles es de la parte humana. Es por las relaciones por donde surge la fisura y al final el barco hace aguas».

En la misma línea, uno de los fundadores de otra cooperativa que había transitado por diferentes colectivos y proyectos de vida comunitaria, mantenía que uno de los

³⁰ Aun así la autora reconoce las tensiones históricas que entre estas corrientes han existido.

mayores problemas para el éxito de estas iniciativas era el nivel de «*analfabetismo emocional*» que prevalecía entre sus integrantes. De igual modo, todos los conferenciantes de un taller sobre agroecología y neoruralidad coincidían en señalar la cuestión afectiva-emocional como el mayor escollo con el que se habían topado.

Esta preocupación cuenta con un sentido político basado en una problematización moral. Como ya señalamos, la defensa de esta opción alimentaria como vía de transformación social es indisociable de una serie de ideas sobre lo bueno y lo justo con las que se problematiza el orden social hegemónico. Por ello, en las prácticas y discursos de estas organizaciones es casi imposible distinguir el dominio moral del político. Hay valores que se relacionan con el sistema capitalista (por ejemplo, «*el individualismo con el que nos ha corrompido esta sociedad*»), y hay otros que se relacionan con el que se pretende construir (la libertad, la solidaridad...)³¹. De esta forma, se entiende que los mismos valores que se promueven en la lucha concreta del colectivo deben regir las dinámicas concretas del mismo. «*¿Cómo vamos a ser capaces de construir un modelo social diferente si no sabemos construir relaciones diferentes entre nosotros?*», se planteaba un consumidor de un grupo de consumo en un foro sobre ruralidad.

El aquí y ahora es el espacio-tiempo de estas nuevas concepciones de lo político, que no esperan a una sociedad futura ni se mueven en el «todavía-no» (Bloch, 2004), sino que tratan de conseguir que el «aquí-sí» sea el catalizador de una transformación social más amplia. Como señalan López y López, «*sabemos que esta situación no nos gusta y estamos convencidos de que otro mundo es posible, pero ¿dónde está ese otro mundo? Nuestra tarea es abrirlo aquí y ahora (...). La actividad de denuncia y resistencia debe ir acompañada de la apertura de espacios sociales donde vivir de otra manera*» (2003:161). Ésta es la misma conclusión con la que Choya (2014) termina su reflexión sobre lo afectivo y los cuidados en los movimientos sociales:

Algunas pistas que encontramos que quizás nos ayuden a transformar nuestras prácticas cotidianas:

Parar. Pararnos. Escuchar, lo que decimos y lo que callamos, las palabras y los cuerpos.

Observar. A lxs otrxs y mí mismx.

Escuchar. Hay lenguajes distintos. Todos dicen

Hacer con. Acompañar. Compartir lo que sé, lo que sabemos.

Reconocer. Reconocernos. Acoger, lo nuevo, lo distinto.

Dar espacio. A lo que sentimos, también a las intuiciones. Escuchar otra vez.

Cuidar. Cuidarse. Prestar atención. Tejer vínculos. Sostenerlos. Tiempo y energía

Los cuerpos en el centro. Mirarse. Bailar. Reír. Tocarse. Descansar. Descansar también.

Ralentizar.

31 Aunque como veremos a continuación, el carácter poco evidente de esta clasificación (tensiones entre la libertad y la responsabilidad; entre el compromiso y el cuidado de uno mismo...), plantea diferentes problemas prácticos en las dinámicas cotidianas de los grupos de consumo.

Reconocer el conflicto. No buscar culpables. Parar. Qué-pasó-para-que-pudiera-pasar. Darle un sentido colectivo. Introducir cambios. Aprender.

Detectar inercias, fantasmas, monstruos. Limpiar la casa. Sacudir las alfombras. Cambiar de sitio los muebles. Reciclar lo que ya no sirve. Pensar juntxs para-qué-hoy.

Revisar la historia. Quién se queda fuera. Cómo nos ven. Cómo nos vemos. Hacer un relato común. Incluir las crisis, las rupturas, las divergencias. Un relato vivo, en construcción.

Cómo pensar y hacer en colectivo. No es sólo sumar. Es algo más.

Inventar. Estructuras también.

Rotar roles y tareas. No ser imprescindibles. Hacer cosas muy distintas. No quemarse. Saber pedir ayuda. Enseñar. Dedicar tiempo. Reconocer el valor del trabajo. Todo el trabajo.

Recargar energía. Romper rutinas. Momentos sólo para el encuentro. Reírnos. Darnos permiso de nuevo.

Flexibilidad. Apertura. No pedir demasiado. Respetar distintos ritmos. Para responsabilizarse también. Comprometerse.

El espacio. El espacio también dice, también acoge. Tener ganas de estar.

No querer abarcarlo todo. Resistir la urgencia permanente. Parar, otra vez. Saborear el proceso. Reforzar lazos. Estar juntxs.

Construir, aquí y ahora, lo que queremos (ser).

Estas prescripciones suponen una nueva economía moral dentro de los colectivos políticos, que se entiende en relación (y como forma de superación) de la que habría prevalecido en otros movimientos:

Uno de los efectos de esa síntesis cultural producida en y por el movimiento obrero consistió en crear un hábito, el de cargarse de un plumazo la micropolítica y catalogarla como portadora de una deriva subjetivista. El problema estaba «en otro lugar»: por un lado, en la posición objetiva de clase, en la evolución de las relaciones de fuerzas en la producción y en los desafíos estratégicos que de ello se derivan; por otro lado, en la construcción del partido, en la concienciación de las masas y en la estrategia de la toma de poder. El resto era secundario. Y cuando ese «resto» (la ecología, las cuestiones de género, los problemas de afectos, de deseos, las formaciones de lenguaje...) era abordado, lo era en relación de subordinación respecto al polo macropolítico. Esta cesura entre lo que se considera parte de los problemas a tener en cuenta (la macropolítica) y lo que no, o en todo caso subsidiariamente (la micropolítica), no sólo acarreó una falta de reflexión sobre la dimensión ecológica de las prácticas sino que también fabricó un determinado modo de gestión colectiva de los deseos, de los sentimientos, de los momentos de cansancio... (Vercateuren et al., 2010:136).

Esos otros modos de gestión de los deseos pasarían, según los autores, o bien por su evitación, o bien por su disciplinamiento: vigilar que las conductas privadas se adhieran a los criterios del partido y al deber ser revolucionario. Frente a estas estrategias, que para ellos se han comprobado insuficientes, reclaman una serie de

recursos y saberes con los que gestionar ese nivel micro dentro de sus colectivos: *«a lo largo de diversas experiencias colectivas, nos hemos puesto a balbucear. Hemos aprendido que la buena voluntad y las buenas intenciones emancipatorias no son suficientes para que el grupo perdure y que a menudo éstas generan agotamiento»* (ibíd.:63).

La forma de relación entre los miembros del colectivo hacia la que se apunta desde esta perspectiva, se asemeja más a una *«amistad»³²* basada en la vinculación afectiva entre los participantes, que a la de *«compañeros»* que comparten una lucha política. *«Existe una frontera muy delgada y difusa entre lo que es ser amigos y ser compañeros, que está poco clara en proyectos en los que echamos mucho tiempo, ilusión y esfuerzo. Se genera una afectividad distinta a la que estamos acostumbrados, que influye sobre nuestra vida»* (López y López, 2003:167), explican estos integrantes del BAH.

El reconocimiento del valor de las vinculaciones afectivas no sólo lleva a preocuparse por una determinada gestión de las relaciones personales dentro del colectivo (ya sea de forma difusa o a través de figuras institucionalizadas), sino también a la construcción de espacios de socialidad (Simmel, 2002) que posibiliten la creación de esos vínculos. Este tipo de espacios que se cimientan en un *«estar juntos»*, se caracterizan, como vimos, por socializaciones que cobran sentido por sí mismas, *«por el valor de la formación de la sociedad como tal»* (ibíd.: 82).

En la cooperativa de producción/consumo en la que participé, dado que los miembros de los grupos suelen vivir en un radio cercano y tienen diferentes momentos de encuentro cotidiano (en sus repartos, reuniones, fiestas de barrio y actividades extraordinarias que organizan), es habitual que entre ellos se vayan tejendo en el tiempo este tipo de vinculaciones. Aun así, hay una voluntad explícita por generar *«espacios de compartir»*. Por ejemplo, en uno de los grupos acostumbran a *«tomar unas cañas»* tras cada día de reparto y asamblea, en otro, uno de sus miembros comentaba que *«para trabajar en lo de vincularse»*, estaban utilizando la modalidad *«asamblea-cena»*, en casas o bares. Sin embargo, a la hora de crear espacios de encuentro que impliquen a la totalidad de la cooperativa se presentan mayores dificultades. La fiesta anual y los sábados verdes (día de trabajo colectivo en las huertas), en esta línea, no sólo cumplen un objetivo económico, sino que tienen una función de socialización que todos los miembros reconocen. Por ello, cuando en un plenario se planteó la posibilidad de suprimir la fiesta debido a su falta de rentabilidad, todas las voces que se alzaron en contra basaban su argumentación en esa razón: *«es importante seguir manteniendo momentos para compartir entre todos nosotros»*.

32 Pero quizás sería más adecuado hablar de un híbrido entre estos dos tipos de relaciones.

Aunque lo afectivo tome mayor relevancia que en otro tipo de relaciones entre militantes, las formas de las interacciones están en muchas ocasiones más pautadas que en las de una amistad en la que no haya este componente político. Por ejemplo, no es habitual que los amigos celebren *«asambleas emocionales»*, algo que sí sucede en algunos de estos grupos.

«Las fiestas a mí me parecen también, igual que los sábados verdes me parece un sitio que deberíamos de cuidar más porque es en el sitio en el que nos vemos los diferentes grupos (...) Entonces hay un ambiente como muy festivo de huerta, de tal, que mola compartir con gente, a ver, me gusta compartirlo con la gente de mi grupo, pero es que con ellos compartimos muchas cosas, entonces me gusta porque es un sitio donde se comparte con muchos grupos» (consumidora SAS).

Para ahondar en las relaciones afectivas entre los participantes, otro consumidor proponía promover actividades puramente lúdicas, ajenas a las labores de la cooperativa, que permitieran «tener una amistad y poder charlar»:

«Decir vamos a juntarnos y a echar una partidita y nos tomamos unas cañas y ya está, y yo creo que eso ayuda mucho a la cooperativa porque ya tienes mejor relación con la gente y te implicas un poco más (...). Al final es lo que pasa en los sábados verdes, que si no va nadie de mi grupo yo no voy, y haciendo eso ayuda a que conozcas a más gente y ya dices pues bueno, van estos también, tiran más de ti».

Tal y como aparece en esta declaración, en estos espacios la importancia otorgada a las vinculaciones es indisociable de un determinado planteamiento sobre estrategias políticas eficaces. Ya apuntamos en capítulos anteriores que, más allá de la «concienciación ideológica», la creación de este tipo de valencias afectivas, es fundamental para la reproducción de los grupos de consumo. En este sentido, no se



Ilustración 6. Comida compartida. Sábado verde (extraída de página web del SAS)

trata sólo de una cuestión de «disfrutar estando juntos», sino que la preocupación por los cuidados y la afectividad cumple también un objetivo operativo. Al crear un sentimiento de pertenencia al colectivo, contribuye al incremento de la participación y la implicación de los miembros³³. Como planteaban en un grupo de consumo al exponer las razones por las que habían decidido desvincularse de la cooperativa: «¿Con un grupo desestructurado, donde mucha gente no se conoce ni siquiera entre sí, cómo se va a plantear alcanzar algún nivel de incidencia política?».

33 En cualquier caso es importante tener en cuenta que las vías de creación de identidades compartidas que se emplean en estos grupos no se limitan a la generación de vínculos afectivos en espacios de socialidad. Como veremos en el siguiente bloque, las técnicas de «concienciación» y el recurso a discursos que enfatizan el nosotros-ellos, son también herramientas básicas en algunos colectivos para generar esa identificación de los miembros con el mismo.



Ilustración 7. Día de puertas abiertas. Madre Vieja

Reflexionando sobre el caso del BAH, López y López afirman al respecto que: *«el tiempo que se dedica a fortalecer las relaciones personales dentro de un grupo va a ser lo que cree un ambiente óptimo para que éste tome las decisiones adecuadas y las ejecute de forma óptima, dado que la disposición del grupo para la actividad será la más adecuada»* (2003:167)³⁴.

Un antiguo agricultor de esta misma cooperativa afirmaba en una entrevista que cada vez tenía más clara la consigna *«formar bandas, okupar casas»*: *«primero conocerse el grupo y luego montar proyectos porque si no luego lo que sucede es que sí, tú y yo tenemos una misma idea política pero ni hemos trabajado juntas, o sea que hemos coincidido en asambleas pero no hemos tenido un roce diario, y en cuanto te metes en un proyecto colectivo empiezan a surgir los problemas»*. En una

34 Es interesante el paralelismo entre esta reflexión y la que realiza en el marco empresarial Elton Mayo, quien trató de demostrar cómo la productividad se incrementaba si las relaciones en el trabajo se caracterizaban por la preocupación y la atención hacia los sentimientos de los trabajadores (Illouz, *ibíd.*)

línea parecida me hablaba Sonia, perteneciente desde hace años a Surco a Surco y a otros colectivos políticos, quien calificaba a sus compañeros de la cooperativa como parte de su «*familia elegida*». El hecho de que, tras tantos años de relación, compartieran multitud de espacios (políticos y de ocio) fuera de la cotidianeidad del grupo de consumo, era para ella una de las principales razones por las que seguía vinculada al mismo:

«Es que yo creo que al final cuando te quedas en un grupo es porque estás a gusto. Yo normalmente, vamos... políticamente podemos ir, puedo estar totalmente contigo, pero como no esté a gusto contigo..., igual si hay que hacer un trabajo hago el esfuerzo y trabajamos juntas para sacar esto adelante, pero es que para mí sigue siendo súper importante el ambiente que se genera en los grupos. Si no, no me quedo, me busco otro grupo».

Como vemos, ambos realizan una separación entre la afinidad ideológica y la afinidad personal, entendiendo la primera como condición necesaria pero no suficiente para el trabajo político colectivo, y la segunda como condición imprescindible para que ese trabajo pueda permanecer en el tiempo.

La importancia que las relaciones afectivas adquieren en la permanencia a largo plazo dentro de estos colectivos, aparece también reflejada en una encuesta realizada por el BAH, en la que la categoría de respuesta más repetida ante la pregunta sobre las motivaciones para estar en la cooperativa era la de «*relaciones humanas, gente, ganas y buen ambiente*», frente a las de «*características y evolución del proyecto*» o «*autogestión*». Del mismo modo, un miembro veterano del SAS, al recordar los años en los que las cooperativas agroecológicas participaban en las «*Semanas de lucha social*», sostenía que este tipo de vinculaciones emocionales eran la base para «*construir movimiento*»:

«Los vínculos que creamos aquellos años son muy fuertes, es que vivir todo aquello juntos era alucinante, fue una época genial, muy divertida... Se creó una vinculación emocional muy fuerte entre la gente que estábamos ahí esa época y eso ha quedado. Esa época ha creado mucha unión entre nosotros, aunque ahora estamos más dispersados, pero también es así como construyes. Aunque siempre hay gente que creen que hay algo «político» que tiene que estar por encima de todo y regir todas las relaciones y las emociones, pero yo la verdad es que eso nunca lo he entendido y nunca lo voy a entender: ¿por qué no puedes estar con la gente y divertírte y hacer cosas juntos?»

En otras cooperativas, sin embargo, se prioriza el contenido político de las relaciones entre sus miembros frente al afectivo/emocional. Por ejemplo, en una de las organizaciones en las que he trabajado, hasta los desayunos de los días de reparto, en los que se juntaban durante veinte minutos trabajadores y colaboradoras, contaban con un orden del día mediante el que se trataba de disciplinar conversaciones espontáneas, dirigiéndolas hacia la reflexión y la discusión de



Ilustración 8. Carreras de sacos.
Huerto-olimpiadas, Madre Vieja

los sucesos cotidianos de la cooperativa desde una óptica política-ideológica³⁵. Este momento contrastaba, sin embargo, con las conversaciones animadas, risas y bromas que entre los colaboradores se solían establecer antes y después de desayuno, mientras realizaban el procesado de los productos. Es decir, el hecho de que no se promovieran explícitamente espacios de socialidad, no impedía que estos se colaran por los huecos que dejaban las actividades pautadas.

En este caso, como señalamos anteriormente, el interés por la «politización» de todas las interacciones cotidianas, venía acompañado de cierta crítica a este estilo emocional que estamos describiendo, que ellos definían como «*el buenrollismo*». En su opinión esta forma de hacer, marcada por el «*colegueo*» y las «*aparentes buenas intenciones*», difuminaba en las dinámicas de los colectivos las cuestiones políticas relevantes.

Pero más que proponer una desvinculación entre lo emocional y lo político, lo que se planteaba en esta organización era otra forma de articular la relación entre estos dos ámbitos. Los sentimientos debían ser objeto de control, no de expresión y comunicación. Para ellos era fundamental el dominio sobre uno mismo, esto es, que fuera «*la razón*» la que guiará los comportamientos del sujeto y no las «*reacciones emocionales*». Antes de actuar, especialmente en los momentos de dolor, era necesario realizar una «*gestión emocional*» de lo sucedido.

La prevalencia de un tipo de estilo emocional u otro, no sólo se percibe en los ambientes que se generan en los grupos, sino que también, como veremos en el último capítulo, afecta a las formas en las que en cada uno de ellos se gestionan los problemas más habituales que suscitan las relaciones entre los miembros: la participación, la implicación y el compromiso.

Pero que exista cierto carácter diferenciado en el ambiente emocional que predomina en cada cooperativa, no implica que todos sus miembros compartan la misma postura con respecto a la importancia de la afectividad en los colectivos políticos. Por ejemplo, un miembro de una cooperativa en la que, a nivel general, se impulsa la creación de este tipo de vínculos, comentaba en una entrevista:

35 Pese a ello, en estas situaciones el discurso terminaba siendo monopolizado por las reflexiones que los encargados de presentar los temas realizaban. El resto de los que se reunían, cansados por madrugar y por el ritmo de trabajo que se mantenía en estas jornadas, tenían poca disposición a ese nivel de profundidad y seriedad. Algo de lo cual uno de los trabajadores se quejaba con frecuencia porque decía sentirse como un cura haciendo una homilía.

«Aquí nos queremos llevar muy bien unos con otros pero eso lleva a que a veces no se digan las cosas claramente por el tema ese de los cuidados. Es una perversión creer que todos tenemos que ser amigos. Yo no estoy aquí para hacer amigos, yo entré por ideología, no me tienes que caer bien, yo no te tengo que estar dando abrazos todo el rato ni dorarte la píldora. Por eso de no herir tus sentimientos al final se hieren más. Si somos profesionales, tú dices lo que pasa y yo mi opinión y trabajamos desde ahí, si tenemos un problema lo hablamos a la cara, no tenemos que ir al psicólogo. Al final se nos mezcla lo político y lo personal y eso hace todo más difícil porque no sabemos separar y conflictos personales acaban bloqueando decisiones políticas. Pero ni siendo serio ni riguroso y pasándolas putas vas a hacer algo, ni tampoco siendo todos colegas y súper alegres, se te va al garete en dos minutos. Tiene que haber un equilibrio».

Una posición diametralmente opuesta a la de aquella integrante de Surco a Surco que defendía que, independientemente de la afinidad ideológica, *«llevarse bien»* era imprescindible para poder realizar un trabajo político común³⁶. En este último caso, el entrevistado dibuja con claridad el mapa de posiciones que se abre ante la pregunta por el papel de las relaciones interpersonales en la práctica política, en el cual ambos sujetos tratan de situarse. La identificación con uno de los polos lleva consigo el distanciamiento, no necesariamente verbalizado, con respecto al otro. Es decir, que estas ausencias se vuelven imprescindibles para comprender los significados de estos discursos.

De esta última declaración nos interesa rescatar dos aspectos más. De un lado, cómo este debate vuelve de nuevo a estar marcado por la línea de tensión entre lo personal/privado y lo político/público. De otro, la oposición que subraya finalmente entre formas *«alegres»* y formas *«rigurosas y serias»* de hacer política.

El conflicto entre estos dos tonos emocionales es el último nivel de discusión que, a nuestro parecer, comprende la cuestión de la afectividad en el quehacer político. Mientras que para algunos *«la militancia tiene que ser divertida y me lo tengo que pasar bien»*, para otros *«no vale que la lucha sea alegre, subversiva y una chapuza»*. La contraposición entre el carácter *«alegre»* y la *«seriedad»* que se realiza en el campo, se extiende por analogía a la que existiría entre la *«falta de rigor»* y la *«profesionalidad»*. Tengamos en cuenta que en el caso de las cooperativas agroecológicas, al haber implicado un intercambio económico, la *«profesionalidad»* adquiere un significado particular frente a otro tipo de movimientos sociales. De esta forma, algunos agentes critican que esas formas más laxas de hacer política, en el universo agroecológico suelen reflejarse en la escasa calidad de los productos que se reciben, y en la incapacidad para crear un movimiento de consumo autogestionado que satisfaga las necesidades alimentarias de sus miembros.

36 Creo que es interesante contextualizar que estas declaraciones, ambas producidas en situaciones de entrevistas, no respondían a una pregunta explícita sobre esa cuestión, lo cual sugiere que éste es uno de los temas de debate importante que circula en estos ambientes

Hemos intentado a lo largo de estas páginas mostrar la circulación de lo que creemos podemos entender como diferentes economías morales en la praxis política. En ellas hay implicados diversos estilos emocionales y normas de gestión de los afectos, vinculados a diferentes posicionamientos en torno a lo político. No sólo desde el punto de vista de las estrategias de acción adecuadas, sino también en relación a los valores en los que se apoyan sus proyectos de transformación, en los que ahondaremos en el próximo capítulo. Tanto las formas de expresión y gestión emocional que se consideran apropiadas, como el papel que se le otorga a las relaciones afectivas, se anclan en la misma postura moral que impulsa el cambio sociopolítico hacia el que apuntan.

CAPÍTULO 9

NO ALIMENTAR EL SISTEMA.

LA CONSTRUCCIÓN DE UN MODELO SOCIO-ALIMENTARIO ALTERNATIVO

9.1. El potencial de cambio de las cooperativas y los grupos de consumo

El universo agroecológico lleva años suscitando la atención de diversos académicos que han tratado en sus trabajos de mostrar los aspectos diferenciales con respecto al mercado convencional de esta forma de producción y consumo de alimentos (Allen y Kovach, 2000; Dubuisson-Quellier y Lamine, 2004; Kirwan, 2004; Hinrichs, 2000; Follet, 2009; Terragni et al., 2009). Todos ellos coinciden en señalar dos puntos principales alrededor de los cuales se construye lo alternativo de estos movimientos: el cambio en las relaciones entre producción y consumo, y la introducción de criterios ecológicos, morales y políticos en el mercado. Para adentrarse en estas cuestiones se apoyan en la noción de «*embeddedness*» de Polanyi, señalando cómo, pese a que es característico de toda relación económica su imbricación en otro tipo de relaciones sociales, en el ámbito agroecológico ésta se hace más fuerte que en los mercados convencionales¹. Según Kirwan (2004) la intención de los sistemas alimentarios alternativos, en esta línea, es la incorporación de cuestiones ambientales, sanitarias y de justicia social en el consumo y la producción de alimentos, de tal

1 La antropología económica ha señalado siempre lo excepcional del sistema económico capitalista en cuanto a cómo en él la economía se desgaja como esfera de actividad autónoma, imponiéndose su lógica al resto de las esferas sociales. Con esto no sólo se trata de poner en evidencia cómo en otras sociedades no es posible deslindar lo económico de las relaciones de parentesco o las relaciones de poder, sino que también se abre una vía a cuestionar esa noción de economía surgida con el capitalismo. Pérez (2014) afirma que precisamente uno de los objetivos de la economía feminista es hacer estallar esta concepción de lo económico mostrando cómo éste no es un campo aislable de otras dimensiones sociopolíticas. En nuestro caso, lo que nos interesa es acercarnos a las formas singulares en las que lo económico se liga con otras lógicas políticas, morales y sociales, en ese complejo territorio en el que se trata de construir, dentro y con el modo dominante de producción y consumo, sistemas económicos alternativos.

forma que no se basen exclusivamente en la maximización del beneficio económico. Para Dubuisson-Quellier y Lamine esto contribuye en primer lugar a «desfetichizar» el alimento, poniendo en evidencia el complejo de relaciones sociales en el que se sustenta el mismo:

Elles mettent en jeu non seulement les propriétés du produit mais aussi et surtout les propriétés des systèmes de production, de commercialisation et consommation de ces produits (2004:145)².

Este aspecto es también subrayado por Allen y Kovach (2000), quienes sostienen que el mercado ecológico dirige la atención de los consumidores hacia los procesos productivos y no hacia un producto abstracto y descontextualizado. Lo orgánico, para ellos se refiere no al producto en sí, sino a cómo éste es producido.

La importancia otorgada a las relaciones sociales de producción permite, según estos autores, construir un sistema de mercado que rompa con muchos de los rasgos del convencional. Pero, como ya mostramos en otros capítulos, una rama de la alimentación ecológica se encuentra integrada como sector de mercado dentro de la agroindustria capitalista. Ésta, si bien puede compartir esta característica de «*abrir la caja negra*» de los modos de producción, no conlleva un sistema económico alternativo. Por tanto, no es la cualidad ecológica del producto sino el tipo de redes de relaciones económicas que sustentan el proceso productivo, el que posibilitaría esa ruptura con el mercado capitalista:

Alternative AFIs, in California as elsewhere, challenge the time-space distantiation that characterizes the continuing development of the dominant agrifood system. They seek to counter this by building often local and accountable social relationships that connect food consumers with farmers and that allow consumer to choose in their purchases to support social relations and environmental practices that they value. They work to educate consumers to see the ways that these social relations and environmental practices are hidden within conventional food commodities (Allen et al, 2003:73)³.

Las redes agroalimentarias alternativas introducen criterios no económicos en la transacción comercial. En segundo lugar, rompen con el distanciamiento propio de la producción integrada, relocalizando los sistemas alimentarios en entornos cer-

2 *Ponen en juego no sólo las propiedades del producto, sino también y sobre todo, las propiedades de los sistemas de producción, de comercialización y de consumo de estos productos.*

3 *Los sistemas agroalimentarios alternativos cuestionan la distancia espacio temporal que caracteriza al sistema agroalimentario dominante. Para ello construyen relaciones sociales locales y responsables que conectan a los consumidores con los agricultores, y que permiten a los consumidores elegir a través de sus compras apoyar el tipo de relaciones sociales y de prácticas ambientales que valoran. Trabajan educando a los consumidores para que puedan ver las formas en las que estas relaciones sociales y estas prácticas ambientales quedan ocultas en los alimentos convencionales.*

canos. Y finalmente, enfatizan una relación directa y basada en la confianza entre agricultores y consumidores, de forma que ésta posibilita, de un lado, una seguridad a los productores que no encuentran en el mercado convencional y, de otro, mayor control por parte de los consumidores sobre los alimentos que ingieren:

Most alternative food systems are oriented toward developing alternative economic relationships that allow people to acquire fresher, more local food or helping farmers to become or remain economically viable (ibid.:71)⁴.

Es por ello que a los sistemas agroalimentarios alternativos se les supone un cambio en las posiciones de poder de consumidores y productores. Desde la periferia a la que la industria agroalimentaria les arroja, pasan a tomar un papel central en la cadena alimentaria. El consumidor, por su parte, aumenta su campo de elección y su capacidad de hacer valer ciertos principios éticos (Dubuisson-Quellier y Lamine, 2004), y la estabilidad económica del productor deja de depender de las fluctuaciones del mercado, de la imposición de condiciones por parte de las grandes distribuidoras, e incluso en algunos modelos, de los avatares biológicos y climáticos que afecten a sus cosechas. Como apunta Hinrichs (2000), existe por parte de los consumidores una voluntad de subordinar sus intereses económicos al bienestar y el mantenimiento de los agricultores. Esto no sería comprensible si no existieran, como explican Dubuisson-Quellier y Lamine (2004), una serie de valores morales que se anteponen a la transacción económica, que la organización en grupos relativamente estables, permite reproducir y fijar en el tiempo.

La organización a través de redes de consumidores y agricultores comporta otro de los efectos transformadores que se asocian a estos sistemas alimentarios, el refuerzo de las relaciones comunitarias. Estas redes no sólo sirven para garantizar un sistema alimentario alternativo al convencional, sino que son una forma de crear lazos afectivos y lugares de encuentro que posibilitan la organización colectiva para otra serie de cuestiones cotidianas.

Pero aun reconociendo los rasgos diferenciales de estas organizaciones con respecto al mercado convencional, son dos las preguntas que para estos autores se abren. La primera, ¿hasta qué punto puede establecerse que en ellas no se reproducen de alguna forma las lógicas del mercado capitalista? Y la segunda, ¿pueden realmente a partir de estas características propugnar un cambio político y social profundo o son meramente una alternativa de consumo?

Aunque, como ya se aclaró, no es objeto de esta investigación realizar un balance sobre los verdaderos alcances políticos de estos movimientos, estas preguntas son interesantes para el tema que vamos a abordar en este capítulo, en tanto que no son sólo preocupaciones de estos académicos, sino que forman parte de los debates

4 La mayoría de los sistemas alimentarios alternativos se orientan hacia el desarrollo de relaciones económicas alternativas que permitan adquirir alimentos frescos y locales, y ayudar a sostener la viabilidad económica de los agricultores.

fundamentales del campo que exploramos. Por ejemplo, el debate sobre el alcance del consumo como acción política está directamente vinculado a las reconceptualizaciones de lo político que hemos repasado en el capítulo anterior. Del mismo modo, dado que uno de los principales objetivos de todas las organizaciones con las que he trabajado es la construcción de un modelo económico alternativo al capitalismo, se vuelve fundamental explorar las tácticas empleadas para lograrlo, y los problemas y contradicciones que éstas suscitan.

Con este propósito vamos a comenzar examinando uno de los principales objetos hacia los que apuntan estas prácticas de transformación: las relaciones campo-ciudad. La actuación sobre la configuración y características de estas relaciones sociales se entiende, como veremos, como un paso ineludible a la hora de construir un sistema alimentario que no reproduzca los problemas asociados al capitalista-industrial⁵.

9.2. Objetos de transformación: relaciones campo-ciudad

Durante la primera parte de este trabajo hemos expuesto las consecuencias que para los campesinos tuvo la introducción de un sistema agrario industrial intensivo acorde a los intereses capitalistas. Como dijimos, estos fueron relegados a una posición marginal al no disponer de las tecnologías, la superficie, ni la financiación necesaria para poder competir dentro de este mercado. Del mismo modo, perdieron su capacidad de negociación, quedando atrapados entre las industrias que les proveen de los inputs necesarios para el cultivo, la industria de transformación alimentaria y las grandes distribuidoras. Dado que el dinero que reciben los agricultores en comparación con el precio de venta final del producto es irrisorio, en muchas ocasiones si no fuera por el sistema de subvenciones, al que no todos pueden acceder, su actividad no resultaría económicamente viable. Este proceso ha venido además acompañado por una estigmatización del campesino y sus conocimientos frente a la expansión del mundo urbano y el saber científico-técnico. Por esta razón, en algunos encuentros de agricultores se plantea que *«permanecer es triunfar»*, es decir, que el mero hecho de continuar en el campo dedicándose a la actividad agraria es de por sí una forma de resistencia nada desdeñable ante el avance del capitalismo.

La apuesta política de la soberanía alimentaria que suscriben estas organizaciones pasa precisamente por la recuperación de lo que desde las ciencias sociales se han denominado las economías campesinas. A pesar de que, como apuntan Moyano y Sevilla-Guzmán (1978), son muy diversos los abordajes teóricos que se han realizado desde las diferentes disciplinas que han tomado por objeto de estudio «el

5 Son cuatro las principales relaciones que configuran los objetos de actuación en estos universos: la relación con la naturaleza, la relación campo-ciudad, las relaciones comunitarias y la relación con uno mismo. La transformación de las relaciones con la naturaleza ha sido explorada en los bloques anteriores. En cuanto a la transformación de las relaciones comunitarias amplias nos remitimos a lo ya apuntado en torno a la socialidad y los vínculos afectivos en estas organizaciones. El cambio en la relación del sujeto consigo mismo lo estudiaremos en el próximo capítulo.

campesinado» y su modo de producción específico, y de las diferencias históricas y geográficas de las sociedades campesinas, hay una serie de puntos de encuentro que permitirían la delimitación de este concepto. Entre ellos se pueden destacar la explotación agrícola familiar como unidad principal de producción-consumo, su integración en la comunidad rural, o el constituir formaciones económicas orientadas hacia la subsistencia y la reproducción social y no hacia el beneficio y el mercado, pero insertas en relaciones de poder y dominación más amplias.

Recogiendo algunos de estos puntos, Sevilla-Guzmán y Pérez proponen la siguiente definición del campesinado:

Aquel segmento social integrado por unidades familiares de producción y consumo cuya organización social y económica se basa en la explotación agraria del suelo, independientemente de que posean o no tierra y de la forma de tenencia que les vincule a ella, y cuya característica red de relaciones sociales se desarrolla en comunidades rurales, las cuales mantienen una relación asimétrica de dependencia, y en muchos casos explotación, con el resto de la sociedad en términos de poder político, cultural y económico (1976:28-29).

Al modelo campesino tradicional se le supone además un tipo de relación específica con la tierra y el ambiente más sostenible en términos ecológicos (Toledo, 1993). La producción campesina realiza un manejo sostenible de los agroecosistemas porque del mantenimiento de las bases ecológicas de la producción depende el éxito de las futuras cosechas (Badal, 2014). Por ello, por la orientación económica hacia la reproducción social, por la biodiversidad que suele caracterizar a las pequeñas fincas, y por su potencial autonomía con respecto al mercado al manejar sistemas de producción integrados, se considera que el marco más adecuado para el desarrollo del modelo agroecológico es el de la economía campesina (Bizilur, Etxalde y EHNE-Bizkaia, 2015). Una consideración a la que ya apuntaba Palerm en su momento:

El futuro de la organización de la producción agrícola parece depender de una nueva tecnología basada en la gestión inteligente de los recursos naturales por medio del trabajo humano, utilizando un mínimo de capital, tierra y energía fósil. Este modelo tiene su prototipo en los sistemas de agricultura campesina (1980:197).

En esta línea, integrantes de Plataforma Rural han mantenido en ocasiones que el modelo que ellos defienden no es el de «*la agricultura ecológica*», sino el de la «*agricultura campesina*». Un modelo que, aunque incorporando algunas de las innovaciones técnicas agroecológicas, se sustenta en la recuperación y puesta en valor de los «*modos de hacer tradicionales*».

Pero, como nos recuerda Badal, hoy en día lo rural está atravesado e incorporado a las mismas dinámicas de consumo capitalista que lo urbano:

Los ingredientes con los que las gentes de pueblo cocinan sus vidas son los mismos que en la ciudad. Cambian sólo algunos aderezos. La relación con el mundo, horas perdidas

ante el televisor. La relación con el entorno, desplazamientos constantes sentados al volante. La relación con los vecinos, un saludo cordial. Las familias extensas, espina dorsal de la socialización campesina, han sido atomizadas. Se han desprendido también de su racionalidad económica en la que el trabajo productivo y la esfera doméstica eran indisolubles. Todos van de casa al trabajo y del trabajo a casa. A pesar de la magnitud y el calado de esta transformación, lo urbano está lejos de haber colonizado completamente el medio rural (...). Las diferencias entre el campo y la ciudad permanecen. Aunque no son mayores que las diferencias entre lo que ahora es el mundo rural y lo que era hace tan solo cuatro días (2014:22-23).

No es posible simplemente volver atrás. Aunque sea con una mirada que rescate del pasado lo que se quiere para el futuro, hoy por hoy no se puede recuperar ese «mundo rural» sin realizar profundos cambios en las estructuras políticas y económicas. El modelo campesino tradicional se encuentra en este país en peligro de extinción y son muchos los esfuerzos que han de hacer aquellos que luchan por mantenerlo vivo, tal y como se expresa en cada encuentro promovido por estas organizaciones agrarias.

Debido a la aniquilación social de las economías campesinas, la agroecología como propuesta política tiene una dimensión ineludible de repensar y reestructurar los modelos urbanos y rurales, y sus relaciones. Mantener «*un mundo rural vivo*», en el que se consiga parar el despoblamiento y el envejecimiento de los pueblos, es uno de los requisitos fundamentales para el desarrollo de este movimiento. Este objetivo sólo puede conseguirse mediante la lucha organizada para la elaboración de políticas públicas que favorezcan la incorporación de jóvenes a la actividad agraria, la dotación de servicios e infraestructuras mínimas a los pueblos y la viabilidad económica de las pequeñas explotaciones. Y, por otro lado, a través de la creación de redes de intercambio locales, mediante las que abrir una nueva vía que reconfigure las relaciones dominantes entre el campo y la ciudad, entre productores y consumidores de alimentos. Es aquí donde entran las cooperativas y grupos de consumo como agentes de cambio fundamentales. La eliminación de la figura del intermediario, la consideración de criterios no económicos en la fijación de los precios, o el apoyo y el compromiso de los consumidores para dotar a los agricultores de una seguridad que no encuentran en el mercado convencional, son algunas de las pautas generales que estas organizaciones comparten al respecto. Para los agricultores, el modelo de venta directa a partir de grupos de consumo revierte en mayor control de su actividad, mayor margen de beneficios, y gracias al compromiso que adquieren con ellos los consumidores, en la garantía de unos ingresos mínimos.

Esta reorientación de la agricultura hacia sistemas tradicionales y sostenibles viene protagonizada por un nuevo modelo de campesinado cuyos perfiles sociológicos, modos de vinculación con la comunidad, modos de relación con su actividad y con los consumidores, formas de organización, expectativas y motivaciones, difieren de los del modelo «tradicional». En el caso concreto de los agricultores con los que he trabajado, todos ellos eran menores de treinta y cinco años, de origen urbano, la gran mayoría habían realizado estudios superiores y contaban con pocas o ninguna

carga familiar. Algunos continuaban viviendo en la ciudad y desplazándose cada día a las tierras de cultivo, y otros se habían afincado en los pueblos buscando «*modos de vida alternativos*»⁶.

Pero ¿en qué se concreta este cambio en las relaciones entre consumidores y productores los grupos de consumo?, ¿en qué situaciones y de qué modos se percibe esa diferencia en la relación que construyen?

Los dos pilares básicos en los que se asienta esta relación en estas organizaciones son la confianza y el compromiso. Un compromiso que se contrae a nivel general con el proyecto específico y, a nivel concreto, con los agricultores que en él trabajan, y que se sostiene en el compromiso más abstracto que se establece con la «*sociedad*» y la «*naturaleza*». Este tipo de implicación es uno de los rasgos identitarios que se supone a los consumidores de estas organizaciones, que se desmarcarían así de la figura del consumidor convencional (que sólo busca obtener un buen precio sin atender a las implicaciones socio-ecológicas del producto que adquiere). Pero el compromiso no es algo dado, sino algo a construir. Por eso, en la mayoría de situaciones, como veremos, la implicación de los consumidores aparece en forma de problema o de objetivo a alcanzar.

Sin embargo, el tipo de compromiso que se valora en estos grupos puede ser también objeto de discusión. En una ocasión, un agricultor valoraba negativamente el hecho de que familiares y amigos se unieran al grupo sólo por esta razón. En este caso, el compromiso derivado de una vinculación de parentesco o de amistad era puesto por debajo del proveniente de la solidaridad con los pequeños agricultores. La calidad del producto era lo que él entendía como razón legítima para comprarle. Algo que en principio un amigo/familiar pasaría por alto, al priorizar el vínculo social sobre el resultado del trabajo abstraído de la persona que lo ha producido. Pero, al mismo tiempo, para este agricultor era importante crear un vínculo con los consumidores que hiciera perdurar ese compromiso, no ya con «*los pequeños agricultores*» sino con personas con nombres propios. Es decir, que ese compromiso concreto para él debía ser el resultado del proceso y no el punto de partida. De hecho, en otros momentos afirmaba que sin que «*la gente te compre a ti porque te quiere comprar a ti*», la supervivencia de su proyecto se haría muy compleja.

Parte del trabajo de estas organizaciones es conseguir que el compromiso en abstracto se traduzca en una vinculación con los agricultores concretos que posibilite su estabilidad económica. Este rasgo, propio de este tipo de mercados, se refleja en la siguiente conversación que mantuvieron un representante de una organización de soberanía alimentaria, una inspectora de una certificadora de alimentos ecológicos y un agricultor que distribuye sus verduras a grupos de consumo:

6 Dado que trasciende el foco de estudio de la tesis, no vamos a profundizar en estas diferencias ni en el surgimiento de los nuevos modelos de campesinado, pero sí va a ser importante rescatar algunas de estas características, que iremos señalando a lo largo de estas páginas, para la comprensión de las dinámicas cotidianas de los grupos de consumo. De igual modo, nos aproximaremos a las trayectorias vitales de algunos de estos agricultores para comprender sus realidades y formas de experimentación de su actividad en su relación con estas nuevas formas de hacer política.

-Lo que está muy bien -dice el primero- es ver cómo poco a poco los consumidores cambian el chip. Si por ejemplo una semana no vienen huevos, o vienen menos, pues lo entiendes, empiezas a comprender los ciclos de la naturaleza y sus ritmos, que no se puede tener siempre lo que quieras.

A lo cual la inspectora puntualiza:

-Ya, pero igual se los podrías pedir a otros ¿no? Que quizás sus gallinas no han puesto pero las de los otros sí.

-Pero no es eso -responde el agricultor- porque al final esta persona es la que te está alimentando, no le vas a hacer la putada de dejarle tirado a la primera de cambio. Es que la cosa está en que yo no me como un huevo, me como el huevo de x, que no lo ves como algo despersonalizado.

No obstante, aunque existan esas pautas comunes, la forma concreta que esa relación toma y las prácticas específicas en las que consiste ese compromiso, varían en función de cada una de las organizaciones, de las situaciones y de los sujetos concretos. Debido a los rasgos específicos de cada uno de los grupos con los que he trabajado en cuanto a su estructura, forma de funcionamiento y posición objetiva en la relación de intercambio, la relación que se establecía en ellos entre productores y consumidores era muy diferente.

Una de las características básicas de algunas cooperativas de consumo es que en ellas el modelo de relación directa se modifica por un modelo de intermediación. Los trabajadores se encargan de la selección de productores y de la negociación de condiciones y precios, y ofrecen a través de una página web los productos que los consumidores recogen cada semana en el local. Esta posición objetiva suele marcar una serie de problemáticas específicas de tipo práctico e identitario.

En primer lugar, en estos casos se vuelve necesario desmarcarse del modelo de intermediación convencional, enfatizando sus diferencias con respecto a una tienda, tratando de fijar los precios de forma justa para el agricultor, evitando la competencia entre productores, y manteniendo con ellos una relación de continuidad y compromiso. Del mismo modo, se trata de hacer hincapié en los beneficios que para el movimiento agroecológico tiene la existencia de figuras como éstas: una intermediación «responsable» posibilita a los agricultores dar salida a más cantidad de producto, permite trascender los «ambientes militantes», soluciona los problemas logísticos de los grupos de consumo, etc. Por ello, en estos casos se entiende que pese a que no exista ese contacto directo como en otros grupos de consumo, los beneficios tanto para consumidores como para productores son altos. Tal y como explicaba un miembro de la Ecomarca, proyecto de distribución a grupos de consumo:

«La parte que más importante nos parecía era cambiar la figura de la intermediación. El intermediario siempre ha controlado los dos extremos de la cadena, no ha habido transparencia dentro de lo que hacía, y la idea era, vamos a controlar que los proveedores siempre fijen los precios, nosotros no regateamos. Los consumidores saben

quiénes son los proveedores y se pueden poner en contacto con ellos directamente. De hecho suele ser una conversación a tres bandas para que siga habiendo contacto entre ellos. Y tener también una relación de confianza (...). Y los proveedores están bastante contentos porque les hacemos bastantes apañitos (...). Nosotros somos como el nodo central del modelo de red. Pero esa red sigue estando ahí. Es una posición peligrosa porque al estar en el centro podrías controlar todo. Pero por eso estamos dando toda la información. Si no fuéramos transparentes tendríamos problemas».

En otra de estas cooperativas, se dedicaba mucha atención a que la información entre consumidores y productores circulara correctamente, especialmente en los casos en los que hubiera habido algún problema con alguna partida de productos. Este «*control de calidad*» era el tipo de situación en el que se pedía que los consumidores actualizaran los valores del apoyo mutuo, la solidaridad y la responsabilidad, poniendo en evidencia que su relación con los agricultores era ajena a las lógicas capitalistas. En estos casos, el papel mediador de la cooperativa traspasaba la habitual compra-venta de productos, centrándose en cómo aunar los intereses de ambos polos.

La secuencia habitual de estos procesos era la siguiente: si un consumidor detectaba algún fallo en un alimento se lo comunicaba a la cooperativa, que hacía un sondeo entre otros consumidores para averiguar si se trataba de un problema puntual o generalizado. En este último caso, tras hablar con los agricultores, se enviaba un email a los consumidores explicando la situación, solicitando información sobre los productos en mal estado, haciendo una propuesta de reposición, y llamando a la reflexión sobre cómo debería actuar un «*consumidor responsable*» ante estos problemas. Finalmente, los consumidores respondían informando sobre la decisión que habían tomado con respecto a la reposición del producto y la cantidad necesaria en cada caso. Para entender de qué forma esta relación difería de la de otros espacios de venta, vamos a ver un ejemplo de un email enviado en relación a una partida de naranjas secas.

«Recibimos una carta de los productores explicando que las heladas de principios de año, inusitadas en ese territorio y producidas por el cambio climático, han perjudicado, no sólo a parte de la cosecha de naranjas, mandarinas y pomelos, sino también a un número indeterminado de frutales que habrá que arrancar. Como siempre, se ofrecen a reponer las naranjas en mal estado para que nadie pierda. Ante este generoso ofrecimiento, práctica habitual de nuestros suministrador@s, es de destacar que el cambio climático no es responsabilidad de ningún agricultor, sino de todos nosotros. Los productores terminan reconociendo una pérdida de calidad en sus últimos cítricos respecto a lo habitual, renovando su intención de seguir mejorando su producción cada año como lo vienen haciendo desde hace 25 años y rogando que no nos quedemos sólo con los problemas ni perdamos de vista cómo actúa la naturaleza. (...)

Respecto al coste de reposición de las naranjas secas, creemos que se dan las condiciones para asumir la cuota de responsabilidad que, como consumidores, tenemos frente a un fenómeno achacable al modelo económico causante del cambio climático. Debemos compartir con los productores los costes de reponer las naranjas defectuosas. (...)

Por último, queremos extraer de un hecho negativo -una parte de las naranjas estaban secas- varios hechos positivos: 1) El diálogo nos permite llegar a una solución que incorpora las razones de las partes (agricultor@s y consumidor@s, campo y ciudad, compradores y vendedores), haciendo efectivas la solidaridad y el apoyo mutuo que proclamamos. 2) Abrimos un nuevo camino en el tratamiento de una injusticia: los buenos agricultores, a pesar de sus desvelos por producir alimentos saludables superando todas las dificultades, se encuentran solos a la hora de las desgracias climáticas. 3) Demostramos en la práctica que, más importante que el control de calidad sobre las cosas, es el control de calidad sobre nosotros (productores y consumidores) y las formas con las que resolvemos nuestras contradicciones (...).

Para crecer sano, un movimiento de consumo responsable complementario con la producción agroecológica debe acreditar su responsabilidad, tanto hacia l@s consumidor@s como hacia l@s agricultor@s.»

Como se puede comprobar en esta correspondencia, aun cuando exista una figura de intermediación, la inserción en estas redes permite a los consumidores conocer y experimentar los problemas y avatares cotidianos de los agricultores, alejándose así de las relaciones anónimas que suele mantener un consumidor urbano con el agricultor que ha producido el alimento que adquiere en una tienda o un supermercado.

Por otro lado, en este email se está llamando a transformar la relación de compra-venta por una de solidaridad y apoyo. La posibilidad de reclamar por la baja calidad de la fruta adquirida no se sostiene en este caso en los «derechos del consumidor», sino en la corresponsabilidad que debe atravesar la relación entre agricultores y consumidores. Estos últimos se comprometen a adquirir sus alimentos, y los primeros a proveer productos de calidad. Sin embargo, se entiende a su vez que, ante un problema puntual, especialmente cuando se debe a cuestiones fuera del control del productor, no es el interés económico del consumidor lo que debe prevalecer en la relación, sino otro tipo de valores: *«no se trata de aceptar cualquier cosa, sino de asumir las dificultades de la otra parte, combinando la justicia con el respeto y el apoyo mutuo».*

Ésta es una característica común a todas las cooperativas y grupos de consumo agroecológicos⁷, pero, como iremos viendo a lo largo del capítulo, la llamada a la solidaridad no siempre se hace apelando a la responsabilidad del consumidor (puede basarse también, por ejemplo, en la empatía con el agricultor). Sin embargo, en este caso, al emplear el esquema de que *«todos somos responsables del cambio climático»*, esa relación de solidaridad aparece más bien como una relación de justicia en la que las propias prácticas del consumidor entran dentro del cálculo: *«es necesario establecer un control de calidad sobre nosotros mismos»*. De esta manera se insta

7 No obstante, siempre debe existir una percepción de equilibrio entre estas renuncias del consumidor y el trabajo del agricultor. Como veremos, en los momentos en los que se considera que no se establece una relación equilibrada en este sentido, los intereses económicos de los consumidores colisionan con la lógica de la solidaridad con los productores.

a los sujetos a reflexionar sobre el papel que ejercen en los problemas sociales y medioambientales, y a actuar en consecuencia.

Las respuestas de los consumidores abarcaban desde las de tipo «*no pasa nada por esta vez*», hasta las que planteaban que, aunque comprendieran los problemas de los agricultores, no sabían qué hacer con kilos de naranjas que no podían comerse. Esto nos muestra cómo, pese a que en una organización pueda haber una postura dominante con respecto a las formas que debe tomar la relación productor-consumidor, ésta no es compartida por todos sus miembros. Esta diversidad de posicionamientos genera una serie de problemas cotidianos en los que vamos a profundizar más adelante.

En la Madre Vieja, la relación entre agricultores y consumidores adquiría un carácter más cercano y cotidiano. Al no existir entre ellos ninguna instancia mediadora, mantenían una comunicación continua por teléfono e email para gestionar problemas o ampliar pedidos. Asimismo, al menos dos veces al año, se organizaban eventos en la huerta para que los consumidores vieran sus progresos, para que se conocieran unos a otros, y para compartir juntos una buena paella preparada por uno de los agricultores. Los momentos de reparto de las cestas, que los mismos agricultores realizaban, se aprovechaban también para informar sobre el estado de la huerta, hacer sugerencias sobre la planificación hortícola, quejarse sobre algún producto, explicar el funcionamiento del ciclo agrícola, compartir recetas, etc.



Ilustración 1. Agricultor hablando con consumidores durante un reparto

Pero no todos los temas de conversación tenían que ver directamente con la huerta y la alimentación. Como ya explicamos, la relación que mantenían con los grupos era mucho más densa afectivamente que una relación comercial, en tanto muchos de los consumidores eran familiares, amigos, conocidos o compañeros de universidad. Aun en los casos en los que no partían de este tipo de vínculos, la cotidianeidad compartida entre ellos generaba una relación que traspasaba el objeto concreto que les unía.

Este tipo de relación era fundamental para asegurar la confianza de los consumidores hacia el producto que adquirían, posibilitando así a los agricultores salir del circuito de certificación ecológica oficial. Su independencia con respecto a esta institución, les dotaba de mayor margen de acción al no tener que someterse a los criterios y controles de las certificadoras. Por otro lado, el vínculo afectivo que se generaba entre las partes facilitaba el apoyo de los consumidores ante problemas puntuales de la huerta (como cuando la verdura llegaba «*más fea*», o en casos como el del escarabajo de la patata que hemos descrito). Sin embargo, a diferencia de la cooperativa anterior, en estos casos no se apelaba a la «*responsabilidad*» del consumidor, sino a la comprensión y aceptación de circunstancias no controlables por los agricultores.

Cuando alguna verdura llegaba en un estado cuestionable, los propios agricultores advertían e informaban a los consumidores de las causas. Habitualmente, la interacción concluía con estas explicaciones: «*el agua ha hecho que se rajaran un poco los tomates*», «*los ajos son muy pequeñitos porque no les hemos dado riego*», «*el granizo ha agujereado las acelgas*», etc. Las verduras suelen mantener su sabor y propiedades aunque su aspecto no sea perfecto. Y esto es algo a lo que cualquier consumidor ecológico ha de acostumbrarse puesto que, para mantener esa apariencia en detrimento de su sabor, las verduras convencionales son sometidas a procesos de producción, conservación y maduración, ajenos a la producción en ecológico.



Ilustración 2. Paella en la huerta para los consumidores

En los casos en los que los consumidores se quejaban de que la calidad de la verdura era deficiente, los agricultores pedían disculpas y ofrecían alguna opción para compensar el fallo (devolución de dinero o reposición de productos). Sin embargo, normalmente los consumidores, al igual que en el caso anterior, solían entender que estos problemas quedaban compensados por la buena calidad global de los productos que solían recibir. Por ejemplo, un día un consumidor le comentó al agricultor que le había tocado una patata podrida en su cesta, pero ante el ofrecimiento de éste de reponérsela, su respuesta fue: «*ya les tocará a otros otro día algo malo. Además también me tocó un brócoli enorme que estaba buenísimo*». Los agricultores eran conscientes de que la relación cotidiana que mantenían con sus consumidores era

una pieza clave para que este tipo de sucesos no supusieran un problema a la hora de la continuidad de los grupos: *«si se vinculan más con el proyecto, si se tienen que comer alguna verdura mala de vez en cuando pues no se quejarán»*, me comentaba uno de ellos.

Pero, más allá de estas funciones operativas, ese marco relacional en el que se sostiene la actividad de estos agricultores, era para ellos un componente central en la satisfacción que les genera su trabajo. Es llamativo que en este punto coinciden prácticamente todos y todas las agricultoras con las que he conversado durante estos años: ninguno se vería haciendo la misma actividad agraria para vender su producto a una distribuidora o a una tienda convencional. Esto nos sugiere que los grupos de consumo no sólo cumplen funciones como facilitar económicamente el trabajo al agricultor o garantizarle una estabilidad financiera, sino que contribuyen a satisfacer otro tipo de necesidades, como que el agricultor sienta que su esfuerzo es apreciado, que se valora el trabajo que realiza, o que forma parte de una trama de relaciones sociales que le arropan y en las que juega un papel relevante. Por ello estas vinculaciones contribuyen a otro de los objetivos básicos de estas organizaciones: la revalorización y dignificación de la actividad campesina en un marco no sometido a los intereses de mercado.

En estas declaraciones queda explícito cómo esta relación económica se imbrica en relaciones sociales más densas que trascienden la actividad comercial:

«El montar esto y el haber evolucionado hacia donde estamos ahora y no hacia grandes superficies o tiendas es también un poco porque nos gusta cómo lo estamos haciendo y el trato con el consumidor y el que valoren el trabajo. Porque la gran superficie no valora tu trabajo como lo valoran los particulares. Y es uno de los aspectos más motivantes del trabajo, que la gente esté contenta, satisfecha, se enteren más o menos, pero que te feliciten y te den las gracias y tal. O sea que eso es la hostia, vamos. Vamos, eso es lo que hace que vayamos con ganas a la huerta, el saber que la gente lo va a valorar» (agricultor, Madre Vieja).

«No sería lo mismo, por más que me gustara la tierra, no sería lo mismo estar trabajando para un señorito que me esté pagando por tal. A mí al final me retribuye este trabajo que tiene tantas cosas precarias por eso, por la cosa social que tiene (...) Si no estuviera en un proyecto social así haría huerta para mí y punto, para mi familia. El hecho de que lo tenga más como profesión viene relacionado con la forma social en la que... Me gusta muchísimo contribuir a crear eso» (agricultora, SAS).

«Pero a mí lo que me gusta de esto es la parte social, digamos, que no sé si me gustaría mucho ser agricultura de tener mi huerto para trabajar sola y luego venderlo a una tienda y ya está. De aquí pues lo que tienes es que estás con los compañeros, que haces otra cosa, que viene la gente de Madrid y la enseñas y se interesan, que tienes las asambleas... que es algo más colectivo, que hay otro fondo en el trabajo... Lo de simplemente cultivar, si me tuviera que bajar aquí sola y ya está...» (agricultora, SAS).

Aspecto que también es resaltado por los consumidores, quienes agradecen con frecuencia la posibilidad de «*conocer a la persona que hay detrás de las verduras*»: «*Cuando ves las verduras ahí piensas en los chavales, porque son gente muy joven que han estado ahí con el esfuerzo, el frío... Que se van por la mañana muy temprano, que quitan, que escardan... Y ves el fruto y claro, te da alegría, es muy agradecido también*» (consumidora Madre Vieja)⁸.

Pese a que la relación entre consumidores y productores trascendiera la transacción económica, en la Madre Vieja se procuraba que el componente comercial de la relación no quedara velado bajo la confianza y el apoyo de los consumidores. Los agricultores daban mucha importancia a que fuera una relación económicamente justa, de tal forma que si durante varias semanas no podían repartir la cantidad habitual de verduras (por problemas de producción, o simplemente por el momento del año), o incluso cuando les faltaba algún alimento que consideraban básico incluir, bajaban el precio de la cesta o adquirían producto ecológico a otros agricultores, pese a que esto no les resultara rentable. Posicionándose ante otros modelos en los que estas pérdidas son asumidas directamente por la cooperativa y los consumidores, uno de estos agricultores comentaba que para él era fundamental «*mantener cierta seriedad con los consumidores*» e «*interiorizar que esto es tu trabajo y es lo que te da de comer*». Y en la misma dirección apuntaba cuando ante la sugerencia de uno de sus compañeros de promocionar entre los consumidores potenciales el valor social y político de una iniciativa como la suya, contestaba que él no quería que le «*apadrinaran la vida*», sino que la gente le comprara las verduras «*porque están muy buenas y tienen mucha calidad*». «*Menos bombo y más doblar el lomo*», concluía.

Pero aun así, si no se conseguía generar una relación con los grupos en la que no primaran los intereses económicos, estos solían acabar disolviéndose. Este fue el caso del «*triángulo de las verduras*», grupo que se creó vinculado a un bar vegetariano y que conformaban un grupo de amigos de entre 35-40 años. Los problemas empezaron en el momento en el que, al haber aumentado el número inicial de consumidores, los agricultores les informaron de que tenían que encargarse ellos del montaje de las cestas, tal y como hacían el resto de grupos.

Durante uno de los repartos, el agricultor expuso lo siguiente: «*como ya os dije, a partir de siete u ocho personas nosotros ya no lo hacemos porque lleva mucho trabajo, somos solo dos personas y hay que hacerlo al final del día, después de todo el trabajo y es muy pesado. Así que si las queréis montadas tendréis que pagar más, para que por lo menos sea rentable el tiempo*». No muy convencida con el nuevo plan, una de las consumidoras le preguntó por la posibilidad de subdividirse en dos grupos de cinco personas para que les pudieran montar la cesta sin aumentar el coste. Otra persona propuso que les preparara únicamente ocho cestas. El agricultor, nervioso, les volvió a explicar las razones por las que, después

8 La empatía con los agricultores que muestra esta consumidora sería el ideal al que se apunta en estas organizaciones, pero esto, como veremos, no siempre se consigue.

de estar todo el día trabajando en la huerta y cosechando las verduras, el montaje de las cestas les resultaba una carga no incluida en el precio, y les comentó que subdividir el grupo era una manera de doblar el trabajo innecesariamente. Finalmente, en un ambiente ya cargado de tensión, se despidió diciendo que lo pensarán y le dijeran algo.

Tras este encuentro, el agricultor expresaba su indignación ante la incapacidad de los otros de «ponerse en su papel»: *«al final son todo lo contrario a lo que aparentan, parecen gente alternativa pero caen en la misma lógica consumista y egoísta»*. Días después, uno de los amigos a través de los cuales se había formado el grupo, criticaba la actitud general del mismo afirmando que tenían *«una forma muy capitalista de consumir»* y que no se daban cuenta de que no estaban en un supermercado. A la semana, el grupo escribió al agricultor para comunicarle que se iban a dar de baja.

Esta llamada a diferenciarse de los consumidores convencionales que, como estamos viendo, está presente de una u otra forma en todos los grupos, es una parte fundamental de la comprensión política del consumo alimentario, pero a su vez, uno de los puntos que más polémicas plantea: ¿a través de qué actos y actitudes me diferencio de un consumidor convencional sin negar que formo parte de una transacción económica?

Las cooperativas de producción-consumo suelen abordar esta cuestión negando la categoría de consumidor como realidad contrapuesta a la del productor. Una agricultora del SAS me comentaba así:

«Es que aquí no tenemos consumidores, es que es otro tipo de relación, que este proyecto es de todos y aquí el grupo de trabajo somos un grupo más. Por ejemplo, hay gente de Madrid que son ya como tus colegas, que vienen a todos los sábados verdes, les ves en las asambleas, en los plenarios... y están súper implicados».

En el mencionado libro del BAH, la justificación teórica de este tipo de relación, que luego incorporarán cooperativas como Surco a Surco, se hace de la siguiente forma:

Nuestra experiencia es la de la integración de la producción-distribución-consumo en una sola organización que, aunque tiene especializadas las tareas de producción-distribución en un grupo de trabajadores que recibe una asignación económica, gestiona en común la vida de la cooperativa en todos sus órdenes. Nuestro concepto de autogestión incluye no sólo a los productores sino también a los consumidores (...). El origen de nuestra actividad es cubrir una necesidad definida colectivamente y en función de esto se organiza el aparato productivo necesario. No se produce para el mercado impersonal, sino para gente muy concreta, y por eso los consumidores entienden la parte productiva de la cooperativa como algo suyo, que es necesario financiar y gestionar (...). El circuito de comercialización no puede ser más corto (...), hasta el punto de que no consideramos que sea propiamente una comercialización sino una distribución entre los miembros de la cooperativa de lo que, de formas diferentes, todos han contribuido a producir (López y López, 2003:143).

Es decir, pese a que existe un grupo de personas encargado específicamente de las tareas de cultivo, por las que reciben una asignación económica, todos los integrantes de la cooperativa son corresponsables de la buena marcha de la misma: *«si sale bien, sale bien para todos; y si sale mal, pues también»* (López y López, ibid.:101). Por ello todos se sitúan en el mismo plano en la toma de decisiones y se hacen cargo de tareas imprescindibles para el éxito de la organización. Este rasgo marca una diferencia fundamental no sólo con respecto al mercado agroalimentario convencional, sino también con respecto al resto de modelos de grupos que hemos descrito.

Para entender las formas concretas que adopta esta corresponsabilidad y la relación que mantienen los consumidores con los integrantes del grupo de trabajo, es necesario, en primer lugar, recordar que estas cooperativas se basan en un sistema de cuotas fijas. El consumidor abona, en el caso del SAS, 53 euros al mes por su cesta semanal, en ocasiones *«abundante y bonita»*, y en ocasiones *«floja»*.

Pero la labor de los consumidores no se reduce al pago de la cuota: han de colaborar en las actividades de financiación extraordinaria, llevar el control de las cuentas y la seguridad social de los trabajadores, involucrarse en la gestión cotidiana y la toma de decisiones de la organización... Pese a la diversidad de grados de implicación existentes, y de que el «problema de la participación» sea uno de los más discutidos en la cooperativa, teniendo esto en cuenta podemos entender por qué aquella agricultora sostenía que el consumidor no era realmente un consumidor. En el momento en el que uno se implique en estas organizaciones como idealmente debería hacerlo, su papel va mucho más allá de la adquisición de una bolsa de verduras. Por esta misma razón, ella afirmaba también que *«no estaba sola»* como agricultora.

Otras organizaciones agroecológicas del campo leen esta relación de forma crítica, denunciando el apoyo unidireccional del grupo de consumidores al de trabajadores. Sin llegar a defender esta postura, uno de los fundadores de esta cooperativa hablaba de que en su momento lo que allí se vivía era una *«dictadura del campesinado»* en la que, aunque se pretendiera una relación en posición de igualdad entre unos y otros, finalmente era el grupo de trabajadores el que mayor poder ejercía, y el grupo de consumidores el que más pérdidas asumía. La pertenencia al grupo de trabajo sitúa al sujeto en una posición central en la cooperativa, que muchos consumidores no pueden alcanzar por las dificultades que encuentran para implicarse en ella (recordemos aquí las constricciones materiales de participación que hemos repasado en el capítulo seis):

«Uno de los problemas que nos encontrábamos cuando se producía, era que como es tu trabajo pero además es tu vida política también, le dedicas mucho tiempo. A la vez que estás cavando las coles también le estas dando vueltas al modelo económico imperante, al..., estás todo el día con eso en la cabeza. Entonces llegabas a las asambleas y eran todo propuestas de la gente del grupo de producción y había muy pocas propuestas de la gente del consumo, porque el consumo aunque era militante y tal no estás todo el día con el rollo en la cabeza o la dimensión es completamente distinta» (ex-agricultor BAH).

Una de las trabajadoras del SAS, antigua consumidora en el BAH, planteaba que la vivencia de las cooperativas desde una u otra posición era completamente diferente: *«como productora ya sí, estás en el núcleo desde donde parte la cooperativa y entonces claro, el nivel de implicación para mí es muchísimo más grande, pero también porque yo he sido consumidora de las que no estaban tan implicadas»*.

Lo que nos interesa enfatizar en este punto es que, pese a que el modelo organizativo pretenda incluir por igual a unos y otros, la posición, la realidad, y la experiencia vivida por parte de productores y consumidores no son equiparables. Las diferencias en el espacio físico que habitan, en sus necesidades y ritmos, en el tipo de trabajo que ejercen, en las constricciones horarias, económicas o de movilidad con las que juegan, en el acceso a determinados recursos y en la propia cotidianidad, marcan experiencias vitales y, por tanto, intereses y prioridades divergentes. Esta misma agricultora afirmaba, por ejemplo, que cuando era consumidora, a la hora de valorar las cestas siempre pedía que se incluyeran más patatas, pero que como productora se había dado cuenta de que no era *«tan fácil»*: *«pedir y pedir. Pero cuando estás aquí te ayuda a ampliar la conciencia y a ver realmente cómo funciona la cooperativa, con el trabajo de todos»*. Esa ampliación de conciencia está ligada al cambio de posición objetiva y a la consiguiente experimentación de otro tipo de intereses y constricciones. Lo mismo podría afirmar quien pasara del grupo de trabajo al grupo de consumo. Por ello, el fundador de la cooperativa sostenía que la empatía era una pieza clave para posibilitar esos procesos de negociación necesaria entre las partes: *«sin empatía no es posible, si no sabes cuál es el estado del proyecto y de los compañeros es fácil entrar en el pago x y dónde están mis verduras. Pero hay que ver el tren entero. Hay gente que no ha salido de su vagón o que sólo está mirando la ventanilla y no entiende el funcionamiento, toda la maquinaria, con qué funciona»*.

Para conseguir esa empatía y ese *«ver el tren entero»* son fundamentales las asambleas, plenarios y, quizás especialmente, los «sábados verdes». La profusión de diversos espacios de encuentro entre consumidores y agricultores en esta cooperativa, además de diferenciarles de otro tipo de grupos, compensa el hecho de que las huertas se sitúen a 100km de Madrid y de que no coincidan nunca en los repartos.

Las funciones del sábado verde en cuanto a ese «acercamiento entre campo y ciudad» se concretan en dos ejes: uno relacional y otro pedagógico. El primero tiene que ver con la construcción y el afianzamiento de los vínculos afectivos entre el grupo de trabajo y los consumidores. A diferencia de otros espacios de confluencia como la asamblea, el sábado verde permite disfrutar de más momentos de esparcimiento y de relación en un marco menos enfocado en una actividad específica (aunque también se aprovecha para realizar labores de la huerta, normalmente éstas son tareas mecánicas que pueden hacerse a la vez que se charla con el resto de compañeros, que es donde está puesto el foco de la acción). En esta situación el peso recae en estar juntos. Aunque sin lenguaje ni forma política, es un momento que muchos siguen considerando político, en tanto sirve para entretejer la trama de relaciones sobre la que se sostiene el proyecto cooperativo. Hablamos también de un eje pedagógico

puesto que estas visitas a la huerta permiten a los consumidores urbanos ajenos al mundo hortícola, aprender acerca del cultivo y la recolección de los alimentos, lo cual también se supone revertirá en esa empatía necesaria para con los productores.

Los sábados verdes del verano no acaban en el trabajo en la huerta sino que se prolongan con chapuzones en las pozas cercanas o fiestas en el local del pueblo de al lado. Por ello, aquellos consumidores que acuden con regularidad a estos encuentros mantienen una relación con los productores que, como decía una de ellas, es «*más de amistad que de compañerismo*» y, por supuesto, que comercial.

Este cambio en las relaciones entre productores y consumidores también implica un cambio en las relaciones entre los propios consumidores. Y es que, como hemos explicado, en estas organizaciones hay implicado un nivel de transformación más amplio: la construcción de relaciones comunitarias, de espacios de encuentro y trabajo colectivo que posibiliten construir sistemas económicos y políticos desgajados del capitalismo dominante. Por ello, son muchos los autores que remarcan que estos movimientos no llevan sólo consigo una propuesta agroalimentaria, sino también una acción colectiva que crea y empodera a la comunidad (di Masso, 2012; Cuéllar y Calle, 2009). Las cooperativas tratan de incidir en esta dimensión, entre otras vías, mediante su faceta de espacios de formación en autogestión y producción agraria.

Como estamos viendo, la reconfiguración de las relaciones campo-ciudad apunta a la reconversión de una relación de mercado enmarcada en los principios de la economía liberal, en una relación que incluya otra serie de consideraciones que trasciendan lo que históricamente se ha delimitado dentro del espacio de lo económico. En esta línea podemos mantener que estas redes agroalimentarias portan consigo un componente de cuestionamiento crítico de las teorías económicas hegemónicas, y una propuesta de construcción colectiva de otras formas de organizar las relaciones de producción y reproducción.



Ilustración 3. Sábado verde SAS

UN SÁBADO VERDE

Hoy es domingo. Se ha desplazado el día porque ayer daban lluvias. La quedada es a las 11.00 pero se retrasa hasta las 12.00 porque la gente ha salido tarde de Madrid. Debe ser habitual, una de las agricultoras lo justifica diciendo *«imagínate a qué hora hay que levantarse para estar ahí tan temprano»*. Nos repartimos en dos grupos, el primero irá a una de las huertas para terminar de sembrar los ajos, el segundo a la otra para arrancar las solanáceas y dejar preparado el terreno para que lo puedan arar.

Ha salido el sol después de una semana londinense de lluvias y cielos encapotados. El cielo está despejado y el horizonte se corta con las montañas de la sierra de Gredos. El huerto, que ocupa una hectárea aproximadamente, se encuentra dividido en varias parcelas, algunas de ellas cultivadas y otras no. Hay hierba en todo el terreno y varias caléndulas puestas alrededor de los cultivos. Según me dice una de las agricultoras, en un principio sólo tenían las tierras de abajo, pero por la necesidad de rotación de los cultivos han tenido que ir haciéndose con más partes. Sin embargo, las tierras más lejanas al pozo son de mala calidad, lo que dificulta la buena marcha de los cultivos. Las están intentando mejorar a base de abonos verdes. *«Es también lo que tiene, que a veces aunque tengas la tierra cuesta mucho trabajo volver a hacerla productiva»*.

Nuestra tarea consiste en desmontar las estructuras de las tomateras y los sistemas de riego, y arrancar las plantas. El trabajo lo hacemos entre siete personas. La agricultora nos indica al principio cómo hay que proceder, pero ella trabaja aparte con el motocultor.

Al principio la gente está más callada. Los que más animan el momento son los niños, a los que el resto les encomiendan pequeñas labores como recoger los tomates, las berenjenas, desatar las cuerdas, etc. A medida que transcurre el día se van estableciendo más conversaciones, acerca del desalojo de Casablanca, de lo que han hecho durante la semana, del concierto que hubo el sábado de Skatalites... Al rato llegan unos amigos de gente del grupo de la Piluka que han venido a pasar el día. Les regañan un poco, entre

risas: *«llegáis tarde, ya sabía yo que antes de las 11.30 no salíais de Madrid»*. Uno de los miembros más activos de este grupo reflexiona *«es que Madrid atrapa»*.

Vuelven los que se habían ido a sembrar ajos. Hace rato que los niños se están quejando de que tienen hambre, deben ser las 14.30. Continuamos con la labor aunque cada vez se oyen con más frecuencia comentarios tipo *«bueno, ¿comemos o qué?»* Los padres desisten y se sientan con los niños a comer. Hacen efecto llamada y paulatinamente el resto se va incorporando a la «mesa». La comida se hace delante de una casita-almacén que está a la entrada del huerto. En un momento se construyen mesas y sillas con cajas de plástico de las de cargar la verdura. Nos sentamos todos en círculo y vamos sacando la comida, y colocándola en medio para compartirla. Alguna se pasa de unos a otros hasta completar el círculo, y otra se deja sobre la mesa al alcance de los demás. La gente explica sus «tuppers»: *«esto es cuscús»*, *«esto es mijo con no sé qué»*, *«crema de acelgas»* que luego da lugar a bromas porque la chica se la lleva de vuelta a casa prácticamente entera. *«Es que sabe mucho a acelga»* le dicen. Una chica llama la atención sobre que ninguna de las cuatro tortillas que hay es de patatas (una de es de brócoli, otra de calabacín, otras dos de espinacas). No hay nada que lleve carne y bromean sobre el veganismo:

-¿Has traído tortilla?

-Sí, pero le he echado huevo... Lo reconozco.

-¡Ah! Ya no eres de nuestra secta, mira que echarle huevo...

Este reírse de sus formas de hacer es algo que se repite en varios momentos de la jornada y que contrasta con la seriedad que otros grupos mantienen con respecto a sí mismos.

El ambiente de la comida es muy agradable, relajado, se percibe la confianza entre ellos. Hay una mezcla de temas de conversación, algunos relacionados con cuestiones de la cooperativa, pero fundamentalmente con otras cuestiones más del día a día, anécdotas... Se entablan varias conversaciones relacionadas con la comida:

- Los productos raros que guardan dos consumidores en su casa que no saben para qué usar y acumulan, como levadura de cerveza (*«¡Menos mal que está Raquel que le da salida a todo!»*).
- La toxicidad de la solanina que tienen las solanáceas (patatas, tomates...), especialmente cuando están verdes. *«Hemos acabado con la dieta mediterránea en un momento»*, dice una consumidora. Hay muchas dudas sobre la veracidad de esta información. El argumento científico se enfrenta al de la costumbre (*«si durante muchísimas generaciones se ha comido pimiento y tomate verde, habrá que ver cuál es el daño que hace...»*; *«yo no voy a dejar de comerlo, vamos.»* *«Bueno, al menos que sepamos que no es buena para nuestro cuerpo porque le cuesta mucho asimilarla»*). Alguien repara en que mientras hablamos de la toxicidad del tomate todos estamos fumando y vuelven las risas: *«quizás antes que dejar de comer patata habría que dejar esto ¿no?»*
- Las granadas que ha subido de Málaga una de las agricultoras, que estaban muy ricas y combinan muy bien con la escarola.

Entonces empieza un intercambio informal de recetas de cocina: «¿qué le has echado a esto?», «¿cómo haces el ketchup de tomate verde?», «¿alguna manera de preparar acelgas para que sepan menos?», y de trucos culinarios: cómo hacer mermelada con agar-agar y stevia en lugar de azúcar para que así «te sientas menos mal y te puedas comer el bote entero».

Esto deriva en una conversación acerca de la prohibición de la planta de stevia. «Las multinacionales se arruinarían si se permitiera el uso de la stevia porque es una planta, es natural, la pueden usar hasta los diabéticos, es sana, la cultivas tú... Todo el mundo la usaría y entonces empresas como azucarera se irían a la mierda. Además que ahora toda la comida lleva azúcar, no sólo lo dulce, siempre lo usan o como corrector de acidez o como conservante... hay muchos intereses ahí.» —sostiene una de las consumidoras. Es el mismo tipo de argumento que emplea cuando le pregunto luego por la mala fama del hipérico, que por la tarde aprovechamos para cosechar: «porque es el mejor antidepresivo del mundo y a las farmacéuticas no les interesa que la gente lo use y entonces dicen que si interfiere con los métodos hormonales o que si es peligroso... En mi familia lo hemos tomado toda la vida en pastillas en los cambios de estación y a ninguno nos ha pasado absolutamente nada».

De postre alguien deja un paquete de galletas de chocolate encima de la mesa, tipo Príncipe pero de Carrefour discount. La gente va cogiendo y cuando una de las agricultoras quiere echar mano de ellas ya se han terminado. Así que otra consumidora saca de su bolso un paquete de Oreo que le ha sobrado del desayuno. Esto demuestra una relación menos rígida con el alimento que la que se da en otras cooperativas, en las que cuando alguno de los invitados a los desayunos traía bollos artesanos de pastelería, la gente los miraba un poco raro por no ser ecológicos. Cuando se terminan, una consumidora bromea diciendo: «todo natural, todo natural, pero aquí todos queremos las galletas de chocolate». En seguida otra saca una tableta de chocolate y dice «yo he traído esto». Es chocolate ecológico de una marca blanca de supermercado. Se termina rápidamente.

Tras acabar de comer algunos aprovechan para echarse una mini siesta. Una chica se tumba en la furgoneta. Otro en el campo, al lado de uno de los niños y del perro. La consumidora que viene con sus hijos anuncia que ellos se van a marchar porque tienen que duchar y dar de cenar a los niños y al día siguiente tienen que trabajar y se les va a hacer muy tarde. El resto de consumidores parecen secundar la propuesta. La agricultora responde que, al menos, podrían terminar de quitar los cartones que se ponen en la base de los pimientos (para evitar malas hierbas), antes de que llueva más y se deshagan. Asegura que entre todos no se tarda más de quince minutos. Al principio parece que la familia se irá con sus amigos en el coche mientras el resto hacemos lo sugerido por ella, pero al final volvemos todos a la labor. «Así bajamos la comida». Nos ponemos a ello y, efectivamente, no tardamos ni diez minutos en completar la tarea.

Cuando acabamos, una consumidora pregunta si se puede llevar las flores de caléndula. Una de las productoras le dice que sí, que puede coger todas porque se van a morir pronto. Otro consumidor bromea: «no, primero tenemos que hacer una asamblea y luego hay que bajarlo a los grupos y...» —completa otra: «y cuando se haya decidido ya estarán muertas las plantas y no podrás hacer nada con ellas». Se ríen.

Recogemos, nos despedimos y nos vamos.

9.3. Un paso más allá: construir economías no capitalistas

Como decíamos, la redefinición de las relaciones que sustentan el proceso agroalimentario se inserta dentro del intento de construcción de economías que funcionen con lógicas ajenas al mercado capitalista. No hablamos únicamente por tanto de una transformación de las relaciones campo-ciudad, sino de una reorganización de la producción y del consumo que incorpora principios de las economías cooperativas, ecológicas y feministas. En este sentido, estas organizaciones agroecológicas, al tratar de reorientar la economía desde el dinero y el beneficio hacia aquello que posibilita una «*vida buena*» (Herrero, 2014), forman parte del campo más amplio de la economía social⁹.

Ésta se centra en las condiciones de vida de las personas, reconociendo la vulnerabilidad de los cuerpos, la interdependencia y la ecoddependencia del ser humano, principios que incorpora al planteamiento económico reconsiderando los conceptos clásicos de trabajo, valor y producción (Carrasco, 2014). Se trata, en definitiva, de «*producir para vivir*». Uno de los fundadores del BAH, apuntaba en esta línea que el objetivo del proyecto era construir un espacio que cubriera las necesidades alimentarias de sus integrantes, a la vez que se preocupara por la inclusión y el cuidado de otra serie de aspectos como la socialización y los vínculos. Además de la reorientación del modelo productivo agrario hacia la agroecología y la economía campesina hay, por tanto, una intención de reconfigurar todo el marco relacional y los principios en los que se sustentan las relaciones económicas. La economía cooperativa basada en la autogestión que promueven algunas de estas organizaciones agroecológicas se presenta así como una de las herramientas fundamentales no sólo para la constitución de otros sistemas agroalimentarios, sino para la transición hacia otros modelos de sociedad.

Pese a que existe un sustrato común a este respecto, podemos sin embargo diferenciar a estas organizaciones en función de si lo que tratan es de incorporar principios de sostenibilidad social y ambiental en su funcionamiento, o si su pretensión apunta directamente hacia la construcción de espacios económicos «*fuera del mercado*». Este es un debate complejo en el campo, en tanto que la línea que separa a unas de otras es discutida con frecuencia¹⁰. ¿Cuánta diferencia se necesita con respecto al mercado convencional para poder considerar que hablamos de un mercado no-capitalista?, ¿de qué forma se conjuga la necesaria generación de beneficio económico para la sostenibilidad del proyecto con la creación de un espacio en el que éste

9 Aunque cada una de estas otras economías posee rasgos específicos, todas comparten una serie de puntos como poner en el centro la sostenibilidad de la vida, humana y natural, el énfasis en la construcción colectiva y participativa de las alternativas, y la importancia dotada a lo relacional y lo comunitario (Bizilur, Etxalde y EHNE-Bizkaia, 2015).

10 Por ejemplo, agricultores que se sitúan en la primera de las posiciones suelen ser bastante críticos con la forma de funcionar de los segundos, puesto que opinan que lo que hacen no es verdaderamente sostenible a nivel económico, y que si se sitúan más lejos del mercado es porque adoptan la forma de una ONG en la que los consumidores sostienen a los agricultores.

quede relegado a otros principios éticos?, ¿en qué medida es posible no reproducir las lógicas capitalistas en formaciones sociales que se insertan en este sistema?, o, en concreto, ¿puede la agroecología generar este tipo de cambios dentro del sistema económico y político al que ella misma pertenece? (Allen y Kovach, 2000).

En todas estas polémicas entra en juego el ideal de la autonomía, en este caso con respecto al sistema económico-político amplio, como problemática ante la cual deben posicionarse estas organizaciones. Esta búsqueda de independencia reposa en dos ejes que se entrelazan, uno político y uno moral. El primero se vincularía a la pregunta de cómo organizar un sistema agroalimentario justo fuera del capitalismo, y el segundo a la de cómo deberíamos vivir nuestras vidas. Es decir, que esta preocupación por la autonomía se mueve alrededor de dos dimensiones: una colectiva, que podemos entender como la emancipación con respecto a un sistema productivo, y otra personal, en la que lo que se discute es la libertad de los sujetos para conducir sus vidas de determinada manera. En este capítulo vamos a centrarnos en la primera de las cuestiones, pero hemos de tener presente que es inseparable de la segunda, en la que profundizaremos en el próximo bloque.

Aun reconociendo la imposibilidad de estar «*completamente fuera*» del sistema en el que se insertan, en todos estos grupos hay una apuesta clara por romper con el mismo, a partir de la autogestión y la independencia con respecto a instituciones financieras, de no buscar el beneficio económico sino la promoción de otra serie de valores, y de la sustitución de las relaciones mercantiles por relaciones de apoyo mutuo y confianza. Pero esto, como sostienen estos miembros del BAH, se lleva a cabo en una tensión permanente con el mercado convencional:

Los experimentos de economía alternativa no surgen aislados ni en espacios puros, sino que se asientan en escenarios complejos, ya dados, en los que necesariamente se relacionan con el mercado. Para mantenerse deben prepararse para la interacción con el capitalismo, deben moverse con él, alimentarse de sus debilidades y defenderse de las agresiones y trampas que éste les tienda. Nosotros trabajamos para generar espacios económicos autogestionarios en estos huecos que el capitalismo deja en sus transformaciones. También intentamos abrir huecos por nosotros mismos (López y López, *ibid.*:81).

Pensamos que, en esta línea, lo característico de este tipo de proyectos, más que el constituir un espacio ajeno al sistema de mercado dominante, es la incorporación de lógicas morales y políticas en la actividad mercantil que realizan. O, planteado a la inversa, que son proyectos políticos con una dimensión económica que intentan conducir bajo una lógica moral e ideológica.

Este carácter híbrido de las economías cooperativas que proponen estas organizaciones agroecológicas, entre el capitalismo y el no-capitalismo, entre lo económico y lo político, hacen que éstas se vuelvan un terreno fértil para la aparición de todo tipo de «*contradicciones ideológicas*» y conflictos morales. Las formas de plantear estas tensiones entre las lógicas económicas y las ideológicas, varían en función de la posición objetiva que ocupen en la relación económica y de los rasgos identitarios de cada uno de los grupos, pero no hay organización en la que no aparezcan. A conti-

nuación examinaremos la forma que tomaban estas problemáticas en las dinámicas de algunas de las organizaciones con las que he trabajado.

Las cooperativas de producción-consumo

El caso del SAS se sitúa en el polo más cercano a la construcción de, como decía uno de sus miembros, una economía «*no exactamente capitalista*». Sus principios de funcionamiento básicos podrían resumirse en la siguiente frase: «*ni precios, ni excedentes, ni beneficios, ni salarios*».

La eliminación de los excedentes del circuito de producción, impide la acumulación y conversión de los alimentos en mercancías con valor de cambio. Este rasgo genera unas dinámicas muy diferentes en comparación con otros grupos de consumo de cesta cerrada en los que sí se juega con ese margen (y por eso nos permite establecer diferencias entre economías más o menos «fuera» del mercado). En primer lugar, porque son fuente de toda una serie de problemas de gestión que los agricultores del SAS desconocen, especialmente durante los meses de verano, cuando el volumen de consumidores desciende y el de la producción asciende (y comienzan las campañas de venta de tomate o de patatas, la elaboración de conservas para su posterior venta, o el regalo de parte del excedente a comedores sociales antes de que se echen a perder). Pero especialmente porque los excedentes suponen una fuente de financiación extra para los agricultores que pueden reinvertir para la mejora de sus proyectos (normalmente les fijan un precio más alto que el de las cestas y los distribuyen tanto a consumidores como a gente ajena a los grupos de consumo o, en ocasiones, a mercados, tiendas y restaurantes). Pero el sistema económico con el que se maneja el SAS no permite esta posibilidad de financiación, de forma que ésta se limita a las cuotas de los socios y a las actividades extra que éstos organicen para recaudar dinero.

Esas cuotas no se corresponderían con el «precio». En esta organización se parte de que los consumidores no «*compran*» las verduras, sino que reciben una parte proporcional de la producción hortícola por ser socios de la cooperativa a la que contribuyen con esas cuotas fijas mensuales. Éstas no se establecen en función de la producción sino de las necesidades de la cooperativa, que es además la propietaria de los medios de producción y la encargada, a través del órgano de la asamblea, de tomar todas las decisiones que afecten a su funcionamiento.

Los cooperativistas no perciben la cuota mensual como el precio de las verduras, sino como un dinero necesario para el mantenimiento y la reproducción de la actividad de la cooperativa¹¹. Este dinero no se corresponde con el precio de la verdura que se recibe,

11 Como vamos a exponer a continuación, creemos que habría que matizar esta afirmación. El hecho de que la cooperativa se organice de tal forma que la cuota no sea equivalente al precio como valor de mercado, no impide que muchos de los cooperativistas la perciban como tal ni que reclamen una mínima cantidad o calidad a cambio del dinero que han aportado.

ni con su cantidad o variedad, ni siquiera con el trabajo aportado por el GT (grupo de trabajo). Se percibe subjetivamente como algo distinto que obedece a otro tipo de relación económica, y esta es la mejor prueba de que estas relaciones económicas no siguen un patrón mercantil, de que la actividad en el BAH no tiene una traducción monetaria directa (López y López, *ibid.*:108)

Este sistema de cuotas, como vimos, dota de una estabilidad financiera a la cooperativa y aporta cierta seguridad a los trabajadores, en tanto que los problemas en la producción son compartidos por todos los miembros y no ven mermados sus ingresos cuando las cosechas no alcanzan una cantidad o una calidad mínima.

Con el pago de esa cuota se entiende, por tanto, como decía una de las agricultoras, que la persona está apoyando un movimiento social, no intercambiando su dinero por una mercancía:

«De hecho en alguna asamblea me he puesto nerviosa, en el sentido de que me rechina, alguna gente que decía de pesar cada cesta para equiparlo con el mercado y ver si el peso de la cesta se corresponde con lo pagas, como una visión un poco mercantilista. Que yo veo que cuando tú pagas una cesta no estás pagando solamente la cesta sino que estás apoyando que exista un movimiento social».

Pero, ¿qué ocurre cuando las cestas vienen prácticamente vacías por errores en la planificación y se pide a los consumidores que sigan pagando sus cuotas sin recibir nada a cambio?, ¿o cuándo las verduras llegan en muy mal estado? En estas situaciones, esa relación horizontal entre consumidores y productores se ve cuestionada, pasando de la lógica de la solidaridad a la puesta en evidencia de la relación comercial que, de alguna forma, existe entre ellos. Es cuando se rompe ese principio de reciprocidad y equilibrio que empiezan a surgir tensiones entre el interés económico del consumidor y el apoyo político al proyecto¹².

Un consumidor me comentaba una vez que no le parecía justo pagar un precio tan alto por la cesta y tener que seguir comprando verduras en otros espacios porque no le daba ni para comer dos días seguidos con lo que recibía. *«Es verdad que yo no estoy aquí metido por las verduras, pero es que a veces uno tiene la sensación de estar apadrinando un huerto»*. Sin embargo era reacio a plantear esta cuestión directamente al grupo: *«es que si dices algo luego la gente te mira como si fueras un capitalista al que sólo le importa el dinero»*. En una línea parecida, una antigua consumidora me explicaba cómo, aunque ella entendía que el precio de la cesta fuera alto, las semanas que venían *«cuatro puerros»* no podía evitar *«sentirse engañada»*.

Este tipo de declaraciones son muy representativas de una de las tensiones que en estas cooperativas aparecen entre consumidores y productores: la paradoja del no-consumidor. Por un lado, un *«consumidor responsable»* debe alejarse del prototipo

¹² Decía uno de los fundadores del SAS que de hecho todos los problemas con los consumidores se daban en los momentos en los que había dificultades con las cosechas.

de «*consumidor capitalista*»¹³. Pero por otro, esto se traduce en no comportarse como un consumidor y atender a los valores sociales y ecológicos del grupo con el que se compromete. No obstante, al estar haciendo un desembolso económico (poco despreciable para la mayoría de los integrantes, que suelen moverse con economías precarias), se espera una contrapartida justa por esa cuota. La ilusión del no-consumidor se mantiene gracias a una serie de mecanismos de presión social (como en el caso de ese sujeto que era reacio a reclamar), pero este cálculo sólo desaparece aparentemente. Aunque las cuotas no sean equivalentes al precio de mercado, sí entra en juego un principio de reciprocidad que cuando se transgrede hace emerger los aspectos comerciales de la relación que se establece.

Para permanecer en este tipo de grupos es imprescindible que el interés económico personal sea puesto por debajo del interés por la reproducción del proyecto; pero, como decía una integrante del BAH,

«Una cosa es que de forma excepcional y debido a alguna circunstancia concreta y puntual los consumidores asuman cestas escasas o en mal estado por el mismo precio, pero esto tiene que ser por cuestiones concretas, cuando se convierte en hábito, en una constante dentro de los grupos, empieza a ser un problema. Mucha gente puede plantearse que con lo que pagan por las cestas podrían estar en un grupo de consumo donde eligieran lo que quieren comer y además tendrían mayor cantidad de comida»¹⁴.

Podríamos plantearnos por qué los problemas de escasez o calidad de las verduras de estas cestas se pueden llegar a convertir en una constante, teniendo en cuenta los años de experiencia que tienen estas cooperativas. Creo que la respuesta estriba en dos cuestiones principales. La primera tiene que ver con la ya mencionada reposición continua de agricultores que suele caracterizarlas. En el SAS (y quizás por esta razón), aunque el grupo de trabajo es más estable que en el BAH, es muy habitual que las agricultoras se tomen periodos de excedencia durante los cuales les suelen cubrir personas con pocos conocimientos hortícolas. Un antiguo agricultor del BAH expresaba, en este sentido, que la cooperativa siempre se había movido en la tensión permanente entre ser una escuela-taller de producción agraria pagada por los consumidores, y ser una cooperativa integral de producción, distribución y consumo. Esto lleva también a matizar la imagen de la equivalencia entre unos y otros actores, poniendo en evidencia las relaciones de poder que se generan entre ellos. Dado que

13 Es también interesante que esta imagen del consumidor convencional que se emplea en los discursos de este universo, se equipara, sin cuestionarla, a la figura mítica del *homo oeconomicus* que nos presenta la economía neoclásica.

14 Pero en este punto es fundamental recordar lo que sostenía una veterana consumidora del SAS: «*si sólo estás aquí por las verduras, mal vas...*». Si hay algo que he podido apreciar en la propia experiencia como consumidora en este tipo de cooperativas es que los vínculos que se establecen con los otros miembros del grupo, el trabajo colectivo y la ilusión por un proyecto político autogestionado, pueden compensar ese intercambio económico desequilibrado en términos comerciales.

la experiencia y el tono físico que se adquiere tras realizar estas labores de forma continuada son factores clave para el buen resultado de las cosechas, la inestabilidad en los grupos de trabajo no favorece el progreso, pese a los años de rodaje, en el resultado global¹⁵.

La segunda cuestión está relacionada con la limitación financiera de las cooperativas y la precariedad de recursos en la que se mueven (en parte impuesta y en parte elegida). Por ejemplo, la falta de un sistema de refrigeración para almacenar las verduras, combinada con el hecho de que sólo haya un día de reparto a los grupos por semana, es la principal razón por la que en el SAS algunos productos llegan en mal estado a los consumidores. Tanto doblar los días de reparto, como adquirir algún frigorífico suponen un desembolso que la economía de la cooperativa no puede asumir. Dado que las principales vías para la obtención de mayores recursos económicos no se contemplan por razones ideológicas (la venta de excedentes o el aumento del número de consumidores), es poco probable que esta situación cambie. Aquí se pone en evidencia cómo los principios políticos (relacionados con la independencia con respecto al sistema) entran en contradicción con la viabilidad de la actividad económica que se realiza en estas cooperativas. Pero por otro lado, son esos mismos principios los que hacen que ésta pueda sostenerse sin necesidad de ser viable a ese nivel.

Es por esta razón que los otros agricultores planteaban que estos proyectos no serían sostenibles sin ese apoyo incondicional de los «consumidores solidarios». Del mismo modo, ésta era una de las críticas más habituales que los miembros de otra cooperativa de consumo hacían al sistema de cuotas y cestas cerradas. Para ellos, estos modelos no podían cumplir el objetivo que ellos consideraban básico en un movimiento social agroecológico: posibilitar que la mayor parte del consumo alimentario de las familias se basara en alimentos ecológicos de calidad. «*Es una falta de profesionalidad que además hace daño a todo el movimiento, porque la gente sale tan quemada de ahí que se va directamente a un supermercado a comprar los productos ecológicos*», planteaba un trabajador.

Pero, como decía aquel consumidor, el dinero es un tema «delicado» en estos espacios. Creemos que esto se debe a la confluencia en el seno de estos grupos de dos regímenes de acción de difícil integración. Por un lado, el que suele predominar en los movimientos sociales, la solidaridad y el apoyo mutuo, que no sigue un esquema de reciprocidad, sino que no espera contrapartida. Por otro, uno que se enmarca dentro de lo que Boltanski (2000) denomina los regímenes de justicia, en los que sí entran en juego el cálculo y la reciprocidad. En las dinámicas cotidianas de los grupos hay un constante pasar de un marco de acción a otro: de la confianza y la cercanía al pago de un dinero; de la «amistad» con el agricultor a la «queja» por no estar cumpliendo su obligación como productor. Este mecerse entre las aguas de lo

15 Con esto no se quiere decir que no haya mejorado la calidad de las cestas con el tiempo y la experiencia. Pero aun así hay problemas que siguen repitiéndose puntualmente en momentos determinados del año (ajos que se pudren, tomates que se ponen malos, épocas de escasez...).

ideológico y lo económico es una de las principales fuentes de las problemáticas que aparecen en estas organizaciones.

La cuestión del dinero no suele abordarse en cuanto al interés concreto del consumidor, pero sí desde una perspectiva ideológica en relación a la problemática de la autonomía que hemos mencionado. En alguna de estas cooperativas se planteaban como contradicción, por ejemplo, el hecho de considerarse como un espacio fuera del mercado cuando finalmente dependían de los sueldos que los consumidores ganaban en el mercado laboral capitalista para poder mantenerse, pero no así el hecho de que calidad de las cestas fuera deficiente. Este asunto entronca con uno de los principales debates que atañe a cualquier cooperativa autogestionada: determinar hasta qué punto sus proyectos son sostenibles sin cargar económicamente a los consumidores o sin la auto-explotación de los trabajadores¹⁶. Porque no es sólo el desequilibrio para el consumidor el que se cuestiona en estos espacios, sino también la precaria situación laboral en la que se mueven los agricultores, debido tanto al salario que perciben, como a su «desprotección» por no estar dados de alta en el sistema de seguridad social.

En relación al primer tema, es importante puntualizar que, al igual que no se habla de precios, tampoco se entiende que a los productores se les pague un salario por su trabajo, sino que reciben una asignación económica que compensa la dedicación especializada que realizan al huerto. Es decir, no hablaríamos de una relación de compra-venta de fuerza laboral. Los agricultores no son asalariados de la cooperativa sino socios. Así explicaba la posición del agricultor dentro de la cooperativa BAH una persona que se había dedicado a ejercerla durante dos años de su vida:

«La forma de estructurarse del BAH es: una gente pone el capital financiero porque es evidente que para poder colectivizar los recursos se necesitan esos recursos y estos vienen a través del dinero, esto es innegable, o sea si quieres una motoazada, hombre, te la pueden dejar, pero el combustible REPSOL no te la va a truecar ni rollos de estos. Dinero vas a necesitar. Y una cosa es el capital financiero y otra el capital humano. El capital financiero, las bolsas que se pagan y el humano, el grupo de producción que pone su mano de obra, ¿no? Como que se equilibra, dices, vosotros ponéis eso y yo dispongo de tiempo, me voy a dedicar a esto con responsabilidad».

La cuantía de la asignación es sin embargo escasa, por lo que, aunque el coste de vida en la zona donde se ubican los agricultores es mucho menor que en una ciudad como Ma-

16 Aspecto que uno de los responsables de otra cooperativa de consumo resumió de manera muy expresiva en la siguiente frase: «este proyecto es como un chulo que nos trata como a prostitutas a su servicio, y si quieres entras». Aunque en su caso concreto la demanda de implicación que se requería de los trabajadores y militantes era mucho más exigente, no a nivel de tiempo, sino de rigidez, profesionalidad y responsabilidad. En un caso como el suyo no podría permitirse, como ocurre en ocasiones en el SAS, que la comisión de financiación no se reúna durante dos meses o que se arrastren proyectos durante años, bajo el argumento de que los ritmos militantes son otros.

drid, siempre ha existido cierta preocupación por la paradoja de que la construcción de un sistema más justo que el capitalista conlleve la precarización de los trabajadores. Aun así, ninguno de los agricultores de estas cooperativas con los que he hablado percibía negativamente sus condiciones laborales. Aunque alguno reconocía que no contemplaba el SAS como un lugar en el que pudiera permanecer si sus prioridades vitales cambiaran («si quisiera tener hijos», «cuando ya empiezas a pensar en qué va a pasar cuando te jubiles...»), todos señalaban que esa «precariedad económica» quedaba compensada por otra serie de ganancias a nivel personal y social. Una de las cuestiones que más valoraban en este sentido era «no trabajar para nadie», sino moverse en un marco de libertad y de responsabilidad compartida que poco se parecía a sus experiencias previas o posteriores en el mercado laboral. Un antiguo agricultor me comentaba así que:

«yo ahora que curro en empresa pues me pasa que lo siento más precario que el BAH. Pues tú verás, el empresario te pone horarios, te dice lo que tienes que hacer y lo que no, tú medio negocias a nivel de convenios colectivos y mierdas de esas sindicales, pero es falso, quien pone la pasta es quien tiene la sartén por el mango y olvídate».

Del mismo modo, pensaban que las retribuciones que recibían por su labor en las cooperativas trascendían la asignación y la cesta de verduras que reciben semanalmente. Por ejemplo, hay un sistema de cuidados que va más allá de los derechos laborales habituales, como la cobertura de masajes, un sistema de excedencias generoso, mucha flexibilidad en la auto-organización del trabajo, bajas maternales y paternales más amplias, etc. Para poder financiar todas estas cuestiones se recurre a la caja de resistencia que se presenta como un sistema alternativo al de la seguridad social convencional y que trata de irse aumentando cada año.

Todo ello nos lleva a pensar que quizás el vaivén de trabajadores que se da en estas cooperativas tenga más que ver, en la mayoría de los casos, con el tipo de esfuerzo y dedicación que requiere mantener una huerta, que con las condiciones laborales en las que se desarrolla el trabajo.

El segundo tema, la seguridad social, es uno de los debates más largos y complejos a los que han tenido que enfrentarse en estas cooperativas. Aunque en un principio eran los propios trabajadores los que rechazaban su inclusión en el sistema, actualmente en muchas de ellas se les ha dado de alta un número mínimo de horas. En el caso del SAS, al menos, este viraje estuvo muy relacionado con el cambio en las normativas de acceso al sistema sanitario de salud.

No vamos a entrar en profundidad en este debate, pero sí me parece interesante rescatar del mismo, de cara a lo que estamos examinando, la complejidad de las lecturas ideológicas que entran en juego a la hora de plantear un sistema alternativo al mercado. En el enfrentamiento que se producía entre las «posturas sindicalistas» y aquellas que abogaban por esa «autonomía del sistema», se pone en evidencia cómo, partiendo de un rechazo común al modelo de mercado capitalista, lo que para algunos son ideales políticos para otros son contradicciones ideológicas. La relación entre un posicionamiento político y el tipo de sistema alternativo al mercado que se busca, no es algo dado en este universo social.

En el siguiente extracto un antiguo agricultor del BAH resume las principales posturas del debate:

«Ahí hubo un punto de roce importante porque hay quien decía «pues si existe el sistema de sanidad pública os damos de alta» y otra gente que decía «muy bien la sanidad pública pero a mí no convence ese sistema de salud» y se planteaban alternativas de medicina preventiva. Y que políticamente no estaban de acuerdo. Pero los sindicalistas pues decían que si ellos peleaban contra el trabajo precario pues lo que no podían hacer era generar trabajo más precario aún».

Son dos, por tanto, los puntos en los que se basaba la reticencia a la cotización en la seguridad social. De un lado, un postura sobre las relaciones con el cuerpo expresada en el rechazo al sistema médico alopático y el acercamiento a otro tipo de medicinas¹⁷. Y de otro, una postura política en cuanto a la búsqueda de independencia con respecto al sistema dominante. Son estos los mismos ejes en los que basa su argumento esta agricultora de Surco a Surco:

«No me siento nada afín a la sanidad oficial y no me atrae nada la historia. Además que hay que dejar ahí un montón de pasta y un montón de esfuerzo que a una cooperativa como la nuestra, que está hecha por la gente, nos cuesta. Entonces yo prefería que no, pero como a la gente le daba un poco de susto no estar asegurado del todo, por ese recorte que iban a hacer que a lo mejor no iban a tener tarjeta sanitaria, pues cedí (...) Yo no suelo usar mucho la medicina y entonces lo de la seguridad social me daba más pereza que otra cosa. Como que ideológicamente me motiva mucho más crear algo nuevo que participar en lo que ya se ha estado haciendo. Que es verdad que a mucha gente que ha vivido la seguridad social lo tiene como algo reivindicativo, un derecho ganado y eso, pero.... En su momento era todo un logro pero hoy en día es una cosa más acomodada. Que la manejan, que no la manejamos nosotros, y eso es de las cosas que más me motivan del SAS, que es una organización social en la que tú puedes crear algo con lo que estás a gusto y que no lo consideres injusto por todos lados y tengas que estar todo el día quejándote y renegando».

Es interesante el hecho de que un poco más adelante en la entrevista, esta agricultora me comentara que una de las opciones que estaban valorando para no tener que depender del sistema nacional de salud fuera la contratación de un seguro privado. Interesante en tanto que puede resultar paradójico que la búsqueda de la autonomía total con respecto al sistema capitalista pueda acabar derivando en las mismas propuestas del neoliberalismo. Y aunque esto pueda parecer una contradicción, creo

17 Los posicionamientos en torno al sistema médico y la relación específica con el cuerpo que conllevan vamos a examinarlos en el próximo capítulo. Como veremos, este cuestionamiento forma parte de las problemáticas subjetivas que aparecen en estos ambientes y es necesario estudiarlo en su relación con los posicionamientos en torno a otras esferas de la existencia, como puedan ser la alimentación, la política, las relaciones con los otros o con la naturaleza.

que es más sugerente no etiquetarlo como tal, sino comprender por qué para ella no lo es. Hablamos en este caso de algo más complejo, que tiene que ver con aquellas «concesiones» que la persona está dispuesta a hacer en la negociación con lo real de sus principios ideológicos, y con el orden de prioridad que se otorga a estos. Para ella el ideal era que la cooperativa generase los suficientes beneficios como para poder costear tratamientos de medicina preventiva y alternativa, no sólo a los trabajadores sino también a los propios consumidores. En tanto que esto no es una opción factible en la cooperativa, prioriza el ahorro de esfuerzo de los consumidores (al no tener que hacerse cargo de la gestión de altas y bajas y el pago de la seguridad social), la independencia con respecto al sistema dominante de salud, y la potencial construcción creativa de otros sistemas de protección para los trabajadores, frente a lo que para otros son derechos laborales básicos. Para estos últimos, la seguridad social no es un símbolo del sistema contra el que se pretende luchar, sino por el contrario, uno de los logros que proteger ante el avance del sistema económico contra el que hay que luchar. Posicionamientos que son inseparables de sus posiciones objetivas como agentes sociales: jóvenes vinculados a movimientos políticos autónomos y libertarios en el primer caso, e integrantes de organizaciones sindicales en el segundo.

Un movimiento social con dimensión empresarial

Procedemos ahora a examinar el caso de una cooperativa de consumo cuyos fundadores, tras años participando en grupos de consumo, decidieron crear una estructura más amplia que funcionara como central de compras tanto para grupos como para consumidores individuales. Esto se hizo con un claro objetivo político. Partían de que para construir soberanía alimentaria y garantizar la agroecología anticapitalista de pequeños productores, se necesitaba un movimiento fuerte de consumidores organizados en una estructura que permitiera absorber el producto de diferentes agricultores y posibilitara el crecimiento del movimiento. La organización militante del consumo se topaba, para ellos, con importantes límites a la hora de garantizar este objetivo por lo que consideraban imprescindible profesionalizar estas tareas.

Gran parte de los problemas que les atravesaban como organización provenían precisamente de esa doble naturaleza que les definía: movimiento social y empresa. En ocasiones se definían como «una empresa socialista» en la que palabras como competitividad, lucro o clientes se consideraban prohibidas, y en otras como «un movimiento social con una dimensión empresarial». Esta dimensión política era a la que más importancia dotaban en la definición de sí mismos («es parte de nuestra identidad y es lo que nos diferencia de otras empresas de alimentación ecológica»), y procuraban que todas sus prácticas estuvieran atravesadas por esos principios ideológicos: desde la organización y funcionamiento del equipo de trabajo hasta la relación con los consumidores, pasando por la selección de productos y productores, la fijación de precios o las campañas de sensibilización y educación alimentaria. «No vendemos productos sanos para la clase media, que también, no somos una tienda, que también, somos una cooperativa con un proyecto político», sostenía en una reunión con los colaboradores uno de los responsables.

No obstante, en la consecución de ese objetivo político de crear un movimiento de consumo agroecológico responsable de masas y organizado, se enfrentaban con lo que para ellos eran múltiples contradicciones. Así, reconocían que no era sencillo ser una «*empresa anticapitalista*» cuando tenían que facturar, hacer contratos y estar pendientes de generar determinado volumen de ventas. «*El consumo responsable tiene que ser más responsable y más consumo*», declararon en alguna asamblea de socios tras criticar el consumo ecológico «*en dosis homeopáticas*».

Por otro lado, la legalización como cooperativa trajo consigo la adopción de toda una serie de normativas de sanidad y consumo que les impedían vender productos que no estuvieran certificados, les obligaban a reformar el local de tal modo que se asemejara cada vez más a una tienda ecológica, les hacían recurrir a veces a distribuidores a los que ubicaban en el bando de la alimentación ecológica capitalista...

Pero la mayor de estas tensiones provenía de la relación que mantenían con los consumidores. Al haber creado una estructura de venta flexible y con precios populares (buscando esa extensión del consumo responsable fuera de los ámbitos militantes), la variedad de perfiles y motivaciones de los consumidores era cada vez mayor. Pese a que priorizaban a los grupos de consumo y a los «*consumidores activos*», ofreciéndoles una serie de facilidades y ventajas económicas, los consumidores que no se implicaban en el proyecto más que como tal eran una figura fundamental en el paisaje social de la cooperativa, y contribuían por igual a mantener económicamente el proyecto. A este perfil de consumidor solían definirlo como «*el ecoyuppie*»: aquellas personas con alto poder adquisitivo cuyos intereses para consumir alimentos ecológicos se reducen a «*la moda*» o la salud, de forma que no prestan ninguna atención o incluso rechazan la dimensión política de esta práctica de consumo.

Tenemos que entender la naturaleza simbólica de esta categoría, que se empleaba como un recurso retórico en los discursos identitarios para definirse a sí mismos por la distancia que les separaba de ellos. Eso era lo que ellos no eran, y lo que ni un consumidor responsable ni la agroecología debían ser. En la práctica, un «*ecoyuppie*» podía ser cualquier persona que no hiciera de la cooperativa su espacio de militancia sino que la usara como una tienda de barrio, algo tan extendido entre los consumidores que abarcaba todo tipo de agentes sociales, motivaciones y experiencias particulares.

Pese a su lucha cotidiana con estos «*ecoyuppies*», reconocían tener con ellos un punto en común: «*la virtud de preocuparse por la alimentación*». Por eso, los trabajadores no se resignaban a esta situación y optaban por mantener con estos consumidores «*una relación de tensión*», tratando de reconducirlos hacia la implicación política. «*No buscamos que se vayan, aunque algunos lo hacen, pero aunque te llamen absolutista hay que hacer presión*», afirmaba en una asamblea uno de los responsables.

Los momentos de cobro en la barra del local eran las situaciones en las que se hacía más patente este tira y afloja entre unos y otros. Las tipificaciones que cada uno hacía de esta situación eran completamente diferentes. Mientras que para muchos consumidores era «*el momento de pagar la compra*», para estos trabajadores era

«el momento de conseguir que los consumidores se impliquen activamente en el proyecto», ya fuera acudiendo a algún acto, comprando la revista o insistiendo en la importancia de la colaboración activa para la supervivencia de la cooperativa.

Aquellos consumidores que sí se involucraban en otras tareas de gestión de la cooperativa, recibieron un día la sorpresa de la institucionalización de la figura del *«consumidor activo»*. A cambio de colaborar un número determinado de horas al mes, en una amplia variedad de tareas que ponían a su disposición, recibían un descuento en sus compras mensuales. Con esto se pretendía, según los trabajadores, *«premiar a los que más trabajan y visibilizar a los individuos excelentes para que sirvan de modelo»*. No obstante, fueron muchas las resistencias que encontraron a esta propuesta. Algunos de estos consumidores opinaban que este premio económico por la militancia enrarecía la relación de apoyo que ellos querían mantener con la organización. Por un lado, les obligaba a *«fichar»* para que quedaran contabilizadas las horas exactas que cada uno contribuía (en algún caso, *«consumidores activos»* que llevaban tiempo apoyando a la cooperativa, no pudieron disfrutar de este descuento por faltarles una hora de colaboración). Por otro, decían rechazar *«la sensación de colaborar en un proyecto político a cambio de dinero»*. Por estas razones, algunos llegaron a renunciar a este derecho. *«Es mejor que se emplee ese ahorro de dinero en contratar a otra persona»*, sugirió un consumidor. En algunos grupos de consumo optaron por extender ese descuento al global y no aplicarlo a personas concretas para evitar generar diferencias internas, ante lo cual los responsables de la cooperativa opinaban que: *«la idea del grupo activo en su conjunto tapa los problemas porque hay gente que es más virtuosa y tiene que emerger y recibir su recompensa moral que se materializa en ese descuento»*.

Éstas son sólo algunas de las situaciones en las que se ponía en evidencia la dificultad de aunar una lógica empresarial con la de un movimiento social. Este tipo de tensiones también aparecían a la hora de seleccionar productos para la distribución, o en las contradicciones que se les presentaban en la gestión de la relación con los trabajadores.

9.4. ¿Consumo político?

«Día a día apoyamos determinados tipos de empresas y formas de producir que van en contra de nuestra filosofía y nuestro estilo de vida, por eso intentamos ir más allá del producto y preguntarnos quién lo produce, cómo, si se emplea un tipo de semilla, si exporta, si tiene monocultivos o grandes terrenos, si participa en cooperativas de productores... Intentamos consumir sin ser consumidos»
(miembro de la cooperativa Ecosol).

Estas economías cooperativas centradas en la apuesta por la horizontalidad, la autogestión y la ausencia de beneficio económico necesitan, como estamos viendo, del compromiso de unos consumidores que no se muevan bajo la racionalidad del mercado sino que prioricen el ejercicio de una serie de valores ético-políticos en sus prácticas de consumo.

Aunque en ocasiones algunos miembros de organizaciones campesinas han tratado de diferenciar la propuesta política de la soberanía alimentaria de la idea del consumo responsable, la viabilidad de esa reestructuración de la producción agroalimentaria, mientras sigan existiendo los mercados capitalistas, pasa por generar este tipo de consumo ético.

La politización de las prácticas de consumo alimentario es por tanto otro de los pilares que sostienen estas propuestas de transformación económica y social; pero al mismo tiempo, es fuente de debate generalizado en estas organizaciones, complejizando aún más las tensiones que rodean la propuesta de una política de lo cotidiano a la que nos hemos aproximado en el capítulo anterior. ¿Es posible plantear una acción de superación del capitalismo desde la propia definición que el mercado hace de nosotros?, ¿podemos romper con un modelo de mercado como consumidores?

A pesar de que para muchos integrantes de movimientos sociales este planteamiento les sigue resultando problemático («yo prefiero considerarme obrera a consumidora», decía una integrante de una cooperativa agroecológica, militante desde hace más de veinte años en colectivos marxistas, al plantear la cuestión de consumo responsable), las estrategias de transformación en estas organizaciones se basan en gran medida en la defensa del potencial político del consumo.

A la confianza en el poder del consumidor para expresar su papel activo como ciudadano a través de sus actos de compra y realizar así transformaciones sociales, se le ha denominado «consumerismo», término que abarca tanto estrategias de boicot¹⁸ como de las llamadas, en contraste, «buy-cott». Mientras que las primeras se sustentan en que la persona se abstenga de adquirir determinadas mercancías (por sus atributos simbólicos, por el país donde es producido, por la empresa productora...), las segundas se basan en el consumo de ciertos bienes para expresar determinados valores o potenciar determinados modelos de sociedad. En cualquier caso, son conceptos que vienen de la mano; aunque el énfasis esté puesto en aquello que uno no debe comprar, eso implica de por sí una preferencia por aquello que sí tiene que adquirir (si no has de consumir producto extranjero deberás consumir producto local), y viceversa (si debes comprar en negocios de comercio justo no deberías hacerlo en un supermercado).

En ambas modalidades los productos adquieren un importante significado simbólico. Del mismo modo que no consumiendo hamburguesas de franquicias de multinacionales de comida rápida se «lucha contra el capitalismo», comprando productos ecológicos del agricultor local se «construye soberanía alimentaria». Ambas comportan igualmente una función identitaria, en cuanto que se entiende que la persona

18 La historia del boicot como estrategia política es larga y se ha vinculado tanto a movimientos nacionalistas como a contextos bélicos o a la defensa de los derechos de los trabajadores. Algunos de los ejemplos históricos más conocidos son casos de boicots a productos británicos, como el que se llevó a cabo durante la guerra de la independencia norteamericana o el principio de *swadeshi* que promovió Gandhi incitando a consumir únicamente productos indios.

va a definirse de una u otra manera a partir de estos hábitos de consumo. Pero en cierto sentido, la segunda de las estrategias de este consumo político admite una mayor flexibilidad y variación en las prácticas y, por tanto, genera mayores conflictos. Se puede consumir alimentos ecológicos pero combinar este consumo con la compra en otros espacios como tiendas locales que se aproximan más a ese «ideal del consumo», o incluso supermercados, aunque se alejen de lo que se considera adecuado.

Es en este «*buy-cott*» en el que Dubuisson-Quellier, Lamine y Le Velly (2011) consideran que deben ubicarse las redes agroalimentarias alternativas. Para estas autoras existe una continuidad entre éstas y los movimientos históricos de construcción de ciudadanía a través del consumo:

Most of the mechanism on which the collective approaches of contemporary consumer-oriented movements are based can be likened to those of the older movements (...). Likewise, the contemporary principle of consumer responsibility, expressed through the integration of new citizen's duties concerning collective and environmental issues, brings to mind the context in which certain governments in the USA and the UK highlighted consumers' obligations with regard to the war effort or post-World War II reconstruction (2011:305)¹⁹.

A pesar de que no podamos considerar como algo novedoso el uso del consumo como estrategia política, creo que las formas de consumo responsable no son del todo equiparables a estos ejemplos a los que se refieren las autoras. En nuestro caso no se apela a las personas en tanto ciudadanas de un país, ni a los intereses nacionales, ni a la pertenencia a un nosotros, sino que son retóricas que se apoyan en una responsabilidad ilimitada del consumidor individual de cara a la reproducción de una serie de problemas sociales o a la construcción de un modelo diferente de sociedad. Este tipo de discursos van ligados, como veremos, a contextos económico-sociales específicos y a modos de subjetivación diferentes.

Autores como Micheletti han sido figuras clave en la defensa de esta agencia del consumidor y del uso del mercado como espacio de expresión política. Para él, estas prácticas se inscriben en nuevos conceptos de la acción política que llaman a la toma de conciencia sobre la responsabilidad de los individuos en la construcción de determinada sociedad, desdibujando las fronteras entre la vida privada y la esfera pública. En sus palabras:

Political consumerism gives citizens a political voice by allowing them to participate in politics in new and different ways. It considers individual citizens as main actors in

19 *La mayoría de los mecanismos en los que se basan los movimientos actuales de consumo se vinculan a los de los movimientos antiguos (...). El principio contemporáneo de la responsabilidad del consumidor, expresado a través de los deberes ciudadanos en torno a cuestiones ambientales y colectivas, hace pensar en el contexto en el que ciertos gobiernos de EE.UU. y Reino Unido enfatizaban las obligaciones de los consumidores en relación a la guerra o a la reconstrucción nacional tras la II Guerra Mundial.*

politics by emphasizing the responsibility of each and every citizen for our common well-being (2003:15)²⁰.

La retórica de la responsabilidad es, de nuevo²¹, uno de los elementos básicos que sostiene este tipo de planteamiento, y de ahí el nombre común con el que se conoce esta forma de consumo, «*el consumo responsable*». Partiendo de que «*formas parte de un mundo y cualquier cosa que haces tiene muchísimas repercusión*» (consumidor Madre Vieja), se entiende que el sujeto tiene el poder de contribuir a modelar el sistema económico-político amplio. Y, en tanto que *somos responsables*, debemos *actuar de manera responsable*, es decir, guiados por una serie de principios éticos y siendo consecuentes con determinados planteamientos políticos. Micheletti (2003) plantea en esta línea que el reconocimiento de que los actos cotidianos tienen el poder potencial de reestructurar la sociedad, coloca a todos los ciudadanos en un papel central en la toma de responsabilidad en el futuro común que se quiere construir. Pero esta responsabilidad no se exige como ciudadanos, como afirma el autor, sino que está ligada al papel que ejercemos en las relaciones de mercado.

No obstante, como decimos, el consumo responsable no se limita a un planteamiento de ética personal, sino que se considera una estrategia de transformación política. «*El acto de la compra se convierte en un voto a una manera de hacer las cosas, y el consumidor no es consciente de hasta qué punto sus elecciones configuran todo un modelo de producción*» (Mauleón y Rivera, 2009:55). Es decir, que se parte de que, como decía una consumidora de una cooperativa de consumo, «*nuestra actitud hacia el consumo diario es la mejor forma de cambiar las cosas*». En estos discursos de lo que se trata es de romper con la imagen del consumidor como un agente pasivo controlado por las dinámicas empresariales, poniendo en evidencia su capacidad de ejercer poder desde su posición. Así lo expresaba una consumidora de un grupo agroecológico durante un encuentro de productores: «*yo quiero que mi dinero, que es poder, vaya a donde yo quiero*». Y así el encargado de presentar un libro en torno al consumo político: «*el dinero está en nuestros bolsillos y somos nosotros los que decidimos. El poder lo tenemos nosotros para dejar de consumir. El boicot es una demostración de nuestro poder y nuestro conocimiento*».

Follet defiende el potencial político del consumo en redes agroecológicas en los siguientes términos:

20 *El consumerismo político otorga a los ciudadanos un rol político permitiéndoles participar en política mediante novedosas y diversas formas. Considera a los ciudadanos individuales como actores centrales en política, enfatizando la responsabilidad de cada uno en el bienestar común.*

21 Ya hemos visto en el segundo capítulo que el énfasis en la responsabilidad del individuo es inseparable de la racionalidad neoliberal y las formas de subjetivación en los regímenes de seguridad. La analogía entre la responsabilidad por mantener la salud de nuestros propios cuerpos y la responsabilidad como consumidores es un aspecto interesante en el que vamos a ahondar en el próximo capítulo.

These networks provide consumers with an option, the power to choose a food future. Consumers can make conscious decisions and, in doing so, create social change by choosing a strong alternative food networks²² and the values that they represent (...). By choosing to participate in strong alternative food networks, consumers choose knowledge, choice, relationships, transparency, community and sustainability. People make food choices every day, which represents a powerful opportunity to participate in change and shape the future (2009:42)²³.

Analizando en detalle este tipo de discurso podemos extraer algunos de los principios básicos, además de la idea de la responsabilidad del individuo, en los que se apoya el planteamiento del consumo como acción política:

- políticas del producto (*«the values that they represent»*...): si los productos pueden adquirir un significado simbólico y convertirse en vehículos de expresión de determinados valores (*«estaba dispuesto a consumir esa verdura por lo que representaba»*, comentaba un consumidor) es porque son la cristalización de las relaciones sociales de producción y, como tal, se insertan en una red de relaciones de poder (Micheletti, 2003). Es decir, que estas relaciones sociales son las que construyen el valor y el significado de los alimentos. Por ello, es necesario tener en cuenta bajo qué condiciones se han producido, en qué lugar, qué recursos energéticos han requerido y cuáles han sido las consecuencias sociales y ambientales de esa forma de producción.
- la libre elección y la autonomía del consumidor (*«provide consumers with an option»; «the power to choose...»*): estos argumentos no se sostendrían sin incorporar algunos de los principios básicos de la economía liberal. Desde la soberanía del consumidor para expresar en cada acto de compra cuáles son sus intereses y valores, hasta que el mercado se reajustará a ellos en la medida en la que haya un volumen importante de demanda.
- modelo de acción racional y de la información (*«consumers can make conscious decisions...»*): estos planteamientos están en comunión con la perspectiva de que la acción puede (o debe) explicarse por la elección racional del consumidor sin ningún tipo de constricción o determinante. Para poder tomar este tipo de decisiones «racionales», el consumidor necesita disponer de la información necesaria acerca de las cualidades de los productos y las empresas que los venden. Se entiende así que la falta de

22 Si el autor habla de redes alimentarias alternativas fuertes lo hace para poner en evidencia que no se trata de consumir productos ecológicos en cualquier espacio, sino de vincularse a esas iniciativas que tratan de abrir otros mercados enmarcados en la economía social, en los que las lógicas de funcionamiento se desvinculan de la economía dominante.

23 *Estas redes otorgan una opción a los consumidores, el poder de elegir un futuro alimentario. Los consumidores pueden tomar decisiones conscientes y, de esta forma, crear cambio social, al elegir redes alimentarias alternativas fuertes y los valores que representan (...). Eligiendo participar en estas redes, los consumidores eligen conocimiento, relaciones, transparencia, comunidad y sostenibilidad. La gente toma decisiones alimentarias cada día, lo que supone una oportunidad potente para participar en el cambio y modelar el futuro.*

transparencia e información (tanto sobre los productos como sobre opciones alternativas) supone uno de los mayores obstáculos para la ampliación del movimiento de consumo responsable. Por ejemplo, en la presentación de una guía sobre consumo ético se planteaban cuestiones como las siguientes: «*cuando muchos pensemos, nos cuestionemos y busquemos la información que necesitamos entonces daremos ese primer paso que estamos buscando*», o «*al consumidor se le pone difícil consumir de manera responsable porque no va a tener la información necesaria*». En una línea similar, un consumidor de un grupo de consumo me comentaba en una entrevista que lo que él pedía a la gente de su alrededor era que se informara y buscara, porque todo estaba escrito y era una cuestión de «*abrir los ojos*» y ver «*cómo funciona el mundo*». Una vez que la persona se haya dado cuenta de «*cómo funciona el mundo*» y tenga la información necesaria, podrá consumir en consecuencia. Pero, como vamos a analizar en el próximo capítulo, estos planteamientos colisionan con frecuencia con las lógicas prácticas del consumo agroecológico que hemos examinado.

Como vemos, parte de esta retórica circula también en las posiciones en contra de las cuales tratan de situarse estos agentes: la libre elección, la responsabilidad personal, o la soberanía del consumidor, son elementos clave en los modelos de subjetividad dominantes en el neoliberalismo. Incluso, algunos autores norteamericanos han criticado cómo, desde hace varios años, los discursos de sus movimientos agroalimentarios alternativos han virado desde el eje de la justicia y los derechos sociales hacia la importancia del «emprendimiento» y la necesidad de abrir opciones en el mercado que garanticen el derecho de elección de los consumidores (Allen et al., 2003; Allen y Guthman, 2006). Estas analogías van a ser relevantes para adentrarnos en las problemáticas subjetivas dominantes en este campo de estudio. Pero también debemos recordar la regla de la polivalencia táctica de los discursos de la que nos habla Foucault (1980): pueden producirse discursos contradictorios dentro de la misma estrategia, y circular, sin cambiar de forma, entre estrategias opuestas. Por ello, a pesar de estas coincidencias es fundamental atender a los modos en los que tratan de diferenciarse de lo que podría entenderse como una mera reproducción de las posturas neoliberales.

Por ejemplo, aunque estos principios son compartidos también por los grupos de consumo, uno de los trabajadores de una cooperativa ponía mucho énfasis en diferenciar el consumo responsable que ellos promovían de la idea del «*consumerismo*», rescatando la diferencia existente entre entender el consumo personal como una acción política, y la inserción en una red de consumo autogestionado que emplea modos de organización, funcionamiento y toma de decisiones como los que hemos visto. Es esta dimensión colectiva del consumo la que le otorgaría esa potencialidad política. Algo que se considera ausente en el consumo ecológico motivado por «*intereses individuales*», que no conlleva un trabajo en común por la consecución de un sistema agroalimentario más justo, y en el que el consumidor no se compromete de forma proactiva con los proyectos implicándose en tareas que vayan más allá de la mera adquisición del producto.

Un ejemplo de este tipo de tensión entre lo individual-colectivo aparece de forma clara en el debate entre la salud y la política como anclaje de la defensa de los alimentos ecológicos. Desde muchas posiciones, como ya vimos, se entiende que los discursos enfo-

cados en la salubridad de estos productos reproducen las dinámicas individualistas del consumo dominante al obviar la cuestión de las relaciones de poder que trata de ponerse en evidencia mediante el consumo agroecológico político, al mismo tiempo que abren la puerta a la conversión de la alimentación ecológica en un sector de mercado más.

Esta perspectiva difiere de la de Micheletti (2003). Para él, aunque el punto de partida sea diferente, el punto de llegada es el mismo. Mientras que aquellos que se mueven en la «*virtud pública*» compran los productos por razones éticas, políticas o sociales, los que lo hacen en la «*virtud privada*» tratan de satisfacer intereses personales, pero ambos modelos habrían de considerarse formas de consumo político. El autor sostiene que incluso las reivindicaciones de aquellos que parten de los intereses privados pueden ser mucho más intensas y efectivas que las de aquellos que tratan de ejercer una solidaridad abstracta. ¿Por qué es posible considerar una acción como política cuando parte del sacrificio de deseos en pro del bien común, pero no desde la reivindicación de un interés personal como la salubridad de los cuerpos que somos?

Otra línea de debate que aparece a la hora de sostener el consumo como acción política es la posible contradicción entre el precio de los alimentos ecológicos y la accesibilidad de toda clase social a esta estrategia. Esta cuestión aparece de forma recurrente en los espacios de debate abierto que se generan en estas organizaciones (charlas, cursos...), no obstante es llamativa la poca disposición a abordarlo en profundidad. Normalmente, se parte de la justificación de que el precio de estos productos en los grupos no es tan elevado como en una tienda especializada. Por ejemplo, un trabajador argumentaba que las naranjas que vendían en su cooperativa, además de tener una calidad excepcional, no se situaban por encima del precio de las mejores naranjas del mercado convencional. A esto se añade la puesta en evidencia de la legitimidad de su precio. Y a ello, la crítica de que no se sabe valorar debidamente la comida: somos capaces de gastar dinero en otras actividades o productos de dudosa utilidad, pero no de invertirlo en nuestra propia alimentación. Esta discusión suele cerrarse así con una versión más o menos extendida de aquel verso de Machado, «*sólo el necio confunde valor y precio*».

Todos estos grupos tratan de que sus precios sean «populares». «*Nosotros queremos vivir de esto pero no nos gusta el rollo este de que lo agroecológico sea elitista*», me explicaba una agricultora que estaba comenzando a repartir cestas a grupos de consumo. Pero esto no impide que sea difícil encontrar en los grupos consumidores que se sitúen por debajo de una determinada posición en la estructura social. Aunque los precios sean más baratos, consumir únicamente alimentos ecológicos conlleva una inversión en alimentación que no cualquiera puede permitirse, a no ser que reestructure completamente sus hábitos de consumo alimentario²⁴ (reduciendo al mínimo el consumo de productos

24 Y, en su caso, los de sus familias. No hemos de olvidar esta parte de negociación necesaria que tiene el cambio de dieta, que suele quedar invisibilizada al plantearlo desde la imagen de un consumidor desgajado de sus relaciones sociales cotidianas. Aquí, por ejemplo, los discursos nutricionales sobre las diferentes necesidades de los niños con respecto a los adultos pueden dificultar que sus padres decidan reducir el consumo de lácteos o carne, por mucho que existan otros discursos que avalen estas opciones.

de origen animal y aumentando el consumo de verduras de temporada). Por otro lado, ya hemos explicado cómo no son únicamente factores relativos a la capacidad adquisitiva los que condicionan este tipo de consumo. Aspectos como los vínculos sociales, los hábitos de ocio, la estructura temporal de la vida cotidiana o el capital cultural, son asimismo esenciales para demarcar el tipo de consumidores que conforman los paisajes sociales de estas organizaciones.

En cualquier caso, nos parece interesante rescatar aquí la reflexión que realiza Narotzky sobre esta cuestión. Para ella no es posible hablar de empoderamiento a través del consumo sin tener en cuenta el resto de relaciones sociales de explotación y dominación de cada sociedad. *«Las posiciones de poder y riqueza, parcialmente construidas en la producción y en la articulación de diferentes formas de producción en un sistema capitalista mundial, condicionan la capacidad de las personas para organizar el consumo y «significar» a través del consumo»* (2004:163). Es decir, que el hecho de que el valor social y ecológico del producto deba hacer que la persona esté dispuesta a pagar más dinero por él, no implica que toda persona disponga de la misma capacidad para priorizar los intereses colectivos frente al interés económico personal o familiar. Este tipo de planteamiento sólo se sostendría obviando la diferencial posición de los consumidores en la estructura social. Como me decía una antigua consumidora de una cooperativa, *«yo decía venga yo apoyo el proyecto y pago más, no me importa, pero a veces era como yo apoyo el proyecto pero no sé si puedo dejarme 50 euros»*. Por ello esta autora se plantea en qué medida se puede exigir este tipo de consumo ético a toda la población, cuando *«la disponibilidad de los productos y los servicios depende de los procesos de producción y distribución y de las relaciones sociales diferenciadas que las personas crean a lo largo de tales procesos»* (ibíd.:159).

Asumiendo este postulado y la interconexión entre los procesos de producción y consumo, autores como Goodman y Dupuis mantienen sin embargo que, pese a que actualmente la alimentación ecológica puede considerarse un privilegio de clase, esto no implica negarle el potencial de transformación social que le caracteriza: *«however class diet or not, the knowledge practices of reflexive consumption are expressions of agency and so constitutes politics of food»* (2002:18)²⁵.

Tal y como estos autores muestran en su estudio, esta potencialidad política dependerá de la definición que de la misma se haga. Si se parte de que la acción política sólo puede partir de los conflictos en la esfera productiva y del «sujeto obrero», definido por su posición en la relación salarial (Pérez, 2014), el potencial político del consumo siempre se medirá por su capacidad de contribuir a reestructurar las relaciones sociales de producción. Sin embargo, desde posiciones que redefinen las nociones marxistas clásicas de la política, puede mantenerse que estas prácticas de consumo tienen una repercusión política en la medida en la que suponen un trabajo colectivo que crea modelos diferentes de organización social, económica y ecológica:

25 *Sea o no una «dieta de clase», las prácticas de conocimiento del consumo reflexivo son una expresión de la capacidad de agencia y por tanto componen políticas alimentaria.*

From a production-centered viewpoint, Community Supported Agriculture (CSA) may appear to be an epiphenomenal and transitory utopian entertainment for a few middle class consumers and their fortunate few farmer friends. Alternatively, this movement can be seen as bearing the seeds of a political struggle to re-define consumer-producer relationships that may, or may not, succeed in creating a broader farmer-consumer (or broader class) alliance (ibid:17)²⁶.

Dentro de esas posiciones que acotan la discusión sobre el potencial político de estas redes a su capacidad para crear (realmente) otro tipo de mercados, la pregunta que se plantea es la de si, independientemente de que estos consumidores organizados consigan generar espacios en los que una serie de valores ético-políticos se sitúen por encima de la lógica de mercado, se responsabilicen de sus actos de consumo y potencien otras formas de producción agroalimentaria, este mercado alternativo puede romper con el capitalista. Este es un debate que atraviesa a todas las economías heterodoxas.

La postura de Goodman, Dupuis y Goodman (2012) al respecto es que si bien en estas redes se generan espacios económicos alternativos con otras lógicas de funcionamiento, siempre acaban dependiendo de los mercados para su reproducción social y material. En primer lugar, como planteaban en el BAH, porque dependen de los salarios del mercado de trabajo capitalista. En segundo, porque aunque se trata de ir ganando autonomía en todas las fases de la producción y el transporte, gran parte de los recursos productivos han de adquirirlos en el mercado convencional²⁷. Y en tercero, porque muchos de estos grupos recurren también a este tipo de mercados para complementar sus fuentes de ingreso, ya sea vendiendo sus productos en otros espacios o realizando otras actividades económicas. Por ejemplo, en uno de estos proyectos, una de las fuentes de financiación extra para la huerta proviene del cultivo de cereal en convencional.

Pero, aun reconociendo esta dependencia con respecto al mercado y la necesaria interlocución con él, la pregunta que se abre es la de en qué medida estos espacios económicos alternativos se libran de reproducir en su seno las lógicas capitalistas.

26 *Desde un punto de vista centrado en la producción, los CSAs pueden parecer un entretenimiento utópico transitorio para unos cuantos consumidores de clase media y sus afortunados amigos agricultores. De forma alternativa, este movimiento puede entenderse como portando las semillas de una lucha política por redefinir las relaciones entre consumidores y productores, que puede o no tener éxito en la creación de una alianza entre consumidores y agricultores (o de clase) más amplia.*

27 Un ejemplo quizás un poco extremo, pero que muestra con claridad hasta qué punto es imposible mantener esa independencia, lo encontramos en el siguiente caso. Tras haber comparado varios precios, los agricultores de uno de estos proyectos decidieron ir a comprar los hierros para construir sus túneles a una de las tiendas del pueblo de al lado. El encargado de esta misión volvió sin embargo con las manos vacías, y cuando su compañero le preguntó qué había pasado, le explico que le querían cobrar casi el doble del precio que les habían dado la semana anterior porque la cotización del acero en bolsa había subido.

Una de las preocupaciones principales al respecto es la forma de conseguir que la lógica de la competencia se sustituya por la de la cooperación. En aquellos proyectos en los que se trabaja con diferentes productores, las figuras de mediación suelen poner énfasis en mantener este principio de no competitividad. Por ejemplo, los miembros de la Ecomarca nunca ofrecían el mismo producto de diferentes productores a no ser que hubiera suficiente demanda para absorberlo (misma estrategia que se sigue en los farmers' markets). En otra cooperativa de consumo, cuando había diferencias sensibles de precio entre los productos de los dos agricultores con los que trabajaban, hacían campañas de promoción para evitar que todos los consumidores optaran por los más baratos. Pero ¿qué ocurre cuando no existe esta figura ejerciendo el papel de arbitraje? ¿Puede mantenerse que estos agricultores ecológicos se mueven en un mercado no competitivo?

La respuesta a estas cuestiones requeriría de un análisis diferente al que hemos llevado a cabo en la investigación, pero consideramos que estos casos surgidos en el trabajo de campo nos pueden ayudar a pensarla.

El primero, aquella situación que me explicaba un miembro de la RAC. Él planteaba que con la reciente explosión de productores ecológicos, los precios que algunos ofrecían eran bastante más bajos que los de los aquellos con los que trabajaban desde hace años. Esto suponía problemas en la organización interna de la red de grupos de consumo, porque muchos de los nuevos consumidores planteaban el cambio de productor cada vez que encontraban un precio más barato.

El segundo es un caso que expuso en una entrevista uno de los agricultores de la Madre Vieja, que reproduzco a continuación:

«Este año hemos puesto mucha patata con la intención de venderla y ha habido unos en la sierra que se han dedicado este año a la patata y a la cebolla. Han sacado casi 8 toneladas de patata y la tienen regalada. Claro, les da lo mismo venderla tan barata porque tienen mucha y necesitan quitársela y los que tenemos una producción normalita y queremos vender al precio que normalmente se vende pues estamos fastidiados».

Aunque, como marcaba este agricultor, esta forma de «trastocar el mercado» pueda ser más común en el marco de otros modelos de distribución que en grupos de consumo, y por otro lado, rompa con la lógica de la biodiversidad básica para la agroecología, no hay nada, más allá de la fidelidad que ciertos consumidores hayan establecido con los agricultores, que impida que estas dinámicas puedan ser cada vez más frecuentes en el campo agroecológico a medida que la oferta vaya aumentando. De hecho, en una de las semanas agroecológicas celebradas en la ciudad, éste era uno de los temas que más se trataron, de cara a planificar estrategias que impidieran la reproducción de las lógicas de competencia en el mercado ecológico alternativo.

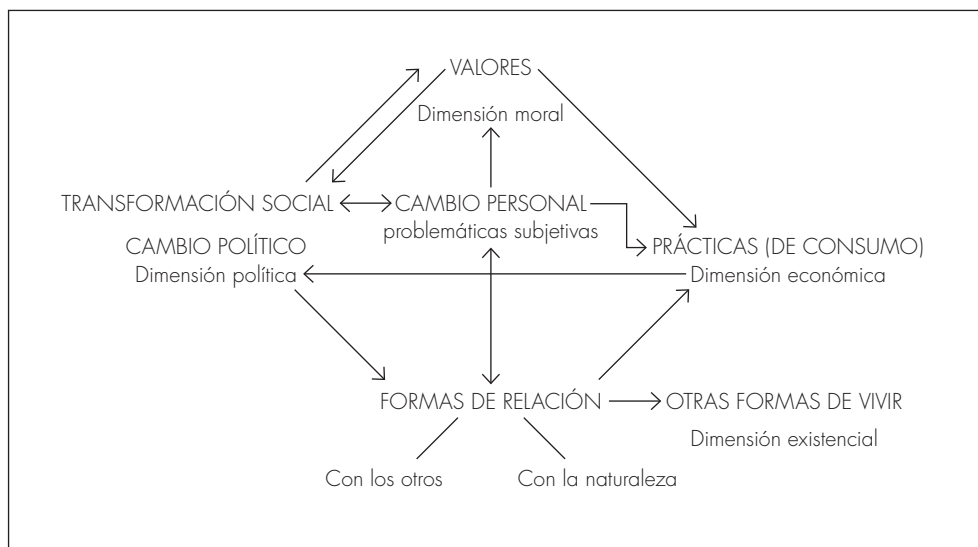
Un agricultor que había pasado de proveer a grupos de consumo a orientarse hacia pedidos abiertos de alimentos ecológicos certificados a consumidores individuales, me aseguraba que la única vía para sobrevivir en el mercado era la generación de vínculos de confianza y apoyo con los consumidores, dado que de otra forma no podían competir en cuanto a productos y precios.

«Por ejemplo, en las tiendas, es que estás compitiendo con la gente de Murcia, que tienen un montón de variedad durante todo el año, en Madrid es imposible competir con eso. A no ser que encuentres una tienda que te quiera comprar a ti en concreto porque te conoce, porque valore lo local, no hay nada que hacer. Y espérate, que además ahora dicen que van a empezar a traer productos ecológicos de China, como pase eso, olvídate».

Por esta razón, en otra cooperativa mantenían que era fundamental educar a los consumidores en cuáles eran las características necesarias que debía tener el producto ecológico que fueran a adquirir. Sin esa conciencia sobre la importancia de lo local, del apoyo al pequeño productor y del compromiso con determinados proyectos políticos, los trabajadores preveían que, a medida que la oferta de alimentos ecológicos aumentara en espacios de distribución convencionales que pudieran ofrecer precios más baratos que los de los grupos de consumo, se produciría un importante trasvase de consumidores desde estas redes agroecológicas alternativas a la gran distribución.

9.5. Economías morales en los discursos de la agroecología como vía de transformación social

En el siguiente cuadro tratamos de recoger la estructura del planteamiento político de los distintos discursos que circulan en el campo. En líneas generales todos comparten esta forma de articular las diferentes dimensiones que se consideran implicadas en el cambio, si bien varían los contenidos de cada uno de estos elementos, las formas de definirlos y las estrategias de acción que se estiman adecuadas.



Cuadro 1. Estructura de los discursos políticos en agroecología

Como vemos, este planteamiento se caracteriza por ligar la dimensión política con dimensiones morales, económicas, subjetivas y existenciales. Parte de esta complejidad la hemos estado repasando a lo largo del capítulo para la cuestión específica de la interacción entre lógicas económicas, ideológicas y éticas en el seno de las cooperativas y grupos de consumo. En lo que resta de este trabajo nos dedicaremos a explorar con más detalle el resto de relaciones recogidas en este esquema, que podríamos describir de la siguiente forma:

Al cuestionamiento sobre la forma de alimentación le sigue la pregunta sobre el tipo de sociedad que se quiere construir, basada en la problematización de las relaciones con los otros y con la naturaleza en términos de solidaridad, apoyo, justicia, autonomía, sostenibilidad y responsabilidad. Estas propuestas de transformación política, fruto de la problematización ética de las relaciones sociales dominantes, se entiende que además requieren un cambio de las propias subjetividades, que se reflejará en la modificación de las formas de conducirse del sujeto, tanto en relación con la alimentación como en otros ámbitos cotidianos (otras prácticas de consumo, de ocio, de movilidad, las formas de relacionarse...). *«El ideal es que todo lo que consumes tenga ese concepto incorporado, de un consumo responsable, con conocimiento de lo que estás comiendo, cómo se ha producido, qué repercusiones tiene tanto ambientales como sociales»*, afirmaba uno de los consumidores entrevistados.

Todas estas prácticas deben ser la puesta en escena de esos valores que se intenta prevalezcan en las formas de ordenar las relaciones sociales y ambientales. Por ello, no sólo se apunta a una transformación personal, sino que se trata de que esos principios éticos se vuelvan dominantes, al menos en ciertos sectores sociales, buscando un cambio cultural amplio en el que se reconfiguren los imaginarios sociales relacionados con *«la vida buena»*.

Como decíamos, aunque en estos espacios el peso del discurso recae sobre las prácticas alimentarias, se considera que este cambio ha de extenderse a otras parcelas cotidianas, de forma que finalmente para muchos de lo que se trata es de generar *«modos de vida alternativos»* o, como dicen algunos de estos sujetos, una cierta *«filosofía vital»* en la que el ejercicio de esos valores y virtudes atraviese la *«totalidad»* de la existencia. Una consumidora del SAS afirmaba en esta línea que esa forma de alimentarse se acababa convirtiendo en una *«forma de vida»*, al generar un patrón de conducta en relación con el consumo: siempre trataba de apoyar proyectos cooperativos y autogestionados. Y hemos visto también cómo se entiende que los mismos valores que se promulgan en la construcción de modelos socioeconómicos alternativos han de regir en las relaciones socio-afectivas que mantienen los miembros de estos colectivos. Como afirman estos autores: *«Las resistencias agroalimentarias no son fenómenos aislados con respecto a otras estrategias individuales. Existen caminos que entrelazan las estrategias, a su vez entrelazadas con estilos de vida: hábitos, gramáticas y espacios que sirven de referencias de socialización e interacción social»* (Calle, Soler y Vara, 2009: 9).

«El BAH era como un paso en el vacío para poder vivir nuestra vida de otra forma»; *«con esto no hablamos únicamente de un cambio en las formas de producción, ser agricultor es una opción vital»*, y enunciaciones similares pueblan las

situaciones en las que se trata de justificar la agroecología como vía de transformación social. Es decir, que como ya planteamos en relación a la problemática de la autonomía, en cada uno de estos cuestionamientos hay siempre una doble dimensión: colectiva y personal. Por ello, la pregunta política sobre el tipo de sociedad que se quiere construir viene unida en estos espacios a otras de corte existencial, cómo «*qué es la vida*», «*cómo vivir una vida plena*», «*para qué estamos en el mundo*», «*qué entendemos por una vida buena*», etc.

Es así llamativo que los discursos del cambio que circulan en este campo tienen muchas veces un tono y un lenguaje más moral, emocional, humanístico y filosófico, que propiamente político. «*Es una forma de hacer que nos llena emocionalmente*» declaraba en una presentación de su proyecto una joven agricultora al recordar cómo estaba recuperando la agricultura de sus antepasados. Otra consumidora definía su cooperativa como «*una pildorita de felicidad*», dado que siempre que salía de las asambleas volvía «*muy contenta*».

Reflexionando sobre agroecología durante un curso de formación, una consumidora planteaba que finalmente lo que uno debía preguntarse era «*para qué vive en el mundo*», a lo cual debía responderse «*para hacer el bien a mis semejantes*»²⁸. El problema era que la gente no llegaba a hacerse dicha pregunta y, por tanto, seguían reproduciendo las mismas pautas de las formas capitalistas. Este recurso a un plano trascendental, que pocas veces se nombra de forma explícita, sostiene parte de los discursos de defensa de las redes agroalimentarias alternativas. Se apela a una ética, a un modo de conducirse en la vida, inseparable de una determinada concepción de las finalidades o incluso del sentido de la existencia humana. Así, durante un encuentro de productores agroecológicos, mezcladas con las críticas a las políticas agrarias de la Unión Europea, se podían escuchar preguntas como: «*¿dónde está esa tranquilidad y ese saber estar por el que luchamos?*»

En la siguiente declaración de un consumidor de un grupo de cesta cerrada se puede ver cómo su manera de denunciar las relaciones de poder que se establecen en ciertas formas de agricultura ecológica sigue esta misma pauta. Un argumento tan simple como potente como «*eso no está bien*», cierra su reflexión sin necesidad de poner sobre la mesa otro tipo de discursos organizados en términos de economía política o estructura social: «*En EE.UU. hay muchos monocultivos y latifundios en ecológico, que contratan a gente sin papeles y les pagan una mierda, pero luego llevan el sello de Fair Trade. Y eso no está bien, eso no está bien*».

«*Sentirse parte de un grupo, estar contentos, crear un espacio donde ser personas, donde decidir, crear espacios autogestionados que funcionen porque cubren necesidades vitales*». Con este tipo de lenguaje emocional (sentimientos de pertenencia, alegría...) definía el objetivo general de una cooperativa de producción-consumo uno de sus fundadores. Es interesante aquí esa referencia a los espacios «don-

²⁸ En esos «semejantes», se pueden incluir no sólo las personas, sino animales, plantas, suelos y otros organismos vivos. Esta es la base de la «ética ampliada» por la que se aboga desde ciertas posturas ecologistas.

de ser personas», dado que a ella subyace un interrogante antropológico-filosófico del qué somos y qué necesitamos para desarrollarnos que aparece articulado de diferentes maneras en las distintas posiciones del campo. Aunque como hemos visto, las problematizaciones son hechas habitualmente en los términos de consumidor-productor, a medida que se alcanzan otros niveles de profundidad en las reflexiones (¿por qué como consumidor o cómo productor debería actuar de tal forma?), es frecuente que los discursos se apoyen en esta noción de persona. «*Sí tenemos un rollo social, vamos, que no le vamos a pedir a nadie su carnet de activista, pero hay cosas que como personas no nos apetece*», era por ejemplo la forma en la que una agricultora, dedicada a la educación ambiental, justificaba el rechazo a colaborar con determinadas empresas que les habían solicitado servicios. Y «*nosotros nos dedicamos a la alimentación pero creemos que somos personas integrales*», en la que se defendían en otra cooperativa de consumo de las críticas de algunos consumidores por la demanda de implicación en otro tipo de luchas políticas.

En otras ocasiones esta noción de persona es sustituida por la de «*humanidad*». A veces al hablar de derechos: «*cada ser humano tiene derecho a cultivar la tierra y eso ahora está en peligro*»; a veces en la justificación de la importancia del contacto directo entre agricultores y productores: «*es importante encontrar lo humano detrás de lo que comemos*»; a veces en las críticas al sistema agroalimentario global:

«Que haya gente que esté intentando apoderarse de los alimentos, de la vida... Las patentes... Que es una cosa de la humanidad, pues que llegue una multinacional y se lo apropie y que luego cobre y multe por su uso, eso es muy fuerte asimilarlo. Y primero es rabia y luego ganas de contarlo. Hay que informarse porque es la realidad y es una realidad dura».

La crítica y la palanca política de movilización están puestas en este caso en la apropiación del bien común, de algo tan básico como «*la vida*», de aquello que posibilita a la humanidad reproducirse. Y lo que provoca en este sujeto es un sentimiento de rabia que para él se traduce en esas «*ganas de contarlo*» mediante las que espera crear esa misma reacción en los otros y que así, poco a poco, vaya aumentando el número de personas concienciadas con la alimentación. Al igual que, como comentamos en su momento, los discursos del «*miedo a comer*» son funcionales al desarrollo del dispositivo de seguridad alimentaria y de normativas de control, que en raras ocasiones favorecen al modelo agrario de pequeños productores, el apelar a esa rabia y a ese desconcierto que uno puede sufrir al escuchar «*cómo funciona el mundo*» es una de las vías más empleadas por aquellos que tratan de obtener una movilización política frente al sistema agroalimentario hegemónico. Gran parte de las trayectorias de entrada a la agroecología que podríamos agrupar bajo el rótulo «*el despertar de la conciencia*» muestran este tipo de estructura, en la que conocer lo que rodea al sistema agroalimentario capitalista provoca un punto de inflexión en los recorridos de los sujetos por el impacto emocional que en ellos tiene esta información. Dos ingenieros agrónomos relataban así sus experiencias:

«Antes era como una seta, sólo estudiaba y salía los fines de semana y nada más; pero conocer esa realidad para mí fue un shock. A partir de ahí empecé a pensar, despertó en mí el espíritu crítico».

«Yo no tenía ni idea de nada del mundo de la agroecología, no sé si es que no nos lo contaban o que yo no le prestaba atención. Hasta ese momento yo era un chaval que sólo le preocupaba salir de fiesta y ligar, y cuando fui a visitar Amayuelas me cambió la vida. Las cosas que nos contaban eran tan fuertes... Aunque ahora después de ocho años ya no ves las cosas igual, pasas de la ilusión y el romanticismo a ser un poco más escéptico».

Es también interesante el contraste que se puede observar entre los discursos políticos articulados en términos bélicos que aparecen en algunas de las posiciones más minoritarias en el campo (especialmente en los grupos vinculados a organizaciones anarquistas clásicas), con aquellos que lo hacen casi en términos de estética y sensibilidad: *«el consumo combativo es el arte de convertir el potaje de garbanzos en un atentado cotidiano contra toda autoridad»; «somos los y las de abajo en lucha contra el Estado y el sistema mercantil, no un grupo de compras ecológicas al uso»²⁹. Frente a: «mucha gente entró al BAH porque era bonito»; «lo importante es que el BAH mola»; «era muy bonita la capacidad que tenía el grupo para debatir y dudar de todo para encontrar soluciones creativas»; «estos proyectos de autogestión, cuando crees en ellos y te parecen bonitos, tienes que cuidarlos».*

Pese a las diferencias, todos estos discursos coinciden en hacer de la noción de «pérdida» uno de los apoyos fundamentales de sus reflexiones, de tal forma que, en general, se estructuran en una temporalidad del paso atrás. *«Hay que volver hacia atrás, hacia lo natural, hacia lo normal, aunque sea menos práctico»*, aseguraba una consumidora de la Madre Vieja. El modo de vida de los pueblos, la agricultura campesina, lo comunitario, la sencillez, el tiempo, los saberes tradicionales, el contacto con la naturaleza, la conciencia de los límites, e incluso una determinada estructura de personalidad humana, son elementos que se considera que en el avance de la sociedad capitalista y el modo de vida urbano han sido relegados a una posición marginal. Gran parte de la «crisis civilizatoria» a la que nos enfrentamos como sociedad proviene de ese desplazamiento y, por tanto, la búsqueda de un modelo social sostenible en términos ambientales y sociales pasa por volver a ponerlos en valor. Por ello el presidente de la Plataforma Rural suele incidir en los actos públicos en que la propuesta política de su organización no es generar un modelo alternativo, sino *«volver a la agricultura que hacían nuestros antepasados, basada en las culturas tradicionales»*.

Como hecho social total, la alimentación, hace entrar en juego dimensiones políticas, económicas, sociales, culturales y naturales (Farb y Armelagos, 1980). El alimento se convierte así en un símbolo capaz de condensar todos estos planos de la

²⁹ Véase: <http://lagranada.org/>

realidad, y de servir de nexo entre el pasado y el presente. «*La comida es importante y nos alimenta, pero nos alimenta de muchas formas. No solamente es comer, porque para comer tienes también comida basura. Para nosotros es algo más y es el valor añadido que le damos*», comentaba un miembro de una cooperativa de consumo. Y por eso hay quien ha llegado a afirmar que estaba dispuesto a consumir verduras de poca calidad, «*por el valor social que tienen y el proyecto que representan*». Ese proyecto no sólo se refiere al grupo/cooperativa concreto que le provee, sino que de forma amplia remite a un proyecto de sociedad. Porque otro de los puntos en común de estos discursos es el reconocimiento de un «*descontento*» o una «*desafección*» (Calle et. al, 2009) frente al sistema, que impulsa a crear, imaginar y construir un nuevo modelo social.

Partiendo de estas bases, el discurso de la agroecología como vía de transformación social se despliega apoyándose en las oposiciones entre lo rural/lo urbano; el egoísmo/lo comunitario; la vida/el capitalismo; lo natural/lo artificial, lo sano/lo enfermo. Todas ellas vienen ligadas a una serie de imaginarios sociales que es interesante que analicemos con más detalle. Estas representaciones han de considerarse como formas de ordenar y categorizar la realidad, pero también como conformaciones emocionales, con una determinada carga afectiva, que orientan las prácticas de los sujetos. Para realizar este análisis vamos a centrarnos en las formas en las que en las prácticas discursivas y no discursivas aparecen articuladas estas nociones. Es decir, no buscando tanto una «imagen mental», como un determinado uso, con una puesta en escena, con unas determinadas consecuencias, con maneras de repercutir y de generar problemáticas, etc.³⁰

ALGUNAS DICOTOMÍAS PRESENTES EN LOS DISCURSOS AGROECOLÓGICOS

Rural	Urbano
Natural	Artificial
Comunitario	Individualismo
Límites	Exceso
Sostenible	Insostenible
Respeto a la vida	Capitalismo
Sano	Enfermo
Autonomía	Dependencia
Lentitud	Prisa
Esfuerzo	Cómodo
Tranquilidad	Estrés
Agroecología	Alimentos industriales

Cuadro 2. Dicotomías en los discursos agroecológicos

30 En el capítulo 7 ya analizamos en esta línea los usos sociales de diferentes concepciones de lo natural, la temporada y el trabajo agrícola, por lo que no vamos a insistir en esa figura en estas páginas.

Por ejemplo, es bastante frecuente escuchar en estos espacios cómo la concepción romántica sobre la vida rural y sus habitantes puede ser una de las palancas para promover el tránsito de jóvenes de la ciudad al campo y, al mismo tiempo, una de las fuentes de frustración más frecuentes cuando el tránsito se ha hecho y «*te toca enfrentarte con la realidad*». Para muchos, este momento podría resumirse como el paso de una visión del campo más propia de un libro de Whitman a la que expresa Pessoa³¹ en uno de sus poemas:

Me fui al campo con grandes proyectos
 Pero sólo encontré allí hierbas y árboles
 Y cuando había gente era igual que la otra

Badal (2014) nos habla en los siguientes términos de ese desencanto que pueden sufrir los que se trasladan al ámbito rural en busca de refugio y de un «*espacio profano en medio del océano de la cultura dominante*»:

No han encontrado los campesinos que habían imaginado. Gentes cinceladas por un molde roto hace tiempo. Portadoras de un elenco de valores que, casualmente, coinciden con los suyos: conciencia ecológica, gusto por el trabajo vivo y por lo pequeño, cooperación, responsabilidad individual y colectiva, arraigo al territorio y a la memoria, espíritu crítico, curiosidad, pensamiento holístico, atención a la singularidad y la heterogeneidad (2014:122-23).

Esta idealización de «*la gente del campo*» como portadora de un saber hacer y un saber ser olvidado en la ciudad, «*más solidaria*», «*más humilde*», etc., es uno de los mitos que permite potenciar entre los jóvenes el deseo de «*volver a los pueblos*», lo cual para muchos es una de las pocas posibilidades de regeneración ante la crisis ecológica y social que experimentamos. «*Necesitamos algo que refuerce y consolide esas ideas que hacen que a los jóvenes les atraiga el campo como forma de vida*», planteaba como estrategia un miembro de una organización agraria. A la vez, se presenta como una forma de saldar cierta deuda histórica con los campesinos, contrarrestando esa imagen de los mismos como «atrasados», «ignorantes» o «conservadores», que prevaleció en los discursos del progreso y el desarrollo modernos.

Sin embargo, muchos de los jóvenes que se han desplazado al campo muestran una visión menos romántica de sus gentes. Un joven agricultor hablaba por ejemplo de que aquellos que llevaban muchos años dedicándose a la agricultura industrial estaban ya «*muy contaminados*». En la misma línea, otra agricultora planteaba que en el pueblo en el que ella trabajaba los habitantes eran muy poco receptivos a las propuestas de la agroecología o el consumo responsable. También dentro de las cooperativas de consumo aparecen contrastadas imágenes de los productores como «*gente que se esfuerza diariamente por mantener vivo un modelo de relación con la tierra*», con aquellas

31 Fernando Pessoa, *Tabaquería*, 1928

que dibujan a los agricultores como «*gente individualista con sus lógicas de supervivencia y a veces un poco de jeta*». Las primeras aparecen en aquellas situaciones en las que se está pidiendo un compromiso al consumidor con el agricultor (especialmente cuando surgen algunos de los problemas que hemos repasado), y las segundas en algunas reflexiones de trabajadores de estas cooperativas cuando hablan de las dificultades que encuentran en el día a día en la gestión de su empresa.

Del mismo modo, una de las mayores dificultades a las que se enfrentan los «neorurales», a excepción de aquellos que se trasladan a zonas en las que ha habido una gran afluencia de gente que abandonó la ciudad con expectativas similares (la Vera, el Valle del Tiétar...), es precisamente encontrar una red social en la que insertarse y «*sentirse cómodos*». Cuando el destino elegido no cuenta con esta característica (algo común cuando la elección se debe a facilidades previas, como por ejemplo el acceso a tierras familiares), la adaptación al nuevo entorno social puede resultar problemática. Una joven agricultura comentaba que una de las razones por las que había abandonado su proyecto agroecológico era que no encontraba «*a gente con la que hablar y desarrollarse como persona*».

Estas dos líneas de representación de lo rural y los campesinos no tienen un carácter novedoso. Williams (2001) nos recuerda al respecto que el contraste entre la ciudad y el campo, como dos estilos de vida opuestos, se remonta a la época clásica. Sobre cada uno de estos asentamientos, según el autor, se depositaron y generalizaron «*sentimientos intensos*»: el campo como un estilo de vida natural y la ciudad como centro de progreso; el campo como el espacio del atraso y la limitación, y la ciudad como el lugar del ruido y la ambición. Badal plantea en esta línea los siguientes interrogantes que condensan las diferentes imágenes históricas que se han forjado en torno a los campesinos:

¿Fueron los campesinos una subespecie degenerada o el último baluarte de la raza humana? ¿Seres mezquinos y rastreros o moralmente superiores? ¿Individuos absolutamente irracionales o hábiles administradores de recursos limitados? ¿Revolucionarios por naturaleza o perros guardianes del orden más reaccionario? ¿Vivían en un paraíso terrenal o en el gran infierno de los pequeños pueblos? (ibid.:126).

Pero teniendo en cuenta que las cosas adquieren significado dentro de contextos culturales específicos (Mintz, 1985), necesitamos encuadrar social e históricamente aquello que hoy día la gente de ciudad le pide al campo. Si nos detenemos en las imágenes de lo urbano que desagradan a los que buscan en los pueblos otro modo de vida, vemos como todas remiten a los paisajes, relaciones sociales y tiempos que estructuran nuestra vida cotidiana: las prisas, las colas, las distancias, los coches, los atascos, el anonimato, el asfalto, la contaminación, el estrés... Ingredientes propios de una vida «*menos vida*», «*poco humana*», «*enfermante*» e «*insostenible*». Poco que ver con la idea de la ciudad como lugar de la libertad, la posibilidad o el progreso. Pero superar la imagen de lo rural como lugar del atraso y la miseria, y entender el campo como «*el lugar de donde no deberíamos haber salido*», necesitaba en este país, después de la posguerra y las políticas desarrollistas, de una generación que no hubiera conocido el pueblo «*más que en perpetuo verano*» (Badal, ibid.).

Una nueva generación para la que el campo, en contraste con la ciudad, se presenta como un espacio de paz (*«ese lugar donde no llegan nuestros tormentos»*), autenticidad y contacto con la naturaleza.

«Desde los años 50 hemos padecido un movimiento de rechazo del campo, de lo mal que se vivía, de lo duro que era, todavía está esta forma de pensar. Pero hay que cortar con este discurso que se ha desarrollado en los últimos años y que es falso porque en realidad lo que hace es cortarnos las raíces, el contacto con la tradición, con la sabiduría del campo, con los ciclos naturales del hombre y la mujer. Nos corta lo que ha sido el contacto con la tierra. Y queremos volver a conectar con el campo. Recuperar sabiduría, información, conocimientos que en la ciudad ya no tenemos» (consumidora BAH).

Pero, una vez más, esta imagen del pueblo aparece para muchos de los nuevos pobladores cuestionada cuando se enfrentan a lo que llaman *«el estrés rural»*: *«la gente que vamos de la ciudad al campo llevamos ritmos de ciudad que no son los de la naturaleza. Queremos militar, hacer agroecología, matar al cura... ¿y dónde queda esa vida tranquila que queremos?»*. Aun cuando uno ralentice sus ritmos militantes, el vivir de la tierra se aleja de la imagen de la tranquilidad del campo propia de aquellos que reducen su relación con lo rural a momentos de ocio, escape y descanso. *«Es cierto que no es igual que en una ciudad, pero aquí no paramos, hay épocas de hecho que es un verdadero agobio»*, me comentaba una integrante de un proyecto de agroecología y vida comunitaria en la comarca de la Vera. En aquellos casos de los nuevos pobladores que no viven directamente de la actividad agraria, también aparece esa distancia entre lo que imaginaban que sería su vida en el pueblo y lo que luego es: *«al final tengo que coger más el coche que la ciudad y no tengo casi tiempo para irme a dar un paseo por la montaña, yo creo que iba incluso más antes»*.

Félix Rodrigo Mora, quien ha estudiado de cerca muchos proyectos «neorurales» (2008), planteaba que el exceso de atención dedicada a la supervivencia, en detrimento de otras potencialidades y necesidades humanas, era una de las principales razones por las que la gente abandonaba estas comunidades. En contra de esta imagen de *«lo duro»* del trabajo en el campo y la vida del agricultor, se posicionaba una joven que estaba comenzando un proyecto de producción hortícola y cosmética natural en la zona este de Madrid:

«Yo no voy a montar algo así para estar igual de explotada que en otros lados. A veces parece que nos han metido en la cabeza esta idea y si trabajamos de sol a sol nos tenemos que aguantar porque es que la vida en el campo es muy dura. Pues yo tendré que tener tiempo y dinero. No pienso quedarme sin vacaciones ni vivir explotada. Y eso también es algo que los consumidores tienen que entender, porque a veces cuando les planteas que quieres ganar 1000 euros o librar un par de días a la semana te miran mal».

Este planteamiento le llevaba también a pensar en recurrir a pequeños distribuidores para repartir las verduras a los grupos de consumo. Esto, que rompe con ese ideal del contacto directo que hemos analizado anteriormente, nos da otra pers-

pectiva, poco difundida en el campo, que cuestiona el hecho de que la relación cara a cara entre productores y consumidores sea necesariamente beneficiosa para los primeros. Una consumidora de un grupo planteaba en esta línea que pedirle al agricultor que se encargara también de la distribución le parecía *«tener mucho morro»*: *«claro que es más idílico para el urbanita que llegue el productor con sus manos manchadas de barro a traerte las verduras, pero no me parece justo, al final le estás metiendo muchísima carga de trabajo»*.

A pesar del esfuerzo que en cualquier caso supone el trabajo agrario, muchos de estos jóvenes agricultores explican que el tipo de relación que mantienen con el mundo cuando vuelven a depender de los ciclos naturales, residen en entornos habitables marcados por otra temporalidad, y adquieren una capacidad para autoabastecerse y no depender exclusivamente del mercado para satisfacer necesidades y deseos, es *«muy reconfortante»*. *«Por un lado puede ser muy duro, pero por otro la tierra es tremendamente generosa»*.

Esa generosidad de la tierra posibilita también otra de las nociones extendidas en este universo del mundo rural, la del campo como espacio de autonomía que permite llevar a cabo formas de vida más acordes con una serie de ideales políticos: *«el campo es el medio más propicio para la emancipación. Te relacionas con lo vivo sin mediación. Tienes recursos para subsistir y es más fácil la autonomía (...). Irse al campo es un posicionamiento en acto frente al liberalismo y el individualismo»* (ganadero agroecológico de proyecto rural comunitario).

Al hablar aquí de *«posicionamiento en acto»* este sujeto se está distanciando del posicionamiento mediante la palabra, una constante en los discursos de aquellos que han decidido abandonar la ciudad con los que he conversado durante el trabajo de campo. Un agricultor de otro proyecto me comentaba, por ejemplo, cómo desde que había comenzado ese trabajo se sentía mucho más *«legitimado»* para debatir con aquellos que, desde fuera, le pedían a la agricultura ecológica y a sus agricultores un grado de pureza imposible de alcanzar en la práctica.

La pureza y la naturalidad como atributos simbólicos de los alimentos ecológicos, sostienen parte del valor añadido con el que cuentan estos productos en el mercado. Pero, aunque esta imagen sea reforzada en los discursos que circulan en el campo, es también objeto de polémica en los momentos en los que se exige a los agricultores ajustarse a determinado ideal de pureza. Como vimos en capítulos anteriores, la agroecología apunta hacia ese horizonte pero siempre en una negociación con las constricciones materiales de la práctica. *«Ya te querría ver yo a ti en el campo»*, fue la forma en la que un ganadero ecológico respondió ante la acusación de un consumidor, perteneciente a un colectivo anarquista, de que unos productores habían recurrido al uso de pesticidas para terminar con una plaga en sus cosechas. Esta pureza no sólo se demanda a nivel de producto sino que tiene una analogía con la pureza a nivel ideológico que desde algunas posiciones se entiende que debería prevalecer entre sus agentes, y con la pureza física mediante la que otros problematizan su relación consigo mismos en tanto cuerpos. En este sentido se ha podido comprobar cómo habitualmente se da una correspondencia entre las formas de relación con el alimento y con lo ideológico en términos de rigidez o flexibilidad. De esta forma, por

ejemplo, muchos agentes sociales que mantienen una relación estricta en términos de salubridad con todo lo que ingieren, muestran esa misma disposición de búsqueda de perfección de los comportamientos desde una óptica ideológica-política. En estas cuestiones profundizaremos en el próximo capítulo.

El contraste entre el campo y la ciudad funciona como metáfora de un conflicto de valores, de una oposición entre diferentes formas de organizar el mundo, que no necesariamente tienen por qué anclarse a esos espacios físicos. En palabras de Williams:

El énfasis puesto en el compromiso, en la caridad, en las puertas abiertas al vecino necesitado se suele utilizar en una familiar corriente del radicalismo retrospectivo, como contraste en relación con el avance capitalista, la reducción utilitaria de todas las relaciones sociales a un riguroso orden pecuniario. Esto conduce a una crisis evidente de los valores de nuestro propio mundo. Porque ese radicalismo retrospectivo, contra la crudeza y la estrechez de un nuevo orden pecuniario, se concibe a menudo como un enfoque al servicio de la crítica contra el capitalismo de nuestros días, como una perspectiva que implica sentimientos humanitarios y que habitualmente los asocia con un mundo precapitalista (2001:64).

Las formas en las que en estos ámbitos se conciben lo rural y la vida campesina, condensan todos esos términos de la primera columna de las dicotomías que hemos presentado: la lentitud, los límites, el esfuerzo, lo comunitario, la sostenibilidad, etc. Valores y horizontes hacia los que apunta el modelo de sociedad por el que aboga esa transformación agroecológica en sentido amplio.

Asistimos, entonces, a la invención de la tradición y a la mitificación de un pasado rural campesino del que sólo se seleccionan las características bondadosas acerca de la gestión ecológica de los recursos naturales, la integración y la sociabilidad de la comunidad rural, la preponderancia del valor de uso frente al valor de cambio como muestra de anticapitalismo y antimonetarización, gestos de cooperación y existencia de una economía moral, la austeridad como valor, etc., obviando rasgos contradictorios con esa imagen, obviando las características estructurales de esos comportamientos y obviando las características estructurales de un medio rural tradicional marcado por fuertes desigualdades sociales (Gallar, 2011:300).

Como hemos visto, estas imágenes de lo campesino y de la vida de los pueblos se alejan en muchas ocasiones de la cotidianeidad real del mundo rural actual. Pero su fuerza como mito recae en la propuesta que conlleva de resignificación de la ruralidad como concepto territorial y simbólico que se opone frontalmente a los modelos de desarrollo y modernización, y que es capaz de sostener una propuesta política de transformación que moviliza a ciertos sectores sociales.

La vuelta al campo supone una vuelta a la tierra, y por extensión una vuelta a entrar en contacto con la naturaleza. Este volver a la tierra es entendido por algunos sujetos como un volver a *«lo que realmente somos, a nuestras raíces»*, a un modo de vida más *«auténtico»*.

La agroecología lleva así consigo una propuesta de modos de relación con los ecosistemas, que pone en cuestión la forma en la que estos se han configurado con la modernidad occidental en general y el capitalismo en particular. Como ya hemos visto, la idea instrumental y mecanicista de la naturaleza propia del desarrollo científico occidental en la que se apoyará el sistema capitalista, entiende ésta como un recurso a explotar, susceptible de ser sometida a procesos de predicción y control. El mayor problema de esta comprensión proviene de la escisión que se realiza entre la sociedad y la naturaleza, y del modo en que ésta se refleja en el modelo económico ortodoxo. La economía liberal no contempla dentro de sus cálculos el valor de los bienes naturales necesarios para la producción de mercancías, haciendo parecer que vivimos desgajados de los procesos materiales que nos sustentan.

Frente a esta concepción, la propuesta de las corrientes ecologistas que impregnan parte de este campo, pasan por «*manipular menos y acariciar más*» (Riechmann, 2004), para lo cual es imprescindible el reconocimiento de los límites: vivimos en un planeta con unos recursos finitos. Estos límites chocan hasta tal punto con la lógica capitalista del crecimiento, que hoy por hoy vivimos en un «*mundo desbocado*» que atenta contra sí mismo al dinamitar las bases que sustentan la posibilidad de la vida. Por esta razón hay quienes proponen que el principal conflicto de nuestra sociedad no es el del capital-trabajo sino el del capital-vida.

¿Para qué nos importa entender la producción de bienes y servicios si no es para analizar su capacidad de reproducir personas? Necesitamos desplazar el eje analítico desde los procesos de valorización de capital hacia los procesos de sostenibilidad de la vida entendiendo la socioeconomía como el circuito integrado producción-reproducción, trabajo remunerado-trabajo no remunerado, mercado-Estados-hogares; valorando en qué medida genera condiciones para una vida que merezca la pena ser vivida; y comprendiendo cómo las relaciones de poder se reconstruyen mediante su funcionamiento (Pérez, 2014:47).

Desde estas posiciones, los modos de relación con la naturaleza y los modos de relación con los otros que se estiman necesarios, son inseparables de una determinada concepción del ser humano. Tenemos que reconocernos como seres ecodependientes, es decir, como formando parte del mismo sistema que lo que hemos entendido como naturaleza; seres interdependientes, que necesitamos de los otros para desarrollarnos; y seres vulnerables. Una vulnerabilidad que compartimos todos los seres vivos y que, por tanto, es característica del mundo que habitamos (Riechmann, 2001). El ser humano es así definido en términos de su naturaleza social y biológica, y de la apertura a la fragilidad que requiere determinados cuidados. No hablamos aquí de una definición jurídica o política de la persona, sino de una que reúne lo biológico y lo humano.

Las formas de concebir las relaciones con la naturaleza que aparecen en el campo se apoyan en diferentes metáforas. Los discursos del respeto por la misma se conjugan con los de la asunción de los límites que ésta nos marca. Los discursos más espirituales que promueven una comunión con la tierra, con aquellos que, desde

una óptica científica-técnica, buscan formas más racionales de gestionar los recursos limitados que nos proporciona. Los discursos de la exaltación bucólica de lo natural, con aquellos que pivotan sobre el riesgo y las amenazas que se derivan de una relación equivocada con la misma.

Muy ligada a esta noción de los límites y la vulnerabilidad del planeta aparece un tipo de argumentación que basa el sistema ético que requiere el cambio social en la necesidad histórica. *«La aceptación generalizada de la crisis ecológica es cualquier cosa menos una toma de conciencia. Los nuevos imperativos que plantea se convertirán en argumentos inapelables. ¿Quién se opondría a una organización social nueva que permitiera salvar a la humanidad, el planeta y la biosfera?»* (Badal, 2014:52). No se trata ya de la libertad para hacer una u otra cosa sino, conscientes de que *«se nos acaba el tiempo»*, de hacer *«lo necesario o nada»*. Una de las tareas fundamentales que se abren entonces es la de conseguir que las personas asuman la correspondencia entre ese necesario y *«lo bueno»*. Para ello se vuelve inexorable redefinir el imaginario cultural de lo que concebimos como una vida buena, de forma que consigamos, como decía un agricultor, *«vivir con menos para gozar más»*. En palabras de Riechmann, necesitamos *«gentes capaces de integrar en su práctica valores como la modestia, la sobriedad, la contemplación no dominadora, una austeridad que al mismo tiempo busque radicalmente la igualdad social»* (2004:164).

Conseguir esta transformación se considera una de las mayores dificultades a las que se enfrenta el modelo de cambio social implicado en la agroecología. Una ética ampliada (que incluya a todos los seres vivos), de largo alcance (que incluya a las generaciones venideras), de reducción del consumo, de cooperación social y de vidas *«humildemente felices»*, poco tiene que ver con el modelo de plenitud en el que hemos sido educados en las sociedades capitalistas. Los términos *«individualistas»*, *«egoístas»*, *«ignorantes»*, *«inconscientes»* o *«consumistas»*, son los más empleados para definir lo que un trabajador de una cooperativa denominaba *«la estructura podrida de personalidad humana que hemos heredado»*. El cambio en las formas de consumo, convertirse en *«no-consumidores»*, cambiar las formas de relación con los otros o los hábitos alimentarios, pasan todos por superar estas *«debilidades»* humanas. Como decía otro agricultor, *«si no cambian los valores vamos a reproducir siempre el mismo sistema»*.

Aunque estas formas de concebir al ser humano occidental están muy extendidas en el campo, hay quien también parte de una visión más amable con el mismo: *«Si las cosas van como van es porque lo hacemos nosotros. No porque la gente sea débil y capitalista, sino porque no somos capaces de encontrar la manera de que las cosas evolucionen en otro sentido»*, afirmaba un miembro del BAH. Pero aun así, para él seguía siendo un punto insoslayable la transformación de las subjetividades implicadas en el colectivo. *«Al final somos lo que hacemos por cambiar lo que somos»*, concluía.

Y con esto volvemos al mismo punto que subyace a todas las discusiones que estamos examinando: la necesidad de transformar la figura del consumidor, de incorporar una serie de valores, de modificar los hábitos de consumo, de aprender a valorar otra serie de cuestiones en la alimentación además del precio, etc. Esta apuesta política

por lo cotidiano parte así de que no habrá cambio social posible si no empezamos cambiándonos a nosotros mismos. No es posible modificar las relaciones campo-ciudad si no me cuestiono mis prácticas como consumidor, no es posible apuntar hacia la transición a modelos sostenibles ecológica y socialmente sin repensar hábitos, necesidades y prácticas de consumo. En definitiva, como sostiene Pérez, *«la transformación del sistema no puede venir sólo de un cambio en las estructuras de fuera, sino por un vuelco en nuestra propia forma de situarnos en ellas. Y esto exige entrelazar las revoluciones en la cotidianeidad con las macrotransformaciones»* (2014: 32).

Tal y como expone esta autora, considerar que lo «personal es político» viene de la mano de este tipo de miradas hacia uno mismo. En un informe sobre soberanía alimentaria en Euskal Herria señalaban también en esa dirección:

Entendemos que lo personal es político, es decir, que las decisiones que tomamos en nuestra vida como individuos tienen un impacto político. Por tanto las utopías, los proyectos políticos transformadores, vendrán también de un necesario cambio de los valores, actitudes y comportamientos de las personas (2015:12).

Por ello, uno de los intereses de esta investigación ha sido el de examinar los modos de subjetivación implicados en estas forma de concebir la práctica política a la que nos hemos aproximado en este bloque. Y es a ello a lo que vamos a dedicar el último capítulo.

REVOLVER EL CAMPO

Estos tres pequeños relatos muestran diferentes motivaciones y vivencias de los trayectos de jóvenes en el hacerse campesinos. A través de ellos nos podemos aproximar a parte de los imaginarios de lo rural y lo urbano que hemos estado describiendo, así como a las formas en las que estos se insertan dentro de estos discursos político-existenciales. La vida en y del campo forma parte en estos casos de una búsqueda de modos de hacer consecuentes a nivel político, de formas de gozar de una libertad y un control sobre uno mismo negados en el sistema salarial, o de maneras de sobrevivir ante un panorama laboral desolador. Aunque reconocen la dimensión de sacrificio que puede conllevar este tipo de trabajo, al mismo tiempo todos exponen las razones personales, políticas y morales, por las que estos esfuerzos valen, para ellos, la pena.

Estos casos nos presentan a su vez diferentes posicionamientos en cuanto al trabajo agrícola y la vida rural: ser agricultor como postura política, búsqueda de autonomía y lucha contra el capitalismo, ser agricultor como un modo de vivir autónomo y acorde a la naturaleza, ser agricultor como una forma de vida y una vocación. El primero de estos sujetos muestra un tránsito continuo entre diferentes proyectos rurales, motivado por una búsqueda incesante de coherencia a nivel existencial. Esa insatisfacción le lleva a ir asentándose en diferentes espacios, persiguiendo en todos ellos cierto ideal vital que reconoce aún está lejos de alcanzar (y que cuando quizás lo alcanzó, lo abandonó). Para la segunda, la agricultura aparece como oportunidad, debido a la red concreta de relaciones en las que se inserta su labor, de compaginar su «*vida personal*» con una actividad laboral. En este sentido, la libertad constituye en su caso la problemática fundamental que la conduce a optar por esta forma de vida. En el tercer relato es en el que con más claridad la agricultura se muestra en términos de vocación. A diferencia del primero, su discurso se articula más en términos de «*encuentro*» que de «*búsqueda*», y no se apoya, como en los otros, en una problematización política del sistema, sino en el emprendimiento de un proyecto vital/laboral acorde a sus intereses personales.

Parte de las problemáticas subjetivas que aparecen en estas reflexiones, como la autonomía, la coherencia o el control sobre las propias vidas, van a ser analizadas con mayor profundidad en las próximas páginas.

Juan

Yo me leí el libro de Colectividades y Okupación rural y me estimuló. Era como plantearse cosas, yo hacía mucho tiempo que tenía claro que la ciudad, no. Yo quería vivir en otro sitio. No le veo sentido a las ciudades. Quizás en aquel momento te lo explicaría de otra manera, pero ahora mismo... Ya se han encargado de matar el mundo rural para traernos aquí a estos lugares a hacinarnos, sitios que, a mí en 11M me lo dejó bien claro, son súper frágiles, porque nadie se conoce, hay infraestructuras gigantescas y son de muy difícil gestión, tanto social como económica como políticamente. En fin, porque hay resquicios ¿no? Porque si no... Es que son sistemas deficitarios energéticamente, es decir, las ciudades son sumideros de energía. En una ciudad no se produce energía de

ningún tipo, se produce en el campo. Estamos en una sociedad súper frágil y súper débil, basada en ciudades, en grandes acumulaciones de gente. Entonces lo veía claro, como que esto no funciona o a mí me da la sensación de que no funciona. Igual hablas con otra gente y te dice que todo está de puta madre y mola. Pero a mí no, y entonces ya había conocido alguna experiencia, pero más rollo hippie, de estas situaciones que dices «pues como esto no me gusta y no funciona y no creo en ello, me voy al monte y me lo monto yo en consonancia con la naturaleza y tal». Pero eso tampoco lo veía ¿sabes? No lo veo porque sí, está muy bien, te vas a una masía y te lo montas ahí con tu huerto y tus animalitos o lo que sea, eres autónoma, independiente y haces lo que quieres y vives en consonancia con la naturaleza y has llegado a un equilibrio espiritual... Lo que quieras, pero hay varios factores que no me convencen. Lo primero que no tienes una herramienta de transformación social. Es decir, vale, tú te vas ahí de ermitaña y te aíslas, porque claro, como tú has encontrado la verdad, pues ale, ahí. Lo segundo que por mucho que tú te vayas a donde Cristo perdió el gorro vas a tener una serie de circunstancias que ahora mismo no las puedes cambiar, y es que existe una gestión territorial y dentro de esa gestión mañana coge el Estado español y decide que no le gusta Francia y nos metemos en guerra y tú ni decides ni hostias, pero a ti te clavan un pepinazo y sí, sí, mucha...

Entonces un poco como que me dio para pensar el modelo que me gustaría y sigo trabajando un poco en ello. Sería un modelo rural porque creo que productivamente o incluso socialmente el mundo rural ha tenido sus cosas muy buenas. El tejido social que existía antiguamente, cómo se criaba a los niños, cómo se hacían las cosas... Ya se han encargado en los años 50 de cepillárselo. Bueno, pues ahí un poco como que me dio por pensar... Yo estaba haciendo la carrera, conocía el BAH de refilón y mi amiga que estaba metida haciendo pan y buscando modelos de autogestión, de que las cosas funcionaran de una forma más horizontal, con responsabilidad, con cooperación, con confianza... Todas esas cosas. Ideológicamente no estaba formado, igual ahora ideológicamente me preguntas y te puedo definir un poco más. Pero en aquel entonces incluso ni participaba en la asamblea de estudiantes de biología, ni me acercaba mucho a Malayerba, ni a esas estructuras así más cercanas a los movimientos sociales. No porque no me interesasen, que luego he desarrollado mucho por ahí, pero no era mi momento, estaba a otras cosas.

Entonces esa parte me la perdí a medias, porque lo veía así como de lejos, el comienzo del BAH. En un momento dado mi amiga me dijo «oye, que se necesita gente para currar en el BAH». Pero yo no había terminado la carrera y era como una prioridad, decir «esto lo termino cueste lo que cueste», y entonces como que no era el momento. Luego coincidió que con el paso del tiempo se dieron las circunstancias, se me cruzó otra vez la oportunidad de entrar y dije «pues mira, éste sí es el momento». Ahí ya estaba yo metido como consumidor en el grupo de la Barraca, que era de BAH de San Martín.

Cuando salí de la universidad fui a Honduras. Ahí estuve un tiempo trabajando de cooperante y luego cuando volví pues una amiga me dijo que estaban buscando gente para una transportada en Zamora. Y así conocí el tema de los retenes en helicóptero y me enganchó. Como que tenía cierta ilusión por ser útil en una sociedad en la que hay una serie de desequilibrios... Y estuve así tanteando las dos cosas en las que me movía a nivel laboral, los incendios y la producción agrícola. Por eso después me fui a la Iglesuela,

porque me permitía compatibilizar las dos cosas, incendios y producción agroecológica con asambleas. Porque allí había dos cooperativas y una cooperativa panadera. Aquí en Zaragoza no hay nada parecido. Igual que el BAH fue una etapa muy buena para mí, muy potente, pues la Iglesuela también. Aunque al final lo dejara por circunstancias.

Es cierto que ahora mismo no me estoy dedicando al cooperativismo de una forma profesional pero no dejo de tener planteamientos políticos. Es decir, vivo en un pueblo. Si puedo tengo un huerto. Me hago todo lo que puedo en la medida de mis posibilidades. Son planteamientos y eso es parte también para mí de una postura... si le quieres llamar agroecológica... Una postura política en realidad, pues el participar de una cooperativa agroecológica, o de hacértelo de otra manera, o de buscarte las castañas de otra manera, es agroecología igualmente y es política sobre todo. Decir, oye que no, que por ahí no trago. Entonces mi apuesta política por ahora, en la medida de mis posibilidades, es vivir de una forma más sencilla. Bueno, siempre he estado ahí mucho con el recicle, si puedo reutilizar esto de aquí, de allá. Cuando vivía en Madrid pues con ordenadores, de reciclar y tratar de dar vida a cosas que supuestamente no tienen. Pues ahora un poco igual pero con otras limitaciones.

Cuando me fui aquí a este pueblo cerca de Daroca pues resulta que anduve buscando casas y en Daroca sólo había pisos. Al final me quedé con la primera que vi, por varios motivos. Por las caseras, porque venía también con un corral, que para guardar leña o para hacer acopio de otras cosas pues siempre va bien, y si tienes animales... Y nos cedían un huerto. Las caseras tenían una parcela, con un poco de todo, almendros, cerezos, y te dice «pues están ahí, puedes ir a coger lo que quieras». O sea, que esas facilidades pues yo las he valorado siempre mucho. Igual no es el mejor sitio del mundo, ni mucho menos, es más, es muy mejorable y se pasan mucho en los precios. Por una parte te vienen con el discurso de queremos que venga gente joven a los pueblos que se están muriendo, pero por otra te lo ponen difícil en el sentido económico. Una casa que se está cayendo a cachos, que hay 40 enchufes que no funcionan... Y dices «bueno, pues poco a poco a ver si le hago el apaño». Que no me correspondería a mí, pero como yo soy como soy y vengo de donde vengo, del *do it yourself*... Yo no pido cuentas a nadie. En la Iglesuela igual, pues la casa estaba como estaba y me la apañé yo. A no ser que sea algo muy gordo me lo hago yo, no necesito que nadie venga a lamerme la pija.

Bueno, pues estas cosas, que yo las valoro pero hay mucha gente que no las valora y le da lo mismo y como están muy metidos en el sistema, en el modelo capitalista en el que pagas y ya está... No tengo esto, pago. No tengo lo otro, pago. Como me dan un salario ya está, pago. Entonces yo realizo un trabajo durante x horas al día y soy mejor o peor. Por ello me dan una parte del pastel, las miguitas, ¿vale? Llamémoslo salario o como quieras. Y con eso vas y te haces el resto de tu vida. Lo cual te permite estar durante x horas pegado a la tele rascándote la barriga, porque claro, como tú ya has hecho tu labor durante x horas pues el resto del tiempo, pues hombre, estás muy cansado, claro. Entonces como estás muy cansado, bajas a la tienda y compras lo que no tienes, es muy sencillo. Claro es que esto es como todo, hasta que no te pones a producir no sabes el esfuerzo que cuesta y no solamente el esfuerzo de bajar a la huerta, sino los sacrificios que a veces tienes que hacer. Que no te apetece, que llegas hasta los huevos de currar

o de lo que sea, y el tiempo que tienes lo tienes que dedicar a eso porque es como los animales. Quien tiene un animal, pues si le dejas ahí se muere.

Pero mucha culpa de todo la tenemos nosotras por creer en lo que nos están vendiendo, que en realidad es una moto que está rota. O sea, el sistema asalariado, ¿qué hace? Te da un salario que es las migajas, lo que queda, porque el pastel se lo queda quien invierte el capital y quien arriesga. Y luego como tú estás haciendo un trabajo que te desgasta porque lo estás haciendo no porque quieras o no porque te guste, aunque tú hayas estudiado enfermería y te encante, como estás metida con calzador y a capón no estás a gusto. Y necesitas vacaciones, necesitas desconectar. Es todo el mismo sistema. A mí me encantaba mi amigo Alberto que siempre decía que había que vivir la vida como si fueran unas eternas vacaciones. Si tú eres capaz de diferenciar, de poner una línea entre mi trabajo y mi vida personal, eso para mí es un error. Lo suyo es hacer lo que tú quieras y organizártelo como tú quieras. Pero eso no existe hoy en día en las cabezas y es algo que no le entra a la gente. Yo cuando curraba en el BAH pues no quería diferenciar entre trabajo y vida, para mí es todo un conjunto, ¿sabes? Pero mis compañeros no lo entendían mucho y decían «pues ahí más vida detrás de la puerta». Vale, yo entiendo que vienes de un proceso, que te has quemado, pero...

Hay que cambiar de mentalidad y de actitud. Pensar que realmente todo está en la cabeza y puedes hacer lo que a ti se te plante en las tetas. Tienes que darle forma y no es fácil, sobre todo con los frenos que tenemos. Tienes los frenos institucionales, tienes los frenos de una sociedad que ha perdido la confianza, pero...

Al final somos un grupo de perdidos que estamos ahí tratando de encontrar nuestro hueco y no hay manera, chica. ¡Cuántas vueltas no habré dado yo y al final...! De Perales me fui a Granada, de Granada a la Iglesuela que estuve 5 años. Y ahora en Zaragoza. Por eso te digo, que al final dónde caes, pues vete tú a saber dónde voy a caer. O sea, con qué cara me voy a poner yo a cultivar un sitio de forma permanente si todavía estoy buscando grupo. Cada vez estoy más cerca. Primero hay que formar el grupo, no por un ideal político, sino... bueno, formar equipo. ¿Esto significa que tienen que ser las cosas cerradas? No. Pero, por ejemplo, mira Lakabe. Ahí no puede entrar cualquiera a vivir y es un pueblo okupado. Sí, pero llevan 30 años, han tenido sus miles de movidas y el que seas ácrata y no estés de acuerdo, no quieras una estructura de gobierno, no quiere decir que no tengas normas. La anarquía no es hacer lo que te salga de la pera.

Para mí el primer año del BAH fue un año espectacular, un año impresionante en el que me vi muy cómodo. Con mis cosas y mis menos cosas, pero estaba muy cómodo. Ideológicamente bastante más coherente. Has llegado a la playa desierta, al paraíso. El segundo se me hizo más cuesta arriba. Había bajado mi motivación, por lo que fuese y bueno, yo asumí mi compromiso de quedarme la temporada, no estaba dispuesto a dejar tirado a nadie. Pero bueno, fueron dos años muy interesantes, que no he vuelto a repetir y que por una parte es como «joder, si he pisado el paraíso, he pisado la playa paradisíaca, he estado allí dos años y voluntariamente lo he dejado». Por circunstancias, pero voluntariamente. Ahora mismo estoy muy lejos de esa playa paradisíaca a nivel vital, ni mal, ni bien, otra etapa. Así que bueno, el tiempo del BAH lo recuerdo con mucho cariño y hemos tenido nuestras diferencias, nuestros más y nuestros menos, pero con mucho respeto a la gente con la que he trabajado, que para mí en realidad es lo importante. Porque al final se van a la mierda, claramente estos proyectos se van a la mierda por esas diferencias.

Carmen

Al poco de estar viviendo en España conocí el BAH y empecé siendo consumidora. Estábamos okupando en Lavapiés y, como íbamos al Labo para muchas cosas y ahí repartía el BAH, pues así empezamos. Luego pues nos fuimos a vivir a la Iglesuela, mi compañero y yo. Al principio alquilamos un piso para ir los fines de semana, pero ya estábamos un poco hartos de la ciudad y teníamos ganas de pueblito, y él puede trabajar en cualquier parte y yo estaba de niñera, pero justo estaban en el SAS haciendo entrevistas para buscar agricultores y me presenté y salí seleccionada. Así que ya llegué al pueblo entrando a currar en el SAS y era la primera vez que tenía contacto con la huerta, vamos, que tenía ya la conciencia y muchísimas ganas de aprender, pero... En Madrid ya no encajábamos mucho. Era una hartura de ciudad y muchísimas ganas de campo, de vida, de ver eso... Nunca había vivido en el campo y viniendo aquí de vez en cuando pues cada vez nos daban más ganas de quedarnos. Decía mi chico que hasta se emocionaba cuando llegaba el invierno y sentía el olor a leña. No sé, unas energías muy primordiales las que se sienten en el campo. Así que nos vinimos, nos lanzamos y aquí estamos todavía, después de seis años, sin ningún deseo de volver a la ciudad por supuesto.

El trabajo en el campo es muy duro, duro porque me ha cambiado mucho el estilo de vida. Llegaba molida a casa, de esto que antes nunca te echas la siesta y la empecé a dormir trabajando en el campo porque después de seis horas, ya ves que no es mucho, pero claro, es un trabajo duro. Nosotros no tenemos grandes maquinarias. Pero a la vez que duro muy motivante para mí porque me gusta, me aporta trabajar con la tierra. Y me cambió también la vida en el campo a nivel psicológico porque yo en Madrid los últimos años estaba un poco pues psíquicamente un poco oscura. Yo qué sé, yo veía que necesitaba... Pues cuando me iba de vacaciones a Argentina, que andaba en bici, que me daba el sol, tenía como más energía. En Madrid no. Aunque cuidaba una niña y salía a correr con una perra por el parque, eran cosas muy vitales, pero no sé, sentía otra energía. Y en el campo eso es lo que encontré. Pues trabajo duro pero a la vez una retribución energética que te da como un empuje. Entre que vivía en Lavapiés, que hay muy poco sol, luego te metes en el metro... El ambiente nada que ver, y cosas sutiles a las que una se va acostumbrando, pero que yo no estaba ya tan a gusto. Quería ese sol, ese aire, esa tierra, cosas que me ayudaban en mi estabilidad psíquica. Tomar tierra.

Fue por eso un cambio energético, de la vida y el contacto con la tierra y el sol, la naturaleza. Te retribuye. O sea, que al principio fue muy duro para mi cuerpo sobre todo porque es cambiar de estilo de vida, hacer trabajo de azada, de cosas que no estás acostumbrada. El primer año fue así y las primeras vacaciones me dieron todos los males. Fue como una especie de iniciación. A raíz de eso pues yo pensé que mi ideal era bajar un poco la jornada porque, al no tener yo esta energía de campesino desbordante, veía mejor una jornada más pequeñita. Hay gente que tiene una gran vocación de agricultor y yo no la tengo tanto. Me gusta muchísimo trabajar con la tierra y de esa forma, pero no vivir para eso. Necesito mi media jornada de trabajar y mi media jornada de desconectar. No es mi vocación digamos, yo no me veo para toda la vida. De momento sí, y para largo, porque estoy súper a gusto, pero también porque socialmente me motiva muchísimo, no sólo por la huerta.

Una de las cosas que más me gusta de la cooperativa a nivel organización social es la libertad que le da al ser humano. Esa es una de las cosas que más me atrae, porque a nivel material, sí, la tierra pero lo que más me gusta es esa libertad de no sentirme atada a un proyecto que puede valer mucho en tu vida pero, como todas las profesiones, que al final a uno le ata. Y yo como soy de Argentina y tengo ahí mis raíces, necesito mucho esa libertad y autonomía de poder decidir yo. Y esa libertad y ese respeto me lo da el SAS. Pues yo curro pero cuando necesito excedencias... pues irme y volver y tener mi puesto y eso para mí es tan motivante como trabajar con la tierra. Y me da mucha estabilidad. Es el primer curro que tengo que duro tantos años porque va más allá de lo que haces. ¿Cómo te encuentras? Esas posibilidades me alimentan y es lo que yo quiero fomentar en mi vida. Me da esas libertades de no sentirme esclava del trabajo. Si estoy con la regla y no tengo nada de energía pues digo, «no voy a currar, ya curro el sábado», y ya está.

Y me motiva muchísimo el principio de anticapitalismo. No es agricultura ecológica y punto, no estaría en un movimiento social de agricultura ecológica sin que ponga en crítica al sistema capitalista. Hacer algo diferente, relacionado con la soberanía alimentaria, con la autogestión de los pueblos... Un poco reivindicar ese poder autónomo de las personas, de poder tomar el control de lo que consumen, dejar de ser tan dependientes de las macroempresas que al final por más... El capitalismo es lo que pasa, que al final al productor, al hombre campesino, lo pone en una situación de dependencia, ahí, a merced del sistema que es como estamos todos. Por eso es tan importante esa parte de lucha, de organizar algo consecuente con lo que uno piensa.

Pablo

El proyecto de la Madre Vieja lo empezamos hace como cuatro años. Por estas fechas le estábamos dando vueltas a la posibilidad de montar algo así, una huerta o algo. Y en base a varias visitas que hicimos a proyectos y a un foro que fuimos de Plataforma Rural, pues como que ahí cogimos la motivación que nos hacía falta, al ver que había gente haciendo cosas parecidas a lo que queríamos hacer nosotros, y ya nos decidimos a tomárnoslo en serio. Éramos un grupo de amigos de la universidad, que siempre nos había gustado el tema de la huerta y ante la perspectiva laboral que había en el momento, pues decidimos intentar buscarnos las castañas nosotros mismos. Y teníamos unas tierras de mi familia y mi padre siempre me había dicho que cuando quisiera usarlas pues ahí las tenía, y la verdad es que nunca me lo había tomado muy en serio hasta que vi que si realmente quería hacer lo que me apetecía y hacerlo con mis amigos pues lo tenía ahí mismo.

Al principio éramos como diez u once y de vez en cuando nos juntábamos todos, cada vez menos. Había tres o cuatro que venían con más asiduidad y siempre nos han apoyado mucho la familia y los amigos, aunque sabían que esto era una aventura.

A finales del primer verano fue cuando vimos lo duro y sacrificado que es el trabajo, y entonces algunos de los que al principio lo veían factible ya no lo veían, y menos en la superficie que teníamos, que era muy pequeña para sacar más de un salario. Entonces entre eso, el calor, los mosquitos y otras cuantas cosas pues como que hubo un desencanto de la gente por el proyecto y nos quedamos dos. Ahora ya estamos más estabilizados

dentro de lo que cabe, unos meses más, otro menos y con la dirección que queremos seguir. A seguir trabajando con grupos de consumo.

A mí la vida me ha cambiado muchísimo. Yo antes estaba en un pozo sin salida, por así decirlo. Lo que es el mundo laboral. Yo había terminado la carrera y justo había estado trabajando el año anterior durante diez meses con una beca de un convenio con Parques y jardines, de agente medioambiental en el ayuntamiento, y eso se terminó y no había posibilidad de renovación ni nada. Y cuando acabé estaba muerto del asco, disfrutando de no hacer nada, el tiempo y el dinero, pero eso, echando currículums a trabajos de mierda y a becas de mierda y sin que contestaran de ningún sitio y era un poco frustrante. Entonces era uno de los alicientes para montar esto. Laboralmente no tiene nada que ver cómo estaba a cómo estoy. Y del resto de mi vida, igual, ha cambiado mucho. De horarios, ritmos... y he perdido mogollón de kilos y estoy mucho más fuerte.

Yo veo la huerta como un trabajo porque es lo que me da de comer, que al final lo que te da de comer es tu trabajo, y también por el esfuerzo que me supone. Pero no lo veo como una carga. Es un esfuerzo que yo hago con ganas, vamos. Es que siempre. Aunque esté un poco enfermo, aunque esté de mal humor con quien sea, aunque esté triste... Es mi trabajo y mi terapia también un poco. Pero eso, si tengo un mal día estoy ahí y me distraigo y se me olvida, y me sirve para darle las vueltas que necesito darle en ese momento mientras escardo, mientras hago lo que sea. O bien para mandar a la porra o para no pensarlo más, o bien para intentar ver qué coño pasa. Pero sí. Yo me lo paso pipa. Cualquier día tiene su movida, si no es ver cómo está amaneciendo, si no ver una bandada de no sé qué pasando... Yo no me veo por ejemplo, ni de coña, trabajando para un jefe.

He encontrado mi sitio, estoy convencido... y me da rabia la gente que no lo encuentra nunca, me da penita. Vamos, yo me pongo muy contento de pensarlo. Y la gente que..., me da rabia que haya gente que esté frustrada en la vida porque no le gusta lo que hace, que no encuentre algo que le gusta, que una persona con una energía y unas ganas de hacer cosas no consiga ilusionarse con nada y tenga que trabajar en... que no encuentre... Y así casi todo el mundo. En la rueda del aceptar y tragar con todo, y eso no mola un pescado. Ni tampoco mola, o sea, sí mola ir probando cosas hasta que encuentres pero... Yo me dejo los huevos no todos los días pero casi todos para que esto salga. Es una satisfacción muy grande pero exige un esfuerzo muy grande, que también tengo días que no me apetece levantarme de la cama, pero en el momento digo «ale, hay que hacerlo».



OTOÑO



INFORME AGRÍCOLA SAS SEPTIEMBRE/OCTUBRE 2014

Ya ha llegado el otoño a la huerta, todo está verde y muy bonito.

En este mes las cosechas son abundantes, pues se juntan las últimas verduritas típicas del verano con las primeras verduritas otoñales.

Estos meses de septiembre y octubre son meses de recogida, para guardar para el invierno.

Hemos terminado de cosechar las papas, esta última cosecha ha sido la papa Roja Desiré. Ya sólo queda una cosecha de papa tardía, que será para noviembre.

También hemos cosechado las cebollas, variedad Valencia, que son las de guardar. Las hemos enristrado y colgado en el local para ir repartiendo cuatro por cesta durante casi todo el invierno.

Las calabazas son otro de los cultivos de guardar en el almacén e ir repartiendo poco a poco. Hay de diferentes variedades. Si se os ocurre alguna manera de reparto... Aún no sabemos cuántos kilos en total porque las estamos cosechando y pesando en varios días.

Este año los ajos los vamos a sembrar en un terreno nuevo para nosotros, nos lo alquilan por 65 euros al año.

Durante las últimas semanas de septiembre ha habido mucho curro de escarde y aclareo y durante las dos primeras de octubre mucho curro de almacén, aprovechando las lluvias.

El huerto está bastante bonito y lleno de frutos, aunque en las próximas semanas helará y le diremos adiós a esas magníficas solanáceas y cucurbitáceas que nos han alimentado durante este veranito.



Cosecha octubre



Cestas octubre

CAPÍTULO 10

LA REVOLUCIÓN COMIENZA POR NUESTROS FRIGORÍFICOS

«Ética y política no pueden desligarse so pena de falsificación de ambas (la ética como encubrimiento que denuncia Castoriadis). Ética es micropolítica; política es macroética. No hay, no puede haber separación infranqueable entre los dos niveles, sino múltiple vinculación. La vida buena del individuo no puede concebirse aislada de la vida buena de la comunidad a la que pertenece (...). La búsqueda de cambios para responder a las necesidades de las mayorías y la protección de los bienes comunes, se realizará también en la vida cotidiana y el ámbito de las relaciones personales. Se trata de un cambio de doble dirección» (Riechmann, 2001:59).

«Yo no soy un movimiento social. Soy yo y mis 150 cabras» (pastor, 35 años)

10.1. Problemáticas subjetivas: coherencia, responsabilidad, autonomía.

Afirma Foucault (1984) que los sujetos se constituyen como tales mediante su posicionamiento ante determinadas problemáticas de carácter histórico y social. La aproximación a la subjetividad, como dimensión de la realidad social, pasa así por el estudio de los posicionamientos que los miembros de una sociedad realizan con respecto a las normas, los valores, las formas y las relaciones dominantes de esa sociedad. La subjetividad es una realidad relacional cuyo análisis se enfrenta, por tanto, a la cuestión de los vínculos sociales¹. De qué maneras los agentes se posicionan, reflexionan, se ven afectados o tratan de actuar sobre aquello que son y aquello que les constituye como tales, esto es, las relaciones consigo mismos, con los otros, con la naturaleza, con la realidad en la que se insertan. Como plantea Elias (1987), el individuo se define por la intersección de un conjunto de vinculaciones, y, por tanto, no puede separarse de la sociedad, como si fueran dos entidades delimitables. «*Lo individual, lo personal, lo subjetivo, es social, colectivo*» (Bourdieu y Wacquant, 2005:186). Toda realidad social posee una dimensión sociosubjetiva, del mismo modo que no es posible constituirse como persona fuera de la realidad social. «*Lo*

1 «Sólo existimos en las maneras (adquiridas por nuestra sociedad y nuestra época, pero también como reacción contra ellas) de reaccionar, interpretar y volver a interpretar lo que nos llega de los demás. Maneras asimismo de compartir, de oponernos, de odiarnos, de cansarnos a veces» (Laplantine, 2010:20).

que se caracteriza con dos conceptos diferentes como individuo y sociedad no son dos objetos que existan separadamente, sino dos planos diferentes, pero inseparables, del universo humano» (Elias: 1982:115).

Es importante, en este sentido, diferenciar entre esta noción del sujeto y el concepto de individuo, entendido como ese «*homo clausus*» al que se refiere Elias (1987). Un yo con un carácter estático, encerrado en sí mismo, aislado del mundo exterior y del resto de los individuos. Como afirma Laplantine: «*cada vez que utilizamos la palabra sujeto para designar una entidad caracterizada por una unidad (que supone una cohesión total), una unicidad (que indica una diferencia absoluta), en una palabra, una identidad, ya no estamos hablando de sujeto sino de individuo*» (2010:80-81).

Esta noción de individuo como sujeto autónomo, cerrado sobre sí mismo y definido por una suerte de interioridad esencial y permanente, ha de comprenderse como una representación particular del sujeto, que surge en un determinado momento histórico en la sociedad occidental. Frente a este pensamiento del individuo, proponemos seguir esa concepción relacional del sujeto de la que parten estos autores: «*seres entre los otros*»; «*seres humanos orientados recíprocamente y mutuamente dependientes*» (Elias, ibíd.).

El cuestionamiento de las relaciones sociales que configuran la producción, la distribución y el consumo de alimentos, hace que las prácticas alimentarias, para muchos de los sujetos de este campo, se conviertan en un dominio de reflexión y experiencia ético-política, en el que se posicionan en torno a problemáticas como la coherencia ideológica, la responsabilidad, la autonomía o la libertad. De esta forma, en las prácticas de los grupos y cooperativas de consumo se ven implicados determinados modos de subjetivación, en el sentido en el que lo define Laplantine: «*un proceso de subjetivación es un proceso en el que realizamos una experiencia de inadecuación con respecto a lo que somos en un momento dado, lo cual nos empuja más allá de nosotros mismos*» (2010:82).

La declaración que esta neo-campesina realizaba en un encuentro de jóvenes agricultores, para concluir la explicación de su tránsito de biotecnóloga al cultivo de plantas medicinales en las tierras de sus abuelos, muestra, a nuestro parecer, la estructura típica de estas reflexiones que suscita la alimentación en estos espacios:

«(...) Ahora me estoy reeducando y estoy muy contenta. Nuestra vida tiene que ser un ejemplo de lo que queremos transformar. Cuando uno se da cuenta de cómo funciona el mundo dices, o cambiamos o se va al garete. Hay que trabajar nuestra manera de hacer y pensar. Estas pequeñas cosas, crear redes... Cómo vivimos tiene que tener un efecto transformador en la estructura. Porque si no, siempre es lo mismo. Pintas la fachada de la casa y el interior sigue igual. Yo creo que las personas tenemos mucho poder creativo, podemos hacerlo como queramos, no como nos dicen. Tenemos unas manos, unas patitas, un corazón, y tenemos que ponernos a trabajar».

Una vez que se conocen las lógicas del sistema y sus repercusiones a nivel socio-ambiental, aparece la preocupación por llevar una vida acorde con una serie de

valores, que suponga un cambio tanto personal como social. Una vida que podríamos definir como «coherente» a nivel ideológico y moral. «*O cambiamos o se va al garete*», dice. Porque se entiende que los modos de vivir de las sociedades occidentales son insostenibles. Pero, al mismo tiempo, hay un reconocimiento de una capacidad de agencia, de afectar a esas estructuras mediante nuestro «*poder creativo*». Un poder que encuentra su campo de acción principalmente sobre el sí mismo y su entorno cotidiano. Actuar sobre «*las pequeñas cosas*» e ir «*creando redes*» de cambio. Como decía otra consumidora, «*la revolución comienza por nuestros frigoríficos*».

El cambio que se propone es profundo; que no se quede «*en la fachada*» sino que transforme al sujeto por completo. Es decir, no se trata únicamente de ajustar el comportamiento a una serie de valores y normas, sino de actuar sobre uno mismo, perfeccionarse, controlarse, conocerse, de una manera similar a la planteada por Foucault en el siguiente extracto: «*una acción moral tiende a su propio cumplimiento; pero además intenta, por medio de éste, la constitución de una conducta moral que lleve al individuo no sólo a acciones siempre conformes con ciertos valores y reglas, sino también un cierto modo de ser, característico del sujeto moral*» (1984:19-20). La expresión de la búsqueda de un «cierto modo de ser» nos resulta muy apropiada para el caso que estudiamos, dado que lo que se persigue no es que el sujeto realice determinadas acciones desconectadas unas de otras, sino que el conjunto de sus prácticas cotidianas, «*la forma de estar en el mundo*», se oriente en su totalidad hacia el ejercicio de determinadas virtudes.

Para ello se necesita una labor de reeducación que se reconoce que no es sencilla. Cambiar duele. Porque es difícil renunciar a algunos de los privilegios y gestos, aparentemente banales, que realizamos cotidianamente sin pensar en sus condiciones de posibilidad y sus repercusiones. Hacer la compra en el supermercado, utilizar el coche, viajar en avión varias veces al año, consumir productos fabricados bajo condiciones de semiesclavitud... Pero una vez que «*sabes qué es lo que tienes que hacer para ser consecuente y no seguir alimentando esa máquina*», se espera que el sujeto empiece a cuestionar y cambiar muchos de estos hábitos. En ese cambio personal, partiendo de esta noción de la política que hemos descrito, hay implicada una dimensión colectiva. Es decir, no se entiende como una cuestión privada o de «conciencia», sino como una acción que tiene «*un efecto transformador en la estructura*». Pero con este cambio no sólo se consigue una coherencia que pueda tener una repercusión política, o que sirva para que la persona «*se sienta mejor consigo misma*», como apuntan algunos, sino que se lleva a cabo también una función pedagógica: que nuestras vidas sirvan de ejemplo de aquello que uno quiere transformar.

«*Yo cuando empecé a enterarme de estas cosas dejé de comer carne durante un tiempo y, aunque la gente se reía de mí, para mí era la oportunidad de contarles por qué lo hacía y que así les picara la curiosidad igual que a mí y se interesaran por estos temas. Ahora ya no me importa comer de vez en cuando porque ya no tengo que contarle a la gente el por qué, porque ya lo saben, por lo menos en mi entorno*» (consumidor, Madre Vieja).

Muchos intelectuales vinculados a estos ambientes plantean, en esta línea, la necesidad de una suerte de *conversión laica* generalizada para poder reconducir nuestras sociedades de su autodestrucción hacia la sostenibilidad social y ecológica.

Un sujeto que no sea ni opresor de la mujer, ni violento culturalmente, ni destructor de la naturaleza, no nos engañemos, es un individuo que tiene que haber sufrido un cambio importante (...). Tiene que ser un individuo que haya experimentado lo que en las tradiciones religiosas se llama una conversión. Los cambios necesarios requieren pues una conversión, un cambio del individuo (Sacristán, M., 2003, citado en Riechmann, 2004:164).

Como hemos señalado, los discursos del cambio en estos espacios, tienen una clara dimensión existencial, que se enmarca en la pregunta sobre el cómo somos y cómo debemos ser las personas, y cómo debemos vivir nuestras vidas. Hay una búsqueda de cambios en la cotidianeidad, que asiente las condiciones de posibilidad del cambio social amplio que requiere nuestra sociedad para ser justa y sostenible. Es decir, que a través de estas prácticas, *«se trata, en un mismo movimiento, de conseguir la transformación del mundo y la transformación de sí»* (Vercateuren et. al, ibíd. 69). La frugalidad, la importancia de los cuidados, la renuncia a las lógicas del consumo, el compromiso con formas de hacer ecológica y socialmente viables o la inserción en redes comunitarias, serían algunos de los elementos imprescindibles de esa transformación social, que se deben llevar a nuestro día a día.

Aunque en este punto, una vez más, pese a que ambos rechazan una sociedad sometida a los imperativos de la acumulación de capital, aparece una sutil diferencia entre los discursos enmarcados en la necesidad histórica de este cambio (un deber ser que tiene que ser), y aquellos otros que se apoyan, más que en datos científicos objetivos sobre la imposible reproducción del sistema social, en ideales sociales y políticos (un deber ser que nos gustaría que fuese), vinculados, en muchas ocasiones, a una cuestión identitaria en torno al anti-capitalismo.

El consumo responsable supone ser consciente de nuestros hábitos y tener una actitud reflexiva ante el mundo en que vivimos. Mediante este consumo se integran nuestras valoraciones en el acto del consumo de manera que lo que compramos sea coherente con lo que pensamos. En última instancia, dejamos de ser meros consumidores para convertirnos en ciudadanos; personas que proyectan en el consumo su forma de entender la vida (Mauleón y Rivera, 2009:55).

Un consumidor responsable, tal y como hemos visto en el capítulo anterior, necesita tomar distancia con respecto a sus prácticas de consumo, de manera que éstas sean un reflejo de una serie de posicionamientos ante el mundo. Por ello, estos autores plantean que los actos de compra son una expresión de *«formas de entender la vida»*. Esta responsabilidad ha de reflejarse en el consumo, dado que se entiende que es éste el principal terreno de acción para aquellos que se sitúan en posiciones periféricas en las estructuras de poder. Pero una de las polémicas que emergen en

este punto, es la de en qué medida, sin embargo, la responsabilidad es exigida como consumidor, como ciudadano o como «*persona que forma parte de un mundo*» (que habitan otras personas y otros seres, y que requiere de ciertas condiciones socioecológicas para reproducirse). Puede ser interesante en este punto introducir la diferenciación que Riechmann (2014b) realiza entre plantear esta responsabilidad como un asunto individual, desgajado de las relaciones de poder que perpetúan las condiciones que se pretenden transformar (una ética personal), o entenderla en continuidad con la transformación política (una ética socio-política). «*Los problemas sociopolíticos se redefinen como cuestiones personales para condenar a la impotencia a los individuos aislados*» (ibíd.:7), afirma el autor, tratando así de desvincular esta preocupación por la responsabilidad del discurso neoliberal que ya hemos presentado. En el campo es sin embargo frecuente, como hemos apuntado, la representación del consumo como espacio de intervención política y, por tanto, la exaltación de la responsabilidad del consumidor y la demanda de coherencia. Aun así, el grado de incidencia que el cambio en las formas de consumir pueda tener en la estructura de relaciones del sistema capitalista, sigue siendo un asunto abierto en estos ambientes. En cualquier caso, estas discusiones en torno a la responsabilidad sobre el estado del mundo que pueda exigírsele a una persona, nos interesan en este trabajo en cuanto a cómo se insertan en las dinámicas concretas de los grupos de consumo (como vimos, por ejemplo, en el email de aquella cooperativa en el que se apelaba a la responsabilidad de los consumidores sobre el cambio climático para conseguir que apoyaran a los agricultores tras la baja calidad de la cosecha recibida).

En agosto de 1964, pasé dos semanas en Checoslovaquia, en concreto en Praga, en casa de la hermana de mi padre, Jennie Freed, y su marido, Norman. Estaban allí porque Norman era en ese tiempo editor de *World Marxist Review* (...). Una tarde planteé una pregunta sobre la relación entre la justicia o, mejor de forma más general, entre los principios morales y la práctica política comunista. La pregunta provocó una respuesta sardónica por parte del tío Norman. «*No me hables de moralidad*» dijo, con algo de desprecio. «*No me interesa la moral*». El tono y el contexto de sus palabras le dieron esta fuerza: «*La moralidad es puro cuento ideológico; no tiene nada que ver con la lucha entre el capitalismo y el socialismo*». En contestación a la frase de Norman dije: «*Pero tío Norman, eres un comunista de toda la vida. Seguro que tu actitud política refleja un fuerte compromiso moral*». «*No tiene nada que ver con la moral*» replicó, elevando ahora el volumen de su voz. «*¡Estoy luchando por mi clase!*» (Cohen, G. (2001), citado en Riechmann (2014b)).

A estos planteamientos subyace una premisa fundamental: que exista una conciencia y una preocupación por las repercusiones de sus hábitos que lleven al sujeto a intentar ser consecuente. La persona coherente se define así como uno de los casos posibles de las formas de articular cierta conciencia socio-política-ecológica y

la transformación de las prácticas cotidianas. Si no existe esa conciencia, como ocurre en esa figura mítica, tan recurrida en estos discursos, como es la de «*la gente normal*» (que no se preocupa, que no sabe, que no le importa), no hay una demanda de coherencia². Es sólo en el caso de que exista, cuando se abre la disyuntiva entre ser incoherentes (ya sea por «*debilidad*» o por «*impostura*»), o, como expresaba un miembro de una cooperativa, «*actualizar nuestras convicciones en nuestros actos vitales*».

Pero no todos los actos que podrían ser cuestionados bajo estas coordenadas forman parte del ideal de la coherencia ideológica. Pensemos, por ejemplo, en los ordenadores o teléfonos móviles, fabricados con materiales extraídos en círculos de explotación humana y natural. Aunque ya empiezan a aparecer las alternativas responsables, su uso no suscita, en principio, este tipo de problemáticas en estos ambientes. Probablemente hace veinte años, la alimentación no-ecológica tampoco lo hacía. Por ello, uno de los principales objetivos de los primeros grupos de consumo y de la Coordinadora Agroecológica de Madrid, a finales de los 90 y primeros de los 2000, era conseguir introducir esta preocupación dentro de los movimientos sociales. Que se tomara conciencia de la contradicción entre declararse anticapitalista y seguir adquiriendo alimentos a través de circuitos de distribución como los supermercados. Es decir, que la agroecología empezara a formar parte del modelo de coherencia política.

Este modelo no se orienta hacia el código; no existen normas explícitas sobre qué y cómo hacer o de qué abstenerse. Más bien se trata de una serie de inquietudes, más o menos compartidas en determinados escenarios sociales, fruto de la problematización ético-política de la sociedad capitalista, que conducen a intervenir sobre uno mismo y sus prácticas poniendo en ejercicio una serie de valores amplios, construyendo otro tipo de relaciones sociales, y promoviendo alternativas de existencia. Es interesante resaltar que este tipo de preocupaciones son asuntos que circulan en este universo y, en este sentido, colectivas. Además, como iremos comprobando, los sujetos suelen tomar esa distancia reflexiva con respecto a sus comportamientos, a partir de las interacciones con los otros (ya sea para cuestionarlos o justificarlos).

Este carácter poco definido de la coherencia, posibilita que las múltiples formas de comprenderla y practicarla puedan entrar en conflicto. Las formas en las que los diferentes sujetos se relacionan con este ideal vienen marcadas por la tensión entre la flexibilidad y la rigidez; entre entenderlo como una búsqueda de pureza o como una continua negociación entre lo deseable y lo posible.

2 La «*gente normal*», una de las figuras que se contraponen al sujeto coherente, se define, en el campo, como personas individualistas, egoístas, consumistas y despreocupadas por los asuntos políticos y los problemas ecológicos. Sería interesante investigar con profundidad las diferencias en las características objetivas en cuanto al capital económico y cultural que poseen, entre aquellos que son clasificados dentro de este grupo, frente al de los sujetos que realizan este tipo de cuestionamientos de sí mismos.

Una integrante de un sindicato agrario proponía una vez establecer un termómetro de la incoherencia. Ésta debía medirse del uno al diez. El que obtuviera más de siete era un «*jeta*», y el que obtuviera menos de tres, un «*purista*». El ideal, para ella, era moverse en la franja entre esos dos extremos, dado que pensaba que era necesario «*tener mucho cuidado con las purezas y con querer ser el más agroecológico y el más militante*». A esa contraposición entre la pureza y la flexibilidad, hacía referencia también esta consumidora de un grupo de consumo en una conversación:

«Nos íbamos de viaje y empezaban: «¿y qué agua compramos? Porque solo hay la de cocacola» «¡Pues no compramos agua!» decían. Y yo, «pero chicos, ¿qué os pasa? Pues yo tengo sed y voy a comprar agua y me la chufa de quién sea y a quién le doy mi dinero». ¿Es que te vas a comprometer a ti mismo por eso? Y además que quién nos creemos que somos por no comprar eso, ¿el salvador? Que hay un rollo de mesías...

Es como cuando estaba de Erasmus y me metí en un grupo del comedor, que eran macrobióticos, y yo cocinaba una hora a cambio de comida gratis. Y era de «te hemos visto en la plaza comiéndote un helado». «Sí, ¿y?» «Que tú no puedes comer helado». «¿Cómo que no me puedo comer un helado?» Tenían como cinco niveles y al que más admiraban era al que conseguía comerse los hierbajos, pero literal, los hierbajos del patio de atrás, sin el aderezo de soja que hacían. Yo les decía «¡pues yo me voy a echar todo lo que pueda porque esto está infumable!» Pero lo llevaba mal, me hacían sentirme mal muchas veces».

Pese a que las personas consideradas coherentes cuentan con un prestigio y una legitimidad especial en estos espacios sociales, la falta de capacidad para operar en el «*mundo real*», el peligro de creerse moralmente superiores a los otros o de contraer un complejo mesiánico, son las principales críticas que suelen hacerse a aquellos que «*viven obsesionados*» con estas cuestiones. «*¿Cómo politizamos lo cotidiano con desparpajo, sin tristeza y sin asumir actitudes de jueza moral de la vida propia y ajena?*», se plantea en esta línea Pérez (2014:29).

El cambio es difícil no sólo porque suponga una renuncia, sino porque la estructura de nuestra vida cotidiana, modelada por los tiempos de trabajo, las responsabilidades familiares, los ritmos urbanos, las urgencias y las precariedades, puede convertirse en un obstáculo para realizarlo. Las lógicas prácticas que rigen nuestras actividades cotidianas entran muchas veces en contradicción con estos modos de hacer que se consideran deseables, porque son muchos los elementos sobre los que los sujetos tienen poca capacidad de acción los que modelan nuestros hábitos. Como decía un agricultor del BAH, «*al final vivimos en el mundo, nunca vas a estar satisfecho al 100% con lo que haces*».

En el caso concreto de la alimentación, ya hemos visto los múltiples los factores que condicionan nuestras formas de comprar, de cocinar y de comer. Tal y como repasamos en el primer capítulo de este trabajo, la instauración de este régimen agroalimentario se inserta en las formas sociales amplias que el capitalismo dibuja desde los años 60. La generalización de la compra en el supermercado o de la adquisición de alimentos procesados, es inseparable de los modos en los que los

cambios en lo productivo y lo reproductivo afectaron a nuestro día a día. Al alterar las pautas en las que se llevan a cabo las prácticas alimentarias, sin poder alterar las estructuras cotidianas que condicionan las mismas, los miembros de los grupos de consumo encuentran muchas dificultades para poder realizar ese modelo de coherencia que defienden.

«Nosotros aun así seguimos yendo al Carrefour a comprar un montón de cosas y nos gastamos más dinero que en el grupo de consumo. Es una incoherencia total, a nivel moral y político. Esta vida que tenemos...no tenemos casi tiempo para hacer la compra o buscar otras formas» (consumidora cooperativa producción-consumo).

«Yo me he vuelto mucho más consciente a la hora de comprar. Siempre me fijo en el etiquetado para ver de dónde viene el producto e intento comprar... En la medida de lo posible, porque no siempre es fácil. Por ejemplo, las legumbres, siempre intento buscar que sean locales, pero, si te fijas, casi todas vienen de Canadá» (consumidor grupo de consumo).

Algo que ocurre también, en ocasiones, en el caso de los agricultores:

«No nos parece sensato pedir dinero a una institución que se ha cargado el campo... pero igual intentamos pedir una ayuda de mejora de las instalaciones. Nos vendría muy bien el dinero, la verdad» (ganadero agroecológico).

Los mismos problemas aparecen a la hora de tratar de extender ese ideal a otras parcelas de la existencia. La autogestión de lo cotidiano es reconocida por estos sujetos como algo que requiere un nivel de esfuerzo y tiempo que dificulta la posibilidad de participar activamente en diferentes proyectos colectivos:

«Aunque sí entiendes que si quieres hacer esto con todo, con la educación de los niños, con el ocio, con no sé qué, pues al final tendrías que dejar el trabajo. Es mucho esfuerzo dedicarse a la autogestión de todo, no sé puede, está claro» (consumidor SAS).

«Al final los proyectos de autogestión pues sí crees en ellos y te parecen bonitos y quieres colaborar, quieres cuidarlos si puedes, o...Y ¿dónde terminas?, ¿no? Si luego te dejas llevar por todo esto, pues hay tanto que puede arrastrar. Si quieres puede ser tu vida, totalmente. Si dispones de tiempo. Bueno, el freno lo pones tú en realidad (...). Es un suma y sigue. Al final todo genera mucho trabajo, que está muy bien, pero vamos a los ritmos que nos permiten los tiempos de los que disponemos. También hay que disfrutar de otras cosas. Claro, y que la autogestión funciona, pero funciona como funciona, o la autogestión funciona a costa de tanto esfuerzo, y eso ¿cómo lo hacemos?» (consumidora SAS).

Por ello es frecuente que se combine la participación en diferentes proyectos de militancia, con el apoyo distanciado de otros. Esto, como ya hemos señalado, ocurre

en el caso de muchos integrantes de otros proyectos políticos que se acercan a los grupos de consumo para adquirir a través de ellos su alimentación básica, pero que no disponen de tiempo para implicarse activamente en los mismos (lo que llaman el problema de participación debido a la «*híper-militancia*»).

Estas tensiones entre las lógicas prácticas y las ideológicas, abren la puerta al farragoso terreno de lo que en el campo se suele denominar «*las (pequeñas) contradicciones*»:

-No deberíamos tomar fresas porque están producidas en condiciones espantosas, trabajadores sin papeles explotados, químicos...

-¿Y café?

-Tampoco

-¿Y té?

-Pues tampoco. Si no viene de aquí, claro que tampoco

-¿Tú no bebes café?

-Sí, sí que tomo pero me parece una contradicción.

-Pues a mí no.

-Pues a mí sí, y aunque en nuestra cooperativa se vende, porque decidimos apoyar el proyecto del comercio justo, nos parece una contradicción y nos costó mucho tomar esa decisión.

Un consumidor planteaba que, a veces, lo único que uno podía hacer era «*mirarse hacia dentro*», reconocer y asumir esas contradicciones e integrarlas en su día a día. Sin embargo, para otros, detectarlas es sólo el primer paso para poder mejorarlas: «*el reconocimiento de nuestros propios límites y nuestras debilidades ha de dar paso a una voluntad real de transformación de los mismos*», defendía un responsable de una cooperativa agroecológica. Tal y como explicamos al hablar de las lógicas prácticas que atraviesan las dinámicas de los grupos de consumo, una de las mayores polémicas que surgen a este respecto es la de, en qué medida, los problemas de implicación y de falta de adecuación a ese «deber ser» son fruto de una falta de voluntad y de compromiso, o si hay factores ajenos al campo de control del sujeto que intervienen en ese resultado. Como veremos, muchos de los problemas que se plantean en algunas de estas cooperativas, tienen que ver con las diferentes formas de gestionar estos ideales de comportamiento que no todos los consumidores alcanzan.

Pero no se trata únicamente de que estos ideales del ser puedan entrar en tensión con las estructuras de la vida cotidiana, sino que el carácter plural del sujeto, dificulta también la adecuación a un modelo de persona que se caracteriza por su comprensión en términos de entidad monolítica. Por ejemplo, los comportamientos alimentarios suelen variar dependiendo de los espacios, los momentos o el tipo de interacción en el que el sujeto se inserte. Así, varios consumidores afirman que, pese a que ellos no adquieren productos que no sean de temporada, «*fuera de casa*» relajan esta pauta alimentaria. «*Si salgo a cenar por ahí tampoco me voy a poner exquisita*», comentaba una agricultora. Retener esta cuestión es fundamental para

no caer en una imagen distorsionada de estos sujetos como si estas preocupaciones por la responsabilidad o la coherencia impregnaran e informaran todos sus actos cotidianos. Es decir, no hemos de confundir estas problemáticas e ideales con la fuente de explicación de sus prácticas cotidianas. Por el contrario, lo interesante es aproximarse a los modos de relación con los mismos, y a las formas de experimentarse a uno mismo en función de estos cuestionamientos.

En función de los posicionamientos ante la pregunta, que ya presentamos, de en qué medida hay ámbitos/situaciones que pueden entenderse como ajenos a esta problematización política de las prácticas cotidianas, las formas de hacer serán o no experimentadas como contradicciones. En una ocasión una consumidora bromeaba con una trabajadora de una cooperativa, porque traía el material para el acto que celebraban en una bolsa grande de plástico azul de una conocida multinacional: *«quería llegar antes para esconder la bolsa, pero me has pillado. Me gusta el Ikea, lo reconozco, pero me da igual porque soy una buena persona a pesar de eso»*³. Para entender esta declaración hay que tener en cuenta que el carácter general de esta cooperativa era la búsqueda estricta de una perfección moral y política de sus participantes. Rigidez que mantenían tanto en el consumo alimentario (buscando una dieta casi estrictamente ecológica), como en la militancia. Esto les llevaba a hacer afirmaciones como *«si hay que ir a la acampada, ni novia, ni madre ni nada, hay que ir y punto»*. Frente a esto, una consumidora planteaba: *«hay gente que no entiende la parcela de hedonismo que tiene la vida, que si un día te levantas acompañado y no te apetece ir a la manifestación y te quedas en la cama pues genial»*.

Estamos en el local de la cooperativa esperando a que llegue una voluntaria para ir a hacer una pegada de carteles de una jornada de puertas abiertas. Se retrasa. Cuando aparece lleva en la mano un cruasán de chocolate y un zumo de melocotón, que se está bebiendo con una pajita. La trabajadora la saluda diciendo: «anda que...comiendo bollería industrial». Ella se justifica, un poco apurada: «es que me he levantado súper tarde y no me ha dado tiempo a desayunar y tenía mucha hambre». La trabajadora se queda un momento en silencio, sonríe y murmura: «vaya, yo también, al final voy a acabar pareciéndome a...». No completa la frase, pero las dos entendemos que se está refiriendo a otros trabajadores que suelen hacer este tipo de críticas a los consumidores por no ser capaces de cambiar estos hábitos alimentarios «insanos».

Qué hacer con los deseos es precisamente uno de los principales interrogantes que aparecen a la hora de problematizarse a uno mismo desde este ideal de virtud y coherencia. Algunos proponen *«racionalizarlos»* (dominarlos, examinarlos, darse cuenta de que son *«irracionales»*, y priorizar, en todo caso, las necesidades colecti-

3 La trabajadora, tras esta declaración, le confesó: *«reconozco que yo también he ido alguna vez»*.

vas frente a las apetencias individuales) y otros «reconducirlos» (elaborando otros imaginarios de felicidad y vida buena, aprendiendo a «*desear bien*»). Pero aun así, a veces, los sujetos reconocen que no pueden evitar «*dejarse llevar por ellos*». Algo que se agudiza en el caso de la alimentación, como vemos en las declaraciones de estos consumidores: «*es que es superior a mí, me encantan los anacardos iraníes que venden en el Corte Inglés*»; «*yo procuro comer cosas ecológicas, pero también caen bollos de vez en cuando*»; «*a veces es como que el cuerpo me pide azúcar industrial*». Una vez más, aquí la diferencia la encontramos en las formas de experimentar estos «deslices». Mientras que a algunos no les plantean problemas, pues los reconocen casi como una parte necesaria de un «arte de vivir» que no caiga en el ascetismo extremo, otros afirman «*sentirse mal*» después de hacerlo.

Durante una presentación de un libro ecologista, uno de los ponentes explicaba con desparpajo:

«A veces te das cuenta de que estás lleno de contradicciones. Iba yo en un avión leyendo el libro, y cuando plantea «¿cuándo vamos a apagar el motor?», te das cuenta de que estás leyendo un libro contra los aviones en un avión. Asumo que es una contradicción profunda. Es como cuando me preguntan si soy vegano. Pues no, no lo soy. Hace falta mucho esfuerzo. A veces a uno le dan ganas de abandonarlo todo e irse a comer una hamburguesa en el McDonald's».

El autor, por su parte, experimenta con tristeza y preocupación tener que utilizar este medio de transporte cuando no le «*quedaba otro remedio*».

Es interesante, en cualquier caso, cómo la coherencia, al igual que la responsabilidad, tiene finalmente que ver con un «dominio de sí»; con una problemática de control sobre uno mismo, sobre sus deseos y prácticas, que toma formas análogas al dominio de los apetitos en relación con la problemática de la salud que hemos analizado al comienzo de esta investigación⁴. Esta autorregulación del individuo, concebida como la primera piedra en el camino del cambio, para algunos sujetos tiene que reflejarse en primer lugar en el terreno alimentario. Es decir, que parten de que existe una analogía entre el ser capaz de «*dejar de comer las cosas que nos gustan pero que nos enferman*», y ser capaz de «*sacrificar los deseos personales en beneficio del bien común*». Postura en la que vuelve a tomar forma la discusión entre los límites de lo colectivo y lo individual, a la que ya nos hemos referido en capítulos previos, y que entra en tensión con la de aquellos que se mueven con disposiciones más flexibles, de «*dejarse ser*», en materia alimentaria y militante (como aquella consumidora defensora de la «*parcela del hedonismo que tiene la vida*»).

Las formas de vivir estos cambios y este trabajo sobre uno mismo son esencialmente singulares. Para algunos se trata de renunciaciones y sacrificios que realizan con

4 Como veremos más adelante, este dominio sobre uno mismo funciona también como fuente de legitimación a la hora de ejercer un poder sobre los otros en cuanto a la modelación y la exigencia de determinados comportamientos.

perfecta disciplina; a otros les es difícil cambiar determinadas pautas, pero no así otras de las que incluso disfrutan; algunos intentan «asumirse», a otros les «sale solo»; algunos enfatizan que es importante hacerlo «desde la alegría» y no «flagelarse»; otros persiguen con intensidad la «excelencia humana»... Estas formas de experimentación subjetiva, las prácticas que problematizan y los términos desde los que lo hacen, son inseparables de sus posiciones objetivas en tanto agentes sociales. Por ejemplo, contar o no con experiencias de socialización en organizaciones políticas o en colectivos ecologistas, o tener una posición en la estructura social que permita el acceso a determinados ámbitos de consumo o los restrinja, van a marcar experiencias muy diferentes al respecto.

La coherencia no es sólo una problemática que los sujetos se plantean a sí mismos, sino que también forma parte de los discursos de construcción identitaria de ciertas organizaciones, cuando pretenden distanciarse de otros agentes del campo que, aunque abogan por la agroecología, continúan reproduciendo en su seno dinámicas capitalistas. «No sólo hay que predicar, también hay que dar trigo. Somos una empresa anticapitalista y eso hay que demostrarlo», afirmaban en una cooperativa.

A este nivel, los problemas que se plantean se vinculan a esos choques entre las lógicas económicas y las lógicas políticas que hemos examinado en el capítulo anterior. Comportarse de forma no capitalista ejerciendo una actividad de mercado supone, como hemos visto, toda una serie de problemas prácticos que hacen difícil moverse en cierto ideal de pureza. Es también importante tener en cuenta que es común que la demanda de coherencia y responsabilidad aparezca en las dinámicas de estas «empresas anticapitalistas» en el momento en el que necesitan aumentar sus ingresos o el número de consumidores: «el consumo responsable tiene que ser más responsable y más consumo»; «necesitamos crear la necesidad de este tipo de consumo, que la gente entienda por qué es importante adquirir alimentos de calidad». En estas situaciones, como examinaremos a continuación, surgen tensiones en las relaciones con los consumidores por la posibilidad de que detrás de esta demanda de cierta ejemplaridad moral, se esconda un interés económico.

Hay una variación de la problemática de la coherencia, que más que inscribirse en estos terrenos de la moralidad, lo hace en los de la libertad y la autonomía, como podemos comprobar en esta declaración de un agricultor del SAS:

«Yo estoy aquí por política. El sector primario me parece lo único más acorde con una postura anti-esclavista, porque aquí es donde creas el alimento y dónde puedes poner las semillas para un cambio. Donde puedes ser más coherente con unos ideales, porque está menos contaminado. Aunque soy consciente de que al final si existe esto es porque hay gente en Madrid esclavizada pagando con sus salarios esto. Pero te da independencia y libertad».

Aquí la coherencia es una cuestión menos ligada a la responsabilidad para con el colectivo, «el mundo», la naturaleza o la sociedad, que a la búsqueda de una autonomía que permita la libertad de vivir como uno quiere hacerlo, sin tener que someterse a los imperativos del Estado, de las convenciones sociales o del trabajo asalariado. En

esta dimensión personal de la problemática de la autonomía, a la que hemos hecho referencia en otros capítulos, una vez más, la preocupación por el control (en este caso «sobre nuestras vidas»), se vuelve un ingrediente fundamental. Como decía aquella agricultora del SAS, a la hora de valorar su trabajo en una organización de esa naturaleza: *«me gusta la libertad que le da al ser humano. El decidir cómo quiere trabajar y cómo cubrir sus necesidades. La libertad de no sentirme atada a un proyecto. Yo necesito mucho esa libertad y autonomía, de poder decidir yo»*. Es la búsqueda de este tipo de autonomía la que conduce a muchos de estos jóvenes a establecerse en el medio rural, apoyándose en esa imagen del campo como espacio de libertad que ya hemos examinado.

La problemática de la autonomía porta consigo una doble tensión. Por un lado, en el caso de los agricultores, entre la libertad y los requerimientos del trabajo hortícola. Uno de los fundadores de una cooperativa de producción/consumo me comentaba en una ocasión, que ésta era una de las grandes dificultades a las que se había enfrentado a la hora de buscar compañeros. El trabajo en la huerta implica renunciar a muchas de las comodidades y libertades de las que disfrutaban los jóvenes urbanos de clase media. *«Requiere cierta disciplina y esfuerzo y eso a veces entra en tensión con lo lúdico, como manera de militar a la que muchos nos hemos acostumbrado»*. Como ya comentamos, el sistema de excedencias que promueven algunas de estas cooperativas permite que, pese a estas condiciones, la mayoría de los agricultores continúen a largo plazo involucrados en el proyecto. Pero se hace necesario intervenir colectivamente sobre estos «parones» para que no lleguen a «perjudicar al colectivo». *«Es importante acoplar las necesidades de cada uno a las necesidades del grupo, uno no puede irse de excedencia si no es el momento adecuado para el grupo»*, planteaba al respecto un consumidor en una asamblea de la cooperativa.

Por otro lado, una tensión entre la autonomía como libertad individual y el compromiso con proyectos colectivos. Como procedemos ahora examinar, esta tensión subyace a muchos de los conflictos que surgen por la falta de implicación o participación de los miembros de los grupos de consumo.

10.2. La construcción del consumidor implicado

En las dinámicas relacionales de los grupos de consumo, el cuestionamiento y la actuación sobre la conducta de sus miembros, surge principalmente en las situaciones caracterizadas por los problemas de participación. En este nivel de la realidad, no tratamos con los cuestionamientos de sí que puedan llevar al sujeto a adscribirse a este tipo de redes, o que le doten de sentido a estas prácticas, sino de cómo, en la cotidianeidad concreta de los grupos, se trata de modelar determinados tipos de sujeto. Las problemáticas de la coherencia o la responsabilidad que hemos examinado, se inscriben, en esta dimensión, en las estrategias mediante las que se trata de cambiar la conducta de los otros, más que en el intento de modificación del sí mismo.

Para los grupos de consumo se vuelve fundamental la construcción de un sujeto implicado (según el caso, llamado «consumidor activo», «militante agroecológico»,

«cuadro político» o «consumidor concienciado»), es decir, de personas que participan activamente en las dinámicas de autogestión de la alimentación que requieren estas organizaciones para su propia reproducción. En función del tipo de grupo del que hablemos, esa implicación se concreta en prácticas como el aumento del volumen de compra realizado en la cooperativa, la colaboración en las tareas de procesamiento de los alimentos, la participación en las asambleas y reuniones, solidarizarse con los agricultores cuando sea necesario, la integración en comisiones de trabajo y/o el apoyo a las tareas de producción. Además, en algunas cooperativas, esta búsqueda del sujeto implicado tiene también un sentido identitario; ser «*un movimiento social*» y no «*una tienda para ecoyuppies*», o ser «*una cooperativa autogestionada*» y no «*un grupo de consumo*», pasa, entre otras cuestiones, porque la organización esté conformada por este tipo de consumidores.

Pero un grupo de consumo no es un sujeto. Los grupos son redes relacionales, conformadas por diferentes agentes que se sitúan en posiciones diversas en estas organizaciones, y que tienen diferentes formas de adscripción a las mismas. El problema de la participación implica, por tanto, acercarse a lo que podríamos llamar la micropolítica de estos colectivos. Quién y de qué modo está legitimado para intervenir en las conductas de los otros y de qué formas se trata de actuar sobre los demás, es una cuestión que tiene que ver con las relaciones de poder que se establecen en el seno de estas organizaciones.

En esta línea de comprensión de los grupos como entramados relacionales, una de las primeras características de estos espacios que necesitamos resaltar es la ya comentada diversidad de posiciones, motivaciones y usos que los integrantes tienen con respecto a los mismos. No todos los consumidores problematizan sus prácticas alimentarias desde ese eje ético/político al que nos hemos referido, ni consideran estos espacios como una forma de militancia, ni «*están concienciados*» sobre la importancia de la agroecología, ni entienden los grupos como algo más que el lugar donde adquieren sus alimentos. Cómo gestionar esta diversidad de usos y significados supone uno de los principales problemas a los que se enfrentan los integrantes de estas cooperativas.

«Como hay esa presión de coger a gente, pues al final muy pocos se implican y eso desgasta mucho a los que trabajan. Unos tienen hijos, otros tienen que ir a la manifestación de no sé dónde... Te puedes poner en plan comisario político: o vienes o te vas fuera. Cosa que se hace muy poco. Vale que pagues, pero es que el BAH no es sólo que pagues. Lo que pasa es que si echas a la gente al final no puedes mantener los salarios. Es algo muy difícil de solucionar» (agricultor BAH).

Un consumidor del SAS planteaba esta cuestión en los siguientes términos: «*En la Piluka estamos siempre con lo de ¡no podemos dejar que pase esto! Vamos, que la gente no se implique. Pero luego piensas, pues igual sí puedes dejar que pase. Así estamos siempre, con este debate*».

Como apunta este consumidor, podríamos diferenciar entre dos posturas básicas, entendidas como tipos ideales, en las formas de gestión de la falta de implicación.

Una que tiende a la intervención y otra que se caracteriza por un «dejar hacer». Tal y como expresa esta consumidora:

«Lo que pasa es que también, la maquinaria tampoco funciona con todos, hay mucha gente que tampoco tiene un nivel de participación excesivo. Hay que contar con la autogestión de produzco, distribuyo y consumo. Pues es produzco, y produzco es voy a un sábado verde. Si quiero participar en la distribución y en la gestión, pues si crees en esto, no puedes esperar a que nadie te lo gestione. Tienes que ir a las asambleas de tu grupo y a las asambleas generales. Y el consumo, pues nada, tienes que ir a por tu cesta, súper importante, no se te olvide. Entonces, sí, creo que si hacemos bastante hincapié y nosotros hemos tenido épocas de «vamos a ponernos un poco bestias diciendo todo esto supone... y tienes que hacerlo». Porque en esa época de rotación de gente que tuvimos era como «a lo mejor no estamos informando de la realidad que supone Surco a Surco». Que no es que sea que no la puedas abordar, que mira, que somos un montón de gente que la tenemos metida en nuestra agenda, pero tienes que saber que tienes que hacer unos huecos determinados en tu agenda, no muchos en realidad. El otro día lo hablábamos, con ir una vez al año, hay gente que no va ni una vez al año, con que todos fuéramos una vez al año al sábado verde... Sí creo que haya que ser un poquito, no sé si decir estrictos, pero sí, por lo menos, contar la información tal y como es, porque Surco a Surco sí requiere tiempos y esfuerzo. Lo que pasa es que también nosotros, ahí está la flexibilidad de «oye que este año estoy jodidísimo de tiempo porque...» No me lo expliques. Que estoy muy jodido y no voy a poder asistir, voy a venir a por las cestas. Pues yo creo que eso está bien, no pasa nada. Hoy por ti, mañana por mí, pasado otra vez por ti. No creo que haya ningún problema. Es más, creo que si todo el mundo funcionara al 100% también nos sobresaturaríamos, las decisiones tardaríamos muchísimo más, o sea que, creo que también mola que haya cierta..., que sepas que todo el mundo está representado, y bien. Nosotros, en Carapiés, normalmente la gente viene a la asamblea. Luego no todo el mundo ha ido a la general o al sábado verde, pero a la nuestra siempre. Pues no sé, intentamos, pero creo que la flexibilidad existe para utilizarla. Luego, a veces nos pasamos, y otras, pues no llegamos. Pero bueno.»

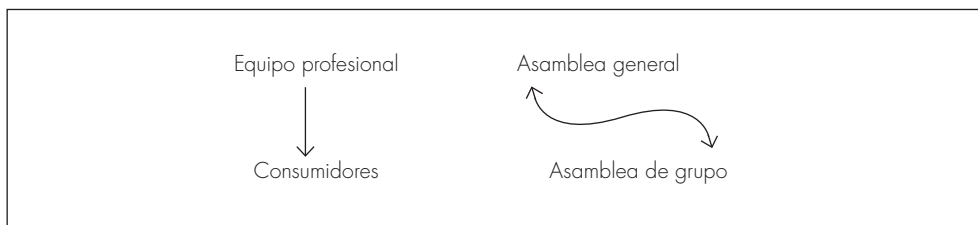
Las formas de abordar la implicación tienen relación con la manera específica en la que se articulan en cada organización los siguientes factores:

- Estructura organizacional: en función de si ésta tiende más hacia la jerarquía o hacia la horizontalidad, varían las formas de plantear esas intervenciones sobre los otros. El SAS que, como ya hemos señalado, se organiza como un sistema horizontal, no cuenta en principio con ninguna figura de autoridad concreta, legitimada por su posición objetiva en la cooperativa, para realizar ese tipo de intervenciones. Sería el órgano de la asamblea el encargado de hacer estas llamadas a la participación. Dado que las asambleas generales están formadas por representantes rotativos de los grupos, aunque en ellas se discuta con frecuencia la necesidad de aumentar la implicación, es en las asambleas de grupo donde este requerimiento toma una forma más específica y cercana.

Esto no quiere decir que no existan liderazgos internos, sino que esas figuras se encuentran menos institucionalizadas. La fuente de autoridad para promover este tipo de cuestionamientos, proviene, en este caso, del nivel real de implicación de cada uno de los participantes. Son aquellos sujetos que adquieren más responsabilidad en las tareas de gestión y de apoyo de la cooperativa, los que habitualmente expresan sus quejas al respecto, o tratan de modificar el bajo nivel de participación de algunos de los miembros, como vemos en el siguiente extracto del diario de campo:

«Tras terminar de valorar el estado de las cestas, uno de los chicos que participaba en la comisión de financiación, encargada de preparar el fin de semana de actividades para conseguir dinero extra para la cooperativa, ha expresado su preocupación por la falta de implicación general que ha habido, tanto en la organización, como en el desarrollo del evento. Ésta ha sido una constante en toda la cooperativa, por lo que desde la asamblea general se ha decidido tratarlo a nivel de asamblea de grupo. *«Nos gustaría saber qué es lo que ha podido suceder. Sólo ha participado gente de tres grupos, del resto, nadie. Aunque ha sido un éxito a nivel económico, estamos preocupados por la poca implicación que ha habido. La comisión de financiación tampoco es la encargada realmente de organizar estas cosas, es un dinero que necesitamos a nivel de cooperativa»*. Acto seguido, uno a uno de los que estamos presentes procedemos a explicar las razones por las que no hemos podido acudir: tres personas tenían que trabajar ese fin de semana, otra tenía que hacerse cargo de sus hijos pequeños, a otra la operaban. Los tonos de estas declaraciones son de justificación, y suelen terminar con una disculpa. Cuando todos hemos expuesto nuestras razones, nos quedamos en un breve silencio, al que le sigue una expresión generalizada de promesas de no volver a incurrir en este comportamiento. Continuamos discutiendo el orden del día».

En cooperativas con una estructura vertical, en las que hay una diferenciación entre posiciones objetivas como el equipo profesional y los consumidores, los intentos de modificación de las conductas toman una dirección de arriba a abajo. Pero la legitimidad de aquellos que ocupan posiciones superiores en la estructura para intervenir sobre los otros, está abierta también a discusión. De hecho, parte de los problemas que se generan con los consumidores, provienen de la falta de reconocimiento de los últimos de la fuente de autoridad de los primeros a la hora de tratar de reconducirlos hacia determinadas formas de hacer. Un ejemplo de ello lo hemos visto en el bloque anterior al hablar de los conflictos que se generaban en una cooperativa por la insistencia de los trabajadores a los consumidores para que adquirieran su revista.



- Planteamientos ideológicos. En organizaciones con un carácter más ácrata (como ocurre en casi todas las cooperativas de producción/consumo), en las que se otorga mucho peso a los valores de la libertad y la soberanía, «obligar» a alguien a comportarse de determinada manera plantea una serie de problemas, que no aparecen en el caso de las organizaciones en las que la disciplina y la necesidad de «*crear cuadros*» y «*concienciar a las masas*», forman parte del discurso cotidiano de sus miembros⁵. Este factor es inseparable del anterior. Habitualmente aquellas cooperativas de carácter más horizontal, se apoyan en esta importancia de la libertad e igualdad entre consumidores, y viceversa.

Una agricultora del SAS, me explicaba, al conversar en torno a los diferentes niveles de participación de los miembros, lo siguiente:

«Es que claro, aquí, esto, es muy libre. Porque yo creo que la sociedad está hecha de repetición, que haces todo el rato lo que hay que hacer. Que tú vas a una tienda y pagas porque tienes que pagar, o haces no sé qué porque te obligan a hacerlo. Pero claro, es que aquí no hay eso. Nadie te va a obligar a ir a un sábado verde o a una asamblea, cada uno hace lo que considera necesario. Por ejemplo, una chica, que era muy maja, la verdad, pero estuvo un año y medio debiéndonos 150 euros, y nadie fue a perseguirla para que pagara. Es que también todos somos iguales, y no hay nadie que tenga una autoridad para decirte lo que tienes que hacer o lo que no. No se controla...A mí nadie me controla mis horas de trabajo, yo me las voy apuntando. Es otra cosa.»

En su discurso, la libertad que permea la cooperativa como principio de funcionamiento, junto con la igualdad en la que se sitúan todos sus miembros, impide que alguien pueda controlar u obligar a los otros a involucrarse de determinada manera. En estos casos se espera que sea la capacidad de autorregulación del individuo la que revierta en el buen funcionamiento de la organización. Sin embargo, aparece también en este extracto un claro ejemplo de aquello que comentábamos anteriormente con respecto a cómo ese valor de la libertad individual puede entrar en colisión con el compromiso con el proyecto colectivo. Que no exista nadie autorizado para «*perseguir*» a aquellos que contraen deudas con la cooperativa, supone un problema para la reproducción de la misma.

Pero el hecho de que reconducir las conductas de los otros genere problemas de tipo práctico (al no existir una figura institucionalizada) e ideológico (por comprenderlo en oposición a la libertad e igualdad), no significa que, en momentos puntuales, no se realicen acciones en esa dirección. Esta misma agricultora afirmaba, un

5 Uno antiguo consumidor del BAH relataba que la primera vez que escucharon un concepto como «*la disciplina militante*», fue a raíz de una reunión con otra organización agroecológica, que llevaba tiempo establecida en la ciudad, en la que, apoyándose en esta noción, les solicitaron realizar una suerte de reparto de los campos de intervención política.

poco más adelante (en la misma línea de aquella consumidora cuando hablaba de la necesidad puntual de «ponerse un poco bestias» con la participación):

«Aunque sí que igual hay que dar un poco de caña para que la cosa no se descontrola, que hay también grupos de consumo en los que puedes ir a recoger tu cesta ecológica de temporada y con verdura rica y no tienes que comprometerte a nada más. Pero es que esto es otra cosa, aquí sí tiene que haber más implicación...».

- Dinámicas cotidianas y densidad social. El número de consumidores que componga el grupo, la existencia de más o menos momentos de encuentro entre ellos, de mayor o menor número de situaciones de reflexión y evaluación pautadas (como puedan ser las reuniones o las asambleas), del tipo y el número de actividades en las que se requiera esa implicación, y de la existencia o no de figuras «liberadas» para gestionar los grupos, son factores que condicionan asimismo el tipo de técnicas empleadas en la modelación de ese consumidor implicado.

Estas técnicas las podemos englobar en tres grandes grupos:

- **Premiar:** una de las estrategias a las que se recurre en algunas cooperativas es la de ofrecer descuentos a cambio de trabajo voluntario en las tareas de administración (en cooperativas de consumo en las que se genera un beneficio económico que lo posibilita), o cestas de verduras por apoyar en las labores de producción (en cooperativas de producción/consumo). Con respecto a los problemas que se generan debido a lo que algunos entienden como una retribución por la militancia nos remitimos a lo comentado en el capítulo anterior.
- **Concienciar.** En este punto diferenciaríamos, a su vez, entre la concienciación en torno a la importancia de la participación y la autogestión para el funcionamiento de los grupos, y la concienciación, en una línea más política, en torno a la importancia de la agroecología como vía de transformación social. La primera de las vías es la que mayor fuerza toma en todas las cooperativas con las que he trabajado. Como hemos visto en la declaración de la consumidora del SAS, las formas en las que plantea «dar caña» a los miembros del grupo, pasan por la transmisión de una información que se espera revierta en el aumento del nivel de participación⁶: «a lo mejor no estamos informando de la realidad que supone Surco a Surco»; «sí, por lo menos, contar la información tal y como es, porque Surco a Surco sí requiere tiempos y esfuerzo».

6 Aunque, en este punto, se comprueba habitualmente, aquello que nos recuerda Laplantine «conviene quitarse de la cabeza la idea de que cuando las personas saben se comportan de otro modo. No, no cambian necesariamente: pueden seguir comportándose como antes» (2010:15). Más que a una falta de conciencia, la baja participación suele estar ligada a las formas de estructurar los tiempos y responsabilidades de la vida cotidiana. Un caso representativo a este respecto sería el de los «hipermilitantes».

En ambos casos, los discursos de concienciación suelen apoyarse en esas problemáticas de la responsabilidad y la coherencia que hemos visto en el epígrafe anterior. Tal y como examinamos en las formas de actuación sobre las relaciones campo-ciudad, determinadas situaciones (ya sea el asumir problemas en las cosechas, aumentar el volumen de compras o comprometerse con alguna tarea de gestión), son presentadas ante los otros como oportunidades para actualizar una serie de valores, para «*demostrar la solidaridad*», para «*ejercer la coherencia*» o para «*asumir la responsabilidad que tenemos como consumidores y ciudadanos*».

Las situaciones en las que este tipo de prácticas de concienciación toman forma, son aquellas en las que se hace posible detener los ritmos urgentes en los que se desarrollan gran parte de las prácticas cotidianas de los grupos, y tomar cierta distancia reflexiva con respecto a los modos de hacer. Esto ocurre principalmente durante las asambleas, reuniones, talleres o cursos. Por ello, en función del peso que adquieran estos momentos en la vida de los grupos, se hará más sencillo recurrir a esta técnica. Pero tengamos también en cuenta que, con frecuencia, las personas que participan en estos espacios suelen ser las que menos problemas presentan. Cuando, en estas situaciones, al discurso de concienciación sobre cómo la responsabilidad o la coherencia del consumidor han de expresarse en la implicación del mismo en la organización, le sigue una demanda de compromisos concretos, se ejerce una presión sobre los presentes que dificulta que se nieguen a la misma. Si no hay esa demanda de implicación específica, como vimos en el anterior ejemplo de la asamblea, estas situaciones suelen finalizar con la expresión de la intención de enmienda de la conducta.

«En la asamblea general de una cooperativa agroecológica, una de las responsables realiza la siguiente reflexión: *«Es necesario cambiar la relación que tienen, no ya sólo con nosotros, sino con su propia alimentación. ¿Cómo puede ser que una familia sólo haga un pedido de 15 o 20 euros quincenales? El consumo responsable tiene que ser más responsable y más consumo»*.

Ante esto, el representante de uno de los grupos de consumo que se ha incorporado recientemente a la organización, replica:

-«A mí no me parece bien que se haga esta crítica a que haya volúmenes de compra tan bajos. Parece como si hubiera compradores VIP y otros de rango inferior. Pero cada uno hace lo que puede. No sé, no me parece correcto medir la cantidad de dinero que se deja cada uno de los consumidores, ni diferenciarlos por ello»

A partir de este momento se suceden varias intervenciones de diferentes consumidores:

-«Es verdad, pero también es necesario que reflexionemos sobre qué parte consumimos en el supermercado. ¿Por qué no podemos limitar nuestro consumo en el supermercado para aumentarlo en la cooperativa?

Otro justifica:

-«Yo hay cosas que, por ejemplo, no pido por la calidad. Como plátanos, peras, manzanas...la fruta en general. Esas cosas hay que tratar de solucionarlas, porque yo

puedo tener una conciencia, pero vivo dentro de un núcleo familiar que no tiene por qué pensar lo mismo».

Finalmente, la responsable vuelve a tomar el turno de palabra para, a raíz de estos últimos comentarios, concluir:

-«Nos encontramos a mucha gente que se aproxima que, al no tener una cultura de lo ecológico, chocan con muchas cosas. Es necesario una educación para que puedan hacer un cambio de hábitos».

Esta última declaración introduce uno de los debates que aparecen en el campo en torno a la concienciación y la educación de los consumidores. Si antes hemos dicho que la persona coherente era aquella que resultaba de la articulación de una cierta conciencia socio-ecológica con la modificación de las prácticas cotidianas (frente al incoherente, que no las modifica, y a *«la gente normal»*, que ni lo hace ni tiene esa conciencia), otro de los casos posibles en esta articulación es el que, en capítulos anteriores, hemos llamado la *«política sin querer»*. ¿Qué hacer con aquellas personas que, pese a no tener esa *«conciencia»*, modifican sus hábitos alimentarios y se implican activamente en los grupos de consumo?

En el siguiente extracto de una interacción entre diferentes miembros de varios grupos de consumo, durante una reunión en la que se trataba de articular una red de coordinación local, podemos entrever las dos grandes posiciones al respecto:

(...) -Hay que tratar –sugiere uno de los presentes- de afianzar a la gente que ya tiene un interés por el consumo ecológico pero que le falta la base de por qué hacen eso. Hay gente que aún no ha interiorizado por qué es importante comer ecológico, aunque lo hagan.

Uno de los principales problemas para aquellos que defienden esa necesidad de crear una conciencia política de la agroecología estriba en que, en el caso de que esta no exista, aumentarán las posibilidades de que los consumidores abandonen los grupos y cooperativas para adquirir este tipo de productos en grandes superficies, a medida que aumente la oferta y disminuyan los precios. Pero en este caso, parece que lo que le preocupa al sujeto es que se reduzca la agroecología a una cuestión de salud. La preocupación por el cuerpo en estos términos, es considerada como menos legítima para el consumo de alimentos ecológicos que la preocupación por las repercusiones en el plano social y ecológico del sistema agroalimentario capitalista. Antes de esta intervención, otra de las asistentes determinaba, en la misma línea: *«para mí comer ecológico no es sólo una cuestión de salud, hay un razonamiento ideológico detrás que es muy importante; de dónde viene el producto, quién lo produce...»*. Otra de las participantes de la reunión, ante esta posición, responde, sin embargo, así:

-Pues a mí las motivaciones de los demás para consumir ecológico me dan exactamente igual, como si alguien lo quiere hacer porque la luna llena de los martes le influye en su cuerpo. Mientras se haga y se pueda juntar un grupo de gente, me da igual. Tampoco se puede ir imponiendo a la gente las razones por las que tienen que consumir estos productos.

-Vincular: mientras que la concienciación suele apoyarse en un «*hacer sentir mal*» (para que la gente se cuestione y cambie), la vinculación es una estrategia que apunta hacia lo contrario: conseguir que los miembros de los grupos disfruten dedicando horas a los mismos, sin que sea tan siquiera considerado como un «*esfuerzo*». Esto es, que las formas de experimentar las asambleas o los sábados verdes se asemejen a las de esta consumidora:

«Los sábados verdes me encantan, son geniales (...). Yo por ejemplo, como mucha otra gente aquí en Madrid, tenemos trabajos más de estar sentados, pues a mí el ir a partirme el lomo en la huerta pues me sienta genial. Entonces hay un ambiente como muy festivo de huerta, de tal, que mola compartir con gente. A ver me gusta compartirlo con la gente de mi grupo, pero que con ellos, compartimos muchas cosas, entonces me gusta también porque es un sitio donde se comparte con muchos grupos.

Surco a surco a lo mejor es cierto que lo tengo mentalmente como momentos de felicidad (...). Yo, puedo ir, no tengo ganas de ir a la asamblea de no sé dónde, pfff, me iba a casa y tan a gusto, que perezón... Pero llegas y, no sabes cómo, te vas súper contenta y es como, joer que guay, bueno, pues nada, ha sido un placer. O sea que sí, aunque me cueste, luego siempre suele ser bastante... Es un pequeño esfuerzo ahora, venga que luego es muy bien, y es muy bien normalmente».

Tal y como explicamos en capítulos previos, las vinculaciones afectivas que se generan entre los miembros del grupo y con el grupo mismo, más allá de los objetivos concretos de las organizaciones, suelen ser una de las principales motivaciones para involucrarse en las mismas. De hecho, estos vínculos emocionales, tanto entre los consumidores, como entre consumidores y productores, son en ocasiones presentados como la razón para la permanencia en el grupo de consumo:

«Yo no soy ninguna consumidora modelo. La verdad que si no fuera por el cariño que les tengo a los agricultores, hubiera dejado el grupo hace tiempo, porque hay momentos en los que no me da la vida. Algunas veces llego tarde a recoger la cesta y me da la sensación de que la gente me mira un poco mal. Si sigo notando mucha presión con eso, lo acabaré dejando, porque yo, de otro modo, no puedo» (consumidora Madre Vieja).

Como ya hemos visto, en algunas cooperativas estos espacios de socialidad son promovidos con la intención de revertir en esta densidad afectiva.

En otras, las estrategias de vinculación se encuentran más encaminadas hacia la búsqueda de la identificación de los miembros con «*el proyecto*». En este caso, los objetivos específicos de las organizaciones agroecológicas sí adquieren un papel central. El discurso articulado en torno a las «*necesidades del proyecto*» puede ser empleado para conseguir que tanto trabajadores como consumidores dediquen más tiempo a las cooperativas, renuncien a algunos derechos (salario, descanso los fines de semana...), o subordinen sus intereses personales a la militancia en la organización. En estos casos, al comparar el proyecto con «*el interés colectivo*»,

se trata de que los sujetos se cuestionen en qué medida sus prácticas facilitan o dificultan la consecución de ese «*bien común*». Así, en algunas ocasiones se felicita públicamente a los miembros por ser «*un ejemplo de esfuerzo y sacrificio en beneficio del colectivo*», y, en otras, se critican las «*actitudes individualistas*» que impiden que «*el proyecto avance*», o que son «*injustas con el proyecto*». De esta manera se trata de que el sujeto se desvanezca de alguna forma ante la emergencia de lo colectivo, siendo capaz de desprenderse de sus deseos o querencias en beneficio de la organización, poniendo en práctica valores como la renuncia, la disciplina o el esfuerzo.

El siguiente extracto, correspondiente a una conversación informal que mantuve con la trabajadora de una cooperativa, muestra de qué forma la creencia e identificación con «*el proyecto*», justifica para ella la realización de determinado tipo de prácticas, la asunción de ciertas situaciones y desventajas con respecto a otro tipo de trabajos, y la consideración de su relación con la cooperativa en términos no laborales.

«Esto no es un trabajo normal, está el proyecto. Y el proyecto es muy importante. A veces más que las personas. Yo hay cosas que no haría si no fuera por el proyecto, no vendría por ejemplo a limpiar todo el local una vez a la semana. Si me voy de aquí tampoco me preocupa estar en el paro, yo trabajo porque soy activa, pero meterme en una empresa y tener que aguantar a la gente de arriba... Esto, porque es una cosa diferente, no es un trabajo que uno haga para sí mismo, ni para ganar dinero. Es una cosa que haces para los demás y no tienes grandes recompensas económicas. Claro, eso es algo a lo que no estamos acostumbrados, porque ahora se te dice que todo tiene que ser para ti, aunque bueno, también te da satisfacción personal».

En algunas ocasiones, las relaciones de poder que se establecen en estas organizaciones y la desigualdad objetiva de los miembros (por ejemplo, en este caso, entre asalariados y responsables), quedan veladas bajo este tipo de retórica de reificación del proyecto (revolucionario).

Pese a estas diferentes técnicas desplegadas para la consecución de sujetos implicados, los problemas de participación son una constante que, en todas las cooperativas, suponen uno de los mayores puntos de fricción en las relaciones que se constituyen entre sus miembros. «*La zona oscura*» de «*las nubes*», a la que se refería aquella consumidora del SAS.

«(...) Somos personas y tenemos nuestras movidas, nuestros íres y venires, y hay veces que te da igual que la gente no participe y, otras veces, te enzarzas y es como...no estamos aquí para parasitar... Unas veces surgen roces y, otras es genial porque yo te lo hago, «yo te lo hago, no te preocupes». Pero, otras, es como «pues si no hacemos nada no lo hacemos, a tomar por culo, pues nada, no participamos...» Claro, yo me quedo con el general bueno, pero, joder, estoy segura...bueno, estoy segura no, pero que en todos los grupos tenemos nuestras mierdas como personas que somos y que

bueno.... Que luego los roces hacen los cariños, pero también los roces hacen los roces. Pero bueno, como parte de la vida (...). Yo es que, en general, es cierto que, luego, lo que decíamos de las nubes, si me monto en mi nube le dan por culo a, me quedo con esto, pero los momentos de pisar tierra son de mierda. Así no, así no, así no....Anda y que os den. Entonces vuelvo a mi nube y digo, venga, pues yo prefiero verlo desde aquí. Pero también la nube tiene a muerte de rincones oscuros.»

A MODO DE CONCLUSIÓN

LA VIDA EN EL CENTRO DE LA POLÍTICA

«¿Hablar de sostenibilidad de la vida es centrarse en quién hace la comida? Sí y no. Por supuesto es hablar de eso, pero también preguntarse por los megaproyectos, los acuerdos de libre comercio o la balanza de pagos. Lo que tiene de singular es que todo eso lo aterrizamos en sujetos concretos con deseidades peculiares, con relaciones sociales y con un posicionamiento específico en esa Cosa escandalosa. Hablamos de quién cocina y cómo se reparte el tiempo. Y hablamos también de cómo se ha extraído, transformado y exportado el acero de los cubiertos; de cómo opera la cadena alimentaria de la que surge lo que comemos; de qué fuente proviene la energía con la que cocinamos. Queremos entender si el arroz está más caro porque los capitales se refugian en valores seguros ahora que especular con hipotecas basura es demasiado arriesgado; y si el café que tomamos proviene de grandes plantaciones que han robado la tierra a la pequeña economía campesina. Mirar desde la sostenibilidad de la vida implica preguntarnos si al final todo ese complejo engranaje permite a la gente que lo conforma comer o no, bien o mal, con soberanía alimentaria o sin ella, con tiempo de calidad para sentarse en una mesa, con compañía impuesta o elegida. Y si la gente come mal, de poco nos vale que el saldo de la balanza de pagos sea positivo»

(Pérez Orozco, 2014: 26-27).

La agroecología como propuesta política no se restringe al empleo de unas técnicas productivas, sino que apunta hacia la reconfiguración de las relaciones naturaleza-sociedad, a aprender a relacionarnos con los otros desde coordenadas de solidaridad y apoyo mutuo, a posibilitar a los pueblos el control sobre sus sistemas de producción de alimentos, y en definitiva, a poner en práctica otras maneras de estar en el mundo, que construyan en lo cotidiano un modelo de sociedad justo y sostenible en el que la vida no baile al ritmo de las lógicas de valorización de capital.

La praxis política se reorienta así hacia la *vida buena*; a luchar contra aquello que la impide y a potenciar las bases que la posibilitan. Este «*poner la vida en el centro*», al que aluden las perspectivas ecofeministas, hace que la noción de biopolítica, tal y como es formulada por Foucault, adquiera un lugar privilegiado para el análisis de estos movimientos sociales:

Desde el siglo pasado, las grandes luchas que ponen en tela de juicio el sistema general del poder, ya no se hacen en nombre de un retorno a los antiguos derechos ni en función del sueño milenarista de un ciclo de los tiempos y una edad de oro. Ya no se espera más al emperador de los pobres, ni el reino de los últimos días, ni siquiera el restablecimiento

de justicias imaginadas como ancestrales; lo que se reivindica y sirve de objetivo es la vida, entendida como necesidades fundamentales, esencia concreta del hombre, realización de sus virtualidades, plenitud de lo posible. Poco importa si se trata o no de utopía; tenemos ahí un proceso de lucha muy real; la vida como objeto político fue en cierto modo tomada al pie de la letra y vuelta contra el sistema que pretendía controlarla. La vida, pues, mucho más que el derecho, se volvió entonces la apuesta de las luchas políticas, incluso si éstas se formularon a través de afirmaciones de derecho. El «derecho» a la vida, al cuerpo, a la salud, a la felicidad, a la satisfacción de las necesidades; el «derecho», más allá de todas las opresiones o «alienaciones», a encontrar lo que uno es y todo lo que uno puede ser (1980:153-54).

Pero, pese a que podamos plantear estos universos como espacios biopolíticos dado que sus reivindicaciones se articulan en la defensa de una serie de derechos relacionados con los procesos vitales, no es posible reducir la complejidad de la noción de vida que atraviesa estos discursos a la concepción de la misma que desde ciertas perspectivas teóricas se entiende que caracteriza a la biopolítica: la vida como realidad natural, propia de los seres humanos en tanto organismos biológicos, y sujeta a procesos de administración, regulación y control. Esta comprensión biologicista de la vida, si bien forma parte de ciertos discursos del campo, se ve continuamente puesta en tensión con otras nociones de la misma que remiten a otro tipo de realidades. Como muestra de esta complejidad podemos atender a estas declaraciones de una agricultora de Surco a Surco, que me explicaba en una ocasión cómo ella no estaba dispuesta a basar su alimentación en productos ecológicos a costa de *«perder su vida»*:

«Yo gano muy poquito dinero y no quiero trabajar más para pagarme la comida, porque también me entra depresión si sólo vivo para comer, de verdad, porque somos mucho más que carne, ¿no? Si al final vivo para mi estómago esto no funciona. Yo no es la vida de humano que quiero, trabajar para comer ¡Vamos! 4 o 5 horas al día vale, pero estar todo el día ahí metida para pagar luego alquiler, comida y ya está...»

En este caso, aunque el discurso de emancipación pivote en torno a *«la vida de humano»*, la forma de definirla aparece contrapuesta a su reducción a los procesos biológicos. Vivir, para esta agricultora, no consiste en satisfacer una serie de necesidades biofísicas. Su reflexión sobre la vida está, por el contrario, atravesada por dimensiones relacionales, afectivas y morales.

Sin embargo, este tipo de posicionamiento sólo puede entenderse en relación al que muchos veteranos militantes de estos movimientos consideran que ha ganado terreno en los mismos durante los últimos años: la agricultura ecológica como base de una vida saludable y como respuesta a las problematizaciones en torno al alimento hechas exclusivamente desde el cuerpo. Este tipo de reflexión sobre la alimentación tiene una vinculación directa con los procesos de medicalización de lo social que se han impuesto con fuerza en nuestras sociedades desde el pasado siglo. La ciencia nutricional, en este sentido, constituye un ejemplo paradigmático de la

A MODO DE CONCLUSIÓN

reducción de la alimentación a un conjunto de datos científico-técnicos orientados a maximizar las capacidades potenciales de los cuerpos vivientes. Las personas consideradas como organismos vivos y los alimentos como la suma de sus componentes nutricionales, son la base de este saber que prescribe hábitos alimentarios sin tomar en consideración las relaciones sociales que rodean a los procesos de producción, distribución y consumo.

Aun así, la nutrición comporta también una orientación moral de las conductas. La educación alimentaria, promovida desde el desarrollo de la salud pública y la ciencia nutricional, trata de reformar los hábitos de los sujetos apoyándose en lógicas disciplinarias. «*Comer bien*» demuestra un control de sí mismo que se considera ausente en aquellos cuyos cuerpos reflejan su incapacidad para gestionar adecuadamente sus apetitos. Por otro lado, en los últimos años, mantener hábitos alimentarios adecuados se entiende como una muestra de la responsabilidad del individuo a la hora de gestionar su propio estado de salud.

La problematización sanitaria de la alimentación implica un distanciamiento reflexivo con respecto a estas prácticas, en el que también se apoyan los movimientos sociales agroalimentarios que examinamos. Aun cuando en estos casos las reflexividades que suscita la comida se anclan también en un eje ético/político, comparten muchos de los postulados de esta biopolítica alimentaria. Entre ellos, este énfasis en la responsabilidad individual propio del régimen neoliberal dominante. La extensión del llamado «*consumo responsable*» es uno de los requisitos para el desarrollo de este movimiento.

Este tipo de consumo concibe el alimento como materialización de relaciones sociales de producción. A partir de esta consideración, se reclama a los sujetos una reflexión en términos ecológicos y sociales sobre las consecuencias de sus actos de compra. Como planteaba una trabajadora de una cooperativa, preguntarse «*qué hay detrás de unas fresas con nata*», supone hablar de los métodos de producción intensivos en invernaderos, de inmigración, de relaciones de explotación y del destrozo ecológico del suelo a razón del uso de pesticidas sintéticos. Es por ello que se estima que cualquier persona cuenta con la capacidad de afectar al sistema agroalimentario dominante, absteniéndose de adquirir productos en determinados espacios de distribución, y promoviendo el consumo en canales cortos de comercialización agroecológicos como las cooperativas y grupos de consumo.

Estas formas de consumo tratan de recentrar la economía «*en los procesos que sustentan la vida*», introduciendo criterios ajenos al modelo de mercado, como la subordinación del beneficio y el interés, a la solidaridad y la justicia. Es decir, que hablamos de proyectos de transformación cuya dimensión económica trata de ser conducida bajo lógicas morales e ideológicas.

Pero el planteamiento del consumo como terreno de acción política está sujeto en estos espacios a diversos debates y polémicas. Tratar de generar un modelo económico alternativo al capitalismo jugando dentro de las coordenadas del mercado, crea toda una serie de contradicciones en las prácticas cotidianas de estas organizaciones: cómo crear un modelo de consumo diferente al convencional, cómo aunar la solidaridad y el compromiso con un intercambio económico justo, cómo

compaginar la actividad mercantil sujeta a la lógica del beneficio con la consecución de una serie de objetivos políticos que tratan de eliminar esta lógica, cómo convertir una relación de mercado en otra que trascienda los criterios económicos sin que esto se haga a costa de la precarización de los trabajadores y agricultores, o de la autoexplotación de los consumidores...

Por otro lado, para muchos, insistir en la capacidad de incidencia del consumidor en los problemas macroestructurales es una manera de individualizar las responsabilidades políticas colectivas, haciendo pasar por un asunto de ética privada lo que es fruto de las relaciones de poder que sustentan el orden social. Sin embargo, desde otros posicionamientos, no hay posibilidad de distinguir el terreno de lo político del moral. Para hacer viables los procesos de transformación se requiere de una ética inscrita en la preocupación por lo colectivo, resultante de la problematización del régimen socioeconómico, que atraviese en el aquí y el ahora las prácticas cotidianas de los sujetos. Es en este sentido en el que estas formas de entender la praxis política orientan su acción hacia la transformación de las propias subjetividades. Este tipo de planteamiento no se limita a prescribir los espacios adecuados de consumo, sino que se concreta en una serie de cuestionamientos y reflexividades sobre el sí mismo, sus formas de actuar, sus maneras de insertarse en la realidad social, su papel en la reproducción del sistema capitalista, y su capacidad potencial para «*cambiar las cosas*». Es en las relaciones que se construyen en el día a día donde ha de tomar forma este tipo de postura política. Esto es, la actuación en el ámbito de lo reproductivo, lo privado y lo cotidiano, se considera un requisito indispensable para pensar una transformación social real. Y para ello es necesario generar otros modos de ser que se reflejen en las prácticas cotidianas de los sujetos. Dar valor a lo colectivo y a «*lo sencillo*», renunciar a los privilegios del consumo, tratar de construir relaciones de intercambio basadas en la solidaridad y el apoyo mutuo, o ser responsables y coherentes, son algunas de las piezas fundamentales de la conversión subjetiva que requieren estas propuestas de cambio social.

Lo político en estos movimientos es inseparable de este tipo de economía moral en la que los valores y lo emocional adquieren un lugar central. Prueba de ello es el papel que se le otorga a las vinculaciones afectivas entre los miembros de los grupos en su quehacer cotidiano. Éstas no sólo han de ser reflejo de este tipo de postura ética, sino que se consideran una de las claves de una estrategia política eficaz. Las valencias afectivas generan un sentimiento de pertenencia e identidad grupal imprescindible para la reproducción a largo plazo de estos colectivos, y por tanto, en muchas de estas organizaciones los espacios de socialidad en los que se trata de disfrutar del *estar juntos*, son promovidos activamente por sus miembros.

No obstante, esta tensión entre lo privado/ético/personal y lo público/político/colectivo subyace a gran parte de las discusiones en torno a la agroecología como práctica de transformación social, así como al verdadero impacto de una política centrada en lo cotidiano. En ciertas situaciones, mantener la separación entre ambos ámbitos es funcional a la justificación de determinadas prácticas que tratan de inscribirse fuera del ámbito de lo ideológico. En otras, sirve para cuestionar las posibilidades de incidir en las estructuras sociales a partir de estas acciones

A MODO DE CONCLUSIÓN

centradas en lo micro. Y en otras, se convierte en la base del argumento de defensa de la necesidad de que los grupos y cooperativas de consumo se articulen con movimientos políticos de largo alcance.

Otra de las polémicas que rodean al planteamiento del consumo como acción política recae en la imposibilidad de reclamar un mismo modo de hacer a agentes situados en diferentes posiciones objetivas en la estructura social. El consumo responsable obvia en muchas ocasiones que si bien todos somos consumidores de mercancías, no todos contamos con la misma capacidad de consumo. Al considerar cada acto de compra como una elección deliberada que realiza libre y voluntariamente un individuo reflexivo, este enfoque deja fuera de la ecuación todos los factores que hacen que el consumo pueda leerse como una práctica social (incluidas las cuestiones de clase). Pero, del mismo modo que en estas organizaciones las lógicas políticas entran en tensión con las lógicas económicas, también lo hacen con las lógicas prácticas. En especial, en el ámbito de los intentos de modificación de uno mismo y de los otros con vistas a generar otros modelos de consumidor. Cumplir con el ideal del *«consumidor responsable»* o del *«sujeto coherente»*, sin capacidad de actuar sobre las estructuras cotidianas que condicionan las prácticas alimentarias, hace entrar en juego toda una serie de problemáticas y reflexiones sobre las formas de gestión de *«las contradicciones personales»*.

Para analizar estas formas de alimentación es necesario tomar en consideración las características objetivas de los agentes sociales, las disposiciones que han incorporado en sus trayectorias de socialización y las condiciones materiales en las que se desarrolla su acción. Estos grupos y cooperativas son de hecho espacios privilegiados en los que estudiar los factores que estructuran las prácticas de consumo alimentario. La participación en estos grupos requiere del desarrollo de estrategias de adaptación a entornos alimentarios configurados por otro tipo de condiciones materiales y relaciones sociales: aprender recetas y técnicas de cocina, coordinarse con otras personas para recoger la cesta y cocinarla, desarrollar el gusto por determinadas verduras, encontrar tácticas con las que escapar a las nuevas constricciones, modificar hábitos alimentarios, etc. Pero la puesta en marcha de este tipo de estrategias y la posibilidad de implicarse en estos espacios, están condicionadas por la interrelación de factores que caracterizan a los agentes sociales más allá de su voluntad y su conciencia política, y de los rasgos objetivos de cada organización agroecológica.

La consideración del consumo desde la perspectiva de las prácticas sociales pone en evidencia que la permanencia en los grupos y cooperativas no depende tanto de una labor de concienciación política, como de la creación de nuevas rutinas alimentarias y de vinculaciones afectivas entre los miembros del grupo. Aunque el interés por formar parte de estas organizaciones pueda provenir de este tipo de reflexión ideológica, mantenerse en ellas a largo plazo exige que el sujeto sea capaz de generar nuevas disposiciones con las que adaptarse a las formas de comer, de comprar y de cocinar que se imponen en estos espacios. Quizás estos factores tengan menor peso en los circuitos de distribución de alimentos ecológicos que se están potenciando en los últimos años, como los mercados o las tiendas de barrio. Pero, tal y como se comprueba al examinar las razones por las que los consumidores se desvinculan

de los grupos, este tipo de adaptación y de «encaje» entre los tiempos y ritmos del sujeto, y los que requiere la autogestión de la alimentación, es imprescindible para la continuidad de los participantes. Así, por ejemplo, sujetos que trabajen a tiempo completo y tengan personas a su cargo, pueden encontrar muchas dificultades para participar en una cooperativa de producción/consumo que requiera una implicación alta de sus miembros, pero no en una cooperativa de consumo de cestas abiertas que tenga profesionalizada la gestión de los asuntos logísticos. Aun en los casos en los que existe esa «conciencia» sobre la importancia de potenciar este tipo de redes, como ocurre con muchos consumidores militantes de otros colectivos, la «*falta de tiempo*», las «*responsabilidades familiares*», «*no saber cocinar*», o «*la acumulación de verduras*», acaban traduciéndose en el abandono de estas cooperativas.

En la misma línea, la transformación de los hábitos de consumo por los que se aboga en estos espacios, se realiza en muchas ocasiones sin necesidad de que exista un discurso articulado en torno a los valores de la agroecología como propuesta política. En el propio desarrollo de las prácticas cotidianas, y debido a las condiciones en las que éstas se desenvuelven, los consumidores pueden llegar a «*hacer un click*», como dicen estos sujetos, disminuyendo sus compras en espacios de distribución tradicionales, aumentando el consumo de productos frescos y de temporada, o apoyando a pequeños agricultores agroecológicos.

Por otro lado, las relaciones comunitarias que se entretienen en las prácticas cotidianas de estos grupos compensan esos «*esfuerzos*» e «*incomodidades*» que puede suponer la implicación en estas redes alimentarias alternativas (adaptarse a la alimentación de temporada, a cestas cerradas, a horarios de recogida delimitados, a cocinar más, a conservar alimentos, a planificar los pedidos con antelación...). Incluso, para muchos de estos sujetos, el valor de las cooperativas agroecológicas, más allá de su papel en la reconfiguración de las relaciones alimentarias, reside en la construcción cotidiana de «*alternativas de existencia*», al generar espacios de encuentro, trabajo colectivo y puesta en práctica de otras formas de organización, toma de decisiones, y satisfacción de necesidades materiales y afectivas.

Es necesario remarcar en este punto el tono moral y existencial que adquieren los discursos políticos en estos espacios. La pregunta sobre el tipo de sociedad que se quiere construir es indisociable para estos sujetos de la del tipo de vida que se quiere vivir. En este sentido, la política cumple aquí también una función de ordenamiento moral del mundo, de orientación de las conductas, y de intelección de «*sentidos vitales*». Por esta razón se difumina la línea que la separa del ámbito de lo ético. Las acciones de transformación se orientan hacia la creación de espacios en los que «*vivir de otra manera*», atravesados por determinadas nociones de lo bueno, lo justo, la felicidad, la vida, y el ser humano.

Este factor adquiere aún más importancia en el caso de los agricultores con los que trabajan estas redes, muchos de los cuales han encontrado en ellas un sustento económico que les permite desvincularse de «*el sistema*», «*el trabajo asalariado*» o «*la ciudad*». La autonomía que les otorgan estas redes de confianza creadas con los consumidores, entendida como capacidad de ejercer un control sobre sus propias vidas y su actividad, es una de sus principales motivaciones para «*hacerse campe-*

sinos». Como expresaba un agricultor, se trata de «*poder decidir qué hacer, cómo hacerlo, valorar mi vida y mi tiempo*». Si bien, en este punto es importante diferenciar entre aquellos trayectos de los agricultores que se inscriben en esta «*búsqueda de libertad*» como postura personal ante un cuestionamiento ideológico de las bases de la sociedad dominante, y los que encuadran sus discursos en la capacidad de emprendimiento de una actividad satisfactoria en un panorama laboral que ofrece pocas oportunidades. Pero, en cualquier caso, en ambas perspectivas el trabajo con la tierra se presenta como una manera de «*conquistar medios de vida*». Trabajo y vida no se conciben como ámbitos separados. Por el contrario, se trata de que la actividad laboral posibilite una forma de vida, y/o de extender una serie de principios ético/políticos a toda parcela de la existencia, incluida la laboral.

La centralidad que la vida adquiere en estos proyectos de transformación, recae así tanto en la atención que se le dedica al ámbito de lo reproductivo y lo cotidiano, como en la palanca de movilización que constituye para estos sujetos la búsqueda de formas de vivir acordes a determinados valores y posiciones políticas. Pero estas reconceptualizaciones del dominio y las formas de lo político, se enfrentan también a otras nociones más clásicas, haciendo de la cuestión de las estrategias para el cambio social y de los límites entre lo público y lo privado, un objeto permanente de discusión.

El sistema agroalimentario capitalista pone en jaque las bases biológicas de las que depende la producción agraria. En él los pequeños agricultores han perdido toda capacidad de negociación y han sido relegados a una posición marginal en la cadena alimentaria, los alimentos se han convertido en mercancías con las que especular en bolsa, cada vez mayores extensiones de tierra son dedicadas al cultivo de piensos y biocombustibles, los pueblos se vacían y se rompe la cadena de transmisión de los saberes campesinos tradicionales, y un largo etcétera. Pero esta forma de organizar las relaciones alimentarias sólo cobra sentido vinculada con la economía política amplia en la que se inserta. Es por ello que para muchos de estos sujetos estas reivindicaciones han de encuadrarse en una lucha contra el régimen capitalista.

La propuesta política de la agroecología pasa así por actuar sobre las relaciones con la naturaleza, poniendo en práctica modos de producción sostenibles; las relaciones campo-ciudad, acercando a productores y consumidores en circuitos locales y justos; las relaciones comunitarias, favoreciendo la creación de redes de autogestión colectiva de lo cotidiano; y las relaciones con uno mismo, promoviendo la reflexividad, la puesta en cuestión y la modificación de las «*formas de hacer y de ser*». Mediante ello se espera, como afirmaba Ramón Fernández Durán al reflexionar sobre el BAH, «*ir creando un archipiélago de realidades que resistan las dinámicas de destrucción del poder y que conforme vayan emergiendo y entretejiéndose entre sí permitan, esperemos, impulsar de abajo a arriba procesos de transformación más amplios, todavía por definir*» (2003:36).

En los planteamientos y discursos de las cooperativas y los grupos de consumo, se entrelazan dimensiones ecológicas, políticas, económicas, existenciales, corporales y éticas. A lo largo de este trabajo se ha tratado de desentrañar la complejidad de los modos de articulación de estos ámbitos y las tensiones que esto genera en las dinámicas cotidianas de estas organizaciones. Estas tensiones son inherentes

al carácter híbrido de estos colectivos, que juegan en el mercado contra el mercado, que persiguen objetivos políticos mediante la puesta en marcha de actividades económicas, que aúnan la reconfiguración de una parcela cotidiana y sometida a las lógicas prácticas, como la alimentación, con la reconsideración ideológica de las formas de estar en el mundo, o que ejercen su crítica al modelo hegemónico apoyándose en ciertos conceptos y perspectivas propias del mismo (la responsabilidad, la seguridad alimentaria, la ciencia nutricional, el consumidor reflexivo...). Del mismo modo, son tensiones que responden a la diversidad de agentes sociales que conforman estos colectivos. Que la defensa y la búsqueda de otros modelos alimentarios competa a sujetos con tal diversidad de trayectorias, puntos de partida, intereses y planteamientos políticos como los que hemos repasado en estas páginas, es un reflejo de la amplitud de dimensiones sociales que se expresan en la alimentación, y por tanto, de la diversidad de cuestionamientos que pueden hacerse al modelo agroalimentario dominante.

Esta aproximación etnográfica a estos universos sociales puede contribuir a comprender la riqueza de estos planteamientos y debates, mostrando la complejidad de las prácticas y discursos biopolíticos en el marco de los movimientos sociales. Sin embargo, son muchas las preguntas abiertas y los aspectos en los que podría ser interesante seguir profundizando, entre ellos: la introducción de lógicas emocionales en los movimientos sociales, la posible influencia de componentes de clase social en los cuestionamientos de sí hechos en base a la responsabilidad y la coherencia, las formas de articular la alimentación con otras dimensiones de la existencia bajo la misma problematización política, los procesos sociohistóricos que favorecen estas concepciones de lo político, y la comparación de estos espacios con otros movimientos sociales en los que rija también este tipo de política de lo cotidiano, para trazar sus especificidades y puntos en común.

EL DISPOSITIVO METODOLÓGICO

La aproximación etnográfica

Sólo en función de la construcción del objeto de estudio, el empleo de una determinada metodología se vuelve imperativo en una investigación (Bourdieu y Wacquant, 2005). En estas páginas, por tanto, voy a tratar de dar cuenta de aquellas apuestas teóricas y epistemológicas que en mi caso han marcado el tipo de metodología empleada.

Uno de los intereses primordiales de esta investigación, recaía en comprender en qué consistía hacer de una actividad cotidiana un terreno de lucha y transformación social, y qué tipo de nociones de lo político se veían implicadas en estos planteamientos. En este sentido, el foco del análisis no estaba puesto en la alimentación ecológica en sí, sino en las relaciones sociales que configuran estas organizaciones agroecológicas, y en los fenómenos sociales amplios a los que remiten estas problematizaciones y significados otorgados a la alimentación. Desde mi punto de vista, sólo se podía dar respuesta a estas preguntas analizando las prácticas en las que se concreta la cotidianeidad de estas cooperativas y grupos de consumo, y el tipo de problemas, tensiones y cuestionamientos que en estas surgían. Es decir, mi intención era acercarme no a ideas o representaciones abstraídas del curso ordinario de las acciones y reflexividades de los sujetos, sino a los diferentes usos y experiencias en los que consiste esta concepción de la política en estos espacios concretos.

En esta línea, la apuesta epistemológica ha sido, de una forma similar a la propuesta por Ingold (2000), partir en todo momento no de individuos autocontenidos enfrentados a una realidad exterior, sino de agentes involucrados «*en el mundo que habitan*». Cada una de las preguntas que se abría en esta investigación debía ser estudiada sin deslindarla de las condiciones materiales y los entramados relacionales en los que se desenvuelven las prácticas cotidianas de los sujetos. Por ello, los significados, las representaciones sociales, los posicionamientos, y las formas de percibir, de hacer o decir, han sido analizados en sus usos concretos en dinámicas sociales específicas. Por ejemplo, las diferentes concepciones de la agroecología o de la política, interesaban en la medida en la que en la cotidianeidad de cada grupo podían afectar a las interacciones sociales o a las formas en

las que los sujetos experimentaban y reflexionaban sobre esas prácticas. Para entender mejor las implicaciones de esta postura puede ser interesante el siguiente caso. Durante la primera parte de mi trabajo de campo participé, con varias consumidoras y trabajadoras de la cooperativa, en un estudio sobre alimentación ecológica que estaban realizando en una universidad. Al comentar posteriormente la experiencia entre nosotras, una de las trabajadoras describió la respuesta que había dado a las preguntas que le hicieron en torno a las imágenes sobre los productores que le suscitaban diferentes marcas y anuncios de productos ecológicos. La distancia entre esa representación abstracta que le estaban demandando y la que ella tenía de forma efectiva, fruto de su relación práctica y cotidiana con diversos productores, era llamativa. Fue la primera y última vez que la escuché hablar en estos términos sobre los agricultores durante los dos años que trabajé con ella. Sin embargo, sus quejas por las tardanzas en traer los pedidos y halagos por la simpatía de unos y otros, eran parte de las conversaciones habituales que manteníamos.

Puesto que esta manera de plantear mis problemáticas de investigación requería un análisis de la singularidad y heterogeneidad de las reflexividades y prácticas cotidianas que componen la biopolítica de estas organizaciones, se volvía imprescindible una aproximación etnográfica a los grupos de consumo, que permitiera la observación de las interacciones de los sujetos en sus contextos habituales de acción, y la participación en sus dinámicas diarias. Como afirma Guber, la presencia directa puede «*ofrecer a un observador crítico lo real en toda su complejidad*» (2011:56), y esta complejidad era la que pretendía restituir.

En este trabajo he tratado de acercarme a lo que de Certeau (2000) denomina el terreno de las tácticas, buscando las diferentes maneras de hacer y reapropiarse de aquello que les viene impuesto a los sujetos, y atendiendo a los detalles en los que se objetivan las diversas posiciones, posicionamientos y «estilos de acción» de los consumidores y agricultores. Esto ha conducido a emprender una labor de microsociología, mediante la que se trataba de rescatar la particularidad de las experiencias sociosubjetivas en relación a un nivel muy elemental de la vida cotidiana como es el de las formas de alimentarse. Siguiendo la propuesta de Bourdieu (2008), este estudio no sólo apuntaba hacia un análisis objetivista de las prácticas sociales, sino a recuperar, como parte de la realidad social, el punto de vista subjetivo de aquellos concernidos por la agroecología. Enfocar desde esta perspectiva parte de mi trabajo de investigación no respondía a una decisión arbitraria, sino que se volvía imperativo en un contexto en el que los mayores problemas y dificultades a los que se enfrentan los sujetos de estudio, residen en este nivel de la realidad. Aunque no se puede reducir a esta dimensión la cotidianeidad de las cooperativas agroecológicas, no es posible comprender en qué consiste participar en las mismas, ni los problemas que suscita la reflexión política sobre estas prácticas, sin hacer referencia a todas esas tácticas, recursos, e «*incomodidades*» que se experimentan en la modificación de las formas de comprar, de cocinar y de comer que imponen estos espacios.

Este análisis microsociológico se ha puesto en constante diálogo con las consecuencias teóricas y empíricas de una comprensión de este fenómeno en términos relacionales. Este trabajo se inscribe en las perspectivas anti-sustantivistas de la realidad social que proponen autores como Elias (1982) o Bourdieu (2008), para quienes la sociología debe privilegiar el análisis de las relaciones sociales frente al pensamiento en torno a entidades sustanciales. Esta perspectiva ha permeado cada uno de los niveles de análisis, desde el universo amplio

de la agroecología, ubicando a cada una de las organizaciones con las que he trabajado en ese campo de relaciones amplio en el que se inscriben, hasta las propias subjetividades, pasando por las cooperativas y grupos de consumo. Pensar los grupos como entramados relacionales respondía, además, a un interés por romper la supuesta homogeneidad de estos espacios y aproximarse a los diversos usos, significados, modos de adscripción, trayectorias, disposiciones, clases sociales, o maneras de hacer y decir, que en ellos convergen.

Este tipo de mirada explica que gran parte del trabajo de campo haya consistido en la identificación de los asuntos en juego dentro de estos movimientos, y en los diferentes puntos de vista sobre los mismos. Trato así de abrir una puerta a la comprensión de esta realidad a través de la complejidad de los diferentes debates que la atraviesan. Una complejidad que no permite identificar posiciones estables con agentes específicos, ni definir los grupos por sus características homogéneas, ni elaborar discursos cerrados sobre las representaciones sociales dominantes que aparecen en este ámbito. Lo que puede entenderse por alimentación ecológica, la concepción de la política, el papel de los afectos en la praxis militante, la noción de naturaleza o de ruralidad, o los medios y objetivos a los que apunta la transformación social, son tanto en los grupos concretos como en el campo más amplio de los movimientos sociales agroecológicos, objeto de continuas discusiones y elaboraciones. No ha habido así intención de clausurar estos debates, sino de aproximarse a lo problemático de estas definiciones, entendiendo que cada uno de los posicionamientos cobra sentido sólo al ponerlo en relación con otros puntos de vista.

Parte de la complejidad de esta realidad reside en la doble dimensión que la alimentación comporta en los grupos de consumo: como parte de una logística diaria y como terreno de acción política. Por ello, mi propuesta consistía en no reducir estos movimientos a un análisis de sus discursos políticos, ni tampoco a un espacio de gestión de alimentos, sino, como se expresa en el título de la investigación, en comprenderlos como universos en los que la alimentación cotidiana se torna una práctica política. La separación analítica entre estos dos ámbitos, no implica sin embargo que estos sean dos realidades diferenciadas en los grupos de consumo. Aunque pudiéramos pensar que una situación de reparto es más propicia para el estudio de las lógicas prácticas alimentarias, y una asamblea para el de las formas de hacer política, lo que caracteriza a estos espacios es la interrelación entre ambos niveles, que hace independiente de la situación concreta el dominio de uno u otro. En este punto se abre la pregunta por las formas de articulación de esas lógicas ideológicas con las lógicas prácticas a las que se encuentra sometido el ámbito alimentario. Partiendo de una posible relación de tensión entre ambas dimensiones, me parecía interesante estudiar en qué tipo de situaciones y de qué formas los requisitos prácticos de estas formas de alimentarse podían colisionar con ciertos discursos políticos, en qué momentos se le daba más peso a una u otra dimensión, qué situaciones planteaban problemas en este sentido a los sujetos, cuándo consideraban que surgían contradicciones, con qué fines se empleaban en los discursos cotidianos las diferentes definiciones de la política, cómo los agentes podían ir moviéndose en el espacio de puntos de vista sobre agroecología y política en función de situaciones específicas, etc.

Aun cuando este trabajo de campo se ha apoyado en el estudio de situaciones concretas, esto no significa que el análisis se haya remitido únicamente a factores presentes en las mismas. En líneas generales, como he planteado, el objetivo del análisis microsociológico

que quería llevar a cabo, era hacer inteligibles una serie de fenómenos sociales amplios. Las interacciones, situaciones, reflexividades, y experiencias a las que me he aproximado interesaban en su carácter singular, pero también en la medida en la que podían iluminar procesos sociales más amplios. En este sentido era fundamental atender a los factores macroestructurales que tomaban forma en las realidades a las que he tenido acceso. Esta tensión entre lo micro y lo macro, entre restituir la singularidad del caso concreto buscando, a su vez, de qué manera era posible establecer homologías entre algunas de sus propiedades con las de otros contextos sociales, ha sido una de las tareas más complejas a las que me he enfrentado en el análisis y, en cierta medida, ha quedado abierta.

Por otro lado, las formas de concebir nociones teóricas centrales para la investigación como la práctica, la subjetividad o, en otra línea, la alimentación, imponían igualmente la necesidad de incluir elementos «externos» a las realidades observadas, tanto del propio campo en el que se ubican estas organizaciones como de otros ámbitos sociales, para hacer inteligibles estos fenómenos sociales.

En primer lugar, la práctica ha sido entendida como el punto de encuentro entre las experiencias pasadas individuales, incorporadas en forma de disposiciones (de maneras de ver, sentir, decir, y hacer), y de una situación social presente (Lahire, 2004). Es decir, que para estudiar las prácticas se vuelve necesario tanto la descripción fina de los contextos en los que se llevan a cabo, como atender a las características objetivas de los agentes en relación a otros campos sociales. Es esto también lo que permitía no homogeneizar a los actores en dos categorías cerradas como «consumidores» y «productores», sino abrirse a la multitud de trayectorias, posiciones y experiencias presentes. Además, nunca se ha entendido la alimentación como una práctica deslindada de otras esferas de actividad. No se podrían comprender, por ejemplo, las dinámicas que generan los «*problemas de participación*» en las cooperativas de consumo, sin atender a la posición que el agente tiene en relación al trabajo o a un grupo familiar. Por otro lado, el tipo de reflexividades y problemáticas que se plantean estos sujetos también han sido analizados en relación a sus características objetivas en tanto agentes sociales. Por ejemplo, las formas de vivir la problemática de la coherencia tienen una vinculación directa con cuestiones relativas a la clase social. El aspecto singular de la subjetividad remite a una determinada articulación de lo social, y por tanto, es posible ubicarlo en un espacio de puntos de vista, que permita analizar el carácter social de las relaciones que constituyen a los sujetos.

Es necesario aclarar asimismo que este trabajo etnográfico no ha sido pensado como una forma de comprobación de hipótesis, sino como una vía de construcción teórica mediante la reformulación continua del objeto de estudio a partir de los datos construidos en el proceso de investigación. Como afirma Bourdieu, «*la construcción del objeto no es algo dado que se haga de una vez y para siempre, de un solo golpe, por medio de un acto teórico inaugural*» (Bourdieu y Wacquant, 2005). Por ello, la labor de análisis no ha sido una fase que diera comienzo al terminar el trabajo de campo, sino que ha permeado toda la investigación, desde la construcción inicial del objeto hasta el momento de escritura de este documento. Este ir y venir de los datos a la teoría, que caracteriza una comprensión de la etnografía como la que propone Guber (2011), hace de la apertura y la ambigüedad un rasgo central de esta metodología.

Las técnicas en las que se ha basado mi trabajo de campo, la observación participante y las entrevistas en profundidad han jugado abiertamente con esta flexibilidad que caracteriza al método etnográfico. El trabajo de campo, como sostiene esta autora, necesita estar abierto a lo imprevisible, a los marcos de referencia de los sujetos, a reaprender el mundo desde otra perspectiva, y a modificar los esquemas de clasificación y sentido propios del investigador.

Observar y conversar

El estudio de las lógicas prácticas de la alimentación ecológica necesitaba del acceso a las condiciones materiales de cada cooperativa, a las conductas ordinarias de los consumidores y productores en diferentes situaciones sociales, a las conversaciones de la vida sociable que giraban en torno a la relación cotidiana con la comida, y a todas las justificaciones, quejas y peticiones en las que podían entrecruzarse algunos de los condicionantes específicos de estas prácticas. Por otro lado, la aproximación a las formas de hacer política de la alimentación, requería ahondar en las diferentes nociones de lo político, en la reflexividad en torno a la relación entre política y alimentación, en las problemáticas subjetivas asociadas a estos planteamientos, en las representaciones sociales de conceptos centrales en estos discursos como el de agroecología, ruralidad, cuerpo, alimento o naturaleza, y en todos los niveles de discusión que se abrían en el campo a este respecto.

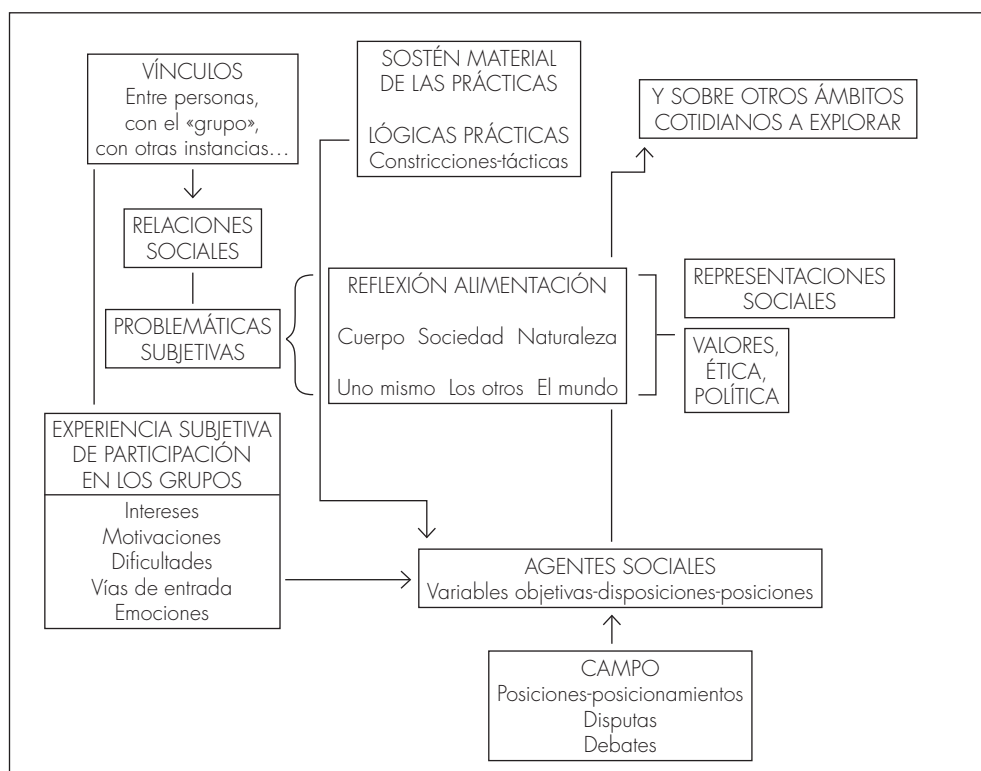
Como vemos, estos datos pasaban tanto por el conocimiento de las prácticas cotidianas, como por la generación de una serie de discursos relativos a las mismas, en relación a cada uno de los tres procesos y relaciones sociales que componen estos sistemas alimentarios alternativos: el huerto (producción), los repartos (la distribución) y el hogar (el consumo). Por esta razón, para realizar este trabajo me he apoyado tanto en la observación participante como en múltiples formas de conversación: desde las más casuales y espontáneas, hasta entrevistas en profundidad con mayor grado de formalización. En el desarrollo del proceso investigador la observación y la conversación han tenido una retroalimentación continua, tanto a la hora de delimitar unidades de observación y seleccionar sujetos para las entrevistas, como para definir nuevas problemáticas y relaciones a tratar. Por ello, si bien durante los primeros meses se privilegió la observación participante, no es posible definir las fases de mi trabajo de campo en función de las técnicas empleadas en cada una de ellas.

Estas técnicas de investigación no han sido consideradas como una forma de captación inmediata de lo real, sino como *«una elaboración reflexiva teórico-empírica, que emprende el investigador en el seno de sus relaciones con sus informantes»* (Guber, 2004:184). Tanto la observación, como las descripciones elaboradas posteriormente a partir de este proceso, como los discursos producidos en situaciones de entrevista, conllevan un ejercicio analítico que debe ser explicitado y controlado. En este sentido, la observación y la conversación han sido una manera de poner en constante diálogo los conceptos teóricos que manejaba en la investigación, con las realidades concretas a las que tenía acceso en el trabajo de campo.

Para sistematizar esta labor, se diseñaron guías mediante las que se trataba de delimitar a través de la observación de qué tipo de cuestiones y de qué temáticas

de conversación, podían explorarse las problemáticas teóricas que formaban parte de la construcción del objeto de estudio realizado (véase tablas). Aunque la guía de conversación fue pensada principalmente como herramienta para la realización de entrevistas, también ha sido empleada para producir datos discursivos en otras situaciones del trabajo de campo, como conversaciones casuales. A medida que la investigación se fue desarrollando y se fueron analizando los datos, estas guías se fueron afinando y modificando para abordar las nuevas problemáticas que emergían.

El esquema inicial de las temáticas a las que pretendía aproximarme mediante estas técnicas puede ser representado de la siguiente forma:



Cuadro 1. Temáticas a explorar

Una de las mayores dificultades que se presentaban al trabajo de observación era la imposibilidad de acceder mediante esta técnica a muchas de las situaciones y ámbitos que tenían interés para los problemas de investigación que me planteaba. Por ejemplo, lo que ocurría con las verduras ecológicas una vez los consumidores traspasaban la puerta del local, o qué otros ámbitos de experiencia cotidiana eran problematizados en términos políticos por parte de estos sujetos, eran dos realidades

que me resultaban fundamentales para comprender las prácticas alimentarias y los planteamientos de una política orientada hacia lo reproductivo, pero inaccesibles en el flujo de un grupo de consumo más que a través de comentarios puntuales.

El trabajo mediante entrevistas en profundidad con diversos agentes del campo se volvía así fundamental para poder abordar estos y otros temas. Si bien algunas han sido enfocadas para explorar la historia del movimiento agroecológico madrileño, en líneas generales las entrevistas trataban de promover la producción de discursos que permitieran restituir procesos de subjetivación, reflexividades sobre las prácticas, tomas de posición sobre diferentes dimensiones de su cotidianeidad, formas de experimentación subjetiva de estas organizaciones, problemas, dificultades, valores, afectos, motivaciones, y tácticas empleadas en la gestión cotidiana de los alimentos.

El bagaje que me había aportado el trabajo de observación que había realizado hasta el momento, facilitó tanto la selección de los entrevistados (en función de una serie de características objetivas que fueran relevantes para el estudio), como la posibilidad de establecer una comunicación fluida con ellos, al compartir y comprender ciertas dificultades, debates, categorías y clasificaciones comunes al campo de estudio.

GUÍA DE OBSERVACIÓN DE LOS REPARTOS	
DIMENSIÓN ESPACIAL	<ul style="list-style-type: none"> - Características físicas del mismo, ubicación, disposición, iluminación, temperatura, objetos que lo componen - Territorio: lo significativo del espacio, los usos del mismo y de sus elementos - Distancias, fronteras entre distintos espacios - Espacio visual, auditivo, táctil, olfativo - Actividades, tareas que configuran ese espacio
DIMENSIÓN TEMPORAL	<p>Secuencia:</p> <ul style="list-style-type: none"> - Llegada y descarga de las verduras - Montaje de las cestas - Recogida de las cestas por parte de los consumidores (interesante los criterios de elección de las mismas) - Recogida-limpieza <p>Elementos que marcan la transición entre los diferentes momentos (agentes, actividades, imprevistos, tipo de interacciones...)</p> <p>Dimensión cualitativa-emocional del tiempo</p> <p>Tiempo que pasan cada uno</p>
DIMENSIÓN EMOCIONAL	<p>Tono-ambiente de las situaciones</p> <p>Implicación subjetiva en la actividad, en las interacciones</p>
DIMENSIÓN RELACIONAL	<ul style="list-style-type: none"> - Agentes que aparecen: descripción física, de los movimientos, de sus gestos, posturas, distancias, formas de hablar, contacto físico-visual entre ellos... (estudio en relación, no en sí mismos) - Actividades que se llevan a cabo, división del trabajo. - Interacciones que tienen lugar a lo largo de esta secuencia temporal: de las más centradas a las más difusas, con personas y objetos, discursivas y no discursivas. Posiciones de cada uno en las interacciones (más centrales o más periféricas) - Conversaciones. Rutinas conversacionales (formas de saludarse, de despedirse) Maneras de referirse a los demás, temas y tipos de conversación, léxico empleado, tonos e intensidad de la voz - Comentarios puntuales

Tabla 1. Guía de observación de los repartos

Las entrevistas han sido planteadas y analizadas en todo momento no como un método de obtención de información, sino como la construcción de una relación social concreta. El tipo de relación que en esta línea me ha interesado construir ha sido lo más similar a una conversación cotidiana, centrada en la experiencia concreta del sujeto y nunca en abstracciones, generalizaciones ni situaciones hipotéticas. Una dificultad específica de las entrevistas en este campo era la de romper los discursos articulados en términos militantes con los que algunos sujetos, cuya relación con la alimentación era ampliamente discursiva, se aproximaban a la agroecología. Conseguir dirigir el discurso desde la reproducción de un programa político, hacia la zona más sutil y concreta de las experiencias de los sujetos en estas organizaciones, ha supuesto en muchas ocasiones un reto para el trabajo.

Es por ello que la observación participante, con la posibilidad de atender a las reflexiones concretas y a las conversaciones espontáneas que se producían en diferentes situaciones sociales, ha sido clave para poder aproximarse a este objeto de estudio. Considero además que este es el tipo de aportaciones que puede hacer una aproximación etnográfica a esta realidad; no porque facilite la comparación entre «*lo que la gente dice*» y «*lo que la gente hace*», sino en tanto permite analizar las articulaciones entre las diferentes dimensiones y consistencias de lo social que surgen en el desarrollo cotidiano de las prácticas discursivas y no discursivas.

Aun partiendo de la guía de conversación que reproduzco a continuación, se trataba de abrir lo más posible el discurso del entrevistado, mediante una «no-directividad» (Guber, 2011) que controlara la tendencia a la imposición de las categorías y las preconcepciones del investigador. Esto es, de adaptarse a las propias lógicas de los discursos de los agentes, a sus marcos significativos, a los temas que les parecían relevantes y a las formas específicas de relacionarlos y abordarlos, sin desvincularlos de las situaciones cotidianas a las que remiten. Esta manera de plantear las entrevistas tenía una relación directa con la manera de entender el objeto de investigación que he expuesto previamente: el interés por aproximarse a las prácticas cotidianas y experiencias sociales concretas de los agentes debía verse reflejado en las formas de conversar con los sujetos durante el trabajo de campo.

En esta línea era fundamental evitar imponer problemáticas a los agentes cuya relación con los alimentos se enmarcaba más que en la reflexividad, en la urgencia y el juego no intencional con las condiciones materiales de la acción. Con este objetivo, las preguntas se centraban en la solicitud de descripciones detalladas sobre prácticas cotidianas, que permitieran acercarse a los puntos de vista de los sujetos en las situaciones ordinarias.

La guía, siguiendo la propuesta de Devillard, Franzé y Pazos (2012), no estaba conformada por una batería de preguntas secuenciales, sino por una serie de temas de conversación, agrupados en categorías, que consideraba interesante tratar en las entrevistas. En cualquier caso, antes de cada una de ellas este esquema general era adaptado al sujeto concreto con el que se iba a realizar. Por ejemplo, a la hora de conversar con agricultores neo-rurales podía ser interesante enfatizar una serie de cuestiones relativas al tránsito hacia el campo, que podían ser menos relevantes en el caso de las consumidoras jubiladas de los grupos de consumo urbanos.

Estas conversaciones solían comenzar con una pregunta sobre cómo la persona comenzó a participar en el grupo de consumo específico al que estuviera vinculado, y desde esos relatos se trataba de ir encadenando otros temas recogidos en la guía, siguiendo lo más

posible la lógica conversacional cotidiana. En este sentido ninguna entrevista ha seguido el mismo orden, ni en todas se ha dado la misma importancia a las mismas temáticas. En relación a algunos temas específicos, he optado por no ser yo la que los introdujera en la conversación. Es decir, si el tema surgía espontáneamente por las vinculaciones que realizaba el sujeto (como ocurría siempre, de forma llamativa, con las cuestiones sanitarias) se profundizaba en él, en caso contrario consideraba esa ausencia como un dato relevante (por ejemplo, con cuestiones relativas a la política, a la militancia o a la naturaleza).

Creo que además esta manera de plantear las conversaciones ha contribuido a crear un contexto de comodidad para la persona entrevistada que ayudaba a minimizar la violencia simbólica propia de esta situación. También con este objetivo, los escenarios de las entrevistas de este trabajo de campo han sido protagonizados por paseos, huertos, parques y tardes de cafés en casas y bares. De esta forma, en casi todas ellas se ha conseguido crear un ambiente de cercanía emocional, al que también contribuía probablemente el hecho de mi cercanía sociológica a los entrevistados (por edad, experiencias de socialización, ambientes y códigos compartidos, y clase social).

La presentación en bloques temáticos no implica un abordaje sincrónico de estos asuntos. Conocer las trayectorias, rupturas, cambios, o las miradas al futuro (el llegar a ser, lo que se quiere alcanzar) han sido ejes básicos para este trabajo. Teniendo en cuenta además que una de las dimensiones de este fenómeno tiene que ver con sueños, utopías e ideales (no sólo sobre la sociedad sino también sobre uno mismo), hay un eje temporal no enmarcado en el presente, ni en el pasado, ni en el futuro, que era fundamental abordar. Por otro lado también ha sido muy interesante rescatar la temporalidad cíclica de estas organizaciones: el hecho de que estos grupos ligen la alimentación a los ritmos estacionales, hace variar muchas de las dinámicas y problemáticas de los grupos en función de la época del año. eneral de conversación

BLOQUES	SUBTEMAS
EL GRUPO	<ul style="list-style-type: none"> - Forma de funcionamiento y estructura de los grupos: cómo se organizan, situación legal, cómo buscan consumidores/productores, a quién distribuyen o quién les distribuye, espacio, división de tareas, situación legal (certificación), - Vías de entrada al grupo y motivaciones - Relaciones entre los miembros: se conocen los consumidores, conocen a los productores, conocen las huertas... - Relación con otras organizaciones (con otros grupos de consumo, con otros movimientos relacionados con la agroecología u otro tipo de organizaciones, con instituciones...)
EDUCACIÓN	<ul style="list-style-type: none"> - Nivel de estudios y relación con el mundo de la agricultura (en caso de productores).
TRABAJO	<p>CON PRODUCTORES:</p> <ul style="list-style-type: none"> - Condiciones de trabajo - Día habitual de trabajo - Tecnología y material del que disponen, cómo hacen para organizar la plantación, cálculos, distribución, qué es lo que cultivan - Recepción de los consumidores de la verdura (qué dicen, qué quejas, qué valoran...) - Relación con otros agricultores (de la zona o no, ecológicos o no) - Desde cuándo, a qué se dedicaban anteriormente, cómo comenzaron y motivaciones para ello, momentos-agentes de apoyo/rechazo cuando comenzaron.

LA ALIMENTACIÓN COMO PRÁCTICA POLÍTICA COTIDIANA

TRABAJO (continuación)	<ul style="list-style-type: none"> - Conocimientos previos sobre agricultura, dónde los habían adquirido, formas de aprendizaje - Lo que aprecian, con qué lo comparan, dificultades que encuentran con respecto a otro tipo de trabajos, ventajas
	CON CONSUMIDORES <ul style="list-style-type: none"> - tipo de trabajo - ritmos, horarios, responsabilidades y formas de compaginarlo con el grupo de consumo
VIDA RURAL En el caso de los neo-rurales: la transición de un medio urbano a un pueblo.	<ul style="list-style-type: none"> - Experiencia previa con el campo o el pueblo - Cuándo se da este cambio, cómo, tiempo que llevan, planteamientos a futuro si los hay. - Dificultades, aspectos que valoran - Relaciones con otros habitantes del pueblo
COMPRAR	<ul style="list-style-type: none"> - Cuánto tiempo llevan en el grupo, cómo entraron (vías, contactos, motivaciones...), cómo se organizan en el grupo (división de tareas, quién pesa, quién prepara la cesta, quién lleva la contabilidad...) - Dónde hacen la compra, donde la hacían antes, combinan con otros espacios o no, qué compran en cada lugar (diferenciar bien si es cesta abierta y cesta cerrada), compran siempre los mismos productos o innovan, diferencias que ven con respecto a otros espacios de compra - Cuántos personas son en la casa y cómo se organizan a nivel doméstico en cuanto a la recogida de las cestas/pedidos. Cómo se desplazan hasta el lugar de recogida - Relaciones con otros consumidores. Con productores.
COCINAR	<ul style="list-style-type: none"> - Qué hacen con lo que viene del grupo. Mismas recetas o innovan o aprenden de otros, conservas, si gastan la verdura (cesta cerrada), cantidad de comida. - Qué diferencias encuentran con respecto a otras verduras (por ejemplo, el tema de los tamaños o las dificultades de pelar o el tener que lavar más los alimentos...) - Quién cocina - Suelen comer en casa o fuera de casa
COMER	<ul style="list-style-type: none"> - Ha habido o no un cambio de hábitos alimentarios a raíz de la participación en el grupo, tenían o no costumbre de comer verduras, recepción del cambio a nivel familiar, satisfacción o no con el cambio - Sabor, placer de la comida. - Comen todo ecológico o no, qué es lo que comen ecológico. - Conocimiento de nuevos alimentos o nuevos platos
POLÍTICA	<ul style="list-style-type: none"> - Participación previa en algún colectivo social, de qué índole, coqueteo con ciertos ambientes (no necesariamente un grupo político explícito...) - Participación, implicación actual en el grupo, se hacen actividades de sensibilización o manifestaciones o algún otro tipo de acto, se participa en ellas o no... - Referencias políticas o ideológicas relacionadas con la argumentación sobre la agricultura ecológica.
OTROS ÁMBITOS DE EXPERIENCIA	<p>Interesaría que fueran los propios sujetos los que vayan haciendo las conexiones en sus discursos entre esta forma de alimentación y otros ámbitos de la vida cotidiana (por ejemplo, una relación de coherencia con la salud o con temas de ahorro energético o con otro tipo de participación política, etc., tensiones con ciertos horarios de trabajo...)</p> <p>Por esta razón pienso que en vez de enumerar una serie de dimensiones a abordar con cada uno de los sujetos, es más conveniente ir ahondando en estas cuestiones en función de los discursos que elabore cada uno de ellos.</p>

Tabla 2. Guía general de conversación

Finalmente, el tipo de muestreo que se ha empleado en el trabajo está directamente relacionado con el interés de una investigación cualitativa, como la presente, por la significación de los fenómenos sociales y no por su distribución o representatividad (Becker, 2009). En una línea como la que se propone desde la teoría fundamentada, se ha empleado un muestreo teórico, buscando un punto de saturación mediante la maximización de las diferencias. Por ejemplo, la decisión de quién y en qué momento iba a ser entrevistado o de las unidades de observación, se han tomado en función de su relevancia para las problemáticas teóricas tal y como se iban definiendo en el curso de la investigación, y no de forma apriorística (véase al final *«Inventario de situaciones de observación y entrevistas realizadas»*).

De las relaciones de investigación

Como aclaré en la introducción, el campo en el que he realizado este estudio lo han compuesto tres organizaciones ubicadas en la ciudad de Madrid¹: el Berenjenal (cooperativa de consumo), Surco a Surco (cooperativa de producción/consumo), y la Madre Vieja (un proyecto hortícola ligado a diversos grupos de consumo). La combinación de estos tres espacios de observación respondía tanto a intereses teórico-metodológicos como a las propias lógicas prácticas a las que está sometida cualquier investigación. Aunque, por las razones que luego detallo, en el proyecto investigador planteaba el interés de trabajar con diferentes tipos de grupos de consumo, fue la ruptura de la relación con la primera cooperativa, la que me condujo a sistematizar la observación participante en las otras dos organizaciones, que hasta ese momento se había caracterizado por una atención flotante en momentos puntuales.

Mi relación con el Berenjenal se remonta al 2009, año en el cual me incorporé a la cooperativa como consumidora, debido a que la persona con la que convivía conocía a una de sus trabajadoras. En ese momento mi participación en el grupo de consumo se limitaba a un interés personal. Meses después, empecé a realizar apoyos puntuales en las tareas cotidianas de la organización, y un año más tarde presenté mi propuesta para emprender una investigación etnográfica en la misma.

La entrada al campo fue sorprendentemente sencilla. Pese a llevar un año colaborando con ellos, había tenido muy poco contacto con los dirigentes de esta organización y, teniendo en cuenta el recelo que en los movimientos sociales suele provocar la llegada de una persona ajena (más si lo que quiere es *«estudiarles»*), esperaba mayores dificultades. Sin embargo, desde el principio se me ofreció colaborar en cualquiera de las actividades que llevaban a cabo y participar en todas las reuniones y asambleas. Pronto comprobé que esta buena acogida tenía en parte que ver con la manera en la que los dirigentes habían interpretado mi interés por realizar el trabajo de campo en su organización. Dado que pensaban que esta decisión remitía a mi identificación con sus propuestas y formas de hacer política de la

1 A excepción de las huertas, situadas unas en Ciempozuelos, y otras en las provincias de Ávila y Toledo.

agroecología, esperaban que me implicara en la cooperativa como militante. En el momento en el que presenté mi proyecto de tesis, la cooperativa se encontraba en una fase de su historia marcada por el «aislamiento» social con respecto al movimiento agroecológico madrileño debido a una serie de conflictos que habían tenido con otras organizaciones. Por lo tanto, una persona joven, universitaria, que de entre todos los colectivos de agroecología había decidido trabajar con ellos generaba cierta expectación en este sentido.

A los tres meses de comenzar mi trabajo de campo tuvimos nuestro primer desencuentro, tras mi participación en una serie de reuniones con otros grupos de consumo. Para legitimar mi papel en estos encuentros acudí como representante de un grupo de consumo, aunque mi papel se reducía básicamente a la observación. Pero cuando estas reuniones tomaron un tono más tenso y los dirigentes comenzaron a demandarme una serie de acciones como parte de su estrategia política, entendí que ese rol no era para ellos una ficción como lo había sido siempre para mí.

Fue entonces cuando tuvimos la primera conversación en la que hice explícito que, pese a mi disposición a colaborar en todas las tareas necesarias de la cooperativa (aspecto que de hecho hacía más allá de mis intereses teóricos), no quería que contaran conmigo para defender y legitimar su posición en las batallas políticas que emprendían. Aunque en este momento se aceptó que mi papel era otro, desde entonces nuestra relación estuvo siempre marcada por cierta tensión en este aspecto.

Pese a todo, a efectos prácticos, durante el año y medio en el que realicé allí mi trabajo de campo, fui una militante más (aunque una «militante rara» que no quería ser militante). Lo cual tuvo consecuencias positivas en cuanto a la cercanía y la inmersión cotidiana en las múltiples actividades de la organización, y otras que terminaron conduciendo a la interrupción de mi trabajo de campo. Este rol fue posible gracias a un trabajo de separación de mi postura ética y política (bastante alejada de la de la organización) de la investigación que llevaba a cabo, y de continuas negociaciones para no involucrarme en situaciones en las que tuviera que hacer explícita mi divergencia con respecto a las prácticas y discursos oficiales. El «nosotros-ellos» y el «*conmigo o contra mí*», eran las coordenadas básicas en las que se desenvolvían los discursos políticos y los conflictos cotidianos en esta cooperativa, por lo que la explicitación de una posición contraria a la que mantenían podía poner en entredicho mi continuidad en el campo.

En este sentido, esta parte de mi trabajo etnográfico se ha desarrollado en un contexto similar al que relata Avanza (2008) en torno a su investigación sobre la Liga Norte italiana, no por el tipo de objeto, sino por la dificultad, pese a la cercanía en el trato, de generar una relación de empatía con los sujetos de estudio. No quiero decir con esto que todas relaciones de investigación en este campo estuvieran marcadas por estas dificultades. La cooperativa era algo más amplio que el punto de vista político de sus dirigentes, y la mayoría de actividades en las que participaba no entrañaban este tipo de problemas. En cualquier caso, consideraba muy interesante aproximarme en el trabajo a los puntos de vista de esta organización, por el carácter minoritario que tenían en relación a los del resto de agentes del universo agroecológico.

Pero aproximadamente un año y medio después de aquel incidente, volvió a generarse entre nosotros una situación de tensión, en la que se hizo patente que el control que pretendían ejercer sobre mi investigación se traducía en la imposibilidad de generar un discurso sobre la agroecología que no fuera acorde a sus posicionamientos políticos. Este hecho, sumado la fricción que ya existía por mi dificultad de asumir ambientes autoritarios y por el conflicto que en esos momentos mantuvieron con una persona muy cercana a mí, me llevó a tomar la decisión de salir del campo. Pese a esa continua negociación de la relación que habíamos llevado a cabo, no fue posible encontrar un punto de confluencia en esta tensión entre el rol de militante y el de investigadora, que hiciera posible un trabajo de campo a largo plazo.

Aunque es común a toda relación etnográfica que los intereses del investigador difieran de los de sus interlocutores (Guber, 2011), este tipo de problemas, sin embargo, no volvieron a surgir a este nivel en el resto de mi investigación, probablemente tanto por la flexibilidad que me otorgaron a la hora de ubicarme en las mismas, como por sus maneras específicas de hacer política.

La Madre Vieja, pese a defender la agroecología como parte de una postura ético-política, no es un colectivo militante, sino un proyecto de producción hortícola. La implicación que me demandaban en este caso se limitaba al apoyo en las tareas de producción y distribución a los grupos de consumo. Por otro lado, mi relación previa con algunos de sus agricultores y el hecho de haber estado involucrada en esta organización desde sus inicios, también facilitaron un trabajo de campo ajeno a las tensiones que se habían producido con el Berenjenal.

Al mismo tiempo que comencé a sistematizar el trabajo de observación en la Madre Vieja, empecé a visitar periódicamente las huertas de Surco a Surco, dado que conocía, a través de una amiga, a una de sus trabajadoras. En este caso la acogida fue también muy buena, y en un momento dado me propusieron entrar como consumidora en uno de los grupos (al que yo, casualmente, había intentado unirme tres años antes). Mi vinculación a este grupo ha sido más la de una consumidora que realizaba una tesis doctoral sobre agroecología, que la de una antropóloga que participaba en el grupo como consumidora. Este rol respondía al tipo de relación que se ha ido construyendo entre nosotros a lo largo del tiempo. El ambiente de cercanía y complicidad que se mantenía en este grupo y el vínculo emocional que personalmente tenía con el local y el barrio en el que se ubicaba, han revertido en que la satisfacción y el interés en participar en esta cooperativa fueran más allá de mis objetivos de investigación. Por otro lado, nunca durante estos años se ha presentado una situación de conflicto interno o externo, que me demandara ese tipo de adhesión política que sí se requería en la primera cooperativa.

Mi participación en estas cooperativas, como he señalado, ha incluido todo tipo de actividades y trabajos, y he tratado en todo momento de «compensar» las disrupciones que a ellos les podía suponer la presencia cotidiana de una antropóloga preguntona, colaborando activamente en todo lo que me era posible. Además de a una estrategia metodológica de maximización de espacios y situaciones de observación, esto respondía a una postura moral y política en cuanto a las formas de relación con los otros que considero adecuadas. En este sentido, la máxima que propone Díaz de

Rada (2010) de que en el campo se trata de y con personas, y que esto se expresa en las formas de la relación cotidiana que se establece con los sujetos durante el proceso investigador, más que en las posibles utilidades que sus resultados tengan para ellos, es la que ha impregnado todas las relaciones de investigación.

El riesgo de mantener una relación tan próxima a los sujetos de estudio, sobre el que he tenido que establecer una vigilancia específica en toda la investigación (con mayor o menor éxito según las situaciones), era el de obviar la desigualdad de posiciones e intereses, y las relaciones de poder que se establecían entre nosotros, cayendo en una ficción naturalista que entendiera los datos de la investigación como una realidad *a priori* e independiente de mi entrada en el campo.

Trabajar con organizaciones con diferentes funcionamientos, estructuras, recorrido histórico y formas de plantear la relación entre alimentación y política, ha facilitado un ejercicio comparativo útil para acceder a los debates y posicionamientos del campo, y para identificar el papel que las condiciones materiales específicas de estos grupos juega en el tipo de dinámicas y problemas que se plantean. Por otro lado, la diferente naturaleza de estas organizaciones me ha posibilitado lo que considero una de las aportaciones interesantes del tipo de trabajo de campo que he realizado: estudiar la agroecología como una realidad que surge de la relación entre productores y consumidores, sin desligar ambas dimensiones, ni reducir el análisis al punto de vista de uno de estos dos polos². No podemos entender la especificidad de estas formas de alimentación sin estudiar la manera en la que se articulan, se distancian, se condicionan y confluyen el ámbito del consumo y el ámbito de la producción en estos espacios sociales.

La forma que ha tomado el trabajo de campo en cada uno de los grupos ha variado en función de sus rasgos específicos. Mientras que el nivel de institucionalización de la cooperativa de consumo permitía un trabajo casi cotidiano en diferentes ámbitos de actividad (reuniones, repartos, trabajo de oficina, recepción de productos, limpieza de local o, incluso, preparación de alimentos), los momentos de encuentro del grupo en Surco a Surco tenían un carácter más puntual (asambleas, repartos y jornadas de trabajo en la huerta). Esto ha facilitado la combinación de mi participación en esta última cooperativa con el trabajo que he realizado en la Madre Vieja, que se ha concretado en la observación de las situaciones de reparto a los diferentes grupos de consumo y en la colaboración en las tareas de la huerta. De la mano de esta organización he podido también participar en diferentes jornadas, foros y encuentros agroecológicos que han sido una vía para contactar con nuevos proyectos y para adquirir una panorámica amplia del campo de estudio, y de la evolución que desde el comienzo de esta investigación, hasta el momento presente, ha experimentado el mismo.

2 Aunque en una organización como Surco a Surco, en la que se integran consumidores y productores, era posible llevar a cabo un trabajo de observación en ambos contextos, en la cooperativa de consumo la aproximación a esta relación se ha hecho desde el punto de vista del consumo y en la Madre Vieja desde el de los agricultores.

EL DISPOSITIVO METODOLÓGICO

Inventario de situaciones de observación y de entrevistas realizadas:

- Observación:

GRUPOS	SITUACIONES
Berenjenal	Oficinas: Cursos Almacén y logística Reuniones Consejo Rector Local: Repartos Venta de excedentes Almacén Asambleas Panadería Actividades extraordinarias: juegos, charlas...
SAS	Huerta: Sábados Verdes Jornadas de trabajo habituales Piluka: Repartos Asambleas Plenarios
Madre Vieja	Huerta: Jornadas de trabajo habituales Jornadas de puertas abiertas y trabajo colectivo Repartos a los diferentes grupos de consumo Jornadas de presentación a nuevos productores Foros de Plataforma Rural Encuentros de jóvenes productores Charlas de presentación
Otros espacios	Repartos grupo de consumo lavapiés Mercados agrícolas de Santa Cruz Huertas comunitarias California

- Entrevistas:

SUJETO	ORGANIZACIÓN	SEXO Y EDAD	PAPEL EN LA ORGANIZACIÓN	OTRAS VARIABLES
C.	Madre Vieja	Mujer, 55 años	Consumidora	Madre. 3 miembros en el hogar. Estudios superiores. No experiencia militante
F.	Madre Vieja	Varón, 30	Consumidor	4 compañeros de piso. Participación en organizaciones agroecológicas Ingeniero Agrónomo

LA ALIMENTACIÓN COMO PRÁCTICA POLÍTICA COTIDIANA

P.	Madre Vieja	Varón, 31	Agricultor	Ingeniero agrícola. Tierras familiares. No experiencia ni interés militante
P.	Madre Vieja	Mujer, 33	Consumidora	2 personas en el hogar. Participación en diferentes colectivos políticos. Abogada. Preocupación sanitaria
E.	SAS	Mujer, 35	Agricultora	Perteneciente a colectivos libertarios, okupación. Origen urbano. Reside en un pueblo.
M.	SAS	Mujer, 31	Agricultora	Diplomatura en turismo. Desplazamiento a zona rural. Experiencia en agricultura en otras zonas.
J.	SAS	Varón, 41	Consumidor	Profesor universitario. Perteneciente a diversos colectivos políticos, ámbito autónomo. Comparte casa con 7 personas. Más de 5 años en la cooperativa.
D.	SAS	Varón, 38	Consumidor	Ingeniero. No experiencia militante previa pero interés en autogestión. Dos personas en el hogar. Incorporación reciente a la cooperativa.
S.	SAS	Mujer, 39	Consumidora	Estudios universitarios. Dos personas en el hogar, vinculadas a diversos grupos de consumo y colectivos políticos. Más de 5 años en la cooperativa.
R.	SAS	Varón, 43	Agricultor	Fundador de la cooperativa. Origen urbano, sigue residiendo en un pueblo. Actualmente desvinculado de la agroecología. Trayectoria militante amplia, grupos marxistas y autónomos.
N.	BAH	Varón, 38	Agricultor	Licenciado en biología. Tránsito por diferentes proyectos agroecológicos y zonas rurales. Desvinculado actualmente de la cooperativa. Interés por la autonomía y la coherencia.

EL DISPOSITIVO METODOLÓGICO

M.	BAH	Mujer, 38	Consumidora	Estudios universitarios. Más de 5 años vinculada a la cooperativa. Participa en diferentes colectivos políticos. Interés por la incidencia pública del movimiento agroecológico.
D.	BAH	Varón, 40	Agricultor	Primer grupo de agricultores de la cooperativa. Actualmente desvinculado de la misma pero vinculado a otros proyectos relacionados con la agroecología. Licenciado. Origen urbano. Reside en zona rural. Trayectoria militante en diversos colectivos. Actualmente EeA.
J.	BAH	Varón, 37	Agricultor	Estudios universitarios. Trayectoria en diversos colectivos políticos. Origen urbano.
A.	La Biblio/El bancal	Mujer, 35	Consumidora/Agricultora	Participa en diversos grupos como consumidora y recientemente inició un proyecto de huerta ecológica como agricultora. Estudios universitarios.
J.D.	RAC	Varón, 58	Consumidor	Perteneciente a los primeros Gaks. Proyección política de la agroecología. Tres personas en el hogar.
E.	Ecosol	Varón, 43	Consumidor/trabajador	Más de 10 años vinculado a cooperativas y grupos de consumo.
M.	Arganconsumo	Mujer, 37	Consumidora	Reciente creación e incorporación a un grupo de consumo. Vinculación con 15M. Dos personas en el hogar.
L.	Ecomarca	Varón, 36	Trabajador	Estudios universitarios. Trayectoria amplia en grupos de consumo y otros colectivos políticos. Reciente incorporación a un proyecto de distribución a grupos de consumo.
D.	CAFF	Varón, 50	Trabajador	Representante de la asociación de pequeños agricultores de California.

LA ALIMENTACIÓN COMO PRÁCTICA POLÍTICA COTIDIANA

De las conversaciones cotidianas que he mantenido durante el trabajo de observación participante, quería destacar una serie de ellas que por la duración, el ritmo y la profundidad con la que se han abordado los temas planteados, han tomado la forma de entrevistas informales:

R.	Madre Vieja	Varón, 31	Agricultor	Ingeniero Agrónomo. Militante de colectivos trotskistas. Sin experiencia previa en las huertas.
M.	Madre Vieja, Tómate la huerta	Varón, 31	Agricultor	Ingeniero Agrónomo. Sin interés ni trayectoria militante. Interés por la profesión agrícola.
F.	BAH	Varón, 42	Consumidor	Más de 5 años vinculado a la cooperativa. Participación en diversos colectivos militantes.
P.	BAH	Varón, 39	Consumidor	Comparte casa con otra persona. Varios años vinculado a la cooperativa y a otros proyectos autogestionados. Interés en la educación política.
K.	SAS	Varón	Agricultor	Perteneciente a colectivos libertarios. Reciente desplazamiento al ámbito rural con su pareja e hijo, e incorporación a la cooperativa. Origen urbano.
E.	SAS	Varón, 33	Agricultor	Entró por casualidad y por cuestiones prácticas a la cooperativa. Origen urbano reside en el pueblo con su pareja y su hija.
C.	BAH	Varón, 31	Consumidor	Ingeniero Agrónomo. Colectivos libertarios.
E.	Diferentes grupos	Varón, 42	Consumidor	Licenciado. Dejó los grupos de consumo. Participa en diferentes movimientos políticos.
L.	El Berenjenal	Mujer, 46	Trabajadora	Varios años trabajando en la cooperativa. Comparte piso con su pareja. No vinculada a colectivos políticos.
M.	Buenavista	Mujer, 36	Agricultora	Bióloga. Inicia proyecto de producción de cosméticos artesanales y huerta. Tierras familiares.

EL DISPOSITIVO METODOLÓGICO

V.	Agranda	Mujer, 32	Agricultora	Varios años residiendo en proyecto neo-rural comunitario agroecológico. Origen urbano.
A.	Buenavista	Varón, 36	Agricultor	Biólogo. Origen urbano. Incorporación reciente a proyecto de producción hortícola.
P.	El Berenjenal	Mujer, 48	Trabajadora	Licenciada universitaria. Participación en grupos de consumo desde hace más de 10 años. Vinculada a colectivos políticos marxistas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agamben, G. (1998) *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-textos.
- Allen, P. (1998) *Sustainability and Sustenance: the politics of sustainable agriculture and community food security*. Santa Cruz: UCSC.
- Allen, P. (2004) *Together at the table. Sustainability and Sustenance in the American Agri-food System*. Pennsylvania: Pennsylvania State University Press.
- Allen, P., Fitzsimmons, M., Goodman, M. y Warner, K. (2003) «Shifting plates in the agrifood landscape: the tectonics of alternative agrifood initiatives in California», *Journal of Rural Studies* 19: 61-75.
- Allen, P. y Guthman, J. (2006) «From "old-school" to "farm-to-school": neoliberalization from the ground up», *Agriculture and Human Values* 23: 401-415.
- Allen, P. y Kovach, M. (2000) «The capitalist composition of organic: the potential of markets in fulfilling the promise of organic agriculture», *Agriculture and Human Values* 17: 221-232.
- Altieri, M. (1991) ¿Por qué estudiar la agricultura tradicional? en *Agroecología y desarrollo*, Clades 1. Disponible en: <http://www.clades.cl/revistas/1/rev1art2.htm> (consultado en marzo de 2015).
- Altieri, M. y Nicholls, C. (2000) *Agroecología. Teoría y práctica para una agricultura sustentable*. México D.F: Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente.
- Avanza, M. (2008) «Comment se faire de l'ethnographie quand on n'aime pas ses indigènes? Une enquête au sein d'un mouvement xénophobe» en Fassin, D. y Bensa, A. (dirs.), *Les politiques de l'enquête. Épreuves ethnographiques*. Paris : la Découverte, pp.41-58.
- Badal, M. (2014) *Vidas a la intemperie. Notas preliminares sobre el campesinado*. Madrid: Campo adentro.
- Barona Vilar, J.L. (2014) *La medicalización del hambre. Economía política de la alimentación en Europa, 1918-1960*. Barcelona: Icaria.
- Becker, H. (2009) *Trucos del oficio. Cómo conducir su investigación en ciencias sociales*. Madrid: Siglo XXI.
- Belasco, W. (1989) *Appetite for change. How the counterculture took on the food industry*. New York: Cornell University Press.
- Biltekoff, C. (2013) *Eating right in America. The cultural politics of food and health*. Durham: Duke University Press.
- Bizilur y Etxalde (2015) *Sembrando soberanías para otros modelos de vida en Euskal Herria. Algunas propuestas para la construcción de políticas públicas locales desde la soberanía alimentaria*. Dirección de cooperación de la Diputación Provincial de Guipúzcoa. Disponible en: http://base.socioeco.org/docs/politicas_20publicas-3.pdf (consultado en julio de 2015).
- Bloch, E. (2004) *El principio esperanza (1)*. Madrid: Trotta.
- Bloch, E. (2006) *El principio esperanza (2)*. Madrid: Trotta.

- Boltanski, L. (2000) *El amor y la justicia como competencias. Tres ensayos de sociología de la acción*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (2005) *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: siglo XXI.
- Bourdieu, P. (2008) *El sentido práctico*. Madrid: Siglo XXI
- Brunori, G., Rossi, A. y Guidi, F. (2012) «On the new social relations around and beyond food. Analysing consumers' role and action in gruppi di acquisto solidale (solidarity purchasing groups)», *Sociologia Ruralis* 52 (1): 1-30.
- Calhoun, C. (2001) «Putting emotions in their place» en Goodwin, J. Jasper, J.M. y Polleta, F. (eds.), *Passionate Politics. Emotions and social movements*. Chicago: The University of Chicago Press, pp.45-57.
- Calle, A., Soler, M. y Vara, I. (2009) «La desafección al sistema agroalimentario. Ciudadanía y redes sociales». *I Congreso español de Sociología de la Alimentación*. Gijón. Disponible en: <http://sociologiadelaalimentacion.es/site/node/15> (consultado en mayo 2011).
- Carrasco, C. (2014) «La economía feminista: ruptura teórica y propuesta política» en Carrasco, C. (ed.), *Con voz propia. La economía feminista como apuesta teórica y política*. Madrid: La Oveja Roja, pp. 25-47.
- de Certeau, M. (2000) *La invención de lo cotidiano Vol.1 Artes de hacer*. México D.F.: Universidad Iberoamericana. Instituto tecnológico y de estudios superiores de Occidente.
- de Certeau, M., Mayol, P. y Giard, L. (1994) *L'invention du quotidien II. Habiter, cuisiner*. Paris: Gallimard.
- Choya, I.S. (2014) «Investigando lo invisible: amores (y desamores) en los movimientos sociales», *La Madeja* 4:30-31.
- Coveney, J. (1999) *Food, morals and meaning: the pleasure and anxiety of eating*. Londres: Routledge.
- Cucó, J. (2004) *Antropología urbana*. Barcelona: Ariel.
- Cuéllar, M. y Calle, A. (2009) «Sistemas participativos de garantía. Poder, democracia y agroecología». *I Congreso Español de Sociología de la Alimentación*. Gijón. Disponible en: <http://sociologiadelaalimentacion.es/site/sites/default/files/Comunicaci%C3%B3n%20Cu%C3%A9llar%20y%20Calle.pdf> (consultado en abril 2015).
- Cullather, N. (2007) «The foreign policy of the calorie», *The American History Review*, 112 (2): 337-364.
- Davis, M. (2006) *Los holocaustos de la era victoriana tardía. El Niño, las hambrunas y la formación del tercer mundo*. Valencia: PUV.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1988) *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pretextos.
- Descola, P. (2012) *Más allá de naturaleza y cultura*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Desmarais, A. (2008) *La vía campesina. La globalización y el poder del campesinado*. Madrid: Editorial Popular.
- Devillard, M.J., Franzé, A. y Pazos, A. (2012) «Apuntes metodológicos sobre la conversación en el trabajo etnográfico», *Política y Sociedad* 49 (2): 353-369.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Díaz, C. y Gómez, C. (2008) «Evolución de las recomendaciones institucionales sobre salud y alimentación» en Díaz, C. y Gómez Benito, C. (coord.), *Alimentación, consumo y salud*. Barcelona: Fundación La Caixa, pp.25-54.
- Díaz de Rada, A. (2010) «Bagatelas de la moralidad ordinaria. Los anclajes morales de una experiencia etnográfica» en del Olmo, M. (ed.), *Dilemas éticos en antropología. Las entretelas del trabajo de campo etnográfico*. Madrid: Trotta, pp.57-76.
- Dubuisson-Quellier, S. y Lamine, C. (2004) «Faire le marché autrement. L'abonnement à un panier de fruits et de légumes comme forme d'engagement politique des consommateurs», *Sciences de la société* 62: 144-167.
- Dubuisson-Quellier, S, Lamine, C. y Le Velly, R. (2011) «Citizenship and consumption: mobilization in alternative food systems in France», *Sociologia Ruralis* 51 (3): 304-323.
- Elias, N (1982) *Sociología fundamental*. Barcelona: Gedisa.
- (1987) *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Etxezarreta, M. y Viladomiu, L. (1989) «The restructuring of Spanish agriculture and Spain's accession to the EEC» en Goodman, D. y Redclift, M. (eds.), *The international farm crisis*. London: MacMillan Press.
- Farb, P. y Armelagos, G. (1980) *Consuming passions. The anthropology of eating*. New York: Literary Guild Edition.
- Fassin, D. (1996) *L'espace politique de la santé. Essai de généalogie*. París: PUF
- (2009) «Les économies morales revisitées», en *Annales HSS* 6: 1237-1266.
- Fassin, D. y Eideliman, J.S. (2012) (dirs.) *Économies morales contemporaines*. París: La Découverte.
- Fernández Durán, R. (2003) «Destrucción global versus regeneración local» en López García, D. y López López, A., *Con la comida no se juega. Alternativas autogestionadas a la globalización capitalista desde la agroecología y el consumo*. Madrid: Traficantes de Sueños, pp.17-36.
- Fernández Naveiro, J.C. (2011) «La playa bajo los adoquines. Cuarenta años después de mayo», *Cuaderno de Materiales* 23: 277-285.
- Ferrières, M. (2002) *Histoire des peurs alimentaires. Du Moyen Age à l'aube du XXe siècle*. Paris: Seuil.
- FiBL y IFOAM (2014) *The world of organic agriculture. Statistics and emerging trends*. Bonn. Disponible en: <https://www.fibl.org/fileadmin/documents/shop/1636-organic-world-2014.pdf> (consultado en abril de 2014).
- Follet, J. (2009) «Choosing a food future: differentiating among alternative food options», *Journal of Agricultural and Environmental Ethics* 22: 31-51.
- Foucault, M. (1980) *Historia de la sexualidad vol. I. La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI.
- (1984) *Historia de la sexualidad vol. II. El uso de los placeres*. Madrid: Siglo XXI.
- (2004) *Seguridad, territorio, población*. Madrid: Akal.
- (2009) *Nacimiento de la biopolítica*. Madrid: Akal.
- Friedland, W. (1994) «The global fresh fruit and vegetable system: an industrial organization analysis» en Michael, P. (ed.), *The global restructuring of agrofood systems*. Ithaca, NY: Cornell University Press, pp.173-189.

- Friedmann, H. (1982): «The Rise and fall of the Postwar International Food Order», *American Journal of Sociology* 88: 248-286
(2005) «Feeding the empire. Pathologies of Globalized agriculture», *Socialist Register* 41. Disponible en:
<http://socialistregister.com/index.php/srv/article/view/5828#.VeMf5ZfkeZM>
(consultado en octubre de 2013).
- Gallar, D. (2011) *La construcción de la Universidad Rural Paulo Freire. Culturalismo para una nueva ruralidad campesina*. Tesis doctoral. Córdoba: Universidad de Córdoba.
- Glaeser, B. (1987) «Agriculture between the green revolution and the ecodevelopment: which way to go?» en Glaeser, B. (ed.), *The Green Revolution revisited: critique and alternatives*. London: Routledge, pp. 1-9.
- Goodman, D. (1997) *Globalising Food: agrarian questions and global restructuring*. London: Routledge.
(2000) «Organic and conventional agriculture: materializing discourse and agro-ecological managerialism», *Agriculture and Human Values* 17 (3): 215-219.
- Goodman, D. y Dupuis, M. (2002) «Knowing food and growing food: beyond the production-consumption debate in the sociology of agriculture», *Sociologia Ruralis* 42 (1): 5-22.
- Goodman, D., Dupuis, M. y Goodman, M. (2012) *Alternative Food Networks. Knowledge, practice and politics*. New York: Routledge.
- Goodman, M. y Goodman, D. (2001) «Sustaining Foods: Organic Consumption and the Socio-Ecological Imaginary» en M Cohen & J Murphy (eds), *Exploring Sustainable Consumption: Environmental Policy and the Social Sciences*. Oxford: Elsevier Science, pp. 97-119.
- Goodman, D. y Redclift, M. (1989) «Introduction: the International Farm Crisis» en Goodman, D. y Redclift, M. (eds.), *The international farm crisis*, Hampshire: MacMillan Press, pp.1-22.
(1991) *Refashioning Nature: food, ecology and culture*. New York: Routledge.
- Goodman, D., Sorj, B. y Wilkinson, J. (1987) *From farming to biotechnology*. London: Blackwell.
- Goodwin, J., Jasper, J.M y Polleta, F. (2001) *Passionate politics. Emotions and social movements*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Gómez Benito, C. y González Rodríguez, J.J (eds.) (1997) *Agricultura y Sociedad en la España Contemporánea*. Madrid: CIS.
- Gould, D. (2009) *Moving politics. Emotion and Act Up's fight against AIDS*. Chicago: The University of Chicago Press.
- GRAIN (2011) *Sanidad alimentaria para quién. La opulencia de las corporaciones contra la salud de la gente*. Girona: Documentos de análisis GRAIN.
- Guber, R. (2004) *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.
(2011) *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Guthman, J. (2003) «Fast food/organic food: reflexive tastes and the making of yuppie chow», *Social and Cultural Geography* 4(1): 53-56.
(2004) *Agrarian Dreams: the paradox of organic farming in California*. Berkeley: University of California Press.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Hansen, L., Noe, E. y Hojring, K. (2006) «Nature and nature values in organic agriculture. An analysis of contested concepts and values among different actors in organic farming», *Journal of Agricultural and Environmental Ethics* 19: 147-162.
- Harvey, D. (1996) *Justice, nature and the geography of difference*. London: Blackwell.
- (1998) *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.
- le Heron, R. (1993) *Globalized agriculture: political choice*. Oxford: Pergamon Press.
- Herrero, Y. (2014) «Economía ecológica y economía feminista: un diálogo necesario» en Carrasco, C. (ed.), *Con voz propia. La economía feminista como apuesta teórica y política*. Madrid: La Oveja Roja, pp. 219-237.
- Hinrichs, C. (2000) «Embeddedness and local food system: notes on two types of direct agricultural market», *Journal of Rural Studies* 16: 295-303.
- Holt Gimenez, E. y Shattuck, A. (2009) «La transición de los agrocombustibles. Reestructurando lugares y espacios en el sistema alimentario mundial», *Agroecología*. 4: 7-17.
- (2011) «Food crisis, food regimes and food movements: rumblings of reform or tides of transformation?», *Journal of peasant studies* 38 (1): 109-144.
- Illich, I. (2006) *Obras reunidas I*. México D.F: Fondo de Cultura Económica.
- (2008) *Obras reunidas II*. México D.F: Fondo de Cultura Económica.
- Illouz, E. (2010) *La salvación del alma moderna. Terapia, emociones y la cultura de la autoayuda*. Madrid: Katz.
- Ingold, T. (2000) *The perception of the environment. Essays on livelihood, dwelling and skill*. London: Routledge.
- Kaufman, F. (2011) «Cómo creó Goldman Sachs la crisis alimentaria», *Foreign Policy*. Disponible en <http://www.principiamarsupia.com/2012/09/03/como-goldman-sachs-creo-una-crisis-alimentaria-internacional/> (consultado en octubre de 2014).
- Kirwan, J. (2004) «Alternative strategies in the UK agro-food system: interrogating the alterity of farmers' markets», *Sociologia Ruralis* 44 (4): 395-415.
- Kundera, M. (2006) *La broma*. Barcelona: Seix Barral.
- Lahire, B. (2002) «Campo, fuera de campo, contra-campo», *Colección Pedagógica Universitaria* 37-38. Disponible en: http://www.uv.mx/cpue/colped/N_3738/H%20Lahire%20campo%20contra-campo.pdf (consultado en mayo de 2013)
- (2004) *El hombre plural. Los resortes de la acción*. Barcelona: Bellaterra.
- (2005) *L'esprit sociologique*. Paris: La découverte.
- Lamine, C. (2008) *Les intermittents du bio. Pour une sociologie pragmatique des choix alimentaires*. Paris: Maison des Sciences de L'Homme.
- Laplantine, F. (2005) *La description ethnographique*. Paris: Armand Colin.
- (2010) *El sujeto, ensayo de antropología política*. Barcelona: Bellaterra.
- Laval, C. y Dardot, P. (2013) *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa.
- Lave, J. (1988) *Cognition in practice. Mind, mathematics and culture in everyday life*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Lenoir, R. (1987) «Objeto Sociológico y problema social» en Champagne, P., Lenoir, R., Merillié, D. y Pinto, L., *Iniciación a la práctica sociológica*. México D.F.: Siglo XXI, pp.57-102.
- de León, A. (2008) «Políticas alimentarias y seguridad del consumidor» en Díaz, C. y Gómez Benito, C. (coord.), *Alimentación, consumo y salud*. Barcelona: Fundación La Caixa, pp.81-104.
- López García, D. y López López, A. (2003) *Con la comida no se juega. Alternativas autogestionadas a la globalización capitalista desde la agroecología y el consumo*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Lupton, D. (1996) *Food, the body and the self*. Londres: SAGE.
- Marsden, T. y Whatmore, S. (1994) «Finance capital and food system restructuring: national incorporation of global dynamics» en McMichael, P. (ed.), *The global restructuring of agrofood systems*. Ithaca, NY: Cornell University Press, pp.107-128.
- di Masso, M. (2012) *Redes alimentarias alternativas y soberanía alimentaria. Posibilidades para la transformación del sistema agroalimentario dominante*. Tesis doctoral. Barcelona: Universidad de Barcelona.
- Mauleón, J.R y Rivera, M. (2009) «Consumo alimentario sostenible para la agricultura del siglo XXI», *Ecología Política* 38: 53-61.
- Mendiola, I. (2009) «La bio(tanato)política moderna y la producción de disponibilidad» en Mendiola, I. (ed.), *Rastros y rostros de la biopolítica*, Barcelona: Anthropos, pp.33-70.
- Merchant, C. (1980) *The death of nature. Women, ecology and the scientific revolution*. Nueva York: Harper&Row.
- Micheletti, M. (2003) *Political virtue and shopping. Individuals, consumerism and collective action*. New York: Palgrave MacMillan.
- Milton, K. (1996) *Environmentalism and cultural theory. Exploring the role of anthropology in environmental discourses*. London: Routledge.
- Mintz, S. (1985) *Dulzura y poder. El lugar del azúcar en la historia moderna*. Madrid: Siglo XXI.
- Mintz, S. y Dubois, C. (2002) «The anthropology of food and eating», *Annual Review of Anthropology* 31:99-119.
- Moore, H. (2004) *Antropología y feminismo*. Valencia: Cátedra.
- Morán, A. (2006) «La dimensión política del consumo responsable». Disponible en <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=38209> (consultado en diciembre de 2014).
- Moyano, E. y Sevilla-Guzmán, E. (1978) «Sobre los procesos de cambio en las economías campesinas», *Agricultura y Sociedad* 9: 257-271.
- Muñoz Gaviria, E. (2008) «Medioambiente y biopolítica contemporánea». Ponencia presentada al VII seminario de investigación urbano-regional de la Universidad Nacional de Colombia, Medellín.
- Naredo, J.M. (1996) *Evolución de la agricultura española 1940-1990*. Granada: Universidad de Granada.
- Narotzky, S. (2004) *Antropología económica. Nuevas tendencias*. Barcelona: Melusina.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Palerm, A. (1980) *Antropología y marxismo*. México D.F.: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Universidad Autónoma Metropolitana.
- Patel, R. (2008) *Obesos y famélicos*. Barcelona: Los libros del lince
- Pérez, A. (2014) *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Pingali, P. y Rosegrant, M. (1995) «Agricultural commercialization and diversification: processes and policies», *Food Policy* 20 (3): 171-185.
- Pinto, L. (2002) *Pierre Bourdieu et la théorie du monde social*. Paris: Albin Michel.
- Polanyi, K. (1989) *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*. Madrid: La piqueta.
- Puleo, A. (2011) *Ecofeminismo para otro mundo posible*. Valencia: Cátedra.
- Rabkin, S. Reti, I. y Farmer, E. (eds). (2012) *Cultivating a movement. An Oral History of Organic Farming and Sustainable Agriculture on California Central Coast*. Santa Cruz: UCSC.
- Riechmann, J. (2001) *Un mundo vulnerable. Ensayos sobre ecología, ética y tecnociencia*. Madrid: Catarata.
- (2004) *Gente que no quiere viajar a Marte. Ensayos sobre ecología, ética y auto-limitación*. Madrid: Catarata.
- (2014a) *Un buen encaje en los ecosistemas*. Madrid: Catarata.
- (2014b) *Moderar extremistán. Sobre el futuro del capitalismo en la crisis civilizatoria*. Madrid: Díaz y Pons.
- Riesel, R. y Semprum, J. (2011) *Catastrofismo. Administración del desastre y sumisión sostenible*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
- Reeves, S. (2007) «Green technology revs up venture capitalists». CNBC Stock Market News. Disponible en <http://www.flagshipventures.com/about/news/flagship-highlighted-cnbc-article-green-technology>. (consultado en mayo 2014).
- Rodrigo Mora, F. (2008) «Naturaleza, ruralidad y civilización». Madrid: Brulot.
- Rose, N. (2007) *The politics of life itself. Biomedicine, power, and subjectivity in the twenty-first century*. New Jersey: Princeton University Press.
- Roseberry (1996) «The rise of yuppie coffees and the reimagination of class in the United States», *American Anthropologist* 98 (4): 762-75.
- Rosello, J. M (2003). *La vuelta a la naturaleza. El pensamiento naturista hispano (1890-2000): naturismo libertario, trofología, vegetarianismo naturista, vegetarianismo social y librecultura*. Barcelona: Virus.
- Ruiz, A., de Cabo, D., Gracia, M, Galindo P. y Marco, R. (2006) *Agroecología y consumo responsable. Teoría y práctica*. Madrid: Kehaceres.
- Santamarina, B. (2006) *Ecología y poder. El discurso medioambiental como mercancía*. Madrid: Catarata.
- Sanz Cañada, J. (1997) «El sistema agroalimentario español. Cambio estructural, poder de decisión y organización de la cadena alimentaria» en Gómez Benito, C. y González Rodríguez, J.J (eds.), *Agricultura y Sociedad en la España Contemporánea*. Madrid: CIS, pp. 355-396.

- Sevilla-Guzmán, E. (1979) *La evolución del campesinado en España*. Barcelona: Edicions 62.
- (2006) «Agroecología y agricultura ecológica. Hacia una reconstrucción de la soberanía alimentaria», *Agroecología* 1:7-18.
- Sevilla-Guzmán, E. y Pérez, M. (1976) «Para una definición sociológica del campesinado», *Agricultura y Sociedad* 1: 15-39.
- Scrinis, G. (2013) *Nutritionism. The science and politics of dietary advice*. Nueva York: Columbia University Press.
- Shiva, V. (2001) *Biopiratería: el saqueo de la naturaleza y del conocimiento*. Barcelona: Icaria.
- Shiva, V. y Mies, M. (1998) *La praxis del ecofeminismo: biotecnología, consumo, reproducción*. Barcelona: Icaria.
- Simmel, G. (2002) *Cuestiones fundamentales de sociología*. Barcelona: Gedisa.
- de Sousa Santos, B. (2005) *El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política*. Madrid: Trotta.
- Standart Thinking (2014) *Mono/permaculturas. Ontologías de la diferencia*. Madrid: Campo adentro.
- Swinbank, A. y Tanner, C. (1996) *Farm policy and trade conflict: the Uruguay Round and CAP reform*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Terragni, L., Torjusén, H. y Vittersø, G. (2009) «The dynamics of alternative food consumption: contexts, opportunities and transformations», *Anthropology of food* S5. Disponible en <http://aof.revues.org/6377> (consultado en mayo 2015).
- Toledo, V. (1993) «La racionalidad ecológica de la producción campesina» en Sevilla-Guzmán, E. y González de Molina, M. (eds.), *Ecología, campesinado e historia*. Madrid: La piqueta.
- Yates-Doerr, E. (2012) «The opacity of reduction. Nutrition black-boxing and the meanings of nourishment», *Food, Culture and Society* 15 (2):293-313.
- Yearley, S. (1993) «Standing in for nature: the practicalities of environmental organizations' use of science» en Milton, K. (ed.), *Environmentalism: the view from anthropology*. London: Routledge, pp.59-72.
- Vercateuren, D., Crabbé, O. y Müller, T. (2010) *Micropolíticas de los grupos. Para una ecología de las prácticas colectivas*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Vivas, E. (2010) «Consumo agroecológico: una opción política», *Viento Sur* 108: 54-63.
- (2014) *El negocio de la comida*. Barcelona: Icaria.
- Vázquez, F. (2009) *La invención del racismo. Nacimiento de la biopolítica en España, 1600-1940*. Madrid: Akal.
- Williams, R. (2001) *El campo y la ciudad*. Buenos Aires: Paidós.
- Weis, A.J (2007) *The Global Food Economy: the battle for the future of farming*. London: Zed Books.

